

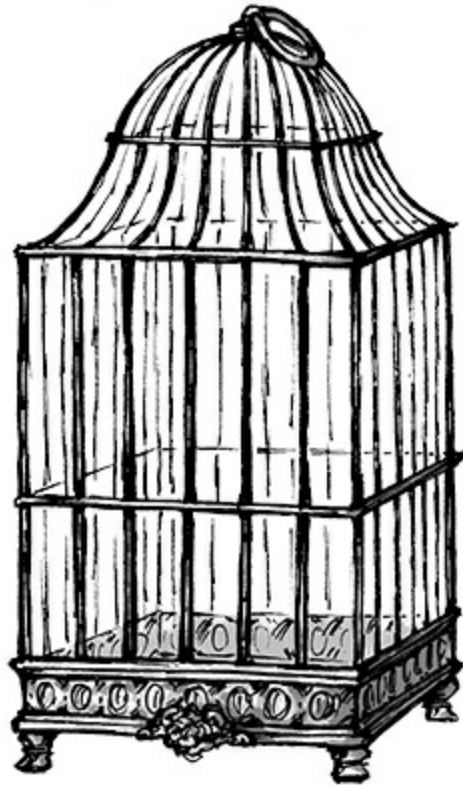


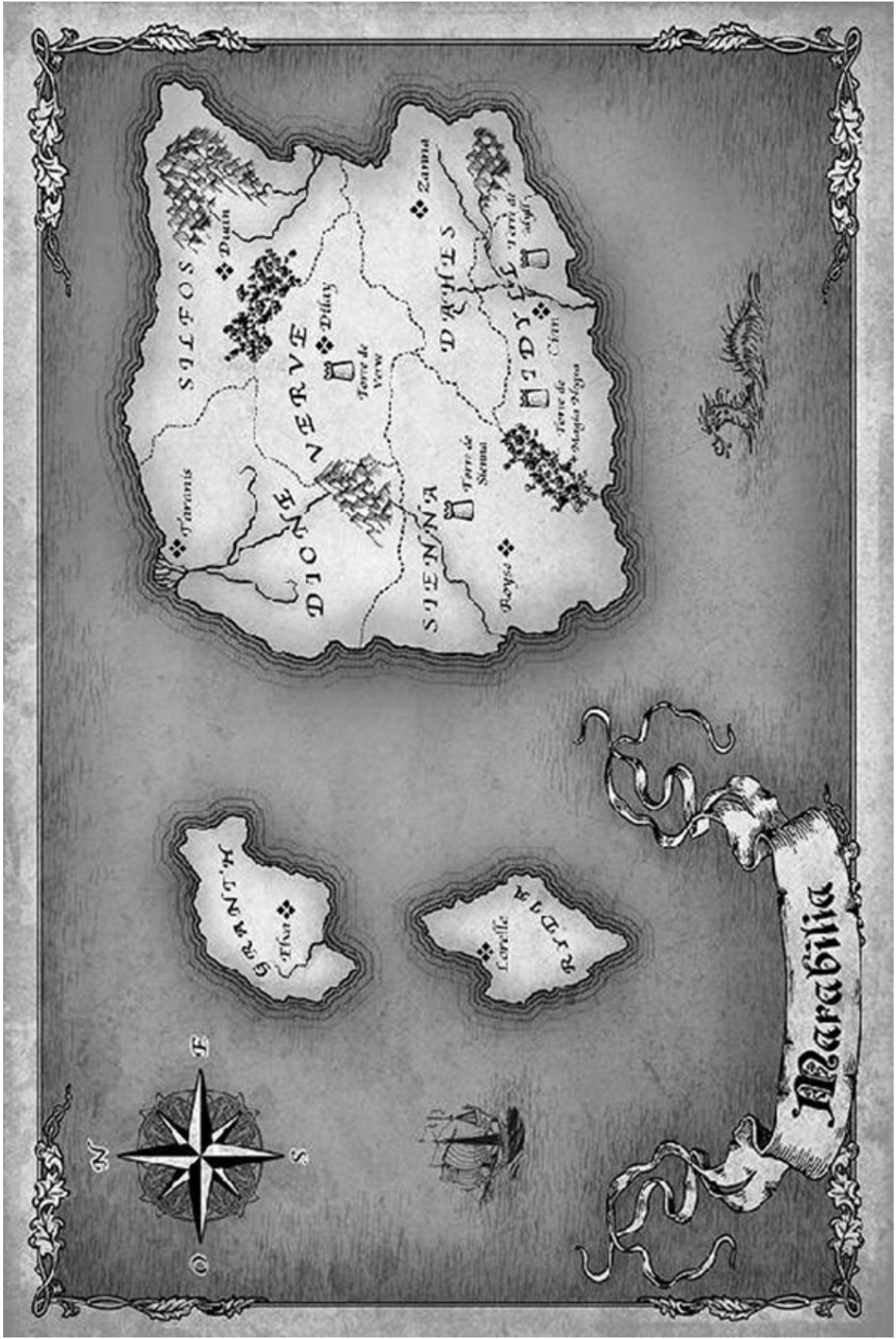
IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

JAULAS DE SEDA

de

*A todas las mujeres. No importa lo inmensa que sea la jaula en
la que nos han metido.
Juntas vamos a derribar todos sus barrotes.
Juntas podemos ser más libres de lo que hemos sido jamás.*







Fausto

—Hagas lo que hagas, Fausto, trata bien a tu prometida.

Los labios de mi madre caen sobre mi frente como una estrella fugaz. Igual de rápida, igual de cálida, la presencia de su beso se disuelve y ante mí solo queda su sonrisa, ese gesto tierno que también contiene una advertencia: «Tienes una misión importante. No lo estropees».

No pienso hacerlo.

—Sigo compadeciendo a esa pobre muchacha. Casarse contigo es un castigo que nadie merece.

Casilda me sonrío con su sorna habitual. Ni siquiera puedo sentirme molesto por sus palabras, y menos en este momento en el que nos despedimos para no volver a vernos durante lo que me parece demasiado tiempo. Después de toda una vida con ella, resultará extraño no tenerla alrededor, burlándose de mí o enseñándome a ver el mundo a través de sus ojos despiertos.

—Eres encantadora, hermana. Pero sé que esta es solo tu manera de disimular lo mucho que me vas a echar de menos.

—Bromeas, ¿verdad? Estoy deseando que pongas los pies en ese barco y la marea se te lleve a Dione... o al fondo del océano. Así quedarás desterrado

o muerto y la corona, en mis manos. Todo forma parte de un plan *perfecto*.

Tengo que reír cuando intenta hacer un gesto malévolos que no casa con ella.

Fátima está en sus brazos, sin entender nada de lo que ocurre, y yo me inclino sobre la cabeza de mi sobrina para plantar ahí un montón de buenos deseos. La niña me mira con sus enormes ojos verdes, idénticos a los de su madre, idénticos a los de mi madre. Hace un sonido ininteligible y yo me lo guardo en el corazón como su despedida. Después, Casilda le pasa la niña a Adiel para poder rodearme con los brazos. Su voz es un hilo en mi oído:

—Lo harás bien.

Más me vale.

—Te echaré de menos.

Ella sonrío. Casilda no es de expresar de esa manera sus sentimientos, pero en el beso que deja en mi mejilla se encuentra toda la añoranza que sentiré por mi partida. Cierro los ojos. La algarabía del pueblo, de la celebración en el puerto por la marcha de su príncipe, desaparece por un instante. Hay todo un nuevo universo abriéndose y rodeándonos con la presión de su boca sobre mi pómulo.

Es el universo que tengo que recordar si me entran dudas o miedo al futuro.

El universo se fragmenta con una mano firme sobre mi hombro. Casilda se aleja de mí para que ambos podamos mirar al rey de Granth.

—Recuerda que serás la representación de todo Granth en Dione. Lleva nuestro nombre y nuestro escudo con orgullo. Tu madre y yo llegaremos para el comienzo de la Cumbre, pero confío en que aprovecharás tu tiempo previo allí.

Descubre todo lo que puedas de esas tierras y sus gentes: estás destinado a ser su rey.

Siento mis cabellos hundiéndose bajo el peso de una corona que no existe.

—Lo haré, padre. —No añado más. Echo otro vistazo a toda mi familia. O a casi toda—. Decidle a Samira...

—No hará falta —me corta Casilda—. Sabe que la echarás de menos tanto como ella a ti. Quizá precisamente por eso ha preferido hacerlo más

sencillo y ha decidido no aparecer.

Suspiro, alzando la vista hacia el oeste. El palacio no se ve desde aquí, pero me lo imagino brillando entre las dunas con los tonos del mármol blanco. En una de las torres, mirando hacia fuera con el morro torcido y un colibrí aleteando a su alrededor, se encuentra la más joven de las princesas del reino. La que decidió que aceptaría tan poco la marcha de su hermano como para ni siquiera despedirse de él. Si no hay despedida, no hay separación.

Solo que sí la hay.

—A la princesa Samira le gusta el dramatismo: no es como si fueras a marcharte para el resto de tu vida.

Me fijo en Logen, que coloca una mano sobre mi hombro. Al menos lo tengo a él para acompañarme en el viaje y, sobre todo, durante las largas semanas que restan hasta la boda.

—Cuida de nuestro príncipe, Logen. Aunque estas tierras son ricas, él es lo más valioso que tenemos.

Mi nigromante se separa de mí para hacer una reverencia perfecta ante su rey.

—Seré su sombra en Dione.

Pienso que es una comparación acertada, dado el negro de sus ropas. Pero las sombras son espías sigilosas, expertas en la quietud, y Logen disfruta hablando todo el tiempo y sabe poco del silencio. Su risa siempre es grande y vibra en su pecho y su mandíbula, contagiosa. Agradeceré que esté cerca para alejarme de mis propios pensamientos cuando estos parezcan a punto de devorarme. Es lo que ha hecho siempre desde que lo conozco. A veces creo que ese don debe de ser parte de su magia: por lo general, es suficiente una de sus bromas para conseguir que un problema inmenso se convierta en algo diminuto.

Ahora, sin embargo, ni todas sus risas podrían quitarme la presión que siento en el pecho. La nostalgia anticipada. Miro por encima de los hombros de mi familia. El jaleo continúa en el puerto. Tras los guardias que nos protegen, el pueblo se amontona para despedirme. Ondeán banderas y nos desean larga vida.

Algunos ya vitorean el nombre de Ivy de Dione, mi futura esposa y la que esperan que sea su futura reina. Más allá de la gente reconozco los colores arena de mis tierras, los granates y el olor a océano y la sensación del sol abrasador en la cara. En Dione todo será muy diferente, lo he estudiado. Por eso sé cuánto añoraré aquello a lo que he estado toda una vida acostumbrado. El picante sobre la lengua en las comidas, la Gran Biblioteca con su infinidad de tomos y papiros, el cantar de los nasires...

Y es uno de esos lo que me despierta. *Idris* emite un graznido de despedida a sus compañeros y planea alrededor de los nasires de mi hermana y mi madre antes de encaramarse a un mástil del barco que debe llevarme a mi nueva vida.

Su plumaje blanco lanza un reflejo cegador. Su canto exigente me dice que estamos haciendo esperar a mi futuro y que uno no puede simplemente darle la espalda y caminar en dirección contraria.

Respiro hondo. Lo entiendo: lo que tengo que hacer es importante, muchísimo más que yo mismo.

Si todo sale bien, la próxima vez que pise esta isla será con la satisfacción de haber hecho lo que debía. Regresaré de manera muy diferente a como me marchó, pero merecerá la pena.

Miro a mi madre. Ella me ofrece su sonrisa llena de palabras.

—Cuidaos. Os veré pronto.

No digo nada más. Doy un paso atrás, poniendo el pie en la pasarela para subir al barco. Vuelvo a mirar más allá de mi familia. A mi pueblo. Al oeste, al palacio imaginado, como si así mi hermana pudiera recibir mi despedida. A los almenares de la Gran Biblioteca, que sobresalen en la lejanía. Aspiro el aroma de mi tierra.

Y le doy la espalda a todo menos a mi destino.



Ivy

Un rayo de luz se cuela por entre las cortinas de la cama. Es apenas un hilo que evidencia un día gris, enfadado, como todos los que llevamos de esta primavera.

Aunque se supone que el invierno debería haber dejado paso a cielos claros, lo cierto es que sigue lloviendo y las corrientes de aire soplan en cada habitación del castillo. Suelto un suspiro, girándome. Ni siquiera me molesto en volver a cerrar los ojos, porque sé que pronto se abrirá la puerta y me arrastrarán fuera del lecho, pero disfruto de la paz antes del caos, del calor de las mantas y del perezoso silencio roto por los gritos de las gaviotas.

Oigo pasos y voces en la antesala, que apenas tardan en irrumpir en mi dormitorio. Cierro los párpados cuando unas manos despiadadas apartan las cortinas y una cascada de luz se derrama sobre mi rostro, que cubro como puedo con el antebrazo.

—¡Es hora de levantarse, Ivy!

Me estremezco, aunque no sé si es por la voz de mi tía o porque de pronto las mantas desaparecen y me quedo solo con la camisa para enfrentarme al frío de la habitación. Aunque oigo a alguien encendiendo el fuego para caldear el cuarto, que se ha quedado frío durante la noche, mis huesos

parecen temblar bajo mi piel. Siento ganas de gruñir o gemir en protesta, pero eso sería inapropiado.

Pasos y voces, el sonido del agua abandonando la jarra, tan helada como la mañana, como el suelo de piedra que toco con los pies cuando me siento en el borde de mi cama.

Lavarme, desvestirme, volver a vestirme. Sentarme en el tocador y dejar que me peinen. Todas las mañanas la misma rutina. Todas las mañanas los mismos ojos recorriéndome, las mismas manos dándome forma. De fondo, la voz de mi tía solo sirve para hacer que la experiencia sea todavía más tediosa. Tareas por hacer, comentarios de la nobleza que no me interesan, noticias que nunca llegan a romper la quietud de mi día a día. Me observo en el espejo mientras mis dedos repasan distraídamente el suave ribeteado de piel en las mangas. La chica que se encuentra ante mí, sobre la que cantan canciones para hacer llegar noticias de su belleza a todos los confines de Marabilia, parece aburrida y triste, como un pajarillo enjaulado. El vestido azul oscuro hace que aparente ser mayor y más pálida de lo habitual.

Bajo la vista a mi regazo, porque dudo que necesite otro par de ojos siguiendo sus movimientos.

—¿Me estás escuchando, Ivy?

No me muevo, quizá porque no quiero encontrarme con la expresión crítica e inquisitiva de mi tía. A lo mejor porque necesito unos instantes para desentrañar qué me estaba diciendo.

—Las telas para el traje de novia. —Las palabras salen de mis labios antes de que me dé cuenta de su significado, y cierro la boca antes de poder añadir nada más.

—Yo creo que debería ser un vestido azul. A juego con tus ojos.

No me pronuncio al respecto. En su lugar, dejo escapar el sonidito más críptico que puedo: que interprete lo que quiera de él.

Me encojo un poco cuando un tirón en mis cabellos me hace daño. La doncella se disculpa y continúa haciéndome las trenzas que después enredará en torno a mi cabeza.

—También había pensado en adornar el castillo con flores para la llegada de tu prometido. Dicen que ya ha salido de Granth y que no tardará mucho en llegar, siempre que los Elementos le sean favorables.

Se me encoge el estómago ante la mención del príncipe Fausto. Un muchacho que jamás he visto, de una tierra en la que nunca he estado. Cada vez que pienso en él, en que han decidido que sea mi futuro, el rey de mi gente, algo se me remueve en las entrañas. Algo que se queja, pero a la vez permanece expectante.

Algo que me recuerda que toda la educación de mi vida ha ido enfocada a estar a la altura del momento, pero que se debate entre luchar contra el impulso de huir o dejarse vencer por él. ¿Tiene eso sentido?

Me levanto. Sé que no puedo escapar de mi casa, de las fronteras de Taranis, pero sí puedo correr lejos de quien me hable de lo que no deseo escuchar.

—Discúlpame, tía —susurro—. Padre me está esperando y no debo retrasarme. Sabes que no empezará a desayunar sin mí.

Si tiene algo que comentar, se lo calla. Se limita a apartarse y, con los labios apretados, mueve la cabeza hacia la puerta.

No pierdo la oportunidad. Hace unos años hubiera sido impensable que me dejaran sola para caminar siquiera desde mi habitación al pequeño salón privado donde comemos mi padre y yo. De hecho, hace unos años hubiera sido impensable que tuviera mi habitación para mí y durmiese sola por las noches, sin ninguna dama que me hiciese compañía y velase por mi bienestar. Sin embargo, desde que cumplí la mayoría de edad y, más recientemente, desde la muerte de la reina, he gozado de un poco más de libertad. No es como si pudiera hacer y deshacer a mi gusto, pero por lo menos tengo un poco de espacio al que llamar mío.

Aunque en ocasiones siento que ese espacio, que ese tiempo a solas, es insuficiente. Sobre todo cuando parece que todo mi mundo se mueve alrededor del mismo acontecimiento: la inevitable boda. Respiro, intentando no pensar en las lunas enteras sufriendo las preguntas, fingiéndome emocionada, obligándome a sonreír siempre que tenía que afrontar conversaciones relacionadas con él: «Sí, estoy muy feliz», «Sé que el príncipe será un gran esposo si mi padre lo ha elegido para mí», «No puedo esperar a conocerlo».

Al final las mentiras empiezan a salir con tanta facilidad de mis labios que parecen parte de una canción o un poema de mi infancia.

Pero lo intente como lo intente, lo cierto es que no puedo convencerme de que el entusiasmo es real. No puedo forzarme a interesarme por la lista de invitados (que yo no he elegido), el vestido (que probablemente no sea de mi agrado), las flores (que tendrán algún significado que desconozco) o los banquetes.

Solo quiero gritar. Recordarles que iban a recibir a mi antiguo prometido con la misma ilusión. Pero mi antiguo prometido, Kaylen de Dahes, nunca existió.

La *princesa* Kay de Dahes apareció un buen día en la puerta del castillo, mucho después de que su padre hubiera dicho que su hijo había sido raptado por unos piratas, para contarnos que nos habían engañado. Que nunca fue un muchacho.

Que el compromiso podía romperse.

Después, fue como si Dahes entero hubiera sido borrado del mapa: nadie osaba mencionar nada al respecto en mi presencia. Como si temieran por mi integridad, la gente caminaba de puntillas a mi alrededor. Y aunque sea consciente de mi crueldad, aunque sepa lo mucho que esas personas sufrían por mí, lo cierto es que su silencio era... sublime. Lo que había añorado durante tantas lunas. Una parte despiadada de mí sentía ganas de reírse cuando pensaban que lloraba la boda que no iba a celebrarse. Como si hubiera conocido a mi prometido. Como si alguna vez aquel nombre de muchacho hubiera despertado en mí poco más que una cordial curiosidad. Pasó al menos una semana antes de que alguien volviese a mirarme a la cara y dos meses más antes de que alguien mencionase al príncipe de cualquier otro reino en mi presencia. En una ocasión, hasta vi a mi tía perder la calma con su nieta porque había nombrado a Geraint de Dahes en una conversación. Pensé que iba a echarla del cuarto, pero todo quedó en un incómodo silencio antes de que Cordelia retomara la lectura en voz alta para encauzar la paz y las demás, la costura.

Ahora, sin embargo, no parece que el príncipe vaya a resultar una mentira, y lo único que puedo pedir es que llegue pronto a tierra y acabemos de una vez con todos los preparativos.

Mi padre me espera sentado en su silla, comiendo distraídamente, los ojos fijos en el tapiz que está colgado en la pared de enfrente. Cuando me ve

llegar, su cara se ilumina y es como si varios años alzaran el vuelo de sus hombros, que estaban hundidos por su peso. Me acerco para besar su mejilla y me acomodo a su lado. La mesa no es muy grande, pero hay sitio para otras dos sillas, como si siempre esperásemos invitados. A veces he descubierto al rey buscando en uno de los asientos a su reina porque, aunque los años hayan pasado, supongo que hay costumbres que nunca se pierden.

—¿Cómo habéis dormido, padre?

—Bien. Hasta que he oído a tu tía batallar con las sirvientas, al menos. Parece que hoy está especialmente activa.

Tía Dévona y su energía no son nada nuevo. Creo que ese es su secreto para haber enterrado a tres maridos, como siempre presume de haber hecho. Como si sobrevivirlos fuera un premio de valor incalculable. Aunque probablemente crea que su mayor hazaña sea habernos visto crecer tanto a mi madre como a mí. Se le llenan los ojos de orgullo al hablar del momento en el que yo sea desposada, coronada y, sobre todo, en el que dé un heredero varón a la corona.

Mordisqueo el pan recién hecho, intentando ignorar la aprensión al pensar en cualquiera de las tres cosas.

—Hoy vienen a mostrarnos las telas para el vestido de novia —murmuro. Procuro sonar entusiasmada, pero sé que no lo consigo—. Y, al parecer, Fausto de Granth ya está de camino.

—Pronto podrás conocerlo. —Su sonrisa es tan sincera que me hace sentir mal. Cuando pone esa cara, sé que no puedo defraudarlo. Que necesita este matrimonio. Que nuestro reino lo hace porque las mujeres no llevan la corona o toman decisiones políticas, y es mejor que me case con alguien a la altura de la misión que dejar que alguna otra persona le suceda, con los bandos de nobles lanzándose picotazos como aves carroñeras para que el último que quede en pie pueda sentarse en el trono. Mi padre solo dormirá tranquilo cuando me haya desposado y los intereses del reino permanezcan a salvo.

Y yo soy una herramienta para ese fin. Un puente, como él mismo me ha llamado siempre que hemos mantenido esta conversación antes. Un hermoso puente de oro, una alianza que ayudará a conservar la paz y la estabilidad. Un producto en el mercado que se ha expuesto para que los bolsillos más

pujentes pujen por mí. Dahes me ganó una vez, pero no pudo pagar el precio. Y con esa oportunidad perdida, Granth ha ganado la suya y me presta atención. Si consideran que estoy entera, que soy de su agrado, si me ponen a contraluz y quedan satisfechos con mi brillo, dejarán que las monedas cambien de mano y mi futuro quedará sellado.

—Pronto —repito. Y tengo la esperanza de que suene a promesa y no a resignación.



Fausto

De mi país me llevo la música. La guardo entre mis dedos, en cada nota que se desprende del nay. Supongo que la melodía no debe de parecerle demasiado alegre a ninguno de los marineros, pero no me siento con ánimos para tocar canciones que despierten aplausos y muevan los pies, solo este sonido lánguido, que marca el compás de la despedida a una isla que hace horas que ya ni siquiera se divisa en el horizonte.

—Conseguirás deprimir a todo el barco.

A veces creo que Logen se mete en mi cabeza incluso cuando sabe que no debe hacerlo. Cuando no *debería poder*; por más nigromante que sea, ya que los nobles y la realeza siempre llevamos encima amuletos que nos protegen de vistazos indiscretos. Las piedras azules que evitan la intrusión en nuestras mentes son un bienpreciado y un accesorio de moda cada vez más popularizado.

La melodía cesa cuando me toco la oreja izquierda para comprobar que el pendiente no se ha caído antes de mirar por encima del hombro. Logen se acerca para apoyarse justo a mi lado.

—No te preocupes: en las celebraciones de la boda tendrás todas las canciones alegres que quieras. Las pediremos expresamente para ti.

—Por favor. Espero por lo menos «Lo Vil» o alguna de las que se cantan en las tabernas sobre Arthmael de Silfos. De hecho, eso delante del susodicho sería algo que agradecería el resto de mis días.

Pese a todo, sonrío. No tengo el placer de conocer a su majestad Arthmael de Silfos, pero, como todos los reyes y reinas, está invitado al enlace. Al fin y al cabo, se trata de la unión de dos países y concierne a todos los reinos, de una manera u otra. Además, la Cumbre se celebrará solo unos días antes, y no podría realizarse sin la presencia de cada uno de los dirigentes de Marabilia. A estas alturas, los reyes estarán consultando con sus consejeros los temas que querrán discutir, las posturas que deberán defender, las posiciones que habrán de tomar.

Durante las semanas previas a una Cumbre se estudia la situación política del continente y se elucubra sobre los temas que saldrán a debate. Aunque siempre cabe la posibilidad de que surja algún asunto inimaginable, como hace dos años, cuando se convocó una reunión de urgencia...

—¿Tienes miedo? —Logen me observa, inquisitivo, dándole la espalda al mar y a mi isla invisible. Supongo que para él es más fácil: aunque Granth haya sido su hogar durante los últimos años, no ha vivido allí toda su vida. Para llegar a ser nuestro nigromante tuvo que estudiar en la Torre de Idyll y, antes de eso, pasó una gran temporada en Verve. Nunca me ha dicho que eche de menos ninguno de aquellos reinos. Logen no es una persona que tenga especial aprecio a las raíces.

—Miedo no; vértigo, supongo. Mi madre espera... muchas cosas de mí.

—Y que renuncies a tantas otras.

Estoy a punto de responderle que no creo que se le pueda llamar renuncia cuando un graznido nos hace dar un respingo. Levanto la cabeza, buscando a *Idris*, y frunzo el ceño al ver que le grazna a una gaviota que lleva una manzana en el pico. Justo cuando aparto la mirada para retomar la conversación con Logen me doy cuenta de que hay dos cosas extrañas en esa escena: el hecho de que *Idris* se moleste en prestarle atención a una simple gaviota y que una gaviota robe una manzana. Hago una mueca y observo la pelea de las aves. La gaviota consigue evitar a *Idris*... y se lanza hacia la puerta de la bodega, abierta.

Creo que a mi amigo y a mí se nos pasa la misma idea por la cabeza. *Idris* se vuelve hacia mí y me grazna. Un segundo después, la imagen de un colibrí aparece en mi mente sin que yo la pida.

Y otro rostro.

Los pasos que me llevan a la bodega son tan rápidos como mi pensamiento.

Cuando bajo las escaleras y la veo, ni siquiera puedo sorprenderme de verdad.

Samira me mira sentada entre las cajas mientras muerde la manzana robada.

Aesir, ahora convertido en colibrí en vez de en gaviota, revolotea a su alrededor.

Al principio tiene la expresión de un delincuente al ser pillado cometiendo un crimen; después, su sonrisa de siempre.

—Hermano, ¡qué inesperada casualidad! ¿Quieres fruta?



Samira

Ser la tercera heredera en una línea sucesoria solo tiene ventajas. Una por cada escalafón que bajas, concretamente. Primera: eres una princesa, así que tu vida está resuelta. Segunda: pese a ser princesa, no vas a heredar el reino, por lo que tu vida, además de estar resuelta, puede ser bastante relajada. Tercera: como no vas a heredar el reino, nadie espera demasiadas cosas de ti.

Y como nadie espera demasiadas cosas de ti, puedes hacer lo que te venga en gana.

Como escaparte de palacio.

—¿Es que te has vuelto loca, Samira?

Le doy otro mordisco a la manzana, mirando al dramático de mi hermano con un pestañeo que espero que parezca encantador.

—Solo soy una adorable muchacha preocupada por su hermano y príncipe, que tiene que partir a un país lejano en el que seguro que echará de menos su hogar y se sentirá muy perdido. Mi fin es protegerlo y hacerle compañía.

Y si de paso veo un poco de mundo, ¿qué mal le hace eso a nadie?

—Esa es la misión de Logen.

Miro a nuestro nigromante, que ha llegado justo detrás de Fausto. No ha dicho palabra. Lo conozco lo suficiente para saber que en realidad le divierte

mi aparición.

—Oh, seguro que Logen quiere que no te sientas solo, pero no me meteré en su forma de encargarse de eso...

Logen esconde una sonrisa.

—De menos formas de las que yo estaría dispuesto.

Fausto se azora, por supuesto.

—¡Samira! —Me increpa—. ¡Y tú, Logen, no le sigas el juego!

—Bueno, puesto que ya sabes que estoy aquí, supongo que puedo salir a cubierta. Empezaba a aburrirme aquí abajo.

Me bajo de las cajas de un salto, apartando la manzana a un lado. Con suerte, ahora podré comer algo más que simple fruta. *Aesir*, que también se siente amonestado por *Idris*, la ignora y se acerca a mí para revolotear a mi alrededor.

Sin embargo, esta vez no es tan sencillo salirme con la mía. Fausto me corta el paso poniéndose delante de mí.

—No puedes estar aquí, Samira. —Acto seguido, sus ojos escrutan a Logen con tal seriedad que hasta el nigromante pierde la diversión en la mirada—. ¿Hay alguna manera de que la llesves de regreso de manera fácil y rápida?

Frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre el pecho. La respuesta de Logen es bastante evidente:

—No sin retrasarnos. Tendríamos que dar media vuelta. Aunque pusiera todos los vientos a nuestro favor, perderíamos un día.

Fausto hace una mueca. No permitirá ni el más mínimo inconveniente en su itinerario. Quiere que todo salga *a la perfección*. Como siempre. Fausto de Granth nunca deja margen a errores o a cualquier cosa que se salga de sus calculados planes.

—En tal caso, cuando llegemos la acompañarás y...

—No voy a dejarte solo en Dione. Tú lo has dicho: mi deber es protegerte en un reino en el que puede que tengas algún aliado, pero en el que serás ante todo un desconocido. Y, de hecho, solo un extranjero para muchos.

Chasqueo los dedos delante de los dos muchachos, con las cejas alzadas.

—Hola, sí, gracias por vuestra atención. No sé si os habéis dado cuenta, pero no he necesitado el permiso de nadie para colarme en este barco y no lo

necesito para quedarme. Voy a ir a Dione y, cuando lleguemos, os acompañaré al palacio.

—Padre y madre van a morir de la preocupación cuando descubran que no estás.

Pongo los ojos en blanco. Lo bueno de ser la tercera es, además, que ningún rey ni reina se mueren si te pierden de vista. Eres un comodín, pero, mientras todo vaya bien, poco más. De hecho, si eres mujer, ni siquiera puedes ser considerada comodín. Para serlo, una tendría que casarse. Concretamente, con un hombre que pueda dar herederos al reino. Y eso no entra en absoluto en mis planes.

—Apuesto a que sobrevivirán. Pero les dejé una carta, ya que tanto te preocupa. A estas alturas puede que ya la hayan encontrado, si es que se han percatado de que les falta una hija.

—¡Claro que se habrán percatado!

—La cuestión es que todo esto no es el gran drama que estás sugiriendo. Solo estoy tomándome un leve retiro de unas semanas para apoyar a mi querido hermano. Cuando sea un hombre casado, después de disfrutar al máximo de las fiestas y beberme hasta el agua de los floreros, volveré a casa junto con padre y madre. Asunto resuelto. Todos felices.

—En Dione nadie espera que tú...

—¡Pues seré tu regalo de bodas! Dicen que la princesa es muy bonita: dado que tú eres un virginal doncel, a lo mejor puedo encargarme yo de ella.

Logen ahoga una carcajada mientras Fausto respira hondo, apretándose el puente de la nariz.

—Samira...

—Vas a contar con tu adorada hermana un poco más de tiempo del previsto.

¿Puedes, por favor, abandonar tu formalidad y apreciar algo tan maravilloso como mi presencia?

Fausto abre la boca y, antes de que pueda decir nada, me echo sobre su cuerpo para darle un abrazo de los que siempre hacen que me perdone todo.

Puede que engañe a mucha gente con su porte de caballero de noble armadura, pero la verdad es que es un blando, al menos cuando no hay

política de por medio. Y otra ventaja de ser la tercera es que la mayor parte del tiempo la política ni me roza.

Al final, siento a mi hermano suspirar. Es tan sencillo que, si no me alegrase tanto su resignación, me burlaría de él.

—No voy a olvidar que has fingido estar muy dolida por mi marcha para poder escaparte —me amonesta. O lo intenta, porque en realidad hay una parte de él que se preguntará cómo no se lo pudo imaginar, conociéndome.

—Oh, pero es que estaba dolida; tanto que he decidido seguirte... —digo con voz melosa.

De nuevo, pone los ojos en blanco. No me cree, claro, pero ni falta que hace.

De hecho, prefiero que nunca sepa diferenciar cuándo me burlo de él con palabras de cariño o cuándo se las digo de verdad; que lo supiese sería demasiado vergonzoso.

Así que me parece bien si piensa que todo ha sido una excusa para alejarme de Granth una temporada. Por una parte, es así; por otra, iba a echarlo demasiado de menos.

Que te ignoren por ser la tercera tiene muchas cosas positivas. Excepto cuando una de las pocas personas que no te ignora desaparece.

—Por todas las estrellas, te lo pido: cuando lleguemos a Dione, no te metas en líos.

Parpadeo, como si no supiera de qué me habla. Veo mi sonrisa de duende reflejada en sus pupilas, en las que, pese a todo, se esconde la alegría por verme.

—Yo nunca, nunca me meto en líos.



Cordelia

Ivy lleva nerviosa desde que se cerró el compromiso y, a medida que descubre que la llegada de su prometido es inminente, su ansiedad aumenta. Lo noto en cómo a veces duda cuando da un paso, en la fuerza con la que se aferra a mi brazo mientras caminamos por el jardín. Ha perdido algo de apetito (aunque nunca fue una muchacha que comiese demasiado) y la veo suspirar por los rincones, no como las princesas de los cuentos, sino como una condenada antes de recibir el castigo de un crimen del que ya le han dado el veredicto.

Quisiera decir algo para consolarla, como que yo también pasé por ello y no me ha ido tan mal. Claro que considero que he tenido mucha suerte con Alden.

He oído historias horribles de maridos que manipulan a sus mujeres. Hombres que fuerzan, que gritan, que pegan. Hombres que pierden la paciencia o que vuelven borrachos a su casa. Hombres que se buscan amantes, que rechazan a las mujeres a las que han jurado respetar y guardar fidelidad y lealtad.

Me digo que a mi prima no le pasará nada de eso. El príncipe será un hombre amable que la respete. Que se enamore de ella. Quizá no como en las historias ni con un flechazo a primera vista, pero con el tiempo...

Toco el dorso de su mano y la princesa sale de su ensimismamiento. Me mira con los ojos muy abiertos, como si se hubiera percatado de mi presencia en ese mismo instante. Después se apoya un poco más contra mí y posa la mejilla en mi hombro.

—A veces me gustaría que nunca nos hubiéramos hecho mayores —me dice en un susurro plagado de añoranza.

Estoy de acuerdo. Yo también echo de menos las noches bajo las mantas, cuando nos contábamos historias y comíamos dulces robados de las cocinas en los momentos en que la condesa de Elgin o la reina no miraban. Añoro las tardes lluviosas tumbadas sobre una manta junto a la chimenea o esas de aventuras por los pasadizos de palacio, intentando encontrar tesoros y leyendas.

—El tiempo es algo que ni el nigromante más poderoso podría devolvernos —le recuerdo—. Y supongo que tiene sentido, ¿verdad? De lo contrario, nos acomodaríamos y no nos molestaríamos en vivir el presente con tanta intensidad.

No sé si son las palabras correctas. Los claros ojos de Ivy se posan en los míos y algo dentro de ella parece gritar para decirme que, en realidad, su presente es algo que no quiere vivir.

Cuando cambiamos de tema tras un largo silencio, una sombra se cierne sobre nosotras. Tiene forma de barco con la bandera de Granth ondeando en el mástil, o esa es la silueta que toma cuando una sofocada y jadeante Portia llega corriendo al jardín para decir las palabras que Ivy tanto teme:

—El barco del príncipe ha sido avistado.



Fausto

Cuando el vigía de la nave anuncia tierra, Samira sale corriendo hacia la proa para ver el paisaje antes que nadie. *Aesir* la sigue con su cantar alegre, imitando su alma inquieta y con deseos de descubrir mundo. *Idris* y yo, sin embargo, nos quedamos en nuestro camarote, casi sin ánimos para mirar por el pequeño ventanal. Mi compañera deja escapar un graznido que es casi un gruñido desagradado y yo le dedico una leve sonrisa; ella puede quejarse con el disgusto que a mí no se me permite sentir. O que yo no me permito sentir, mejor dicho.

Con un batir certero de alas, se acerca a la mesa del escritorio en el que trabajo, con todos los documentos acerca de Dione que he tenido que estudiar a lo largo de los meses. Su historia. Las casas de sus nobles. La cantidad de sus habitantes.

El tipo de política que su majestad Derrick ha mantenido en las últimas décadas.

Resúmenes de las relaciones del reino con el resto de Marabilia, en especial con Granth...

Y su princesa. Todo lo que se pueda saber de ella, aunque no es mucho. Lo que se dice de Ivy de Dione es solo un esbozo que sugiere que se trata una

bonita muchacha de cabellos de hilo de oro, piel nevada y ojos nacidos del mismo océano que separa nuestras tierras. Dicen que callada, dicen que encantadora. La viva imagen de su madre en algún momento, según otros. De salud delicada, sugiere algún cronista...

Esos documentos los he ignorado deliberadamente. Quizá no debería haberlo hecho. Quizá debería haber buscado una pista más concreta sobre su personalidad. Algo que nos una desde el principio. Echo un vistazo de reojo al baúl, tentado de obsesionarme en conocer el detalle exacto que haga que no nos odiamos en cuanto nos veamos. No puedo permitirme algo así. *Necesito* hacer que esto funcione, aunque de todos los planes que tengo que sacar adelante, ni siquiera sé cómo abordar este.

Idris grazna, quitándome la idea de la cabeza al reclamar mi atención. Un segundo después, me invade una añoranza quejumbrosa. Durante unos segundos casi planeo por los desiertos de Granth y me sumerjo en las aguas de sus playas.

El canto único de los oasis en los que nacen los nasires me llena de una tristeza que no sé si es mía o de la culpable de las imágenes en mi cabeza.

Extiendo los dedos hacia *Idris*, que empuja su cabeza contra ellos.

—Yo también lo echo ya de menos, amiga mía.

Idris canta tan triste como las notas de mi nay. Permito que lo haga, llenándome el pensamiento de imágenes de la isla que hemos dejado atrás, mientras me preparo para descubrir las tierras a las que nos acercamos.

Tomo todos los documentos de la mesa y los lanzo poco a poco dentro del mismo baúl que esconde los retazos imaginados de mi prometida. Me cuesta desecharlos, aceptar que todo lo que haya podido estudiar será solo teoría en un escenario en el que voy a tener que actuar.

Más allá de los papeles, la realidad espera que la conozca.



Ivy

Me inspeccionan desde todos los ángulos, de todas las formas posibles: a contraluz, desde arriba, por la espalda, de perfil... Hay ojos a mi alrededor, agobiantes, dispuestos a sacar defectos que nunca han estado ahí. Y también hay palabras, por supuesto: de halago, de crítica, de aceptación. Me siento despiezada, estudiada. Con un peso tan grande sobre los hombros que ni siquiera me deja fuerzas para gritar que se detengan, que las cintas del vestido están demasiado apretadas, que el perfume es tan fuerte que me da dolor de cabeza, que los colores son demasiado abrumadores, que la marea de gente del patio me agobia. ¿Podrán siquiera sostenerme las piernas?

Mientras observo la llegada de mi prometido y sus acompañantes, pienso que me desmayaré, que colapsaré como un castillo de naipes, desparramándome en silencio en un desastre por el que nadie llorará.

Intento concentrarme en los cuerpos que me rodean, en el murmullo de voces nuevas con un acento cadencioso y extraño, tan ajeno a mi día a día como si fuera otra lengua.

—¡Os esperábamos, alteza! —El tono de mi padre es jovial, encantado de poder recibir al hijo que nunca tuvo y que ha tenido que buscar en otras

tierras. Su bienvenida, cálida, estalla cuando abre los brazos como para abarcar a todos nuestros invitados—. Es un honor recibirlos en Taranis.

Mientras el pequeño destacamento de soldados granthianos se mantiene en orden y el silencio cae sobre ellos, su príncipe se adelanta y sube el par de escalones que lo separan de nosotros. Mi padre le sonrío ampliamente y, en respuesta, Fausto de Granth corresponde al gesto, como contagiado, antes de inclinarse en una perfecta reverencia.

Entorno los ojos, estudiándolo desde un lugar entre mis damas, que se irguen a mi alrededor como la última barrera que me separa de mi destino. Aunque no creo que se me permita ocultarme mucho más: no estoy aquí para mantenerme invisible, sino para deslumbrarlo y hacer que de alguna forma mi mera existencia complazca sus expectativas.

Me obligo a dejar de pensar en lo injusto que es y me fijo en sus ropas de extranjero, con sus telas coloridas y finas; en su piel oscura; en sus extraños zapatos en punta; en la empuñadura enjovada de su espada, cuyo filo traza una curva elegante. La moda de Granth no podría ser más diferente de la de Dione.

—El honor es mío —proclama con voz suave. Su acento es fuerte y tiene una cadencia diferente pero no desagradable—. Conocerlos a vos y vuestras tierras ha sido mi deseo desde el momento en que supe que vendría. Y como si la suerte nos sonriera, los vientos no han podido sernos más favorables. Espero que nuestra llegada no os haya cogido por sorpresa.

Está aquí. Mi prometido realmente está aquí. Nos casaremos en unas semanas.

—Mi corte os aguardaba con tanta impaciencia que seguro que han rezado a todos los Elementos para que dirigieran vuestro barco a puerto con la mayor brevedad posible. Puede que no os conozcan, pero todos os quieren ya. Tendréis la oportunidad de comprobarlo en los siguientes días, aunque les he advertido que no os abrumen más de lo necesario.

El príncipe es de sonrisa fácil y rostro agradable, aunque es complicado saber si está fingiendo. Es muy sencillo tirar de las comisuras de los labios hacia arriba, aunque no lo sientas. Es fácil adoptar un papel, crearse un personaje que interpretar. Tanto que a veces corres el peligro de olvidarte de quién eres.

—No os preocupéis, majestad: en Granth estamos acostumbrados a rodearnos de familia, y espero encontrar eso ahora en vuestra corte.

No habla de una prometida o una esposa, sino de una familia, lo que de alguna forma me agrada. Incluso si yo siempre he considerado que la mía ya estaba completa. Me siento cruel por no haber pensado lo mismo. Por no ser capaz de dar un paso hacia delante y ofrecerle... ¿qué? En realidad no sé si busca comprensión o amor, o solo está diciendo lo que a mi padre le gustaría escuchar.

Sus ojos abandonan los de mi padre en ese preciso instante y parecen buscar algo. Lo veo recorrer rostro por rostro. De los miembros del Consejo, detrás del rey. De mis damas. Sé que se pregunta cuál será su esposa. A quién, de todas esas mujeres, va a desposar. Y yo, irracional, no puedo evitar preguntarme si alguna le gustará más. Si se fijará en la figura de Valora o en sus gruesos labios.

Si se detendrá un segundo de más en los ojos despiertos de Portia o si descubrirá ese lunar junto a la comisura derecha de sus labios que parece puntuar su belleza. Si le fascinará la perpetua expresión dulce de Cordelia, que permanece a mi derecha con mirada amable y una sonrisa.

Cuando los ojos del príncipe entran en contacto con los míos, no hay chispas ni magia. Ni siquiera vértigos o mariposas en el estómago. En su lugar, me atenaza la vergüenza y, huidiza, bajo la vista aun a riesgo de parecer demasiado tímida. Cohibida o cobarde, incluso.

O quizá decida verme como recatada, y yo no me molestaré en llevarle la contraria.

—Espero que encontréis un hogar en nuestras tierras, alteza —lo anima mi padre, aunque no debe de saber cómo se siente: al fin y al cabo, él nació y creció en este palacio y siempre tuvo a su familia cerca—. Pese a que nunca podremos sustituir a Granth en vuestro corazón, esperamos que también haya un sitio para Dione en vuestros pensamientos.

Se me corta la respiración cuando el rey alza la mano y me sonrío. Sé que quiere que me acerque, pero mis pies parecen de piedra, imposibles de levantar.

Noto los dedos de alguien en la espalda. Aunque no me vuelvo, reconozco el tacto sutil pero reconfortante de Cordelia, que me ofrece su

apoyo.

—Y también espero, por supuesto, que haya un lugar para mi hija a vuestro lado. Dejadme que os presente a su alteza real, Ivy de Dione.

Sigo sin moverme. Mis piernas se niegan a aceptar la orden. Mi pecho se llena de nubes. Mi estómago se solidifica y cae hasta mi vientre.

El empujón que necesito no es amable y llega acompañado de un susurro casi feroz: mi tía pronuncia mi nombre como una advertencia y, de alguna forma, eso me devuelve el sentido. Parece que no me piso el bajo del vestido solo por intervención de los Elementos, porque lo recojo demasiado tarde.

Espalda recta, pasos cortos, mirada humilde. Moldeo mi expresión y me detengo a unos pasos cautelosos de mi padre y el príncipe. Me inclino como me han enseñado, con la certeza de que todos los presentes están pendientes de mí.

—Mi señor —susurro, aunque mi voz no parece mía, sino de otra muchacha. Una a la que le han presentado un desconocido cualquiera, y no su prometido—. Es un honor para nosotros que estéis al fin en nuestro reino.

Me enderezo y alzo los ojos. Él hace una reverencia a su vez.

—Me hace feliz poder conoceros, alteza. Aunque he escuchado tanto de vos que casi es como si ya os hubiera encontrado mil veces.

No sé qué responder a eso. Ni siquiera creo que tenga sentido. ¿Cómo va a conocerme si nunca antes hemos hablado? ¿Cree acaso que lo que se pueda decir de mí es parte de mi verdadero yo? ¿Acaso piensa que me mostraré igual ante los desconocidos que ante mi familia?, ¿ante los súbditos de mi padre que ante mi prometido? Puedo imaginarme lo que ha escuchado. Que soy hermosa. Que soy dulce y agradable y mansa. Que seré la perfecta esposa. Que estoy sana y que le daré hijos perfectos a la corona.

No contesto. En su lugar, amplío mi sonrisa y recibo sus palabras en silencio.



Samira

Desde que desembarcamos en el puerto de Taranis hasta que nos presentamos en el palacio de la familia real de Dione, tengo tiempo para descubrir varias cosas.

Por ejemplo, que la ciudad es un lugar perfecto por el que perderse, con sus infinitos callejones y sus retorcidos caminos empedrados. O que la temperatura va a provocarme varios resfriados como vista las ropas que acostumbro a llevar.

También he apreciado que la moda aquí es bastante diferente a la nuestra. Sobre todo la de las mujeres, que llevan metros y metros de tela gruesa y pesada en grandes y opulentos vestidos que me agobian solo de imaginar que me cubren.

De hecho, lo primero que tuve claro es que, por mucho frío que haga, no voy a dejar que nadie me acerque una de esas cosas.

Bueno, excepto si es una muchacha pidiendo ayuda para quitarse esa cantidad de ropa de encima. En ese caso, seré una ayudante magnífica, ya que otra de las cosas que descubro es que las mujeres en Dione son bastante bonitas.

Especialmente su princesa. No sé si mi hermano piensa lo mismo, pero yo me quedo un rato admirando sus facciones perfectas, el color níveo de su

piel, el tono claro de sus ojos. No sé si es la mujer más hermosa que he visto nunca (esa es mi madre, probablemente, o Casilda), pero sí es indudablemente bella. Había escuchado las canciones hablando de su hermosura, pero suponía que serían exageraciones. El tipo de cosa que empieza como un rumor y se convierte en una verdad popular e incuestionable a costa de repetirse demasiado, como las heroicidades de Arthmael de Silfos.

No, la belleza de Ivy de Dione hace honor a todo lo que se ha escrito sobre ella. Aunque hay algo en ella que no me gusta. Es preciosa, pero es preciosa como lo sería una muñeca o una obra de arte. Artificial. Eso parece. Ella y su sonrisa, perfectamente calculada, sin réplica en su mirada. Observo a mi hermano, pero me es imposible advertir su expresión; está demasiado adelantado, hablando con el rey.

Nadie ha reparado en mi presencia; estoy bastante acostumbrada. Y no lo hacen hasta que mi hermano no lo quiere así:

Lo cierto es que necesitaremos una habitación más de lo previsto.

Cuando Fausto se gira a medias para observarme, los ojos de Derrick de Dione se fijan en mí. Y así los de toda la corte. Aprovecho mi momento para adelantarme un par de pasos y sonreír.

—Me temo que hemos tenido una polizona en nuestro barco. Os presento a mi hermana, su alteza real Samira de Granth. Una rebelde, aunque ahora ostente esa sonrisa de niña buena.

Me llevo dos dedos a la frente y me inclino al modo granthiano.

—¡Rebelde! No, no. Simplemente soy una... apasionada aventurera ansiosa por conocer nuevas tierras. Sobre todo aquellas con las que tanto nos vamos a relacionar. —Parpadeo—. Venir solo a la boda me habría parecido insuficiente, al ser Dione un reino tan magnífico como se dice...

Fausto alza apenas una ceja, pese a que sé que está agradado. Puede que hasta le haga gracia mi actitud, aunque eso no va a mostrárselo a nuestros anfitriones.

En cualquier caso, le parecerá bien que me gane a su futuro suegro. El rey, por su lado, está sorprendido, pero ¿quién se negaría a una muchachita tan encantadora como he aparentado ser? Es imposible, por eso al final se ríe con una carcajada limpia y natural.

—¡De modo que una aventurera! Parece que últimamente hay cada vez más en Marabilia. Descuidad: aquí siempre habrá sitio para vuestra familia. Mandaremos preparar unas habitaciones cerca de vuestro hermano, si os parece bien, alteza.

—Y si veis que es mucha molestia, no hay problema: le robaré la cama a él mismo.

Fausto frunce el ceño.

—No, no harás tal cosa.

—¿Por qué no? Así me aseguraré de que no haces nada que no deberías antes de la boda, hermano.

Ups. Esa es la clase de comentario que debería permanecer en mi cabeza, pero que ha salido disparado de mi boca. Puedo escuchar a Logen carraspear para evitar la carcajada. No quiero mirar a mi hermano; sé que la sugerencia no le habrá hecho tanta gracia como las otras.

«Ibas muy bien, Samira».

Escucho su reproche contenido de manera tan clara que es casi como si pudiera meterse en mi mente.

—Como dar vueltas y vueltas por el cuarto pensando en cómo podría agradar a su prometida, quiero decir. Porque eso es lo que mi pobre hermano lleva haciendo desde que se anunció el compromiso, obsesionado con el enlace. Está desesperado por gustaros, alteza.

Consigo que nadie piense en la primera connotación de mi sugerencia. Fausto probablemente ahora esté avergonzado y se sienta descubierto, el rey quiere creer que eso es cierto y la princesa, a la que todos miramos, está demasiado sorprendida y ruborizada como para pensar nada. Ni siquiera en una respuesta.

Quizá por eso sus damas salen a su rescate antes de que pueda colapsar. En concreto, lo hace una muchacha joven, de cabellos morenos perfectamente recogidos, a excepción de un tirabuzón rebelde que le cae por la frente. Tiene los ojos del color de la arena de las playas de Granth y una sonrisa tan cálida como la temperatura de nuestro reino. La observo porque no parece artificial. Captura el brazo de la princesa y su risa suena a canto de gorrión.

—Como podéis observar, alteza, nuestra princesa también ha estado nerviosa. Pero, por suerte para todo el mundo, ella me tiene a mí y vuestro

hermano, a vos. Seguro que podemos hacer algo para ayudarlos.

Ivy enrojece más, mirando a su dama con el mismo reproche que Fausto me echaría a mí. Eso hace que me guste. Además, provoca que el rey se destense al reír.

—¡Los jóvenes! ¡Cuánta ternura y timidez! Se os pasará, muchachos, se os pasará. —Con confianza, pone una mano en el hombro de mi hermano. Aunque puedo reconocer la tensión todavía en él, se relaja un poco—. Entremos, debéis de estar agotados de la travesía. ¡Y hambrientos!

Existen bastantes historias que hablan sobre la conexión emocional entre los nasires y sus cuidadores. Dicen que, cuando un nasir nace y ve a su cuidador, sus caracteres quedan irremediabilmente ligados. Por eso, cuando a mí me rugen las tripas ante la mención de comida, *Aesir* canta con alegría y revolotea cerca.

Como yo, al principio puede pasar desapercibido, pero siempre sabe cómo llamar la atención. La corte, por supuesto, se sorprende al ver al pequeño colibrí a mi alrededor, picoteándome el pelo. La muchacha que se ha agarrado a Ivy y la propia princesa parpadean. Siento que me pican las mejillas.

Fausto se lleva una mano a la cara.

—Controla a *Aesir*, Samira.

Carraspeo y alzo una mano para que *Aesir* se pose en mi dedo, aunque da unos saltitos nerviosos sobre él. No deja de cantar.

—¿Lleváis... pájaros con vos, alteza?

Miro a la dama de Ivy.

—No son *pájaros*. Son nasires.

Descubro comprensión en las miradas de los presentes. Veo ojos que buscan el escudo de armas de Granth, la silueta de las aves que se dice que siempre han protegido nuestra isla. No hay nasires más allá de nuestras tierras, a no ser que sean criaturas robadas y arrancadas de su hogar.

Por primera vez, veo también cierto brillo en los ojos de Ivy de Dione cuando Fausto alza su brazo para llamar a *Idris*. Ella llega sin disfraces, sin imitar ninguna apariencia que no sea la suya, de la que está orgullosa: su plumaje blanco resplandece incluso bajo el cielo plomizo. No sé si Fausto se da cuenta de que los labios de su prometida se entreabren. Casi parece querer

dar un paso hacia delante. De hecho, creo que lo hará, que se acercará y dejará de ser la estatua artificial y perfecta y...

—¡Cielos, esto es del todo inesperado!

La princesa de Dione se queda clavada en el sitio mientras los demás damos un respingo. La voz ha sido portentosa, firme, justo detrás de ella. No tardamos demasiado en conocer a la dueña. Una mujer mayor con un recogido intocable y vestido negro cuya única mota de color es el blanco de sus canas. Cuando se adelanta, se coloca casi delante de su princesa. La muchacha da un paso atrás y dirige la vista al bajo de su vestido.

El rey es el único que reacciona a la presencia de la mujer con algo más que un parpadeo:

—Oh, permitid que os presente a la condesa de Elgin, Dévona Elgin, tía de mi difunta esposa. En sus manos está mi preciada hija la mayor parte del tiempo.

Antes de que mi hermano y yo podamos decir nada, la mujer hace la reverencia más perfecta que nos hayan hecho nunca. Hasta *Aesir* se queda callado de la impresión.

—No esperábamos que os acompañasen aves, pero seguro que podremos darles un lugar en el palomar.

—¿Palomar?

Me alegro de no ser la única que pone ese tono de voz ni que frunce el ceño.

Fausto no quiere desagradar a sus anfitriones, pero no está dispuesto a permitir cualquier cosa con tal de conseguir su afecto y aprobación.

—No sería aceptable que esos pájaros...

—Nasires —corrijo.

—... pululen libremente por palacio.

Lo dice como si fuera obvio. Alzo las cejas. Creo que Fausto también lo hace.

Hay un silencio tenso. *Aesir* mismo parece sentirse insultado, por eso alza el vuelo. Sus ojos brillan un segundo antes de que brille todo su plumaje y de pronto el colibrí desaparece para dar lugar a las mismas plumas blancas que *Idris* muestra. El mismo cuerpo elegante y altanero. El mismo pico grande y afilado.

Las mismas alas amplias, que bate con cierta impertinencia. Hay exclamaciones de impresión, y mi amigo se hincha con ellas. Alza su cabeza, aunque sus ojos están fijos en la condesa.

Aesir y yo no solemos ser muy orgullosos, excepto cuando tenemos que serlo.

Como ahora.

Sé que mi hermano se ha sentido tan insultado como nosotros, por él y por su compañera, pero él siempre ha sido más diplomático. Por eso, con su voz calculada, escucho que se dirige al rey, y no a esa mujer:

—¿Hay algún problema, majestad, con nuestros acompañantes? Nos disgustaría mucho dejarlos atrás. Forman parte de nuestra familia.

El rey apenas titubea:

—No. Por supuesto que no. Dévona, sus altezas sin duda están haciendo un esfuerzo para adaptarse a nuestras costumbres, así que deberíamos intentar no insultar las suyas.

La mujer parpadea, observando a su señor y luego a nuestras aves; después asiente a las órdenes de su rey. *Idris*, elegante, se limita a arreglarse el plumaje.

Aesir, por su parte, emite un graznido que suena a recochineo, y yo no le amonesto en absoluto.

Detrás de la condesa, la princesa de Dione y la dama que está de su brazo se miran.

Me parece adivinar la primera sonrisa real en los labios de la prometida de mi hermano.



Ivy

Hay algo especialmente agradable en ese tiempo que va desde que la mayor parte de los habitantes del castillo se van a la cama hasta la primera luz del alba, cuando el horizonte se torna gris, antes de que el mundo recupere sus colores.

Hay algo satisfactorio en la noche, en su misterio, en la oscuridad que habita en los rincones. Por eso me muevo, sintiendo más que observando mi entorno, evitando los corredores donde oigo los pasos o murmullos. Si me escapo, si me arrebujó en mi chal oscuro, es precisamente porque prefiero que mis salidas nocturnas sean un secreto.

Dejo atrás los pasillos y me cuelo tras una puerta que, en teoría, está cerrada.

Mis pasos parecen chocar contra las paredes curvadas que rozo con los dedos, guiándome así por las escaleras de caracol que suben a la torre. Los escalones son traicioneros, desgastados por todos los pies que han pasado por ellos y por su tamaño irregular. Pronto jadeo y siento las piernas cansadas, quejándose por el ascenso. No hay luz alguna en todo el recorrido más allá de la que entra por las diminutas ventanas, aunque tampoco es que la necesite: conozco el camino tan bien como la palma de mi mano.

El taller de Greta se halla en lo más alto de la más alta torre, donde encierran a las princesas de los cuentos, pese a que ella no tiene sangre real. Eligió esos aposentos (que llevaban años vacíos, acumulando polvo desde antes de que yo naciera) porque prefiere alejarse del resto de habitantes de palacio y porque aquí arriba nadie se atreve a molestarla. Aun así, sé que bajo su aparente indiferencia y sus modales algo bruscos puedo encontrar a una amiga a la que confiarle todas mis preocupaciones.

Tras cerrar la puerta con precaución, me muevo con un poco más de cuidado por la amplia sala. Avanzo a tientas, arrastrando los pies para evitar chocarme; pronto gano seguridad, en cuanto encuentro la mesa robusta que corona el centro de la estancia, esa en la que siempre hay nuevas hierbas, mezclas y utensilios, desde cremas a brebajes que se vuelven incoloros cuando los mezclas con agua.

Estoy tan segura de hacia dónde voy, hacia las estanterías en las que sé que guarda una esfera de luz, que no recuerdo sortear el soporte de la pata que sobresale por debajo de la mesa. El golpe hace que los frascos sobre la madera tintineen. Ahogo un gemido mientras siento el dolor palpitándome en los dedos de los pies, bajo las zapatillas de seda.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

El suave dorado de una luz mágica sobre la mano de la Hechicera del Reino aparece cuando abro los ojos. Greta está en la puerta que da a su dormitorio, con su camisa de dormir y el pelo suelto. Sus dedos se mueven para dar la orden a la esfera de luz y que avance hacia mí. Yo aprovecho que ya puedo ver para desplomarme en una silla y masajearme el pie.

—No quería despertarte.

—Pues has fallado. Eres como una banshee anunciando su llegada.

—No seas así. Apuesto a que ni siquiera te habías acostado.

El orbe de luz mágica se apaga, pero solo porque para entonces la lámpara del Taller está encendida, bañando de un blanco pálido la mesa. Para entonces Greta está a mi lado y me obliga a descalzarme para comprobar si hay alguna herida; solo la más leve rojez y un cosquilleo desagradable bajo la piel.

—Eso es irrelevante. —Sus dedos fríos me calman—. ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? Espero que no pretendieras robarme, porque

eres una ladrona espantosa...

Se me escapa una sonrisa cuando me mira con un brillo en los ojos que sé que es de diversión, aun si el gesto no llega a sus labios. Se incorpora.

—No podía dormir y... —Titubeo. Nunca me había pasado, pero de pronto tengo miedo de que se burle de mí.

—Y decidiste privarme de mi sueño para que te hiciese compañía, ¿no?

No digo nada. La atmósfera de la habitación cambia cuando no respondo, pero no por mí. A veces me da la sensación de que el humor de Greta puede llenarlo todo. Que cuando está enfadada es imposible que brille el sol. Que cuando sonrío, aunque rara vez lo hace, el cuarto se calienta como si alguien hubiera encendido un suave fuego en la chimenea. Que su confianza la protege, como un escudo, y nada puede hacerle daño.

En muchos sentidos, quisiera ser como ella.

—No sé si te habrás enterado, pero el príncipe ha llegado.

—¿Así que el príncipe te quita el sueño?

—¡N-no! —Mi exclamación es quizá demasiado vehemente—. Es solo que...

—¿Te agrada?

¿Y cómo lo voy a saber? No hemos cruzado más que un par de palabras...

—No tenemos absolutamente nada en común.

Me levanto. Las estanterías del fondo, a las que nunca llegan los rayos del sol, contienen una magnífica colección de libros. Tomos de casi todos los temas, algunos de ellos poco apropiados para los ojos de una princesa..., aunque nadie tiene por qué enterarse de que yo los he consultado.

Rebusco entre los títulos y saco uno de los volúmenes más grandes que tiene, que conozco de alguna consulta curiosa. Sé que tiene grandes dibujos de mil colores y detalles diferentes, más complicados que cualquier pintura o tapiz que haya visto nunca y que yo, al menos, considero más cercanos a la magia que al arte.

—¿El bestiario? Dudo que encuentres en él a ningún príncipe.

—Me preocuparía si mi prometido tuviese su entrada —digo con diversión—. Pero él y su hermana tienen unas espléndidas criaturas llamadas

nasires. Me gustaría saber algo más sobre ellas. Y tal vez... podría ser un buen tema para nuestra primera conversación larga, cuando la tengamos.

No puedo leer la expresión de la hechicera. En parte porque es inescrutable y en parte porque se gira, dándome la espalda, y vuelve a meterse en su cuarto. Su dormitorio está presidido por una gran cama, cómoda pero sin dosel. Hace frío, por eso no duda en deslizarse entre las mantas. No me hace invitación alguna, por supuesto, pero yo la sigo y me meto en el lecho con ella. Hemos dejado la lámpara encendida del taller, así que su luz se cuelga en el dormitorio. Abro el tomo sobre mi regazo, resistiendo la tentación de simplemente tumbarme a su lado.

—¿Qué haces? ¿De verdad vas a ponerte a leer?

En realidad apenas se ve en la estancia, así que sería un poco inútil. Como si pudiera leerme el pensamiento, una luz mágica aparece cerca de mi cabeza. Bajo su tono dorado, las páginas cobran vida.

Paso entre monstruos y criaturas que nadie ha visto desde hace siglos.

Dragones con escamas de pan de oro, sirenas de colas de vibrantes colores, unicornios de cuernos más peligrosos que espadas, espíritus con rostros tan reales que parece que vayan a salirse del libro... Las bestias son fascinantes, cada una a su manera, pero yo no me detengo hasta que llego a la representación del escudo de Granth, con su nasir blanco y de alas extendidas, no sé muy bien si en señal de amenaza o de protección.

A veces no hay tanta diferencia entre las dos cosas.

—¿Qué quieres saber exactamente?

Aparto la vista de la caligrafía retorcida a mi amiga, que me observa con renovado interés. Con curiosidad, incluso.

—No sé. Todo, supongo. Cualquier cosa. Algo... que me permita tener una conversación y, si la mantenemos, que me haga adelantarme a lo que vaya a decir.

Greta alza las cejas y se incorpora sobre un codo.

—¿Qué interés tiene hablar con alguien si sabes lo que te va a decir, Ivy?

Mantener los sentimientos a raya. Manipular tus expresiones y que te dé tiempo a pensar en lo que quieres sentir.

Pero no creo que ella vaya a comprenderlo. Y si lo hace, me reprenderá por intentar aparentar ser algo que no soy.

—Me gustaría estar preparada. No parecer... inculta.

La hechicera pone los ojos en blanco.

—Los nasires —empieza— son criaturas mágicas. Desde tiempos inmemoriales, cada miembro de la familia real recibe un huevo al nacer, de tal modo que la persona y el ave son inseparables desde la cuna. Las dos mentes establecen una especie de... vínculo. De hecho, se vuelven tan inseparables que dicen que un nigromante no sabría dónde acaban los pensamientos del humano y empiezan los del animal.

—¿Y qué hacen?

—Protegen a sus dueños de cualquier mal. Siguen sus órdenes. Se especula que pueden comunicarse porque son parte de un mismo todo. Se pueden transformar en cualquier ave a voluntad, aunque normalmente su forma predilecta te dirá mucho de la personalidad de su compañero.

Rememoro la imagen de las aves que acompañaban al príncipe y la princesa.

La de Fausto de Granth era una criatura majestuosa en su forma original, y supongo que eso significa que es un hombre orgulloso de sus orígenes. Diría también que eso conlleva que se ha presentado tal cual es ante la corte, pero dudo que haya alguien que se atreva a hacer eso, si sabe cómo funcionan las cosas en un castillo. Por otro lado, imagino que el nasir de la princesa, transformado en un inquieto colibrí, habla de un carácter impaciente y libre.

Cierro el libro con un largo suspiro, sintiendo palpitaciones en las sienes, y apoyo la mejilla contra la almohada, todavía abrazada al volumen. Greta extiende la mano y me aparta de la cara los pequeños rizos que siempre acaban soltándoseme de las trenzas.

—¿Qué pasa? —inquire.

—¿Y si se convierte en una pesadilla? ¿Y si no es tan fácil como había imaginado?

En realidad nunca he pensado que fuese a ser fácil entablar lazos con un desconocido, pero hubo un tiempo en el que creí que podría manejar la situación.

—Entonces lo convertiré en sapo.

—Trae consigo a un nigromante —le advierto.

—Pues tendremos *dos* sapos si se atreve a poner un pie en mi torre.

Ahogo una risita porque supongo que no le sentaría muy bien. Greta puede ser muy protectora con respecto a su territorio, aunque entiendo que no es para menos: cuando se graduó en la Torre de Hechicería, vino a parar aquí por recomendación de un Maestro, que le aseguró a mi padre que era la alumna más brillante. Y por lo que tengo entendido, no fue fácil convertirse en una estudiante excelente. Hizo muchos sacrificios y estudió muy duro para abrirse paso.

—Seguro que es encantador. No empieces a gruñirle antes de conocerlo.

La luz que baña su rostro me permite apreciar cómo cierra los ojos. Su magia se apaga sobre nuestras cabezas y nos deja en penumbra.

—Lo mismo te digo sobre el príncipe.

Sé que tiene razón. No puedo suponer que todo va a ir mal incluso antes de intentarlo. Pero tampoco puedo quedarme esperando a que él venga a mí e intente encandilarme.

Ya que voy a tener que responder de alguna manera a sus atenciones, al menos que se haga bajo mis propias reglas.



Fausto

El día de nuestra llegada se nos permite descansar. Al día siguiente, sin embargo, empieza de verdad mi nueva vida..., que no es como había concebido. Esperaba que se me permitiese un tiempo con mi prometida para poder conocernos, pero lo cierto es que Ivy de Dione sigue siendo un misterio para mí ahora que la jornada está a punto de terminar. Aunque hemos compartido algún breve momento, no hemos podido conversar de verdad, ni siquiera para presentarnos adecuadamente.

No quiero ser descortés con mis anfitriones, de modo que negarme a todas las presentaciones y recepciones que habían preparado para mí es impensable.

Durante toda la mañana y la tarde he sonreído y estrechado manos ante las diferentes personas de la corte o cabezas de familias nobles que se han acercado al palacio para recibirme. Siempre al lado del rey, he agradecido las inclinaciones de todos que me han presentado sus respetos. Aunque sé bien que no todos lo hacen a gusto. Muchos de los hombres que hoy dicen celebrar mi presencia matarían (espero que en sentido figurado) por ocupar mi puesto. Estoy convencido de que más de uno considerará un ultraje que la princesa

vaya a casarse con un extranjero proveniente de las islas en lugar de con un buen noble de estas tierras...

Nada que no esperase, por otra parte. Rydia y Granth pertenecen a Marabilia, pero a veces parece que sus habitantes formamos parte de un mundo diferente.

Dentro de los seis reinos, nuestras islas y sus costumbres se perciben como extrañas. Y es recíproco, por supuesto: en Granth nos es complicado comprender los rígidos protocolos, las prendas pesadas, la ausencia de cojines en los duros asientos de madera. El culto general a los Elementos, sin ir más lejos, que forman parte de la tierra y son tan falibles como nosotros, y no a las estrellas que nos vigilan desde arriba...

Aun así, también aprecio esas diferencias. Es obvio que algunas de las personas que han comparecido ante mí hoy no opinan lo mismo, pero a mí me resulta apasionante observar cómo de distintos podemos llegar a ser. El verdadero conocimiento siempre se ha escondido en el respeto por lo que no compartimos. En Granth me gustaba visitar la Gran Biblioteca y tomar los tratados venidos de lugares remotos para comparar los mundos de los que allí se hablaba con mi propia realidad. Cuando me anunciaron que me casaría con alguien de los seis reinos, consideré la situación como una oportunidad para hacer lo mismo más allá de simples lecturas.

Pese a ello, tengo que admitir que ahora esas pequeñas diferencias, junto con los ojos que juzgan todas y cada una de ellas y se preguntan si es esto lo que el reino de Dione necesita, son solo un recordatorio de lo lejos que estoy de mi hogar.

Y lo cierto es que me alegro de que Samira me siguiese. Al menos la tengo a ella al lado para reconocer algo familiar a mi alrededor. Mi hermana también parece un poco incómoda con algunas cosas. Por ejemplo, la comida, que ahora mordisquea con el morro arrugado. Han preparado un banquete en nuestro honor, pero Samira considera que la comida es bastante insípida. No voy a darle la razón en voz alta (eso sería un insulto), pero echo de menos algo de picante o alguna especia para darle gracia a los platos.

—Sé más disimulada —le digo suavemente mientras ella le da la tercera vuelta a su pescado.

Samira frunce un poco más el ceño y murmura algo que queda acallado por las notas del triste trovador que ameniza la velada. O lo intenta. Puedo imaginarme a Logen quejándose de que va a dormirse en cualquier momento si sigue tocando esas notas tan aburridas. Lo busco entre los presentes. El gran salón se ha decorado con orbes de luz y flores frescas: han arreglado varias mesas para acoger a todos los invitados, a quienes nos han separado por estricta categoría. Nosotros nos sentamos en la mesa principal, colocada sobre una plataforma, presidiendo sobre las demás, junto con su majestad y mi prometida.

En otra mesa, con bancos a ambos lados, se sientan los nobles con títulos. Y allí, demasiado lejos para mi gusto, es donde han colocado a Logen, junto con otras personas sin título, personajes ilustres de la sociedad de Dione o amigos cercanos de la familia real. Suspiro. Otra cosa que me recuerda que este no es mi sitio. En Granth las mesas se disponían por familias, y Logen forma parte de la nuestra. Tanto como los nasires. Samira se indignó sobremanera cuando se nos indicó que no estaba permitida la presencia de las aves, pero supongo que puedo comprender que no todo el mundo guste de compartir comedor con lo que ellos consideran simples animales. Poco a poco. Todos tenemos que hacer esfuerzos por adaptarnos a esta situación. Y casi prefiero que *Idris* y *Aesir* estén fuera antes que siendo observados (quizás incluso tocados o tomados a broma) por un montón de desconocidos.

Miro hacia el exterior por uno de los grandes ventanales. Espero que *Idris* no esté demasiado ofendida.

—Alteza, estáis muy callado.

Intento que mi sobresalto no sea evidente y me giro hacia el rey. Se está esforzando para que me sienta cómodo. Durante toda la jornada me ha presentado a sus principales consejeros y nobles con buen humor, tratando de que me sintiera como si siempre hubiera formado parte de este escenario. No merece de mí más que toda mi buena disposición.

—¿No os gusta nuestra comida? Sé que es muy diferente a la de Granth, pero, si hay algo en especial que queráis comer, nuestras cocineras se encargarán.

Samira, a mi lado, abre la boca ante el ofrecimiento, pero yo le doy una ligera patada por debajo de la mesa y mantengo la sonrisa cordial.

—Está todo delicioso, majestad. Me temo que me quedé absorto escuchando a vuestro músico.

—Si absorto es sinónimo de dormido... —murmura Samira lo bastante bajo para que solo me entere yo.

—He oído que vos mismo sois un músico talentoso, ¿no es cierto? Tocáis la flauta, o eso me han dicho.

Carraspeo. No exactamente. Tengo un ligero atisbo de la princesa echándose hacia delante. Nuestras miradas se encuentran y yo me pregunto si está interesada en mi relación con la música o es simple curiosidad. Solo dura un segundo antes de que sus ojos de cielo vuelvan a centrarse en la comida y los míos, en su padre.

—En mi tierra la llamamos nay, majestad. Es y suena un poco diferente a vuestras flautas.

Dudo un segundo y después me inclino hacia delante. Samira me dijo solo una cosa de la princesa de Dione en nuestro primer encuentro: le gustaron los nasires. Lo vio claro.

—A lo mejor puedes acercarte a ella con esa excusa —dijo en broma—. ¡Nasires, de protectores a casamenteros!

Al principio me pareció absurdo, pero ahora...

—Si estamos lejos, *Idris* puede escuchar sus notas y melodías, y responder a ellas.

La silenciosa princesa despierta. Nuestros ojos vuelven a encontrarse. Esta vez, sin embargo, es diferente. No hay huida ni juegos evasivos. Si no fuera imposible, diría que mi prometida me evalúa.

Y después, su voz, tan clara y limpia como un riachuelo:

—He leído que entrenáis a su raza desde que salen del huevo y que son leales a sus maestros durante toda su vida. Que jamás seguirán las órdenes de ningún otro.

Siento que se me seca la boca igual que si estuviera bajo el sol de Granth.

Contengo la emoción que me provoca su interés.

—No creo que pueda llamarse *entrenamiento*. Pero sí es cierto que son criaturas fieles. Nuestra relación comienza cuando salen del huevo porque crean vínculos con la primera persona o animal que ven.

Samira se echa hacia delante también, interesada en la conversación (o quizás ha encontrado la excusa perfecta para abandonar el pescado). La princesa de Dione se fija en el contenido de su copa, que hace girar.

—Personalmente creo que es un poco cruel, alteza. Las priváis de libertad, y las criaturas hermosas deberían ser libres.

Algo en su voz me hace pensar que no habla solo de nuestras aves. Samira no se percata de eso y, como era de esperar, se siente ofendida.

—¡No las tenemos recluidas! —protesta. La princesa da un respingo y mi hermana se cruza de brazos—. Van y vienen a su libre albedrío. No hay jaulas de ningún tipo ni les obligamos a nada.

—Pasan a ser un miembro más de la familia —completo yo—; uno por el que tomamos un gran afecto y por el que guardamos todo el respeto que podáis imaginaros. Y en mi reino no hay costumbre de encarcelar a quienes queremos.

No sé si entiende lo que quiero decir. No sé si estoy dándole demasiada importancia a una conversación que para ella no la tiene. Quizá solo estemos hablando de aves y yo, como siempre, le doy demasiadas vueltas.

Ivy de Dione, tan cerca de mí y a la vez tremendamente lejos, cierra despacio los ojos hasta que sus pestañas casi transparentes se tocan.

—Pero al final son solo criaturas apartadas de sus verdaderas familias, de sus... verdaderos destinos, cuando cogéis esos huevos. Decidís por ellas antes incluso de que nazcan.

Como han decidido por nosotros, por supuesto. Pero, como el destino de los nasires, lo que se decide a nuestro alrededor es mucho más importante que nosotros mismos.

—¡Eso tampoco es cierto! —Samira vuelve a protestar—. Algunos nasires siempre han formado parte de la familia real, así que los huevos que llegan a los príncipes y las princesas proceden siempre de otro nasir real. Por ejemplo, *Aesir* e *Idris* nacieron del nasir de nuestra hermana mayor, que a su vez nació del de nuestra madre.

Como dos líneas sucesorias paralelas. La nuestra y la de nuestras aves. Hay quien dice incluso que los nasires de la familia real buscan reproducirse justo cuando un nuevo descendiente está a punto de nacer, nunca antes, y lo cierto es que durante las últimas generaciones siempre ha habido un nasir

para cada heredero desde poco después del nacimiento de este. No recuerdo ni un solo día en el que *Idris* no estuviera a mi lado.

Siento la tentación de preguntarle a la princesa si cree que, aun así, es injusto.

Si cree que esa línea sucesoria los condena y deberían volar más allá. ¿Cree que su puesto la condena?, ¿que ambos estamos condenados?

Abro la boca, las palabras picándome en la lengua. Necesito que me crea cuando le diga que podemos crear algo bueno de todo esto, igual que lo es la alianza que tenemos con los nasires.

—Esas criaturas vuestras son realmente extraordinarias.

Con la voz alegre del rey, recuerdo dónde estoy. Creo que mi prometida lo hace también, de golpe, consciente de que su majestad se encuentra entre nosotros y que todo un salón nos está observando. Me siento más vigilado que nunca. Un par de nobles rehúyen mis ojos.

Samira es la única que se anima con el comentario del soberano:

—¡Claro que lo son!

La princesa de Dione vuelve a su silencio y yo deseo que no lo haga. No ahora que habíamos conseguido cruzar unas palabras. Pero esto no puede ser lo único que haya para nosotros. Este hilo tan fino en medio de un montón de personas...

Mi mente trabaja rápido. Me pongo de pie sin apartar la mirada de ella.

—Hablando de *Idris*, me siento un poco inquieto por ella —declaro—. En Granth las aves comen con nosotros y temo que se haya disgustado al apartarla de esta reunión. ¿Me acompañaríais a buscarla y darle algo de comer?

No sé quién da menos crédito: si su majestad Derrick, mi hermana o la propia princesa. Su cielo titila cuando parpadea.

—¿Ahora?

—Iré yo solo si preferís quedaros. Solo pensé que, visto vuestro interés en su raza, os gustaría volver a verla.

Otro parpadeo.

—Bueno, yo...

Observa a su padre con un interrogante en sus pupilas. Yo trato de parecer más seguro de lo que me siento.

—Bueno, es de lo más... inesperado, pero, si el príncipe necesita cuidar de su ave..., ¿te gustaría acompañarlo?

Veo las manos de Ivy apoyarse sobre los reposabrazos. De pronto la imagino a ella misma como un pajarillo deseoso de extender las alas y echar a volar.

—Si tengo permiso, padre...

El rey asiente con aire pensativo.

—Pues ahora que lo mencionas, hermano...

—Sí, Samira, no te preocupes: me aseguraré de que *Aesir* también esté bien.

Mi hermana se queda con la palabra en la boca. Puedo ver el sentimiento de traición anidado en sus ojos cuando comprende. Solo es suplido por la suspicacia y la picardía con la que, evidentemente, prepara alguna broma malintencionada con la que seguro que me martirizará en privado.

—Pero no solos.

Me giro con cierta incredulidad hacia el rey. ¿No solos? Miro a mi prometida, que suspira con pesadez, como si por un momento hubiera tenido una gran esperanza y las palabras de su padre la hubieran pisoteado. O a lo mejor soy yo el que me siento así y quiero que ella piense lo mismo.

Creo que mi hermana quiere carcajearse cuando ve quién se acerca a nosotros con un simple gesto del rey. Contengo mi expresión mientras la mujer hace una elegante reverencia.

—¿Mi señor?

—Dévona, mi hija necesita salir con su alteza. Si pudierais escoltarla...

La condesa se endereza como si la hubieran llamado a filas o le hubieran dado la orden de la que depende la paz de toda Marabilia.

—Por supuesto, mi señor. Sabéis que siempre podéis dejar a la princesa en mis manos.

Samira aprieta los labios y advierto sus esfuerzos para no reírse. Apoya la cara en una mano y se despide con un grácil movimiento.

—Pasadlo bien.

No digo nada. Respiro hondo y le ofrezco el brazo a mi prometida, quien tras un titubeo lo toma.

Ya que no parece que vayamos a poder estar a solas, mejor tener solo dos ojos siguiendo nuestros movimientos antes que decenas. Incluso si esos dos ojos son los de la condesa de Elgin.



Ivy

Cuando Cordelia y yo éramos pequeñas, solíamos venir al jardín siempre que los mayores estaban demasiado ocupados como para hacernos caso. Escapábamos de tía Dévona en cuanto se daba la vuelta y nos ocultábamos entre los arbustos, en un pequeño círculo de hierba flanqueado por azaleas. Nos poníamos velos de seda sobre las caras para evitar que nos picasen las avispas y yo apoyaba la cabeza en su regazo, hablando durante horas del futuro y riéndonos hasta que nos dolían la barriga y las mejillas, y nos acababan encontrando porque éramos demasiado escandalosas.

Se supone que debería decir que ya no hago esas cosas, pero en ocasiones, cuando estoy demasiado cansada de todo, vuelvo a esconderme entre las azaleas.

Ahora mismo, sin ir más lejos, me gustaría hacerlo para escapar de esta situación.

En su lugar, escondo la cara un segundo contra el brazo de mi acompañante para intentar suavizar el golpe del frío cuando salimos al exterior. Él mismo parece estremecerse. A nuestras espaldas mi tía carraspea, una advertencia para que guarde las distancias aunque me agarre a él para caminar, y yo me giro. Dejo de pensar en el pasado y me encuentro aquí y

ahora, demasiado cerca de mi prometido, demasiado consciente de su presencia. Siento el calor de su cuerpo a través de la ropa, y es extraño e incómodo. Me muevo un paso a la derecha y echo a andar a su lado, deseando poner distancia de por medio sin que la condesa tenga que decírmelo.

—Temo que no haya sido una buena idea después de todo —susurra el príncipe—. No deseo que enferméis, alteza, y no sabía que la temperatura fuera tan baja...

Creo que se detendrá y me escoltará de nuevo al salón (y tal vez no sea tan mala idea), pero en lugar de eso sigue caminando a mi lado.

El silencio se descubre repentinamente como uno de mis peores miedos.

—No soy tan delicada, mi señor. —No me atrevo a mirarlo—. Me preocupa que quien se resfríe seáis vos: vuestras ropas serán adecuadas para Granth, pero demasiado frescas para Dione.

El príncipe baja más la voz:

—¿En vuestra corte os dejan reposar a solas al enfermar? Porque, si es así, quizá deba considerarlo...

Tengo que admitir que me sorprende su comentario. Ni siquiera puedo decir si habla en serio, pero las comisuras de los labios me tironean hacia arriba sin permiso.

—Depende de lo grave que estéis... y de si tenéis a la Hechicera del Reino de vuestro lado para ordenar a todas las personas bienintencionadas que abandonen vuestros aposentos. Deberíais congraciaros con ella antes que conmigo: su amistad es la herramienta más útil entre estas paredes.

Si el príncipe fuese a buscarla después de esta conversación, Greta encontraría la manera más dolorosa de hacerme pagar por esto, pero yo necesito desviar la atención lejos de mí, si es posible. No obstante, Fausto de Granth no parece darse por aludido.

—Así que ese es vuestro secreto. Ahora, si alguna vez vuestra hechicera me impide veros porque os encontráis muy indispuesta, sabré que en realidad queréis huir de mí.

Bueno, es cierto que en alguna ocasión mi amiga me ha seguido el juego para darme un día de descanso, pero no lo voy a admitir en voz alta.

—Si quisiera escapar de vos, alteza, descubriría otra forma. —Las palabras salen antes de que pueda arrepentirme. Le estoy siguiendo el juego, pero no sé si esto es lo que quiere oír—. Os recuerdo que este es mi castillo, al fin y al cabo.

Él abre la boca, algo sorprendido; lo que fuera a decir en primera instancia queda ahogado por el sonoro bostezo de mi tía. Casi me había olvidado de que estaba aquí, a una distancia prudente pero a la que no le resultaría complicado escuchar nuestra conversación.

«Piensa las cosas dos veces antes de decirlas, Ivy. No quieres arruinar un compromiso así, ¿verdad?».

—Es vuestro castillo —concede él—, pero no se os da tan bien escapar de la gente. ¿O solo os ocurre con las urracas...?

Oh, esa ha sido una puñalada certera. Y una buena comparación, a decir verdad: mi tía, con esos ojillos negros y brillantes, con la ropa negra y la piel blanca bien podría emular el aspecto del ave en toda su extensión.

—Hablar es muy sencillo. Os aseguro que no es tan fácil huir de ella como pueda pareceros.

Sé que no debería dejar que hable mi orgullo, pero me gustaría verlo a él escapando de su carcelero.

—¿Me retáis? —dice él, casi paladeando las palabras.

—Si queréis verlo como tal... Solo digo que quizá tenéis en demasiada estima vuestras habilidades.

Cuando alza la barbilla, creo que va a soltar una carcajada; en vez de eso, hallo un brillo en su mirada que parece el de un niño a punto de cometer una travesura.

—O vos las subestimáis. Lo cierto, mi querida dama, es que podría hacer que los dos desapareciésemos de su vista ahora mismo y la condesa ni siquiera se daría cuenta.

Su seguridad es casi contagiosa y, como no quiero que sepa que empiezo a creer que tenemos posibilidades, alzo las cejas con cierta burla.

—¿Compartís alas también con vuestros nasires? Porque a menos que voléis, no sé cómo podríamos rehuir su vigilancia.

—No vuelo, pero en Granth no nos gustan los imposibles, princesa. ¿Os gustaría desaparecer?

«Todos los días de mi vida».

Me muerdo el labio y, demasiado consciente de que mi lengua podría traicionarme, me limito a asentir con un golpe de cabeza.

No sé lo que espero. Quizá que se ponga a correr y me arrastre tras él o que realmente le crezcan alas y eche a volar. En lugar de eso, silba bajito una melodía como de pájaro. Y, por supuesto, otro le responde. Un pequeño ser alado se acerca, piando. *Idris* no tiene la forma majestuosa con la que se presentó al llegar aquí, sino la de un ruiseñor más. La criatura vuela en círculos y siento el aire agitarse a su paso mientras parece recriminarnos nuestra presencia. No sabía que un animal pudiese hacer algo así.

—De acuerdo, de acuerdo. —La voz del príncipe es suave. A pesar de que su nasir se posa sobre su hombro, él me mira a mí—. Está molesta por haber sido apartada del banquete.

Fausto de Granth se deshace de mi brazo y rebusca en su amplio bolsillo. Veo un poco de pan sobre su palma, aunque dura solo el instante que el pico tarda en engullir su precaria cena.

Echo un vistazo hacia atrás. En cuanto lo hago, mi tía, que había estado bastante interesada en nosotros, gira la cara como si pretendiese fingir que no está pendiente de lo que hacemos.

—Si haces algo por nosotros —susurra el príncipe a *Idris*—, te daré naranjas después.

Me pregunto si su dueño será tan fácil de chantajear como el nasir, que canturrea alegremente. De pronto, alza el vuelo y se pone a planear sobre nuestras cabezas.

Casi tropiezo cuando el príncipe cambia nuestro rumbo al girar hacia la izquierda y me lleva por el camino de los rosales. Estoy tan sorprendida por el cambio de trayectoria y tan ocupada en mantener el equilibrio que ni siquiera puedo molestarme. Quiero preguntarle qué hace, pero entonces veo su sonrisa cuando mira hacia atrás y me doy cuenta de que los pasos de mi tía no nos siguen. De hecho, pasan justo por delante de la entrada al paseo de rosales y se alejan... detrás del pájaro, que sigue por donde nosotros deberíamos haber continuado.

Parpadeo, incapaz de entender. Mi acompañante parece lleno de un orgullo que podría hundir bajo su peso la isla de Granth. O quizá solo sea una

inmensa satisfacción por saber que ha podido con mi tía.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso es trampa. Teóricamente, vos no habéis hecho nada, alteza. Ha sido el ave.

Su sonrisa no mengua ni un poco.

—Cada cual tiene sus herramientas. E *Idris* y yo somos casi la misma cosa.

Dejaré que me convenza por esta vez, aunque sus trucos parezcan más obra de un hechicero que de un príncipe.

—¿Y me contaréis cómo lo habéis hecho o dejaréis que vuestras herramientas sean un misterio?

—*Idris* posee la capacidad de introducir imágenes en la cabeza de la gente.

Unas veces pueden ser reales... y otras, bueno, no tanto. Digamos que crea ilusiones. Ahora la condesa cree que está siguiendo a una decorosa pareja de prometidos que se comportarán exactamente como a ella le gustaría.

A mi pesar, la idea me hace sonreír. La simple imagen de la tía Dévona siguiendo plácidamente a un pájaro pensando que es su sobrina y su prometido tiene algo de sueño irreverente. Y mientras ella sigue a un espejismo, nosotros caminaremos sin escolta. Cuando me doy cuenta de verdad de lo que hemos hecho, la sonrisa deja paso a una risa. Un sonido frágil y corto que se convierte en una tempestad en mi pecho. Una carcajada de verdad, que casi siento prohibida. Que hacía días que no soltaba, semanas, puede que lunas. Y me siento ridícula, lo que provoca que me ría más. Como si fuese libre. Incluso si eso solo es parte de una ilusión creada por el príncipe.

Cuando vuelvo a mirarlo, el muchacho me está observando de una forma que no sé leer. Suspira, y creo que es alivio, aunque quizá no quiera interpretarlo. Me gustaría dejar de leer en los demás mi propio deseo de agradarles.

—La próxima vez debéis enseñarme vos una manera de huir, ya que este es vuestro castillo —susurra—. ¿Os parece bien?

Yo no podría estar más de acuerdo. Asiento y coloco la mano en su brazo, dejando que me guíe una vez más por el jardín. Toda la incomodidad, las

dudas, quedan olvidadas, como solo sucede cuando eres cómplice de un delito.

—Os lo habéis ganado, alteza.



Samira

Considero justicia poética que mi hermano esté ahora mismo vigilado por la condesa por haberme abandonado en el banquete. Si no hubiera querido dejarme de lado, yo misma podría haber hecho de celestina, y habría sido una celestina de las que desaparecen elegantemente sin ningún problema. Así que no me da ninguna pena que su evidente plan para estar a solas con su prometida se haya frustrado y ahora tenga que soportar a esa mujer pisándole los talones y asegurándose de que no rompe la distancia de seguridad con la princesa, a pesar de que esa princesa está destinada a estar *bastante* cerca de él, de hecho.

En fin, nunca entenderé ese tipo de protocolos exagerados. Aunque no es como si en Granth hubiera mucha diferencia al respecto. Puede que nos dejen a solas con otras personas, pero siempre se espera cierta decencia de *nosotras*. De ellos, menos. Somos nosotras las que tenemos que ser contenidas y dóciles y mantener las distancias. Sobre todo si hay peligro de quedarse embarazada, no vaya a ser que ensucies la impoluta honra familiar, algo que también podemos hacer solo nosotras, no ellos. Si ellos tienen un hijo inesperado, bueno, un desliz.

Si ellas se quedan embarazadas, ¡cómo se atrevieron! ¡En qué estaban pensando!

Echo un vistazo a las mujeres de la sala, con la cabeza apoyada en una mano, mientras algunos sirvientes se apresuran a mover las mesas y apartarlas hacia las paredes. Ante las alegres notas de varios trovadores que sustituyen al aburrido que estaba hasta ahora, muchas damas se ponen al instante en pie. La mayoría concede su mano en bailes a otros muchachos. Me pregunto cuántas lo hacen solo porque han aceptado lo que se espera de ellas. Probablemente menos de las que los hombres quieran creer.

Una figura tapa mi campo de visión. Doy un respingo y despierto, parpadeando.

—¿Os uniréis al baile, alteza?

Ante mí está la joven que habló ayer en la recepción. Cordelia Mormont, según dijo luego. Dama y prima de Ivy de Dione. Tiene la misma sonrisa agradable con la que se presentó y los cabellos siguen perfectamente recogidos.

El ocre de su vestido parece encajar con ella, aunque todavía no entiendo cómo las mujeres de este reino pueden moverse bien con tantas prendas. Tiene las manos entrelazadas y todos sus rasgos parecen hablar de amabilidad.

No me había fijado antes, porque creo que la belleza de cualquiera palidecería al lado de Ivy de Dione, pero lo cierto es que es bastante bonita.

Quizá por eso tardo un poco en procesar lo que ha dicho.

—¿Bailar?

—Seguro que no hay tanta diferencia entre los bailes de vuestras tierras y las nuestras.

En realidad, lo dudo. Mis ojos van un poco más allá de ella y observan cómo los bailarines se emparejan. En Granth solo existen un par de bailes así. El resto son, la mayoría del tiempo, algo que involucra a todo el mundo y que contienen un montón de pasos en sincronía.

Se me escapa una sonrisa.

—No se lo digáis a nadie, pero no se me da muy bien bailar y seguro que tropiezo. Aunque, si os ofrecéis a enseñarme, es probable que cambie de parecer.

Ya que mi hermano me ha abandonado, a lo mejor puedo entretenerme de otra manera...

Ella ríe.

—Oh, no creo que tropecéis, pero, si lo que necesitáis es una guía, estoy dispuesta a ofrecerme.

—¿De veras? —Sonrío, encantadora—. Magnífico. A cambio yo podría enseñaros un par de cosas también.

—¿Y qué cosas...?

—Cordelia, querida.

Ambas levantamos la mirada al mismo tiempo. Un hombre se acerca. Es evidentemente mayor que nosotras, aunque no sabría limitar su edad. Quizás esté cerca de la treintena, puede que más allá de ella. Hay elegancia en sus pasos, y cuando se detiene al lado de Cordelia, le pasa un brazo por la cintura. No puedo evitar fijarme en el anillo en el dedo anular de su mano.

Pues parece que no, que no me lo voy a pasar tan bien como a mí me gustaría.

Al menos, no con la bonita dama de Ivy de Dione.

Intento no hinchar los mofletes por la decepción.

—Alden —saluda ella—. ¿Has conocido ya a la princesa Samira?

—No he tenido el placer. —El marido de Cordelia se inclina ante mí con una reverencia perfecta y yo me esfuerzo por corresponder con una sonrisa—. Alteza, soy Alden Mormont, para servirlos. Es un honor conocerlos. He podido coincidir esta mañana con vuestro hermano. Espero que disfrutéis de vuestra estancia en Dione.

No tanto como podría disfrutarla. Decido morderme la lengua.

—No tengo ninguna duda, lord Mormont.

—Ahora mismo le estaba ofreciendo a la princesa enseñarle nuestros bailes.

El hombre no se preocupa por ocultar su diversión.

—¿Y tú vas a encargarte de ello? La primera vez que bailamos me pisabas los pies.

Ella se ruboriza.

—¡Algo que sin duda su alteza no tiene por qué saber, Alden!

Su marido ríe y se gira hacia mí.

—En realidad, precisamente me disponía a sacar a mi esposa a bailar. ¿Os importa que vaya a haceros prescindir de sus, sin duda, magníficas lecciones?

Suspiro con pesadumbre.

—Qué puedo decir, es permitíroslo o retaros a un duelo por su mano.

Él vuelve a reír. Cordelia me dedica una sonrisa de disculpa y echa un vistazo alrededor.

—¡Portia! ¡Valora!

Sigo la mirada de Cordelia hasta dos muchachas que están alejadas. Una de ellas, vestida de gris perla y con cabellos trigueños, habla de manera coqueta con un noble. Cuando Cordelia llama su atención, aparta la vista con cierta desgana y le hace un ademán que deja claro que no va a moverse. La otra joven, sin embargo, se acerca. Viste de verde y sus cabellos son del color del fuego; pese a que están recogidos, parece que quieren retar todo el tiempo al agarre de las cintas que los aprisionan. Sus ojos son castaños, despiertos, aunque en sus labios no se ve sonrisa alguna. Tienes pecas en la nariz, en las mejillas y también en el escote.

Bueno, a lo mejor la noche no está del todo perdida.

—Portia es una desagradable —protesta Cordelia con un suspiro de resignación—. Alteza, permitid que os presente a Valora. Es una de las damas de la princesa, como yo.

Me pongo en pie con torpeza mientras la joven se inclina, aunque no lo hace igual que el marido de Cordelia. Su reverencia es básica y ni siquiera desciende la mirada.

—Es un placer, alteza.

No digas nada con la palabra «placer» que se te pase por la cabeza, Samira.

—Iba a enseñarle nuestros bailes a la princesa, pero Alden me ha pedido el primero. ¿Te encargarías, Valora? Seguro que no hay nadie más instruida que tú.

La joven alza las cejas con elegancia. Me observa como si estuviera evaluándome.

—Dicen que en Granth sois expertos en todas las artes y que la música vive en cualquier rincón; no imaginaba que una de sus princesas fuese a precisar ayuda.

Me humedezco los labios, aceptando su reto.

—Me temo que en lo que respecta a vuestros pasos estoy perdida —digo, fingiendo pena—. Así que, si me concedéis el baile y me ayudáis, me haríais muy dichosa. Prometo que poseo una gran facilidad para adaptarme a todo tipo de movimientos...

Valora vuelve a alzar una ceja y algunas de sus pecas se mueven cuando levanta las comisuras de los labios.

—Veamos si estáis a la altura, alteza.

Me ofrece su mano y yo sonrío con gracia antes de dejar un beso sobre su dorso, lo que la sorprende, pero no parece desagradarle. De hecho, creo que las pecas vuelven a saltar en sus mejillas.

Cuando me giro hacia Cordelia para agradecerle que me haya integrado en este escenario, el matrimonio ya se ha ido a la pista.

Me quedo con la palabra en la boca, pero se me olvida cuando Valora pone mi mano en su cintura y me insta a seguir sus pasos.



Fausto

Siempre he tenido una obsesión: el control. Esa obsesión a menudo genera un montón de pequeñas obsesiones más y me hace vivir en supuestos e hipótesis que calculo constantemente, en un intento de que nada escape a ese control.

Cuando me anunciaron el compromiso, por ejemplo, comencé a imaginar infinitas primeras conversaciones con mi prometida. Distintos escenarios, distintas palabras. Creía estar preparado para cualquiera de las posibilidades: tenía una respuesta por si me rechazaba de pleno, una por si se mostraba emocionada por el enlace, otra para la más fría indiferencia, varias maneras de intentar iniciar una charla, desde la más coloquial a la más aristocrática.

Debo admitir, sin embargo, que en ninguna de las probabilidades nos vi a la princesa y a mí haciendo trucos de magia para dar esquinazo a su tía y así poder tener un momento de intimidad. Tampoco esperaba encontrarnos riéndonos de la situación. Ni siquiera imaginé a mi prometida como una muchacha divertida que hablase de lo cansada que está de someterse a la vigilancia de esa mujer, con la que lleva conviviendo desde que nació.

La observo en silencio mientras me explica que en una ocasión consiguió burlarla gracias a los pasadizos del castillo. No sé si puedo visualizar a la princesa ante mí, envuelta en su gran vestido, con su peinado impecable,

aparentemente tan delicada, jugando a las escondidas por pasajes secretos, como suele hacer Samira en Granth.

Pero mentiría si no dijera que me agrada. Que me siento aliviado de que podamos mantener una conversación como esta, distendida. Si el precio a pagar por ello es burlar a una condesa, estoy dispuesto a tenerla dando vueltas por el jardín toda la noche.

—De modo que la... dulce, cándida y sumisa princesa de Dione es en realidad un pajarillo enjaulado que desea en secreto alzar el vuelo. Admito que no es lo que esperaba —comento cuando termina de narrarme sus huidas.

Me pregunto si he sido demasiado osado al advertir que un rubor cubre sus mejillas. Quizás he hecho que se sienta descubierta. Quizá la cohíba. Pero en lugar de eso, alza la barbilla.

—Yo tampoco esperaba que el príncipe de Granth me incitase a alejarme de la mujer que me cuida para estar *a solas y a oscuras* con él.

Dicho de semejante modo... Carraspeo, intentando disimular mi vergüenza.

—Bueno, lo cierto es que eso es magnífico: solo llevo dos días aquí y ya hemos echado por tierra los prejuicios sobre el otro.

Las cejas de mi prometida se unen en una expresión que no sé si es de diversión o de burla. Al menos hay el asomo de una sonrisa en sus labios.

—Decidme, alteza: ¿qué esperabais exactamente?

Demasiadas cosas y, al mismo tiempo, ninguna. Demasiadas posibilidades para contarlas, así que me limito a encogerme de hombros.

—Supongo que a la princesa que todas las murmuraciones dicen que sois.

Dulce, hermosa, elegante y silenciosa. Más allá de eso erais un misterio para mí y, creedme, he intentado saber todo lo que he podido sobre vos.

La alegría desaparece un poco de la cara de mi prometida; espero no haber sido demasiado sincero. No parece molesta, pero ¿me lo diría si lo estuviera?

—¿Qué significa eso? ¿Hay algo que queráis averiguar que creéis que no os diré?

—No se trata de eso. Supongo que solo deseaba... saber con qué clase de persona iba a casarme.

La mención a la boda, durante tanto tiempo evitada, hace un poco más frío el ambiente. Ella cabecea, mirando el bajo de su vestido, y yo alzo la vista hacia las estrellas casi en una plegaria silenciosa.

Hay un silencio que tiene la textura del viento helado que nos golpea.

Cuando me detengo, mi prometida lo hace también. Su cielo y mi desierto se encuentran cuando nos miramos.

—Me gustaría que nos llevásemos bien —le confío—. Cuando... ansiaba conoceros, supongo que pretendía saber si podríamos hacerlo llegado el momento. ¿Qué pensáis?

La princesa me observa, precavida. Para esta situación sí estaba preparado.

Esto podía haberlo calculado. De hecho, ante esta misma pregunta he previsto otras mil respuestas, y tengo una contrarréplica para todas y cada una de ellas.

Puede burlarse de mí. Puede decirme que esto será una alianza, que no espera ningún tipo de relación más, ni siquiera de amistad. Puede decirme que le soy indiferente. En las probabilidades más bajas, podría sentirse dolida y esperar solo que tengamos una buena relación. Un matrimonio sin amor, pero con cordialidad y apoyo.

Antes de que la princesa separe los labios, esas perspectivas vuelven a cruzar por mi cabeza, preparándola para la siguiente respuesta que yo daré.

—Opino que... no hemos empezado mal. Y no creo ser difícil de tratar, alteza. Pese a que puede que no cumpla vuestras expectativas de dulce, hermosa, elegante y silenciosa.

La posibilidad de que utilizase mis mismas palabras para burlarse de la imagen que pueda tener de ella no entraba en ninguno de mis planes. Por eso, tras un parpadeo, se me escapa la más breve de las sonrisas.

—¿Creéis que yo querría que fuerais justo así?

—Para muchos hombres, esa sería la esposa perfecta. —No se ríe, y a mí no me parece que se siga burlando. De hecho, me mira con tal fijeza que me pregunto qué espera ella de mí—. Quieren una joven con esas características que camine de su brazo. ¿Qué más podrían desear?

Los ojos de ambos caen sobre nuestros brazos entrelazados. ¿Así que esa es su jaula? ¿Ser la muchacha que se dice que es? La dulce, hermosa,

elegante y silenciosa Ivy de Dione. La de las canciones y las poesías...

Vuelvo la vista hacia ella.

—Desconozco qué anhelan otros hombres, pero yo preferiría a una muchacha que fuese quien realmente quisiera ser, más allá de ideales y deseos ajenos. De lo contrario, de mi brazo no caminaría una muchacha, sino una quimera. Y la vida es demasiado larga como para compartirla con una fantasía.

La princesa frunce los labios durante un segundo. No entiendo su expresión, pero no me aparta la mirada.

—No estoy del todo convencida, mi señor. A riesgo de sonar filosófica: ¿cuánto en vos hay de lo que queréis ser y cuánto de lo que os han dicho que debéis ser? Sois un príncipe, ¿no estáis conformado un poco de las expectativas que han puesto en vos vuestros padres y vuestro pueblo?

Agradezco habernos detenido, porque podría haber tropezado con esas palabras. Me mantengo sereno, aunque no sabe hasta qué punto ha sido certera.

Y aunque lo supiera, ni siquiera puede imaginarse por qué.

—No creo que tenga nada de malo responder a las expectativas si se está... de acuerdo con ellas. Y yo lo estoy con las que se han puesto sobre mí. Aunque, por supuesto, estas nunca serán tan grandes como las que se pongan sobre vuestros hombros. A vos os mirarán mucho más, hagáis lo que hagáis, que a mí.

Puedo notar su sorpresa. Su suspicacia.

—¿Y por qué creéis eso?

Aunque parece una pregunta cortés, como si no entendiese de qué hablo, es obvio que lo comprende a la perfección.

—Porque tengo hermanas. Samira trata de vivir al margen de todas las cosas que se supone que una dama no debe hacer, pero eso no significa que no le digan sin cesar cómo comportarse. De mi hermana mayor se habló durante lunas enteras, en no precisamente buenos términos, cuando se hizo público el pequeño romance que tuvo con uno de nuestros guardias. Mi propio padre le retiró brevemente la palabra por manchar *su* honor. —Pongo los ojos en blanco—. Todavía no he oído que ningún príncipe haya tenido que soportar insulto alguno por un idilio.

—Y yo todavía no había oído a ningún príncipe darse cuenta de ello.
La acidez de su comentario me arranca una sonrisa.

—Oh, eso es porque los demás príncipes no tienen a mi madre junto a ellos.

Reconozco la curiosidad en los ojos de la princesa. Yo agradezco que la conversación vuelva a fluir.

—¿La reina Maryam es una madre estricta con su heredero?
Justa, más bien.

—Siempre se ha encargado de que fuese consciente de los privilegios que tengo por encima de mis hermanas y cómo he disfrutado de ellos. —Callo un segundo, con duda, pero al final continúo—: Para ser sinceros, la corona de Granth es casi robada: no debería ser mía, sino de Casilda.

Esta vez sí, la princesa apenas da crédito a mis palabras.

—Vuestra hermana mayor —reconoce—. Pero ¿es un robo si desde que nació todo el mundo fue consciente de que no podría ser ella quien reinase?

Como ocurrió con ella, por supuesto. No consigo discernir en sus ojos si eso le molesta o le es indiferente. Y necesito saberlo.

—Un ladrón no es menos ladrón porque alguien le diga que robar está bien.

—Entonces, el mundo está lleno de ladrones. Es una imagen muy triste, ¿no creéis?

—Y más debe de parecéroslo a quienes sois constantemente desvalijadas.

La heredera de Dione, mi prometida, la que debería ser reina, pero a quien no dejarán que lo sea sin un rey, toma aire por la nariz. Yo, por mi parte, contengo la respiración. Esta conversación es importante. Y aunque no había previsto que fuera a salir tan pronto, lo prefiero.

—No he venido a robaros, alteza. Deseo que lo sepáis. No está en mi ánimo arrebatara otra corona.

La más leve sombra de confusión en la expresión de mi prometida.

—Me temo que no podéis hacer nada por evitarlo. En cuanto nos desposemos, os convertiréis en el próximo rey de estas tierras. Así está dispuesto. Para eso estáis aquí.

—¿Y eso os parece bien?

—¿Importa lo que a mí me parezca? Ambos sabemos que he sido educada para ser la reina del brazo de un rey. *Vuestra* reina, ahora. Y os aseguro que cumpliré con mi papel, si es lo que os preocupa.

Nada más lejos.

—No os estoy preguntando para qué os han educado. Os pregunto qué os parece lo que se supone que debe pasar. Porque, sí, importa.

La princesa de Dione se suelta y se aleja un paso de mí con la excusa de alisarse la falda de su vestido. Reconozco la brecha, tanto en el ambiente como en su carácter.

—Lo que a mí me parece es que, si mi padre cree que seréis un buen rey, yo no tengo motivos para sospechar lo contrario. No dudéis que os pondrá a prueba para ver si Dione queda en buenas manos.

No conozco demasiado a mi prometida, pero tampoco lo necesito para afirmar que intenta evitar el asunto de fondo. Que finge que la situación es más incomprensible para ella de lo que en realidad es.

Por eso, porque no la tomo por ignorante, decido abordar el tema de manera directa:

—Sabéis tan bien como yo que hay una Cumbre a punto de empezar. Y no será cualquier Cumbre. Puede que muchas cosas cambien. Y a vos, como a mí, pueden tocaros de lleno.

Sus pequeños y finos labios se convierten en algo todavía más delicado cuando los aprieta. La Cumbre que está a punto de sucederse pesa sobre nuestras cabezas por un momento. Todo lo que saldrá a colación.

Kay de Dahes aparecerá para reclamar de nuevo la posibilidad de que las mujeres gobiernen solas en Marabilia.

Recuerdo el revuelo que se generó cuando lo hizo por primera vez, hace dos años. Se presentó ante todos los reyes, incluido su padre, y dejó patente que la ley actual era injusta. Por supuesto, nadie pudo llevarle la contraria. No a ella.

Durante mucho tiempo, se la creyó una digna futura gobernante solo porque pensaban que era un hombre. La historia de Kaylen de Dahes corrió por Marabilia más rápida que cualquier otra leyenda. Había sido hechizada desde bebé y se había convencido a todo el mundo de que había nacido varón. Cuando la princesa Kay rompió su hechizo y pidió que se conservase

su derecho a la corona, las preguntas despertaron. Pero su propuesta fue denegada. Si era mujer, no podía gobernar sola. Daba igual que ese hubiera sido su destino cuando se la creía hombre.

Aun así, la discusión se puso sobre la mesa. Y así es como empiezan los cambios, con alguien que se atreve a alzar la voz yendo contra todo. Incluidos los ocho reyes de Marabilia.

La cuestión se retomará en unas semanas.

Esos escenarios también llevan un tiempo en mi cabeza. Todas y cada una de las probabilidades. Pero para calcularlas, necesito saber qué papel quiere tener Ivy de Dione en esto.

Por eso la observo. Por eso, por primera vez en esta conversación, la miro de verdad.

Ella no se intimida. Sus ojos, de pronto acerados, encuentran los míos.

—Sé que se acerca la Cumbre y conozco de sobra los temas que se pueden tratar. También sé cómo van a acabar. No quiero insultaros, mi señor, pero sois tan considerado como iluso si pensáis que en esa reunión se hará algo que no se haya hecho antes.

—Puede. Aunque ¿y si se hiciera algo diferente? ¿Y si las cosas cambiaran?

Seré claro, princesa: si pudierais ser reina, legítima y sin necesidad de un rey, ¿querríais serlo?

La pregunta pende sobre nosotros más pesada que todas las estrellas sobre nuestras cabezas. Otra ráfaga de aire, más frío que el anterior. Me mueve los cabellos y me hiela los huesos; alza su vestido y lo sacude. Algunos mechones se le desprenden del agarre del recogido.

Cuando el aire se calma, parece hacerlo también la princesa frente a mí, aunque la frialdad del ambiente se ha quedado enredada en ella.

—Seré clara, príncipe: vuestra madre tiene razón, tenéis muchos privilegios sobre vuestras hermanas. Y sobre mí. Y uno de ellos es que se os permite desear cosas. Se os permite incluso cambiar el mundo. El problema es que las muchachas hermosas, dulces, elegantes y silenciosas no tenemos oportunidades de hacerlo. No se nos pregunta qué queremos. Ni siquiera se nos enseña la respuesta, sino a dar la contestación que otros quieren escuchar.

Abro la boca para decirle que de eso mismo se trata. De saber si *quiere* cambiarlo.

Antes de que pueda pronunciar una palabra, ella alza la mano y me silencia.

—Lo lamento, pero me gustaría retirarme. —No es una petición.

Mi prometida echa a andar, sin volver a tomar mi brazo, y se adelanta deshaciendo el camino que hemos recorrido. Hay orgullo y calma en cada uno de sus pasos.

«Hagas lo que hagas, Fausto, trata bien a tu prometida».

Respiro. Sería más sencillo si fuera mi madre quien hablase con ella. Yo, al fin y al cabo, solo puedo hacer las preguntas, en ningún caso tomar las decisiones. No es mi papel ahora. Pero mi madre no está aquí, y tengo que tener cuidado con cada paso que dé. Porque podemos ganar mucho, pero también podemos perder demasiado.

Por eso no protesto.

Solo la sigo y callo.



Cordelia

Cuando Ivy deja de hablar y el silencio se hace en su dormitorio, las voces de Valora y Portia se cuelan de nuevo por la puerta entreabierta. Mi prima ha querido huir de ellas y me ha traído aquí con la excusa de que la peine, aunque en realidad solo quería un momento a solas conmigo, lejos de oídos indiscretos.

—Así que podemos confirmar que el príncipe de Granth no es exactamente lo que esperábamos.

La expresión de duda de la princesa se refleja en el espejo. Me rehúye. No suele hacerlo. No conmigo, al menos. Pero cuando está nerviosa, cuando se siente expuesta, tiende a apartar los ojos y centrar su atención en cualquier otro lugar.

—No tengo claro si eso es bueno o malo.

—Al menos no te ha dejado indiferente, ¿no?

—Me gustaría saber qué pretende de mí, Cordelia —murmura entre la angustia y la sospecha.

Cabeceo mientras trenzo su larga melena. A Ivy siempre le han dicho cómo tiene que ser, qué es lo que tiene que hacer. A todas las nobles de la

corte nos han llamado la atención por comportamientos inapropiados cuando éramos niñas, pero sobre ella han ejercido un control férreo. Y puede que nunca hayamos hablado de ello en voz alta, pero llevo el suficiente tiempo junto a mi prima para saber lo mucho que le afectan esos comentarios. Cómo la minan y hacen que de alguna manera decida esconder su verdadero ser. Su madre era amable pero exigente, y muchas veces la vi corregirla: «tu postura, Ivy»; «no corras, Ivy»; «no contestes así, Ivy».

Y cuando su madre murió y la condesa se hizo cargo, las cosas fueron todavía peor. Incluso si su tía la quiere con locura, es obvio que intenta moldear a su sobrina nieta a imagen y semejanza de una princesa ideal que existe solo en su cabeza. Un papel que ahora Ivy no sabe cómo interpretar, porque su prometido no parece desear eso.

—No creo que pretenda algo de ti más allá de que seas tú misma. ¿Es que desconfías de sus intenciones?

—¿Crees que soy horrible por hacerlo?

—Creo que tienes miedo.

Ivy fija los ojos en las manos, que ha dejado sobre su regazo. No dice nada.

Tampoco hace falta. Le doy un golpecito en el hombro para que me haga sitio y me siento a su lado en el estrecho banco. Le paso un brazo por la cintura y ella se apoya en mí, con los labios blancos de mantenerlos apretados.

—Es normal ser precavida en esta situación. Pero, por lo que cuentas, parece que el príncipe está interesado en saber qué piensas y en conocerte de verdad...

Y creo que es lo mejor que podría haberle pasado. Una relación que no se convierta en una mentira. Que no la obligue a actuar como una persona que no es...

Mi prima se relaja contra mí con un suspiro, los ojos en el frente, encontrándose con los míos en el espejo.

—Tú no tuviste miedo.

Hago una mueca. Eso no es del todo cierto. Aunque se lo conté casi todo a Ivy durante esas fechas, ensalzando las partes bonitas que había en estar

junto a Alden, lo cierto es que también estaba aterrada. Como ella, no sabía qué esperar.

Qué persona podía ser ante él. Pero me acabé relajando y dejándome llevar.

Alden siempre sabe qué hacer, en todo momento, y me ha guiado para darme tranquilidad.

—Claro que lo tuve. Pero es más difícil ponerle voz al miedo que a la felicidad. Por eso intenté concentrarme en las cosas buenas. También es cierto que Alden y yo tuvimos más tiempo para conocernos antes de la boda que vosotros. Y por eso creo que deberíais centraros en eso: en entablar una amistad. —Le rozo la mejilla y ella se vuelve hacia mí—. Daos una oportunidad. Dale el beneficio de la duda y deja que te conozca, Ivy, y que vea la mujer hermosa e inteligente que eres en tu interior. Y date a ti la ocasión de confiar y ser feliz. Te la mereces.

Ivy rara vez parece perdida delante de los demás, pero ahora es obvio que lo está.

—¿Y si no le gusto? —pregunta con un titubeo—. ¿Y si decide que...? —Se atraganta con sus propias palabras—. Esto no puede salir mal. No por mi culpa.

Dione me necesita, Cordelia.

Apuesto a que hay reyes a los que el futuro de sus reinos les pesa menos que a la princesa.

—Por lo que me has contado, no creo que sea la clase de persona que cancelaría un compromiso real de la noche a la mañana. —Sonrío, intentando hacer sus preocupaciones más ligeras—. Creo que ambos sois demasiado conscientes de vuestra posición. ¿Y no tiene sentido que quiera asegurarse de que formáis un buen equipo? Al fin y al cabo, Ivy, no sois solo un matrimonio de conveniencia. Algún día seréis reyes.

Lo que a mí me causaría vértigo, desacostumbrada a las responsabilidades de un cargo tan importante, a ella parece relajarla. Sus hombros se destensan un poco más. Un suspiro se escapa de sus labios.

—Entonces quizá se case conmigo incluso si me odia. ¿Y si he sido demasiado directa? ¿Y si una parte de él, aunque no lo diga...?

La acallo poniendo los dedos sobre sus labios. He pasado por esto. Sé lo que es hacer cábalas y entrar en una espiral de la que difícilmente se puede salir. Y sé también que ella no necesita un empujón para saltar a ese punto sin retorno.

—Prima, ya está. —Sonrío—. Actúa como quieras con él. Así te lo ha pedido, ¿no? Y no tienes oportunidades de eso muy a menudo, así que deberías aprovecharlas. Aunque él no sabe lo que le viene encima...

Ivy entorna los ojos con algo de molestia fingida y me aparta la mano con suavidad.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—Que Fausto de Granth ya puede armarse de paciencia —suelto. A la princesa, por su parte, se le escapa una sonrisa pese a que quería hacerse la ofendida—. Ivy de Dione no es alguien a quien se conozca de verdad de la noche a la mañana.



Samira

Valora de Elgin me descubrió anoche algo de lo más interesante. Bueno, en realidad me descubrió varias cosas interesantes, comenzando por cómo besa y terminando por cómo se desabrochan sus aparatosos vestidos. Es más fácil de lo que parece, y lo agradecí. Pero, aparte de eso y de regalarme una velada muchísimo más atrayente de lo que habría imaginado, me reveló un secreto de lo más aprovechable: los pasadizos de palacio. Al parecer, la dama es nieta de la condesa, así que se espera de ella un comportamiento intachable. Un comportamiento intachable que, por supuesto, no acepta escauceos con ninguna persona.

—Cuando tienes una abuela como la mía y de ti se espera poco menos que la perfección, tienes dos opciones: adaptarte o fingir que te adaptas.

Lo dijo antes de apartar un telar en los pasillos, tras mirar de un lado a otro, y arrastrarme dentro del pasadizo que se abrió ante nosotras. Había una sonrisa maliciosa en su boca que me dio más ganas de besarla, y no es que tardase mucho en hacerlo. Por mí, podríamos habernos quedado en ese corredor, detrás del telar, escondidas, pero ella prefirió la comodidad de su cama, así que me hizo recorrer a oscuras el lugar con la seguridad que ofrece conocer bien unos caminos que has visitado muchas veces. En ese momento yo estaba pensando en otras cosas, pero ahora me doy cuenta de que pudimos

ir de un ala a otra del castillo por ese pasaje secreto. Cuando salimos de la oscuridad para aparecer en un cuarto aparentemente abandonado, poco más que una alacena, la joven se aseguró de que los guardias no pasaban por ahí y después me arrastró hasta su habitación, muy cerca de esa puerta. Evidentemente, no me quejé.

Ahora, con la mente más despierta y sin la boca de Valora jugando conmigo, soy consciente de las posibilidades de entretenimiento que tengo por delante.

Los pasadizos del palacio de Granth ya son viejos amigos para mí. Pero ¿unos nuevos, en un castillo ajeno, completamente desconocidos y que podrían llevarme a cualquier lugar? Incluso fuera de los muros de esta fortaleza...

Miro el mismo telar que ayer Valora abrió para mí. Puedo reconocer la historia que narra: hace ya mucho, Karlen III de Sienna trató de unificar toda Marabilia bajo una única corona (*su* corona), olvidando la autonomía de todos y cada uno de nuestros reinos. Los demás países no lo permitieron. Se unieron contra él y lo desterraron. En el telar, Karlen III le da la espalda a las costas de Marabilia mientras los reyes (ninguna reina, por supuesto) señalan su destino lejos de nuestro continente. Un recordatorio de lo que provoca la avaricia y el ansia de poder. Esa historia siempre se ha utilizado para recordar la importancia de la autonomía y la unidad de todos los reinos. Aliados, no contrincantes.

Velando por sus intereses, pero también protegiendo el interés común de toda Marabilia: la paz.

Me parece casi irónico que sea este telar el que esconde un pasadizo. Al fin y al cabo, los pasadizos de los castillos existen sobre todo para que la familia real pueda huir en caso de ataque. Nuestros antepasados, muchas generaciones atrás, antes incluso de la historia de Karlen III, los tuvieron que usar cuando Rydia conquistó nuestras tierras.

Aesir revolotea a mi alrededor, piando con la misma excitación que a mí me palpita en el pecho. Le sonrío de medio lado mientras miro hacia atrás. El corredor está desierto.

—Asegúrate de que no viene nadie.

Él lo hace, veloz como siempre. Las imágenes de los pasillos contiguos también vacíos me llenan la cabeza y yo aprovecho para apartar el telar. Palpo la pared hasta que encuentro la hendidura preparada para poder empujar el muro y pronto estoy dentro, en la oscuridad. *Aesir* pía de nuevo y yo le chisto para que calle mientras tapo la entrada. La emoción me da brincos en el pecho. Sé que mi hermano me diría que no debería estar haciendo esto, que ya no soy una niña para recorrer pasadizos como si fuera una aventurera en busca de un tesoro en un templo olvidado.

Pero que él haya decidido convertirse en un aburrido porque hemos *crecido* no significa que yo tenga que hacer lo mismo.

Metó la mano en el bolsillo de mi túnica para sacar una de las pequeñas luces del Taller. Doy gracias a los avances que se han hecho en Marabilia últimamente.

Cuando era muy pequeña, tenía que ir con simples lámparas y alguna vez me quedé a oscuras con un soplo de viento. Allí, llegado un punto, no importaba: aprendí a conocer el lugar con los ojos cerrados. Pero no quiero quedarme para siempre vagando por el interior del castillo de Dione.

Observo a mi alrededor. Recuerdo cuando Valora me apoyó contra esa pared.

No me había besado hasta ese momento, por más que nos hubiéramos mirado sabiendo perfectamente lo que queríamos de la otra o hubiésemos jugado con nuestras manos mientras bailábamos. Pero en cuanto estuvimos a salvo de miradas indiscretas, de juicios por lo que dos jóvenes muchachas deben hacer o no... Trago saliva, recordando la fiereza que demostró.

Aesir reclama mi atención piando y yo carraspeo.

—Sí, sí. Me centro.

Aunque quizá podría tratar de hacer el mismo camino que hice ayer y comprobar si Valora está en su cuarto y...

Aesir pía de nuevo.

—¡Perdón, perdón!

Mi acompañante echa a volar y yo lo sigo, dispuesta a dejarme llevar por donde él considere. La mejor manera de conocer pasadizos es perdiéndose. Y *Aesir* tiene suficiente buena memoria como para saber siempre qué caminos hemos cogido, así que no estaremos *del todo* perdidos.

Sigo a mi compañero. Hay rampas que suben y bajan, caminos que se bifurcan. Tardamos un buen rato en localizar una primera salida, pero finalmente aparece frente a nosotros en forma de luz que se cuelga tras una de las paredes. Y cuando nos acercamos, captamos voces. Fausto, en mi cabeza, me dice que no se debe espiar, y menos en un castillo ajeno...

Pero no está aquí, así que ignorar su voz resulta bastante sencillo.

Me inclino hacia la fría piedra. Hay dos personas conversando y me tenso un poco cuando reconozco a una de ellas. Hace que casi me sienta mal y recule.

Espiar alguna conversación de la corte de Dione puede que no sea algo *tan* grave. Solo un juegucito que me daría como mucho algún cotilleo.

Espiar al *rey de Dione* es otra cosa.

—Mi consejo, majestad, es que hoy permanezcáis en cama. Diré que estáis indispuerto por un frío. El tiempo aún es inestable: es una excusa plausible.

La voz que habla pertenece a una muchacha. No creo haberla oído antes, pero supongo que debe de ser la Hechicera del Reino. Anoche estaba en el banquete, en la misma mesa que Logen.

¿El rey se encuentra mal?

—¡No puedo pasarme el día en mi dormitorio! El reino...

—Con todos mis respetos, el reino os necesita, sí, pero os necesita sano.

Siempre habéis dejado la salud de vuestra familia en mis manos. Dejadme la vuestra también.

Frunzo un poco el ceño. Miro a *Aesir*, que sabe que debe permanecer callado; deja de aletear y se posa en mi cabeza.

Hay un silencio tenso.

—Solo una indisposición. —Suena a concesión. A advertencia. «No se dirá nada más» parecen ser las palabras que se quedan por el camino.

—Solo eso —accede la voz femenina—. Y debéis descansar. Tomaos esta poción y dormid. Quizá mañana podáis levantaros. Pero sabéis que no puedo hacer milagros y, si no ponéis nada de vuestra parte, pronto vendrán muchos días en los que ni siquiera podréis ponerlos en pie. Vuestro cuerpo os está advirtiendo, mi señor. Sabéis que no podéis ganarle la batalla, pero habíamos acordado robarle todo el tiempo que pudierais, ¿no es así?

Palidezco un poco. ¿A qué se refiere?

Otro silencio en el que supongo que hay un asentimiento mudo.

—Guardad reposo. ¿Deseáis que avise a su alteza?

—No, está bien. No hay que preocuparla ahora. Tiene mucho que hacer... y mucho en lo que pensar. No es necesario que también se preocupe por un viejo.

—No digáis eso. Vuestra hija os adora y estará a vuestro lado de buen grado.

Un quejido de malestar.

—Lo que ocurre es que quieres usarla para mantenerme a raya y que te haga caso.

—Haré lo que sea necesario para alargaros la vida, mi señor. Incluso si eso significa amenazaros con una regañina de la princesa.

Trago saliva y retrocedo un paso. Tengo que sostenerme contra la pared, mirando la oscuridad. Las voces todavía comparten unas palabras más, pero yo ya no las escucho. He oído más que suficiente para entender qué está sucediendo.

Aesir lanza imágenes de alarma a mi cabeza. Una corona. Color negro. El cuerpo de Derrick de Dione con los ojos cerrados y durmiendo.

Solo que no duerme.

Tomo aire en una brusca bocanada y me giro para rehacer mis pasos.

Por supuesto que Ivy de Dione tiene que casarse. Porque, aunque eso no se dijo cuando se pactó el enlace, es posible que Dione necesite un nuevo rey antes de lo esperado.



Fausto

—Ya sé que el rey de Dione está enfermo. Se ha excusado por el desayuno. No tiene mayor importancia: hasta los reyes pueden resfriarse.

No entiendo la alarma de mi hermana. Ha entrado en mis aposentos con la velocidad con la que pasa una tormenta de verano y parece que sea eso mismo lo que esté conteniendo en su cuerpo. En cualquier segundo su voz se convertirá en un trueno.

—No es una simple indisposición —protesta. Después se gira hacia *Aesir*, que está tan inquieto como ella misma—. Enséñaselo.

Abro la boca para protestar, pero antes de que pueda hacerlo, las imágenes colapsan en mi mente. Agradezco estar sentado; el golpe es tan inesperado como caótico. Aprieto los párpados. La información tarda en reorganizarse en mi cabeza, porque *Aesir* no está calmado. Escucho a *Idris* protestar, alarmarse por mí; al final, poco a poco, todo adquiere orden y sentido.

Entreabro los labios ante la conversación que ha escuchado Samira. Al principio eso es todo lo que puedo hacer, mientras un nuevo mapa de probabilidades se extiende en mi cabeza. Comienzo a calcular adónde puede

llevarnos esta situación antes incluso de ser consciente de lo que estoy haciendo.

Las primeras posibilidades no son nada agradables, quizá por eso prefiero girarme hacia mi hermana.

—¿Has estado espiando a su majestad, Samira?

—¡Fue una casualidad, no pretendía espiar a nadie! ¡Y eso no es lo importante ahora!

Respiro hondo. No, no lo es. Pero necesito centrarme en algo sencillo. Las probabilidades siguen apareciendo incansables en mi cabeza.

—No sabemos qué le sucede al rey —concluyo.

—No lo que dicen, desde luego.

—La salud de un rey es un asunto delicado, sobre todo cuando la herencia de su reino está en peligro.

Samira cruza los brazos sobre el pecho.

—Oh, ya lo creo que está en peligro, con solo una heredera. ¿Y sabes quién más está en peligro ahora? Tú. —Su voz baja para convertirse en un siseo—. ¿Qué pasará si el rey muere justo cuando hayáis contraído matrimonio? ¿Sabes lo que se podría pensar? Parecería una situación muy conveniente.

Comprendo a qué se refiere. Ha sido una de las primeras ideas que se me ha venido a la cabeza. Intento mantener mi imaginación a raya convenciéndome de que, si algo así pasara, sería sencillo probar mi inocencia y la de mi reino.

—El rey está vivo ahora. No lo envíes a la tumba antes de tiempo.

—Qué apropiado que menciones lo de hacer cosas antes de tiempo. Porque ¿qué pasará si muere *antes* de la boda? ¿Qué ocurre entonces con la alianza, con la princesa...? ¡No se ha previsto ninguna situación semejante!

Y existen otras mil probabilidades alrededor de eso. Depende, también, de si es antes o después de la Cumbre. De lo que podríamos conseguir en la Cumbre o no... Desde luego, si falleciera durante la Cumbre, también podría haber problemas, puede que alguien aprovecharse para acusar... Y dependiendo de los temas que se estuvieran tratando en ese momento...

Basta.

Alzo las manos para detener a mi hermana, o quizá para detener mis pensamientos.

—El rey está vivo —repito—. Y vamos a dejar estar este asunto.

—¿Dejarlo estar? No sabías nada de esto al venir aquí. A padre y a madre no se les informó de la verdadera situación. Ellos no esperan perder rápido a su heredero porque este se encuentre gobernando unas tierras lejanas. ¡Tú no estás preparado para reinar en este país *ya!* Se supone que era una alianza segura y que tú regresarías pronto para seguir siendo el príncipe de Granth.

En realidad, Samira no sabe que lo que espera padre y lo que espera madre no son cosas parecidas. Ella no sabe lo que nos jugamos con esto. La boda es lo menos importante de todo.

—Suficiente, Samira. Déjame esto a mí. Y detén tus expediciones.

Mi hermana frunce el ceño. No me agrada tener que detenerla ni cortar sus alas, porque sé que lo que la mueve es la preocupación hacia mí y hacia nuestro reino. Puede que a menudo finja que todo le es indiferente, pero yo la conozco lo suficiente para saber que no es así.

Por eso también sé que, aunque se retire de mi cuarto fingiendo hacerme caso, seguirá haciendo lo que considere conveniente.

* * *

Doy tres vueltas a todas las posibilidades que tengo con lo que ahora sé antes de decantarme por una de ellas. No estoy completamente convencido de que sea la correcta, pero es la que me hace sentir que al menos habré intentado hacer las cosas de la manera más apaciguadora.

Por eso, cuando la voz de mi prometida me da el paso al despacho del rey, yo tomo aire y preparo de antemano la conversación que tengo que desarrollar.

Cuando me asomo al gran cuarto, con sus paredes recubiertas de estanterías y los grandes ventanales del fondo que le dan luz a la estancia, descubro a la princesa sentada a la gran mesa de roble en la que debe de trabajar su padre a diario. Tiene una pluma en los dedos que gotea tinta, pero

la deja en el tintero al darse cuenta de que puede estropear uno de los documentos sobre los que está trabajando.

—¿Interrumpo?

Ivy de Dione disimula de mala manera que no esperaba verme.

—Alteza —saluda con la sorpresa impresa en el tono. Entrelaza las manos—. Lo lamento, pero mi padre se encuentra en sus aposentos, si lo buscáis...

No puedo evitar fijarme en su expresión cuando pronuncia sus palabras: ni el más leve signo de inquietud.

—No buscaba a vuestro padre, sino a vos, de hecho. Me crucé con vuestra prima por los pasillos y me dijo que os encontraría aquí. ¿Puedo pasar?

Ella duda un segundo antes de extender el brazo a los asientos al otro lado de la mesa.

—Por supuesto. Tomad asiento. ¿Deseáis algo? Puedo pedirlos un té...

No me pasa desapercibido que vuelve a ser la princesa elegante conmigo, no la muchacha que ayer quería escapar. Procuro que eso no me quite seguridad.

—No será necesario.

Antes incluso que yo, *Idris* entra en la estancia volando hasta la princesa. Eso hace que le cambie el rostro. Supongo que ella le agrada bastante más que su prometido. El ave se acomoda sobre la mesa y observa a la muchacha con sus ojillos negros y grandes, mientras yo cierro a mis espaldas y me acerco. Con un gorjeo, echa la cabeza hacia delante y reclama las caricias de la princesa. La muchacha parece encantada de poder dárselas.

—¿Qué puedo hacer por vos? —pregunta, aunque ni siquiera vuelve la vista hacia mí.

Tomo asiento.

—¿Cómo se encuentra vuestro padre? —El más leve apretar de labios. Ahora sí, aparta la vista de mi criatura para mirarme—. Ha dicho que no le molesten y no deseaba hacerlo, pero tampoco quería parecer indiferente a su salud...

—No es nada, alteza —resuelve con una calma intachable—. Nuestra hechicera dice que le ha afectado el frío a causa del tiempo inestable de estos

días. Gracias por vuestra preocupación; os aseguro que mañana se sentirá mejor y estará lleno de energía, como de costumbre.

Nadie creería que miente. Yo, desde luego, no lo haría si no supiera lo que sé.

Tiene aprendido el discurso y defiende la mentira con una solvencia envidiable.

Está engañando a un príncipe, a su prometido, a la representación de una alianza, pero eso ni siquiera le hace parpadear.

No me siento tan ofendido como cabría esperar. Está protegiendo sus intereses sin el mínimo asomo de duda. Necesita un prometido tranquilo, que no sospeche que pueda haber problemas. Alguien que vaya a una boda en la ignorancia más absoluta y mantenga el orden. Alguien que evite que, si el rey muere, ella pierda toda opción de ser reina —aunque sea del brazo de un extraño— y los nobles se muerdan por el trono.

Estoy a punto de decirle que lo sé todo. Es a lo que he venido aquí. A pedirle que no haya secretos ni mentiras entre nosotros. Si queremos que de esto salga algo bueno, necesitamos ser aliados de verdad, no dos desconocidos que comparten espacio.

Al final, solo esbozo una sonrisa cordial.

—Espero que así sea y que su recuperación sea cosa de una noche de descanso —concluyo—. ¿Qué hacéis, si no es indiscreción?

La princesa no espera que me interese por sus labores, es evidente. Sus ojos descienden hasta los papeles esparcidos sobre la mesa.

—Han obligado a mi padre a reposar, pero no deseo que se le acumule el trabajo. Respondo su correspondencia y me encargo de temas menores.

Hace un ademán de quitarle importancia, pero que su reacción ante su padre enfermo sea venir aquí y saber en qué trabajar y cómo hacerlo indica una costumbre. ¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo? ¿Cuánto ha estado Derrick de Dione enfermo? ¿Cada cuánto tiene que cesar sus actividades y guardar cama?

—Es un trabajo bastante aburrido y solitario, ¿no es cierto? ¿Os parecería bien si me quedo con vos? Me gustaría ayudaros en lo posible y no me vendría mal ir familiarizándome con el trabajo aquí. Quizá vos podríais

explicarme cómo funcionan las cosas en Dione: seguro que hay mil asuntos que desconozco...

La princesa me observa y yo trato de parecer lo más inocente y desinteresado que puedo.

—Bueno, no veo inconveniente en ello. Lo cierto es que no me vendría mal un poco de ayuda...

La sonrisa esta vez es sincera en mis labios.

—Bien. Demostrémosle a vuestro padre que puede permitirse un poco de descanso. ¿Por dónde empezamos?

Ivy titubea, pero empuja hacia mí un pesado tomo situado en la esquina izquierda de la mesa.

—Quizá deba explicaros un poco primero sobre la nobleza, o no entenderéis ni la mitad de los asuntos que ocurren entre nuestras fronteras. —Alza las cejas y, por fin, algo de la burla que demostró anoche aparece en sus ojos—. Decidme: ¿se os da bien recordar nombres?



Ivy

Si Fausto de Granth es realmente un ladrón, tengo que confesar que es el criminal más concienzudo del que haya escuchado hablar nunca. Aunque yo pensaba que no entendería nada de mi mundo, parece haber estudiado sus lecciones a fondo: desde los nombres de áreas a los de las familias nobles, desde sucesos históricos hasta la importancia de nuestro comercio. Y ni siquiera acaba ahí. Durante el tiempo que pasamos juntos sentados a la mesa del despacho de mi padre, el príncipe sigue haciendo preguntas, interesándose incluso por detalles a los que yo no le daría la más mínima importancia si estuviese en su posición. Incluso me pide que le cuente más sobre mis damas, sobre su relación conmigo, con mi familia, con la nobleza. Se sorprende un poco al saber que Valora nació fuera del matrimonio (aunque hace años ya que fue reconocida por su padre), pero no del hecho de que las demás estén vinculadas, en mayor o menor medida, con el Consejo Real: Cordelia, al fin y al cabo, es la esposa de uno de sus miembros; Portia, la hija de otro.

Hablamos durante lo que me parece una eternidad, le enseño libros y mapas y registros, y luego nos sumimos en un agradable silencio, roto solamente por el rasgar de la pluma sobre el papel y el pasar quedo de las

páginas. Trabajo durante un rato, intentando fingir que mi prometido no está al otro lado de la mesa. Que su nasir no me observa. Que no estamos solos y, si alguien tuviera a bien entrar por esa puerta, mañana seríamos la conversación de todo el reino.

Cuando dejo la pluma y la limpio, la atención del príncipe ha sido absorbida por los registros de las reuniones del Consejo. Yo siempre he considerado esa lectura tediosa, sin mucho más que discusiones e intercambios de opiniones que se mueven en círculos. Sin embargo, Fausto de Granth parece fascinado, lo que me da una pista de lo diferente que debe de ser la política en su reino. Me ha comentado que la nobleza es más pequeña en su isla (como cabría esperar de un territorio más reducido) y que tienen menos problemas al respecto de los que parece haber en los demás países.

—¿Qué os tiene tan fascinado, alteza?

Él, en lugar de responder, me invita a unirme a su lectura al empujar el documento hacia mí. La página está cubierta de apretada caligrafía.

La reunión que ha dejado por escrito tiene fecha de la primavera pasada, cuando se discutieron las posibilidades de matrimonio que había para mí después del terrible incidente con Dahes. Lo único que veo, como siempre, es que nadie parecía estar de acuerdo. Mi padre deseaba la unión con Granth. Lord Darrow opinaba lo mismo, pero los demás tenían sus dudas y no tuvieron ninguna clase de reparo en expresarlas.

—No os lo toméis a pecho —le digo, entendiendo que puede preocuparle. Pese a que haya sido criado y educado mejor que ningún otro noble de Dione, para ellos siempre va a ser insuficiente: creen que un extranjero en sus tierras es un peligro. Un enemigo, más que un aliado, sin simpatía por más causa que la suya—. Siempre hay opositores a absolutamente todo, es inevitable. Y en este caso...

No hace falta que termine de hablar. Mi prometido me observa, con el rostro apoyado en una mano, y asiente, consciente del rumbo de mis pensamientos.

—Lo sé. —Se encoge de hombros—. Por lo que se ve en los registros de otras reuniones y la información que me ha podido llegar, lord Arich habrá votado en contra simplemente porque vengo de las islas. Algunos hombres,

por alguna razón, creen que tener un color de piel diferente te hace menos conveniente o directamente más salvaje.

Siento que se me incendian las mejillas y abro la boca, como para disculparme por el noble, pero finalmente cierro los labios, consciente de que no hay excusa posible. Él no hace comentario alguno al respecto. En su lugar, continúa hablando:

—Lo que me parece interesante es que Farren y Mormont se pusieran en contra también. Justo los hombres que están en vuestro árbol genealógico y tienen posibilidades de heredar...

—¡Esas acusaciones son muy injustas! —protesto antes de que se le ocurra decir ni una sola palabra más.

Fausto de Granth ladea la cabeza.

—En realidad, no he acusado a nadie de nada, solo he hecho una apreciación.

Expongo los hechos y sopeso las posibilidades. —Hay un segundo de silencio y después su mirada oscura se ilumina un poco. Lo hace del mismo modo que anoche, cuando se le ocurrió usar a su ave para engañar a tía Dévona—. ¿Queréis jugar a algo?

Intento que mi incredulidad no sea demasiado evidente.

—¿Jugar? Juraría que estábamos hablando de política.

Un hoyuelo aparece en la mejilla del príncipe.

—Considero que la política puede ser un gran juego si se enfoca como tal.

—¿Y cómo queréis jugar ahora?

—Os apuesto que, con esta información y lo que sé de nuestros nobles, puedo averiguar qué votaron todos los miembros del consejo cuando el candidato era el supuesto príncipe de Dahes.

—¿Ahora también podéis leer la mente de la gente? ¿Es otro truco de *Idris*?

La aludida aletea, aunque se queda pertrechada en el borde de la mesa y empieza a atusarse las plumas.

—No leo la mente, pero me gusta calcular probabilidades y hacer teorías. La que tengo respecto a esto es que hace tres años Farren y Arich votaron a favor de vuestra unión con Dahes: Arich porque es al menos tan conservador

como el rey Geraint y Farren porque, teniendo lazos familiares lejanos con la difunta reina Brighid, es obvio que esperaba beneficiarse del enlace, con tierras o algún trato comercial. Darrow también estuvo a favor; por lo visto, es el único de vuestros consejeros que rara vez rechaza los deseos de vuestro padre. Un buen amigo, supongo, puede que de antes incluso que vuestro padre fuera coronado.

Abro la boca, pero me niego a decirle que está en lo cierto, al menos en lo último. El príncipe mantiene su sonrisa, consciente de que tiene mi atención.

—¿Y Alden Mormont? ¿Votó también que sí?

Parece pensárselo, aunque no sé si lo hace de verdad o solo está jugando conmigo.

—Diré que sí. Su familia materna proviene de Dahes, según me habéis dicho, ¿no es así? Un rey de aquella tierra le habría favorecido si se ganase su favor, eso si es que, gracias a los terrenos que pueda poseer en aquel reino, no tenía ya relaciones con la corona.

—Parecís muy seguro. —Y muy pagado de sí mismo, lo que me enerva más de lo que pienso demostrar.

—Y vos, muy escéptica. ¿Apostáis contra mí, pues?

Entorno los ojos, pero me levanto. En las estanterías están los libros con los registros de todo el reino de mi padre e incluso de mi abuelo.

—Vais a sentiros decepcionado, alteza. No creo que conozcáis tanto a los miembros del consejo como para hacer ese tipo de suposiciones sobre sus decisiones...

—¿Qué gano si acierto?

—Lo que gustéis.

—Ese es un ofrecimiento peligroso, princesa.

Me vuelvo, con varios pesados libros en brazos. Sacarlos de su sitio ha levantado polvo, que ahora baila en el aire, y ha inundado el ambiente de olor a viejo y a cerrado. Fausto de Granth se ha puesto en pie y se apoya contra la mesa. Yo no dejo que toque los pesados volúmenes; en su lugar, los apoyo sobre el escritorio y empiezo a buscar, tratando de ignorar que está a mi lado.

—No os tengo por un hombre peligroso, alteza, o no estaría a solas con vos en una habitación.

Pese a que se lo digo con cierta sequedad, él no se da por aludido.

—Bien. Buscad, entonces. Yo mientras pensaré con cuidado en mi premio.

Espero que su premio sea su orgullo destrozado. Me siento en la silla que ha dejado libre y empiezo a pasar las hojas, demasiado consciente de que estoy removiendo el pasado. De que es de muy mal gusto que esté buscando la votación al enlace que nunca tuvo lugar. A un enlace previo, con otro novio (con otra novia). Me pregunto qué habría pasado si Kay fuera el príncipe que todos creíamos. ¿Con quién habrían casado al hombre que está ahora a mi lado?

¿Cómo sería la vida con el heredero de Dahes?

Me detengo cuando descubro lo que estoy buscando. Todas las entradas del registro tienen un título identificativo de lo más importante de cada reunión. Y poco más importante puede haber que el destino de la corona y quién la llevará.

—¿Y bien?

Fausto de Granth no mira a la página para comprobar si ha ganado o no. Solo me observa a mí mientras leo.

Mi cara empieza a arder.

—Esto no significa nada. —Cierro el tomo con un golpe seco que hace que el lomo gruña.

El príncipe ríe y pronto se le suma *Idris* con un cántico a coro, como si se uniese a las carcajadas, lo que no contribuye a que mis mejillas pierdan color.

—¿Disfrutáis burlándoos de mí? Tal vez no seáis el príncipe azul que me habéis vendido.

—Cielos, el color de nuestras pieles no es el mismo, no hay duda, pero no entiendo qué ha podido pasar para que creáis que soy *azul*...

Las ganas de golpearle con el libro no disminuyen.

—Os seguís riendo y empiezo a pensar que en realidad queréis convertirlos en el bufón de la corte. —Me cruzo de brazos—. Si esa es vuestra petición, haré lo que pueda. Seguro que podemos conseguir un bonito gorro con cascabeles.

Él no pierde la sonrisa.

—Aunque seguro que sería un trabajo más entretenido que el de heredero, me temo que tendré que rechazarlo. En realidad, mi petición es mucho más

sencilla.

Y puede que por eso se os haga más complicada.

—¿Me haréis suplicar para que habléis claro?

—Confiad en mí.

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Parpadeo, pero no se convierte en mi prima diciendo que confíe en él. Sigue siendo él.

La petición sigue suspendida en el aire, entre nosotros.

—Yo...

—Sé que vuestro padre está enfermo.

Estoy segura de que cualquier rastro de rubor se drena de mis mejillas. De pronto tengo frío. La boca se me seca. Esta habitación, que es tan mía como el resto del castillo, se me antoja ahora extraña. No parece parte de mi hogar. No la siento como tal.

—¿Cómo decís?

Fausto de Granth me permite algo de espacio cuando da un par de pasos hacia atrás. Se apoya contra las estanterías, aunque sus ojos siguen fijos en mí.

—Mi hermana lo ha escuchado todo de boca del propio rey, así que no os molestéis en intentar negarlo. En su nombre, os pido disculpas. Os aseguro que Samira no le desea ningún mal a Dione ni a vos ni a vuestra familia, y podéis confiar en que no dirá nada. —Su mirada me deja un respiro cuando sus ojos se posan sobre la mesa, sobre todos los documentos—. Por otro lado, tiene sentido.

Ahora, al ver los registros, me he dado cuenta de que las fechas de las reuniones y las audiencias en los últimos años no han sido tan regulares como lo eran antes. Y, por supuesto, estáis vos, que decís que os han educado solo para casaros con un rey y, aun así, conocéis tan bien las tareas de la corona que no necesitáis ayuda para ejecutarlas cuando vuestro padre está ausente.

Hace un ademán que intenta abarcar la sala entera. Los libros sobre la mesa.

Las estanterías llenas de información. Es cierto: tengo la suficiente experiencia como para preferir estar sola. Y no necesito a nadie contemplando lo que hago por encima de mi hombro.

No abro la boca. Me hundo en mi silla y sopeso qué debería hacer. Me pregunto si negarlo todo con vehemencia servirá de algo o si debería resignarme y contárselo. Pero admitir que mi padre está mal, que cada vez es más frecuente que no se pueda levantar de la cama, es algo que no he hecho ante nadie. Ni siquiera ante Cordelia. Solo Greta sabe del estado real del rey y, por lo general, es un tema prohibido, sobre el que preferimos callar cuando está en pie o tiene que descansar por igual.

El príncipe considera mi silencio suficiente respuesta.

—Lo lamento —susurra—. En Granth tenemos buenos hechiceros y hay quienes tratan de explorar nuevas vías en el arte de la sanación. Nuestro nigromante...

—Ahorráoslo, alteza —le corto, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no me tiemble la voz—. Por favor. No es vuestro problema.

No puedo ponerme en pie. Quiero hacerlo, pero sé que las piernas no me sostendrían. Que me derrumbaría antes de llegar a la puerta y él me vería como alguien indefenso, demasiado frágil. Y ni siquiera me puedo esconder de él aquí.

Ni siquiera puedo mirarlo a la cara, levantar la barbilla y demostrarle que no tiene armas para hacerme sufrir de manera alguna.

—¿Deseáis que os deje a solas...?

—Deseo que me digáis si queréis romper el compromiso. —Cuanto antes, mejor. Para que me busquen otro prometido o para que se deshagan de mí, como si hubiera fallado el gran y único cometido que me impusieron al nacer—. Si no queréis casaros conmigo, decidlo ahora. Si consideráis que hemos roto el trato, que quede claro desde este momento. Os hemos mentido a vos y a vuestros padres, aunque fuera por omisión.

Necesito de toda mi fuerza de voluntad para alzar la vista, y descubro al príncipe sorprendido, como si mi respuesta hubiera escapado a todas sus estúpidas previsiones. Si la situación no fuera tan seria, me reiría de él. En su lugar, en alguna parte de mi interior encuentro la valentía para levantarme. No me caigo. Ni siquiera me tambaleo. Mis músculos están en tensión y parece que me mantengo en pie ante él porque no puedo permitirme perder nada más.

—Vuestro padre no tenía muchas más opciones, a mi modo de ver, para garantizar la estabilidad de su reino y para protegeros a vos. No debe de ser el primer rey siquiera en decidir ocultar una salud quebradiza. No voy a romper el compromiso, pero...

Me da la sensación de que el corazón se me para. Me apoyo en la mesa con una mano.

—¿Pero?

—¿Puedo confiar en que la enfermedad de vuestro padre sea natural, al menos?

El corazón vuelve a latirme con un golpe doloroso contra mis costillas. Me estremezco y me doy cuenta de que, de alguna manera, lo sabe. Como si hubiera tenido ojos en este palacio durante los últimos años. Como si pudiera leer mi mente, pese a que se supone que está protegida de cualquier intento indiscreto.

—Mi padre se muere de una enfermedad, alteza. No sé de qué habláis.

La mentira sale de mis labios con una facilidad que debería avergonzarme.

Porque las princesas no pueden engañar, como si alguna magia superior nos atase la lengua o nos hiciese escupir sapos y culebras cuando lo hacemos.

Él coge aire.

—Hay una historia. Sobre vos. Os dije que había intentado averiguar todo lo posible al respecto de mi prometida. Se dice que hace años estuvisteis gravemente enferma y que su majestad Arthmael de Silfos consiguió una cura para vuestro mal.

—Es una canción de taberna, alteza.

—Eso pensaba yo. Pero, un día, mi nigromante me aseguró que una parte era cierta. Que aquello ocurrió cuando Arthmael de Silfos partió con sus ínfulas de héroe y que, al saber de vuestro mal, encontró el remedio en la Torre de Nigromancia de Idyll. Logen todavía estudiaba allí en aquellos días. Por eso también sabe que la princesa de Dione no enfermó simplemente. A la princesa de Dione la envenenaron.

Tengo un recuerdo fugaz de días de pesadillas y oscuridad. De delirios y fiebre, y a veces rostros que me miraban desde arriba. Greta, pendiente de mí, desviviéndose por sanarme. Mis padres decidieron que mi convalecencia

debía ser un secreto y ella se hizo pasar por mí ante el pueblo, para que los rumores fueran acallados. Se llegó a pensar que nunca más me repondría, hasta que el joven hermano de mi hechicera, con ayuda del (por aquel entonces) príncipe de Silfos y una muchacha que quería convertirse en mercader trajeron el antídoto hasta mi puerta. De ese modo me curé, y nadie nunca tendría que saber lo que había ocurrido.

Solo que, de alguna forma, alguien puso un verso en una canción de taberna demasiado cercana a la verdad para mi propia comodidad.

Mi prometido suspira ante mi silencio.

—No le di importancia cuando me enteré. Al fin y al cabo, seguíais viva, y eso era todo lo que importaba. Juzgar el enlace por algo que había ocurrido tanto tiempo atrás no tenía sentido. Pero entendí que esto cambia las cosas. Si no es un caso aislado, necesito saberlo. Sobre todo en esta situación, princesa, porque si alguien quiere hacer daño a la corona y el rey se está muriendo, la única persona que molesta después... sois vos.

La cabeza me da vueltas. El frío que siento en el rostro y en las manos se extiende por el resto de mi cuerpo.

—La enfermedad de mi padre es natural —me reafirmo—, pero...

Silencio. Tiene que entender que no sé qué añadir. Que no hay nada más que *pueda* decir. Y una vez más, como si pudiera leer mis pensamientos, cabecea para hacerme entender que lo sabe:

Pero han querido haceros daño en más ocasiones.

Toda mi vida he practicado para decir lo que los demás querían escuchar. Para asegurarme de causar una buena impresión. Para encandilarlos. Quizá por eso esta conversación está siendo tan dura: porque no sé lo que quiere el muchacho que está plantado ante mí. La sinceridad que me ha pedido no va a agradarlo. Y con cada palabra que digo, con cada paso que doy, me da la sensación de que me estoy condenando. De que nos estamos condenando los dos antes de empezar.

Porque no quiero ponerlo en peligro. Porque aunque él y yo no somos nada, no quiero que este asunto lo salpique. Él no ha elegido hacerse cargo de todo lo que ocurre en Dione.

—A lo largo de los años ha habido... demasiadas casualidades.

Especialmente en los últimos tiempos. —Aprieto los labios—. Por favor, no habléis de esto con mi padre. Él no sabe... todo. No quiero disgustarlo.

Fausto de Granth tiene la decencia de asentir. Creo que da un paso hacia mí, pero al final se arrepiente y se adelanta para dirigirse hacia la mesa. Se inclina sobre los libros: historias de familias nobles y censos de sus tierras y tratos.

—Necesitamos saber quién puede estar detrás.

—No podéis acusar a nadie sin pruebas. Y el rastro está frío, alteza. Ni siquiera sabéis qué quieren.

—La corona.

—O no. Podrían desear desestabilizar al reino, simplemente. Sea quien sea el responsable podría ser de fuera, incluso. Dione tiene el puerto comercial más importante de Marabilia. Pero, si su estabilidad se rompiera, los mercaderes no tardarían en buscar aguas más calmadas para hacer negocios.

Sus ojos oscuros sobre los míos, perturbadores. Nos medimos el uno al otro.

Creo que esta vez es él quien no me comprende a mí.

—¿Cómo podéis estar tan tranquila? ¿Es que no os importa vuestra vida?

—¿De qué me sirve perder los nervios, más allá de preocupar a los que me rodean y causarles problemas?

—De algo más que resignaros.

Quiero gritarle por ese comentario. Decirle que solo él hace que suene como una derrotista. Que no me he resignado. Que quiero vivir. Que lo he deseado siempre, a veces de formas que no me están permitidas. Incluso llego a girarme, dejándole claro que voy a irme. Que no seguiré hablando con él. Que no me queda nada más que decirle.

Entonces sus dedos alcanzan mi brazo. No me hace daño, aunque el contacto me resulta incómodo. Cuando me giro hacia él, deja caer sus dedos. Tiene los labios apretados.

—No me creo que no os importe. ¿No queréis averiguar quién está detrás de todo esto? ¿No queréis vivir en paz? ¿Cuánto peso cargáis sobre vuestros hombros?

—¡Nadie os ha pedido que me creáis! —grito, y aunque sé que debería arrepentirme, no bajo el volumen—: ¿Acaso pensáis que no se ha hecho nada?

¿Que se ha dejado que se atente contra la vida de la princesa impunemente? ¡No, alteza, no ha sido así! Se han buscado culpables. Se han tomado las medidas que se han considerado adecuadas. Pero, al final, la única manera en la que he logrado alcanzar la paz es asumiendo que siempre habrá peligro.

Respiro hondo y me llevo las palmas de las manos a la cara, intentando encontrar sosiego al apretarlas contra mis párpados. No me siento más liberada por haberle alzado la voz. Al contrario, soy consciente de que se preocupa por mí. Y de que no debería responder a sus sentimientos así.

Al volver a fijar mi atención en él, me doy cuenta de que aquí puede terminarse todo. Que se rendirá y, ahora sí, cogerá sus cosas, dará órdenes a sus gentes y se retirará de vuelta a su isla.

En lugar de eso, el príncipe toma aire.

—No voy a quedarme con los brazos cruzados —declara con serenidad—. Vos podéis hacer lo que gustéis y lo que más tranquila os haga estar. Pero yo no quiero compartir mi día a día con el temor de no saber qué podría pasarnos. A vos, a mí, a nuestras familias. Sea quien sea, hay alguien que os ha convencido de que la única forma de vivir es aceptar el miedo, y el miedo no debería ser algo con lo que coexistir.

Es muy fácil hablar si se vive seguro. Desde el punto de vista de quien nunca ha tenido miedo por una circunstancia ajena. Él, al fin y al cabo, se pasea por las calles con una espada al cinto y tiene de su parte la habilidad para alzar un arma, si la necesita. A los príncipes les dan el poder para vencer dragones y quimeras.

A las princesas siempre nos han dejado a merced de todos los monstruos.

Doy un paso atrás, con los ojos puestos en mis pies, deseando poder cambiar nuestros papeles. No quiero un guardián. Es muy injusto que lo necesite.

—¿Significa eso que me perseguiréis por los pasillos, alteza? —murmuro, intentando tragarme el sabor amargo de mis pensamientos.

—¿Hay alguna posibilidad de salir vivo de esa si vuestra tía me ve?

Puedo imaginarme su sonrisa sin la necesidad de ver su rostro, ajeno a mis cavilaciones. O puede que solo sea el asomo de la mía, muy pequeña, al reconocer la broma en su tono. Sé lo que intenta. Lo que consigue, de hecho.

Aunque la situación es tan tensa..., respiro.

—¿Qué creéis que podemos hacer?

Sé que es un susurro bajo, casi soñado, pero también es suficiente para que él lo oiga. Creo que hay un suspiro de alivio.

—Para empezar, necesitamos confiar el uno en el otro para mantenernos a salvo. ¿Confiaréis en mí?

Qué locura. Todo mi cuerpo se revuelve ante la idea, porque es difícil para mí abrirme ante alguien nuevo. Porque me he pasado parte de la noche en vela preguntándome qué quiere de mí y aún no tengo la respuesta. O puede que me la acabe de dar: el príncipe quiere mi confianza. Para mostrarle mi reino, mi castillo, mi corte, y también para mostrarme a mí misma.

Pero Cordelia tiene razón: no puede conocerme de la noche a la mañana.

Incluso con su lógica y sus habilidades para descubrir lo que pueden pensar o hacer los demás.

—Confiemos el uno en el otro —concedo.

Fausto de Granth me hace un gesto hacia las sillas. Me deja la de mi padre, en la cabecera de la mesa. Él toma la otra, la de invitado, como si quisiera recordarnos a ambos cuál es su posición.

—Entonces, necesito que me lo contéis todo —me pide—. Desde el principio.



Fausto

Durante horas, mi prometida narra pequeños episodios de su vida en los últimos tiempos. Ocho años atrás fue envenenada, pero aquel veneno no buscaba acabar con su vida. En ningún momento hubo peligro de muerte, pero sí la dejó incapacitada durante varias lunas, con fiebres terribles. Su hechicera la sustituyó entonces, haciéndose pasar por ella, y el pueblo jamás supo de la gravedad de la salud de la princesa. Cuando se descubrió la cura, todo fue bien por un tiempo.

Su madre murió, pero nada hace pensar que su fallecimiento no fuera natural. La salud de la reina de Dione fue frágil desde su juventud. Acarreaba problemas respiratorios que, en un invierno demasiado frío, pudieron con ella.

Hubo luto y tristeza, pero la vida siguió su curso. El incidente del veneno quedó casi olvidado.

Hasta que se anunció nuestro compromiso. Entonces comenzaron a darse peligrosas casualidades. Un caballo desbocado. Alimentos que sentaban mal a la princesa. Cosas que en un principio podían pasar por accidentes, pero que resultaban no serlo. Alguien encontró un alfiler en la grupa de su caballo.

Alguien había espolvoreado nueces en un pastel, pese a que es un ingrediente prohibido para ella por provocarle fuertes malestares desde pequeña. El cocinero, por supuesto, no había hecho tal cosa.

La última vez que Ivy de Dione tuvo un *accidente* fue solo hace dos semanas atrás. Cayó enferma, solo que no enferma de verdad. Veneno, de nuevo. En esta ocasión, uno que funcionaba al contacto con la piel. Alguien debía haber empapado uno de sus vestidos con él. O quizás algún guante con el que la hubieran tocado. La cuestión es que su hechicera supo reconocer a tiempo los síntomas y pudo evitar la catástrofe.

Cuando le cuento todo a Samira y Logen, ambos se miran. He dudado si compartirlo con mi hermana, pero no conocería la situación de no ser por ella y sé que desea desesperadamente sentirse útil. Sentir que el mundo no pasa por ella sin más. Y creo que es una muchacha despierta, capaz de tener ojos donde nadie más los tiene.

—Pobre princesa... —susurra.

—¿Algún sospechoso? —pregunta Logen.

—Demasiados como para poder llamar *sospechoso* a alguno. Por el orden de los acontecimientos y el cambio en el tipo de atentado, tengo la teoría de que lo ocurrido ocho años atrás y lo que ha pasado recientemente no es nada que tenga una raíz común. Puede que ni siquiera sean las mismas personas... Puede que el objetivo ni siquiera sea *ella*.

Samira comprende antes que Logen.

—¿Crees que puede ser por ti?

—Hay personas que se oponen a la posibilidad de que yo tenga algo que decir en estas tierras. No podemos pasar por alto que la vida de la princesa se ha visto expuesta cuando *nuestro* compromiso ya se había anunciado. No ocurrió lo mismo cuando se la quiso casar con el supuesto Kaylen de Dahes.

—Pero entonces *tú* estás en peligro.

Es una posibilidad, desde luego, pero ante mi hermana me limito a negar con la cabeza. No deseo que se preocupe.

—Es demasiado pronto para sacar conclusiones, aunque hay muchas probabilidades. Puede que los responsables no quieran una alianza con Granth y consideren que la manera más fácil de evitarla sea atacando a la princesa.

También pueden ser usurpadores. Si así es, tiene sentido que le teman al compromiso. Nuestro enlace es ahora mismo lo que asegura la sucesión. Puede ser incluso que detrás de esto haya más de una persona; tal vez se haya organizado un grupo contra el enlace, contra nosotros, contra la princesa.

Personas que solo quieren generar inestabilidad en el reino.

Samira se pone en pie. *Aesir* revolotea a su alrededor cuando ella comienza a pasear por la estancia. Logen y yo la seguimos con la vista, aunque mi amigo me obliga a fijar la atención en él poniendo las manos sobre mis hombros.

—En cualquiera de los dos casos, esta no es una situación segura para ti. Deberíamos informar a los reyes.

—Eso está fuera de toda discusión. —Mi voz es lo bastante inflexible como para que Logen frunza el ceño y Samira se gire hacia mí.

—¿No vas a contarle nada a padre y madre? Podría tratarse de un ataque contra Granth.

—Lo consideraré un ataque contra Granth cuando vengan a por mí.

—¡Oh, magnífico! ¡En vez de prever males, expongámonos a ellos! — protesta mi hermana ácidamente.

—¿No querías aventuras? Tienes toda una intriga delante de ti. Disfruta.

Mi hermana ni siquiera se avergüenza. Como se cuenta de las hadas en algunas historias, su cuerpo es incapaz de albergar dos sentimientos a la vez y en este caso ella opta por la indignación.

—No tiene ninguna gracia.

—Tu hermana tiene razón, Fausto. Ni siquiera me creo que estés tan tranquilo.

Me separo de Logen para acercarme al ventanal. Desde aquí puedo ver la ciudad y, más allá, el mar, que se extiende hasta el infinito. Las mismas aguas que me separan de mi hogar.

—Quien de verdad corre peligro ahora es Ivy de Dione. —Me giro hacia mis compañeros—. Si comparto esto con mi padre, anulará el compromiso y dejará a su suerte a la princesa.

—O puede que anular el compromiso sea lo que la ponga a salvo — protesta Samira—. ¡Tú mismo has reconocido que los ataques comenzaron *después* de que se anunciara el enlace!

—Pero ella no quiere que el compromiso se anule. Incluso con los riesgos. Su padre está grave. Tú misma lo dijiste: podría... ocurrir en cualquier momento. Si las cosas se mantienen como están y su padre falleciese, ella quedaría en manos del Consejo.

Mi hermana hace una mueca porque tiene que darme la razón. Se deja caer sobre uno de los cojines que dispuse por el suelo nada más llegar a este cuarto.

Una manera pequeña pero eficaz de hacer este lugar más mío y no sentirme tan ajeno a él.

Logen es quien se rinde primero:

—¿Y qué hacemos?

—Estar atentos. —Me dirijo a mi hermana—: Congráciate con la corte. Eso siempre se te ha dado bien y nadie sabe que estamos al tanto de lo ocurrido con la princesa. Nadie sospechará de ti si pones tu cara de buena.

—Lo que quieres decir es que nadie sospechará de mí porque no me consideran lo bastante importante —resuelve ella—. Pero me parece bien.

Hago un mohín. Soy consciente de que tras sus palabras están todas las veces en las que siente que no es relevante. Sé que, aunque disfrace de indiferencia que las personas no parezcan considerarla poco más que una jovencita graciosa, en realidad le duele que nadie espere nada de ella.

—¿Y yo?

Me vuelvo hacia Logen. Él aguarda órdenes, aunque sabe que nunca hay órdenes entre nosotros. En sus ojos no reside la preocupación de un sirviente, sino la de un amigo.

—La mayoría de nobles aquí llevan amuletos. —Me toco mi propio pendiente—. Será inútil intentar entrar en sus cabezas.

—Podría...

—Y robar amuletos —me adelanto a mi hermana— es demasiado arriesgado, sobre todo cuando ni siquiera tenemos una lista de sospechosos principales.

Samira carraspea.

—De modo que quédate cerca —continúo diciéndole a mi amigo—; relaciónate con la hechicera, habla con ella sobre los ataques; es quien más debe de saber al respecto porque es quien ha mantenido a la princesa viva

todo este tiempo. Quizás encontréis alguna correlación entre los distintos casos.

Mi nigromante solo necesita un asentimiento de cabeza para hacerme entender que hará todo lo que esté en su mano. Mi hermana vuelve a ponerse en pie con renovadas energías. *Aesir* se apoya en su hombro.

—¿Alguna persona que creas que debemos mantener especialmente vigilada?

Titubeo. Algunos nombres me cruzan por la cabeza, esos que leí en los documentos, pero serían suposiciones demasiado apresuradas, basadas en poco más que un par de datos que pueden tener varias explicaciones detrás. Puede que decir nombres desde el principio, centrarnos en algunos posibles culpables, nos impida ver nada más.

Por eso niego y vuelvo a girarme hacia la ciudad. Hacia el mar. Hacia casa.

—A la princesa. Ante todo, que a ella no le pase nada.

Como Samira, Ivy de Dione es más importante de lo que probablemente ella misma se considera.

* * *

Mi cita con el Consejo Real para ultimar detalles menores de la boda estaba programada desde mi llegada, pero ahora que sé todo lo que sucede en las paredes de este castillo, mi perspectiva al respecto cambia. Si antes pensaba observar para ser consciente de qué tipo de personas anidan la corte de Dione, ahora me encuentro analizando a los hombres frente a mí como posibles sospechosos de unas intrigas que en algunos reinos suponen pena de muerte. En Granth ese tipo de condenas se abolieron con la recuperación de nuestra independencia, pero Rydia, Dahes, Verve y, sí, también Dione, no dudarían en colgar a alguien que conspira contra la corona.

Cuando Derrick de Dione, en apariencia sano y fortalecido tras pasar la jornada anterior en cama, me presenta formalmente, no puedo evitar fijarme en todos y cada uno de los hombres que se sientan alrededor de la gran mesa

de roble que preside la estancia en la que nos encontramos. He conocido ya a todos en las celebraciones que siguieron a mi llegada, pero esta vez los observo bajo una nueva luz.

Lord Arich es el primero que llama mi atención. No oculta su desagrado por mi presencia, igual que no lo hizo el día de mi llegada, cuando solo inclinó un poco la cabeza hacia mí y apretó los labios. Ahora mantiene la barbilla bien alta y el rostro sereno. Creo que intenta demostrar que este es su lugar, no el mío, por más que yo me sitúe a la izquierda del rey. Es un hombre al que no le gusta que las cosas cambien, cualquiera podría verlo. El progreso no le apasiona. En los informes de pasadas reuniones del Congreso aparecían votaciones que señalaban claramente su posición. Llegó a negarse a la inclusión de inventos del Taller, cuando estos comenzaron a crearse, aunque sus opiniones no se tuvieron en cuenta. El avance es algo que no puede evitarse, por más que algunos quieran permanecer en tiempos antiguos.

Un hombre conservador podría tener problemas con la unión de dos naciones, pero, si es un patriota, ¿atacaría la vida de su princesa?

Lord Darrow es más agradable. Junto con lord Arich y el propio rey, se trata de uno de los mayores de la sala. Hay marcas de expresión en sus ojos y su sonrisa es fácil. Me da la bienvenida de nuevo, aunque fue al primer noble que conocí al llegar aquí.

—Lamento vuestra suerte —me dice—; seguro que esperabais unos días más calmados para conocer nuestro reino y en cambio solo tenéis encuentros burocráticos.

Sonrío. No es una sonrisa de verdad, porque no siento que deba confiarme con nadie, pero espero que no lo note. Lo que sé de él es poco, aunque Ivy me contó ayer que ni siquiera es noble de nacimiento. Su padre le otorgó el título de caballero cuando ambos eran jóvenes, después de haber sido amigos toda la vida, pero antes de eso fue un simple soldado y, mucho antes, solo un mozo de cuadras. Por supuesto, eso implica que tiene la confianza absoluta del rey.

Tampoco tiene ningún tipo de oportunidad de sentarse en el trono, a no ser que, por contar con la confianza del soberano, este pudiera haber considerado nombrarlo regente. No sería de extrañar. Es evidente que la opinión de Darrow es especialmente considerada por su majestad: en la

mayoría de los casos que pude estudiar, el caballero suele apoyar a Derrick, pero, cuando han disentido, el rey ha cambiado de parecer en más de una ocasión.

Si es tan amigo del rey, ¿sabrá que está enfermo y la gravedad de su estado?

Es obvio que no es un asunto público y no hay registros que hablen de la salud de su majestad. Si Darrow lo supiera, ¿no le da eso más oportunidades de planear ataques antes que a cualquier otro? Y al mismo tiempo, si tan amigos son, ¿iría contra la vida de la hija de un hombre al que estima...?

—El príncipe tendrá que acostumbrarse a esto si es que planea ser nuestro rey algún día.

Es lord Farren quien habla. El hombre con más porte de la sala, sin ninguna duda. Todo en él señala la alta nobleza a la que pertenece: el apellido de su familia ha sido recurrente en el Consejo Real durante varias generaciones, ya que están directamente relacionados con la corona. Muchas décadas atrás, la princesa Camila de Dione, hermana de la reina Allegra, se desposó con Caspian Farren. Desde entonces, su descendencia ha ocupado lugares privilegiados en la corte: él es consejero; su hijo Raleigh, el Primer Almirante, y su hija Portia sirve a la princesa como una de sus damas más cercanas.

Aun así, no ocupan puestos tan privilegiados como a Farren le gustaría: cuando la búsqueda de pretendientes para Ivy llegó al Consejo, él propuso a su propio hijo como posible marido, pero la proposición fue denegada. Eso ya es más que suficiente para saber que a Farren le gustaría tener más poder, lo cual no sería preocupante si no tuviera realmente posibilidades de conseguirlo. Si algo le pasara a la actual heredera, su familia seguiría estando relacionada con la corona.

Tiene sangre real, aunque sea por un lazo que se remonta a hace un siglo. Y está demasiado cerca de la princesa, con una dama que la sigue a todos lados, que conoce sus comidas, sus horarios, que tiene acceso a sus habitaciones y sus pertenencias...

Claro que para que Farren (o más bien, su hijo) tuviera alguna oportunidad de acceder al trono, antes tendría que pasar también por encima de...

—No subestiméis a su alteza, lord Farren. No olvidéis que vos sois solo noble, pero él, como habéis dicho vos mismo, es príncipe. Y lleva preparándose para ese cargo toda su vida. Un par de reuniones no lo matarán.

Alden Mormont es el más joven de los presentes. Un caballero de sonrisa pequeña pero cordial que, pese a haber votado en contra de la alianza entre Dione y Granth, no me ha dedicado ni una sola mirada despectiva o un comentario fuera de lugar. Se ha mostrado tan educado como lo ha hecho ahora mismo.

Pero votó que no. Y a excepción del inexistente Kaylen de Dahes, ha hecho eso mismo con cualquiera de los otros pretendientes que se han sugerido para la princesa, con unos argumentos u otros. Conveniente, por supuesto. Porque si la princesa no se casa, no puede reinar. Y si la princesa no reina, la siguiente en la línea de sucesión es su prima Cordelia. Desde hace cuatro años, Cordelia Mormont. Una mujer casada y con algo incluso más importante en toda esta situación: un hijo.

Solo que Bran Mormont apenas ha cumplido los tres años. Es solo un bebé y, por ello, necesitaría un regente. Lo más probable es que el Consejo ocupase esa posición, pero quizá su padre aspire a ocupar solo ese puesto.

—Lord Mormont está en lo cierto. —Sonrío con cordialidad. Con falsedad—. No os preocupéis por mí, mis señores. Os aseguro que no será tan sencillo amedrentarme.



Ivy

—Parece que tienes algo de fiebre.

Greta me mira desde arriba con reprobación y yo me encojo todavía más entre las mantas. Estar enferma no sería tal agravio para ella si no fuera porque me he negado a que la llamasen hasta antes del mediodía, cuando, no contento con negarse a sostener mi peso, mi cuerpo ha decidido también no contener el ligero almuerzo que he pedido que me trajeran a mis habitaciones.

—Esto no pasaría si evitaras los paseos nocturnos por medio palacio — susurra para que no puedan escucharla en la antesala a través de la puerta entreabierta.

Hoy, cuando la gente habla a mi alrededor, las sienes me palpitan. Así que, para ahorrarme un sufrimiento innecesario, no respondo. Me hundo entre los almohadones y suspiro, sacando una mano de entre la ropa de cama para coger la copa que la hechicera me tiende. Sabe amargo y, de alguna forma, sé que este es parte de su castigo porque considera que no me preocupo lo suficiente por mi propio bienestar. Cuando hago una mueca después de beberme la poción sin respirar, ella sonrío con algo de suficiencia.

—Debería decirle a la condesa que venga a cuidar de ti. Que yo estoy muy ocupada.

Gimoteo. Pensar en la voz de tía Dévona hace que me duela detrás de los ojos.

—No, Gret. —La boca me cosquillea después de la medicina. Sé que pronto empezaré a sentirme más cansada de lo que estoy—. Por favor, quédate tú.

Ella suspira con algo de dramatismo.

—Eres una consentida, Ivy de Dione.

Aunque una parte de mí sabe que hay algo de cierto en sus palabras, también soy consciente de que está de broma. Por eso se aleja de mí y se encarga de servir agua en la copa, tras enjuagarla, y trastea con los contenidos de la pequeña caja que ha traído consigo.

—Echaré a tus damas —me anuncia—. Seguro que algunas agradecen el día libre. Pero se acabó lo de salir de tu cuarto a deshoras. O lo de no dormir. No creas que no me he dado cuenta de tus ojeras.

Siento que me arde la cara; no estoy muy segura de que sea por la fiebre. Es cierto que he estado durmiendo menos, no paro de dar vueltas en la cama.

Aunque no es mi culpa. Los acontecimientos de los últimos días me han dejado desvelada. El príncipe es el responsable: mi vida siempre había sido relativamente tranquila, siempre entre la misma gente, pero ahora que él y sus acompañantes están aquí, es como si algo estuviera cambiando desde la raíz.

«Por supuesto que lo hace, Ivy. Y seguirá haciéndolo: os vais a casar».

A lo mejor ponerme enferma es un aviso de que mi cuerpo se resiste a la idea.

De que mi tranquilidad es demasiado preciada para que alguien entre en mi vida sin previo aviso y se dedique a... saquearla.

—¿Ivy?

Greta y yo volvemos la vista a la puerta. Cordelia se ha asomado. Parece entre preocupada y divertida, tratando de contener una sonrisa. Llegan voces desde la antesala, pero no consigo entender lo que dicen. Al menos, claro, hasta que mi tía alza la voz:

—¡Ningún hombre entrará en el dormitorio de la princesa mientras yo esté aquí, muchacho, sea el príncipe de Granth o un Elemento con forma humana!

Doy un respingo. ¿Fausto de...?

—Parece que tu prometido está preocupado.

Me incorporo, ignorando cómo el mundo empieza a dar vueltas. Una respuesta corta, brusca; el príncipe debe de estar todavía en el pasillo y es difícil entenderla.

—¡Hay gente muy capaz ocupándose de ella! Y no me importa qué clase de barbáricas costumbres tengáis en vuestras islas, pero aquí...

Greta se lleva una mano a la cara. Yo tengo la tentación de hacer lo mismo.

—¡Os diré qué barbárica costumbre hay en mi país, Doña Urraca! ¡Se respeta al príncipe, sobre todo cuando solo se preocupa por la salud de su prometida!

Oímos un graznido como de cuervo y gritos: por un lado, el de mi tía, que estará en primera línea, defendiendo el honor de mi padre con uñas y dientes; por otro, el de Portia, que simplemente está sorprendida.

Cordelia se aparta de la puerta para dejar sitio al príncipe de Granth, que aparece acalorado. *Idris*, convertida en cuervo, se posa en su hombro un segundo después, aunque cambia a su forma original casi al instante.

—¡El rey sabrá de...! —La voz de mi tía queda acallada cuando el príncipe cierra la puerta que nos separa de la antesala.

Fausto respira profundo mientras intenta recomponerse. Nosotras, por nuestra parte, no sabemos cómo reaccionar. Las tres lo miramos con la boca abierta, supongo que por lo mismo: porque se ha atrevido a hablarle así a la condesa, porque *Idris* ha ido contra ella y porque este no parece el muchacho comedido y prudente que lleva en nuestro castillo ya varios días.

Lo escuchamos resoplar y girarse hacia nosotras.

Todas damos un respingo al mismo tiempo.

—Princesa. —Tiene la decencia de agachar la cabeza ante mí y yo recuerdo, quizá demasiado tarde, cubrirme más con las mantas.

—Alteza. Estoy segura de que eso no era necesario.

También de que ha cumplido la fantasía de, al menos, dos personas en esta habitación. Empezando por Greta, que recupera la compostura y carraspea.

Nuestras miradas se cruzan y creo que intenta decirme que solo necesita una orden para obligarlo a salir de la habitación. Yo sacudo un poco la cabeza

para que lo deje estar. Permitamos que se explique, ya que se ha tomado las molestias de enemistarse con mi guardiana.

—Parece que me está costando más de lo previsto adaptarme a vuestras costumbres —dice él sin alzar la vista. Creo que está un poco avergonzado—. La de prohibir la entrada de un hombre a la habitación de su prometida enferma es muy difícil para mí. Os pido disculpas y paciencia si no me habitúo de inmediato.

Cordelia sale al fin de su estupor para sonreír con cierta diversión.

—Será mejor que salga a ver si la condesa necesita algo. ¿Estarás bien, prima?

Asiento.

—Greta se quedará conmigo. Podéis retiraros por hoy.

Mi prima no se hace de rogar. Con una reverencia al príncipe, este se aparta y ella sale, cerrando a sus espaldas. La voz de mi tía queda ahogada y, aunque sabemos que no pueden escucharnos, nadie se mueve ni dice nada antes de que oigamos que todas abandonan la antesala un minuto después.

—Esperaré fuera.

Probablemente la condesa tenía la esperanza de que la hechicera permaneciese con nosotros, pero Greta abandona el dormitorio, aunque deja la puerta entornada. El príncipe da un paso cauteloso hacia mi lecho. *Idris* echa a volar desde su hombro y se apoya cerca de mí, buscando mis caricias. Se me escapa una sonrisa. No creo que sepa fingir, así que supongo que le caigo bien.

—Sigo pensando que era innecesario. Podríais haber preguntado por mi estado.

—¿Y me habrían dado una respuesta sincera o habrían intentado contentarme?

Nos miramos. Ambos sabemos que es difícil saber cuándo los demás son sinceros contigo cuando tienes sangre real y todos a tu alrededor buscan tu favor.

—Es una fiebre —suspiro—. Completamente *natural*, alteza. Greta os dirá que, de hecho, es mi cuerpo respondiendo a que nunca me preocupo por mi salud. No os inquietéis.

—Demasiado tarde. Teniendo en cuenta que la última conversación que tuve con vos incluía posibles asesinos en las sombras y conspiraciones para evitar nuestro matrimonio, no esperéis que esté tranquilo cuando de pronto me entero de que estáis encamada.

—Gracias por preocuparos.

Mi gratitud es sincera y creo que justo por eso lo dejo sin palabras. Un silencio largo y pesado se hace entre nosotros. Yo, pese al dolor de cabeza y el entumecimiento de mis músculos, reparo súbitamente en mi aspecto y lo inapropiado que es la situación. Me toqueteo las trenzas que me caen sobre los hombros y tomo consciencia de lo fina que es mi camisa de dormir, en comparación con los vestidos con los que he aparecido hasta ahora ante él.

El príncipe también parece incómodo y ahora sí que no me queda duda de que siente cierta vergüenza por haber perdido la calma. Vuelve a apartar la vista a sus pies y toma aire.

—Perdonadme. Por..., por todo. Lo cierto es que no soporto las cosas que no puedo prever y contra las que no puedo hacer nada. Suelo tener bastante control sobre lo que me rodea; cuando no puedo tenerlo, me pongo nervioso.

Su confesión no me parece inesperada, pero agradezco que esté sincerándose conmigo, sobre todo porque significa abrirse a mí a un nivel que no esperaba todavía.

—No lo podéis controlar todo, alteza. No cuando hay personas implicadas.

Incluso con vuestra fría lógica, los seres vivos tendemos a ser impredecibles.

Su sonrisa aparece de improviso, junto con su hoyuelo.

—Sabéis que comprendo la teoría. Incluso si contradice a mis deseos. La práctica, en cambio, me cuesta más de lo que admitiré.

—Pues habrá que haceros practicar.

El príncipe ríe con un sonido que suena a calma anidando en su pecho.

—Decídselo a mi hermana. Os aseguro que os ayudará a torturarme siendo tan impredecible como gustéis.

La idea de hacer equipo con la princesa Samira para atormentar a mi prometido no me desagrada, y si él va a responder poniéndose nervioso y ofreciéndonos espectáculos como el que acabamos de vivir... Pero sé de

antemano que no quiero contrariarlo. No después de que haya venido, preocupado, hasta mi puerta. Y a través de ella.

—¿Seguro que estáis bien? —insiste. Quizá porque ahora la indignación con mi tía ha quedado relegada, la preocupación es todavía más evidente en su tono.

—Solo necesito descansar.

Él asiente y retrocede un paso. Hace una profunda reverencia. Creo que va implícita en ella una disculpa.

—Entonces, será mejor que me vaya. Lamentablemente, tampoco podría quedarme demasiado, por el trabajo y porque..., bueno, pronto vendrán los soldados a buscarme por haber osado quedarme a solas con vos.

Me apoyo contra los cojines, cansada aunque con una sonrisa.

—Estoy segura de que podremos comprar el testimonio de Greta y decir que nos acompañó todo el tiempo. Y, por supuesto, está *Idris*.

La aludida deja escapar un trino.

—¿Cómo no? Adora que le presten atención y que la admiren, así que está encantada con vos desde el primer día.

El ave se ha acomodado a mi lado, como si quisiera dejar claro que así es. Y como si disfrutara del calor de mi cuerpo.

—Creo que tiene claro quién de los dos es mejor compañía, alteza.

—O sabe quién la consentirá sin pensarlo —repite él—. Pero no lucharé contra el amor verdadero. ¿Os gustaría que se quedara con vos? La convalecencia es un proceso aburrido.

Me gustaría mucho. Asiento, aunque el movimiento esta vez es más sutil, más lento. Intento mantener los ojos abiertos. Sin despegarse de mí, creo que *Idris* cierra los suyos. La envidia. Yo también estoy muy cansada. La medicina de mi hechicera empieza a hacer efecto.

No llego a oír a mi prometido marcharse.



Samira

Si las conspiraciones dan como resultado que mi hermano pierda sus siempre contenidos nervios ante reglas protocolarias, lamento que la vida en Granth haya sido siempre tan tranquila. Desde la esquina del pasillo que va hacia las habitaciones de la princesa oigo perfectamente cómo Fausto llama «urraca» a la condesa de Elgin, y me echaría a reír si no me hallase tan estupefacta. Cuando él entra, la mujer, roja de rabia y vergüenza, no tarda en pasar por delante de mí, toda indignación. Casi se choca conmigo, pero yo le permito el paso con una sonrisa juguetona en la cara.

—Mi señora —canturreo.

La mujer entrecierra sus ojillos y yo adopto mi expresión más inocente.

Mientras la veo alejarse murmurando algo sobre extranjeros que llegan para romper la calma y la paz de palacio, me pregunto qué diría si supiera que me he acostado con su nieta. La misma que, de hecho, no tarda en salir del cuarto de la princesa. Lo sé porque reconozco su voz acercándose.

—Si su alteza real vuelve a tratar así a mi abuela, ella misma se encargará de romper el enlace...

Una risita.

—A mí me ha parecido bastante atractivo, tan inflexible.

—A ti todo hombre con un poco de porte, un buen título y bastante dinero te parece atractivo, Portia.

—Y espero que recuerdes que, por muy atractivo que te parezca, es el prometido de nuestra princesa. —La voz de Cordelia Mormont es la más sensata de todas.

—Bueno, nuestra princesa no lo quiere, ¿no? El papel de amante de su alteza real no es tan terrible, si el pobre hombre necesita consuelo ante los desprecios de su prometida...

Portia Farren es una ilusa si piensa que mi hermano le va a dedicar más de una mirada alguna vez en su vida, sobre todo cuando se case. Es demasiado leal.

Ivy de Dione podría mantenerlo virgen toda su existencia y él no protestaría, y mucho menos se buscaría a otra persona. Ni siquiera tengo claro que le interese el sexo más que como algo necesario para mantener la línea sucesoria. Desde luego, hasta ahora no lo ha hecho.

De todos modos, a la muchacha se le cae la cara de vergüenza cuando giran la esquina y me encuentran apoyada en la pared. Mientras Valora y Cordelia se sorprenden de verme, Portia se pone de todos los colores porque es consciente de que la he escuchado.

Sonrío con cierta burla.

—Mi hermano os aburriría, *lady* Portia. Apuesto lo que queráis a que no colmaría vuestros deseos. Si estáis dispuesta a no fijaros solo en hombres, yo tengo su mismo dinero y no planeo casarme.

La dama boquea y veo a Valora contener una sonrisa divertida al ver su reacción. Le guiño un ojo con complicidad y ella trata de bajar la vista fingiendo un decoro que ambas sabemos que no posee. Cordelia Mormont, en cambio, se ha ruborizado.

—Alteza —dice, haciendo la inclinación propia—. ¿Esperáis al príncipe?

—Oh, bueno, lo hacía, pero lo cierto es que vosotras parecéis una compañía más entretenida. Y puede que todavía esté un rato con su prometida, al fin y al cabo... ¿Ibais a algún lado?

Portia carraspea y trata de recuperar los pedacitos de su orgullo.

—Su alteza nos ha concedido el día libre, dado que se le ha recomendado reposo el resto de la jornada.

—¡Magnífico! Quizá podáis pasar la tarde conmigo. Aunque he venido a Dione en busca de algo de diversión, al estar siempre sola me aburro miserablemente...

Valora alza una ceja con elegancia.

—¿Y qué clase de divertimentos esperáis de nosotras, alteza?

Me muerdo la lengua; sé que su pregunta está cargada de intención. De recuerdos de hace un par de noches. Aunque me encantaría jugar a lo mismo, tengo que conseguir relacionarme con la nobleza de este lugar, y no solo entre las sábanas.

—Mmm, me considero una mujer flexible y muy abierta a las sorpresas. Me dejaré en vuestras manos...

—No tengo claro que seáis consciente de lo que decís, alteza —me advierte Cordelia—. Estáis ofreciendo vuestros oídos a todos los cotilleos de la corte.

Portia es una experta en pasar horas y horas comentándolos todos.

Normalmente no me apasionaría la idea, pero ahora es justo lo que necesito.

—No sé a qué estamos esperando.

A Portia se le iluminan los ojos ante la perspectiva de contarle todos los rumores a una persona ajena a todo. Cordelia deja escapar una risa de pajarillo que hace que vuelva a fijarme en ella.

—Disfrutad, entonces. Estaré atenta por si de pronto me pitasen los oídos...

—¿No os uniréis, *lady* Mormont...?

Ella niega con la cabeza y esboza un gesto de disculpa.

—Aunque me encantaría, aprovecharé para volver pronto a casa y estar con mi marido y mi hijo. Por una vez que puedo permitírmelo, lo justo es que pase tiempo con ellos.

Hay algo en esa frase que no me gusta, quizá porque me suena un poco a obligación, a algo que cree que *debe* hacer. No soy quién para decir nada, sin embargo. Y ella tampoco me lo permite, porque solo hace su perfecta reverencia.

—Si me disculpáis, pues.

Valora y Portia se despiden de ella con sonrisas sinceras. Yo asiento, pero la sigo con la mirada mientras se aleja de nosotras. Su calma y su elegancia me resultan llamativas. Parece que nada pueda perturbar a Cordelia Mormont, y mucho menos entorpecer el aura pacífica que la envuelve. A lo mejor me llama la atención porque es todo lo contrario a mí. O quizá porque me hace preguntarme si alguien puede ser siempre tan tranquila de verdad.

Un brazo que rodea el mío con una inesperada confianza me hace apartar la vista. Portia Farren sonrío.

—¿Os gusta el té, alteza? Creo que vamos a necesitar un poco.



Ivy

Despierto de noche, en mi cuarto. Nadie ha corrido las cortinas de mi cama, pero un fuego arde en la chimenea para caldear la habitación. La puerta de la antesala está abierta y un poco de luz blanca se cuelga por ella: Greta debe de estar allí, velándome todavía. Sobre mi cabeza, pertrechada en el dosel, una sombra blanca aguarda; *Idris* está tan quieta que parece parte del mobiliario.

Me incorporo sobre los cojines. La cabeza ha dejado de dolerme, así como los músculos, pero me noto adormilada, como si el sopor no se hubiera ido del todo.

Dentro de mi mente hay una nube que me impide pensar con claridad. Me estiro para coger la copa de la mesilla y vaciarla de un gran trago.

Oigo un ruido en la sala que suena a golpe sordo.

—¿Gret?

Pasos. Un rostro inesperado en la entrada. Porta el orbe de luz, que tiñe su cara de un tono espectral. Me froto los ojos, confusa.

Le di permiso a mi prima para que se fuera a casa esta tarde. Y, de todas formas, es demasiado tarde para que esté aquí.

—Ivy, deberías estar descansando...

Cordelia habla en un susurro, siempre con la sonrisa en la cara. Deja la brillante esfera sobre las mantas y empieza a arroparme.

—¿Qué haces aquí? ¿Greta duerme...?

—La he relevado. Parecía cansada, y ya que he venido a importunar a estas horas...

—¿Importunar?

Las comisuras de sus labios caen hacia abajo. Sus ojos ya estaban tristes antes, pero ahora reparo realmente en ello.

—No..., no sabía adónde ir...

Su voz se rompe. Doy un respingo y todos los pensamientos referentes a Greta se me escurren entre los dedos al escuchar el sollozo, ahogado a duras penas contra su mano. El sonido hace que vuelva a la realidad y me libre de las mantas para poder acercarme. Me arrodillo sobre el colchón y la tomo de los dedos para acercarla un poco más. Ella no opone resistencia. Sus brazos me rodean con la misma calidez de siempre.

—¿Cuál es el problema, Cordelia?

Ella no responde de inmediato. Sacude la cabeza. Mil ideas cruzan por mi mente, pero creo que nunca la he visto tan acongojada. Normalmente es la más sonriente de mis damas, la más amable, la más dulce.

—Tienes que decirme qué ha pasado, Cordelia, o no podré ayudarte —susurro mientras le acaricio el pelo. Aunque suele llevarlo en un moño, tiene hoy los cabellos casi sueltos, recogidos de cualquier manera—. ¿Has discutido con Alden? ¿Le ha pasado algo a Bran?

Su abrazo se debilita y yo sé que he dado en el clavo. Me separo y la veo enredar los dedos en su falda.

—No debería estar molestándote. Tienes que descansar...

—Cordelia. —Su nombre abandona mis labios con cierta brusquedad. No creo que exista una persona tan sacrificada por los demás en toda Marabilia.

—C-creo que... podría haber otra mujer.

Ante eso no sé qué decir. Es cierto que el matrimonio de mi prima fue por compromiso, pero parecían llevarse correctamente... Cordelia siempre me hablaba de lo bien que se lo pasaba con Alden al principio, de que podría bailar toda la noche con él; de sus reuniones en el jardín o en los pasadizos, a escondidas; de sus largas conversaciones conociéndose... Su prometido se

convirtió en una suerte de príncipe azul, un modelo de lo que yo esperaba que fuera también mi primer contacto con mi futuro esposo, quizá porque no conocía otra cosa. Y, por otro lado, parece imposible imaginarlo con otra mujer que no sea su esposa, la madre de su hijo; es tan educado...

Al ver que no reacciono, ella parece a punto de volver a echarse a llorar.

—Me alzó la voz y me asusté, y no sabía qué hacer y... N-no me siento con fuerzas para regresar esta noche a casa, prima. Me gustaría..., me gustaría quedarme aquí. Puedo dormir en la sala o... No quisiera despertar a nadie del servicio, pero podría pedir que me preparen una habitación...

—¡Tonterías! —Esta vez no dudo. Me echo hacia atrás y aparto la ropa de cama. El lecho es lo bastante grande como para que duerman cuatro como nosotras—. Dormirás conmigo. Y mañana, cuando te sientas mejor, veremos qué hacer, ¿de acuerdo?

Ella asiente, pero me hace tumbar antes de poner una rodilla sobre la cama.

Incluso entonces, nerviosa, se inclina sobre mis almohadones y empieza a mullirlos. Estoy a punto de detenerla cuando coge uno y se abraza a él.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Necesitas algo? Seguro que Greta aún está despierta y puede...

Ella niega con la cabeza. Acto seguido, saca un pañuelo de su manga con sorprendente tranquilidad. Al abrirlo, un pesado aroma impregna el cuarto. No lo reconozco. Desde luego, no huele como su perfume.

—¿Cordelia? —Mi voz sale entrecortada; alguna pieza ha encajado en mi cabeza súbitamente.

No hay respuesta. Mi grito es ahogado por su pañuelo. Mi mano va a su muñeca, pero mis uñas no logran clavarse en la piel antes de que trate de inspirar y el olor se introduzca en mi nariz. De improviso es fuego lo que tengo por dentro, antes de que se convierta en un bálsamo que me hace parpadear. El miedo que palpita en mi pecho se ralentiza y es sustituido por un sopor incluso más potente que el de las pociones de mi hechicera.

En mis sueños escucho algo: una nota musical. Un aleteo.

Un grito.



Fausto

Cuando despierto, no tengo claro por qué lo he hecho. Me acompañan imágenes de un sueño que quiere ser recordado (una pesadilla, algo de un ataque hacia Ivy de Dione) nadando en mi cabeza, pero me cuesta concentrarme en ellas.

Tampoco comprendo qué es ese sonido repetitivo de fondo. Al principio creo que se trata solo de agua, una tormenta que golpea con furia contra el cristal.

Pero, cuando la neblina del sueño se aparta por completo, comprendo que no es eso. La lluvia es una melodía; lo de ahora son golpes angustiosos, aunque también sean contra el cristal. Me incorporo deprisa.

La exclamación se me queda ahogada en la garganta cuando veo a *Idris*.

Golpea la ventana de mis aposentos con rabia y yo no le hago esperar. Me lanzo hacia ella con tanta rapidez que casi tropiezo. Abro la ventana de par en par e *Idris* grazna, más nerviosa de lo que la he visto nunca. Aletea con furia, y siento que su manera de volar es una respuesta a mi corazón desbocado.

—¡*Idris, Idris!* —Intento que se tranquilice, aunque tampoco yo puedo mantener la calma.

No necesito que le diga que me enseñe qué es lo que la tiene así. La imagen se cuela en mi cabeza con tanta seguridad que elimina todo lo demás y hace que me tenga que apoyar contra la pared.

Durante un largo instante, lo único que veo es a Cordelia Mormont sobre mi prometida. Un cojín demasiado cerca de su cara.

Cuando la realidad vuelve a mí, tardo un segundo más de lo que debería en reaccionar. *Idris* sigue graznando, histérica, tan temerosa como yo. Ha defendido a la princesa. Sus garras se han clavado allá donde han podido, su pico ha atacado. *Lady* Mormont ha salido corriendo al descubrir a su enemiga.

—Búscala, *Idris* —le ordeno casi sin aliento—. Búscala.

Obedece. Con la velocidad de una estrella fugaz, *Idris* se convierte en un águila y atraviesa el cielo nocturno. Yo no puedo convertirme en ave, pero casi vuelo cuando extiendo la mano hacia mi mesilla para tomar mi puñal y apresurarme a salir de mi cuarto.

—¡¡Guardias!!

Los soldados de Granth que velan el ala del castillo en el que nos hospedamos mi hermana y yo se giran hacia mí mientras corro más rápido que nunca.

—¿Alteza?

Estoy a punto de soltarlo todo. Lo que *Idris* me ha enseñado, sin más. Que han atacado a la princesa. El pánico casi me vence. No, no puedo hacerlo. Por muchos ataques que haya sufrido Ivy de Dione, se ha tomado muchas molestias en que todo ello quede como algo privado. Igual que la enfermedad de su padre.

Que se supiera que alguien trata de atacar a la corona sería llamar a los carroñeros y a los alarmistas.

—Hay un intruso en el castillo —resumo—. Organizad una batida por los alrededores: debe de estar tratando de huir ahora mismo. Si encontráis a alguien, *sea quien sea*, traedlo ante mí. Y haced llamar a su majestad. Avisad también a mi nigromante. Me encontraré con ellos en las habitaciones de mi prometida.

Incluso mis guardias parecen confusos, aunque no se atreven a protestar. Los veo alejarse y yo tomo aire para seguirlos. En ese preciso instante, una

voz me detiene:

—¿Hermano?

Samira lleva su ropa de dormir y tiene la mirada confusa y un poco asustada, aunque eso nunca lo admitirá. Con los rizos despeinados alrededor de su redondo rostro y el sueño todavía enganchado a sus párpados, parece más una niña que la joven mujer que ya es. Ahora que por primera vez siento el peligro como algo *real*, demasiado cercano, me arrepiento de haberla inmiscuido en esto.

—Vuelve a tu cuarto, Samira.

—¿Qué ha...?

—Ya me has oído —la interrumpo—. No te muevas de la cama. No voy a repetirlo.

Y no lo hago. No tengo tiempo que perder. Siento que toda mi calma se desborda como si nunca hubiera existido. Lo hace con cada paso en la carrera hacia los aposentos de mi prometida. No sé cómo se encuentra. *No puedo* saberlo. Sus ojos no se abrían. *Idris* intentó despertarla. No lo consiguió. Vino a por mí.

Estaba tan pálida.

Tan pálida.

Cuando llego a las habitaciones de la princesa, me falta el aire y me quedo definitivamente sin él cuando descubro a su hechicera tirada en el suelo. Sin embargo, recupero un poco el aliento cuando compruebo que respira y que su pulso se percibe, quedo pero regular, bajo la piel. Acto seguido, me giro hacia la puerta que separa la antesala del dormitorio.

La princesa se encuentra en la cama, como una muñeca tirada de cualquier manera después de aburrir a quien jugase con ella. Su aspecto ya era frágil, con su piel tan blanca e impoluta y su figura delgada, pero nunca me había parecido *rota*. En este momento temo que lo esté. Por eso me lanzo, apresurado, sobre su cuerpo.

También respira. Y con la seguridad de su aliento, parece volver el mío.

—Ivy —la llamo, dándome cuenta demasiado tarde de que pronuncio su nombre. Como si importase ahora el protocolo—. Princesa. Despertad. Princesa.

Pero no lo hace. Miro alrededor, lleno de ansiedad. En el suelo descansa un cojín caído y, a su lado, un paño que me arrepiento de coger entre mis dedos. Lo aparto de mí antes de que pueda hacerme perder la consciencia. Me apoyo en uno de los postes de la cama, apretando los párpados.

¿*Lady* Mormont ha hecho esto? ¿He estado demasiado ciego, sospechando solo del hombre a su lado? Como si solo un hombre pudiera planear intrigas, tener ambición... Qué osado por tu parte, Fausto de Granth. Qué estúpido. Ella es la heredera. Ella, no él. Ni siquiera se te ocurrió mirar en su dirección solo porque era su prima, porque parecía dulce...

—¡Fausto! ¿Qué ha pasado?

Levanto la vista, intentando centrarme de nuevo. Logen está en la puerta observando la escena.

—Han..., han intentado ahogarla. *Lady* Mormont... He mandado a *Idris* a seguirle la pista...

Mi amigo parece más confuso que yo. Aprieto los párpados. Basta. No necesito este miedo ahora mismo. Todo el mundo se encuentra bien. Tenemos una sospechosa. *Idris* la vio.

Vuelvo en mí. Ahora más que nunca necesito seguridad.

—Haz algo —le ordeno a mi amigo, reencontrando mi voz—. Que despierte.

Logen no duda en obedecer.



Samira

Cuando mi hermano me ordena que vuelva a mi cuarto, yo obedezco.

Lo hago solo para desechar mi ropa de cama y sustituirla por prendas que me cubran de verdad. Me visto a toda prisa, con *Aesir* aleteando a mi alrededor tan nervioso como yo. Me despertó en medio de la noche, piando alterado y sin parar de volar por todas partes. Cuando le pregunté qué le ocurría, las imágenes en mi cabeza no fueron concretas. Estaba preocupado por *Idris*, pero nada más.

A veces ocurre: los nasires pueden establecer ese tipo de conexión entre ellos, son capaces de sentir cuándo un compañero está en peligro u ocurre algo con él si están lo bastante cerca. Y solo unos minutos después oí a mi hermano llamando a la guardia.

Cuando estoy lista, le doy orden a *Aesir* de que haga que nadie advierta que recorro los pasillos. Tiene que crear la ilusión adecuada para ello ante cualquier persona que pase a nuestro alrededor: los corredores desiertos, todo inamovible.

Si vuela alto y sin hacer ruido, nadie se fijará en él. Está acostumbrado: así conseguí colarme en el barco para venir aquí.

Por eso ni siquiera Fausto es consciente de que escucho su conversación con Logen, en el cuarto de Ivy. Desde la puerta del dormitorio, observo cómo

mi hermano y nuestro nigromante tratan de despertar a la princesa. El nombre de la culpable llega claro hasta mí. No tiene ningún sentido. Yo misma vi a Cordelia Mormont marcharse esta tarde. Creí que era demasiado buena para ser cierto, pero no en este sentido. No parece una asesina. No, desde luego, alguien capaz de dañar a su prima...

O quizá sí, después de todo.

En cualquier caso, soy la única que sabe de verdad lo que ha ocurrido. Mi hermano ha hablado de un intruso, no de un atacante. No usó descripciones. No dijo nada específico para la guardia, y entiendo por qué: hablar de Cordelia Mormont significaría dar demasiadas explicaciones que no puede o que no tenía tiempo de ofrecer. Pero yo sé qué ha pasado y a quién buscar.

Y también sé que hay lugares por los que se puede escapar. Si has cometido un crimen, no huyes a la vista de todo el mundo. Te escondes lo máximo posible.

Doy unos pasos atrás y me apresuro a salir de los aposentos de la princesa para dirigirme a una de las entradas de pasadizos más cercanas.

Fausto me ha dicho que no debía moverme, pero, en una situación como esta, ¿en qué me convertiría si no actuase?



Ivy

Abro los ojos a un rostro extraño, sombrío por la iluminación y por la preocupación. Un suspiro escapa de sus labios, aliviado, y se aparta para dejarme espacio. Una copa aparece en mi campo de visión y alzo la cabeza para que el borde se pose sobre mis labios. Bebo con avidez; la boca me sabe salada, como si hubiera bebido agua de mar, y siento la lengua reseca. El contenido del cáliz se desliza por mi garganta y alivia un dolor que no era consciente que sentía.

—Espacio.

Unas gotas caen sobre mi ropa cuando el nigromante aparta la bebida. Siento la cabeza embotada, pero las preguntas ya empiezan a amontonarse en mi cabeza. Primero, una a una. Luego, como un torrente imparable. ¿Dónde está Greta? ¿Qué ocurre? Recuerdo a Cordelia inclinada sobre mí... No. Imposible.

Era la cara de mi prima, pero no podía ser ella. Ella jamás me haría daño.

Mis labios tardan tanto en poder vocalizar las palabras que mi mente ya las ha olvidado para cuando mis ojos recorren la habitación y se encuentran con la mirada ansiosa del príncipe de Granth.

—Os pondréis bien, alteza.

El nigromante me sonríe. Su expresi3n es cálida, aunque no puede ocultar su preocupaci3n. Me hace incorporar apenas y me envuelve los hombros con una manta.

—Gracias, Logen. —La voz del príncipe es suave. Aprieta el hombro de su amigo y luego lo deja ir con un gesto de cabeza.

El muchacho se marcha y mi prometido se sienta en el borde de la cama.

Espera a que la puerta se cierre y yo, il3gicamente, miro hacia arriba, al dosel.

Idris no está.

— C3mo os encontr is...?

—Cordelia... —Tengo la extraña esperanza de verla all , sentada junto a la ventana, sonriendo con su dulzura y amabilidad de siempre.

—*Idris* me lo ha mostrado todo —susurra, como si tuviera miedo de contrariarme—. *Lady* Mormont intent3 ahogarnos.

— No! —La palabra vibra en el aire entre los dos, más un grito de agoni  que una simple negaci3n—. No. Os equivoc is. Ella nunca har a algo así. Cordelia es lo más parecido a una hermana que conozco.

El disfraz estaba realmente conseguido. Quienquiera que lo hizo eligi3 muy bien cada palabra. Intent3 parecerse a ella incluso en su forma de dirigirse a mí.

Es obvio que quien se col3 en mi dormitorio esta noche conoce palacio. Pero no pudo ser ella.

Cordelia siempre ha estado a mi lado.

Cordelia *no* es mi enemiga. Nunca lo ser a. Es demasiado buena.

Las manos me tiemblan sobre el regazo. No quiero que el príncipe se dé cuenta, pero en cuanto las miro, él hace otro tanto. Lo veo apretar los labios y, con un titubeo, poner sus dedos sobre los míos. Su piel est  caliente en comparaci3n la m a.

—Descubriremos lo que ha pasado, princesa. No..., no os preocupéis. Ahora descansad.

Creo que va a separarse y yo, por algún acto reflejo que no entiendo, me aferro a su mano. La cojo con una nueva desesperaci3n que no debería estar sintiendo. Con el coraz3n en un puño y ganas de llorar, aunque no voy a dejar que se me escape ni una sola lágrima en su presencia. Me encojo, intentado

desaparecer. Sé que tiemblo, a pesar de la manta, a pesar de que quiero encontrar la forma de recomponerme para que no piense que soy débil. No quiero que sienta pena de mí.

Las princesas no deberían asustarse, ni siquiera cuando el dragón se las lleva volando hasta su guarida.

Una mano sobre mi espalda hace que se me tensen todos los músculos, pero no me muevo.

—Todo va a ir bien —susurra. Difícilmente podría ir todo peor—. Tranquila...

Trago saliva y cierro los ojos con fuerza hasta que empiezo a ver puntos de luz tras los párpados. Las caricias de Fausto de Granth por mi espalda son, contra todo pronóstico, un bálsamo para el dolor que me causan las costillas al aprisionarme.

—Todo va a ir bien —repite.

No deseo más que creerlo.



Fausto

Derrick de Dione nos encuentra abrazados, pero su miedo al comprender que algo le ha pasado a su hija no permite que se pare a pensar en si eso es inapropiado. De todos modos, en cuanto su majestad se acerca, yo me separo de la princesa. Al hacerlo, nos miramos. Reconozco la tormenta que se desata detrás de sus ojos y que se desborda cuando su padre la estrecha entre sus brazos.

Siento que estoy de más en la escena, así que me retiro a la antesala, cerrando la puerta del dormitorio a mis espaldas. La hechicera real me observa; sujeta una taza que Logen ha debido de darle. Aunque siempre la había visto muy tranquila, seria, ahora su consternación es evidente.

—Alteza —murmura con una inclinación de cabeza—. ¿Cómo supisteis...?

—*Idris*. —Miro hacia la ventana, esperando su vuelta con noticias—. Ha sido... pura suerte.

Eso es lo que más me asusta. Cuando dejé a *Idris* con la princesa, no lo hice para que la velara ni la protegiera de ningún mal. Fue un gesto casual. De todos los ataques que la princesa me había narrado, ninguno de ellos era tan directo, por lo que jamás sospeché..., no podía prever...

¿Qué habría pasado si *Idris* no hubiera estado aquí?

Me obligo a no pensarlo, porque es una pregunta con solo una respuesta posible.

La hechicera parece plantearse lo mismo, aunque guarda silencio. Ella, además, debe de sentirse culpable, porque estaba en el cuarto. Porque la engañaron. Porque pasó justo delante de sus ojos.

—No tenéis ninguna responsabilidad sobre lo sucedido —le digo, aunque no tengo claro que vaya a servir de nada.

De sus labios no nace respuesta alguna. Es imposible saber qué piensa, aunque diría que agradece mi intento de consuelo. Logen, a su lado, espera órdenes, y nos alejamos un poco para poder hablar.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Lo estaré.

—No te martirices por no haber podido prever esto. Te conozco.

Sonríó y aprieto su brazo con suavidad.

—Estaré bien —repito—. Puedes retirarte a descansar. Te avisaré si hay novedades.

Logen no parece convencido. Frunce el ceño, aunque al final obedece, como de costumbre. Mira una última vez a la hechicera, pero ella no se mueve del sitio ni intenta volver a entablar conversación. Supongo que quiere asegurarse del estado de la princesa en cuanto pueda, no alejarse. Me parece bien: después de lo ocurrido, Ivy de Dione necesitará a alguien de cuya lealtad sea imposible dudar.

Y yo agradezco poder tachar un nombre de la lista de fantasmas sin cara que pueden hacernos daño.

Como suponía, Greta se lanza hacia la puerta del dormitorio en cuanto el rey abandona la estancia. El rostro del soberano, pálido y ojeroso bajo la luz mágica de la esfera, le suma años cuando su sonrisa amable se pierde en los pliegues de la boca. Ante mí deja de haber un rey para haber solo un hombre agotado, quizá por las horas, quizá por el miedo, quizá por la vida.

—Majestad.

El rey levanta la cabeza como si no hubiera sido consciente de mi presencia hasta ahora.

—Príncipe Fausto... —Es un suspiro, poco más. Después, recuerda quién es; cuadra los hombros y se acerca a mí—. Lamento que os hayáis visto inmiscuido en un asunto tan desagradable como este, alteza... Pero os agradezco profundamente que hayáis estado para la princesa en un momento así.

Quiero decirle que sé todo lo que ha ocurrido en este palacio durante los últimos ocho años. No tengo claro por qué no lo hago. A lo mejor porque no quiero poner más peso en los hombros de un rey que a duras penas puede mantener su reino. Un padre, antes que cualquier otra cosa, sobre el que todavía palpita el miedo por perder a su hija...

—No os preocupéis por mí —digo al final—. Lo único que importa es que la princesa está a salvo.

Derrick de Dione me observa con cuidado.

—Espero que esta situación no suponga ningún contratiempo.

Sobre la boda, por supuesto. Teme que me haya asustado. Que esto sea suficiente para cancelar el enlace. Mi padre estaría de acuerdo. Ningún rey quiere ver a su heredero envuelto en intrigas con peligro de muerte.

Por suerte, mi padre no tiene por qué enterarse de nada.

—Como os he dicho, no debéis preocuparos por mí. Tampoco por esa cuestión, majestad. Estoy de vuestro lado, sean cuales sean las circunstancias.

Su alivio es evidente en el suspiro que exhala. Cuando pone una mano sobre mi hombro, lo aprieta como haría un padre con el de su hijo.

—Sois un buen muchacho, Fausto.

Acepto el halago con una inclinación de cabeza.

—Respecto a la culpable...

—¿Es cierto, entonces? ¿Cordelia...?

—La princesa cree que es imposible, pero es lo que vio mi ave. Y nuestra única pista.

—Opino como mi hija. Cordelia sería incapaz de hacer algo así.

—Lo cierto, majestad, es que no creo que debamos desestimar la posibilidad de que sea ella quien esté detrás. Si algo le pasara a vuestra hija, su familia sería la primera beneficiada. Comprendo que os cueste desconfiar, pero en esta situación no hay que dar nada por hecho.

Derrick de Dione se endereza con un cabeceo. Sus pasos se tornan decididos cuando se dirige hacia la puerta de las habitaciones.

—¡Guardias! —Su voz es autoritaria, ya no un susurro dubitativo—. Id a buscar a Cordelia Mormont. Despertadla si es preciso y decidle que su rey la necesita. No volváis sin ella.

Los guardias obedecen de inmediato, porque escucho sus pasos antes de que el rey vuelva a girarse hacia mí.

—Estoy convencido de que vuestro nigromante podrá ayudarnos a esclarecer la inocencia o culpabilidad de mi sobrina.

Inclino la cabeza para hacerle saber que así será. Logen, al fin y al cabo, está a mi servicio. Y yo, ahora, al servicio de Dione.



Samira

Le pido a *Aesir* que se adelante por los corredores. Que vuele lo más veloz que pueda e intente descubrir algo, cualquier cosa. Él puede ser muchísimo más rápido que yo. Por más que yo corra, hay mil opciones posibles. Y él sabrá encontrarme de inmediato. Si nos dividimos, tenemos más posibilidades.

Me quedo sin aliento mientras corro por los pasadizos. Izquierda, derecha, izquierda, izquierda, el tercer camino. Siempre hacia abajo, los pasajes que más probabilidades tienen de salir del palacio. Me pierdo, o creo hacerlo, pero sigo adelante. No hay ningún ruido que me guíe, ninguna pista, incluso cuando alumbro el camino y trato de estar atenta a cualquier cosa fuera de lo normal.

Sigo adelante. Sigo adelante. Sigo adelante.

Pero no detecto nada y empiezo a pensar que ha sido una idea estúpida meterme en este lugar. Que, como siempre, por mucho que haga, al final soy inútil para las cosas importantes. Además, si Fausto descubre que no estoy en mi cuarto, se morirá de la preocupación. Lo último que necesita ahora. Seré una vez más la cría, la que no cuenta para nada más que para no causar molestias.

Quería ayudar. Quería ayudar desesperadamente.

Quería demostrar que podía ser necesaria, pero supongo que no puedes demostrar aquello que no es cierto.

Me apoyo contra las paredes frías, intentando recuperar el aliento. Mi cuerpo se escurre por la piedra y me seco el sudor de la frente. Aprieto los párpados. ¿A qué estoy jugando? Fausto no ha compartido conmigo nada de lo que ha pasado porque sabe que no puedo suponer ninguna diferencia. Sabe lo insignificante que soy. Ya ha debido darse cuenta de que pedirme ayuda fue una ridiculez desde el primer momento...

Un graznido rompe la quietud de los pasillos, y con su brecha se quiebran también mis pensamientos. Alzo la vista. *Aesir* cambia de halcón a su forma original mientras avanza hacia mí. Antes incluso de que él llegue, lo hace la imagen en mi cabeza.

Me quedo helada un segundo antes de levantarme de un salto. Aunque estoy cansada, aunque no me queda aliento, echo a correr.



Cordelia

—¡Vuestras acusaciones son insultantes para mi esposa y para toda nuestra familia!

La voz de Alden suena como un trueno cuando me apoya contra su pecho, en un intento de sostenerme. Yo dudo de que, aun con su ayuda, sea capaz de hacerlo. Las acusaciones pueden ser un insulto, pero para mí son más una preocupación: por mi prima, por mi tío. Por lo que alguien con mi rostro haya podido hacer. Porque no he sido yo. Yo volví a casa después de despedirme de la princesa Samira, Portia y Valora. He pasado toda la tarde con mi hijo y con mi esposo, jugando.

—Sabéis que yo nunca le haría nada a Ivy. La quiero. Os quiero. —Las lágrimas amenazan con desbordarse ante la idea de que crean que he tenido algo que ver. Alden me abraza con más fuerza si cabe—. Jamás...

—Querida Cordelia, no creo que hayas sido tú —me corta el rey con suavidad—. Pero entenderás que, al ser tú la persona que mi hija y Greta vieron en su cuarto, tengamos que hacerte algunas preguntas.

Tiene aspecto cansado, pero se irgue en su silla como siempre: con dignidad y autoridad. Pese a que probablemente haya sido arrastrado fuera de

la cama por los acontecimientos, como nosotros, sus ojos están alerta y, contrariamente a lo esperado, no pierden ni una pizca de su calidez hacia mí.

—Responderé a lo que haga falta, tío, pero vos sabéis que...

—No te hablo como tu tío, Cordelia, sino como tu rey. Dime, ¿dónde has estado esta noche?

Alden y yo nos miramos. Saber que lo tengo a mi lado me da fuerza. Delante de nosotros, a la derecha de su majestad, el príncipe de Granth se mantiene en pie. En el otro extremo, el nigromante que ha traído en su comitiva aguarda también.

—Me fui a casa cuando la princesa nos dio la tarde libre y estuve con Alden hasta que nos despertaron los soldados.

—La princesa ha dicho que vos..., o quien se hiciera pasar por vos, le dijisteis que habíais discutido con lord Mormont. Que cabía la posibilidad de que él os fuera... infiel.

Alden da un respingo y abre la boca con la intención de negarlo todo, pero el rey alza la mano para hacerlo callar. Es obvio que no da crédito a lo que está escuchando. Yo, aunque todos me miran en la sala, me siento incapaz de reaccionar. Qué locura. Alden y yo hemos discutido alguna vez, claro, pero nunca ha sido grave, solo discrepancias que vistas con el tiempo no tienen sentido alguno. Y jamás por la idea de que pudiera tener otra mujer...

—No, majestad. Nada de eso sucedió.

—¡Y es ridículo! —clama mi esposo. Aunque es un hombre tranquilo, esta situación es un insulto para nuestra familia. Para reconfortarme, me recorre la espalda con los dedos—. Nunca engañaría a mi esposa y ella jamás atentaría contra nadie; como ha dicho, estuvimos juntos en todo momento, puedo atestiguarlo. Alguien intenta inculpar a Cordelia de un crimen que ella *nunca* cometería, y es a esa persona a quien deberíais buscar.

—Si crees, Alden, que no me apena que Cordelia tenga que pasar por este trance, es que no me conoces. —El rey no alza la voz, pese a que mi marido lo hace, y se vuelve hacia el príncipe, que asiente y da un paso hacia delante.

—*Lady* Mormont, ¿lleváis con vos alguna joya como la de los nigromantes?

Se toca la oreja con dos dedos y puedo ver que él sí lleva un amuleto azul convertido en pendiente. Sé que el rey ha mandado coser sus trajes con botones hechos de ese material mágico. Y mi prima nunca se quita la cadena de la que cuelga su propia piedra. Todo para proteger los secretos del reino y sus pensamientos de curiosos indeseables.

Tiento mi vestido, pero no tengo sobre el pecho el broche que me regaló la difunta reina. He debido de olvidármelo con los nervios.

—Ahora no. Y no tengo nada que esconder, alteza, así que proceded, si es mi aura lo que queréis ver —digo con más seguridad de la que siento.

Me deshago con suavidad de los brazos de mi esposo y doy un paso al frente al tiempo que el nigromante de Granth se adelanta. Lo veo agachar la cabeza en señal de respeto, y me parece muy irónico que lo haga cuando pronto dejará mi mente al desnudo. Cierro los ojos e intento hacérselo más fácil —aunque no sé si es así como funciona— pensando en mi tarde. Pensando en mi hijo, en su risa cuando lo alzaba sobre mi cabeza o me sentaba en el suelo junto a él. En la cena con Alden, solos, hablando de las últimas noticias. En sus brazos rodeándome al irnos a dormir, intentando espantar el frío que se niega a dejar llegar la primavera en todo su esplendor. Lo siguiente fue abrir los ojos, todavía entre sus brazos, demasiado cansada, por la exigencia de los guardias llamando a nuestra puerta.

Aunque noto una punzada, es un malestar pasajero. El muchacho pronto se aparta y yo parpadeo varias veces para eliminar las sombras de mi visión.

—Dice la verdad —concede—. Fuera quien fuese el que estuvo aquí, no fue *lady* Mormont. Se hicieron pasar por ella, probablemente con una poción.

Hay un incómodo silencio que yo aprovecho para volver con Alden, que me pasa el brazo por la cintura y me besa la frente.

Mi tío suspira.

—Lo lamento, Cordelia. Recibe mis disculpas, pero se trataba de una situación desesperada. Y la vida de nuestra princesa es lo más preciado para mí, después de todo.

Lo entiendo. Yo también estoy preocupada por mi prima.

—Podríamos decir, entonces, que tenemos un enemigo común, pues alguien os ha intentado inculpar, *lady* Mormont —dice el príncipe Fausto—. ¿Tenéis sospechas de quién querría haceros mal?

Alden no responde de inmediato. Su expresión se vuelve pensativa al principio y luego sacude la cabeza. Incluso si tiene sospechas, creo que no las dirá. No sin estar seguro. Pero ¿quién se le pasa por la cabeza? No tenemos enemigos. Nuestras familias han tenido rencillas con otras, claro, y puede que muchos lo miren con envidia porque tiene un cargo en el Consejo, pero a la hora de la verdad, ¿habría alguien que se atreviera a atentar contra la vida de la princesa por *eso*?

—Podéis marcharos, pues, si no hay nada más que decir —murmura el rey.

Se ha echado hacia atrás en su silla. Sobre su cabeza, como una corona, pesan las preocupaciones.

Alden se inclina y yo hago otro tanto, quizá con un poco de retraso. No hemos dado ni dos pasos cuando dos golpes suenan en la puerta. Nos miramos, expectantes, pensando qué más puede salir mal esta noche. O este día, porque la luz del alba ya entra por la ventana.

Pero cuando el rey da el pase, es la princesa Samira la que está bajo el dintel, más despierta que cualquiera de nosotros, con la criatura que siempre la acompaña revoloteando a su alrededor en reflejo de su carácter imparable.

En sus manos lleva un pedazo de tela.

—Majestad. Hermano. Creo que deberíais ver esto.



Samira

Cordelia Mormont no es culpable de nada. Saberlo me tranquiliza más de lo que quiero admitir, como lo hace el hecho de que la joven niegue reconocer el tejido que dejo encima de la mesa. Es de evidente calidad, con bordados cuidados y detallados a la perfección. Probablemente sean telas provenientes de Verve o, como mínimo, Rydia. No es demasiado grande, apenas ocupa la palma de mi mano, pero es algo.

Liberada de toda sospecha pero consternada por lo ocurrido, Cordelia se retira, apoyándose en su esposo. Él parece furioso por la afrenta recibida, pero se esfuerza por guardar la calma y concentrarse solo en mantenerla en pie.

—Estaba en la salida de uno de los pasadizos, una de las que dan a la ciudad.

—*Aesir* la encontró —les explico a mi hermano y al rey en cuanto estamos solos, después de que Logen se disculpe para ir a comprobar el estado de la princesa.

Todos volvemos a mirar a la tela. Mi amigo revolotea a mi alrededor, piando con orgullo.

—¿Cómo se te ocurre meterte en los pasadizos? ¿Y si el asesino se hubiera escondido ahí y te hubiese visto?

Frunzo el ceño, mirando a Fausto, que tiene los ojos acerados y la expresión seria.

—Gracias a que a mí se me ha ocurrido meterme en los pasadizos, ahora tenéis una pista, que es más de lo que teníais hasta que he llegado, ¿me equivoco?

—Eso no...

—Majestad —le corto, girándome hacia el rey—. Sea quien sea la persona que se ha colado en los pasadizos, los conoce bien o ha tenido algún tipo de guía.

No es fácil llegar a la salida en la que se encontraba la prenda: el camino es largo y hay demasiados cruces. En ocasiones, vuestros pasadizos son más un laberinto que una vía de escape, y esta es una de ellas. Yo no habría podido encontrar ni esa salida ni la manera de regresar de no ser por mi nasir.

El hombre me observa. Desde que llegué no se ha levantado de su asiento y sospecho que sea porque ni siquiera se siente capaz.

—Nadie más allá de la familia real conoce los pasadizos, o eso creía. Es obvio que en mi castillo suceden cosas de las que no tengo conocimiento.

No puedo negarlo: si yo en un par de días me enterado de la existencia de los pasadizos para colarme en ellos, ¿qué no harán quienes están acostumbrados a este lugar?

—¿Conocéis todas las salidas, majestad? —inquire mi hermano—. Podría ponerse vigilancia en ellas.

—Diría que sí, no puedo asegurarlo. El sistema de pasadizos es, como bien ha dicho vuestra hermana, complejo. Muchas entradas se sellaron, pero los pasillos siguen ahí, y puede que existan salidas que nunca se han documentado.

—Puedo recorrerlos de nuevo e investigar más si...

—No. —El tono de Fausto es tajante, como su mirada—. Tú ya has hecho suficiente, Samira.

Abro la boca; antes de que pueda responderle, Derrick de Dione habla con voz mucho más suave que la de mi hermano:

—Alteza, agradezco vuestra ayuda, pero vuestro hermano tiene razón. No me perdonaría que algo os sucediese.

Si fuera otra persona, o quizás el mismo rey en otro momento, me enfadaría su paternalismo. Pero en este caso, en su voz no hay más que deseo de protección y un poso de tristeza y miedo que me impide responder. No quiero discutir con él. Es solo un hombre aterrado por haber estado a punto de perder a su hija. Debo de parecerle similar a ella. Menos que ella, incluso, porque soy más pequeña que la princesa...

—Ordenaré a nuestros hombres custodiar y vigilar los pasadizos, especialmente entradas y salidas —determina—. Eso es todo por hoy.

Fausto suspira y asiente.

—Tratad de descansar, majestad.

—También vosotros, muchachos... —Su cabeza, entonces, se inclina. Ante mi hermano y ante mí, el rey presenta sus respetos—. Y recibid mi más sincero agradecimiento por todo lo que habéis hecho esta noche.

Fausto y yo nos miramos. Se me olvida la indignación por la sobreprotección, por el intento de mi hermano de apartarme de lo que está sucediendo. En su lugar, solo veo todos los miedos del rey ante mí.

Cuando pongo mi mano sobre la de él, su majestad parpadea.

—No os preocupéis. En Granth siempre cuidamos de nuestra familia, y ahora la princesa Ivy y vos formáis parte de ella.

Su sorpresa es evidente, aunque la sonrisa que tironea de sus labios es real.

—Gracias, princesa Samira. Sé que mi hija no podría estar arropada por una familia mejor.

* * *

—¿Estás enfadado? —Aunque trato de sonar desinteresada, incluso exasperada, lo cierto es que estoy preocupada después del pesado silencio que compartimos mi hermano y yo mientras regresamos a nuestras habitaciones. Mi tono trata de burlarse de él, pero no siento ni un ápice de diversión.

Fausto calla al principio y continúa andando; al final se detiene, justo

delante de la puerta de mi cuarto. Su expresión no es todo lo dura que podría esperarse.

Se lleva una mano a la barbilla y solo ahora me doy cuenta de que el mismo cansancio que había en el rostro de Derrick de Dione parece haberse instalado también en el suyo.

—No puedes hacer lo que te venga en gana, Samira. No ahora. No aquí. No con lo que ocurre.

—No voy a pedir perdón. Quería ayudar y lo he hecho.

—Sé que no vas a pedir perdón. Como sé que querías ayudar. Pero ¿y si te hubiera pasado algo? Lo que has hecho ha sido muy peligroso. Ha sido inconsciente.

Frunzo el ceño, mirando alrededor. Nuestro pasillo está desierto, o eso parece; aun así, me obligo a bajar la voz hasta convertirla en un siseo:

—Porque ocultar a nuestros padres todo lo que está sucediendo y seguir adelante con el enlace, hasta cuando intentan matar a tu prometida en su cama, no es algo inconsciente, ¿verdad?

Mi hermano tiene que hacer una mueca y yo me marco un punto.

—No podemos hacer otra cosa: esto no ha ocurrido para padre, ¿comprendes?

—¿Y para madre? ¿Crees que ella querría que siguieras adelante y te expusieras así?

Fausto calla, aunque sus labios se aprietan un poco más. Entorno los ojos. Sé que no solo el honor y la palabra le mantienen aquí, con algo que no debería ser su (nuestro, ahora) problema. Sé que madre y él tienen planes que nunca compartirán conmigo. Supongo que hay cosas que son demasiado relevantes para alguien de tercera como yo.

Lo que él no comprende es que yo ya sé qué es lo que tiene que hacer aquí, aunque nadie me haya querido hacer partícipe. Escuchar tras puertas en el momento adecuado siempre ha sido un don. También es a lo que te resignas cuando sabes que nadie cuenta contigo, pero sigues queriendo formar parte.

—Esto no es lo importante ahora —corta Fausto de manera demasiado precipitada—. Necesito tener la seguridad de que vas a estar a salvo, Samira.

Eres mi hermana. No puedes pedirme que no me preocupe.

—¿Y por qué eso es válido para ti y no para mí?

Mi hermano guarda silencio. Me observa y, al final, se rinde. Creo que entiende que, precisamente porque somos hermanos, si la situación fuera al revés, él se habría metido en esos pasadizos diez veces de ser necesario. De hecho, es lo menos peligroso que haría por mí. Y lo sabe.

—¿Es demasiado tarde para reeducarte y conseguir que no respondas a tus mayores y que sencillamente obedezcas?

—Tendrías que tener la ayuda de todas las estrellas presentándose cada noche ante mí para conseguirlo, y aun así no tengo claro que funcionase del todo.

Fausto resopla.

—No creo que ni siquiera las estrellas tengan la paciencia necesaria para encararse contigo.

Toda la tensión se deshace en mis labios cuando sonrío. Mi hermano duda, pero acaricia mis cabellos con ternura antes de rodearme con sus brazos y apoyarme contra su cuerpo. Cierro los ojos, dejándome estar. Otro silencio.

Como con el rey, no necesito ser nigromante para ver todos sus miedos, todas sus preocupaciones, palpitando a su alrededor.

Me abraza hasta que se convence de que estoy aquí, a su lado, a salvo. Yo lo abrazo hasta que no tiene más remedio que aceptar que, pase lo que pase, incluso cuando él no quiera, estaré luchando de su parte.



Ivy

Mi rutina se rompe con el ataque. No hay discusiones sobre vestidos de novia ni banquetes ni damas. Después de que Greta me dé de beber una poción, duermo hasta tarde y me despierto con la luz del sol colándose en mi cama para acariciarme la cara. No hay palabras a mi alrededor mientras me desperezo, y pienso en lo que ha ocurrido como un extraño sueño. Quiero alejar los eventos de anoche de mí, planteármelos como una pesadilla, pero se niegan a ser desplazados al fondo de mi mente. Cada vez que cierro los ojos, siento el terror oprimiéndome el pecho y vuelvo a sentirme indefensa bajo el cuerpo de esa sombra con la forma de mi prima, que me mira con una maldad impropia de su rostro dulce.

Decido no salir de la habitación. Alguien ha dejado una bandeja en la antesala, así que me pongo mi vestido más sencillo y me siento a comer, apreciando el silencio. Sé que Greta vendrá en algún momento, pero a ella también se la veía cansada y preocupada cuando me dejó. Mastico con desgana pensando en ella, que solo ha sido una víctima por estar custodiándome. En mi padre, que ha debido de asustarse inmensamente. En el príncipe...

No. En él prefiero no pensar, porque no sé bien qué destino me aguarda si decido seguir ese rumbo.

Por suerte, unos golpes en la puerta me distraen de mi traidora mente. Un soldado entra y hace una inclinación.

—Alteza, *lady* Mormont está aquí y pide veros.

—Hacedla pasar.

Me levanto para recibir a mi prima, que aparece falta de su habitual sonrisa.

Marcas oscuras maquillan sus ojos hundidos. Las mejillas las tiene pálidas, pero se ha vestido pulcramente y lleva el pelo recogido con el mismo cuidado de siempre. Sus labios se aprietan al verme. ¿Tengo tan mal aspecto? He dormido y probado un par de bocados, pero eso no evita que mi estómago se queje y se contraiga al ver su rostro. Aunque sé que ella no es culpable, el miedo siempre ha sido un sentimiento irracional.

Me gustaría fingir que nada ha pasado. Me gustaría abrazarla y sentarnos juntas a hablar y reír, pero mis pies se han quedado anclados al suelo.

—Cordelia. —El corazón empieza a latirme más rápido, ajeno a mis deseos de mantener la calma—. ¿Estás bien? ¿Cómo..., cómo te encuentras?

Sé que no es la bienvenida que debería darle y que nota mi tensión. Quizá por eso no se acerca, como si no quisiera importunarme.

—¿Tú me preguntas si estoy bien? ¡Ivy, te han atacado! —Un titubeo. Un par de pasos hacia delante—. No puedo ni imaginarme lo que has debido de pasar.

Que alguien haya hecho esto... Siento tantísimo lo que ha sucedido...

¿Ella? Ella no es responsable. Alguien tomó su rostro. Su voz. Alguien que la conoce, que me conoce. No. No pensaré en eso. No quiero desconfiar de cada sombra. No quiero ver monstruos donde antes encontraba caras amigas. No es justo. Ni para ellos ni para mí.

—Yo..., yo estoy bien —miento. Es tan sencillo decirlo aunque no lo sienta que ni siquiera me siento culpable—. No es justo que se te acusara. —Me dejo caer entre los cojines de la silla—. ¿Tienes alguna sospecha...?

Cordelia niega con la cabeza. Sus mejillas empalidecen por momentos. Se sienta a mi lado, en una banqueta, y aprieta los dedos alrededor de la falda de su vestido. Su nerviosismo me fuerza a mantener la cabeza fría. A ser la

calma, la voz de la razón. Y a consolarla. Por eso me inclino hacia delante y alcanzo sus dedos para que se relaje. Me llevo sus blancos nudillos a los labios.

—Cálmate —susurro—. Está bien. Estamos las dos a salvo. No tienen poder para hacernos daño, prima.

Los ojos de Cordelia se llenan de lágrimas sin previo aviso. Se desliza fuera de su asiento y se arrodilla ante mí, y yo me inclino aún más para abrazarla.

Aunque no llora —y si lo hace es en silencio—, esconde la cara contra mi regazo mientras le paso las manos por la espalda y le beso la cabeza, en una escena demasiado parecida para mi comodidad a la que viví anoche con el príncipe. Él me consoló entonces y me hizo sentir extrañamente segura en el más improbable de los escenarios. En todos estos días, nunca me había sentido tan cerca de él como en ese momento de miedo e incertidumbre.

Espero que sea lo mismo ahora para ella.

—No va a pasarnos nada —le digo. Esta vez no sé si es un intento de convencerla o de convencerme a mí.

—Lo siento —murmura contra mi falda. Se pasa una mano por los ojos—. Tú eres quien ha sufrido el ataque y yo estoy comportándome como una niña...

Sacudo la cabeza y le acaricio la mejilla, borrando el rastro de una lágrima cuando alza la mirada.

—Estás asustada, y es normal. Quizá... deberías llevar un guardia. O alejarte un tiempo de tus deberes de dama. No soportaría que te pasara nada por estar cerca de mí, Cordelia.

La idea parece horrorizarla. En vez de acceder, niega firmemente y me coge las manos, entrelazando nuestros dedos.

—No me pasará nada. No es a mí a quien han atacado.

—De alguna forma sí que lo han hecho. Puede que no te hayan causado un daño físico, pero es obvio que querían inculparte. Porque eres mi confidente y una querida amiga o porque... —Titubeo.

Cordelia me mira con incomprensión, expectante, pero yo no sé si quiero continuar hablando. De pronto me asalta la certeza de que Fausto de Granth tenía razón y lo que quiere ese supuesto asesino es la corona. Y si eliminan a

la princesa y después a la segunda heredera, poniendo en duda así la lealtad de toda su familia..., el siguiente en la línea de sucesión es lord Farren, el padre de Portia.

—¿Ivy?

Doy un respingo, volviendo a la realidad del brazo de ese horrible pensamiento.

—Lo siento. Creo que todavía no me encuentro bien del todo. Solo... me alegro de que ambas estemos bien.

Ella aprieta mis manos con cariño. No sospecha nada, ¿por qué iba a hacerlo?

Cordelia es probablemente la criatura más confiada de toda Marabilia, sobre todo cuando se refiere a las personas que quiere.

—Su majestad nos contó que el ave del príncipe le avisó... ¿Cómo es posible?

—*Idris* tiene un vínculo con su compañero. Puede comunicarse con él sin necesidad de palabras.

Aunque abre la boca, mi prima la vuelve a cerrar casi de inmediato. Baja la vista y la voz, como si estuviera avergonzada, temerosa o simplemente insegura de las palabras que va a decir:

—¿No es muy conveniente que te atacaran cuando el pájaro del príncipe estaba contigo? Y justo el día en el que estabas enferma y eras más vulnerable.

Tengo que admitir que, al menos eso último, es cierto. Sabían que estaba encamada y que Greta me guardaba en la antesala.

Aun así, aparto mis manos al instante, molesta por la insinuación de que haya podido ser un ataque orquestado por mi prometido.

—El príncipe es un hombre amable. —Me levanto, más nerviosa de lo esperado. No quiero oír acusaciones contra él. No después de haberme convencido de que confiar en él es lo correcto. No después de que me haya salvado la vida—. No ha hecho nada para que sospeche de él.

Le doy la espalda y me acerco a la ventana. Más allá de este cuarto, la vida continúa como siempre. Si la princesa muriera mañana, la existencia de muchos se vería inalterada. Hay gente ahí fuera a la que no le interesa lo que me pase.

Más allá de los territorios de Marabilia, de hecho, una noticia así ni siquiera tendría por qué ser interesante. Más allá del mar, alguien escucharía la historia de una muchacha muerta por la codicia de otros como un cuento o una leyenda con la que entretenerse en una taberna.

Quizá mi historia ni siquiera sea de interés para nadie.

Quizá mi nombre desaparezca con la facilidad con la que el viento deshoja árboles en otoño.

—Perdóname. No pretendía... Es que estoy preocupada por ti, Ivy.

Me doy la vuelta. Cordelia se ha levantado también y espera a unos pasos, frotándose las manos con incomodidad. Sé que no es mala. Sé que no quiere hacerme daño ni plantar más dudas en mi corazón.

—Lo sé, Cordelia. Yo... Gracias por preocuparte, pero supongo que sigo un poco nerviosa. —Me froto la sien, sintiendo otro dolor de cabeza a punto de florecer—. De todas formas, te aseguro que el príncipe es un caballero y no ha hecho otra cosa que ayudarme. Dudo que se aprovechase así de la situación.

Mi prima me mira pestañas con expresión de arrepentimiento.

—Si confías ciegamente en el príncipe —me dice—, yo también.



Fausto

Doy la décima vuelta en la cama. Desde que llegué habré tenido problemas con algunas cosas en Dione, pero el lecho no era una de ellas. Sin embargo, esta noche soy incapaz de encontrar una postura que me permita conciliar el sueño después de un día que debería haberme dejado exhausto. He estado encerrado en el despacho estudiando cualquier posibilidad, a solas con el rey, y ha sido agotador. Y también frustrante por no encontrar más que incertidumbre. Desde luego, ha sido alguien con acceso a magia, pero quizá no porque pueda realizarla, sino solo comprarla. Por la tela del vestido, que señala un alto poder adquisitivo, parece más probable lo segundo. Pero, aunque el dinero en Granth habría reducido bastante las posibilidades, no es así en Dione: las casas nobles son demasiadas; ni siquiera se limitan a las presentes en el Consejo. Tampoco podemos hacer evidente la investigación: eso levantaría la alarma y puede que alguien decidiese aprovechar la situación. No hay nada mejor que un conspirador para inspirar a otros.

Además, la Corona tiene que dar siempre imagen de calma. Si quien dirige el reino no se encuentra a salvo, ¿cómo va a creer el pueblo que está protegido? La inestabilidad de la casa real suele traducirse en inestabilidad en

sus territorios, y Dione no puede permitirse eso. Y menos a punto de realizar una Cumbre y de establecer una alianza con otro país.

Pero no son los posibles culpables quienes entorpecen mi sueño. Miro hacia el ventanal. Lo he dejado abierto y el frío entra en el cuarto; prefiero eso a retrasarme un segundo más de lo conveniente si *Idris* vuelve a buscarme en medio de la noche Aunque puede que esta vez *Idris* no pueda avisarme si algo sucede. Ayer el culpable no contaba con ella. No obstante, ahora...

Me repito que eso no va a suceder. La princesa está protegida. Y hasta el peor de los conspiradores tiene que saber que sería un desatino intentar otro ataque tan cerca del anterior. Hay guardias en cada rincón. Incluso los pasadizos están vigilados. Nadie entra ni sale del castillo sin un control específico. Todo el mundo es consciente de que la seguridad se ha aumentado, aunque se haya dicho que se trata del protocolo que se prepara para la Cumbre para no alertar a nadie.

La reunión de todos los reyes de Marabilia bien merece medidas extraordinarias.

Fuese quien fuese quien atacó anoche a la princesa, tiene que rendirse. Sería una locura tratar de actuar en esta situación.

Y aun así...

Me incorporo, exasperado. Soy un idiota que piensa demasiado, pero no me quito de la cabeza todas las posibilidades en las que Ivy de Dione podría sufrir un nuevo ataque esta noche. Podría ser de tantas formas... Si el culpable puede disfrazarse, podría tomar la forma de un guardia y acechar por los pasillos.

Podría fingir ser su hechicera, incluso. Podría *sustituir* a mi prometida, sin ir más lejos. Nunca había atacado directamente, suponiendo que sea la misma persona que había atacado hasta ahora. Entonces, ¿por qué ha cambiado su manera de actuar, si no por desesperación? Y la desesperación a veces se traduce en no tener nada que perder. Y si no tiene nada que perder, no le importarán todas las medidas...

Me pongo en pie y me calzo las babuchas. Solo será un vistazo. Me aseguraré de que todo está tranquilo y regresaré y dormiré. Dejaré de pensar.

Solo un vistazo.

Me pongo una de mis túnicas por encima de la camisa de dormir. Tomo mi nay para que me ayude a calmarme. Y aunque me digo que no será necesario, que estoy siendo agorero, mis ojos se encuentran con mi puñal y no puedo evitar guardarlo en el cinto. Por si acaso, aunque no sea necesario.

Definitivamente, no será necesario.

Bajo las escaleras con un orbe de luz en la mano. Veo a soldados hacer la ronda, pero nadie se atreve a decirme nada. Por un lado, lo agradezco; por otro, pienso en lo sencillo que sería para el culpable hacerse pasar por mí para lograr que este palacio fuera casi suyo. Si eso pasara, sería desastroso. Me incriminaría, e incriminarme de algo semejante...

Se han comenzado guerras por menos.

No me doy cuenta de que mis pasos se han acelerado hasta que siento más pesada mi respiración. Cojo aire profundamente cuando alcanzo la esquina del pasillo que conduce a los aposentos de la princesa. Apoyo una mano en la pared.

Está desierto. ¿Cada cuánto tiempo pasarán los soldados por este lugar, en su ronda? Si quien atacó calculase el tiempo durante el cual queda desprotegido el pasillo, podría saber exactamente en qué momento no lo vería nadie. En qué momento no podrían pararlo. Aprovechar y...

¿Y si lo ha hecho ya?

No, qué tontería.

Avanzo con duda. Estoy siendo irracional. Necesito serenarme. No ha pasado nada. La alarma habría saltado si así fuera. Pero, cuando me presento ante la puerta de los aposentos de la princesa y coloco la mano sobre la madera, no me quito de la cabeza la posibilidad de encontrar su cuerpo tirado sobre la cama, desmadejado, como anoche. Solo que ahora, quizá, sin aliento ni palpitos en su pecho.

Entonces, justo en ese instante, la puerta se abre.

Me tenso. Me preparo para lo peor. Me quedo quieto, muy quieto, durante un lapso de tiempo en el que cabrían mil posibilidades más.

Un intento de exclamación.

Ivy de Dione, ante mí, tiene la misma expresión de miedo y sorpresa que creo que gobierna mi propio rostro.

Nos miramos durante un segundo demasiado largo, en tensión.

Hasta que consigo ser consciente de la situación, del ridículo que estoy haciendo, y aparto la mirada al suelo. Retrocedo tan rápido que trastabillo.

Siento la cara arderme. ¿Qué tipo de control estoy demostrando? ¿Qué hago presentándome en su cuarto?

—¿Alteza? —La voz de la joven es insegura, y trago saliva.

—Princesa —murmuro.

—¿Sois... vos?

Hago un mohín. Dado lo que sucedió anoche y lo absurdo que es que yo me encuentre aquí, justo ahora, es lógico que dude. No se me ocurre ninguna manera más certera de probar mi identidad que silbar bajito. *Idris* reconoce el sonido de inmediato y viene hasta a mí con un canto de confianza. Se apoya en el suelo y nos mira desde abajo, de uno a otro. Hasta ella debe de preguntarse por qué estoy aquí. Al menos, la reacción de mi ave sirve para que mi prometida se relaje.

Después, solo queda la extrañeza.

—¿Qué hacéis aquí?

«Oh, dejarme llevar por un absurdo ataque de pánico y venir a asegurarme de que estáis bien, como si no tuvierais dos guardias enteras velándoos y un ave mágica protegiendo vuestro cuarto».

Responder eso está de más, por eso carraspeo, manteniendo la mirada en mis pies.

—Yo... me he mareado.

Siento que la cara me arde un poco más. No se me da bien mentir cuando no lo he planeado.

—Mareado —repite la joven.

—Eso he dicho. Me apoyaba contra vuestra puerta para esperar a sentirme mejor. Ni siquiera me había dado cuenta de que era vuestra puerta. Qué fortuita casualidad.

Como no la miro, no sé qué expresión tiene, pero puedo imaginar que no la de alguien que confíe en mis palabras. Nadie lo haría, y no la tengo por una idiota.

—No os habíais dado cuenta de que era mi puerta...

—No, en absoluto. ¿Cómo hacerlo? Vuestro palacio es muy repetitivo.

Hago un ademán de quitarle importancia mientras retrocedo otro paso más.

Solo entonces me atrevo a mirarla de soslayo. Ella me observa con las cejas alzadas, ya recuperada de la sorpresa. No sé si lo que hay en su rostro es incredulidad o burla.

—Por supuesto... ¿Y qué hacíais paseando por este repetitivo palacio a estas horas, exactamente?

—Tenía hambre. Por eso me he mareado. Estoy famélico. No he cenado bien.

—Las cocinas se encuentran en la otra ala y dos pisos más abajo, alteza.

Aunque entiendo que con los repetitivos pasillos os hayáis perdido...

—Ah. Bueno, sí. —Otro carraspeo—. Un error, sin duda. Iré hacia allí, entonces...

Idris canta algo que suena a una risa. Traidora. Ivy de Dione parece replicarla cuando se lleva una mano a la boca para intentar disimular su diversión.

—Puedo ofreceros unas pastas. Dicen que el azúcar sienta bien a los mareos.

Creo que se burla de mí, pero al mismo tiempo es una invitación real.

Titubeo.

—No deseo importunaros, y a semejantes horas... Debéis descansar. Aunque no parecía que estuvierais haciéndolo... ¿Ibais a algún lado?

Ahora la avergonzada es ella. Sin embargo, se le da mejor disimular que a mí, porque alza la barbilla.

—Recordé que tenía algo que consultarle a mi hechicera.

—¿A vuestra hechicera?

—Eso he dicho.

—Debía de ser algo muy urgente para necesitar preguntárselo a estas horas...

—Las princesas pensamos en cosas muy urgentes constantemente, alteza. Seguro que podéis entenderlo.

Aprieto los labios para no sonreír. No dudo que fuera a ver a su hechicera, pero sí que fuera por recordar una pregunta urgente. Si yo

estuviera en su piel, ¿querría estar a solas después de lo acontecido? ¿O se convertirían las sombras en posibles atacantes...?

—Lo entiendo. Los príncipes y las princesas solemos pensar en una gran multitud de asuntos que causan desvelos.

—Y mareos, por lo visto —apunta ella.

Sus palabras tienen un filo de burla y altanería. Reto, hasta cierto punto.

—Si me dejáis en evidencia, yo haré lo mismo con vos, así que finjamos que nos creemos las pobres excusas del otro y aquí no habrá sucedido nada.

Lo cierto es que el pacto silencioso me agrada tanto como su rapidez de reacción, de modo que contengo la sonrisa a duras penas.

Parece que todo está bien. Debería marcharme, pues. Pero ¿ella recorrerá los pasillos sola...? Si me ha martirizado lo que pudiera pasarle en sus aposentos, ¿cuántas posibilidades calcularé por cada paso que dé hasta el dormitorio de su amiga?

Si su único deseo es no estar sola, ¿es su invitación real? ¿Le bastaré yo para espantar a las sombras?

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Dudo un segundo.

—¿Esas pastas saben a algo o son como el resto de comida de vuestro reino?

La princesa parece incrédula.

—Nuestro castillo es repetitivo; nuestra comida, insípida... ¿Alguna queja más, mi señor?

—Vuestro clima deja mucho que desear. Estoy congelándome.

—Algo que no tiene nada que ver con lo ligeras que son vuestras ropas.

—Todo lo contrario a las vuestras, que necesitáis mucho unas más pesadas precisamente por el clima tan nefasto que tenéis. Me dais la razón.

Ivy de Dione resopla.

—Las pastas son *deliciosas*. Aunque quizá vuestro paladar muerto por tanto picante en vuestras tierras no pudiera apreciarlo, después de todo.

—¿De veras? Me gustaría comprobar si así es, si sigue en pie vuestro ofrecimiento.

Mi prometida no puede disimular su sorpresa. Durante un momento, yo mismo me pregunto si debería permitir esto. Se supone que no podemos compartir espacio a solas, y no hablemos ya de entrar en su cuarto a

semejantes horas... De hecho, ¿qué ocurriría si alguien nos viera? Sería un desastre.

Pero entonces la joven se aparta para permitirme el paso y yo trato de borrar todas las posibilidades nefastas de mi cabeza. *Idris* alza el vuelo para adentrarse en la habitación, con un canto alegre. La sigo con la mirada mientras se acomoda en el respaldo de una gran silla de madera tallada. Las veces que he entrado en estos aposentos no he podido dedicarles atención, así que me fijo en todos los detalles posibles. Los colores sobrios, como todo en este lugar. La organización impecable. El fuego encendido. Un libro olvidado sobre la silla junto a una manta arrugada, que me indica que la princesa no estaba tratando de dormir cuando llegué. Encima de la chimenea, un cuadro de ella con sus padres. Había oído que la similitud que guarda la princesa con su difunta madre, Ceara de Dione, era más que evidente, pero la imagen despeja cualquier duda al respecto.

Mi madre me ha hablado de ella. Creo que fueron buenas amigas cuando la reina aún vivía. Debían de tener una edad semejante y sé que sintió su muerte.

¿La echará de menos mi prometida?

Me obligo a apartar la vista para buscar sombras retorcidas o escondites imposibles. Pero todo está bien y, cuando siento el alivio posándose en mi pecho, soy consciente de que hasta ahora no había eliminado la posibilidad de que algo terrible pudiera suceder.

—Realmente habéis venido a guardarme.

Doy un respingo. La princesa toma asiento y yo vuelvo a sentir que me arden las mejillas.

—Por supuesto que no. Tenéis guardias para eso...

—Ni el mejor de mis guardias ha analizado tan concienzudamente mi alcoba en busca de enemigos.

Disfrazo mi vergüenza por ser cazado acercándome a la pequeña mesilla en la que aguardan las pastas que me ha ofrecido. Tomo una y se la doy a *Idris*. Es un pobre intento de distraer su atención, o quizá la mía.

—Curiosidad por vuestro cuarto, nada más —miento.

—Por supuesto...

Cuando la observo de soslayo, Ivy de Dione me está mirando con el rostro apoyado en una mano. Midiéndome, sin duda. Esperando a que diga la verdad.

Me rindo.

—Os dije que no se me daban bien las cosas que no podía prever.

—Y yo os dije que no podíais controlarlo todo, y menos en este castillo.

Cejad en vuestro empeño o perderéis la cabeza.

Me giro hacia ella. Me pregunto si su tranquilidad, si su resignación, es real o solo el disfraz que se pone para poder enfrentar la situación.

—No estáis tan calmada como queréis aparentar o no querríais huir a las habitaciones de vuestra hechicera a estas horas.

Nos sostenemos la mirada durante un instante, pero esta vez es ella quien aparta la vista primero. Se acomoda el grueso chal que lleva sobre los hombros, como si así pudiera tapar también cualquier asomo de sus verdaderos sentimientos. Pero no he venido aquí a desnudarla. Puedo respetar todos los trajes que desee ponerse, elaborados o simples telas translúcidas a través de las que todo es evidente, como ahora. Por eso no insisto cuando ella calla y los dos nos sumimos en un silencio reflexivo. Me pregunto cuántas noches habrá gastado huyendo a un cuarto ajeno por no poder sentirse a salvo en el suyo.

Ella... Es imposible saber qué piensa ella.

—¿Creéis que está mal? —Su voz es tan inesperada como su pregunta. No me mira, sino que atiende a una arruga de su camisa de dormir, en la que he tratado de no fijarme para no ser todavía más consciente de lo inadecuado de la situación.

—¿Que queráis huir?

—Que esté tranquila. Porque os aseguro que lo estoy, alteza. Quizá no del todo, pero... sí más de lo que seguro que esperáis. Más que vos, desde luego. No suelo perder la calma. No desde hace ocho años.

Desde que la envenenaron por primera vez. El agua de su mirada se convierte en un montón de recuerdos en los que sumergirse. No sé en qué piensa, pero se marcha muy lejos de este presente. Con cuidado, abandona su asiento y se desliza hasta el suelo para coger una de las pastas de la mesilla, que observa mientras la mueve entre sus dedos, concentrada en ella. ¿Quizá

porque así es más fácil? Porque, si se concentra en algo irrelevante, puede dejar de pensar que quien la escucha soy yo, un extraño.

—Pensé que me iba a morir. Tuve las pesadillas más horribles. Una parte de mí lo dio todo por perdido, y sé que mis padres también lo hicieron. Lo... acepté; no dejé de aceptarlo ni cuando seguí viviendo. Y desde entonces puedo estar más tranquila de lo que cualquiera estaría. Porque creo... que no tengo nada que perder. ¿Entendéis?

Ivy de Dione alza la cabeza para mirarme. Sus aguas se vuelven más cristalinas. Soy yo entonces quien se ahoga en ellas. Son un mar lleno de contradicciones y tantos miedos que asfixiarían a cualquiera. Pero ella solo los soporta, conteniendo la tormenta que podría arrasarse con todo. Una tormenta que lleva ocho años pendiendo sobre su cabeza.

Me inclino porque siento que yo mismo podría doblarme bajo el peso de todo lo que hay en esa mirada, o quizá solo para estar un poco más cerca de ella.

Puede también que sea para dejar de observarla desde arriba, para dejar de verla más pequeña de lo que es. Medito sus palabras, midiendo las mías.

—Creo, alteza, que esa es la parte de vos que... trata de no pensar en todo lo que puede perder para que así sea más sencillo llevar el miedo. Porque lo sufristeis tanto una vez que no queréis volver a pasar por ello.

La muchacha me aparta la mirada. Juega a desmigalar el dulce entre sus dedos.

—¿Es eso cobarde?

—Es una manera de protegerse. Pero también puede ser una manera de rendirse.

—Quizá me rendí hace mucho. Quizá crea de verdad que es más fácil dejarse llevar.

—Sois consciente de que los únicos que se benefician de que vos os rindáis son vuestros enemigos, ¿verdad? Y que dañáis a vuestros aliados. A la gente que os quiere. ¿Habéis probado a pensar qué sentiríais si vuestro padre tuviera las mismas ideas?

Creo que mis palabras le resultan más duras de lo que pretendo.

—Mi padre jamás pensaría así. Ama a su pueblo sobre todas las cosas. Es el rey, y un rey siempre hace lo mejor para sus súbditos. En su caso, aguantar

lo que sea necesario.

Parpadeo. Me quedo callado a la espera de que añada algo más, pero no lo hace, y yo apenas quepo en mí de incredulidad.

—Y yo pensaba que la política a menudo me ciega de todo lo demás.

Ella reacciona de repente y se ruboriza.

—¡No pretendía acusar a mi padre de nada, si es lo que pensáis! Entiendo que sea así, que sus preocupaciones sean...

—No hablaba de vuestro padre. Quien está cegada por la política sois vos, princesa, si realmente creéis que su majestad no se rinde solo por el reino y no por vos.

La princesa me mira con los ojos muy abiertos. Yo, de pronto, comprendo muchas cosas. Es como la pieza del rompecabezas que me faltaba y que, ahora que la tengo, encaja a la perfección.

—Creéis que no importáis, ¿verdad? Ni siquiera para él, aunque hasta el más ciego podría ver cuánto os ama. Pero desde que hace ocho años supisteis que el reino estaría en peligro si algo os pasaba, os habéis convencido de que eso era todo lo que importaba: que *la princesa* estaba en peligro. No vos. La princesa. Y ella y vos no sois siempre lo mismo, ¿no es cierto? Al fin y al cabo, si algo os ocurriera, lo importante es que incluso cualquier farsante podría sustituirla y todo se mantendría igual. Como pasó entonces.

La piel de mi prometida siempre ha sido clara, pero en este instante pierde cualquier atisbo de color. Me mira como si la hubiera abofeteado, pero después solo se fija en sus manos. Sus uñas desmigajan por completo lo que quedaba de pasta en un gesto nervioso.

—¿Qué importa sino *la princesa*? Eso es lo único que he escuchado durante toda mi vida. Las princesas no hacen esto, las princesas deben hacer lo otro. No tenía nombre siquiera. Nunca lo he tenido.

«Alteza», «princesa», «mi señora».

—Ivy.

Ella me vuelve a mirar como si de verdad nunca hubiera escuchado su nombre de labios de nadie. Como si fuera la primera vez desde que se lo otorgaron que alguien le da forma, aunque sé que eso no puede ser cierto.

Con cierta duda, mis dedos tocan la mesa. Se manchan de migas mientras buscan los suyos. Apenas rozo su meñique.

—Tenéis un nombre —murmuro, mirándola de frente—. Aunque a veces se os olvide. Es posible que alguien pudiera sustituir a la princesa: cualquiera puede ponerse un disfraz e interpretar un papel. Pero la princesa es solo eso: un papel.

Un vestido, un rostro, una corona. Nadie puede sustituir a Ivy. Nadie puede replicar por completo vuestro ingenio, vuestras ganas de ser libre o vuestros miedos. Y es todo eso, todo lo que es Ivy, lo que realmente importa. No la princesa.

La princesa... No. Ivy baja la vista. Observa nuestros dedos y yo me pregunto si he sido inapropiado. Si debería apartar la mano. Si me estoy propasando, tanto con mis actos como con mis palabras. Ni siquiera debería estar aquí.

Pero ella no aparta la mano. Su voz vuelve a nacer, aunque es un susurro muy quedo:

—¿No os ocurre que en ocasiones no sabéis dónde acaba el príncipe y empieza el muchacho? ¿No sentís que nadie, puede que ni siquiera vos, sabe apreciar la diferencia?

La pregunta es más certera de lo que pueda imaginar. Por eso yo también aparto la vista hacia nuestros dedos, solo por fijarla en cualquier lugar que no sea su rostro. Siento que, si levanta la mirada, se me caerán más máscaras de las que puedo permitirme.

—No podéis haceros una idea.

Silencio. Me pesa más de un secreto sobre los hombros. El meñique de mi prometida se acerca un poco al mío. Casi tiembla cuando toca mi piel.

Nuestros ojos se encuentran cuando nos miramos de reojo.

—¿Creéis que podríamos ayudarnos para aprender a distinguirlos?

Eso me gustaría. Sobre todo con ella. Porque lo único que nos relaciona es ser príncipes, ¿verdad? Pero, si nos relacionásemos más allá de eso, ¿no se trataría acaso de una victoria? Sería probar definitivamente que podemos estar por encima de lo que nos dicen que debemos ser. Podemos desafiarlo. Podemos importar *por nosotros*.

—Quizá si nos recordamos constantemente nuestros nombres, consigamos ser solo eso.

—¿Solo Ivy?

—Y solo Fausto.

Otro silencio. Una mirada demasiado larga. De pronto, no siento que la muchacha que tengo delante sea una extraña. Creo que, de hecho, puede que ni siquiera seamos tan diferentes.

—Puede que no te guste Ivy. La de verdad.

—Puede —le concedo—. Pero... estoy deseando conocerla.

Una sonrisa aparece en sus labios, pequeña pero real. Su mano se vuelve algo más corpórea cuando se posa sobre la mía.

—Entonces..., encantada, Fausto.

Siento la garganta seca, pero trago saliva y giro mi mano para poder rozar la suya, apenas un toque sutil. El príncipe se la llevaría a los labios, en el gesto que le han enseñado, pero no yo. Yo solo acaricio su dorso con la yema de los dedos.

—Encantado, Ivy.



Ivy

Puede que Fausto y yo hablemos más de la cuenta. Puede que la luna se alce en el cielo antes de que nos despedamos y que, cuando se marche, esté tan cansada que ni siquiera pueda pensar en ir junto a Greta, sino en meterme en mi propia cama y dormir.

Puede que haya disfrutado de nuestra conversación. Que me gustase descubrir, sentados en el suelo y con *Idris* dormitando sobre el respaldo de una silla, al muchacho que se oculta bajo el heredero al trono de Granth. Que me burlase al descubrir que no soporta el sabor ni la textura de la pera o que aborrece los días de lluvia. Que me agradase saber que nunca ha visto la nieve o que cuando era pequeño se subió a un árbol por una apuesta con su hermana mayor y luego no fue capaz de bajar.

Creo que esos detalles han hecho que lo sienta un poco más cerca. Que crea que es posible que nos llevemos bien. Que nuestro enlace puede funcionar, al margen de la política y las obligaciones.

Aunque, por supuesto, eso no se lo puedo decir a nadie, porque no debo quedarme con el príncipe sin supervisión.

Claro que, en teoría, no era con *su alteza real* con quien conversaba.

Y hablando de la familia real de Granth...

—¿Princesa Samira?

La muchacha se queda helada en medio del pasillo y se gira, con la mano todavía sobre el pomo de la puerta. Como siempre, un enérgico colibrí se mueve a su alrededor, dibujando piruetas en el aire, aunque hasta él parece tensarse cuando me acerco y deja de volar para posarse en su cabeza.

—Alteza —contesta ella. La forma en la que unta miel en su voz no se me pasa desapercibida—. ¿Cómo estáis hoy?

Aunque me habla a mí, sus ojos se posan en la figura que me sigue de cerca con aire aburrido. Sé que a Valora no le resultan demasiado apasionantes los paseos por el jardín, pero necesitaba tomar el aire y, desde el ataque, algo en mí se revuelve ante la idea de quedarme a solas con Portia Farren, por ilógico que parezca. Así que he recurrido a la única otra persona que estaba disponible hoy y la he arrastrado conmigo en cuanto he visto que la lluvia dejaba paso a un cielo nublado pero seco.

—Bien. Espero que vos también. —Me fijo entonces en la puerta—. ¿Buscáis algo?

La princesa deja caer su mano. Es un gesto tan casual que podría parecer que no sabe de qué le hablo. De hecho, esa es la expresión que intenta adoptar: confusión, duda.

—Solo curioseaba —dice al ver que yo no voy a volver por donde he venido—. Vuestro castillo está lleno de habitaciones a las que no dais uso; un desperdicio de espacio.

—Algunos son dormitorios en los que ya nadie duerme. Otras estancias fueron usadas en el pasado, pero ya no se recuerda para qué. Esta habitación y la de al lado solían ser las de Greta cuando llegó al castillo. Antes de que se instalara en la torre, quiero decir. —Miro a Valora, que espera con expresión atenta—. El cuarto de Valora está cerca de aquí, de hecho. ¿Os conocéis ya?

—Cordelia tuvo a bien presentarnos —dice mi dama, haciendo una cuidada reverencia—. La princesa de Granth es una bailarina muy habilidosa. Y aprende rápido.

Si no fuera imposible, diría que su sonrisa no es la que me dedica a mí siempre.

—Seguro que lo es... Valora, ¿podrías dejarnos a solas?

Durante un segundo parece que va a protestar, hasta que se encoge de hombros y se gira para alejarse. No hace preguntas ni se ofende. Valora no es exactamente obediente, pero tampoco mala. Lo único que desea es vivir en paz, creo. Que dejen de poner expectativas en ella. Que dejen de pedirle que sea algo que no quiere ser.

—Así que habéis descubierto los pasadizos —digo en cuanto los pasos de mi dama se oyen lo bastante lejos.

Samira de Granth da un respingo. Es gracioso porque, al mismo tiempo, *Aesir* da un saltito sobre su cabeza, imitándola.

—¿Cómo...? —Mira hacia la puerta con aire acusador, pero se da cuenta de que no hay nada en esa habitación que pueda haberla delatado—. Mi hermano.

No lo niego. Tampoco le doy la razón.

—Son un laberinto peligroso —le advierto—. Y ahora están custodiados por soldados. Deberíais evitarlos o podríais confundiros con un intruso.

Me doy cuenta de mi error en cuanto alza los ojos hacia *Aesir*, aunque no pueda verlo debido a su posición: por supuesto, el ave se encargará de protegerla de ojos indiscretos.

—Nadie me verá si no quiero que lo hagan.

—¿Y no teméis perderos?

—*Aesir* me guía. Tiene muy buen sentido de la orientación.

No cabe duda de que los nasires son excepcionales. Y de que la princesa también lo es.

—Quizá yo podría ayudaros. —El más leve vistazo a la puerta—. Enseñaros a orientaros.

Me alegra saber que tengo el poder de sorprender no solo al príncipe, sino también a su hermana. *Aesir*, que había estado quieto, empieza a revolotear de nuevo a nuestro alrededor con rápidos movimientos que apenas puedo seguir.

Aunque me gustaría, no trato de alzar la mano para tocarlo. En su lugar, me quedo muy quieta, dejando que la princesa se tome su tiempo para reaccionar.

—¿Vos conocéis los pasadizos?

—¿Quién creéis que se los enseñó a Valora? —Ella se vuelve a sorprender, pese a que no podría ser más evidente. He atado cabos en cuanto me han dicho que estuvieron juntas en el baile—. Cordelia y yo recorrimos algunos tramos de pequeñas, cuando no nos vigilaban.

Probablemente no sea capaz de imaginarnos a las dos niñas supuestamente más obedientes del castillo explorando los oscuros túneles, pero teníamos mucha curiosidad. Nos cogíamos de la mano y, portando una vela —en aquel entonces no existían las esferas de luz—, nos abríamos paso entre las sombras. Para nosotras era lo más cerca que estaríamos nunca de vivir una aventura, así que ese pensamiento ganaba sobre el miedo que pudiésemos sentir, que no era poco.

Además, la idea de saber que estábamos haciendo una travesura, algo prohibido y, para muchos, desconocido, nos llenaba de emoción.

Hasta que mi madre se dio cuenta y nos castigó un mes entero sin vernos.

Pero, a decir verdad, el asunto no acabó ahí. Aunque yo pensé que jamás volvería a caminar por los pasadizos, mi madre me cogió de la mano un día y me llevó entre las paredes del castillo. Me hizo jurar, en la penumbra del pasillo de piedra, que no le diría nada a mi prima. Y que prestaría atención a todo lo que me dijese, porque iba a desvelarme un secreto muy importante.

Un secreto de reina, no de princesa.

Asegurándome de que nadie nos ve, abro la puerta. Samira de Granth me sigue. La habitación está teñida de la luz gris de un día nublado. Hace años la puerta estaba oculta tras un mueble, pero parece que las idas y venidas de mi dama la han hecho moverlo permanentemente. Chasqueo la lengua en desacuerdo, aunque no me molestó en colocarlo. En su lugar, busco la pequeña hendidura y muevo la pared, no sin esfuerzo.

Me asomo al pasadizo, más frío que la habitación y definitivamente más oscuro; cuando me vuelvo, mi acompañante ya sostiene una esfera y parece titubear.

—Pese a que no seré yo la que diga que no —me dice con una cautela que no creo haber visto en ella nunca—, creo mi hermano me matará si se entera de que...

—Bien —la corto, cogiendo la esfera con una mano y alzando los bajos de mi vestido con la otra, consciente de lo desastroso que sería regresar más

tarde a mis aposentos con los bordados llenos de polvo y suciedad—. Entonces os recomiendo que no se lo contéis. Por mi parte, os aseguro que yo no lo haré.

¿Queréis descubrir los secretos de mi castillo o preferís seguir moviéndooos a tientas, perdiendo el tiempo hacia callejones sin salida?

No creo que sus dudas desaparezcan, pero parece decantarse por que la opción más lógica es dejar que lidere la marcha y le cuente todo lo que sepa.

—Estaré justo detrás de vos.



La figura de *Aesir* lanza sombras extrañas sobre las paredes. El movimiento frenético de sus alas emite un zumbido mucho más bajo que los pasos de Samira y los míos. La princesa me sigue sin protestar, aunque las preguntas en su cabeza casi parecen gritar por ser liberadas.

Al final, mientras la guío con decisión por la penumbra, no puede seguir callada:

—Decís que conocéis los pasadizos, pero vuestro padre no estaba seguro de conocer todas las salidas y entradas. ¿Tanto tiempo habéis pasado aquí que sabéis más que él?

—En realidad, lo que dije es que sé orientarme. Por lo que me consta, los pasadizos podrían ser considerablemente extensos. Se supone que hay una salida que lleva hasta la costa y otra que va hacia el interior y termina cerca del río Real. Aunque no sé si es del todo cierto. Y, desde luego, no sé en qué estado estarán esas salidas. Nunca he recorrido esas distancias *personalmente*.

Eso llena de confianza a la princesa. Sus pasos se detienen y los míos lo hacen un poco más adelante. Cuando me giro, su expresión es de recelo.

—Pero sabéis orientaros.

—Mi madre me enseñó. Hay ciertas cosas que mi padre no sabe, aunque no os lo creáis. —Sigo caminando, confiando en que me seguirá—. No dudo que mi padre pueda haber estudiado los planos de los pasadizos. Tampoco

que, cuando era más joven, los recorriera. Pero eso es todo. El castillo de Dione guarda unos cuantos secretos, incluso para su rey. Decidme, princesa, si hoy conquistaseis este reino y quisierais saber sus misterios, ¿a quién recurriríais?

—A un nigromante, para ver en la cabeza de su rey.

—Eso mismo pensaron mis antepasadas. Nadie acude a la reina. Y por eso hay cosas que siempre estarán a salvo en la cabeza de una. A la hora de la verdad, es más probable que, si hay una guerra o un peligro, el monarca se quede atrás dirigiendo y luchando con sus hombres. Mientras, la reina llevará a las mujeres y a los niños a un lugar seguro, y también a los herederos. — Me humedezco los labios—. La sangre real ha de sobrevivir, ya sea dentro o fuera de estos muros.

Samira ya no parece reticente. Me observa de una forma diferente, casi como... si me viese por primera vez. O como si apreciase nuevos matices en mí.

—De manera que, sí, mi padre ha visto planos —continúo—. Y puede que tenga la experiencia de moverse por aquí. Pero no sabe cómo *funcionan* estos corredores. Ni que hay cosas que los constructores consideraron que era mejor no plasmar en un papel. Pero todas las pistas están aquí, para quienes las necesiten de verdad.

Delante de nosotras se abre una bifurcación y yo me detengo en seco. Mi acompañante hace lo mismo, aunque sus ojos siguen en mi cara y no sé si se ha dado cuenta del cruce de caminos.

—¿Y por qué me lo estáis contando, si es un secreto? —inquire.

—Porque sé que deseáis ayudar. Y porque yo quiero confiar en vos.

Hay un extraño silencio que no sé del todo cómo interpretar. Me parece que la princesa aparta la mirada por vergüenza, aunque eso me resulta inconcebible.

Samira de Granth no parece de las muchachas que se vuelvan tímidas de repente.

—No me conocéis.

Yo no puedo contradecirla.

—No, no lo hago. Pero... estoy siguiendo una corazonada. Y creo que empiezo a ver ciertos trazos de personalidad en vuestro hermano y en vos que

hacen que os estéis ganando mi confianza.

Pensé que negaría con vehemencia parecerse al príncipe en algo. O que consideraría que no hemos conversado lo suficiente como para que pueda plantearme depositar mi confianza en ella. Pero no lo niega. Solo me mira de nuevo, ahora con renovada curiosidad.

—Así que mi hermano os ha conquistado —comenta con una sonrisa de medio lado.

Yo quisiera poder detener el rubor que se extiende por mi cara.

—He hablado demasiado rápido sobre vos. Quizá mi instinto no es tan acertado, después de todo.

—Ah, ¿han sido sus aires de príncipe azul? ¿O su forma de perder los nervios cuando las cosas no salen como él quiere?

Una risita. Los hombros de la princesa se mueven al son de sus carcajadas contenidas y sus ojos brillan. Me fijo en que no le sale hoyuelo alguno, al contrario que a Fausto. Me avergüenzo del pensamiento en cuanto llega.

—En realidad, ha sido porque su preocupación por mí parece sincera.

No sé por qué lo digo. No sé, de hecho, si es algo que debería haber dicho. La princesa deja de reír y me mira con sorpresa. Eso no ayuda a que mis mejillas vuelvan a su color.

—Y porque será mi esposo en unos días —añado, quizá demasiado tarde—. Y en el futuro, mi rey.

Las palabras, que en el pasado salieron con abrumadora facilidad, hoy son pesadas sobre la lengua y me hacen sentir como si el suelo fuese a romperse bajo las certezas e incertidumbres de mi futuro.

—Hay gente que piensa que vos podríais ser una buena reina.

—Gracias, alteza. Yo también lo espero.

—No. No me habéis entendido. —Samira frunce el ceño y baja la vista a sus pies—. *Reina*. Sin un rey a vuestro lado. Sin Fausto dando las órdenes.

Reina. Llevando todo el peso de la corona. La conversación con el príncipe en el jardín vuelve a mi cabeza, a pesar de que había decidido ignorarla. A pesar de que había decidido olvidarla con todas mis fuerzas.

«No he venido a robaros, alteza».

No es robo si la ley lo permite, ¿no?

Sacudo la cabeza. Hace unos días ni siquiera me habría permitido esa línea de pensamiento. Hace unos días me hubiera regañado a mí misma por atreverme a desear nada por encima de mis posibilidades.

—No hay reinas en Marabilia.

—Pero hay mujeres queriendo reclamar ese lugar. Kay de Dahes, por ejemplo —susurra—. Y si tuviera apoyos, si hubiera más herederas dispuestas a no conformarse...

¿A no conformarse? Como si alguna vez se nos hubiera dado otra opción.

Samira, ante mí, aprieta los labios. *Aesir* se ha quedado muy quieto, como si él también aguantara la respiración. No. No es él. Soy yo, que doy un paso atrás.

Que muevo la cabeza una vez más.

—Marabilia nunca tolerará semejante ley, pues muchos se oponen —le suelto con amargura. Me digo que es por Kay, por las injusticias que ha pasado, por su fe ciega en que todo es posible. Por las cartas que intercambiamos, donde me habla de cosas que yo nunca veré. De reinas que gobiernan sin hombres a su lado—. Vuestro propio padre se unió a la votación en contra de que una mujer gobernase, si no recuerdo mal, hace dos años.

Esperaba molestarla un poco al mencionar la anterior Cumbre y las decisiones tomadas, pero ella no se mueve.

—Pero no lo hará esta vez —murmura, y yo supongo que Fausto lo sabe. Que lo sabía cuando llegó a Dione. Que quizá lo supiera incluso cuando nuestro enlace se acordó. ¿Y lo acepta, sin más? ¿Qué va a pasar con Granth? ¿Se apartará para dejar paso a su hermana mayor o conservará la corona?

Aunque esas son preguntas hipotéticas.

—Los demás países nunca...

—¿Y si fuera posible? —me interrumpe ella—. ¿Querriais?

No. Claro que no. Jamás me he imaginado así. Hace dos años, Kay de Dahes me hizo la misma pregunta. Pero a ella la han preparado toda la vida para tomar ese cargo. A ella le han dado una educación diferente. A ella no le pidieron que se conformara, así que no lo hizo. A mí, en cambio...

Me apoyo contra el muro, sin importarme ya la suciedad en mi vestido.

—Me han enseñado a ser una sombra —susurro—. Nunca me había disgustado el papel. Nunca me había planteado que hubiera otro.

—Eso no significa que no podáis hacerlo. Ahora sabéis que podría haber otra opción. Que podéis ser más de lo que esperan de vos.

Quiero preguntarle qué es lo que esperan de ella. Por qué lo dice tan amargamente.

Pero el momento pasa con un suspiro. Con unos pasos, que resuenan a lo lejos, mientras un soldado hace su ronda. Me quedo paralizada, pero entonces Samira reacciona por las dos: coge mi mano y tira de mí. *Aesir* despliega sus pequeñas alas y empieza a moverlas hasta que son solo un borrón.

—Nadie os pedirá una respuesta mañana —me asegura—. Pero pensadlo, porque a lo mejor muchas cosas dependen de vuestra decisión. En especial, vuestro futuro. —Me mira de reojo y su rostro cambia. La gravedad de su expresión deja paso a una sonrisa de duende travieso—. Ahora, si no me equivoco, creo que ibais a mostrarme los secretos de los pasadizos...

Parpadeo y luego asiento, aceptando así su petición. Obligándome a escapar de las dudas y el miedo. Volviendo a la realidad.

Sin embargo, una parte de mí no deja de preguntarse si mi respuesta podría cambiar el mundo.



Samira

Ivy me enseña las claves para moverse por los pasadizos. Son claves imperceptibles, pequeños salientes en cada esquina que significan una cosa u otra; tienen su lógica interna. En realidad, la envidio un poco. Me hubiera gustado que mi madre, como la suya, me descubriese un secreto cuando era más pequeña, pero ella nunca me miraba lo suficiente como para eso. Casilda a veces sí lo hacía. Jugaba conmigo en los jardines. Me enseñó las salas prohibidas de la Gran Biblioteca, allí donde se guardan los documentos más antiguos, con el mayor cuidado porque hay quien cree que podrían deshacerse solo con un rayo de sol demasiado intenso.

Pero entonces ella creció, y aquella niña que siempre la seguía a todas partes pasó a ser algo menos relevante que los romances, los bailes y las jóvenes de su edad con las que podía hablar de cosas que una cría no comprendía. Para mostrarme todo lo que no sabía quedó Fausto, quien de vez en cuando me dejaba tocar su nay, aunque yo fuera un desastre con la música. Hubo batallas de espadas de madera y cuentos antes de dormir, escondites en habitaciones abandonadas y bollos robados de la cocina. Pero él también creció y sus obligaciones como *el heredero*, el importante, lo apartaron cada día un poco más de mí.

Cuando quise darme cuenta, mis brazos estaban cansados de extenderse hacia el cielo en un intento de que alguien cogiese mis manos y me llevase a nuevos lugares. Todos los secretos del mundo me susurraron que, si quería descubrirlos, tendría que hacerlo sola.

Y eso he estado haciendo desde entonces. Como ahora.

Después de que Ivy se quede en una de las salidas en el interior del castillo (nunca se ha atrevido a tomar una de las que salen de él), le comento que seguiré un rato más.

«Es mi manera de entretenerme hasta la cena», y sonrío como si eso fuera todo. Como de costumbre, es fácil mentir. Es sencillo que la gente me vea como alguien que solo quiere divertirse. Puede que en el fondo sea así. Puede que sea tan irrelevante como todo el mundo cree.

Pero lo cierto es que hasta que la princesa me encontró, tenía muy claro adónde quería llegar por los pasadizos. Por eso, guiándome entre las marcas y *Aesir*, rehago mis pasos de dos noches atrás. No sé qué espero encontrar, pero quiero seguir el camino del intruso. Si salió por esa puerta y no por otra, tendría alguna razón. O bien no conocía otra salida, lo cual no nos ayudaría en nada, o bien se trata de una que le permitiese huir rápido y esconderse en un lugar seguro. Eso, quizá, podría ser mucho más útil.

Cuando llego, nadie vigila la salida por dentro, aunque a lo mejor sí lo hacen por fuera, por eso mando a *Aesir* delante para que cree la ilusión adecuada en caso de ser necesario. Muevo la falsa pared y mi amigo se cuela por el pequeño espacio que dejo para él. La imagen llega clara a mi cabeza antes de que yo avance. La salida se encuentra detrás de un edificio, en un espacio pequeño por el que no cabría cualquier persona, aunque no tengo claro si eso es una pista en alguien que puede cambiar su aspecto. Tras ese espacio hay un callejón. A la entrada del mismo se apostaba un guardia alerta. Silbo bajito y *Aesir* entiende de inmediato cómo debe proceder mientras yo empujo la pared tratando de hacer el menor ruido posible.

Paso al lado del guardia casi de puntillas. Ni siquiera se inmuta, mirando de un lado a otro, vigilándolo todo sin darse cuenta de que una muchacha está a un palmo de él. Sonrío un poco, divertida. Le paso una mano por delante de los ojos. Le saco la lengua.

No me ve, y por permitirme hacer cosas como estas quiero tanto a *Aesir*.

Contengo una risita y me alejo lo suficiente para que mi ave pueda dejar de esforzarse en la ilusión. Saco algo de queso de mis bolsillos para dárselo y él pía con alegría. Y es en este momento cuando me fijo en la ciudad frente a nosotros.

Taranis me recibe de la misma manera que cuando llegamos aquí por primera vez: las casas se apiñan, se apoyan unas contra otras. En algunos de los balcones hay flores o hierbas aromáticas, aunque el perfume que lo inunda todo es el del mar, que me arrastra de vuelta a mi isla. A veces el aroma del océano es sustituido por el del bosque, a pinos y flores silvestres, cuando el viento sopla desde otro lado. Aquí, sin embargo, no hay árboles, sino casas de buena apariencia. Es obvio que, si hay una parte de la ciudad que tiene dinero, es esta.

No lo revela solo el aspecto de los caserones, sino también el de las damas y los caballeros que pasean, volviendo a sus hogares para que el ocaso no les encuentre. Lo cual, para ser honestos, apoya la teoría de que el culpable es alguien noble. De hecho, nos hallamos en una de las partes más altas de la ciudad. El castillo se adivina no demasiado lejano, con sus gruesas murallas y sus torres que arañan el cielo.

La calle que desciende debe de hacerlo hasta el centro de la ciudad, allá donde se sitúan el mercado y el puerto. Reconozco el camino. Es el mismo que recorrimos en nuestro primer día en Dione.

Entonces mis ojos se posan sobre alguien que debe de venir del castillo. Casi tengo que acallar una exclamación. Le pido a *Aesir* que me cubra de prisa.

Portia Farren no va sola. De su brazo, un muchacho que se parece bastante a ella (su mismo color de pelo, sus mismos ojos, incluso los mismos rasgos, aunque los de él son un poco más adultos) la acompaña. Hablan animadamente.

Portia esboza una sonrisa sincera, no la coqueta que le había visto hasta el momento. Ni siquiera la de superioridad. El hombre que va con ella también ríe, y yo no puedo apartar la vista.

Desde luego, no puedo hacerlo cuando veo que se meten en uno de los edificios.

Concretamente, en uno solo a un par de puertas del callejón.



Fausto

Durante las siguientes jornadas todo cambia. Mientras el palacio se entretiene en los preparativos de la Cumbre y la boda, quienes conocemos el atentado contra la princesa pasamos los días tensos e intentando reunir pruebas que señalen a alguien. Lo único que conseguimos tras casi dos semanas es fijarnos en los Farren. Samira sospecha de ellos. Yo también, para ser sincero, pero más que por tener pruebas evidentes e incriminatorias, me mueve el deseo de que sea algo así de sencillo. Si los Mormont no han sido (y después de que Logen mirase en la mente de Cordelia, quedan excluidos, pues estaban ambos durmiendo en su casa cuando todo sucedió), entonces los siguientes implicados con la corona son ellos. Sería *lógico*. Portia tiene acceso a la princesa. Podría explicar también la cercanía de otros intentos...

No obstante, no hay un rastro claro que seguir. Y con toda la corte cubierta por las joyas que bloquean las capacidades de los nigromantes, Logen no puede colarse sin más en la mente de los sospechosos. Por otra parte, pedir a nobles que dejen desprotegida su cabeza sin tener pruebas incriminatorias es un conflicto en el que no queremos vernos envueltos. Así que solo nos queda observar. Durante las reuniones con el Consejo por el enlace, me fijo especialmente en Farren. Su desagrado por mí es bastante

notable, casi tanto como el de Arich. Mormont, después de lo acontecido con su esposa, si al principio mostró simpatía, ahora se muestra más frío, aunque no es tan evidente en su desdén como puedan serlo los otros miembros. El único hombre que mantiene su postura agradable del principio es lord Darrow, y yo quiero creer que él no tiene nada que ver en esto solo por sentir que tengo algún aliado.

Mi hermana, por su parte, pasa la mayor parte del tiempo con la princesa y sus damas. Hace exactamente lo que le pedí: se muestra encantadora. La veo relacionarse también con el servicio. Todo el mundo, como es habitual, se rinde a sus encantos. Así es como se entera de que Portia Farren fue puesta al servicio de Ivy como dama cuando solo era una niña. Ya estaba, por tanto, hace ocho años, cuando la vida de la princesa comenzó a estar comprometida. Valora, en cambio, llegó después, cuando mi prometida cumplió los dieciséis. La nieta de la condesa no había sido reconocida como legítima hasta entonces, pero en su testamento su hijo dejó expresada la existencia de la muchacha, además del deseo de que la joven fuera bien educada y cuidada. Y después la condesa metió a la joven en el palacio.

Eso, desde luego, elimina la posibilidad de que Valora tuviera nada que ver con el envenenamiento de hace tantos años. Pero una de las primeras cosas que hemos concluido es que de aquel caso a los recientes han variado muchísimas cosas. Por tanto, ¿la excluye también de lo que haya podido estar pasando...?

Samira dice que descubrió los pasadizos de su mano. Los conoce bien. ¿Lo suficiente para ser tan rápida huyendo por ellos...?

Esas preguntas no me atrevo a hacérselas a Ivy.

Porque ella y yo continuamos hablando cuando nadie nos ve. A veces siento que estamos haciendo cosas que no deberíamos. Desde la noche que me sorprendió delante de su cuarto, también cambió nuestra relación. A veces solo coincidimos por los pasillos, pero ella siempre va con sus damas y nos limitamos a agachar la cabeza y saludarnos. Pero otras, ella se escapa y viene a mi cuarto cuando sabe que estoy trabajando. Siempre dice que es porque se aburre. Porque está harta de la condesa o porque no soporta más conversaciones sobre el vestido de novia. *Idris* siempre la acompaña, y sé que mi amiga ha aprendido a cubrir a mi prometida en sus escapadas. Así es

como descubro que en realidad Ivy es quejicosa y gusta de burlarse de todo. También que odia el color rojo, que su cumpleaños es en invierno, que de pequeña llamaba a Dévona *Demonia* y que echa tanto de menos a su madre que en ocasiones todavía le parece verla cuando se mira en el espejo.

También que ha vivido con mucho miedo y que, por encima de todas las cosas, solo quiere vivir sin él.

A veces yo también la busco. Empiezo a hacerlo antes de ser consciente de ello. No siento que tenga derecho de volver a su cuarto (porque aquella vez fue un error, no tenía que haber estado allí), pero un día nos cruzamos en la biblioteca y descubro que a veces acude sola a buscar lectura. Desde entonces, memorizo la hora para pasarme por allí, y finjo (¿fingimos?, no lo tengo claro) encontrarnos por casualidad. La mayor parte del tiempo solo hablamos de libros.

De cuánto añoro los paseos por la Gran Biblioteca de Granth y de cuánto le gustaría a ella visitarla. Nunca me atrevo a decirle que, si quiere, le enseñaré todos y cada uno de sus secretos, los centenares de tomos centenarios que se esconden en las estanterías, porque no sé si podré hacerlo, después de todo.

Hay muchas otras cosas que no le digo a Ivy. Como que cada noche desde aquella en la que nos ofrecimos nuestros nombres soy incapaz de dormir y siempre recorro los pasillos. Nunca toco a su puerta, pero me quedo sentado en el alféizar de la ventana del corredor por el que es necesario pasar para llegar a su cuarto. No se lo cuento porque me avergüenza ser tan inquieto, pero también porque cuando Ivy es solo Ivy está libre de miedos, y yo no quiero ser quien siempre le recuerde sus pesadillas. Poco a poco, con el paso de los días, el incidente se aleja y eso parece darle tranquilidad.

Y yo no quiero arrebatársela.

Pese a todo, soy consciente de que por mucho que nos mintamos llamándonos por nuestros nombres, nunca somos solo Ivy y solo Fausto. Demasiadas cosas dependen de todo lo que tratamos de dejar atrás. Cuando me separo de ella, todo lo que me tiene aquí vuelve a mi cabeza y me pregunto si estoy siendo irresponsable. Si estoy descuidándome. Si abandonar al príncipe, aunque sea solo un rato, es un error.

Cuando más conscientes deberíamos ser de nuestras posiciones, más las dejamos de lado. Estoy haciendo todo lo contrario a lo que se supone que debería hacer. Debería tratar de convencerla de que puede ser mucho más de lo que le han dicho, impedir que crea que no puede ser más que una muchacha. No puede serlo.

O quizá debería ser sincero con ella, aunque tal vez ese sería *el mayor* error.

—¿Fausto? ¿Te encuentras bien?

Despierto. Ivy me mira. Su mano está sobre la mía y yo soy consciente del mundo a nuestro alrededor. El fuego crepita en la chimenea de mi cuarto, frente a la que nos sentamos. Ella tiene un libro en el regazo. Estaba leyendo. Su voz lo llenaba todo para contarme las historias que no sé de su reino y yo, de pronto, me he ido muy lejos de aquí al preguntarme cómo hemos terminado así. Miro sus dedos, cálidos, aunque su piel siempre está fría.

No sé por qué, pero giro mi mano para tomar la suya. Levanto la vista. Es fácil reconocer el rubor en sus mejillas, porque su piel es tan blanca... Me pregunto si le incomoda, pero la idea se borra tan rápido como aparece en mi mente, porque ella entrelaza nuestros dedos.

—Todo bien —miento, y me callo así otras mil cosas—. Sigue, por favor.

Ivy titubea, pero asiente. No suelta mi mano cuando vuelve la vista al libro.

Ni para pasar las páginas. Ni para nada más durante el resto de la tarde.

Me pregunto si me agarra tan fuerte porque soy solo Fausto o porque finjo ser solo Fausto, aunque sea el príncipe de Granth. Si se lo preguntase, es probable que no entendiera la diferencia. Y la diferencia, en realidad, lo significa todo.



Cordelia

Aunque Ivy ha insistido en que el príncipe se ha ganado su confianza, yo no he podido evitar inquietarme. Por eso, a pesar de que no vuelvo a hablarle a mi prima del asunto, he decidido ponerme en guardia siempre que nos cruzamos con él por los pasillos. Si bien parece que sus saludos sean cordiales, la princesa tiende a sonreír, como feliz de verlo. Como si su presencia hubiera dejado de ser una preocupación y se hubiera convertido en algo que esperar. Algo que atesorar, incluso.

Pero si algo me convence de verdad de que los días de desconfianza han pasado es la escena que me encuentro ahora en el jardín.

Al principio ni me di cuenta de que estaban aquí, no hasta que escuché los susurros y la risa de mi prima. Los arbustos de azaleas, llenos de flores abiertas, los protegen de cualquiera que pase por el camino, pero yo me agacho sobre la hierba y me asomo entre las ramas. Soy consciente de que no está bien espiar, pero me inclino para echar un vistazo a través de un hueco y descubro que Ivy y el príncipe están a solas, a cielo descubierto, sentados muy cerca el uno del otro.

Hablan en susurros, pese a que no hay nadie alrededor para escucharlos. Él tiene entre las manos su flauta. Ella apoya las suyas sobre su falda, del mismo color que el atardecer, mientras le da vueltas a una flor entre los dedos.

Un murmullo. El muchacho extiende su instrumento en una muda invitación y ella lo coge con curiosidad. No parece fijarse en que él se acerca, demasiado ocupada en sacarle una nota desafinada al objeto. El granthiano se ríe. Ella se ruboriza.

—Vuestras flautas suenan muy mal.

—No es una *flauta*. Es un *nay*. Y si suena así es porque eres una música terrible.

La expresión de prepotencia de él se gana un codazo de mi prima.

—Seguro que tú naciste aprendido.

Me sorprende que se tuteen, pero, sobre todo, me sorprende que Ivy lo esté haciendo. No pensé que tuvieran tanta complicidad, y es obvio que esta no es la primera vez que están a solas.

El príncipe se acerca un poco más, hasta que sus piernas tocan las de ella.

Hasta que puede tomar sus manos entre las suyas y enseñarle dónde y cómo colocar los dedos sobre el instrumento. La princesa tiene el rostro arrebolado y lo mira de reojo, pero él *realmente* está concentrado en su improvisada lección.

Cuando es consciente de que su prometida no está prestando atención y gira la cabeza para regañarla, ambos dan un respingo.

Sus rostros están muy cerca.

Contengo la respiración; se van a besar.

Se miran durante una eternidad.

Suspiro cuando el momento se esfuma. De hecho, es él quien se aparta, murmurando algo sobre perder el tiempo con una persona sin dotes para la música. Lo veo pasarse la mano por la nuca, y sé que solo intenta desviar la atención de su vergüenza.

Me aparto con cuidado de los arbustos y me levanto. Espiarlos ha sido un error, pero creo de verdad que es inofensivo para mi prima. No ha intentado aprovecharse de ella y no parece que quiera hacerlo. En cierta manera, me recuerdan a mí misma con Alden al principio, cuando estábamos prometidos.

Cuando no sabía cómo actuar ni cómo enfrentarme a él, y parecía que no podía hacer nada bien.

Sonrío.

Si estuviera aquí conmigo, estoy segura de que también se alegraría por ellos.

* * *

—¿Crees que se gustan?

Alden me mira desde arriba, acomodado en uno de los sillones. Yo estoy sentada sobre la alfombra, con mi falda desplegada alrededor. Bran, cansado de todo un día de juegos, ha apoyado la cabeza en mi regazo y se ha quedado dormido mientras yo le acariciaba el pelo. Me encanta verlo tan tranquilo, ajeno a todas las preocupaciones del mundo. Le rozo las finas cejas, las mejillas suaves.

—Si los hubieras visto, no tendrías ninguna duda. —Dejo que la sirvienta se lleve a Bran a su cuarto y yo me acerco a mi esposo—. Pero te aseguro que está en buenas manos. El reino entero lo está: el príncipe no parece estar jugando a ser alguien que no es.

—Interpretar un papel es relativamente fácil, Cordelia —dice sin mucha convicción.

—¿Durante semanas enteras?

—Geraint de Dahes fingió tener un heredero durante años.

En eso tiene razón, aunque no me sorprende. Él siempre ha sabido ver más allá de lo evidente, no como yo. Cuando lo miro, solo veo preocupación en sus ojos y en sus labios apretados, la misma que no ha desaparecido tras la noche del ataque a mi prima. Suspiro y me siento en su regazo. Él me rodea la cintura y aprieta las manos contra mi cadera en un gesto íntimo.

—Sé que también estás preocupado por mí...

—Han intentado inculparte —susurra—. Que te usaran no pudo ser casualidad. Y me asusta no saber qué es lo que pretenden los traidores que están detrás de todo esto. Me asusta no saber quiénes son. Así que, hasta que

no haya pruebas, seguiré sin fiarme de nadie. Eso incluye a Fausto de Granth. Sobre todo estando tan cerca de la princesa: ya te dije que Arich opina que cuanto más se la gane, más fácil será para él manipularla. Y con ella, al reino. Temo que pueda tener razón...

Frunzo el ceño, pero no puedo replicar. Estaba segura de que el príncipe y mi prima eran sinceros el uno con el otro cuando los vi en el jardín. Estaba segura de la inocencia tras la escena, la sencillez y la amabilidad.

Pero ya no sé qué pensar. Soy consciente de que lord Arich no es el hombre menos prejuicioso del mundo, pero quizá tenga algo de razón si ha conseguido hacer dudar incluso a Alden.

—Cuidaré de que nadie manipule a mi prima —prometo.

Mi esposo sonrío en respuesta.

—Sé que lo harás. —Su mano en mi barbilla—. Ivy no podría tener una amiga más leal que tú.

Sus palabras tironean de las comisuras de mis labios hacia arriba, como lo hace el hecho de que estire el cuello. Sus labios sobre los míos son tan tiernos como siempre.

Cierro los ojos y me dejo llevar.



Ivy

La mayor parte de los preparativos están cerrados, tanto para la boda como para la Cumbre. Las habitaciones para recibir a los invitados están listas, la guardia está preparada para cualquier inconveniente y el servicio trabaja día y parte de las noches para que nadie encuentre lacra alguna en la organización. Mis damas están alteradas, como mi tía, y aunque no vaya a admitirlo, incluso mi padre parece emocionado.

—Estás preciosa, Ivy. Eres la viva imagen de tu madre.

La voz de tía Dévona es casi un sollozo. Rezo a todos los Elementos para que no se ponga a llorar y fuerzo una sonrisa. El vestido azul cae a mi alrededor, impecable, mientras la costurera observa su obra con una mal contenida emoción, y hasta yo tengo que admitir que es una verdadera obra de arte: las telas más preciosas de Verve dan la forma a una falda vaporosa bordada con hilo de plata y las perlas más blancas del océano.

—Serás la novia más bonita de Marabilia, Ivy —murmura Cordelia cerca de mí.

—Con semejante vestido, cualquier mujer sería bonita, aunque yo habría evitado las perlas —comenta Portia, mirándose las uñas. Me pongo en

tensión, como cada vez que habla últimamente—. ¿No dicen que son las lágrimas de las sirenas y dan mala suerte a las novias?

Sé que esos comentarios ácidos son algo habitual en Portia, y no solo dirigidos hacia mí, pero desde que su familia me resulta sospechosa no puedo verla de la misma manera. Por suerte, antes de que pueda comenzar a darle vueltas a ideas que no me llevarán a ninguna parte, una sirvienta llama para anunciar que una invitada me espera en la biblioteca.

Aunque sorprendida, porque no espero a nadie, le pido a Cordelia que me acompañe en cuanto me deshago del vestido de novia, feliz de alejarme del ambiente cargado de mis propios aposentos. Lejos de los preparativos, de la modista. Mi prima también parece agradada con el cambio, porque sonrío y me coge del brazo.

—Oye, Ivy... —Su voz es tentativa—. Sobre el príncipe...

—No seguirás pensando que es un traidor, ¿verdad?

—Sabes que solo lo dije porque me preocupo por ti.

—Lo sé. —Titubeo—. No es una acusación. Es solo que no creo que tenga malas intenciones. En realidad es más que inofensivo y... Me muerdo el labio. «Creo que podría gustarle. Tal y como soy. Sin máscaras. Sin ser la princesa». Pero me siento tonta solo con pensar algo así y decido callar.

—El otro día os vi en el jardín.

Me quedo quieta, consiguiendo que mi prima me dé un tirón del brazo antes de detenerse y girarse hacia mí. Solo hemos salido una vez al jardín, bajo mi coacción. Hacía un día especialmente bueno y supuse que nadie se asomaría entre los arbustos.

Siento el azoro ascendiendo hasta mis mejillas, consciente de que he sido descubierta.

—No le contarás nada a nadie, ¿verdad? —susurro, aunque sé de antemano que es una tontería preguntarlo.

Cordelia me pasa un brazo por los hombros con una sonrisa.

—Considero que sois una pareja bastante adorable. Y parece que... os gustáis.

Más calor en mi rostro.

—No digas tonterías —protesto.

Aunque el comentario me ha agradado más de lo que nunca me permitiré admitir, tiro de ella hasta la puerta de la biblioteca, que un soldado guarda. Me sonrío al acercarme y la abre para nosotras.

Dentro de la estancia no espera una sola persona, sino tres, y al principio tengo dificultades para reconocer a la muchacha que aguarda sentada, con las piernas cruzadas bajo su sencilla falda gris. Su piel se ha puesto más morena de lo que la recuerdo, bronceada por el mar y el sol, y sus cabellos parecen, en contraste, mucho más claros y largos, lo que se me hace extraño: se los ha recogido en una trenza que le llega hasta mitad de la espalda, pero es un trabajo algo torpe y muchos de sus rizos se han quedado fuera del recogido. Su expresión cuando me ve se vuelve brillante, feliz, y me doy cuenta de que sus mejillas redondeadas han dejado paso a una cara más angulosa, más crecida.

Detrás de su silla se alzan dos guardianes: un hombre moreno de pelo oscuro e intensos ojos verdes, serio; y otro pelirrojo y pecoso, que me dedica una gran sonrisa pese a no conocerme y mira alrededor con un brillo de infantil curiosidad.

—Ivy. —Kay de Dahes se levanta al verme entrar y hace una perfecta referencia, muy formal... y muy masculina—. Me alegra verte.



El abrazo de la princesa de Dahes una vez que estamos solas no se hace de esperar. Aunque hacía mucho que no nos veíamos (al menos dos años), hay algo extrañamente familiar en ella, quizá debido a las cartas que hemos estado intercambiando. Cuando finalmente nos separamos y nos miramos de frente, no puedo evitar que la sonrisa me llene el rostro. Tomo sus manos antes de que nos sentemos la una delante de la otra.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?

—¿Y que una comitiva espere ante la puerta para recibir a la princesa exiliada y a los dos hombres con los que llegaría, sola, sin damas de compañía para guardar el honor ya inexistente de su padre? Y yo pensando

que querrías ser tú el centro de atención, ya que son tus esponsales los que se acercan...

Una risa escapa de mis labios sin que pueda evitarlo.

—Tu presencia está condenada a no pasar desapercibida, Kay. Y creo que nada de lo que yo haga podrá cambiar eso. De hecho, probablemente ya todo el castillo sepa que has llegado y estén deseando ver a la heredera de Dahes.

Ella apoya el codo en el reposabrazos y resopla, haciendo bailar un rizo sobre su frente.

—No estoy aquí para convertirme en una anomalía que admirar, sino para reclamar mi lugar en la Cumbre. —Hay una breve pausa cuando su rostro se ensombrece, pero pronto trata de sonreír—. Y para conocer a tu nuevo prometido. Aunque tengo entendido que el anterior era mucho mejor...

—No sé, yo diría que están bastante ajustados. Sobre todo teniendo en cuenta que el príncipe Fausto no ha huido todavía para no tener que casarse conmigo...

Kay se lleva una mano al pecho con fingido dolor, aunque veo que se ha ruborizado con un gesto bastante encantador.

—No me lo perdonarás nunca, ¿verdad?

Sonrío; no creo que haga falta que conteste a eso en serio.

—Ni que me dejaras plantada ni que lo hicieras por irte a vivir aventuras —la amonesto—. ¡Y junto a una tripulación de hombres, ni más ni menos! Y ahora me lo restriegas, trayendo a dos de tus muchos amantes a mi boda...

Kay se ríe. Los trovadores han inventado toda clase de disparates sobre ella y no son pocas las historias que hablan de que gobierna sobre las tripulaciones de piratas que surcan los mares de Marabilia, aunque yo sé que el barco en el que viaja, el *Sueño de Justicia*, no es más que un navío mercader. A veces se desvían de la ruta comercial para ir en busca de un tesoro o para ir tras la pista de una leyenda, pero no hay nada de ilegal en ello.

O eso es lo que me asegura Kay, y yo la creo porque es más fácil confiar en su palabra que en los cuentos. Si yo, que nunca he salido de esta ciudad, he sido la burla de alguna canción de taberna por una supuesta (e inexistente) relación con Arthmael de Silfos, ¿qué no se dirá de la muchacha que dejó su hogar e intentó reclamar su lugar como heredera?

La misma que está aquí para alzar la voz y aferrarse a la corona de su reino...

La sonrisa abandona mis labios al pensarlo y la miro con más atención. Me doy cuenta de cómo se sienta y se mueve. De cómo no parece medir cada gesto, mientras que a mí me han enseñado a hacerlo. Sé que, si la pusiera en el centro de una sala, mantendría la cabeza bien alta y no se dejaría amedrentar. Esta es, al fin y al cabo, la muchacha que se presentó ante los reyes de Marabilia y no titubeó. La que los miró a los ojos como si fuera su igual.

Ella quiere ser una reina. Podría serlo si le diesen la oportunidad.

Pero yo...

Bajo la vista. Samira me dijo que, si hubiera más herederas dispuestas, Marabilia podría llegar a cambiar sus normas. Si yo quisiera...

—¿Ivy? —Kay se percatado de mi cambio de humor y se inclina hacia mí con preocupación—. ¿Qué pasa?

Suspiro. Aunque no sé si hablarle de mis dudas, ella puede llegar a comprender lo que me pasa por la cabeza.

—Me han dado a entender... que las cosas podrían cambiar esta vez, Kay.

Que quizás haya más gente dispuesta a respaldarte.

La muchacha se endereza, alerta y en tensión. Su expresión cambia imperceptiblemente.

—¿Quiénes?

Me levanto, inquieta, deseando tener algo entre las manos. Pero lo único que hay alrededor son libros, así que me escudo tras el respaldo de mi silla y me aferro a él, pasando los dedos por las flores talladas en la madera.

—Granth.

—Granth tiene un príncipe. —Kay no duda; su voz se vuelve inflexible—: Si acceden a respaldarme, podría ser un problema para su reino: la princesa Casilda se convertiría en la legítima heredera. Si de verdad van a cambiar su voto, no puedo imaginarme cómo han conseguido convencer al rey Fadir.

No quiero decirle que a veces tengo la sensación de que mi prometido no quiere ser rey. Que me dijo que se sentía como un ladrón al quitarme a mí la

corona, como si alguna vez hubiera sido mía. Solo la... guardaba para ponérsela a mi esposo, fuera este quien fuera. Así debía ser. Así lo han hecho tantas otras nobles, sosteniendo sus títulos hasta que alguien las liberase de la carga. Como si fuese parte de su dote.

Hay un silencio incómodo. Kay duda sobre si hablar de todo lo que sabe por miedo a mi reacción. Yo ni siquiera recuerdo por qué he sacado el tema.

—Sienna también va a cambiar su voto.

Parpadeo, obligándome a enfocar a la muchacha delante de mí.

—¿Qué?

—Eso me han dicho. Sabes que Rita de Sienna es quien realmente gobierna, aunque su marido sea el que hable en las Cumbres. Y ella quiere que las leyes cambien.

Cabeceo. En realidad, la reina era la verdadera heredera, pero tuvo que casarse (como yo, como todas) y darle a él la corona. Imagino que le hubiera gustado que las cosas hubieran llegado a este punto antes.

—Escucha, Ivy. No voy a insistirte al respecto, porque debe ser tu decisión y no quiero condicionarla. Y, desde luego, tú y yo sabemos que no va a ser un camino fácil. Yo ya lo sabía antes; aun así, decidí intentarlo. Y voy a seguir haciéndolo.

—No todos van a votar a favor, y mientras no haya consenso...

—¿Crees que no lo sé? —Kay parece frustrada. La veo abrir y cerrar los puños, las manos de noble para siempre estropeadas por el trabajo en el barco. Se lleva los dedos al pelo, como si quisiera jugar con él, pero entonces se da cuenta de que los mechones están recogidos y los vuelve a dejar caer sobre su falda—. Claro que lo sé, Ivy. Claro que Dahes nunca aceptará mientras el rey viva. Pero quiero pensar que merece la pena. Que no todo está perdido. Que solo necesitamos una chispa en el momento adecuado. En el lugar adecuado. —Sacude la cabeza y, contra todo pronóstico, la princesa sonrío—. Aun si no sale a delante. Incluso si una vez más se ríen de mi petición, me alegra saber que habrá más gente de mi parte. Que hemos avanzado un poco.

No sé qué contestar. No sé si espera que diga algo. Quizá quiera una respuesta ahora. Quizás ella también se una al coro de personas que me tienen en su punto de mira, juzgándome, deseando que haga una jugada.

Pero yo ni siquiera sé las cartas que tengo en la mano.

No sé a qué estamos jugando.

No sé nada.

—Ivy. —Su voz vuelve a ser dulce, aunque no por ello menos resuelta—. Sé que no siempre hemos compartido ideas. Y sé que a lo mejor no quieres verte inmiscuida en esto. Que puede que creas que lucho una batalla perdida. Pero...

—Hace tiempo que ya no sé lo que quiero —la interrumpo. Mis dedos se aprietan contra la silla y bajo la vista, deseando poder borrar lo que acabo de decir o lo que sé que voy a decir—: Todo el mundo parece esperar algo de mí que no sé si puedo hacer, porque me piden cosas completamente contrarias.

Algunos esperan que sea la princesa que he sido toda la vida. Y, de pronto, hay gente que me habla de gobernar y de coronarme.

Dejo caer los hombros. Los pasos de la princesa son ligeros cuando se acerca.

—Lo único que importa es lo que tú desees. Nadie puede obligarte a ser algo que no eres, Ivy. Yo lo sé mejor que nadie. Así que piénsalo. Tómame el tiempo que necesites. Y cuando tengas tu decisión, aférrate a ella. —Sus dedos son cálidos sobre los míos cuando los aprieta con ternura—. No sé qué harán los demás, pero yo te apoyaré. Porque será lo que tú hayas escogido.

Me estremezco; luego respiro hondo y asiento. Ella se lleva mis nudillos a los labios, besándolos con ternura, y vuelve a mirarme, apartándose un poco para dejarme mi espacio.

—Me alegro de que estés aquí, Kay.



Samira

Valora Elgin me roba el aliento con su beso.

Cuando nos hemos encontrado por los pasillos, ha sonreído como si estuviera a punto de hacer una travesura y después me ha empujado justo hacia la habitación que teníamos al lado. No he podido negarme. Valora sabe cómo ser... convincente. Después, solo me ha apoyado contra la puerta y su boca ha ido a la mía. Atacándome. Desarmándome. Encendiéndome.

Mis manos se aprietan alrededor de su cintura. Lo cierto es que no hacemos esto a menudo. Solo cuando a ella le apetece, en momentos breves y robados.

Como un juego. Creo que le resulta divertido el riesgo, saber que está haciendo algo que no debería. No pienso que sea importante. Aunque eso no es una novedad: nadie me considera importante, solo algo que está y que a veces puede resultar entretenido. No importa, claro. Cuando te acostumbras, puede ser hasta cómodo. Por ejemplo, no tengo que preocuparme de que Valora quiera algo más que un buen rato conmigo. ¿Y qué más puede una querer? No hay compromisos.

Eso es bueno.

Aunque a veces, quizá, sí que echo de menos el compromiso.

En cualquier caso, que Valora esté contenta con mis habilidades es útil; puedo sacar muchísima información de ella. Intento concentrarme en eso mientras su boca alcanza mi cuello.

—¿No estabais probando el vestido de la princesa? ¿Qué hacías por los pasillos, tan sola?

—Últimamente haces muchas preguntas...

No me gusta que se dé cuenta. Además, eso no es una respuesta, y por eso la empujo un poco. Ella cree que la separo, pero en realidad cojo sus manos, que forcejean con mi túnica, y la obligo a girar para cambiar nuestras posiciones. Es su espalda ahora la que encuentra la puerta. Aprieto sus brazos contra ella, en alto. Valora jadea, abriendo mucho los ojos. Yo sonrío con falsa inocencia.

—A lo mejor me interesa saber si estás sola más a menudo —sugiero—. Para buscarte...

Me acerco. Mis labios tocan su cuello entonces y ella traga saliva. Me pego un poco más a su cuerpo. Me quema la piel. Puede que esté usando un poco la situación a mi favor, pero eso no significa que sea de piedra.

—Ivy tenía visita...

—¿Y Portia?

—¿Qué importa Portia? —masculla mientras mueve el resto del cuerpo para pegarlo a mí.

Dejo escapar una risita entre dientes por su impaciencia. Lo cierto es que importa mucho. Intento tenerla vigilada la mayor parte del tiempo. Y la mayor parte del tiempo está con Valora, por eso me sorprende no encontrarlas juntas.

No me gusta pensar que esa muchacha está por ahí sola. Aunque lo cierto es que, pese a que su familia es nuestra principal sospechosa, ella no parece mala. Un poco pretenciosa, quizá. Y algo ácida. Pero no cruel. No lo suficiente para planear ataques contra una joven con la que comparte gran parte de su tiempo.

—Solo quiero asegurarme de que nadie vaya a estar buscándote en un buen rato...

Bajo mis manos tan lentamente que Valora toma aire con precipitación. Con cierta impaciencia. Paso los dedos por las clavículas que muestran su

vestido, por su pecho cubierto. Veo cómo vuelve a tragar saliva, siguiendo mi tacto.

—Ha dicho que se marchaba a casa —murmura con voz ronca. Cuando me inclino sobre su piel, deja escapar un suspiro y una de mis manos continúa su descenso hasta alcanzar su pierna. La levanta. Juego con la estúpida cantidad de tela que siempre llevan y cuelo mis dedos dentro de la falda—. Su hermano está en la ciudad y quería aprovechar el tiempo con él.

—Su hermano —paladeo mientras dejo varios besos cerca de su escote—. ¿El almirante?

Valora hace un sonido de asentimiento mientras vuelve a extender las manos hacia mí, tocándome. Sus ojos están cerrados, limitándose a sentir mis caricias.

Trato de concentrarme en la conversación y no en lo irresistible que está su boca entreabierta o su expresión deseosa de todo lo que sabe que puedo darle.

Mis dedos suben por su pierna. Aprietan su muslo mientras acerco más mi cuerpo. Sus brazos rodean mi cuello. Me mira, hambrienta, pero yo aparto la cara antes de que pueda besarme (porque sé cómo besa, porque no tengo claro poder negarme cuando lo haga) fingiendo prestarle más atención a su cuello. Su quejido no es de disgusto.

—Se llama Raleigh, ¿verdad?

—¿Qué...?

—El almirante. Raleigh Farren, ¿no es cierto? Si Portia quiere aprovechar el tiempo con él, debe de ser porque su hermano no pasa demasiado por la ciudad...

Aunque dos días después del ataque a la princesa, él estaba aquí.

Valora abre los ojos. Me observa. Su ceño se frunce un poco, no sé si por confusión o por incredulidad.

—No demasiado, para eso es almirante. ¿Por qué? ¿Vas a decirme que te interesa?

Dejo escapar una risita.

—No. Nada de hombres para mí, gracias.

—Entonces, no entiendo por qué estamos hablando de él. O de nada.

Me besa. Soy consciente de que el momento de las preguntas se acaba. Y de todos modos, ahora no permite interrupción. Ni más pensamientos. Valora me arrastra bajo su exigencia, bajo sus manos sobre mi cuerpo, bajo su lengua.

Cuando me concentro de verdad en ella, la única palabra que espero arrancar de su boca es una súplica que lleve mi nombre.

* * *

Lo bueno de los encuentros con Valora es, más allá de lo evidente, que me permiten olvidar todo lo que ocurre a mi alrededor. Lo malo, que siempre que acaban me quedo un poco más vacía de lo que estaba antes. No se trata de ningún vínculo emocional. Ni algo que me pase solo con ella. Es solo que a veces quiero algo *más* que esta pasión que no deja nada tras de sí: es como un incendio, que arrasa con todo a su paso y luego se marcha dejando solo cenizas y el ambiente cargado. En mi caso, tras los incendios nadie se molesta en construir nada allá donde queda tierra quemada.

Aunque quizá sea porque no les dejo, también. Porque yo tampoco me esfuerzo en cuidar el terreno para que crezcan nuevos árboles. Así también es más fácil. Porque, si sabes qué esperar exactamente de cada persona, si sabes que eres solo *un rato*, nadie puede abandonarte.

Me obligo a apartar esa sensación que odio, extraña y aparatosa, en la boca del estómago. Me arreglo la ropa. Valora ha salido hace ya unos minutos y yo me he quedado aquí, tan patética como de costumbre, mirando la nada. Pero es hora de despertar. Iré a buscar a *Aesir* y nos acercaremos a casa de los Farren, solo por tener vigilada la salida. O podríamos ir al puerto y preguntar allí por el almirante, a ver qué puede decirnos la gente. Si descubrimos en qué barcos suele viajar, ¿encontraremos algo en su camarote?

No tengo claro qué podría encontrar, pero también sé que este es el tipo de cosas que solo yo haría. Desde luego, ni Fausto ni Logen irán a buscar las pistas metiéndose en el fango.

Me gusta sentir que al menos soy única para algo.

Abandono la estancia con más decisión de la que debería. Ni me acuerdo de mirar antes de hacerlo. Por eso no es de extrañar que tropiece con alguien.

Mantenemos el equilibrio a duras penas. Yo extendiendo los brazos en un acto reflejo para sostener a la otra persona.

Cordelia Mormont me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Princesa Samira?

Aparto las manos de su cuerpo de inmediato. Es como si no me sintiera muy digna de tocarla. Creo que en parte es porque terminó incriminada en el ataque y yo llegué a sospechar, aunque era evidente desde el primer momento que alguien como ella no podría haber hecho ningún mal a nadie. Los primeros días después de aquello se la veía un poco triste, preocupada; aun así, siempre se esforzaba en sonreír y en ser agradable con todo el mundo. No, *no se esfuerza*. Sencillamente, es así. He tenido ocasión de observarla, después de pasar gran parte de mi tiempo con las damas de Ivy.

Es lo más parecido a una estrella que he conocido en mi vida. Yo, a su lado, soy solo un Elemento, demasiado terrenal y salvaje como para poder medirme con ella.

—¿De dónde venís?

Cordelia levanta la vista hacia la habitación de la que acabo de salir. Alza las cejas y luego me observa. Yo agradezco mi tez oscura para evitar que se note mi rubor.

—Me perdí —miento.

—¿De veras?

—Para desgracia de mi ánimo de aventurera, la verdad es que cuando *Aesir* no está conmigo mi sentido de la orientación es nefasto.

Se ríe. Es ese sonido de canto de gorrión tan encantador.

—Nunca lo habría dicho. No parece que Samira de Granth tenga limitaciones.

Ojalá.

—Puede que tengáis muy altas las expectativas sobre mí. Y ahora os he decepcionado. —Suspiro con pesar—. ¡Ya nunca podré conquistaros!

Vuelve a reír.

—Bueno, la falta de orientación puede ser una excusa magnífica para solicitar constantemente la compañía de alguien.

Me pongo un poco nerviosa cuando me sigue el juego; no me lo esperaba. Pero ¿qué esperaba, exactamente? Supongo que solo un rubor con la mención de tratar de conquistarla.

—Lo tendré en cuenta. Creo que voy a perderme *mucho*.

Ella, claro, no me entiende o no se lo toma en serio. Aunque no es como si yo estuviera hablando en serio, ¿no?

—¿Necesitáis que os acompañe ahora a algún lado?

Titubeo, pero niego.

—Iba a salir, en realidad.

—¿En serio? Pensé que vos precisamente querríais conocer a la princesa antes que nadie. —Ante mi cara de confusión, sonrío—. Su alteza real Kay de Dahes ha llegado hace unas horas. No sé por qué, pero creo que es el tipo de persona que os gustaría, ¿verdad?

Lo primero que pienso es que me hace un *poquito* feliz que sepa reconocer qué tipo de personas pueden gustarme.

Lo segundo, que Kay de Dahes está en el castillo.

Contengo la respiración.

—¿No es muy pronto para que la gente comience a llegar?

—Bueno, si alguien en la realeza de Marabilia va a contracorriente, esa es sin duda la princesa de Dahes. —Cordelia me dedica una mirada suspicaz—. No me equivocaba, ¿verdad? Queréis conocerla.

Me rasco la mejilla.

—Bueno, se oyen muchas cosas sobre ella...

—Una verdadera aventurera, pese a ser princesa, sí. Por eso pensé inmediatamente en vos cuando la he visto.

Samira, basta ya de tanto calor en las mejillas. Por favor, ponte seria.

—¿Y eso por qué?

Cordelia se queda un segundo de más pensando. Mirándome. Siento ganas de dar un paso atrás, como si esos ojos oscuros pudieran desvelar todos mis secretos. ¿Acaso tengo secretos? No soy tan interesante. Mis secretos no son míos, sino robados de otras personas, cogidos sin permiso tras puertas o esquinas.

Al final, vuelve su sonrisa.

—Creo que tenéis el mismo espíritu. Como de pájaro que disfruta volando y al que nadie puede encerrar en una jaula.

No sé qué responder. No sé si por la manera en la que lo dice o por el hecho de que se haya podido fijar en mí más que como algo que estaba de fondo, como parte del escenario.

Cordelia, por suerte, no espera que conteste nada.

—¿Os acompaño hasta donde está, entonces? ¿O seguís marchándoos?

Me obligo a reaccionar con un torpe asentimiento.

—Sí. O sea, no. Quiero decir, me quedo.

Cordelia ríe. Creo que lo hace un poco de mí, o por mí, no lo tengo claro. La observo de reojo mientras caminamos. Me siento un poco intimidada por ella, lo cual es extraño porque Cordelia es el tipo de muchacha que jamás intimidaría a nadie. ¿Cuántos años debe de tener? Parece muy joven. Pero ya tiene un hijo. Y un marido. Aunque sé que hay mujeres que con mi edad tienen ambas cosas...

¿Cómo conoció a su esposo? ¿Su matrimonio fue por amor o por conveniencia?

Y su hijo, ¿cómo se llama? Creo que ha hablado de él en alguna ocasión. ¿Bran?

Me suena algo así... Su vestido es añil. Siempre lleva colores oscuros y sobrios.

¿Le gustan? Creo que a su piel clara y a sus cabellos morenos le iría mejor algo con color. Un color vivo, como su risa de gorrión. Trato de imaginármela con prendas de Granth. Una túnica malva y blanca, quizá, con sus pantalones. El pelo, que siempre lleva recogido, se soltaría...

Nuestras miradas se encuentran y yo casi me tropiezo conmigo misma.

Enrojezco. Pero ¿qué me pasa?

Cordelia ladea la cabeza y luego señala la puerta de la biblioteca, frente a la que nos detenemos.

—Aquí.

—Ah, perfecto. —Carraspeo—. ¿Entráis vos también...?

Su sonrisa otra vez.

—No, dejaré a las princesas solas. No estoy a la altura.

Creo que lo dice de broma, pero yo a menudo pienso que *no estoy a la altura* y lo digo y todo el mundo piensa que bromeo. Por eso quiero decirle que sí que lo está. Pero el momento pasa y ella inclina la cabeza hacia mí.

—Disfrutad de la reunión, princesa Samira.

Abro la boca; ella no me da tiempo a nada más y echa a andar con su calma habitual.

Empieza a ser una costumbre que nunca pueda dejar de observar cómo se aleja.

La puerta de la biblioteca abriéndose me trae de nuevo a la realidad. Dos mujeres se sobresaltan al otro lado casi tanto como yo.

—¡Alteza!

Ivy de Dione parece sorprendida de verme, pero no desagradada. Creo que le caigo bastante bien, y a mí ella también, especialmente desde aquel día en los pasadizos. Mis ojos se van, sin embargo, a la joven que está justo a su lado.

Lleva vestido, y admito que esa ya es la primera cosa que no me imaginaba en ella. Supongo que la razón es que siempre he pensado en Kay de Dahes como una joven que navega por todos los mares conocidos y lucha contra (o de parte de, según las historias) piratas. Un vestido me parece aparatoso para esas situaciones.

—He oído que había visita —digo a modo de saludo. Lo hago con la voz más neutra que puedo, tratando de disfrazar mi emoción. Desde que la historia de Kay de Dahes se sucedió, hace ya algo más de dos años, no he dejado de investigar sobre ella.

Ivy se ríe.

—Kay, ¿conoces a su alteza real Samira de Granth?

La princesa de Dahes se fija en mí. Su sonrisa es confiada. Sus rasgos están tostados por el sol, y hasta eso habla de sus viajes.

—No he tenido el placer. Es un honor, princesa. —Hace una reverencia. Me hace gracia porque se inclina a la costumbre de los hombres, incluso cuando lleva ese vestido.

—Puedo decir lo mismo, alteza. Creo que he perdido la cuenta de todas las historias que he escuchado de vos. Empezaba a preguntarme si seríais real o solo un personaje de ficción.

—Dependiendo de la historia, a veces sí soy solo eso —ríe.

—Íbamos a dar un paseo por los jardines. ¿Os apetece uniros a nosotras, princesa? —me invita mi futura cuñada.

La muchacha que recién cumplidos los dieciséis oyó por primera vez hablar de la princesa que se había plantado ante los reyes de Marabilia para exigir ser reina está dando saltos dentro de mi cuerpo. Intento disimular mi entusiasmo y echo a andar con ellas.

—Habéis llegado pronto a Dione.

—Mi barco ha tenido una mejor travesía de lo que cabría esperar. Y como veníamos de muy lejos, de más allá de Marabilia, mis compañeros estaban deseosos de arribar a puerto también.

Me esfuerzo por parecer una princesa a la altura de Kay de Dahes, pero me cuesta no chillar.

—¿De más allá de Marabilia? —La voz me sale un poco más aguda de lo normal, y eso que me concentro en no parecer alterada.

—Venimos de un continente al otro lado del mar. De hecho, Owain, mi hechicero, procede de una de aquellas islas: un lugar espléndido donde se enseña magia a quien quiera aprender y hay flores que se iluminan con la luz de la luna.

—¡Astrea!

Ivy se ríe y la princesa Kay parpadea; yo siento vergüenza por mi exaltación.

No podría parecer elegante ni aunque quisiera, ¿verdad? Tenía que *ser yo*.

—Quiero decir..., Astrea, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Conocéis a la mercader Lynne? Es muy conocida aquí en Marabilia. —Las princesas se miran de reojo, con un secreto compartido que me hace sentir un poco excluida—. Ella suele viajar más allá de nuestras costas y comercia con la corona de Granth, como comercia con la mayoría de las coronas de Marabilia. —Hago un ademán de quitarle importancia—. Una vez traje esas flores al castillo y me dijo de dónde provenían. Después, busqué información en la Gran Biblioteca. Allí hay bastantes datos sobre el continente de Faesia, aunque no he entendido todo lo que me gustaría porque la mayoría está escrito en su idioma...

Kay de Dahes sonríe mientras salimos del castillo. Hoy la primavera parece más real. El sol es c ldido y el aire huele a flores.

—Quizá yo podría enseñaros un poco y prestaros algunos documentos. En este tiempo he podido aprender la lengua, al menos un poco, aunque siempre me dicen que mi pronunciación es terrible...

— De verdad? —Ivy toma asiento en un banco de piedra, mirándonos de una a la otra, y Kay se acomoda a su lado. A mí no me gusta estar sentada, y no creo que fuese capaz justo ahora—.  Eso ser a increíble! —Cuando las princesas ríen, yo vuelvo a carraspear—. Claro que no deseo molestaros... Seguro que venís con mucho que hacer...

— Os refer s a la Cumbre?

—Bueno, no todos los días una princesa se presenta ante los reyes para reclamar su lugar. Por segunda vez.

Kay de Dahes se pone seria entonces. Es un poco más como me la había imaginado, con ese rostro grave y fiereza en la mirada. Hay algo de *pirata* en ella. O algo de como yo me imagino a los piratas: con determinación, sin miedos. No s  si la princesa est  asustada; si es así, se le da mucho mejor que a mí disfrazar sus emociones.

—Por segunda vez y por las que sean necesarias. Por mi lugar y el de otras princesas...

No me pasa desapercibido cómo mira a Ivy de soslayo. Y cómo Ivy se remueve con incomodidad.

Me vienen retazos de una conversación que me llegó a través de una puerta y tengo que coger un poco de aire.

—Las mujeres de Granth os apoyamos, alteza —murmuro—. Mi madre y mi hermana Casilda os admiran mucho.

A lo mejor por eso yo también la admiro. Y la envidio también. Porque cuando todo se supo, madre y Casilda hablaban de Kay como alguien que había hecho una gran proeza. Alguien de quien esperaban muchísimas cosas, magníficas todas ellas. Las escuch . Por supuesto, no contaron conmigo para aquella conversación.

Madre le dijo a Casilda que ella siempre tuvo que haber sido la reina.

En aquel momento me sent  un poco indignada, como si las hubiera escuchado traicionar a Fausto. Al menos, al principio. Mi hermano se

esforzaba muchísimo para ser lo que se esperaba de él. Sobre mí nunca nadie ha puesto expectativas; sobre él todo el mundo ha puesto demasiadas.

Luego comprendí cómo tuvo que sentirse Casilda cuando él llegó. Cuando la apartaron solo porque había, por fin, un varón en la familia, como padre quería.

—Os agradezco el apoyo, aunque no creo que haya mucho que admirar en mí. Estoy deseando conocer a vuestra madre en la Cumbre, así como a las demás reinas de Marabilia. Creo que debemos unirnos y luchar por lo que se nos ha negado durante tanto tiempo.

Se me escapa una sonrisa gigante.

—¡Eso mismo piensa mi madre! ¡Por eso le dijo a Fausto...! —Me callo de repente. Creo que pierdo color, incluso. Las princesas parpadean.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda, mierda.

Eres una *bocazas*, Samira de Granth.

—¿A vuestro hermano...?

Es Kay quien hace la pregunta, pero quien me preocupa es Ivy. Ella tiene el ceño fruncido. Me observa con los ojos entrecerrados, intentando reconstruir mi frase.

—¿Qué se le dijo a su alteza, princesa Samira?

Trago saliva y niego con la cabeza. Clavo la vista en mis pies. Fausto me va a matar. Si él no se lo ha dicho todavía...

—Nada.

—¿Debería preguntarle a él?

Hago una mueca. Creo que pongo ojitos de cordero degollado, pero ellas me taladran con sus miradas. No hay indecisión alguna en su comportamiento. Por supuesto que no. Son princesas, pero sobre todo son *herederas*. Mucho más importantes que yo. Puede que Cordelia no se sintiera a la altura, pero yo tampoco lo estoy, por más que sea una princesa.

—Yo no debería saber *nada*.

—Pero lo sabéis.

Abro y cierro las manos. Sí.

—Me interesa saber lo que se habla sobre el asunto, princesa Samira. Y no creo que sea nada negativo, ¿verdad? Habéis dicho que vuestra madre me

admira y que tengo el apoyo de las mujeres de Granth.

Aprieto los labios. Esto no debería ser asunto mío. Nadie confió en mí para contármelo de primera mano. Ni siquiera Fausto. Aunque ¿cómo van a hacerlo, si incluso cuando no me lo cuentan voy confesándolo por ahí?

—Samira. —No sé si la voz de Ivy es una petición o una orden.

Dejo escapar un quejido. Si *Aesir* estuviera aquí, podría hacerme invisible y salir corriendo.

Pero estoy sola.

Me rindo.

—Mi madre os admira, pero también cree que sois solo una y que no avanzaremos si estáis sola. Se necesitan nuevas vías. Cree que nunca se conseguirá la unanimidad necesaria para aceptar el cambio en la Cumbre...

—Las princesas hacen muecas, aunque probablemente ya lo habían pensado alguna vez. Supongo que no es agradable escucharlo—. Cree que hay que presentar una nueva moción. Y eso es lo que le ha pedido a mi hermano que haga.

Las muchachas se muestran confundidas. Se miran entre sí y luego vuelven la cabeza hacia mí.

—¿Una nueva moción?

Suspiro hondamente, llevándome la mano a la cara. Estrellas, voy a arrepentirme de esto. Aunque la idea es de una mujer. Quizá siempre debieron ser las mujeres quienes lo supieran desde el principio.

Empiezo a hablar.



Ivy

Encuentro a Fausto de Granth en su cuarto, como esperaba, sentado entre cojines y con media estantería de libros a su alrededor, dispuestos sobre las baldosas como si fueran una segunda alfombra.

Él levanta la vista de su lectura en cuanto nota que la puerta se abre, pero la palabra que iba a decir —quizás esperaba a su nigromante o a su hermana, no a su prometida— se convierte en sonrisa cuando descubre que soy yo. Y cuando lo hace, cuando el hoyuelo aparece en su mejilla, algo dentro de mí se revuelve.

—Deberías llamar antes de entrar en la habitación de tu prometido.

—No debería entrar en la habitación de mi prometido —le recuerdo yo, aunque eso no me detiene. Ya he estado aquí más veces. Tantas que empiezo a conocerla tan bien como mi propia alcoba. El olor que impregna el aire ya me resulta familiar: huele como él, a los gajos de naranja que separa para *Idris* y a la leña que arde en la chimenea, a la miel que se echa en el té y a mar, como si la brisa se enredara en los pliegues de sus túnicas.

El príncipe ríe y despeja unos cojines para mí. Sin embargo, hoy no estoy aquí para aceptar su invitación. En su lugar, me quedo a una distancia prudencial, de pie, con las manos entrelazadas sobre la falda.

—Kay de Dahes ha llegado ya —digo antes de que él pueda preguntarme por qué no le devuelvo la sonrisa o le hago compañía en el suelo—. Tiene muchas ganas de conocerte.

Y no miento. Kay quiere verlo, y ya no solo porque sea mi prometido. La confesión de Samira no la ha dejado indiferente y ahora siente más curiosidad que nunca. Le he dicho que podía acompañarme y que se lo presentaría, pero ella me ha mirado un instante y me ha dicho que viniera sola, como si supiera que iba a hacerlo de todas maneras. Al contrario que mis damas, ella ni se ha planteado que pudiera ser inapropiado encontrarme a solas con él.

—Temo preguntar qué le puedas haber contado, la verdad —dice él todavía en tono ligero, pero súbitamente alerta—. Nada malo, espero.

—Nada malo.

Hay un silencio incómodo en el que él toma la decisión de levantarse, aunque respeta mi espacio. Mis dedos se enredan en mi falda. Cuento sus dudas en latidos, en todas las palabras que podría haber pronunciado ya.

—¿Qué ocurre?

No quiero decirle que sé lo que sé por Samira. No quiero que ella se meta en problemas por mi culpa, cuando la hemos coaccionado a hablar.

O quizá lo que deseo es que él me lo confiese todo por propia voluntad. Darle la oportunidad de sincerarse, de decirme qué piensa al respecto, de que me diga qué quiere de *mí*. Quizá lo sepa mejor que yo. O puede que se sienta igual de confuso.

—¿Hay algo que quieras contarme?

En su rostro solo aparece la confusión. Por supuesto, no sabe de qué hablo.

¿Por qué debería? ¿Y con qué derecho le reclamo explicaciones? Aquella primera noche en el jardín le dejé claro que no me importaba nada de esto. Hoy, sin embargo, saber que había estado callándose los planes de futuro me ha creado un nudo en el estómago y un peso en el corazón. Me siento un poco traicionada.

«¿Con qué derecho? No te debe nada».

Creo que se me había olvidado que no somos nada.

—¿De qué estamos hablando?

—¿Qué va a pasar realmente en la Cumbre?

Su expresión habla por sí sola cuando entiende que, de alguna forma, lo sé.

Que el tema de las reinas en plenos derechos no se acabará con la votación. Que Granth es consciente de que hay países que jamás se pondrán de parte de Kay o de cualquier otra mujer. Incluso si el reino lo necesitase, seguirán siendo tan egoístas que preferirán darle la corona a un desconocido antes que a una heredera. Por eso su idea es que se proponga que cada país mantenga su autonomía. Que cada reino decida si quiere o no que las mujeres lleven la corona y dirijan sus territorios o si, por el contrario, solo un hombre tendrá potestad.

Pero eso no garantiza nada.

Porque somos princesas. Porque nadie nos toma en serio. Porque la tradición no debe cambiarse. Porque el poder ya está repartido desde hace siglos.

Porque...

—¿Cómo te has enterado?

—¿Por qué no me lo dijiste? —replico.

—Cuando te saqué el tema la primera vez, me dejaste claro que no te interesaba. Y después hemos tenido otros asuntos de los que preocuparnos, y prometimos ser solo Ivy y Fausto, y yo estaba tratando de cumplirlo. Sin política de por medio. —Al final, un suspiro. Se presiona brevemente el puente de la nariz—. Ni siquiera es mi secreto. La propuesta es de mi madre.

—Pero serás tú quien la saque a debate.

—Solo porque las reinas no participan en las sesiones.

—De momento.

Él me mide con cuidado, como si temiera mi reacción. Como si estuviera esperando algo que no entra dentro de sus probabilidades. Que lo desarmará y lo dejará sin opciones.

—De momento —concede. Deja caer un poco los hombros, como si hubiera sido derrotado—. Escucha, si no te lo he dicho es porque tenemos que ir con mucho cuidado. La propuesta no debe parecer premeditada, sino natural. Una sugerencia más salida del cansancio y la desesperación que un plan.

—¿Por qué?

—Porque mi reino no debería tener motivos para apoyar a Kay de Dahes. Si no lo llevamos con cuidado, podría ser sospechoso y causarnos problemas con el rey Geraint o con otros reinos más afines a él que a su hija. La situación de la princesa no es la mejor y...

—No. ¿Por qué querría tu país algo así? ¿Qué gana Granth? Tu hermana pasaría a ser la heredera. Sabes que eso traerá problemas. Mucha gente no lo entenderá. —Cuando Kay me lo ha preguntado antes de que la dejara para venir, yo no he sabido darle una respuesta.

—En ningún momento he dicho que vaya a ser fácil, por más que sea justo.

—Tu padre se negó en la anterior votación. Te tiene a ti. No comprendo...

—Mi padre no sabe nada —me interrumpe—. Si por él fuera, votaría lo mismo otra vez ante la moción de Kay por ahorrarse problemas con Rydia, que son nuestros vecinos y nuestra familia. Ni siquiera estoy convencido de que no vaya a hacerlo en el último momento. Aunque mi madre le ha sugerido amablemente que ahora que sus lazos más cercanos serán con Dione, es este país al que le debe más lealtad, y una buena muestra de ella sería apoyaros en vuestras votaciones. Aparte de eso, si vota que sí, será porque sabe que la propuesta no saldrá adelante. —El príncipe se acomoda sobre sus cojines de nuevo. Parece un poco cansado—. Cuando yo sugiera la nueva propuesta, será trabajo mío convencerle de que no tiene nada que perder. La autonomía le permitirá mantenerme como heredero mientras las cosas cambian para el resto.

—¿Y lo harás? ¿Seguirás siendo el heredero?

Él sonrío. Es un gesto extraño que no termino de identificar. El hoyuelo no está en su mejilla. Y entonces sé la respuesta. Lo conozco lo suficiente, creo.

Hemos pasado más tiempo junto del esperado y sus palabras siguen grabadas a fuego en mi cabeza: «No he venido a robaros».

Bien, si no se atreve a robarme a mí, ¿cómo lo va a hacer con su hermana mayor, de la que solo habla con calidez y añoranza?

—Si todo sale adelante, renunciaré una vez que se haya aprobado la ley. Lo quiera o no, no puede obligarme a reinar.

—Y tu hermana gobernará entonces.

—Y mi hermana recuperará lo que es suyo —me corrige con sencillez.

Me pregunto cuánto tiempo llevará pensando en esto. Cuántas veces habrá imaginado el momento de presentarse ante todos los reyes de Marabilia y fingir que él, y no su madre, ha encontrado la solución a todos sus problemas.

Aun cuando esa solución significa ceder su poder.



Fausto

Este silencio me pesa como ninguna otra situación con Ivy. Creo que ya no está enfadada, si es que lo estuvo. Pero de pronto se ha creado entre nosotros esta distancia insalvable que no sé cómo recortar. Sé reconocer la razón: hemos dejado de jugar a los disfraces. Ahora la conversación gira en torno a reyes y reinas, príncipes y princesas, y con eso supongo que regresamos a nuestra realidad. Y a mí todavía me quedan demasiadas cosas por decirle.

No sé si comprende todo lo que supone esto. Si puede entender por qué la primera noche que hablamos le pregunté qué esperaba. Qué haría, si existiera la oportunidad. Puede que no esté pensando en ello. Puede que yo mismo me haya ido apartando de la idea porque era más fácil, aunque mi madre me dejó claro qué tenía que hacer.

«Trata bien a tu prometida», me dijo. Pero no de la manera en la que he estado tratándola. «Trátala bien... y asegúrate de que desea ser reina. Si no es su deseo, demuéstrole todo lo que puede llegar a ser».

Me llevo una mano a los cabellos. Echo de menos mi nay, que descansa al otro lado de la habitación. Me gustaría jugar a tapar sus huecos sin hacer sonido alguno, como cada vez que siento que una situación es demasiado grande. No quiero poner a Ivy en tesituras que no ha pedido. ¿Cómo de

injusto es que le haga creer que puede ser quien quiera ser y después le lance el peso que mi madre desea poner sobre sus hombros?

Al mismo tiempo, ¿cómo de injusto es que sigamos jugando a no ser nadie cuando cosas más importantes que nosotros están en juego?

Ni siquiera tengo una gran lista de respuestas probables a esas preguntas.

Por eso, cerrando los ojos, incapaz de verla (puedo imaginar su expresión), hablo:

—Aunque se aceptase la moción, Kay de Dahes no será reina.

Hay un silencio repleto de todos los significados de una frase tan sencilla.

—Lo sé —dice Ivy al final, dubitativa—. Y ella también lo sabe. Ha tenido mucho tiempo para pensarlo. Pero creo que también ha decidido que no importa si no es ella. Que... solo con que una pueda gobernar, será una batalla ganada.

Me pregunto si Kay de Dahes ha llegado, pues, a las mismas conclusiones que mi madre. Las que no me atrevo a exponer ahora. Quizá lo hubiera hecho cuando llegué al palacio y la muchacha frente a mí era solo una corona y un sinfín de posibilidades, pero eso ha cambiado ahora.

—Sabes quién es la candidata perfecta para ser la primera reina, ¿no es cierto?

Temo que no me haya escuchado, porque mi voz es solo una nota baja, un suspiro. Por mucho que yo me aparte cuando sea el momento, mi hermana no será reina pronto. Mi padre es joven y está fuerte y sano. Me siento mal por pensar que Derrick de Dione, en cambio, no puede decir ninguna de las tres cosas.

Cuando me atrevo a alzar la vista y observar a la mujer que me acompaña, ella aprieta con tanta fuerza sus faldas que creo que se hará daño. Quiero pensar que su temblor es imaginado, igual que su expresión desencajada, llena de una ansiedad que me gustaría arrebatarse de un soplo.

—Para —suplica—. Por favor, para esto. No quiero ser esa persona. No..., no depositéis vuestras esperanzas en mí. Os equivocáis por completo, Fausto.

Ella no ha pedido nada de lo que el resto hayan (hayamos) podido planear.

Por muy loable de que sea la causa, ¿no es usar a una persona que hasta hace semanas solo iba a ser una esposa? No sé qué pensar. No sé si el fin justifica los medios.

Alzo la mano hacia ella, no sé muy bien con qué intención. Supongo que no quiero sentirla lejos.

Creo que me rechazará. Creo que saldrá tal y como vino y me dejará con todas mis preguntas. Pero entonces sus pies se mueven. Solo un par de pasos, los suficientes. Sus dedos tocan los míos y cae con pesadez a mi lado. Entrelazo nuestras manos con fuerza. Al principio tocarnos era un gesto que me costaba, que me avergonzaba, pero ahora ya es algo natural y yo me agarro a eso.

Mientras podamos tocarnos, no estaremos tan lejos. Ni siquiera cuando la situación nos impida ser solo dos jóvenes que se toman de la mano.

—Nadie..., nadie te obligará a nada. Eso te lo juro, Ivy. Pero piénsalo: no eres solo la muchacha hermosa, dulce, elegante y silenciosa que toda tu vida te han dicho que tenías que ser. —Intento sonreír, volviendo a nuestra conversación de la primera noche. Hemos avanzado mucho desde entonces—. Lo cierto es que puedes serlo todo. Y puedes cambiar las cosas. Para ti. Para toda Marabilia.

Ivy rehúye mi mirada. No encuentro respuesta a mi sonrisa, solo un montón de miedos apilados bajo sus pestañas.

—No estoy a la altura —susurra con una seguridad que me llena de tristeza—. Es una pena, ¿no crees? Os valdría cualquiera en mi situación y he tenido que ser solo *yo*. Si Kay estuviera en mi lugar, aceptaría el honor. No dudaría. Lo haría bien.

¿Es lo que cree de verdad o lo que le han enseñado a creer? Yo la he visto hablar de política. Trabajar con los documentos de su padre como si lo hubiera hecho toda la vida. He visto que conoce perfectamente el funcionamiento de la nobleza y que no necesita a nadie para tareas que no tendría ni que saber que existen.

Aunque dudo, mi otra mano acaricia el aire antes de tocar su mentón. Creo que los dos nos sorprendemos. Nunca había tocado su rostro.

—Yo creo que estás a la altura, Ivy.

El asomo de una sonrisa, pero no una feliz.

—El problema es que yo no lo creo. No estoy tan preparada como tú. Jamás me tomarán en serio. Ni los otros reyes, ni los nobles... A sus ojos soy una niña.

Soy prescindible.

No puedo negarle eso. Pero no pasará solo con ella. Pasará con cualquiera que sea la primera, si es que hay alguna. Podría ser Casilda. Podría ser Kay, que fue educada para reinar.

—¿Y qué importan ellos? Tú dices que yo estoy preparado, pero algunos hombres, como Arich, no me toman en serio por venir de una isla con otras costumbres y tener una piel más oscura. Pero finge que no existen durante un segundo. Olvídate de todos los que fueran a juzgarte. ¿Crees que eres una niña?

¿Que eres prescindible? Y si la respuesta es sí, porque ya te han convencido..., ¿no te gustaría dejar de creerlo?

Sé que sí. Me lo dice su silencio, su mirada llena de tristeza y anhelo. Me lo dice todo el tiempo que hemos pasado juntos. Ivy de Dione lucha con uñas y dientes por escaparse de los límites que le han impuesto. Lleva años batiendo las alas dentro de su jaula con tanta fuerza que se ha hecho heridas. Pero al mismo tiempo le aterra alzar el vuelo más allá de los barrotes; sabe que fuera de la cárcel encontrará cazadores que están deseando obtener su cadáver como trofeo.

—¿Sabes lo que más temía de este compromiso?

No me esperaba esa pregunta. Como siempre, consigue romper todas mis expectativas.

—Que me aborrecieses. Que me vieses o me hablaras y decidieras que no valía la pena y buscaras cualquier excusa para romper el compromiso. Porque... ¿sabes lo que me hubiese pasado de ser así?

—Otro prometido. Otra vez estar a la espera de lo que fueran a hacer contigo.

—Alguien sediento de poder, probablemente. O si considerasen que ningún matrimonio merece la pena o que ya se había intentado veces suficientes, que ya no puedo casarme, simplemente... me descartarían. Me mandarían lejos de palacio, a algún lugar donde pudiera ver pasar los días.

Esas eran todas las opciones que tenía. Las únicas que he escuchado desde que nació. Eso es lo que único que significaba ser princesa.

Y de pronto tiene otra alternativa. Una que nunca se había planteado y que es demasiado grande, demasiado aterradora. Entiendo por qué me lo cuenta.

Entiendo todo lo que la detiene. Pero ¿cómo puedo comprenderlo *del todo*? No he vivido nada semejante. A mí siempre se me dijo que tenía el mundo entero al alcance de la mano si lo quisiera. A ella le dieron una parcela diminuta y le dijeron que no podía salir de allí.

—Puede ser diferente —le digo en un susurro—. Para todas. Para ti. — Me callo un segundo antes de enfrentarme a sus ojos—. Si la moción se aprueba y tú decides reclamar tu derecho, ni siquiera tendrías que casarte. Con nadie.

Ivy parpadea al comprender lo que estoy diciendo. Nuestras manos unidas parecen algo prohibido más que nunca.

—¿Y qué pasaría contigo?

Soy yo entonces quien aparta la vista. Pienso en hablar. En explicarle todo lo que todavía no puede entender. No me importa tanto como cabría esperar que haya descubierto la moción, pero otras cosas...

—Yo... —Un latido—. Yo seré solo Fausto.

No puede entender por qué mi voz suena como suena. Como si fuera a despedirme de un montón de cosas, lo que tendré que hacer llegado el momento.

No habrá coronas para mí, porque nunca tuvo que haberlas. Me gustaría aceptarlo mejor de lo que lo acepto en el fondo. Me gustaría no querer lo que siempre se me prometió, aunque fuera por algo injusto. Me gustaría no sentir esa tristeza al respecto. Hace que me sienta egoísta.

—A mí me gusta Fausto.

La mano de Ivy se aprieta un poco más alrededor de la mía y se me escapa una sonrisa. No sé si exactamente feliz. Creo que más bien intento agradecerle el consuelo.

—¿De veras? Creía que te sacaba bastante de quicio.

—A veces. Le encanta llevar la razón con sus suposiciones. Aunque también es ingenioso e inteligente. Y cuando se permite no tener tanto control

sobre sí mismo y sobre lo que sucede alrededor, es bastante encantador. — Abro la boca para protestar, avergonzado, pero su sonrisa me desarma y luego ella sigue hablando—: Si yo quisiera ser reina, necesitaría aliados, ¿no? Inteligentes e ingeniosos y con visión política...

Trago saliva. No sé cómo la conversación ha llegado aquí. Nuestros dedos también juegan. Los observo, tomándose y rehuyéndose. Buscándose, pero como sin pretenderlo. ¿No es eso lo que llevamos haciendo los últimos días?

—No me necesitas, Ivy —concluyo. Lo creo de verdad—. De hecho, yo... —cojo aire— soy mucho menos de lo que me consideras.

—¿Quién es el que se infravalora ahora? —protesta. No se trata de eso. No lo entiende, y no me deja explicárselo, aunque siento que las palabras me pican en la lengua por primera vez—. ¿Es que no te escuchas hablar? Eres una persona excepcional. Y sé que probablemente no quieras casarte si puedes evitarlo, y lo comprendo, pero...

—No he dicho que yo no quiera.

El azoro me golpea con tanta fuerza que aparta por completo cualquier otra emoción. Ella me observa con los ojos bien abiertos, en tensión.

—Quiero decir, tampoco digo que *quiera* casarme. Me refiero a que, bueno, o sea, no me disgustaría. ¡Pero no se trata de...! O sea, solo... Yo...

Magnífico. Muy elocuente, Fausto de Granth. Para hacer el ridículo a semejante nivel, mejor mantén la boca cerrada o perderás el poco respeto que te profesa la muchacha que tienes delante, que te contempla como si te hubieras convertido en mantícora delante de sus ojos.

Eso hago. Me callo. Y de paso aparto la mirada al techo, pidiendo ayuda a las estrellas. No entiendo cómo hemos llegado aquí.

Tampoco sé cómo la mano de Ivy llega a mi cara, igual que yo toqué la suya antes. Ni por qué eso hace que se me corte la respiración y el corazón me salte en el pecho, sorprendido.

—Me he acostumbrado a tenerte cerca —confiesa. Sus mejillas están ruborizadas y no puedo evitar fijarme en ellas, aunque me resulta complicado concentrarme en algo más que su mano en mi pómulo, en la caricia que deja sobre mi piel—. Me gusta hablar contigo y crear este mundo que construimos cuando estamos solos. Es... fácil. Y lo que más libre me ha hecho sentir en

mucho tiempo. Me gusta poder ser solo yo... contigo. Y no quiero que eso desaparezca. No quiero que tú desaparezcas.

Debería decir algo en respuesta. Entiendo que *tengo* que hacerlo, pero mi cabeza de pronto se llena de posibilidades y no tengo claro cuál es la correcta.

«No voy a desaparecer. Siempre vas a poder contar conmigo. Me gustaría que siguiéramos juntos, de una manera u otra. Nunca había intentado ser solo Fausto, pero a tu lado parece lo correcto. Si al final nos separamos, te echaré de menos. No esperaba sentirme tan cerca de ti».

Siento que se me hace un nudo en la garganta.

Y al final sale lo más sencillo. Lo más absurdo, quizá. Lo más evidente.

—A mí..., a mí también me gusta.

«Me gustas».

Pero eso no lo digo. Eso intento no pensarlo. Eso no tiene ningún sentido, y yo solo acepto las cosas que tienen sentido.

Pero tampoco tiene sentido cómo se me acelera el corazón cuando ella sonrío un poco más con mi respuesta.

Y definitivamente no tiene sentido lo cerca que estamos.

Su mano sigue en mi mejilla y yo siento que nunca el roce de alguien ha sido tan real. También siento que nunca nadie me ha mirado hasta ahora, no como ella lo hace.

Hay un segundo de duda. De preguntas. De posibilidades.

Quiero huir y, al mismo tiempo, quiero quedarme aquí para siempre. Y eso tampoco tiene sentido.

Pero de todos los sinsentidos que supone siempre Ivy de Dione, el mayor de todos es que me bese.

De alguna manera, todo indicaba que iba a hacerlo. Puede que una persona que supiera algo de esto lo hubiera deducido primero. No ocurre de repente. Me da tiempo para alejarme. Sus dedos no se separan de mi rostro ni sus ojos de los míos. Excepto para mirar mis labios, y yo siento que hago lo mismo con su boca y me culpo porque eso tampoco tiene ninguna lógica.

Y entonces la presión de su beso.

No reacciono. No creo hacerlo del todo. La sensación me parece soñada, ajena, como si todo esto estuviera sucediendo en otra realidad, a una persona

que se parece a mí, pero que no soy yo. Veo la escena casi desde fuera de mi cuerpo.

Hay un montón de sensaciones que me abofetean, tantas a la vez que siento que me agobian y se me amontonan; no puedo separarlas y analizarlas todas, una por una, como merecerían.

Pasa demasiado rápido.

Yo no he cerrado los ojos, pero Ivy los abre en ese momento. Su rostro está ruborizado, más incluso que otras veces. Mis labios se separan entonces, aunque no quiero decir nada. No sé qué decir. Ni qué pensar.

Mi mente nunca había estado tan en blanco.

Ella traga saliva. Se separa. Su mano se aleja de mi cara. De mi otra mano.

Me quedo frío, como si el cambio de temperatura que hay entre nuestros reinos me golpease de repente. Creo que eso me despierta un poco.

—Yo... Será mejor que me vaya. Pensaré en todo esto. No te puedo prometer nada más.

No soy capaz de hablar. No soy capaz de detenerla.

Se pone en pie y se da la vuelta. Se aleja.

Mi mano despierta demasiado tarde, alzándose cuando la puerta se cierra.



Ivy

Besar a Fausto de Granth ha sido, aparentemente, mi peor error hasta la fecha.

Diría que ha sido mi peor idea, pero es obvio que no estaba pensando cuando lo hice. Me dejé llevar, sin ni siquiera tener en cuenta las consecuencias. Sin ser consciente de que era una locura, de que debí haber permanecido a una distancia prudencial.

¿Y si lo he echado todo a perder con mi estúpido impulso?

¿Y si el príncipe ahora me odia?

¿Qué pensará de mí?

Me incorporo en la cama. Desde el dosel, *Idris* abre sus ojos brillantes y me mira, alerta.

—¿Qué he hecho? —suspiro.

Por supuesto, la sombra del ave no dice nada. Se dedica a ladear la cabeza y a mirarme, lo que provoca que me sienta todavía más tonta. No ayuda que durante la cena no me haya atrevido a mirar a Fausto a la cara y que haya fingido prestar atención a la conversación entre Kay y mi padre, que no dejaba de hacer preguntas a mi amiga sobre sus viajes (para delicia de Samira, quien disimulaba malamente su emoción).

Me levanto y cojo mi chal más abrigado.

Necesito contárselo a alguien. Necesito una persona que me escuche y me abrace y me reafirme que todo ha sido inapropiado, pero también que me diga que él nunca se enfadaría por algo así (aunque no sea cierto) y me prometa que todo se arreglará (aunque tampoco sea cierto).

Y sé que, a pesar de que se enfadará conmigo por andar sola por los pasillos, esa persona es Greta.

—*Idris*.

Se escucha un aleteo en la penumbra. Un pequeño gorrión se posa en mi hombro y yo le paso un dedo por la cabeza cuando canturrea para mí.

—Necesito que me cubras, ¿vale?

Idris pía con suavidad y yo me lo tomo como un asentimiento cuando abro la puerta del pasillo y echa a volar por delante de mí. Los corredores están helados en comparación con mi cuarto y el frío parece colarse a través de la suela de mi calzado. Huele a humedad y a noche, a esas sombras que se concentran en las esquinas y que parece que ninguna luz pueda deshacer.

Un poco más adelante, una con forma humana se acomoda en el suelo.

Doy un respingo, súbitamente paralizada. La sombra se mueve y tardo unos segundos en percatarme de que hay alguien sentado delante de una de las ventanas del pasillo, esa desde la que se ven los jardines. La luz de la luna lo ilumina desde atrás y dibuja su silueta sobre la piedra, a mis pies.

Me acerco con el corazón en un puño. El príncipe está sentado en el alféizar de la ventana, con la cabeza baja. Aunque no puedo apreciar los detalles, la tela de su túnica almacena rayos de luna, dándole a su figura un aura casi sobrenatural. Distingo, no sin cierta dificultad, el contorno del *nay* entre sus dedos.

Durante un momento me permito observarlo, aprovechando la tapadera que me ofrece *Idris*. Me planteo pasar de largo, sin hablar, completamente invisible.

Podría incluso acercarme sin ser vista. Si lo tocase, ¿lo notaría o pensaría que es el viento? Siento las manos frías, así que quizá podría disfrazarme de corriente de aire en la mejilla o en la mano. Tal vez mi beso fue tan insustancial como una, de hecho.

Estoy a punto de marcharme cuando *Idris* decide por mí. Pasa como una exhalación a mi lado y se acerca a su dueño, recordándome dónde están sus lealtades.

Fausto casi suelta su *nay* por la sorpresa.

—¿*Idris*? —Su cuerpo se tensa—. ¿Le ha pasado algo a...?

Sus ojos se alzan y sé, sin lugar a dudas, que he sido descubierta. Que el hechizo se ha roto como si la luna llena, encargada de deshacer todos los encantamientos del mundo, brillase en el cielo esta noche.

—Alteza.

Mi voz suena más distante de lo que pretendía, pero no sé si querrá volver a escuchar su nombre de mis labios. Me lo dio hace ya muchos días, pero ahora siento que no lo merezco. Que he traicionado su confianza. Me alegro de que esté lo bastante oscuro para que no vea que me arden las mejillas. Por vergüenza, porque de pronto mi beso late en mis labios, y también porque soy súbitamente consciente de mi aspecto, con la camisa de dormir y las trenzas cayéndome sobre el pecho.

Siento que sus ojos me recorren, pero al final bajan hasta fijarse en sus pies.

Se levanta, como si estuviera recibéndome formalmente. *Idris*, apartada de los modales humanos, cambia de pajarillo a sombra blanca y se acomoda en el borde del alféizar.

—Princesa.

El susurro del príncipe me hace apretar levemente los labios. No quería que me tratase así, pero supongo que me lo merezco. Doy un paso atrás, sin poder evitarlo.

—Lamento haberos asustado. —Me suena raro hablarle como si fuéramos dos desconocidos. Como si no supiera de las travesuras de su infancia con sus hermanas o de las cosas sencillas que le hacen feliz—. No iba a molestaros, pero parece que *Idris* no se ha podido resistir a saludaros.

El ave pía con una melodía indignada, como si no estuviera de acuerdo conmigo. Como si me echara la culpa: «Te morías de ganas de hablarle, Ivy».

Solo querías una excusa, y yo te la he dado.

Solo que yo no esperaba que hablarle fuera tan incómodo. Que el trozo de suelo que nos separa contuviese todos los días de viaje que hay de aquí a

Granth.

No quiero perder lo que teníamos.

Por favor, no dejes que se pierda lo que teníamos.

—Bueno, que *Idris* tome sus propias decisiones no debería ser una sorpresa para nadie...

Observo sus dedos, apretados alrededor de su nay, como si quisiera esgrimirlo como una barrera más entre nosotros. Otra limitación, como la charla insustancial que me lanza, mientras a mí las palabras me quemán en el pecho.

Trato de tragármelas, de nuevo hacia abajo, bien ocultas, bien quietas.

—Es obvio que prefiere la compañía de su amigo. Quizá conciba como un castigo tener que quedarse en mi cuarto —susurro, forzando el filo en mi voz. Contra mí o contra él, no importa. Si finjo molestia, no tengo que aceptar la tristeza. Si lo incomodo, quizá pueda olvidar mi propia vergüenza—. Aunque al menos ella tiene la opción de guardarme desde un lugar cálido y cómodo, no desde un frío corredor.

—Yo...

Calla antes de poder llegar más lejos y se deja caer en el alféizar, como si quisiera desaparecer. Supongo que ya sabe cómo me sentí yo después del beso, cuando no hizo *nada*. El enfado del que he intentado convencerme deja paso a la frustración y, después, a la culpabilidad. Y sé que me sentiría peor si pudiera ver su rostro con más detalle, porque puedo imaginarme su gesto perdido, el mismo que pone cuando la situación lo abrumba, el de quien no ha aprendido a relacionarse con nadie sin la corona ciñendo su cabeza.

—Nunca puedo dormir —dice de pronto, y acaricia el plumaje de *Idris*—. Hay mil posibilidades que no me dejan. Y la única forma en la que consigo quedarme tranquilo es esta.

Aprieto los labios, desarmada por su preocupación. Porque sé que lo hace por *mí*. Incluso ahora. Incluso cuando sé que podría haberse molestado, cuando no le he dirigido la palabra en la cena. Cuando me fui sin darle oportunidad de explicarse. Pero es que no parecía que fuese a reaccionar nunca.

Dejo caer los hombros bajo mi chal. La tensión desaparece y es reemplazada por la derrota.

—Así que no duermes ni una noche entera desde el ataque.

Ojalá mi voz no estuviera teñida por esa preocupación.

—Descanso algo antes de que amanezca. Y por las tardes —dice con la boca pequeña. Eso será cuando no voy a molestarlo con mi presencia.

—Eres un completo idiota, Fausto de Granth.

El asomo de una sonrisa hace que sienta ganas de zarandearlo.

—Al menos ya me tuteas, aunque sea para insultarme.

El calor sube a mis mejillas, pese al aire frío del corredor.

—Eres insufrible —continúo—. E iba a disculparme, pero creo que he cambiado de opinión. Será mejor que me vaya.

Doy un paso atrás. Estoy a punto de girarme y seguir adelante, con o sin *Idris*, cuando su voz me detiene:

—¿Disculparte? —Lo pregunta como si no supiera de qué hablo. Como si no concibiera que pudiera haber hecho algo mal.

Enredo las manos en mi chal, rozando con los dedos los puntos de la lana.

—Por... lo de esta tarde.

Sé que no dirá nada. Quizá se quede quieto, incapaz de reaccionar. Quizá se convierta en estatua solo para librarse de tener esta conversación. Puede que decida ignorarlo y cambiar de tema.

Su titubeo, sus dudas, toman la forma de un movimiento nervioso en sus dedos.

—¿Por eso estás despierta?

No creo que decirle que sí sea la mejor idea. Tampoco explicarle que necesitaba el hombro de mi mejor amiga para llorar por el ridículo que he hecho con mi prometido.

—Si así fuera, ¿qué pensarías?

Un latido. Dos. Tres.

—Que al menos no soy el único que no ha dejado de pensar en ello.

Supongo que esperaba que me hablase con disgusto, si es que me respondía siquiera, así que me sorprende el cuidado con el que elige sus palabras. Aunque esto demuestra que yo no sé calcular posibilidades, porque esta no me entraba en la cabeza.

—Perdóname. —La disculpa se hincha en mi pecho como una burbuja y, cuando deja de poder ser contenida, explota en palabras—: Lo siento, Fausto.

Nunca debí... Estuvo completamente de más.

Él no dice nada y yo temo a ese silencio más que a nada, porque se alarga demasiado. Cuento mis respiraciones hasta que algo pasa, pero el príncipe se dedica a mirar a Idris, como si esperase que ella pudiese darnos una respuesta. El ave, sin embargo, echa a volar y se acerca a mí. Yo doy un respingo cuando su pico alcanza mi chal. Consigo agarrar uno de sus bordes mientras *Idris* vuelve al alféizar. Eso me obliga a dar un paso hacia delante.

Al menos hace que el príncipe reaccione, exclamando su nombre a modo de amonestación. Le arranca la otra esquina del pico, molesto por su atrevimiento y, en cuanto lo hace, *Idris* alza el vuelo y se aleja por el pasillo, con un canto que parece una risa. Es fácil imaginársela como una forma etérea de espíritu burlón.

Nos miramos, con el chal haciendo de puente entre nosotros. Un vínculo tan inestable como todo lo que nos une en este momento, tembloroso, cogido con la punta de los dedos. Podría soltarlo y dejarlo estar. Él podría dejarlo caer y devolvérmelo. Pero, en su lugar, ambos nos aferramos con fuerza.

Y Fausto le da un pequeño tirón. Lo justo para invitarme a acercarme. Solo un poco. Solo un paso.

Se lo concedo.

—¿Me odias? —pregunto.

—No. —Otro tirón. Otro paso hacia él—. ¿Y tú a mí? Por quedarme parado.

Por ser... un completo idiota.

Tengo que sonreír. Quiero evitarlo, pero las comisuras de mis labios se niegan a seguir mis órdenes. Por eso escondo la expresión al agachar la cabeza.

—No puedo odiarte —confieso—. Pero admito que pensé que te había horrorizado. —Me ruborizo—. Prometo no volver a hacerlo. Fue un error.

Él no hace comentarios al respecto, solo enreda la lana alrededor de su brazo, tirando con suavidad de mí, sin adelantarse más que para acomodarse un poco más en el borde del alféizar.

—¿Por qué lo hiciste?

En los dos pasos que doy a continuación no puedo evitar trastabillar. ¿Qué pretende? ¿Qué es lo que quiere escuchar? ¿Y qué es lo que *no* quiere

escuchar?

¿Se horrorizará si le digo que me sentí atraída?, ¿que quise saber lo que se sentía al besarlo?, ¿que tenía curiosidad por el sabor de sus labios, por su textura, por si habría mariposas aleteando en mi estómago después? En las historias que escuchaba de pequeña, en los cuentos de príncipes y princesas, siempre parecía haber algo sobrenatural en los besos. Algo mágico, acaso un designio divino. Y yo quise comprobarlo. Quizá todavía hay un rastro de soñadora en mí, después de todo.

—Porque estabas cerca y... —No soy capaz de acabar la frase. No creo que haga falta.

Un último tirón. Él me observa desde abajo, sentado todavía en el saliente de piedra. Nuestras rodillas se tocan. Nuestros ojos se encuentran. A mí se me corta un poco la respiración. Quiero creer que a él también.

—No sabía cómo reaccionar —susurra—. Porque soy idiota, supongo, como tú dices. —La más leve sonrisa, de nuevo—. Y porque se me da muy bien todo lo que se pueda estudiar, pero la práctica es otra cosa y yo... no lo esperaba.

Siempre te sales de mis cálculos.

—No tengo claro si eso es bueno o malo.

—Yo tampoco lo sé —admite—. Pero creo que no me disgusta tanto como cabría de esperar de mi afán controlador. —Un silencio. Una duda—. Como tampoco me disgustó el beso.

Su última declaración la dice tan bajo que tengo que echarme hacia delante para poder escucharla. Y en cuanto lo hago, en cuanto calla, siento la tentación de romper el espacio que nos separa para volver a probar sus labios. Pero no lo hago. Solo me quedo muy cerca, casi respirando su mismo aire, esperando... algo, no sé muy bien qué.

Él baja la vista a mi boca. ¿Va a besarme? Creo que sí y, sin embargo, el momento pasa y él observa el chal que todavía nos une, porque ninguno hemos querido dejarlo ir, como si supiéramos que soltarlo es romper también un lazo invisible.

—¿A quién besabas antes? —inquire para mi desconcierto—. ¿A Fausto o al príncipe, Ivy? ¿Al idiota o a tu prometido?

Frunzo el ceño, más intrigada que confusa porque, al fin y al cabo, he acabado por entender la diferencia entre los dos.

—A Fausto —digo sin dudar.

—Pero no conoces de verdad a Fausto. No del todo. Y no sé si querrías besarlo si lo hicieras.

Ahora sí que estoy perdida. Lo que puedo ver de su rostro ha cambiado totalmente, volviéndose serio. Incluso un poco triste. Noto que rehúye mi atención.

—Creo que no te entiendo.

Su suspiro es de cansancio, como si todas las noches sin dormir le estuvieran pasando factura de repente.

—Todo en lo que podía pensar esta tarde, aparte de lo idiota que fui por no decir nada a tiempo y de la vergüenza, era que no quería sentir que habías besado a un desconocido, sino a mí. A mí de verdad. —Abro la boca para preguntarle a quién iba a haber besado si no, pero él entonces alza los ojos con decisión, sin darme tiempo a interrumpir, y sigue hablando—: Por eso, antes de nada más, hay algo que quiero contarte. Es importante. ¿Me escucharías, Ivy?

Tengo un momento de duda. Un instante en el que me pregunto por qué su seriedad. Pensé que había sido sincero conmigo, pero ahora, al parecer, quiere descubrirme algo que podría cambiar mi opinión de él para siempre. Siento la tentación de escudarme, de decirle que no quiero escucharlo, pero finalmente asiento.

—¿Qué ocurre?

Voy a sentarme a su lado cuando un sonido nos devuelve a la realidad del pasillo. Es lejano, pero se acerca lentamente y ambos damos un respingo. Él mira por encima de mi hombro y luego al exterior, como si acabase de recordar dónde estamos.

—Son los guardias haciendo su ronda —me explica en un susurro.

Nos miramos, pero yo ya he dado un paso atrás. Recupero mi chal, que él suelta cuando doy un tirón. Sé que tengo que regresar a mi cuarto. Que si nos ven juntos en el pasillo, de noche, tendremos problemas. Sobre todo teniendo en cuenta que yo solo tengo puesta mi ropa de dormir y que *Idris* se ha alejado de nosotros.

—Vamos a mis habitaciones —le pido.

Creo que se va a negar. Que es demasiado íntegro para ello. Aunque ha estado antes, no ha vuelto a ellas desde aquella noche en la que me lo encontré en el pasillo. Ahora, normalmente, soy yo la que va hasta sus aposentos, aunque él nunca ha puesto pegas al respecto. Creo que le resulta más fácil así, cuando soy yo la que rompe las reglas y él simplemente es un cómplice de mi rebeldía.

Pero sabe que, si quiere hablarme en privado esta noche, no habrá muchas más oportunidades.

Por eso, cuando cojo su mano y tiro de él, dándole el empujón que necesita, sus pasos me siguen sin dudar.



Fausto

Desde que conozco a Ivy, no he dejado de hacer todo lo que por lo general no haría. Romper reglas. Acercarme tanto a una persona. Esconderme de guardias como si estuviera cometiendo un delito.

Ahora, al contrario, parece extraño el día en el que Ivy y yo nos comportamos como el resto del mundo espera. Por eso, cuando cierra la puerta tras nosotros y suspira, yo solo la observo. *Idris* se cuele a tiempo, respondiendo al silbido bajo con el que le he ordenado que volviera.

Ni siquiera puedo sentirme del todo mal. O no todo lo mal que debería.

Pero no puedo concentrarme en los guardias ni el decoro ni en ninguna de las cosas que tendrían que preocuparme cuando Ivy se gira hacia mí, esperando mis palabras.

Unas palabras cuya pronunciación forma parte de la lista de cosas que hasta ahora no había hecho.

De pronto, me asusto. De pronto, aunque todo me quemaba ya en la garganta por la tarde, me arrepiento. De pronto todo parece demasiado real y yo no estoy seguro de cómo me siento al respecto. Hay secretos que parecen desaparecer si te esfuerzas por ignorarlos. Y puede que yo haya estado haciendo eso mismo con este.

Aparto la vista a mis pies.

—Así que a esto nos vamos a dedicar. A... escondernos por los rincones.

—Lo dices como si no hubiéramos estado haciendo eso mismo durante semanas.

Respiro hondo. Semanas. ¿Llevo ya tanto aquí? Desde luego. Pronto llegará el resto de reyes. Mis padres entre ellos. Parece que fue ayer mismo cuando nos despedimos y, a la vez, que ocurrió hace siglos. El tiempo parece algo desvirtuado, extraño, desde aquel ataque... Puede que desde antes. Puede que desde mi primera conversación con la muchacha que ahora se acerca a mí y me observa con sus ojos grandes, azules, demasiado claros, de cielo despejado por el que cualquier ave querría volar.

Nos miramos. Creo que ella intenta adivinar de antemano qué es lo que escondo, mientras que yo trato de saber qué pensará antes incluso de hablar. O quizá solo intente encontrar las palabras adecuadas.

—Hay una historia —susurro—. En mi reino.

Ivy parece un poco más confundida que antes. Aparto la vista y me alejo de ella, porque así es más sencillo, y me acerco a la chimenea. En mi cuarto siempre nos sentamos ahí. Tomamos cojines, como yo hago ahora, y los tiramos en el suelo. Nos acomodamos sobre ellos y miramos a las llamas, mientras ella me lee o yo toco el nay. Esta vez soy yo quien tiene un cuento para ella y no solo notas de música.

—¿Una historia?

Escucho sus pasos ahogados por la alfombra. Siento su cuerpo caer justo a mi lado. La observo de reojo, pero aparto la vista casi de inmediato cuando nuestras miradas se encuentran. De improviso, aunque es absurdo, no me siento digno de estar tan cerca de ella. De que me toque como lo hace, cuando las yemas de sus dedos rozan las puntas de los míos.

—Es sobre un rey —suspiro—. Uno vanidoso. En mi tierra se cree que los reyes son siempre elegidos de las estrellas, bendecidos y señalados por ellas desde su nacimiento. Este rey decía, en su soberbia, que las estrellas lo amaban tanto, lo protegían tanto, lo idolatraban tanto, que él tenía poder sobre ellas y no al revés.

Contemplo las llamas. Siento que se mueven para dar forma a mi rey, una gran silueta roja y naranja, palpitante, cuyo orgullo crepita con la misma

fuerza que el fuego. Cuando Ivy lanza una exclamación, me doy cuenta de que en algún momento deja de ser producto de mi imaginación. El fuego se convierte de verdad ante nosotros y yo sé quién es la culpable.

Cuando la miro, *Idris* solo ladea la cabeza, desde la silla en el que suele colocarse cuando vela a la princesa. A veces me pregunto hasta qué punto nuestras mentes están conectadas. Quizá podría pedirle a ella que desvelase mi secreto y ni siquiera tendría que hablar.

—¿Qué pasó con él?

Vuelvo la vista a Ivy. Ella, como si hubiera entendido que me es más sencillo no mirarla o estuviera demasiado hechizada por el falso baile del fuego (es solo una ilusión, no es real aunque lo parezca), sigue observando a la chimenea. Lo agradezco.

—Como te he dicho —continúo—, quería demostrar que tenía poder sobre las estrellas. Tanto que un día aseguré que podía aumentar el número de estas en el firmamento.

Frente a nosotros, la figura del soberano se hincha. Las chispas se convierten en astros titilantes que él señala con orgullo. Sin embargo, una de las ascuas se convierte en una segunda silueta al tiempo que yo la convoco:

—Por supuesto, alguien dijo que eso era imposible. «Queremos ver que así es. Si tan poderoso eres, si tanto obedecen las estrellas tu voluntad, podrás hacer eso».

»El rey se lo tomó como un reto. Pudo haber reconocido que había sido demasiado vanidoso. Pudo, incluso, inventarse algo para disfrazar aquella historia o hacer que la gente la olvidase. Pudo haber sido un pícaro y fingir que ya había una estrella más, pues, al fin y al cabo, ¿quién cuenta todas y cada una de ellas? Pero aquello no le servía. Él, ahora que ya lo había dicho, ahora que había llegado el momento de demostrar cómo de protegido estaba por los astros, quería su estrella. La fe de su pueblo en él dependía de ello.

»Así se lo dijo, pues, a sus protectoras. Rezó en el Templo hasta que Polaris, la que llaman la más brillante de todas, se apareció ante él.

Ivy toma aire cuando hay un nuevo fogonazo frente a nosotros. Esta vez, la llama no es roja y naranja, sino blanca. Es evidentemente más grande que el rey.

Su color habla también de su imposibilidad.

—En su sabiduría, para proteger al rey pero también para probar ante el pueblo su poder y su existencia, la estrella decidió hacerle al soberano el regalo más grande que cualquier mortal pudiera haber concebido.

«Vuestra esposa está embarazada, majestad. Y en su vientre, cada día un poco más, crece una de las nuestras. Bendita por nosotras y nuestro poder, cuando llegue el momento será una de las más brillantes en el cielo».

Observo el rostro de mi oyente de reojo. Ella no vuelve la vista de las figuras que *Idris* inventa para acompañar mi relato, pero puedo ver su ceño fruncido, intentando adivinar, quizá, el final.

—Ya hemos dicho que el rey era vanidoso. Por tanto, ¿qué crees que fue lo que hizo después de aquella visita?

—Hablar de ella —susurra.

Asiento.

—«Las estrellas nos han bendecido», dijo.

«Habrá una estrella más, y no en el cielo, sino en la tierra».

Creyó que todo el mundo lo admiraría por la proeza.

¡Una estrella entre ellos! ¡En la familia real, ni mucho menos! ¿Qué más pruebas hacían falta de su poder divino? Sin embargo...

Nuevas siluetas. Crepitan, se mueven como si se burlasen de la figura del soberano.

—«¿Qué lugar es la tierra para una estrella?», dijeron unos, porque aquello no era lo que esperaban.

«Las estrellas deben observar desde arriba, no caminar entre nosotros», comentaron otros.

«No podéis hacer que una más brille, y así es como tratáis de disimular vuestro fracaso».

«Si no podéis hacer que brille en el cielo, ¿qué importa que sea una estrella?».

»Pero el rey había dicho la verdad. Ahora no inventaba, contaba aquello que le había sido transmitido. Pero ¿qué pruebas había? El pueblo no lo creía. Y si el pueblo no lo creía, ¿cuál era el sentido de todo? Ellos tenían razón. Si no brillaba, ¿de qué servía?

»Aunque Polaris no había dicho que no fuera a brillar nunca. Había dicho que lo haría. Que sería la más brillante... cuando llegase el momento.

Creo que Ivy ya sabe cómo concluirá el cuento porque solo en ese instante ignora las llamas para fijarse en mí. Yo sigo mirando el fuego; es más sencillo observar esa silueta creciendo cada vez más, hinchándose en su propia vanidad, cegado por su ego, consumiéndolo todo a su paso.

—El bebé nació —murmuro, observando la cuna que surge de las llamas—. Y el rey decidió que era su momento de brillar.

La gran silueta de fuego se echa sobre la cuna.

Solo hay una última chispa antes de que todo se convierta en cenizas.

Cuando parpadeo, en realidad, el fuego sigue ahí, sin formas, calentando la estancia y nada más. Me cuesta un poco salir de la ilusión. Creo que a Ivy también; tiene el rostro desencajado.

—Nadie haría algo tan horrible —asegura. Me parece que se lo dice a sí misma más que a mí. Aunque pronto entiendo que su miedo tiene otra raíz—. ¿Por qué..., por qué me cuentas esto?

Me lleno los pulmones. Bajo la vista.

—Mi padre, como el rey de la historia, quería el brillo de la estrella. Algo que todo el pueblo quería verle tener, lo único que tenía sentido. La descendencia no era lo importante de verdad. Era el brillo. Lo que eclipsa cualquier otra cosa, ciega y se convierte en todo lo que importa.

—No lo entiendo. Tu padre tiene un heredero que continuará su legado y eso es todo lo que podría desear, ¿no es cierto?

—Precisamente —susurro—. Un *heredero* era su brillo de estrella.

—Pero tú estás aquí...

Su mano toca la mía, más corpórea que antes. Sonrío, irónico. Es casi como si de pronto dudase de mi existencia. Mi realidad. ¿Soy real? Desde luego, yo sí.

Pero ¿soy real *para ella* si todo lo que sabe de mí no es cierto? Cuando eres una gran mentira, ¿existes o solo eres ficción?

—Yo estoy aquí de la misma manera que al final la estrella brilló en el cielo, Ivy.

—Eso es... —No sé de qué va a acusarme. Quizá de cruel, por comparar mi existencia con la de la estrella del relato. Pero entonces creo que lo entiende y se queda muy quieta. Un poco más pálida, o puede que solo sea yo

imaginando su reacción tal y cual la espero. El silencio se alarga un segundo eterno—. ¿Qué intentas decirme, Fausto?

Aparto la mirada. Observo nuestras manos unidas. ¿Las separaré en cuanto pronuncie las palabras? A lo mejor solo me traspasa. A lo mejor sí que soy irreal y, como no soy nada de lo que ella imagina, desaparezco.

—El rey quería un heredero, como el del cuento una estrella. Al principio, estaba dispuesto a esperar. Con el primer embarazo dijo que no importaba si era una niña. La querría. Pero entonces su esposa tuvo un parto complicado, y se le dijo que nunca más podría tener hijos. Que ni siquiera lo intentasen, porque un segundo embarazo sería peligroso para la madre y para el supuesto bebé si se daba el milagro de que naciera. Pero no intentarlo significaba tener *solo* una heredera. El pueblo, además, hablaba, como el de la historia: ¿qué clase de rey se rendía y renunciaba a conseguir un heredero? Así que, aunque al principio pareció aceptarlo, al final lo intentó. Muchas veces. Muchos años. En vano.

Trato de no pensar mucho en lo que digo, precisamente porque ya he pensado demasiado en ello. Me pregunto si Ivy imagina lo mismo que yo a veces. A ella, por suerte, le regalo el relato más simple que puedo. No sabe que cada noche Fadir de Granth insistía a su esposa para que le diera un nuevo hijo. No sabe que Maryam de Granth pensaba con tanta fuerza que era su obligación que cerraba los ojos, incluso cuando no podía más, y solo dejaba que todo ocurriese.

Yo lo sé porque ella me lo ha explicado. Me explicó todo, desde el principio, para que así lo comprendiera.

—Al final, siete años después del primer nacimiento, la reina se quedó encinta —susurro—. Era un milagro. Como un regalo de las propias estrellas.

Todo parecía ir bien. Con suerte, sería un niño y nacería sano.

—Pero no fue así.

Ivy lo dice con una voz extraña. Como si no fuera la suya. Como si una masa pegajosa le obstruyese la garganta y le impidiera pronunciar y respirar al mismo tiempo.

Nos miramos en silencio. No me había dado cuenta hasta ahora de lo fuerte que estoy agarrando su mano.

No quiero desaparecer.

—No fue un varón y, aunque lo hubiera sido, habría dado igual. Murió en el parto. Nunca llegó a llorar.

Ivy aparta la vista y yo lo hago también. Creo que es una manera de protegerme de que ella ya no me mire. Por supuesto que no lo hace. Puede que ya me haya hecho invisible. Puede que ya esté desintegrándome. Puede que me convierta en cenizas.

—Entonces, tú...

—Los reyes tienen el dinero suficiente para comprar a un hijo si lo necesitan.

Y hay muchas mujeres a las que ese dinero les salvaría la vida.

Nos quedamos callados. Creo que mi voz suena demasiado definitiva, demasiado dura. Casi como si no fuese yo. Aunque quizá, precisamente, sea más yo que nunca. Puede que esa sea mi verdadera voz, grave e inflexible, sin moldear por la buena educación que nunca tuve que recibir. De ultratumba, porque lo más probable es que yo, el yo que nació aquel día en el que otro bebé murió, hubiese fallecido.

He tenido suerte. He tenido mucha suerte. De nacer para no tener nada, ni siquiera futuro, a crecer teniéndolo todo.

Pero nunca soy capaz de pensar en esa suerte. Solo en que no nací para esto.

No soy príncipe ni seré rey, y al mismo tiempo le quité todo a mi hermana. Le quité, incluso, la calma a mi madre, que tuvo que criar como suya a una mentira mientras ni siquiera se le concedía ceremonia al pequeño cadáver que había nacido de ella.

¿Cómo no voy a considerarme un ladrón?

—Fausto de Granth no existe —concluyo.

Fausto de Granth es una ilusión como las que crea *Idris*.

—Pero Fausto sí, ¿verdad?

Como de costumbre, no espero su respuesta. Lo que me rodea vuelve a definirse e Ivy toma forma al tiempo que su mano toca mi rostro, de la misma manera que esta tarde. Siempre me sorprende lo fría que está su piel.

—Puede que Fausto de Granth no sea real, pero yo no he estado viéndome con él, sino con Fausto. Y creo que él sí existe.

Aparece un nudo en mi garganta que trato de hacer desaparecer sin éxito. No me había dado cuenta de que me temblaban las manos, pero soy consciente cuando mis dedos se posan encima de los suyos. No intento apartarla. Aprieto su mano contra mi rostro, me aseguro de sentirla.

—¿Lo hace? Una ilusión siempre será una ilusión. No puede tomar conciencia y hacerse real, por más que lo desee, porque todo lo que la construye es mentira.

—Pero no eres una ilusión. Estás aquí, a mi lado. Me has hablado de tu infancia, de lo mucho que echas de menos a la reina Maryam o el silencio de la Gran Biblioteca. Todo eso es real. Eres tú.

—¿Lo soy? Entonces, ¿dónde empiezo? Aunque Fausto de Granth no existe, todo lo que es Fausto es por su culpa. No puedo separarme del disfraz de príncipe. Si estoy aquí ahora es porque Fausto de Granth está prometido con la princesa de Dione. Si me niego a reinar es, en parte, porque me compraron. Si mi lugar hubiese sido legítimo, quizá las princesas no me importaseis en absoluto. Quizá sería uno más de esos príncipes que solo ven sus privilegios y los defienden, como todos los reyes que le niegan a Kay de Dahes su lugar.

¿Creo que deben gobernar por justicia o solo estoy revolviéndome por un deseo de venganza? Porque sé lo que vivió mi madre. Porque soy consciente de que la vida de Casilda cambió para siempre y vio cómo todo a lo que se había acostumbrado como heredera desaparecía frente a sus ojos por un intruso.

Porque sé que, incluso cuando yo llegué al castillo, el hombre al que debería llamar padre consideró que si su esposa se había vuelto a quedar embarazada quizá lo podría hacer una vez más. Porque yo era una buena mentira, pero solo una mentira al fin y al cabo, y él quería algo real. Algo suyo.

Mi madre pensó que conmigo se había acabado todo, pero habían pasado dos años desde el día en que su bebé murió cuando Fadir consideró que podían volver a intentarlo. Aunque ella se negó. Aunque dijo que no era necesario.

Aunque no entendía por qué tenía que seguir tratando de dar la vida por un heredero, si había aceptado incluso a un bebé que no era suyo. Solo por el

reino.

Solo por el *deber*.

Casi murió al dar a luz a Samira. Fue el punto al que hubo que llegar para que Fadir de Granth se asustase al fin, se rindiese y decidiese que un fraude como yo era mejor que nada.

Ivy, en cualquier caso, no parece encontrar una respuesta. Quizá llegue a la conclusión, como yo, de que es imposible separar al personaje inventado, el príncipe, del mendigo. Por eso me observa, frustrada, y contesta con otra pregunta:

—No importa qué te haya llevado hasta aquí, si el príncipe o el niño comprado, o ambos, pero ¿cambiarías ahora si pudieras? ¿Cambiarías tu deseo de ayudar o el hecho de estar aquí conmigo si te dieran la oportunidad?

Me quedo muy quieto, observándola. Siento que me quedo un poco sin aire mientras las preguntas se cuelan en mi cabeza. No me lo había planteado. Nadie va a darme la oportunidad de cambiar. No es como si pudiera hacer desaparecer todo: es una hipótesis imposible y nunca calculo las hipótesis imposibles.

Pero si pudiera...

—No.

Sé que es verdad. Quiero pensar que estoy haciendo lo correcto. Lo *justo*. Y me gusta estar aquí. A su lado. Y quizá quiera admitírmelo más de lo que el príncipe me dejaría. Porque el príncipe piensa en política, y desde hace ya unos días no hay nada de política en todos los pensamientos que le dedico.

Ivy sonrío. Lo hace como podría haberlo hecho yo con una suposición acertada, pero también con alivio, como si acabase de quitarle un gran peso de encima. Y su frente toca la mía cuando se echa hacia delante. Y de pronto solo existe eso. Lo cerca que está. Lo mareado que me siento.

—Entonces, eso eres tú, Fausto. El tú real, surja de donde surja. El mismo que ha estado conmigo estos días. El que me gusta.

Trago saliva porque siento la garganta seca. Otra vez me quedo sin palabras, pero sé lo que significaría no responder. Quedarme quieto como antes, incapaz de reaccionar, solo significaría distancia, y no quiero eso entre nosotros. No lo soporto.

—Antes pensé que solo era un consuelo —le confieso—. Cuando dijiste que te gustaba Fausto. No lo entendí. Porque soy idiota. Porque no sé nada de esto.

Por eso no esperaba el beso. Y por eso no te dije... —Aire, de nuevo. Siento que me falta—. Por eso no te dije que tú también me gustas.

No hay una respuesta, pero sí un rubor y una sonrisa. Una duda y una pregunta velada a la que asiento sin palabras, no sin cierta vergüenza e inseguridad.

Y ahora, cuando el beso llega, estoy preparado. Deseo desesperadamente no estropearlo todo y cierro los ojos. Me detengo en sentir de verdad su boca sobre la mía, aunque el sonido del corazón demasiado rápido apenas me deja pensar en nada.

El beso es real. Nunca había compartido uno y eso me hace sentir torpe y extraño. Pero supongo que también me hace sentir real. Porque Ivy sabe todo y aun así sus labios están en los míos. Su mano en mi mejilla. Mis dedos son capaces de rozar su color. No me deshago en el aire.

Ivy se separa. Cuando me mira, me veo reflejado. Estoy ahí, en su mirada, y no soy un espectro ni algo que desaparecerá en cuanto un nasir deje de usar su poder. Su risa nerviosa, un poco expectante, de niña que ha cometido una chiquillada, de quien sabe que estamos haciendo algo que no deberíamos, llama a las comisuras de mis labios a alzarse. Creo que ninguno de los dos sabemos hacia dónde nos dirigimos o por qué. Pero también creo que el sentimiento que se queda detrás de nuestra caricia es agradable.

No sé de dónde saco el valor, quizá de no pensarlo y atreverme a dejarme llevar por una vez en mi vida, pero el siguiente beso se lo doy yo.

Por primera vez en mucho tiempo, no siento que vaya a desaparecer.



Ivy

El secreto de Fausto me deja el corazón acelerado y un nudo en el estómago.

Aunque quiero estar tranquila (aunque finjo estar tranquila, porque sé que eso es lo que él necesita), las certezas de todo lo que podría pasar si esta información saliese a la luz me abruma más de lo que me permito mostrar.

En primer lugar, la familia real de Granth sufriría un gran golpe. Su credibilidad desaparecería y es más que probable que otros reinos decidieran darle la espalda. Eso es lo que pasó con Geraint de Dahes cuando se descubrió la verdadera identidad de Kay, e imagino que no sería muy diferente en este caso.

En segundo lugar, el compromiso se rompería. Mi padre jamás permitiría que me casase con una mentira, y la alianza con Granth se terminaría. Aparte, imagino que Fausto tendría que abandonar su puesto. Y entonces, ¿qué pasaría con él?

Observo el rostro pensativo del muchacho a mi lado, sobre cuyo hombro descansa mi cabeza. Hace un rato que ambos callamos y él ahora tiene los ojos oscuros fijos en el fuego de la chimenea, como si las figuras del rey y las estrellas siguieran chisporroteando entre las llamas. Cuando al fin me mira, doy un respingo. Pese a todo, no puedo dejar de pensar en él como «el

príncipe de Granth», y me pregunto si eso está mal. Supongo que no, porque a ojos de todos seguirá siéndolo.

—Debería irme —susurra—. Sigue siendo inadecuado que esté aquí.

Hay cierto tono de broma en su voz, pero yo no puedo evitar ruborizarme, en vez de reírle la gracia. En realidad, hay mucho de inadecuado en su visita, y no solo por su presencia, sino por su cercanía. Por nuestras manos unidas y por los besos que aún me cosquillean en los labios. Sigo sin saber de dónde han surgido esas ganas. Sigo sin saber qué hemos hecho. Pero ha sido algo que realmente me apetecía probar, y esta vez ha sido cómodo y los dos hemos aceptado las caricias que hemos querido, ni más ni menos. No creo ser la única que se ha sentido bien con ello.

—¿Vas a volver a guardarme desde el pasillo?

Él hace una mueca cuando yo me aparto para permitirme un poco de perspectiva.

—Ya te he dicho que no puedo...

—Dormir —completo, adelantándome a sus palabras—. Lo sé. Pues no te quedés despierto en el pasillo. ¿Sabes lo raro que debe de ser para los guardias...?

—Walfred y Arrion no tienen ningún problema con que esté ahí.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto que se ha aprendido los nombres de los guardias. Probablemente se haya aprendido el nombre de cada persona en el castillo, si está en una lista que pueda estudiarse.

—No, ellos seguro que no. Pero yo sí. Ningún invitado en mi castillo se pasará las noches al frío, sentado delante de una ventana. ¿Qué dirán si te ve alguien durante la Cumbre?

—Que mi prometida me quita el sueño. Lo que, siendo justos, es verdad.

El muy estúpido sonrío en un intento de ablandarme.

—Si quieres perder el sueño por mí, puedes hacerlo en un sitio en el que no vayas a coger frío. Aquí, por ejemplo.

Me levanto. Él sigue mi movimiento con los ojos abiertos de par en par y una pregunta que no se atreve a hacer en los labios. Dirá que es una locura, claro.

Que eso sí que es indecoroso. Yo echo una manta sobre los cojines que ocupaba hasta hace un segundo, aunque estando tan cerca del fuego dudo que

la vaya a necesitar.

—Eso es... —empieza tras la sorpresa inicial.

—Completamente lógico. ¿Quieres protegerme? Pues estarás más cerca de mí aquí, y yo dormiré más tranquila.

Por cómo mira a mi puerta y luego a su improvisado asiento en el suelo, dudo que vaya a decir lo mismo.

—Si alguien entrase...

—Nadie viene hasta el amanecer. Te recomiendo que para entonces estés de vuelta en tus propias habitaciones.

Fausto boquea como un pez fuera del agua, pero el hecho de que no se niegue de inmediato ya cuenta como una victoria. Me envuelvo en mi chal e intento parecer lo más firme posible cuando me acerco y me inclino sobre él. Para entonces el príncipe está tan sorprendido que no puede hacer otra cosa que mirarme a los ojos y cerrar la boca, como si temiera una reprimenda.

—Buenas noches, Fausto —susurro antes de dejar un beso en sus labios.

Su sorpresa es casi tan grande como su vergüenza. Me separo y me alejo, sin más palabras, intentando ignorar su incredulidad. El corazón, aunque no lo demuestre, me martillea en el pecho con la fuerza de una tormenta de verano.

Como una, sé que pasará de largo rápido.

—Buenas noches, Ivy.

Cuando lo miro por encima de mi hombro, me fijo en su expresión, un poco perdida, un poco maravillada. Como si no entendiera muchas cosas de mí. Pero sus palabras, después de todo, indican que acepta mi ofrecimiento. Se quedará.

—Y gracias —añade.

No hace falta que explique por qué me las da. Tampoco creo que haga falta que yo responda. El silencio que sigue a sus palabras lo llenamos con nuestros propios pensamientos.

Con nuestros propios temores, que son más grandes que nosotros mismos.



Samira

Contra todo pronóstico, mi hermano no me culpa por desvelarle a Ivy de Dione y Kay de Dahes el secreto de la Cumbre. Cuando nos vemos por la mañana al bajar desayunar, creo que me dirá algo. Anoche conseguí evitar la confrontación centrándome en Kay, y él parecía un poco ido, pero pensé que había sido un golpe de suerte y que la bronca caería tarde o temprano. Y es precisamente temprano cuando nos encontramos en el pasillo y yo me quedo un poco helada por ello.

Pero él solo me ha sonreído, ha pasado por mi lado y me ha preguntado si tenía hambre.

—¿No estás enfadado?

Espero haber sonado tan incrédula como estaba. Él se ha girado con un pestañeo lleno de confusión. No tanto como el mío, sin embargo.

—¿Enfadado? ¿Por qué debería?

—Por..., por decirle a las princesas... La Cumbre... Se me escapó y...

Bueno, ni siquiera sabías que yo lo sabía y...

—Ah, eso. Sí, supongo que no estuvo bien. —Me he preparado para la charla, para su voz dura, pero solo ha aparecido su sonrisa, conciliadora. Más tranquila de lo que la he visto jamás—. Ya está solucionado. Ten cuidado de no hablar de ello con nadie más, ¿de acuerdo? Vamos, me muero de hambre.

Y eso ha sido todo. Ni siquiera sé cómo me siento al respecto. ¿Qué quiere decir con que todo estaba solucionado ya? ¿Y por qué no se ha enfadado conmigo? He hecho algo mal. Que se enfade, ¿no?

¿Soy tan irrelevante ahora que ni siquiera va a hacer eso?

Se me ha quitado el apetito. Lo ha hecho un poco más cuando he visto la mirada que han compartido Ivy y él al verse y durante el resto del desayuno.

Como si compartieran un secreto. Como si de pronto hubiera algún lazo entre ellos, uno invisible al que yo no tengo acceso. ¿Qué me estoy perdiendo? Me pone nerviosa no saberlo. Me pone nerviosa que Fausto no lo comparta conmigo.

Estoy aquí. ¿No me ve?

Al final, parece ser eso mismo lo que ocurre, porque él se retira junto con su majestad Derrick supongo que para hablar de más asuntos políticos ahora que se acerca la llegada de los reyes. Kay de Dahes se pone en pie también, como Ivy, y ambas me ofrecen acompañarlas, pero a mí no me apetece en absoluto. Por muy interesantes que sean las aventuras de Kay, lo cierto es que ahora solo me recordarían lo pequeña e insignificante que soy en comparación.

Por eso las veo marchar, hablando entre ellas, mientras cruzo los brazos sobre el pecho y tuerzo el morro. Salgo del palacio; necesito aire limpio y espacio para respirar. Un lugar amplio en el que no sentirme encerrada por personas mucho más grandes que yo.

Aesir se reúne conmigo en el jardín y comienza a dar vueltas furiosamente sobre mi cabeza; hoy parece más pequeño de lo normal. No sé cuánto tiempo llevo tirada en la hierba, contemplando las nubes con el ceño fruncido y la cabeza bullendo de actividad con un montón de pensamientos que me gustaría no atender, cuando Logen me encuentra.

—Nuestro pequeño colibrí no está de buen humor.

Lo miro de soslayo mientras se acuclilla cerca de mí.

—Fausto y la princesa se llevan muy bien, ¿has visto? —mascullo en respuesta. No sé por qué. No es una novedad que desde el ataque están un poco más unidos. Y eso me parecía muy bien hasta ahora.

—Ah, el colibrí está celoso.

—El colibrí no está *celoso*. El colibrí piensa que alguien de pronto está muy tranquilo para estar en medio de un castillo con conspiraciones por las esquinas y a punto de realizarse el evento más importante de Marabilia. En ese ambiente, Fausto, nuestro Fausto, *mi hermano*, Don Nada Escapa De Mi Férreo Control, debería estar tan tenso que tendría que parecer un gólem. Niégalo.

Lo reto porque sé que no puede. Nuestro nigromante solo esboza una sonrisa divertida. Apoya la cabeza en una mano.

—Así que te parece mal que tu hermano esté relajado.

—¡Definitivamente!

Ríe.

—¿Segura? ¿A Doña Vive El Momento Y No Te Preocupes Demasiado? ¿Os habéis intercambiado los papeles?

Me azoro y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Solo digo...

—Creo que no es que esté relajado lo que te importa, ¿no? Sino no saber si hay algo que te estás perdiendo. Pero no pensarás que tu hermano te va a dejar de lado, ¿verdad? —Aprieto los labios. Aparto la vista—. Cielos, Samira. A veces creo que tu amuleto no funciona; es demasiado fácil ver tus sentimientos.

—¡Pero eso...!

—Es la pura verdad —me corta Logen. Después, se sienta a mi lado—. Y estoy de acuerdo: es extraño ver a tu hermano tan tranquilo de repente. Pero precisamente porque es algo raro..., vamos a dejarle, ¿de acuerdo? Un poco. Si tiene algo que contar, lo hará, y creo que puede ser bueno para él relajarse. Para cubrirle las espaldas ya estamos tú y yo, ¿no es cierto?

No sé cómo podría protestar a eso. Logen nunca me trata como una niña, aunque es mayor que yo y también mayor que Fausto. Está más cerca, de hecho, de la edad de Casilda. Siempre parezco divertirle, pero no como divierto al resto de la gente. Sé que me ve como una hermana pequeña, pero al mismo tiempo eso no hace que me subestime. Como cuando convenció a mi hermano de que podía venir a Dione y que no ocurriría nada. Le hizo gracia que me colase en el barco, pero defendió mi derecho a quedarme si era lo que yo quería.

Suspiro. Supongo que tiene razón. Supongo que esta solo soy yo, demasiado insegura, reaccionando al miedo a volver a ser insuficiente. Prescindible.

—¿Crees que le sirvo para algo? Lo único que he hecho ha sido hablar cuando no debía. —Logen no debe de saber nada al respecto, porque alza las cejas, y yo decido no contárselo y quitarle importancia con una mano—. No he encontrado nada en estos días. Ni una prueba real...

—Tampoco yo. Pero nos tiene cerca... cuando nos necesite. Y eso ya es mucho, Samira. De hecho, creo que para él quizá sea lo más importante. Sabe que somos sus aliados. Que no está solo, y eso es lo que cuenta.

Lo miro de reojo. Su mano toca mi cabeza y me hace sentir diminuta, pero también un poco más calmada. Tiene razón. Fausto recurrió a nosotros, después de todo. Y sea lo que sea que ha hecho que se relaje un poco, supongo que está bien. Porque nunca puede relajarse.

Mientras él lo hace, nosotros seguiremos en la retaguardia.



Cuando la indignación se me pasa, decido que hay alguien a quien tengo que investigar. No tengo claro si Raleigh Farren estará en el puerto, pero sí que, si alguien puede hablarme de él en algún lugar sin que sea demasiado sospechoso preguntar, será allí. Y como no puedo ir con mis ropas, que me evidencian no solo como princesa sino como una extranjera, antes de dirigirme al puerto decido pasar por el mercado.

Y encuentro a mi perfecta aliada.

Siempre me ha resultado increíble la manera en la que Lynne sabe ganar clientes para su negocio. Cuando llegó a Granth por primera vez me quedé un poco prendada de ella, aunque yo apenas tenía trece años por aquel entonces.

Puede que me diera cuenta de que los hombres no despertaban ningún tipo de interés en mí en aquel momento. Fue por cómo se presentó en la audiencia con mis padres. Se la concedieron porque Rita de Sienna estaba encantada con sus servicios a la corona y la recomendaron. Ella apareció sin

grandes vestidos, sin joyas, sin pretender ser nada que no fuese, solo con su trenza, sus calzas y las manos vacías.

Y entonces comenzó a hablar. Yo estaba espiando porque había escuchado que era una aventurera y quería verla. Sin embargo, me pareció más bien una sirena, capaz de hechizar a quien la oyese. Les prometió a mis padres los objetos más exóticos, las soluciones mágicas más eficaces y la difusión y el aumento de ganancias alrededor de los productos que nacían en nuestras islas. No dudaba en absoluto. No dijo nada que no estuviera segura de poder conseguir. El respeto por los reyes era evidente en su voz; si estaba intimidada por ellos, jamás lo demostró.

Pensándolo bien, no sé si en aquel momento Lynne solo me gustó o la envidié. Yo quería poder presentarme ante alguien con esa seguridad de ser *importante*. Lynne tenía claro quién era y cómo quería que se la viese. A día de hoy, yo todavía mataría por un porcentaje de esa seguridad. Supongo que precisamente por eso mi madre le pidió que volviese al día siguiente y le mostrase qué tenían para ellos. Y ella trajo los primeros orbes de luz que había conseguido. Fue la primera en comercializar con el Taller y dijo que aquello estaba llamado a sustituir a la precaria iluminación con fuego. Que en Granth, cuna del conocimiento y el progreso, sabríamos apreciarlo. Sin ir más lejos, en la Gran Biblioteca, dijo, una ráfaga de viento sobre la antorcha equivocada podía causar algún desastre, pero los orbes protegerían de accidentes todo el conocimiento de Marabilia.

Mi padre sigue presumiendo de haber sido de los primeros reinos en hacer uso de orbes en todo lugar posible. Esa fue la primera victoria de la mercader. La segunda residió en las ganancias que llegaron a nuestra tesorería cuando nuestro arte y nuestra cerámica estuvieron en sus manos. Desde entonces, el comercio de nuestro reino no ha dejado de contar con ella y con su negocio, que ha ido creciendo cada vez un poco más. Cuando llegó a nosotros, apenas tenía un barco.

Ahora, la Flota de los Sueños y los cuatro barcos que la conforman (el *Sueño de Piedra*, el *Sueño de Mar*, el *Sueño de Justicia* y el *Sueño de Libertad*) es conocida por toda Marabilia.

Siempre me impresiona pensar que la mejor mercader de Marabilia ha surgido de la nada justo delante de nuestros ojos y ahora, de pronto, es todo

esto.

Especialmente porque ella no parece haber cambiado. Podría dirigir su negocio desde una casona, dedicándose a contar su dinero y delegando obligaciones, pero no lo hace. Ahora, sin ir más lejos, está ahí, hablando con la clientela que se amontona delante de su gran puesto, desprovista de lujos como la primera vez que llegó a Granth. Está muy por encima de ese trabajo, pero no deja de hacerlo.

Y también dudo que a nadie se le dé mejor.

La primera vez que hablamos fue en una ocasión como esta. En su primera visita. Recuerdo sentirme tan intrigada tras su audiencia con mis padres que terminé visitando el mercado. Lo hice con un manto tapando mi cabeza, de incógnito, pero cuando ya me iba, después de quedarme maravillada con una flor de Astrea que no dudé en comprar, ella me miró con suspicacia, fijándose en mi pendiente y en *Aesir*, y...

—¡Vaya! ¡Parece que hoy soy yo quien recibe un valioso regalo, y no mis clientes! ¡La presencia de una princesa ni más ni menos!

Doy un respingo. Lynne dijo algo parecido en aquella ocasión, aunque fue un susurro confidente entonces y no una exclamación divertida, como ahora. Se me escapa una sonrisa de inmediato. Ha conseguido verme entre el gentío. Muchos de sus clientes se giran, algo sorprendidos. Hay algunos murmullos que hablan de mi nombre, del de mi hermano, de la princesa de Dione y la boda. Surgen rápido, como una marea, pero yo me muevo ajena a todos ellos para acercarme a la mercader.

—¡Lynne! ¡Por supuesto que estás aquí! —ríó—. ¿Queriendo aprovechar la Cumbre para hacer buenos negocios?

Ella sonríe, apoyando sus manos en el mostrador del puesto.

—¿Todos los reyes de Marabilia reunidos, con la expectación que el acontecimiento supone siempre, y crees que yo voy a estar en otro lugar? Y cuando la Cumbre se une a una boda, sin ir más lejos... Demasiadas celebraciones como para no sacar ventaja de ellas.

—¡Princesa Samira! —Me fijo en la muchacha que acompaña a Lynne, que en ese momento despacha a una clienta tras devolverle unas monedas. La reconozco. Adina es una fuerza de la naturaleza, con su piel caoba y sus ojos siempre brillantes—. ¡Cuánto tiempo!

—Desde que sois capitana de uno de los Sueños y pasáis menos por mi isla...

Adina ríe. Siempre acompañaba a Lynne antes, pero desde hace un par de años ella se encarga sobre todo de comerciar fuera de nuestras fronteras capitaneando el *Sueño de Justicia*. Es el barco que menos pasa por Marabilia, hasta donde yo sé.

—Ya que yo ya no voy a vuestra isla, podéis venir vos a mi barco; con vuestra alma de aventurera, seríais bien recibida.

Ya me gustaría. En mar abierto, ¿también me seguiría sintiendo pequeña?

Puede. O quizá todo me pareciera insignificante en comparación con el océano y los mil lugares por ver, y por tanto serlo yo también me daría igual.

—No sabía que vos estaríais aquí, alteza —me dice Lynne—. Os hacía en Granth.

—Sí, bueno... Mis padres también. Y mi hermano.

—¿Os escapasteis? —suelta Adina.

Sonrío con inocencia.

—Como ha dicho Lynne, demasiadas celebraciones como para perdérselas.

—Oh, definitivamente *ella* no va a perderse ni una —masculla Adina.

Lynne la mira con diversión.

—Adina está rabiosa porque su majestad Derrick me ha invitado a la boda y a ella no.

—¡Es que las bodas son tan bonitas! ¡No es justo!

Lynne pone los ojos en blanco. Yo solo me río, aunque no tengo claro que las bodas reales sean exactamente bonitas. Y eso que los implicados no parecen muy disgustados con su futuro enlace últimamente...

Pensar en Fausto es lo que necesito para centrarme. De hecho, me doy cuenta de que estoy hablando con dos *capitanas* de barcos que suelen navegar a menudo por estas aguas y arribar en este puerto.

Puede que ni siquiera necesite comprar unas nuevas ropas.

—Ha sido una agradable sorpresa encontraros aquí. Me dirigía al puerto precisamente, y me habría apenado ver vuestros barcos y no a vosotras —les confieso—. Aunque el barco que iba a visitar en realidad era la Primera Nave de Dione. Dicen que es impresionante...

Lynne ladea la cabeza.

—¿El *Imbatible*? Lo es. Creo que puede ser como dos *Sueños* juntos. Puede que tres. No creo que pueda comprarse ni con todo el oro de Marabilia.

—¿Y sabéis si pasa mucho por Dione?

Lynne y Adina se miran y luego se encogen de hombros. Los demás trabajadores del puesto se encargan de la clientela, así que no me siento tan mal por distraerlas.

—No demasiado. Su misión es proteger estos mares, sobre todo de los piratas. Cuando hubo campaña contra ellos hace un par de años, el *Imbatible* fue uno de los barcos que la lideró. Y después, aunque esa campaña terminó, ha seguido haciéndolo. Tienen su propia obsesión, aunque con lo importante que es el comercio marítimo para Dione me parece lógico. Estos mares son los más seguros para navegar justo por la presencia del *Imbatible* y el resto de la flota real. Hasta donde yo sé, siempre ha sido así, aunque es cierto que *lord* Raleigh, el actual almirante, se vuelca especialmente en su trabajo.

—¿De veras? —pregunto, tratando de parecer menos interesada de lo que estoy—. ¿Y desde cuándo?

Lynne se queda pensativa durante un segundo.

—Cuando yo comencé a comercializar con Dione, hace ocho años, había otro almirante. Pero murió poco después de que yo comenzara a hacer tratos con la corona, y entonces Raleigh ocupó su lugar.

—¿Hace ocho años? —repito. Justo los años que han pasado desde el primer ataque que sufrió Ivy de Dione.

Lynne parpadea.

—Sí. Bueno, mes arriba, mes abajo... Era verano entonces ...

—Ya, ya. Sí. Ocho años.

Adina alza una ceja. Las mujeres ante mí se miran, intrigadas, y luego vuelven a observarme. Me tenso un poco. No puedo descubrirme.

—¿Ocurre algo?

—No. Claro que no. Curiosidad. Es que he visto a Raleigh Farren por la corte y me ha parecido muy joven para llevar tanto tiempo de almirante...

—Ah, sí que lo es. Debe de tener... ¿veintinueve, treinta años? No más.

Formó parte de la flota real desde su mayoría de edad. Ya estaba en el *Imbatible* como contramaestre antes de ser almirante. Es una leyenda. La

muerte del anterior almirante fue inesperada, en un enfrentamiento contra unos piratas, así que supongo que nombrarlo a él fue lo más natural. Dicen que su implicación contra la piratería tiene mucho de deseo de venganza por su antiguo superior.

Pero son historias. Os aseguro que de todas las que se cuentan, la mayoría son hechos sencillos que alguien se ha encargado de embellecer.

Qué conveniente. Y qué casualidad que todo ocurriese en fechas tan próximas al envenenamiento de la princesa...

Lo que se esperaba es que alguien quería más de lo que le tocaba. Al fin y al cabo, Fausto me dijo que lord Farren había intentado un matrimonio entre Ivy y Raleigh, pero el rey se negó... Poco después Ivy de Dione enfermó y luego se curó. Hace ocho años, Cordelia ni siquiera podía estar casada, así que no era un problema... Seguir atacando a la heredera habría sido provocar demasiado. De modo que quizá se contentase con tener el máximo poder en la medida de sus posibilidades.

Y batallando siempre contra piratas, ¿quién se extrañaría de que alguien muriera?

Suena tan plausible que el corazón me da brincos en el pecho. Pero sigo sin pruebas. Y no las voy a tener a menos que me acerque a ese hombre...

—¿Samira?

Doy un respingo y miro a Lynne, que tiene el ceño fruncido. Trato de centrarme. De pensar en dónde y con qué excusa podría acercarme a él y cuál sería la más adecuada, y la respuesta aparece al mismo tiempo que encuentro un cambio de tema idóneo.

¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—Qué interesante. Siempre sabes tanto, Lynne. Me encantaría seguir escuchándote, aunque no quiero molestar más... Pero ya que has sido invitada a la boda, supongo que te veré en el baile que se hará para celebrar la llegada de los reyes, ¿verdad?

—Ah, bueno, yo... No creo que sea conveniente. Su majestad me ha invitado, pero yo no soy noble y...

—¡Tonterías! ¡Imagina la de tratos que podrías hacer! ¡Espero verte allí!

—Pero...

—¡Me marcho! ¡No quiero que se me haga tarde y tú tienes muchísimo trabajo! ¡Gracias por la historia, Lynne! ¡Adiós, Adina!

Ni siquiera dejo que se despidan. Echo a correr, ansiosa por contarle mis sospechas a Fausto. Puede que incluso a Ivy, para que se cuide de los Farren.

Además, tengo que encontrar un buen vestido. Nunca había tenido tantas ganas de participar en un baile.



Ivy

Durante los días que siguen a la confesión de Fausto en mi habitación me siento un poco en el borde de mi ser, observando desde fuera las cosas que ocurren a mi alrededor, desde los preparativos de la boda hasta la llegada de reyes y reinas. Si acaso, paseo por el castillo de puntillas, conteniendo la respiración, temerosa de lo que pueda pasar de un momento a otro. Consciente de que el desastre nos va a la zaga, sobre todo dados los últimos descubrimientos de Samira. Son acusaciones muy graves que no podemos tomarnos a la ligera, por eso no le hemos dicho nada a mi padre. A nadie, en realidad, porque podría ser condenado a muerte por traición y asesinato o meternos a nosotros en un auténtico problema, sobre todo porque acusarlo significa contarles a todos en la corte que he sido víctima de varios atentados. Nadie espera que, si Raleigh es realmente un asesino, el tema no salga a la luz.

Suspiro, mirando a Portia, que está de pie junto a Valora, a mi izquierda.

Ambas parlotean sobre un rumor relacionado con el rey y la reina de Sienna.

Estos días no puedo quitarle los ojos de encima, a pesar de que dudo que haya tenido nada que ver con lo que haya podido hacer su hermano. Al fin y

al cabo, hace ocho años ambas éramos muy jóvenes. Probablemente la mantuvieran al margen, *si es que realmente ocurrió algo*. Me obligo a repetirme ese condicionante una y otra vez porque una parte de mí no quiere creerlo.

Sigo sin querer ceder al caos o a que el miedo me paralice.

El sonido de los pasos y los cascos de los caballos llenando el patio me sacan de mi sopor. La música de los nays y los mizmares inunda mi mundo de pronto, como una marea, y yo vuelvo a la realidad. Ricos ropajes de colores brillantes se cuelan en mi campo de visión y dos corceles blancos aparecen llevando a sus lomos al hombre y a la mujer que estábamos esperando. Siento la cabeza ligera por el nerviosismo y un vértigo en la boca del estómago. Un poco más allá, al pie de los escalones, dispuesto para recibir a sus padres, Fausto se alisa la túnica por enésima vez. Está especialmente apuesto, vestido de color crema, con bordados en sus ropajes tan intrincados que me hacen preguntarme cuánto tiempo necesitaría una persona para confeccionar su túnica. El color destaca contra su piel, aunque mis ojos no pueden evitar detenerse en el mango de su espada, enjoyado. A su lado, Samira viste con mucha más sobriedad, aunque no por ello con menos elegancia. La princesa cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro, y yo no sé si es porque está deseando —o temiendo— ver a sus padres o es simplemente que no le gusta estar parada y esperar.

El despliegue de gente no deja nada que envidiar al de los demás países. En la única otra Cumbre que he visto, la de emergencia hace dos años, se convocó a los reyes y las reinas ni siquiera les acompañaron. Vinieron solo con un destacamento de guardias para asegurar la seguridad de su viaje, y nada más. En esta ocasión, los matrimonios acuden de la mano —no solo para la Cumbre, sino también para la boda— y traen a consigo a familiares, hechiceros, damas, sirvientes y escoltas. Las familias reales no viajan ligeras de equipaje, y yo nunca había visto el castillo tan lleno, a pesar de que los reyes de Rydia y Dahes no han llegado todavía y los de Granth, de hecho, aún no han tomado sus habitaciones. Tía Dévona me ha dicho que la mayoría de las posadas ya están llenas, porque hay nobles de Dione y otras tierras alojados allí para el gran evento, cuando no gente corriente —mercaderes y artistas e incluso ladrones— que espera sacar un beneficio de encontrar tanta

gente reunida en una misma ciudad. Y por lo que sé, Taranis se esfuerza en dar cabida a todo el mundo para celebrar el acontecimiento durante días y noches enteras.

Un pasillo se abre entre las personas reunidas para que mi padre se acerque a nuestros invitados y para que ellos, por su parte, se encuentren con él. Me aseguro de que mi pelo está en su sitio y de que mi ropa no tiene arrugas, y me esfuerzo en sonreír lo más sinceramente que puedo, consciente de que cuanto más atención presto a mi expresión, más falsa parece. Desde el refugio que, como siempre, me ofrecen mis damas, observo a Derrick de Dione abrazar a Fadir de Granth como buenos amigos que se reencuentran. El isleño tiene la piel oscura y viste, como si se hubieran puesto de acuerdo, con la misma tonalidad de colores que su heredero. Al contrario que su *hijo*, lleva un manto de apariencia pesada sobre los hombros. Su barba está pulcramente recortada para que su boca no quede oculta y podamos ver su sonrisa.

Un par de pasos por detrás, la reina Maryam escruta todo con ojo crítico. Es ella quien más llama mi atención, envuelta en vistosas telas rojas y blancas que parecen brillar con cada uno de sus movimientos. Parece imponente, no por su cuerpo, sino por cómo se mantiene erguida, por cómo da los pasos que la separan de mi padre. Cuando él le besa los nudillos, sonrío, y es como si un segundo sol hubiera nacido en el cielo, luminoso y cálido. El sencillo maquillaje no oculta su belleza. Las joyas que adornan su cabeza, su cuello, sus dedos y sus muñecas no parecen nada en comparación con el intenso verde de sus ojos. Tras ella, un nasir se ha posado en el suelo y se ha transformado en un pavo real. Es mucho más impresionante de lo que mi prometido me había advertido, incluso cuando arrastra su cola por el suelo en vez de mostrar sus plumas. Elegante, sigue a la reina y parece una extensión de ella, de su talante, de su porte.

Cuando Fausto me dijo que Maryam de Granth era hermosa, pensé que era mal disimulado cariño por la mujer que lo había criado, pero ahora sé que no ha exagerado.

La música se ha detenido en algún momento; soy consciente de ello porque el rey ha empezado a hablar y su acento rydiense me llama la atención. Pese a todos los años viviendo en Granth, sus orígenes son claros. La actual reina de Granth también tuvo que casarse con un extranjero.

También tuvo que dar la corona que llevaba bajo el brazo a un hombre, porque no podía quedársela. Tuvo que dar a luz a sus hijas.

Un estremecimiento me recorre la columna y bajo la vista.

Quizá llegó a tener a su bebé muerto en brazos, antes de que lo sustituyeran por otro.

—¿Ivy? —La mano de Cordelia roza la mía. Su voz en mi oído es apenas un murmullo—. Te has quedado muy pálida. ¿Te encuentras bien...?

No estoy convencida de que me vayan a salir las palabras, así que mi mentira toma forma de asentimiento. Pero no estoy bien. No creo que pueda mirar a ese hombre a los ojos sin pensar en lo que hizo. No sé si podré mirarla a ella sin que la pena asome a mi expresión.

—Es evidente que vuestros Elementos y nuestras estrellas están a favor de todo lo que está por venir —oigo decir al rey Fadir—. Y no me cabe duda de que mi hijo ya siente hogar este reino, ¿no es así, Fausto?

—Por supuesto, padre.

El príncipe se adelanta y el rey lo envuelve en un abrazo que parece ahogarlo debido a la holgura de sus ropas. Cuando termina, se gira hacia su madre y la expresión de la reina se ilumina un poco más cuando extiende los brazos hacia ella. Comprendo que son dos gestos completamente diferentes, aunque a simple vista no lo parezcan.

Sé que Maryam de Granth quiere con locura a ese chico que sostiene contra su cuerpo y cuya frente besa con un profundo cariño.

—Espero que eso signifique también que estás siendo un buen huésped... ¿O debería decir *estáis*?

Si Samira intentaba pasar desapercibida hasta el momento, ahora sé que no desearía otra cosa que desaparecer. Pero su madre no parece enfadada, y yo me pregunto si esperará a tenerla en privado para regañarla o se alegrará, en el fondo, de que Fausto no haya estado tan solo, aunque haya venido con su nigromante.

—La princesa Samira —interviene mi padre, con su sonrisa fácil, poniendo una mano sobre el hombro de la princesa cuando esta se acerca— ha sido una invitada encantadora. Granth tiene la mayor de las suertes con ella y su hermano, y ambos nos han cautivado. ¿No es así, Ivy?

Mis ojos se cruzan con los de él y yo no tengo más opción que bajar los escalones que me separan del patio e inclinarme con una profunda reverencia.

Me siento expuesta sin mis damas (incluso sin mi tía) y no puedo más que desear estar lejos de aquí, en mi cuarto, sentada entre cojines delante de la chimenea, como cada noche con Fausto desde que lo descubrí velándome en el pasillo.

—Nos enorgullece poder hospedar a sus altezas de Granth. Y a sus majestades —añado con la boca súbitamente seca—. Las puertas de nuestro castillo estarán siempre abiertas para toda la familia real.

Alzo la vista con algo de temor, preguntándome qué pensarán de mí. Si les pareceré muy alta o muy baja, muy blanca, muy rubia, demasiado delgada. Si les horrorizará mi voz o el color de mi vestido, que han elegido con todo el cuidado esta mañana para mí. ¿He dicho las palabras correctas? Así parece ser cuando el momento del examen pasa y el rey granthiano inclina la cabeza.

—Estamos muy agradecidos, princesa Ivy. Esperamos devolveros vuestra hospitalidad en Granth pronto. Sois bienvenida cuando gustéis a la que esperamos consideréis vuestra segunda casa.

No tengo mucho tiempo para sonreír y preocuparme de tener que aceptar esa oferta porque, por suerte o por desgracia, la reina Maryam se adelanta hacia mí tras haber abrazado a su hija. Sus manos toman las mías y yo las descubro tan cálidas como las del príncipe.

—Entre padres e hijos no ha de haber reverencias, princesa —me dice con un cariño que casi parece el que siente por el príncipe—. Y podéis tener por seguro que ya sois hija para nosotros.

Sus labios rojos rozan mi mejilla izquierda y luego la derecha, para acabar de nuevo en la izquierda.

—Deseo que mi hijo os haya tratado bien estos días —me susurra, confidente, cuando se separa para mirarme. Una de sus perfectas cejas oscuras está alzada y su mirada es de diversión—. Habrá un castigo para él si no lo ha hecho.

—Os aseguro que vuestro hijo es todo un caballero —respondo rápidamente. Incluso si es no es del todo verdad, porque dudo que un

caballero hiciese guardia en la antesala de su prometida mientras ella duerme—. No he encontrado falta alguna en su comportamiento.

—Entonces a vos también os ha engañado —dice, alzando un poco más la voz para que Fausto pueda escucharla—. En realidad, tiene un montón de defectos. Pero tranquila: os los contaré todos.

—¡Madre! —se queja el príncipe, avergonzado.

—Oh, yo también podría haberlo hecho, Ivy, si hubiera sabido que eso era lo que querías —aporta Samira, y le dedica a su hermano una sonrisita burlona.

Si Fausto ha querido desaparecer en algún momento de mi vista, debe de ser en este, cuando dos de las mujeres más importantes de su vida han decidido que no perderán la oportunidad de sacarle los colores. Así que, en cuanto ve que los dos reyes se ponen en marcha para ir dentro del castillo, decide seguirlos, no sin dedicarme una última mirada. Un silencioso intercambio de sentimientos parece suceder entre nosotros, como si fuéramos capaces de entrar en la mente del otro: alivio, la tranquilidad de que haya superado el primer examen, la promesa de hablar de esto más tarde. Desde que empezó a pasar las noches en mi cuarto, esta unión que tenemos no parece haber hecho más que estrecharse, y a mí a veces casi me da miedo. Por lo general, no lo pienso. Solo disfrutamos de nuestra cercanía. De nuestros besos cuando llegan de vez en cuando...

Soy la primera en apartar la mirada, aunque me ruborizo irremediablemente cuando me doy cuenta de que la reina me está observando. Me ofrece su brazo con naturalidad, como si nos conociésemos desde hace mucho.

—¿Me acompañas, querida?

Yo acepto su brazo con un titubeo e intento mostrarme relajada.

La reina Maryam camina a mi lado como si fuéramos iguales, porque en eso exactamente es en lo que quiere convertirme.



Fausto

Parece que haya pasado una eternidad desde el banquete de bienvenida que Dione organizó a mi llegada. Este es muy similar, aunque ahora hay muchos más invitados, y más importantes que un par de príncipes. Además, me he acostumbrado al sabor de la comida, al tipo de asientos, y ya no calculo todas las posibles maneras de entablar una conversación con la muchacha a la que me han prometido. Ella, de hecho, se encuentra a mi lado, más cerca de lo que jamás habría imaginado aquel día. En este momento se ha girado para hablar con Samira sobre algo que no llego a escuchar, de modo que es el tiempo que dedico en hacer lo que mejor se me da: observar.

Repaso la sala con cierta tensión. Sé que mi hermana tiene planes para esta noche, y lo que más me preocupa es que, cuando le he pedido que me los detallase, ella solo ha sonreído con una inocencia que no me trago. Sé que pretende acercarse a Raleigh Farren, y es a él a quien presto atención. Está en una de las mesas paralelas, a nivel de suelo, por debajo del alto en el que se disponen las mesas de las coronas de Marabilia. Habla animadamente con su hermana, que es evidente que lo adora, y se carcajea de algo con una risa que casi parece llegar hasta a mí, aunque es imposible por la distancia que separa su mesa de la mía y de todos los sonidos que nos rodean. No parece un

asesino. Ni siquiera un conspirador. Aunque no es como si los asesinos y conspiradores tuvieran un único aspecto...

Me decido a apartar los ojos de él. Aunque la sospecha ya está plantada por culpa de mi hermana, no quiero ser más susceptible hacia el joven Farren que hacia cualquier otro. Por eso aprovecho para mirar más allá de él. Aquí, al fin y al cabo, se reúnen todos los nobles y personajes ilustres de Dione. Lord Farren, por ejemplo, sentado al lado de su hijo, tiene la misma expresión altanera y confiada que de costumbre y brinda con calma con lord Arich. Cerca está también lord Mormont con su esposa, tan pacífica como siempre. Me llama la atención que, pese a que todos los integrantes del Consejo parecen estar más o menos juntos, no veo a lord Darrow con ellos. Tardo un tiempo en localizarlo y me sorprende verlo en la mesa de aquellos que no tienen título, al final de la sala.

Es la mesa de los ilustres, donde se juntan los principales mercaderes y artistas de la ciudad. De hecho, lord Darrow y un hombre que, por cómo lo toma de la mano, parece ser su pareja, hablan con una Lynne más sonriente y arreglada de lo que recuerdo haberla visto nunca. Casi resulta extraño verla con vestido y con el pelo con ese medio recogido en lugar de su habitual trenza. Samira me dijo que estaba en Dione, que fue ella quien le dio más información sobre Raleigh Farren, pero ni siquiera he tenido la oportunidad de ir a saludarla todavía.

Siento curiosidad por saber por qué Darrow se sienta con aquellos sin título pese a que él lo tiene. Puede que este sea concedido por el rey en vez de heredado, pero sigue siendo un título. En cualquier caso, me gusta su elección; es una pista bastante evidente de quién debe de ser la única persona en el Consejo que no tiene ningún tipo de aspiración de poder. Nadie que quisiera ser más de lo que es se relegaría a un puesto menor del que le corresponde.

Eso está bien. Pase lo que pase en la Cumbre, decida lo que decida Ivy sobre *su* lugar, con boda o sin ella, necesita aliados fieles. Quizá lord Darrow pueda ser alguien con quien contar de verdad.

Mis ojos vuelven a la mesa de los nobles. Me frustra un poco no reconocer a todo el mundo. Despiertan un montón de preguntas en mí. Hay demasiadas familias, muchísimas más de las que habría en ningún caso en

Granth. Quizá por eso termino por apartar la vista, decidido a no buscar enemigos por una noche, y vuelvo los ojos a rostros que reconozco a la perfección. No porque los vea a menudo (todo lo contrario), pero sí porque he tenido que aprenderme todos sus nombres, junto con las políticas básicas de todos y cada uno de los reinos de Marabilia.

Los reyes y las reinas.

Agradezco estar en la mesa central de las que se han dispuesto en forma de U para nosotros, así puedo verlos a todos a la perfección. El que más llama mi atención es Geraint de Dahes. Quizá no sea él, sino su relación con su heredera: el rey está colocado en el extremo opuesto a su hija, que está sentada al lado de mi hermana. Se han ignorado mutuamente desde que el soberano llegó, como si la princesa fuese algo que no existiera en realidad. Su rostro es serio y escucha con atención lo que le dice Amir de Rydia, sentado a su izquierda. Me gustaría que me sorprendiera más que el primo de mi padre no trate con frialdad al rey de Dahes, pero supongo que los intereses políticos para ciertas personas son más importantes que la moral. Desde que hace dos años se descubrió que su majestad Geraint había hechizado a su hija para convencer a toda Marabilia de que tenía un hijo, los otros reyes ya no lo tratan con la misma cordialidad que antes.

Aunque algunos, como Arthmael de Silfos, ya no lo toleraban demasiado antes.

Él está evidentemente del bando de Kay. Lo mostró en la Cumbre de urgencia dos años atrás, pero también ahora, sentado al otro lado de la princesa. Sostiene una copa de vino y ríe al parloteo de la reina de Sienna, a su derecha. Se me escapa una sonrisa al fijarme en ella. Muestra su energía de siempre, con sus aspavientos al hablar y su voz alta, un poco estridente, como su risa. No creo que a nadie le pueda caer mal Rita de Sienna, aunque a algunas personas les pueda resultar un poco lenguaraz y bastante entrometida. Si algo ocurre en Marabilia, no solo en su reino, ella lo sabe. Mi madre adoraría estar más cerca de ella en la mesa, estoy seguro. Son grandes amigas. No me sorprendería que Rita estuviera al tanto de todos los planes de mi madre y de alguna manera haya colaborado en la elaboración de los mismos...

—¿Te gusta la reina de Sienna, Fausto? No le quitas ojo.

La voz de Ivy me saca de mi ensimismamiento. Empieza a ser una costumbre que se ría de mí, pero siempre pone ese gesto con los labios, como de sonrisa apretada a punto de extenderse, y yo pierdo la capacidad de quejarme.

—¿Rita? Es exactamente mi tipo, sí. Aunque, por desgracia, tengo las mismas posibilidades con ella que cualquier hombre con mi hermana.

Finjo sentirme muy dolido por ello. En realidad, si acaso el dolido debe de ser su marido, que cena en silencio, en contraposición con su esposa. Aunque dicen por ahí que su esposo tampoco tiene demasiado interés por las mujeres, así que es el trato perfecto para ambas partes.

Ivy ríe bajito, llevándose su copa a los labios. Intento no mirar cómo el vino moja su boca. A veces me sorprendo con ganas de besarla y todavía no me acostumbro al sentimiento.

—Siempre he pensado que debería decirle a Kay que tenga cuidado con ella.

La reina parece adorarla, y quizá sea de maneras que ella no espera...

Me trago una carcajada.

—Creo que solo quiere adoptarla. Si Kay no consigue el trono de Dahes, puede que Rita decida darle el de Sienna envuelto con un lazo. Sobre todo considerando que no se la ve muy por la labor de tener hijos propios.

—Oh, creo que Kay aceptaría, dados los problemas que se ahorraría y la estima que siente por su padre. —Sus ojos vuelan de nuevo hacia donde yo ya los había puesto hace un rato—. Aunque veo que tu primo no tiene tantos escrúpulos.

Me vuelvo a fijar en Amir. Su conversación con Geraint se mantiene fluida.

Aunque no es él quien más llama mi atención, sino su hijo. El príncipe está aburrido de todo el banquete y no se esfuerza en disimularlo. Los herederos podemos formar parte de las Cumbres desde que cumplimos la mayoría de edad, nunca como sujetos decisivos pero sí como consejeros o apuntadores. Se entiende como un proceso más de preparación. Podemos sugerir ideas, pero no tenemos voto. Al principio, cuando vi que Mirza acompañaba a su padre, pensé que sería por mi boda y para asistir a su primera Cumbre como príncipe. Ahora, sin embargo, una idea cruza rápida

por mi cabeza. Me desagrada en el momento, pero me veo en la obligación de compartirla:

—Quizá sea con Rydia con quien Kay debería tener cuidado...

—¿Rydia? —Al principio Ivy me mira sin entender adónde quiero llegar. Cuando comprende, su disgusto es obvio—. A ella no le va a gustar eso.

—Bueno, supongo que así es cómo están las cosas: no se os ve como reinas ni siquiera cuando clamáis por el deseo de serlo. Y mientras nada cambie, a Kay no le van a ofrecer coronas, solo anillos. Supongo que Rydia será el primero, pero puede que no el único. —Mi mirada regresa a los reyes—. Dahes es un reino a tener en cuenta; además, el primer Taller está en sus fronteras, y ahora de repente hay una muchacha casadera que puede ofrecer el territorio en bandeja.

No necesito mirar a Ivy para saber que mis palabras no le gustan, pero aun así lo hago. Me encuentro con su sonrisa perdida y algo detrás de sus ojos. Supongo que comprensión; ella puede entender mejor que nadie lo que es ser vista solo como una futura esposa. Todos los años que han valorado un prometido tras otro para ella...

Mis dedos alcanzan su mano con suavidad por encima de la mesa. Solo mi meñique contra el suyo por si alguien nos ve, y ella parece despertar.

—Kay no va a casarse. Los rechazará a todos. No entrará en su juego: no va a ser la moneda de cambio de ningún reino.

Estoy a punto de decirle que ella mejor que nadie debería saber que un rey no necesita el consentimiento de una princesa para prometerla. Le guste o no a Kay, sigue siendo la hija de Geraint, y eso le da a él poder sobre ella. Aunque, claro está, en principio nadie puede obligarla a plantarse en un altar, y eso quizá la salve.

Aun así, prefiero quitarle el peso que se ha instalado de repente en los hombros de Ivy.

—Bueno, puede casarse con Arthmael de Silfos. Está soltero, sería reina de inmediato y enfadaría *bastante* a su padre al aliarse de esa forma con el enemigo —bromeo.

La idea suena bastante absurda, por lógica que pudiera parecer desde la política. Los dos observamos a los sujetos en cuestión. Precisamente, están hablando entre ellos, pero lo cierto es que Kay mira al rey como si se

estuviera burlando de él. Me sorprende un poco. De alguna manera, hay una confianza entre ellos que no sé de dónde puede salir.

—No creo que eso fuera a funcionar —dice Ivy, aunque es obvio que le ha hecho gracia.

—¿Porque Arthmael de Silfos es incapaz de sentar la cabeza?

Ivy suelta una sutil risa.

—Bueno, a lo mejor ha sentado la cabeza con alguien y nadie lo sabe.

Alzo las cejas.

—Arthmael de Silfos.

—¿Tan imposible te parece?

—¿El mismo Arthmael de Silfos del que se dice que rechaza a todas las mujeres para el matrimonio, pero jamás para la cama? Pues ahora que lo preguntas, sí, un poco imposible.

Ivy vuelve a reír y se tapa la boca con la mano, aunque a mí me gustaría disfrutar de su sonrisa, que llama a la mía, y no me importa demasiado que estemos ridiculizando a un rey.

—No todo lo que se dice de los reyes es cierto.

—¿Estás segura? —pregunto—. Veo bastante posible esa historia que dice que el rey de Verve tenía tantas ganas de tener el traje más lujoso de Marabilia que unos comerciantes le timaron vendiéndole aire como si fueran telas increíblemente bellas que solo los estúpidos no podían ver.

Sirras de Verve toma su postre ajeno a nuestra conversación, pero sus prendas especialmente engalanadas, como su cabello repeinado y su barba bien recortada, hablan de la persona presumida y altanera que se deduce del rumor. A su lado, su esposa Isolda viste también de manera exquisita, aunque ella parece mucho más elegante, mientras bebe una taza de té. Ivy también los mira, conteniendo la risa.

—Entonces, ¿también te crees las historias sobre la adicción a la magia de los reyes de Idyll...? Ya sabes a lo que me refiero.

Por supuesto. Ahora soy yo quien tiene que esforzarse por no reír mientras observo a los susodichos. Me cuesta imaginar a la reina Alira, con su mirada despierta y su porte tranquilo, como una persona enganchada a ciertas pócimas alucinógenas, pero quizás a su majestad Ansel, con esos gestos nerviosos y esa barba de chivo...

—Me creo más eso que Arthmael de Silfos sea un romántico —concluyo con burla.

Esta vez Ivy no intenta esconder su diversión, y yo me olvido de que, igual que nosotros nos dedicamos a mirar al resto de los presentes, ellos podrían estar haciendo lo mismo. Podrían..., ¿qué? Es imposible que averigüen lo cerca que estamos el uno del otro por una risa, ¿verdad? No pueden saber que nos hemos regalado algún que otro beso. Que yo paso las noches en sus aposentos y que ya no sé si lo hago solo por asegurarme de que sus noches están libres de peligro.

¿Sabrán las ganas que tengo de inclinarme y besarla?

Creo que ella sí lo hace, porque se muerde un poco el labio y yo no puedo evitar fijarme en cómo lo hace. Contengo un poco la respiración. Creo que no soy el único. Su meñique responde al mío, que seguía cerca. Los entrelazamos, y siento que ese roce es un poco el beso que no nos estamos dando. Siento que nos estamos perdiendo en algo peligroso, pero al mismo tiempo no puede importarme hacerlo.

—¡Mis señores, mis señoras!

Separamos las manos tan rápido como si alguien tirase de nuestros brazos hacia atrás. Apartamos la mirada. Ella la clava en sus manos; yo, en el techo.

Siento la cara arderme, el corazón latiéndome un poco más rápido. Ha sido Derrick de Dione quien ha hablado, y eso hace que me sienta incluso peor. El rey piensa que soy el príncipe perfecto, todo un caballero, mientras me cuelo en las habitaciones de su hija. Aunque, por otro lado, él no tiene nada que alegar, ¿no?

Es Ivy la única que puede decidir cómo de cerca quiere permitirme estar.

—Esperamos que nuestros manjares hayan sido de vuestro agrado, y que lo sean también nuestros músicos. Os aseguramos que hemos buscado a los mejores de Dione para servir a los oídos más importantes de Marabilia. —Se gira hacia los reyes—. Majestades, el fin del baile es que os agotéis lo suficiente esta noche para que mañana estéis demasiado cansados para discutir. Así que espero que no me decepcionen.

La mayoría de los reyes se ríe, aunque yo dudo por un segundo si es una broma. En mi primera Cumbre, justo cuando cumplí los dieciséis años, tuve la primera oportunidad de descubrir hasta qué punto surgen disputas.

Algunas personas de nuestra mesa están más que dispuestas a acceder a la petición. Arthmael de Silfos es uno de ellos, y parece que tenía ganas de ello, por cómo se acomoda la ropa. Creo que oigo a Kay decirle algo parecido a «te va a matar», aunque no sé a quién se refiere y tampoco puedo preocuparme de ello, porque otra de las personas emocionadas por el baile parece ser mi hermana, que se levanta casi de un salto. Me acuerdo de golpe de que quiere aprovechar esta noche para acercarse al joven Farren. Temo su sonrisa confiada. Abro la boca para advertirle de que tenga cuidado, pero ella se aleja antes de que pueda hacer algo.

Una ansiedad nueva crece en mi pecho. Solo espero que, sea lo que sea que haya planeado, todo salga bien.



Cordelia

El último deseo de mi padre antes de morir fue verme casada y feliz. En vida, estableció magníficas relaciones con los Mormont, y por eso consideró que Alden podía ser un magnífico candidato con quien prometerme. Cuando se me informó, yo acababa de cumplir los diecisiete, y me asusté, pero acepté mi lugar.

Después, cuando Alden y yo estábamos intentando vencer la timidez y conocernos más allá de la cordialidad, hablábamos de toda clase de cosas.

Recuerdo que, en una ocasión, se inclinó hacia mí y, como si fuera un secreto, me preguntó si no envidiaba a mi prima. Si nunca había deseado haber nacido princesa. Tras la sorpresa inicial, yo le sonreí y respondí con total sinceridad que no. Y le expliqué por qué: llevaba al lado de Ivy desde la cuna, y justo por esa razón podía saber lo que era ser ella. No podría soportar la mirada de tanta gente sobre mí, para empezar. No era libre ni para decidir qué ponerse por las mañanas. Y yo, pese a todo, conocía mi papel y lo aceptaba, porque más que permanecer a su lado como su dama, lo que deseaba era quedarme junto a ella para cuidarla y asegurarme de que fuera feliz.

Después de aquello, recuerdo que Alden besó mis nudillos con ternura, me miró a los ojos y me dijo que era la criatura más buena y encantadora que había conocido nunca y que se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Ahora, con la atención puesta en Ivy, pienso lo mismo: siempre hay ojos siguiéndola, nada de lo que haga pasará desapercibido. Veo a otras personas observar la forma en la que habla con el príncipe, estudiar su sonrisa, analizar la forma que tiene de reírse. Habrá a quien le parezca que sonrío demasiado, que lo mira demasiado, que habla demasiado. Para mí, que la conozco desde siempre, no podría estar más preciosa. Esta noche, más que ninguna otra, parece brillar con luz propia: sé que su sonrisa es sincera, como lo es su risa.

—Parece que el príncipe de Granth y nuestra princesa se llevan bastante bien.

Me fijo en Raleigh Farren, que bebe de su copa y presta especial atención a la pareja. Alden también levanta la vista para mirar al almirante. Portia, al lado de su hermano, se vuelve hacia los príncipes, como si hubiera intentado mantenerlos lejos de su mente hasta entonces.

—A Ivy parece agradarle. A mí me parece un poco soso, aunque supongo que el Consejo lo conocerá mejor.

—¿Y qué opináis de él, lord Mormont?

Alden alza una ceja. Nunca ha sido un hombre que disfrute pregonando sus opiniones de la gente. Lamentablemente, Arich, que además lleva alguna copa de más, no está muy de acuerdo con la filosofía de mi esposo.

—Que debería volver a su país, espero —dice, envalentonado por el hecho de que el resto de las voces en la sala enmascarará nuestra conversación—. Esa silla debería ocuparla un noble de Dione o, si acaso, de un país vecino, no un heredero isleño.

A Raleigh le divierte el comentario, pero Alden mira al hombre con expresión seria; sé que no piensa lo mismo. Me ha dicho que el príncipe parece un muchacho capaz, a pesar de que no quiere poner su confianza ciega en él. Puede que Arich haya convencido a mi esposo de que ser confiados no es una buena idea, pero al menos no lo ha llevado a ese discurso según el cual todo el que provenga de las islas debe ser despreciado.

—Si su majestad lo ha considerado la mejor opción, será por algo —dice el joven almirante.

—¿Aparte de porque está desesperado por casar a su hija?

—¡Lord Farren!

Todos se vuelven hacia mí con sorpresa, como si se hubieran olvidado de que estaba entre ellos. Me parece injusto que hablen de mi tío y de mi prima cuando no pueden escucharlos. Puede que lo hagan en sus casas y en los rincones de palacio, pero ahora estoy yo delante.

—Eso no ha estado bien, Farren —dice Alden en tono conciliador. Su mano se posa sobre la mía, entre nuestros platos—. Estoy seguro de que la princesa quedará en buenas manos.

—En *sucias* manos que la mancillarán a ella y a la corona —escucho murmurar a Arich. Todos parecen darle por perdido. Miro a mi marido, esperando que le diga algo, que lo haga retractarse, pero mantiene la boca cerrada. Y entonces el rey Derrick se levanta para hablar y el momento pasa, dejándome incómoda y con la obligación de tragarme las palabras que me arden sobre la lengua.

El baile empieza. Los músicos se levantan y una alegre melodía colma la sala.

Los invitados se levantan aquí y allá y se forman las primeras parejas para bailar y, luego, un corro. Espero que Alden me saque a la pista, pero para entonces se ha enzarzado en una discusión sobre barcos con Raleigh, así que simplemente me quedo sentada. Portia no tarda mucho en ser arrastrada fuera de la mesa por uno de sus pretendientes. Veo a Valora, unos asientos más allá, aceptar el interés de un noble de poca importancia. Probablemente lo haga para librarse de su abuela y poder escapar en cuanto no la vigile.

Para mi sorpresa, algunos miembros de las familias reales también se unen.

El príncipe de Rydia le ofrece su brazo a Kay de Dahes, que parece tener problemas para encontrar las palabras que la libren del compromiso. No sé cómo acaba la situación porque el rey Arthmael de Silfos capta mi atención: se pasea por la sala con parsimonia, observando los rostros como si estuviese buscando algo, pero no conscientemente. Se mueve como si esperase que lo inesperado se cruzase en su camino, sin darse cuenta del revuelo que causa en las mujeres solteras de la sala; muchas ambicionan que un rey sin esposa se fije en ellas.

—Silfos hubiera sido una buena alternativa para nuestro reino —masculla Arich—. Esa cantidad oro en nuestras arcas reales...

Todo el mundo ignora al caballero, incluso en nuestra mesa. El gobernante de Silfos se ha detenido al fin al lado de Darrow, entre él y la mercader que mi tío ha invitado. No la conozco muy bien, pero sé que mi tío fue el primero en creer en su negocio y mi prima la tiene en cierta estima. De vez en cuando recibe algún paquete de tierras lejanas con una carta y ricas telas o dulces u objetos tan hermosos y delicados que no parecen reales.

Lynne. Se llama Lynne.

—No iré a sacarla a ella a bailar, ¿verdad? —Raleigh casi parece ofendido.

—¿Por qué no?

El almirante me mira con cierta condescendencia, como si pensase que es obvio. Yo intento no prestarle atención. Arthmael de Silfos entabla conversación con el restante miembro del Consejo (que raramente se sienta con nosotros, creo que porque los demás no le hacen sentir muy cómodo) y con la muchacha, que no parece saber qué esperar de su majestad.

—Porque es solo una mercader. Estaba sentado al lado de Kay de Dahes en la mesa real. Y ha pasado por delante de mujeres más adecuadas para un hombre importante como él.

—Bien, quizá para lo que el rey desea es menos comprometido escoger a alguna mujer de clase baja —apunta lord Farren.

Soy más que consciente de qué es lo que creen que *el rey desea* y no sé qué es más insultante, si que hablen tan a la ligera de sus intenciones o que lo hagan de la muchacha, que sonrío por primera vez, con algo entre la diversión y la vergüenza, cuando el rey se inclina y le ofrece su mano, probablemente preguntándole si querría acompañarlo en el baile.

Hay unos segundos demasiado largos en los que ella no acepta. Cualquier otra persona habría asentido de inmediato, pero no es el caso. La chica se limita a observarlo, y no sé si es consciente de que *un rey* está agachando la cabeza ante ella. Al final, tras un intercambio de palabras que me encantaría poder oír, la joven posa sus dedos sobre los de su majestad. Se pone en pie y se despide de sus compañeros de mesa antes de caminar con la barbilla bien

alta del brazo de uno de los hombres más poderosos de Marabilia. Me sorprende su templanza.

—Supongo que sí es cierto que la mercader tiene algo que venderle a todo el mundo —apostilla de nuevo el almirante, y yo no puedo evitar pensar que el vino ha debido de soltarle la lengua—. Espero que no le salga muy cara.

—Lynne nunca se vende. Que yo sepa, sus negocios son transparentes y pone siempre sus valores por delante.

Samira de Granth está de pie tras el asiento que Portia ha dejado libre; ha llegado sin que ninguno nos diésemos cuenta, tan silenciosa como un fantasma.

Pese a que sus palabras han sonado duras, casi bruscas, sonrío como si nada hubiera ocurrido. Me resulta raro verla sin su colibrí revoloteando alrededor. El color verde de su vestido le favorece, como también la sonrisa, aunque se nota un poco forzada.

—¡Alteza! —Mi sorpresa es genuina, aunque me alegra que esté aquí—. ¿No bailáis?

La princesa reposa los codos sobre el respaldo de la silla y enseña sus manos vacías antes de apoyar en ellas la cara.

—No tengo pareja. Aunque, según se dice por ahí, quizá sea mejor: no me gustaría pedirle a alguien que me acompañase y que la gente supusiera que le estoy pagando para ello. ¿O eso solo ocurre cuando son hombres quienes sacan a mujeres a bailar?

Raleigh tiene la decencia de ruborizarse; no sé si se avergonzará más de lo que ha dicho o de que lo hayan escuchado.

—Lamento que os lo hayáis tomado a mal —dice con un tono más agradable—. Era una broma sin maldad. —El joven se pone en pie y hace una reverencia formal—. Creo que no hemos sido presentados; soy Raleigh Farren, almirante de Dione y capitán del *Imbatible*. A vuestros pies.

Creo que nunca había visto a la princesa sonreír tan brillantemente antes, y no sé interpretarla. Hace un segundo no podía aborrecer más a un hombre, pero ahora todo su encanto ha salido a la luz. ¿Está... actuando? ¿Por qué haría algo así? Pensé que no le interesaban los muchachos, y Raleigh no parece el tipo de joven con el que la princesa podría querer una amistad.

—Vuestra fama os precede, almirante. Me encantan las historias de piratas, y hablar de ellos es hablar de quienes los combaten.

El aludido cuadra los hombros como si el propio rey se estuviera dirigiendo a él. Casi parece que gane en altura y porte, como consecuencia de ser el centro de atención de una verdadera princesa.

Su padre y lord Arich han dejado de hablar y también observan el intercambio.

—Espero que os pongáis de mi parte, entonces, y no de la de los piratas.

Yo tengo claras las preferencias de la princesa. Y después de lo que le ha escuchado decir al almirante, sé que su respuesta no puede ser afirmativa, incluso si la sonrisa no se le borra de la cara:

Lo cierto es que no suelo estar muy de parte del orden, me gusta más el espíritu aventurero. —El muchacho abre la boca, quizá para hablarle de su *gran* espíritu, pero ella lo corta antes de que pueda interrumpirla—: Tendríais que convencerme de que vuestra postura es la correcta, almirante, y no sé si vais bien. Al fin y al cabo, los piratas tienen un verdadero código de compañerismo, incluso entre tripulaciones enemigas, mientras que vos juzgáis a compañeras de mar...

Creo que Raleigh se enzarzará en una disputa sobre quién es o no una compañera de mar. Probablemente, debido a su título, considere que los mercantes son más una molestia para su misión que barcos a los que proteger.

Pero está ante una princesa de Marabilia, y por eso intenta no perder la sonrisa.

Le sale mucho peor que a ella.

—No creo que su código os fuese a salvar la vida si atacasen el barco en el que fueseis a bordo, alteza —indica—. Por suerte, ahí estaría yo para salvaros.

Me llevo la copa a los labios, previendo el desastre.

—Supongo que os parezco muy indefensa...

Como un tigre enseñando los dientes. Hasta Raleigh tiene que advertir el filo en la voz de Samira. Si da un paso en falso, ella se lanzará sobre él sin piedad.

—No, por supuesto que no —responde él—. Pero los piratas, mi señora, son cosa seria. Y un mal tema de conversación para una velada de

celebración como esta, así que perdonad mis torpes palabras, si es que os han ofendido, y concededme el honor de un baile.

Hago una mueca porque, aunque es una sugerencia, no es exactamente una pregunta. Y de todas formas, Samira lo rechazará. Tiene que hacerlo, por cómo lo mira de arriba abajo.

—Lo cierto es que, como ya os he dicho, me gustan más las aventuras. — Su sonrisa se amplía. Brillante como una estrella, iluminando su expresión completa—. Así que, aunque prefiero rechazar vuestro baile, aceptaría dar un paseo si a cambio me contarais vuestras mejores historias.

Todos nos quedamos asombrados. A mi lado, Alden parpadea. Yo me siento como si me hubiera perdido algo.

—Será un auténtico placer, alteza.

Raleigh ofrece su brazo a la joven e inclina la cabeza hacia el resto de la mesa, despidiéndose. No sé si lord Farren parece contento o enfadado. Puede que ni siquiera él lo sepa: pese a todos los problemas que pueda tener con que un extranjero ocupe el trono, tiene que admitir que el hecho de que su hijo tenga a una princesa del brazo en este momento, sea del país que sea, es una buena noticia. Arich, en cambio, tiene una expresión sombría. Lo veo acabarse su copa y dejarla sobre la mesa con un golpe seco que salpica las últimas gotas sobre el mantel. Se levanta antes siquiera de que la pareja se haya alejado.

Alden, recompuesto, sonrío. Yo no me siento capaz de imitarlo.

—Bien, creo que ya nada puede sorprenderme de esta noche —dice una vez los ve salir por la puerta—. Un rey y una mercader bailando y el almirante del brazo de una princesa de Granth, porque dudo que pueda ser considerado que ella vaya de *su* brazo. —Intento sonreír ante la broma, pero por fortuna mi esposo no se da cuenta de que no me sale todo lo bien que debería—. Por fortuna, sé que hay cosas que nunca cambiarán, como que me concedas un baile... —Se levanta.

—Por supuesto, pero ¿me das unos minutos? La sala está muy caldeada y necesito ir a mojarme la cara.

—Te acompañaré.

—No, por favor, no te molestes. Será rápido.

Alden parece atónito, poco acostumbrado a que rechace nada de él, pero al final se inclina para besar mis labios.

—No me dejes solo mucho tiempo.

—Por supuesto.

Me cojo el bajo del vestido y me cuelo entre la gente hacia la salida. En el pasillo, donde el ruido es menor, me apoyo un segundo contra la pared. El corazón me late como loco, mientras el frío de la piedra se cuela bajo de mi vestido.

Creo que es la primera vez que miento a Alden.

Y aunque me siento un poco culpable y una parte de mí me pide que vuelva al salón, lo cierto es que otra, más grande y fuerte, me pide que me ponga en marcha. Que la Samira que conozco —que creo conocer— nunca se iría con Raleigh sola a los jardines.

Algo está pasando justo delante de mí. Y tengo que descubrir qué es.



Samira

A veces casi se me olvida por qué no me gustan los hombres. Quiero decir, aparte de que hay muchas más posibilidades de que me sienta atraída por una piña que por un muchacho, siempre me pregunto si habrá algún motivo perfectamente racional para que los prefiera bien lejos de mí.

Raleigh Farren me recuerda todas las razones. Su hermana no es estrella de mi devoción, pero él además es un *hombre*, y eso hace algunas cosas esencialmente peores. Como, por ejemplo, la inmensidad de su ego. Mataría por la confianza que tiene Portia en sí misma; en el caso de su hermano, lo mataría a *él* por su pretenciosidad. Maldigo el momento en el que le he pedido que me cuente sus mejores historias. ¿Cuánto tiempo lleva hablando este sujeto? Hace solo un rato que salimos de la sala de baile y ya me parecen milenios.

Qué pesado.

Me está relatando uno de sus enfrentamientos con uno de los barcos piratas más conocidos de los últimos tiempos, y no sé cómo es capaz de hacer aburrida una historia de piratas. ¿Hay algún premio por eso? Sobre todo cuando el barco del que habla es el *Angelique*, un barco que surcó los mares durante más tiempo del que este papanatas lleva viviendo.

—¿Y con el *Libertad* os encontrasteis alguna vez? —le interrumpo—. Era una tripulación solo de mujeres...

Raleigh tiene un repentino ataque de tos y yo paladeo mi sonrisa.

—Ah, pues, no, no me suena...

—No me estaréis mintiendo y en realidad os encontrasteis con ellas y os patearon el culo, ¿no es cierto?

Un carraspeo. Por supuesto que fue eso lo que ocurrió, pero un hombre como él mí jamás admitirá que fue vencido por un grupo de mujeres. Gracias, amigas piratas desconocidas, por hacer por mí lo que desearía estar haciendo ahora.

—Por supuesto que no —miente, de manera tan descarada que me daría pena si no me pareciera un imbécil—. Además, no creo que se pueda hablar en términos tan soeces y burlescos como esos en lo que es, mi señora, ni más ni menos que una guerra por la paz y la seguridad de los mares.

Me contengo y no pongo los ojos en blanco. Me abuuuuro.

Antes de que pueda morirme de hastío, un revoloteo pasa justo por mi izquierda y se adelanta hacia las paredes de arbustos de unos pasos más adelante.

Tengo que apretar los labios para no sonreír. Al parecer, ya estamos todos en nuestras posiciones.

Solo falta una pequeña cosa. El verdadero problema, que es un poco más complicado de lo que había concebido en un principio. Pensé que robarle su amuleto sería coser y cantar, y no dudo que así vaya a ser...

En cuanto sepa dónde lo esconde.

Echo otro vistazo a su cuerpo. No hay ningún reflejo azul en su ropa. Los adornos que lleva son de plata u oro blanco, pero sé que algo bloquea su cabeza.

Logen lo confirmó en cuanto llegó al palacio. Lo observamos desde lo lejos y trató de entrar en su mente, pero no hubo manera. Sé que él está esperando, junto con *Aesir*. Maldiciéndome, probablemente, por haberle liado para hacer esto a espaldas de Fausto. Pero los dos sabemos que él nunca nos permitiría actuar así.

Demasiado arriesgado, diría. Y necesitamos empezar a arriesgarnos. Por más que él quiera que se arregle por medio de documentos y suposiciones, o

nos manchamos las manos o no encontraremos nada. Entiendo que entrar en la cabeza de un noble sin permiso puede traernos algunos problemas, pero también espero que, si es el culpable, la indignación que despierte el asunto sea suficiente para suplir la ética.

—Tenéis razón —ronroneo—. Ahora soy yo quien os pide disculpas por haberos ofendido... —Aprieto mi brazo en torno al suyo y siento que se tensa, pero también se hincha un poco más—. En realidad, no sabéis cuánto admiro vuestra labor. Y cuánto os envidio por todo lo que habéis visto y vivido... Mi manera de hablar, como todo lo demás, es solo un intento de... escapar de la aburrida vida de princesa que me ha tocado. Como ya os he dicho, lo que ansío de verdad son aventuras...

Es increíble lo fácil que es colmar su deseo de atención. Raleigh está encantado con mi cercanía y es obvio que piensa que estoy interesada en él. Su ego debe de estar bailando tanto como si se hubiera quedado en el salón. Una princesa de Marabilia (aunque sea una tercera) caminando de su brazo y diciéndole que lo admira. Debe de creer que es su día de suerte. O quizá no lo considere suerte, sino solo lo que merece por su impecable labor como almirante.

—¿Y qué tipo de aventuras podría ofreceros yo...?

Casi consigue que suene como si no se le hubiera ocurrido ninguna. Aunque yo sé que no es así. Sonríó un poco más y tiro de él, hacia abajo, para susurrar en su oído:

—Una prohibida, como las de los piratas...

Menuda cara de idiota. La baba, imbécil. Sé que soy irresistible, pero, si es tan evidente, no tiene nada de divertido. Trato de reprimir el escalofrío de asco cuando me mira la boca.

—¿Sabéis mucho de aventuras prohibidas, alteza...?

Pues un poco, pero ya te gustaría a ti comprobarlo.

No es lo que le digo, sin embargo. Solo sonrío con inocencia, y espero a que él se detenga y se incline hacia mí... para soltar su brazo de repente y dar un par de pasos atrás. Dejo escapar una risita.

—Una de las cosas que sé es que los piratas en esas aventuras tienen que luchar por el tesoro. Buscarlo. —Me muerdo el labio, pícara, y doy otro paso

hacia atrás. No sabría decir si está sorprendido, maravillado o las dos cosas —. Buscadme, almirante.

Echo a correr. Las paredes de arbustos me dan refugio rápido. *Aesir* pía con reconocimiento mientras me escondo tras uno de ellos. Logen está ahí y me mira, acuclillado en el suelo.

—¿Estás segura de esto, Samira de Granth?

—Tú piensa solo en todo lo que nos vamos a reír.

Miro a *Aesir*. Sabe perfectamente lo que tiene que hacer y por eso revolotea.

Incluso nosotros podemos ver a la réplica perfecta de mí que crea para nosotros.

Para Raleigh, que me ha seguido, claro, y mira alrededor, confuso en el laberinto de arbustos. Sonríe al encontrarme. O más bien, al encontrar mi imitación.

—Tenéis mucho de pirata, alteza. Creo que necesitáis que alguien os capture y os ponga a raya.

Logen hace una mueca de asco y yo asiento, de acuerdo con él. La falsa yo esconde una sonrisita tras su mano. Abro la boca para responderle, y mi réplica mueve los labios al mismo tiempo.

—O quizá vos necesitáis ser puesto a merced de los piratas, almirante...

—*Aesir* me conoce a la perfección y reproduce lo que serían mis movimientos como si fuera yo quien los estuviera realizando. Los pasos largos y lentos, las manos tras la espalda—. Necesitáis saber lo que es rendirse e hincar las rodillas.

Raleigh alza las cejas, observándome, aunque es mucho más divertido si recuerdo que solo está mirando al aire. Ojalá alguien pudiera verlo desde fuera, sin participar en la ilusión de *Aesir*. No puedo pensarlo demasiado porque solo me entran ganas de carcajearme.

—Obligadme —exige, dando un paso hacia delante.

La ilusión da ese mismo paso atrás. Yo sonrío.

—Es muy sencillo, almirante. Me obedeceréis o no me tocaréis. No habrá tesoro.

—Casi me da pena —susurra Logen. Cuando lo miro, sé que está disfrutando tanto como yo.

Ambos contenemos un poco la respiración mientras el almirante entorna los ojos. Mientras observa la ilusión, de arriba abajo, y quizá se pregunte si el premio merece la pena. Debe de decidir que sí, porque se humedece los labios y se queda muy quieto.

—¿Cómo podría complaceros?

Imbécil. Tengo que contener a duras penas las ganas de reírme para poder hablar:

—Desnudaos.

Logen se encoge sobre sí mismo y presiona los labios contra el cuello de su túnica. Creo que vamos a echar todo esto a perder solo porque no podremos evitar las carcajadas al final.

—¿Cómo decís...?

—¿No me habéis oído? Desnudaos. Quiero veros... —La ilusión hace una invitación con la mano en el momento mismo en que yo lo hago, tras los arbustos—. Comenzad por la chaqueta, os cubre demasiado. Y una buena pirata ansía ver bien el tesoro que va a adquirir.

Creo que le convence sobre todo la expresión que pone la ilusión, cuando lo examina de la cabeza a los pies. *Aesir* está hecho todo un conquistador.

Contengo la respiración mientras sus manos van hacia la chaqueta de su uniforme. Se me van a saltar las lágrimas. Cuando la prenda cae al suelo, necesito airearme con la mano, y la ilusión hace un ademán para que continúe.

—Sois cruel —asegura Raleigh.

No estoy en condiciones de responder, y las ilusiones de los nasires no implican sonidos, así que hay un momento de silencio más del conveniente.

Logen me da un codazo y yo cojo aire.

—Soy una pirata —digo como toda respuesta, casi como si lo sintiese. Tengo la voz un poco tomada, así que no sé si funciona.

Eso hace que él se ría. Se lleva las manos a la casaca, desabrochando los primeros botones.

—Sí que lo sois...

La casaca cae siguiendo la chaqueta.

—¿Os es suficiente?

—Es suficiente para acercarme un poco.

La ilusión lo hace. Da un tentativo paso hacia delante, con expresión inocente. Ladea la cabeza, invitadora, y Raleigh sabe sin duda lo que tiene que hacer si quiere que me aproxime más. No duda entonces en arrebatarse la camisa por encima de la cabeza. Su gesto parece un poco ansioso, pero algo me distrae de la gracia que me hace.

Ahí está.

Escondía su medallón debajo de todas sus prendas. El brillo apagado de su amuleto lanza un destello; el collar tiene forma de barco, con las velas de ese color azul tan característico. Logen y yo nos observamos un solo segundo y después nos echamos un poco hacia delante.

—¿Estás preparado? —susurro.

—Creo que no he estado más preparado para algo en mi vida.

Sonrío. Abro y cierro las manos. Mi réplica se humedece los labios al mismo tiempo que yo, pero las dos estamos disfrutando con anticipación de cosas diferentes. Raleigh, por supuesto, lo comprende como quiere.

—¿Ahora sí es suficiente?

—Bueno... Bastante bien. Aunque tenéis una joya interesante ahí... Y las piratas amamos las joyas. La quiero en el botín.

Raleigh alza las cejas. Me tenso un poco. Creo que Logen lo hace también.

Pongo la mano sobre su brazo, esperando.

—¿Esto? —dice, tocándose el medallón—. Realmente queréis desproveerme de todos mis secretos, alteza...

La ilusión pone la expresión más inocente que puede mientras se acerca un paso más.

—No sabéis hasta qué punto... Pero podréis descubrirlo si cumplís mi último deseo. Estáis tan, tan cerca...

Y para dejarlo claro, la réplica levanta la mano, extendiéndola hacia él, cuando solo les separan muy pocos pasos, para demostrar que está a un suspiro, a un gesto más. Contengo la respiración. Es un movimiento arriesgado. Las ilusiones son solo visuales. Si Raleigh decide lanzarse sobre la falsa yo, se acabó.

Pero él recuerda las normas. Cree que solo veo una joya en eso. Como todo el mundo, me subestima también. No debe de pensar que esa muchacha

pueda desvelar nada de él.

Logen y yo miramos, con los ojos muy abiertos, cómo se lleva las manos al colgante. Aprieto la manga de mi amigo.

Se oye un tintineo de la cadena antes de que el collar caiga el suelo.

—Ahora.

Logen cierra los ojos. El corazón me late muy rápido mientras lo observo.

—He cumplido. Ahora, pirata, seréis vos quien tendrá que arrodillarse.

La ilusión desaparece en cuanto Raleigh se lanza sobre ella. Si no estuviera tan tensa por saber qué debe estar viendo, disfrutaría más de este momento. Del instante exacto en el que Raleigh extiende los brazos hacia algo que no existe y que se disuelve en el aire. Su expresión no tiene precio. Cómo abre mucho los ojos, cómo mira alrededor, cómo me busca. Se me escapa una sonrisa. Si no estuviera tan nerviosa, tendría verdaderas ganas de reír. *Ridículo*.

—¿Qué...?

—¿Almirante?

Logen y yo levantamos la mirada con un respingo. Abro mucho los ojos al ver a Cordelia con la expresión más incrédula del mundo. Observa al hombre semidesnudo, aparentemente solo, y parpadea. Por un segundo me imagino todo desde su punto de vista y siento todavía más ganas de reír. Oh, esto ha sido lo mejor que he hecho en toda mi vida.

Raleigh vuelve a mirar alrededor. Frunce el ceño. La vergüenza es evidente en su rostro, tanto como su enfado. Pero el bochorno gana, por eso se apresura a recuperar su collar y su ropa y a alejarse, pasando al lado de Cordelia como si no estuviera allí, con la cabeza tornada hacia el suelo.

Contengo la carcajada. Oh, pobre Cordelia, no debe de entender nada. Mi pobre y cándida estrella...

—Princesa Samira, sé que estáis ahí, en alguna parte —dice entonces. Me tenso—; salid de vuestro escondite y explicadme qué acaba de pasar.

Se me cortan las ganas de reír de inmediato. Me encojo y miro de reojo a Logen, que está centrado en otra cosa; tiene el ceño fruncido y la expresión grave. Trago saliva. Ha funcionado.

—Ve a decirle a Fausto e Ivy lo que sea que hayas visto. Ya. Yo me encargo de Cordelia.

Nos miramos. Él asiente.

Nos ponemos en pie y salimos de nuestro escondite.



Cordelia

Creo que la noche no podría ser más extraña, sobre todo después de haber visto al almirante Farren a medio vestir en medio del jardín, lanzándose sobre nada más que aire. Si Samira de Granth está involucrada en esto, algo me dice que todavía quedan por descubrirse algunas sorpresas más.

Advierto un movimiento en los arbustos y la princesa aparece entre ellos, como si fuera parte de las plantas. Su nasir revolotea antes de posarse en su hombro. Junto a ella se levanta un muchacho vestido de sombras que reconozco como el nigromante que acompaña al príncipe a menudo y que, por lo que parece, también se compincha con la princesa en los planes más extraños.

—*Lady* Mormont —me saluda con una inclinación de cabeza antes de pasar por mi lado con una tranquilidad que casi parece una burla. Supongo que seremos solo nosotras dos, entonces.

Cuando me giro, tras asegurarme de que se marcha, la segunda princesa de Granth se está sacando hojas y ramitas del vestido.

—¿Queréis contarme lo que ha pasado, alteza?

Samira suelta una risa de niña que acaba de hacer una travesura, y lo cierto es que cuando sonrío no parece mucho más que eso.

—Que Raleigh Farren acaba de hacer el ridículo de su vida, como habéis visto, más o menos.

Me cruzo de brazos y me fuerzo a no sonreír, aunque es difícil resistirse. En realidad, me debato entre la diversión y la vergüenza ajena. El almirante estará maldiciendo a toda la familia real de Granth, y lo peor es que es consciente de que no puede decir nada en contra de la princesa: si lo hiciese, tendría que contar que ha sido ridiculizado (y en calzas) por alguien al menos diez años menor.

Espero que eso signifique que no habrá consecuencias para ella.

—Diría que no ha sido una situación casual, que habéis estado pensando en hacerle esto, y me gustaría saber por qué. ¿Qué os ha hecho?

—¿Aparte de insultar a Lynne, considerarme una dama en apuros y ser un presuntuoso en general?

Admito que Raleigh no es el mejor de los hombres, pero...

—Esto no parece algo que preparaseis por haberos insultado. Creo que vinisteis a nuestra mesa porque lo buscabais.

Algo que ya sabía de Samira de Granth es que nunca para quieta. Hemos pasado juntas el tiempo suficiente las últimas semanas como para que me haya dado cuenta de que es una manía que sale a relucir, sobre todo, cuando está nerviosa. Tal vez eso es lo que la empuja a caminar a mi alrededor, como si quisiera contemplarme desde todos los ángulos posibles.

—A lo mejor quería llamar vuestra atención, pero, como nunca me haréis caso, tuve que contentarme con él...

Me ruborizo; no sé si es por la sugerencia o por el hecho de que me tome por tonta. Frunzo el ceño en un intento de contrarrestar la vergüenza con la indignación y la sigo con la mirada, girándome a medida que ella me rodea.

—A vos no os gusta Raleigh. —Es una certeza—. No os gustaba incluso antes de que abriera la boca.

—Pues claro que no —me confirma—. Pero, dado que cierta persona me ignora, puedo divertirme con quien quiera, y si es dejándolo en evidencia...

Tiene que ser consciente de lo pueril que suena. También tiene que ser consciente de que no soy boba y no voy a creer todo lo que me diga. Si quiere

dar la imagen de una niña caprichosa que juega con la gente, que así sea. Pero no me quedaré aquí para escuchar una sola palabra más. Al fin y al cabo, no he mentido a Alden para esto. No me he marchado del salón para que se burlen de mí.

Me recojo la falda y me doy la vuelta. No he venido tras ella para que juegue conmigo, o lo que sea que está haciendo.

—Bien, si no me lo queréis contar, será mejor que regrese dentro. Le he prometido un baile a mi esposo.

Sueno aún más ridícula de lo que me siento y, por supuesto, la princesa no pierde la oportunidad de burlarse de ello:

Vaya. Así que habéis dejado a vuestro marido a la espera para seguirnos a escondidas... —Se detiene en su lento caminar y una sonrisa pícaro se extiende por sus labios, más ancha que la que ya tenía—. ¿Quién podría esperarlo de vos?

Yo, desde luego, no. Cuadro los hombros y doy un paso adelante, consciente de que no ha dicho ninguna mentira. Y de que me torturará con ello si se lo permito.

—No voy a quedarme aquí para que os burléis de mí por mi preocupación.

Quizá penséis que os he seguido por el castillo por curiosidad, pero os aseguro que no es así. Os comportabais de forma extraña y... —Sacudo la cabeza y decido callar. Ya está bien de dejarme en evidencia. En lugar de seguir hablando, echo a andar. Trato de poner la vista en el frente, de no cruzar mirada alguna con ella, porque sé que, si lo hago, solo seré más ridícula—. Buenas noches, alteza.

Apenas he avanzado cuando oigo los pasos y siento la mano agarrando mi manga. No la espero. Tampoco espero el tartamudeo que escapa de sus labios.

Parece imposible pensar que la haya sorprendido, pero cuando me detengo y me giro, tiene los ojos muy abiertos y los labios separados, con la petición de que me detenga sin llegar a salir de ellos. Ambas bajamos la vista a su mano en mi brazo al mismo tiempo. Apenas tarda un par de latidos en soltarme y apretar su propia falda con los dedos que hasta hace un segundo se agarraban a mí.

—Gracias por preocuparos por mí —dice tan bajo que me cuesta escucharla.

—En vez de darme las gracias, podríais explicarme lo que está ocurriendo.

Aunque intento parecer inflexible, lo cierto es que siento que su agradecimiento me ha ablandado. No puedo enfadarme con ella. Y menos cuando su colibrí se marcha de su hombro, como si fuera una parte de ella queriendo desaparecer.

—No quiero comprometeros.

—Ya es demasiado tarde. Estoy aquí, ¿no?

—Sí, pero aún estáis a tiempo de fingir que os he dicho la verdad y solo soy una princesa irreverente con cierto gusto por las travesuras. ¿No es lo que se cree de mí, de todas formas?

La observo, atenta. No hay cambio en su expresión, pero yo sé reconocer de sobra lo que se oculta tras su comentario. La he visto hablar con mucha gente estos días. La he visto caminar por palacio y compartir espacio con su hermano, con Ivy, con los sirvientes, con los guardias, con nosotras... Me he fijado en sus pies inquietos, en su compañero alado. Soy consciente de la forma en la que intenta bromear sobre todo. La he estudiado, porque es una buena forma de conocer a las personas, de entender sus necesidades y sus silencios, y creo que puedo decir que la entiendo un poco mejor que el primer día que hablé con ella.

Y puedo decir también, y sin miedo a equivocarme, que Samira de Granth es mucho más de lo que otros creen que es. De lo que ella misma cree que es.

Con contadas excepciones como Raleigh Farren, las personas tendemos a infravalorarnos, a tomarnos poco en serio, a ponernos límites y negarnos a ver nuestro potencial.

—No. Yo no lo creo.

Un silencio pasa entre nosotras. Sus dedos aprietan un poco más la tela de su vestido, como si se debatiera entre preguntar y dejarlo pasar. Como si pensase que mis palabras podrían hacerle daño.

—¿Y qué creéis, entonces?

No recuerdo ningún momento en el que pareciese tan desarmada y vulnerable como ahora.

—Que por alguna razón preferís que os vean así, y no entiendo por qué. No sé si os ocultáis tras esa identidad porque os la creéis de verdad o porque es más fácil, pero yo diría que sois una muchacha ingeniosa y valiente que nunca hace nada sin una razón y que necesita quererse un poco más.

No sé si la princesa se avergüenza al escucharme o solamente se queda pensativa. No puedo saber siquiera si está enfadada, porque la veo apartar la vista al suelo y quedarse muy quieta. Podría estar odiándome. Quizá me crea una ilusa.

O puede que se dé cuenta de que es todo cierto y se sienta abrumada porque yo lo haya descubierto, porque no lo niega:

—Si os lo contase todo, no podríais decirle nada a vuestro esposo.

Me sobresalto.

—¿A Alden? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Samira cambia el peso de un pie a otro, demostrando su incomodidad. Es otro de esos gestos inconscientes propios de ella. Hizo lo mismo mientras esperábamos a sus padres en el patio, como si no pudiese evitar desear echar a correr.

—Pertenece al Consejo, y lo que nos traemos entre manos está mejor al margen de él. Al menos, de momento.

Hago una mueca. La idea de ocultarle algo a Alden no me apasiona, nunca lo he hecho, pero teniendo en cuenta que no es mi secreto... Dudo. Quizá debería dejarlo pasar. Quizás aún esté a tiempo de desligarme del asunto. Nunca debió importarme. No está bien ser demasiado curiosa...

—No le contaré nada. Tenéis mi palabra.

Samira parece preguntarse si de veras soy de confianza, pero, tras una leve duda, asiente.

Y me lo cuenta todo.



Fausto

—¿Que habéis hecho qué?

Creo que soy el único escandalizado. Logen, desde luego, está muy tranquilo.

Greta, con quien para sorpresa de todos mi nigromante ha terminado por establecer buena relación, parece incluso que vaya a sonreír. La peor es Ivy, que va a estallar en carcajadas en cualquier momento y tiene los labios muy apretados para disimular.

—Os hubiese encantado verlo. Quizá deberíais pensar en cambiar a vuestro almirante, alteza —le dice Logen a Ivy con una sonrisa maliciosa—. No sabéis si algún día una pirata de verdad le va a dar órdenes y él las va a obedecer todas igual.

Ivy suelta una risita y luego, cuando la miro con incredulidad, carraspea. Se alisa el vestido y se acomoda en la silla. En cuanto hemos visto a aparecer a Logen en el salón, hemos venido a sus aposentos, cada uno por separado, fingiendo que todos estábamos cansados.

—Ahora mi hermana está involucrada directa y visiblemente en la intromisión de la mente de un noble sin ningún tipo de consentimiento. Si se

sabe, y con todos los reyes aquí, con sus miles de secretos, que en Granth nos dedicamos a entrar en cabezas ajenas y...

—Solo que el plan de tu hermana, Fausto, es brillante —me corta Logen—. Porque Raleigh cree que solo ella está involucrada, no tiene ni idea de que han entrado en su cabeza. Por otro lado, nadie ha robado su amuleto. Se lo quitó él solito, igual que el resto de prendas. ¿Crees que Raleigh Farren va a decir algo de lo que ha ocurrido?

Frunzo un poco el ceño; tengo que darle la razón. Un hombre como él no lo hará. No hay manera de que su imagen salga ganando en esta situación. Samira lo ha engañado con todas las letras. Y si ni siquiera es consciente del ataque a su cabeza... Me echo hacia atrás en el diván, apretándome el puente de la nariz.

—Creo que Logen está en lo cierto, Fausto —me dice Ivy—. Aunque sé que no te importa tanto la moralidad del asunto como que tu hermana pueda salir dañada de esto.

No lo niego.

—Se ha mostrado demasiado. Ese hombre tiene que estar enfadado. Lo estará más si descubre cuál era la verdadera intención.

—No haber sido un imbécil —resume Greta.

Ivy se cambia de sitio para sentarse a mi lado. Su mano se posa sobre la mía.

—No vamos a dejar que nadie tome represalias contra tu hermana. Y aunque las tomaran, ya no es ninguna niña. Es evidente que sabe cómo cuidarse.

Lo sé. Pero sigue siendo mi hermana pequeña. No es que no espere nada de ella, que no confíe en ella, es que no quiero ni que existan posibilidades de que le ocurra nada. Suspiro. Cuando levanto la vista, rindiéndome, Logen y Greta nos están mirando con expresiones casi idénticas: con las cejas alzadas y los ojos fijos en nuestra cercanía.

Creo que Ivy se da cuenta al mismo tiempo que yo, porque ambos carraspeamos, nos soltamos de las manos y nos alejamos un poco.

—¿Qué está pasando entre vosotros dos...? —pregunta Logen. Greta cruza los brazos sobre el pecho.

Ivy se alisa el vestido mientras yo me revuelvo en el asiento.

—Centrémonos —exige la princesa—. ¿Qué habéis visto en la mente de Raleigh?

—Yo tengo información que vosotros queréis y vosotros tenéis información que a mí me interesa, así que...

Greta le pone la mano en el brazo a Logen.

—Ya tendremos tiempo de torturarlos. Ahora, habla.

Logen resopla.

—De acuerdo, aunque vais a estar decepcionados.

Hago una mueca.

—No es él —digo.

—Tampoco es exactamente eso. Raleigh Farren es culpable.

Los tres nos quedamos sin respiración. Me echo hacia delante de golpe. Ivy se queda muy pálida. Incluso la expresión siempre neutra de Greta se tuerce un poco cuando aprieta la mandíbula.

—Pero no *de todo*.

—¿Qué significa eso?

Logen suspira. Toma asiento en la silla que Ivy ha dejado libre y juega con el anillo que hay en su dedo y en el que brilla la piedra que lo protege de ataques indeseados a su cabeza. Sus ojos se fijan en la princesa.

—Raleigh Farren no tiene nada que ver con los últimos ataques. Pero él y su padre orquestaron lo que os ocurrió hace ocho años, aunque fue un error. Vos no erais la persona a quien iba dirigido el veneno que os dejó encamada.

Al principio, lo que mi amigo dice se corresponde tan poco con lo que podíamos esperar que no comprendo de qué está hablando. Después, mi cabeza comienza a trabajar a toda velocidad, pero solo hay una posibilidad lógica que responda a eso.

—El rey. —Ivy me observa sin querer creerlo. Después sus ojos buscan los de Logen y encuentran la confirmación.

Tiene sentido. Muchísimo más que el ataque hacia ella.

—Vuestra vida aquella vez, como ya sabíamos, no corrió ningún tipo de peligro. Querían incapacitar a vuestro padre, pero vos debisteis de tomar la infusión que estaba dirigida a él. Con vuestro padre incapacitado, lord Farren habría presentado la moción en el Consejo para pactar la sucesión. Y en ese momento...

—En ese momento Farren era el heredero —completa ella, mareada. La veo echarse hacia atrás y yo no puedo evitar capturar su mano para mostrarle apoyo—. Cordelia no estaba casada ni había planes para ello, y no tenía un hijo. Yo no estaba prometida, pero empezaba a hablarse de boda.

Un silencio de los que llenan todo. Greta se mueve para acercarse a Ivy y se sienta a su lado. Ella misma parece estar pensando tanto como los demás. Porque esto nos ofrece algunas respuestas, aunque no todas las que necesitamos. Esto solo resuelve un misterio de hace ocho años y deja más preocupaciones en el frente. Tenemos la certeza de que los Farren no son trigo limpio y, al mismo tiempo, la seguridad de que hay más personas conspirando.

—Esto explica el tiempo que pasó entre aquella vez y los siguientes ataques —susurro sin ganas—. Incluso la diferencia en la actuación.

—¿Ahora no tenemos que localizar a un solo enemigo, sino a varios? —interviene Ivy. Su voz suena tan amarga que me gustaría abrazarla—. ¿Qué se supone que vamos a hacer con los Farren? Sabemos que conspiraron contra mi padre. Hay que echarlos.

—Eso expondrá a Samira, porque la única prueba que tenemos es lo que yo he visto —susurra Logen—. Y no ayudaría a que el consejo viera con mejores ojos a Fausto.

—¡Qué importa cómo sabemos lo que sabemos! ¡Son conspiradores!

¿Esperáis que los mantenga en mi castillo, cerca de mi padre? ¿Cerca de mí?

A mí tampoco me hace gracia. Pero, de alguna manera, echarlos sin más tampoco parece la solución correcta. No se irán sin protestar. Es relativamente sencillo, incluso, que nos acusen de inventar falsas acusaciones, y solo necesitan comprar a un nigromante que avale su inocencia para contradecir al mío. Es el problema de la lectura de mentes: en el instante en que solo unos pocos tienen ese poder, cualquiera podría mentir para decir que ve cosas que no están ahí.

Y por otro lado...

—La tela del vestido se hallaba cerca de la mansión de los Farren —susurro—. No creo que sea casualidad.

—Raleigh Farren no ha tenido nada que ver con ningún vestido, te lo aseguro, y...

—No, sé que él no. Pero quizá no fue un accidente. A lo mejor esa tela no se quedó atrás por error.

El resto de mis acompañantes me observan. Los nervios de Ivy son evidentes y yo quiero encontrar la manera de consolarla, pero no creo que nada de lo que haga vaya a ayudarla. De pronto, esto se ha convertido en algo demasiado real. Y entiendo lo que sucede en su cabeza: cuando pensaba que ella era el problema, todo estaba bien, podía aceptarlo. Pero ahora que sabe que hay quien ha conspirado contra su padre, el asunto es diferente. Como yo con mi hermana, podemos ponernos en primera línea para recibir los ataques que sean necesarios, pero no soportar que alguien toque lo que más queremos.

—¿Insinúas que era una trampa?

—Creo que alguien trata de incriminar a los Farren, sí. Igual que trataron de incriminar a los Mormont. Se trata de inclinar la balanza hacia ciertos nombres.

Los primeros de los que se podría sospechar, por ser los herederos. Exactamente lo que hemos hecho.

—Pero eso tiene muchísimas lagunas. Solo hace falta un nigromante que revise qué pasó y...

Alzo las cejas. Todos entienden lo que yo mismo estaba pensando antes.

—Los nigromantes no nos prestamos a conspiraciones —replica Logen, defendiendo su honor.

—Pues el de Dahes lo hizo —protesta Greta—. Lo suficiente para hechizar a una princesa cuando se le dio la orden.

Logen hace una mueca.

—Eso es...

—Una discusión que no vamos a tener ahora —les corto antes de que comiencen con sus enfrentamientos sobre hechiceros y nigromantes. Me giro hacia Ivy—. Haremos lo que tú quieras. Eres libre de contárselo a tu padre si quieres advertirle y que él decida si echar a los Farren por lo que ocurrió hace ocho años. Pero, antes de decidir, piensa que ellos no son el problema real ahora.

Podemos fingir que seguimos sospechando de ellos. Podemos hacer que el culpable se sienta seguro y, cuando sepamos quién está detrás de los últimos acontecimientos, acusarlos a todos juntos.

Ivy contiene la respiración, mirándome. Ella ya sabe cuál es la mejor opción.

Sobre todo si depende de cuidar al rey.

—Lo último que necesita mi padre es que se descubran conspiradores en su Consejo mientras se desarrolla la Cumbre y que todos los reyes sientan que no están en un ambiente seguro como el que este castillo debe ser —susurra. Estoy de acuerdo—. Y la manera en que lo hemos averiguado hará que sospechen más de Granth y de vuestras intenciones aquí. Tenéis razón. No es el momento. No todavía.

Sé lo cansada que se siente por tener que decir esto. Porque todo sea tan complicado. No me importa demasiado lo que vayan a pensar nuestros amigos cuando rodeo sus hombros con mi brazo y la aprieto contra mi cuerpo. Está agotada, demasiado asustada como para preocuparse de Logen y Greta también.

Mis labios tocan sus cabellos, cerca de su oído.

—Todo va a salir bien —le prometo.

Ella asiente. Sus manos se alzan para agarrarse un poco a mi ropa, contra la que se esconde. Odio todo este peso invisible sobre sus hombros. Odio la sensación de que le están haciendo daño. Odio que no vaya a poder dejar de ver fantasmas en cada rincón.

Otro carraspeo. Uno ligero, dubitativo, de quien no quiere interrumpir en realidad. Me fijo en Logen. Él y Greta, como si se sintieran de pronto un poco incómodos, no nos miran directamente.

—¿Y qué hacemos ahora?

Ivy y yo nos miramos un segundo.

—Mañana comenzará la Cumbre —concluyo—. Nadie será tan idiota de intentar algo con las guardias de los ocho reinos cubriendo cada rincón del palacio. Eso debería darnos un margen. Pero mantengámonos en guardia de todos modos. Y poned un ojo en Arich.

—¿En Arich?

—Los inculminados hasta ahora tienen relación evidente con el Consejo, y en cualquier relación de crisis inesperada, como Farren calculó hace años, el destino del reino pasaría por el Consejo. Si no quedaran más opciones, hasta podría asumir una regencia. Los únicos que no parecen tener relación con todo y no han sido inculminados son Darrow y Arich.

—Darrow jamás haría nada —susurra Ivy.

Estoy de acuerdo. Fue el único que me apoyó de verdad en la primera reunión. También es un buen amigo del rey. Y su elección de asiento de hoy deja bastante claro que se siente bastante ajeno a la corte y a sus compañeros en el Consejo. No, no hay ningún motivo para sospechar de él.

—Lo cual solo nos deja...

—A Arich —completan Greta y Logen.

Asiento con cuidado. La hechicera y el nigromante se miran y después vuelven la vista a nosotros. Pienso en soltar a Ivy, pero ella se aferra un poco más a mí y yo no tengo la fuerza de voluntad suficiente para alejarme.

—¿Podéis... dejarnos? —pregunta ella entonces.

Ni siquiera se plantean rechazar su petición. Se inclinan y salen por la puerta.

Dirijo la mirada hacia la princesa.

—Ivy...

—Estoy cansada.

—Lo sé, pero...

—No —me corta. Tiene los ojos clavados en mi ropa. Sus párpados están entrecerrados y hay más decisión en ellos de lo que he visto nunca. Sus manos se aprietan un poco más sobre mi túnica—. Estoy cansada de no hacer nada. De quedarme quieta, como siempre me han dicho. De ser algo que ni siquiera se considera de verdad, algo que no significa... nada. Si el veneno hubiera llegado a mi padre hace ocho años en vez de a mí, eso habría sido todo. El plan de los Farren habría funcionado. Por mucho que yo estuviera viva, no habría podido evitarlo. Estoy cansada de no suponer ninguna diferencia.

Contengo la respiración. Sé lo que está pensando.

Ivy levanta la barbilla. Hay más orgullo en su gesto que en mil estandartes alzados camino de la guerra.

—Quiero ser reina.



Ivy

Fausto guarda silencio durante tanto tiempo que casi me arrepiento de haber pronunciado mi deseo en voz alta. Y su expresión no me da pistas de lo que piensa. Quizás ha llegado a la conclusión, como yo, de que esta es la única forma de hacer las cosas. Ya no solo por mi padre, sino por mi tranquilidad y la del reino. Porque la idea de que un hombre cegado por el poder se haga cargo de la corona me horroriza. Y, por otro lado, ¿no es lo que esperaban él y la reina Maryam que hiciera desde un principio? Desde aquella primera conversación en el jardín, cuando me dijo que no estaba aquí para robarme lo que me pertenecía...

Sigo sin saber si estoy a la altura. Sigo sin saber si soy la reina que Dione necesita. Pero quiero intentarlo. Quiero que dejen de jugar conmigo, de tratarme como a un objeto que puede cambiar de manos sin más.

Quiero que me vean y me tengan en cuenta.

—Por favor, di algo —pido cuando la falta de palabras empieza a abrumarme—. Si piensas que es una locura o que estoy hablando por el calor del momento...

—Eres una de las mujeres más valientes que he conocido en toda mi vida, Ivy de Dione —me interrumpe—, y no sabes hasta qué punto estoy orgulloso

de ti.

Sé que en cualquier otro instante me hubiera ruborizado. Debería sentirme feliz. Debería quitarle importancia. Me gustaría burlarme de él, sonreír y decirle que ha bebido demasiado en la cena. Ojalá pudiese hacer algo, cualquier cosa, para alejar los miedos que han despertado en mí sus palabras.

—No es cierto. —Me fuerzo a girar el rostro, fijarme en un punto cualquiera de la habitación. No sé si es el mejor lugar, pero mi mirada cae sobre el retrato con mis padres—. No es valentía, Fausto. Es miedo. Miedo de lo que pueda pasarle a la gente que quiero. Y aún no he hecho nada. No puedes estar orgulloso de solo una decisión. Aún puedo echarme atrás.

Me levanto. Ambos sabemos que no lo haré. Que, si el barranco que hay ante mí me aterra, retroceder un paso tampoco es una opción. Me acerco a la chimenea, que hoy se encuentra apagada, y contemplo el cuadro. Lo pintaron cuando mi madre todavía estaba viva, y me acuerdo que me fascinó desde un principio el trabajo del artista; parecía que estuviera haciendo alguna clase de magia que no requería de hechizos ni pociones. Solo colores y sus propias manos. Quería haberme sentado a observarlo durante más tiempo, pero se suponía que no debía verlo trabajar, como si sus habilidades debieran mantenerse en secreto. Quise pensar eso y no que pudiera estar molestándolo o, lo más probable, que no querían que perdiese el tiempo. Las princesas no pintan cuadros. Otra cosa más que no hacemos. Siempre es «no».

Consejos, prohibiciones, errores.

Suspiro. Siento que Fausto se acerca, aunque guarda las distancias.

—La valentía no tiene nada que ver con no tener miedo, Ivy —me dice—. Si no estuvieras asustada, serías una inconsciente. Pero aquí estás, aceptando el miedo, tomando tus propias decisiones y siguiendo a adelante.

Sí. Supongo que sí. Y supongo que eso es lo que me gusta de esto: que por primera vez estoy decidiendo por mí misma. Desafiando todo lo que me han enseñado, aun si ese no es el fin por el que me muevo.

—Mañana me gustaría estar en la Cumbre —digo sin volverme hacia él. Prefiero imaginarme la sorpresa en su expresión, y mantengo la vista fija en los rostros serenos y sonrientes de mis padres—. Sé que las princesas no

acuden porque en la práctica no somos herederas de verdad (aún), pero quiero estar presente cuando votéis. Quiero verlo todo con mis propios ojos.

El silencio es muy breve.

—No puedo esperar a ver sus caras.

—También oirás sus resoplidos. —Me giro a medias—. Cuanto antes sepa las maneras en las que no me van a tomar en serio, mejor. Pero no se lo contemos a nadie todavía. Le diré a mi padre que siento curiosidad, sin más. No quiero descubrirle vuestro plan. Al fin y al cabo, dijiste que la sugerencia sobre la autonomía debía parecer lo más natural posible. Cuanta menos gente sepa de ella, mejor.

Fausto se humedece los labios cuando nuestras miradas se encuentran.

Mantiene la expresión seria, pensativo.

—Proponla tú —dice tras una eternidad.

El efecto es inmediato. Lo encaro por completo, sin creermelo del todo lo que me acaba de decir. ¿Que haga la propuesta de autonomía? ¿Cómo podría?

¿Quién me iba a hacer caso? Ni siquiera estoy segura de que fuera capaz de alzar la voz ante todos los reyes de Marabilia si se me diese la oportunidad...

—No puedo hacerlo. Es una idea de Granth, no mía ni de Dione.

—Es una idea de mi madre —me corrige él—. La idea de una mujer que nunca podrá comunicarla dentro de esa sala, porque las herederas pueden entrar si lo desean, pero las reinas sin plenos derechos, no. Si la propongo yo, estarán escuchando a otro hombre, como siempre. Si la propones tú, será de alguna manera como si la escuchasen a ella. Os escucharán a vosotras por primera vez.

Vuestras ideas y lo que queréis. ¿Y quién tendría más razones para presentar una moción como esa que tú, Ivy?

Tiene razón, como la mayor parte de las veces. La única otra mujer mañana en la sala será Kay, y ella sabe que, por mucho que se apruebe esa idea, su padre jamás la reconocerá como heredera en plenos poderes.

—Sigo sin sentirme cómoda con ello. Quizá debería... hablar con tu madre primero. Es ella la que me tiene que dar permiso.

Fausto asiente. La más leve sonrisa toca sus labios.

—Hazlo. Pero a lo mejor tiene tantas ganas de besarte como yo ahora mismo.

Sé que es una broma, aunque no puedo evitar ruborizarme. Normalmente él no me besa, siempre soy yo quien busca su boca, y cuando ocurre después nunca habla de ello, como si la idea siquiera de mencionarlo le diese especial vergüenza. Supongo que ninguno de los dos entendemos todavía cómo hemos llegado a ese punto de cercanía y que él, siempre racional, cree que perderá la cabeza si intenta analizarlo.

Pero, si se siente con ganas de burlarse, no seré yo quien le ponga trabas.

—¿Es así como hacéis saber a las personas en Granth que estáis de acuerdo con sus decisiones?

—Solo cuando nos sorprenden, lo cual no sucede muy a menudo.

Podría decirle que conmigo ya se ha sorprendido varias veces en unas pocas semanas, así que debería revisar qué considera «no muy a menudo».

En lugar de eso, me doy cuenta de la facilidad con la que ha conseguido relajarme. La sonrisa viene sola cuando soy consciente del alivio, de cómo la tensión abandona mi cuerpo.

—Es una costumbre curiosa. Habría dicho que te estabas aprovechando de mí, pero veo que solo ha sido un malentendido cultural.

Fausto de Granth se cruza de brazos y alza las cejas con expresión de completa incredulidad, lo que me arranca una sonrisa todavía más amplia.

—¿Que yo me aprovecho de ti? —pregunta al borde de la risa—. Considerando que fuiste tú quien me besó primero, quien me invitó a dormir en sus aposentos y quien, en general, no ha dejado de hacer conmigo lo que ha querido, habría jurado que era al revés. Estaba consintiéndolo por... el choque cultural, precisamente. Por adaptarme bien al nuevo ambiente. Suponía que todo era parte de vuestras extrañas costumbres.

—No parecías desagradado, pero ahora que sé que ha sido un malentendido, me aseguraré de respetar tu espacio. —Doy un paso atrás, demostrándole que cumpliré sus deseos—. No quiero que pienses que invito a cualquiera a mis aposentos. Por el momento, solo a mis prometidos...

El muchacho recupera la distancia que yo he retrocedido, aceptando mi juego.

—Entonces, ¿voy a tener que compartir espacio también con Kay? No sé si dormiremos muy cómodos en el banco los dos...

—Como si fuese a dejar a una princesa de Marabilia dormir en un lugar tan incómodo —repongo—. A ella le haría un sitio en mi cama.

—¿Voy a tener que ponerme celoso?

La idea es irrisoria y dejo escapar una carcajada. Ambos sabemos que no se pondría celoso, pero no seré yo la que pase esta oportunidad de dejarlo en evidencia.

—¿Por qué? ¿Tú también quieres dormir conmigo?

La respuesta es tal y como me la imaginaba: su expresión cambia a una de sorpresa y se pone decididamente nervioso, aunque intenta mantener a raya el temblor de su voz. En su defensa diré que lo consigue, aunque no tan bien como esperaba.

—¡Claro que no! —exclama—. Es decir, solo estábamos bromeando. Al menos, yo lo hacía y...

—Tranquilo, príncipe —susurro, echándome otro paso hacia atrás—. Eso hacíamos. Solo que, a lo mejor, si no fuera así y a ti te preocupara lo que pensara, tal vez te diría que no me disgustaría dormir contigo...

Tantos días a mi lado y todavía no es consciente de sus limitaciones a la hora de jugar conmigo. Está claro que no aprende que me es demasiado sencillo responder a sus provocaciones, sobre todo cuando él se queda sin palabras con tanta facilidad.

—Buenas noches, Fausto.

Durante el tiempo que tardo en llegar hasta el dintel de la puerta que conduce a mi dormitorio no dice nada. Supongo que eso es lo que tarda en reaccionar, antes de que mi inminente marcha lo traiga de vuelta a la realidad.

—Ivy. Estás bien, ¿verdad?

Me vuelvo. Quiero decirle que sí, pero no creo que pueda. Lo cierto es que no. Trato por todos los medios de lanzar lejos mis preocupaciones, pero van a regresar en cuanto me quede sola. Y me obligarán a enfrentarlas.

Pero no quiero preocuparle. No puedo parecer débil. No ahora.

—Solo necesito descansar —le confirmo—. Y pensar. Y... ¿Fausto?

No sé si hago bien al pronunciar su nombre. Al centrarme en el muchacho que vive bajo el traje de príncipe. Siento que es como engañarnos un poco,

llegados a este punto. Sobre todo tras hablar de reinas, de Cumbres y de leyes.

—¿Sí?

Aunque hay media habitación de distancia entre los dos, nuestros ojos se encuentran y siento como si levantar la mano fuese todo lo que necesitamos para tocarnos. En ocasiones tengo la sensación de que acariciarnos es tan sencillo como eso. Que los silencios dicen más que cualquier palabra. Y no sé si es normal o si tiene sentido, si se le puede coger cariño a una persona con tanta facilidad. Con la sencillez de dos niños que pasan una tarde juntos y ya se sienten los mejores amigos.

Aunque nosotros llevamos ya más de una tarde de juegos y sabemos más del otro de lo que a veces parecemos ser conscientes.

—Gracias —digo a media voz, como cada secreto que nos contamos—. Por todo. Por tu apoyo y... por estar a mi lado cuando lo necesito.

Eso es todo. No espero que haga nada. Solo quería hacérselo saber, porque le estoy verdaderamente agradecida. Porque no esperaba nada de este enlace y, sin quererlo, me ha dado mucho más de lo que siento que merezco.

Pero él no se queda quieto. La distancia entre nosotros se convierte en un solo paso cuando se detiene ante mí. Veo cómo toma una bocanada de aire, como si de pronto se hubiera quedado sin él.

—No soy príncipe en realidad —me recuerda. Sus se posan en los míos un segundo antes de que baje la vista—. Nací campesino, como mucho, y las personas como yo debemos jurar lealtad ante nuestros soberanos, ¿verdad?

Hay un momento de duda, pero no sé si el que titubea es él o soy yo, ahora perdida. ¿Qué hace? Ante mí, el príncipe de Granth —para mí es el príncipe, diga lo que diga— hinca una rodilla en el suelo y extiende sus cálidas manos para tomar las mías. Es un gesto tan sorprendente como íntimo, sobre todo cuando me mira desde abajo, y no tengo muy claro quién tiene realmente el poder aquí. Puede que esté postrado ante mí, pero hay tanta resolución en su mirada, tanto que decir...

Yo, en cambio, permanezco en silencio, demasiado sorprendida para hablar.

—Y mi lealtad está contigo, Ivy. Te lo juro. Pase lo que pase, siempre podrás contar conmigo.

No creo que haya respuesta adecuada. Dudo mucho que pueda encontrar palabras que describan el sentimiento que me crece en el pecho, que amenaza con desbordarse de mi cuerpo. Aprieto los labios y trato de ignorar lo desnuda que me hacen sentir sus ojos. Lo real que es su mano acariciando la mía. En su lugar, deslizo los dedos fuera de los suyos y enmarco su rostro con cuidado, sintiendo el calor de sus mejillas.

En el beso que le doy contengo todos mis deseos de poder corresponder a su lealtad.

No quiero juramentos. No me hacen falta. Ni siquiera quiero ser su reina. Solo quiero ser su igual.



Samira

Cordelia recibió toda la información de lo que hemos estado haciendo desde el ataque a la princesa con más entereza de lo que habría esperado: los sospechosos (entre los que se encuentran los Farren) y nuestra decisión de destaparlos todo.

Creo que se sintió un poco traicionada porque Ivy no compartiese nada con ella y puedo comprenderla. A mí también me dejan de lado en los asuntos importantes. Aun así, no se quejó.

—Quiero ayudar —declaró—. Es mi prima. Y se me intentó incriminar y poner contra ella, así que esto también me afecta. Haré lo que haga falta.

Supongo que no esperaba su rostro serio, porque la estrella siempre sonrío, de modo que solo pude asentir. No sé si el resto van a estar de acuerdo, pero ¿por qué no deberían? Es inocente y ha jurado no implicar a su esposo. Y yo la creo.

Quizá pueda sernos de ayuda. Al fin y al cabo, yo puedo acercarme a los nobles, pero ella está entre ellos. En ella ya confían. Por el paternalismo con el que escuché que la trataban, nadie espera tampoco nada de ella. Desde luego, no conspiraciones.

Cordelia volvió al baile después, aunque yo me quedé al margen. Desde la puerta vi cómo sonreía a su esposo, pero él no respondió a su gesto. Su

rostro no era tan dulce como de costumbre. Creo que le preguntó dónde había estado y no quedó contento con la respuesta. No hubo baile prometido. Solo un par de minutos después, se marchaban del salón. Mi mirada se encontró con la de ella, pero me la apartó rápido, volviéndola al suelo. De pronto, la estrella brillante y segura de solo un rato atrás ya no tenía tanto fulgor y yo la observé alejarse como si de verdad estuviera subiendo al cielo. Alden Mormont ni siquiera me miró.

Una sensación pesada se me quedó agarrada al pecho el resto de la noche.

Supongo que por eso ahora la busco por los pasillos, mientras todo el mundo se preocupa solo de la Cumbre, de la política, de todas esas cosas sin las que no parecen saber vivir. Los pasillos son un descontrol de gente, de criados que van y vienen para colmar todas las necesidades de los reyes. Ni siquiera ha comenzado el desayuno todavía, aunque no tardará.

Entonces veo a mi madre caminando por el corredor y me escondo de inmediato tras una esquina, rezando por que no tome este camino. He estado evitándola, como a padre, desde su llegada, aunque ella tampoco ha mostrado interés por buscarme ni me ha hecho llamar. No sé qué es peor, si la discusión que espero por haber huido de Granth o que ni siquiera huir de Granth sea lo bastante importante como para que me preste atención, aunque sea para decirme lo disgustada que está conmigo.

—Reina Maryam.

Doy un respingo. Me asomo un poco a la esquina. Ivy ha aparecido y se saludan con sendas reverencias. La sonrisa de mi madre es brillante.

—Princesa. ¿Os dirigís al desayuno? Podemos ir juntas.

—En realidad os estaba buscando, majestad. Quería hablar con vos.

Mi madre parece sorprendida.

—Por supuesto, querida. A solas, supongo.

—Lo agradecería.

—Volvamos a mis aposentos, pues.

Con una confianza que parece abrumar un poco a Ivy y que madre solo tiene con Casilda, la toma del brazo y camina con ella, rehaciendo sus pasos. Aprieto los labios mientras observo cómo se alejan. Me quedo un segundo quieta. No es mi problema. Querrán hablar de la boda. Ivy estará preocupada. O solo querrá congraciarse con su futura suegra. Lógico. Solo queda una

semana para el enlace. En cuanto acabe la Cumbre, y no suele durar más de cinco jornadas, la boda servirá como broche final. El baile de ayer no será nada en comparación con esa fiesta.

Y sin embargo...

Las sigo a una distancia prudente. Veo cómo se meten en una de las habitaciones y espero a que cierren la puerta para acercarme de puntillas.

Debería dejar de espiar. Una parte de mí lo sabe. Otra es incapaz, porque es la única manera en la que creo que voy a formar parte de las cosas de verdad. No soporto que todo ocurra a mi alrededor y nada más.

O quizá sea que me guste hacerme daño viendo cómo mi madre trata con más cercanía a una desconocida que a mí.

Cuando pego la oreja a la puerta, no oigo nada. Hago una mueca y miro a ambos lados del pasillo. Una de las ventanas está abierta para airear el corredor y me acerco a ella. Silbo la canción preferida de *Aesir*, que solo tarda un par de minutos en revolotear hasta mí, escuchándome desde donde sea que estuviera.

Es increíble el oído que pueden tener estas criaturas. Y lo bien que me va a venir.

No necesita que le dé órdenes. Debe de verlo en mi mente antes incluso de que le pueda decir nada y vuelve a marcharse. Mi cabeza se llena de su visión mientras me siento en el alféizar de la ventana. Veo cómo da una vuelta al castillo y es casi como volar. Adoro la sensación. Cierro los ojos para poder centrarme solo en eso. Casi puedo sentir el viento en la cara. Las ganas de piar.

Finalmente, *Aesir* encuentra la ventana que pertenece a los aposentos de mi madre. Está cerrada, así que las voces llegan un poco distorsionadas, pero llegan.

Ambas se han sentado en el banco. Ivy parece más pequeña ante la presencia imponente de mi madre, la cual parece un poco sorprendida, pero luego sonrío.

—Lo cierto, princesa, es que tenía muchas expectativas en vos, pero acabáis de sobrepasarlas todas.

Aprieto los labios. ¿Expectativas? ¿En ella? No la conocía. ¿Por qué tenía expectativas en ella? ¿Por qué nunca las ha tenido en mí?

—Si no os parece bien...

—Me parece magnífico, muchacha. Mi propuesta es vuestra. Defendedla. ¿Su propuesta? Al principio ni siquiera entiendo de qué están hablando.

Entonces recuerdo la Cumbre y otra conversación como esta, escuchada cuando no debía. ¿La propuesta que mi madre le encargó a Fausto? ¿La de autonomía?

¿Mi madre se la está cediendo a Ivy?

—¿Estáis segura, majestad? Sé que habéis preparado mucho a vuestro hijo para esto. Temo que en mis manos no cause el mismo efecto.

—Fausto es un muchacho preparado, eso es cierto. Pero es un muchacho. Él fue príncipe desde antes de que recuerde. Lo que vos podáis decir, lo que vos sabéis de primera mano, lo que vos *habéis vivido*, él no lo conoce. Puede entenderlo, quizá, pero nunca del todo. A él nunca le apartarán de nada por ser hombre, no puede comprender la sensación. ¿De cuántas cosas os han apartado a vos por ser mujer? ¿A cuántas otras os han obligado, sin dejaros más opción, porque nosotras no tenemos demasiadas?

Un silencio. Aprieto los labios y bajo la vista a mis manos. ¿Por qué nunca has tenido esta conversación conmigo, madre? Si no quieres que nos aparten de nada por ser mujeres, ¿por qué nunca dijiste que te parecía bien que hiciera esgrima cuando el mundo me decía que cosiera? ¿Por qué parecía que te daba igual? Que yo te daba igual. Siempre me has dejado hacer lo que he querido, pero nunca me has dicho si te parecía bien o mal. Solo me has dejado hacerlo. Y nada más. Cuando padre empezó a buscarme prometidos y yo me negué porque me gustaban las mujeres y no viviría una mentira, ¿por qué no te pronunciaste hasta que padre gritó? Fue la única vez que lo hiciste. Solo dijiste su nombre, muy alto, muy claro, y él paró. Creo que fue por tus ojos. Había una amenaza tras ellos, aunque nunca entendí cuál. Pero jamás volvió a hablarse del tema.

¿Sabes, mamá, lo feliz que fui aquel día? No tuvo nada que ver con casarme o no. Lo habría evitado de una manera u otra, estoy segura. Pero tú me habías defendido, y había sido la primera vez en toda mi vida.

—Tengo miedo de no ser suficiente.

Doy un respingo cuando me llega la voz de Ivy. No me había dado cuenta de que me picaban los ojos hasta que parpadeo y me paso una mano por ellos.

¿Ivy, insuficiente? ¿Qué locura es esa? Es..., es una mujer increíble. ¿Se ha visto siquiera? Toda Marabilia habla de ella. De lo hermosa que es, y no es para menos. Pero más allá de eso, es inteligente y perspicaz, como me demostró el día que recorrimos juntas los pasadizos. Es divertida y fuerte. Muy fuerte. ¿Cómo llamarías si no a una persona que ha vivido todo lo que ella y se mantiene en pie, enfrentándose a todas las sombras la rodean?

¿Cómo puede alguien tan maravilloso sentirse *insuficiente*?

«Yo diría que sois una muchacha ingeniosa y valiente que nunca hace nada sin una razón y que necesita quererse un poco más».

Las palabras de Cordelia han estado en el fondo de mi cabeza desde anoche y se manifiestan ahora para cogerme de las manos y sacudirme.

¿Y si todas nos sentimos insuficientes? ¿Y si solo somos capaces de ver lo increíbles que son las demás, pero jamás podemos creer que nosotras estemos a la altura?

—Por supuesto que teméis eso. —Mi madre solo está respondiendo a Ivy, lo sé, pero de alguna manera es como si escuchase también mis preguntas—. ¿Creéis que sois la única? ¿Creéis acaso que las reinas, todas nosotras, no estamos llenas de miedos e inseguridades? Para que así fuera tendríamos que vivir al margen de un mundo que solo nos repite todo lo que no podemos ser. Un mundo para el que nunca somos lo bastante educadas, lo bastante inteligentes, lo bastante bellas, lo bastante capaces. Pero aquí seguimos, ¿verdad? Y quizá no tengamos que ser suficiente para nadie más que para nosotras.

—¿Y cómo se consigue ser suficiente para una misma? —La pregunta la hace Ivy, pero siento que yo misma podría pronunciarla.

—Si algún día encuentro la fórmula, la compartiré con vos, princesa. Pero creo que decidir quiénes queremos ser, al margen de los límites que otros nos hayan puesto, es un buen comienzo.

Otro silencio. Mi madre ha puesto una mano sobre la de la joven y yo desearía entrar en ese cuarto, tomar esa mano y preguntarle qué sucede cuando haces todo lo que puedes, todo lo que quieres, pero sigues creyendo ser insuficiente para todos los demás. Qué pasa con el vacío. Con la soledad. Qué pasa cuando la gente piensa que eres tan suficiente que no se dan cuenta de que estás pidiendo ayuda a gritos.

—Gracias, majestad —susurra Ivy—. Sois una mujer excepcional.

—Vos también, alteza.

Se ponen en pie. Yo me apresuro a levantarme, pasándome la mano por la cara. No pueden descubrirme, pero sobre todo no pueden verme llorar.

—Alteza.

Estoy a punto de pedirle a *Aesir* que se aleje cuando mi madre se detiene y mira a Ivy con duda. Verla titubear ante una joven está en la lista de cosas más increíbles que he presenciado en toda mi vida.

—¿Sí, majestad?

—Sobre Fausto, quizás haya algo que debáis saber.

Ivy coge aire. Yo me quedo muy quieta, confusa, entrecerrando los párpados.

¿Sobre Fausto?

—Ya lo sé, majestad. Me lo ha contado todo. Siento..., siento lo que pasasteis.

La sorpresa es evidente en la expresión de mi madre. ¿De qué están hablando? ¿Qué es lo que no sé? ¿De qué me estoy quedando fuera una vez más?

Al final, la sonrisa vuelve a los labios de mi madre. Esta vez es un poco triste.

—Ya os lo dije, ¿verdad? ¿A cuántas cosas se nos ha obligado porque no tenemos muchas más opciones? —No es una pregunta que espere respuesta. Solo hay un apretón en la mano de la princesa antes de que se recomponga—. Pero esta Cumbre puede empezar a cambiar algunas cosas. Vos podéis iniciar algunos cambios.

Ivy no lo niega. No agacha la cabeza con humildad. Cierra los puños, alza la barbilla, y asiente.

Cuando se preparan para salir, me alejo corriendo, pero las preguntas sobre la última parte de la conversación se quedan conmigo.



Fausto

—Las Cumbres funcionan por propuestas y rondas de votación.

Ivy me observa, con el rostro serio y concentrado. Kay de Dahes se encuentra justo a su lado, con los brazos y las piernas cruzadas. Hemos venido a la sala antes que los demás, supongo que para reconocer el terreno. Para reclamarlo, de alguna manera. Nadie echará a las princesas si ellas ya han tomado posesión de su sitio y lo defienden. Este tiempo, además, nos sirve a los tres para prepararnos.

—No todas las propuestas se votan igual —apoya Kay, mirando a Ivy. La princesa de Dione jamás ha tenido que ser educada para participar en una reunión como esta, de modo que es mejor que la introduzcamos a lo que va a haber—. Dependiendo del tipo de cuestión, las propuestas pueden salir adelante o no con unos votos u otros.

—¿Y qué tipos hay?

—Importantes, dos: las propuestas de leyes generales, para su instauración común en toda Marabilia, y las propuestas autonómicas. Las primeras necesitan la aprobación de la totalidad de los miembros de la Cumbre. Nada puede adaptarse en toda Marabilia sin que todos estemos de acuerdo.

—Por eso mi propuesta nunca saldrá adelante —acepta Kay con cierto pesar—. Reclamaba el derecho de todas las herederas a reinar, pero siempre habrá algún reino que se niegue. Comenzando por mi padre.

—Pero la propuesta de mi madre es de autonomía. Y las propuestas de autonomía se pueden pasar con unos votos menos: solo se necesita la mitad de los reinos más dos. Con eso se protege el derecho de autonomía y Marabilia se asegura de que ningún reino actúa contra otros ni pone en marcha leyes que a la larga puedan ser inconvenientes para la unidad de los reinos. Es una manera de intentar evitar grandes conflictos de intereses.

—Seis votos, entonces.

—Seis votos —repito—. Y positivos. Las abstenciones en estos casos se contabilizan como negativos.

—¿Creéis que la propuesta recibirá ese apoyo?

Kay y yo nos miramos con un ligero mohín.

—No podemos estar seguros. Dependerá..., dependerá en parte de ti, Ivy. Vas a tener que convencer a los votos más indecisos. Verve, probablemente, que tendría un verdadero conflicto al ser su hijo y su hija gemelos. —Sé que eso la pone nerviosa, porque la veo tomar aire, y coloco mi mano sobre la suya—. Pero tendrás tiempo de prepararte. El asunto tardará en salir a debate.

—¿Por qué?

Kay resopla.

—Porque retrasarán la cuestión de las reinas todo lo posible. Pondrán por delante los asuntos que le parezcan más importantes. Y este no está en esa lista.

—¿Y cómo lo haremos?

—Cuando no puedan ignorarnos más, yo haré de nuevo mi reclamación —explica Kay.

—Se llevará a cabo una primera votación, pero saldrá que no. Dejemos que discutan, que lo harán. No somos los únicos que quieren que las reinas puedan gobernar. Cada propuesta tiene hasta tres oportunidades para salir, por eso a menudo hay pausas, para que los reyes puedan debatir en privado con los consejeros que traen de sus reinos.

—O con sus esposas. —Kay mira a Ivy—. Rita de Sienna no vota en la primera ronda de cada propuesta, pero te aseguro que sí en todas las demás.

—Muchas veces los primeros votos varían. Dejemos que pasen las tres rondas para la propuesta de Kay. Que se agoten del asunto.

—Yo me esforzaré bastante en agotarlos, de eso podéis estar seguros — dice la princesa de Dahes con un gesto malicioso.

Sonrío un poco, y algo más cuando Ivy también lo hace. Cuando nos miramos, cojo aire y aprieto un poco más su mano. Unas veces se acercan por el pasillo.

—Y ármate de paciencia. El día va a ser muy, muy, muy largo.



Ivy

Largas son las miradas que me dedican los reyes mientras se acomodan en sus asientos. Esperaban ver a Kay, dispuesta siempre a batallar por sus derechos, pero no a la silenciosa princesa de Dione, más parecida a un fantasma que a una muchacha de verdad. Algunos, de hecho, ni siquiera me miran a mí, sino que se giran hacia mi padre, esperando tal vez que él no estuviera al tanto. Pero, por supuesto, hablé con él antes de tomar este asiento. No porque necesitara su permiso, sino por su apoyo. Como era de esperar, él me lo ha dado. Ahora está sonriendo y asiente en mi dirección.

—Mi hija nos acompañará hoy. Espero que no os importe; ella también es una heredera.

Sé que algunos querrían protestar. Geraint de Dahes nos mira a mí y a Kay con tanto odio que no entiendo cómo ella puede cuadrar los hombros y enderezarse aún más. Amir de Rydia no se queda muy atrás. Le oigo decir algo a su compañero sobre que lo próximo será incluir a las reinas en la sala y que pronto las Cumbres serán menos un asunto de estado y más una fiesta. La expresión de hastío de Lowrey de Sienna al escucharlo me deja claro que no es la primera vez que atiende a un comentario semejante. Se deja caer unas

sillas más allá, al lado del rey de Verve, y parece más que estuviera en un funeral que en una reunión de todos los estados.

Mirza de Rydia, el único otro heredero aparte de nosotros tres, se sienta junto a Kay con una brillante sonrisa a la que ella se fuerza por responder, si bien me mira a continuación como si quisiera cambiarme el sitio. Cuando le he preguntado sobre el baile que tuvo que cederle la otra noche, me contó que el príncipe no parece mal chico, pero que habla mucho para su gusto e intenta explicarle las cosas como si fuera ella, y no él, la que nunca hubiera salido de su castillo.

Los hombres con más poder de Marabilia se sientan alrededor de la mesa. Mi padre es el primero en hablar para abrir la sesión, agradeciéndoles su presencia.

Aparte de nosotros, no hay nadie más aquí. Dos soldados de cada nación esperan en el pasillo, en guardia, pero el cuarto mantiene nuestras voces en el interior, aislados de todo hasta que salgamos. Nadie quiere que una propuesta se conozca fuera de esta sala hasta que haya sido aprobada o denegada. Y todo el mundo sabe que hay oídos en los lugares menos esperados.

La reunión se abre, tal y como Fausto y Kay me prometieron, ignorando la cuestión por la que los tres estamos aquí. Durante las siguientes horas — que a mí me parecen días enteros con sus noches—, se discute sobre alianzas comerciales y leyes que afectan a la economía de los reinos. Aunque estoy segura de entender de lo que hablan, no me puedo concentrar del todo. Verve dice que los aranceles de Idyll son muy caros. Idyll exige más presupuestos para las Torres de Hechicería de su reino y de otros, porque en los últimos años han dejado de ser lo que eran, y Sienna considera que es obvio que la magia está cayendo en el desinterés de la gente. Silfos comenta que el Mercado Negro de Dahes necesita una regulación más estricta: que el comercio de ciertos materiales incumple una ley sobre producción de armas y puede dar problemas. Dahes insiste que no hará nada al respecto mientras no haya un reglamento que controle la compraventa de productos de los Talleres y dé beneficios justos a los reinos que favorecen la producción y desarrollo de estos.

Durante esas discusiones, los reyes se convierten en la representación de su nación, aunque las rencillas permanecen. Porque son solo personas. Con

sus propios intereses, con sus propias ideas. Muchos escuchan a su pueblo, claro, pero están en un trono por haber nacido hombres o por haber nacido los primeros. Sus ideas, salvando las diferencias que hay entre ellos, tienen un fondo parecido en la mayoría de los casos. Sus experiencias vitales, probablemente, son semejantes también. A ellos se les ha educado entre algodones, con los mejores maestros de sus reinos, con todos los privilegios que les han sido denegados a sus hermanas, a sus madres, a sus esposas.

No puedo evitar preguntarme si estas batallas, *sus* batallas, le importan realmente a alguien. Si pueden afectar a quienes viven en sus territorios.

Por cada palabra que dicen, por cada riña que surge entre ellos, yo me pregunto si llevan ya tanto tiempo soportando el peso del poder sobre sus hombros que no recuerdan que lo tienen.

Y reina o no, no quiero convertirme en uno de ellos.



Samira

No me apetece ver a nadie ni hacer nada, así que me paso el resto del día en el jardín. Me tiro en la hierba y dejo las horas pasar. Mi cabeza, durante todo ese tiempo, trabaja en averiguar a qué podía referirse madre al referirse a Fausto.

También vuelvo sobre el resto de la conversación. ¿He decidido ya quién quiero ser? ¿Quién soy? ¿Y qué significa eso exactamente? ¿Qué hace el ser de una persona? Soy la tercera princesa de Granth, pero aparte de eso. ¿Qué? ¿Qué espero de mi vida? ¿Qué me gustaría hacer con ella? Solo sé meterme en líos. Ni siquiera tengo un talento más allá de espiar tras las puertas. ¿Sirvo para algo? De pequeña soñaba con ser caballero, pero de aquello hace ya demasiado. No era para mí. Era la princesa, al fin y al cabo. Podía jugar con espadas, pero no dedicar mi vida a ellas.

No me aguarda ningún destino. Soy solo Samira. Y ser *solo Samira* no parece suficiente para nada.

—¿Samira?

La voz de Cordelia me hace abrir los ojos de repente. Su silueta cubre el sol y su sombra se extiende sobre mi cuerpo. Dejé de buscarla en cuanto escuché a mi madre y a la princesa, y ahora es ella quien me encuentra a mí. Ayer, tras contarle todo, decidimos dejar atrás las formalidades. No entiendo

por qué las manteníamos después de tantas semanas, pero ahora que iba a estar metida en todo esto ya no tenían ningún sentido.

—Cordelia. —Me incorporo. Ella se sienta entonces a mi lado, posando las manos en su falda. Se aprecian ojeras en su rostro y parece un poco cansada—. ¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Qué haces aquí sola, tan... quieta? Ni siquiera está *Aesir*.

Sonrío un poco. Supongo que lo malo de ser siempre activa, de no parar quieta, es que en cuanto te lo permites, en cuanto te detienes, todo el mundo se extraña.

—No hay nada que hacer hoy. Todo el mundo está centrado en la Cumbre.

Así que solo... dejo que pase.

Ella asiente, comprendiendo. Se recoge las piernas con los brazos y yo la observo de reojo.

No quiero ser bocazas. No esta vez.

Pero al final, supongo que, si algo soy, es eso mismo.

—Tu marido se enfadó anoche, ¿verdad?

Cordelia aprieta los labios.

—Oh, no, Alden nunca se enfada.

—¿No? —Alzo las cejas—. Parecía molesto cuando os vi marchar. Y creo que no has dormido mucho.

—Bran pasó una mala noche.

Asiento. Finjo creérmelo. Ella suspira.

—No le he dicho nada, si es eso lo que te preocupa.

—Me ofende que creas que es *eso* lo que me preocupa. Voy a dejarlo pasar porque yo ayer tampoco pensé que tú podías preocuparte por mí.

Eso hace que se le escape una ligera sonrisa. Como si hubiera intentado ofenderla y quisiera vengarse, ella se inclina un poco hacia mí para empujarme con su cuerpo y yo resoplo, devolviéndole el empujón con mi codo. Eso hace que se ría un poco. Es la victoria definitiva.

Vuelvo a tumbarme, aunque esta vez no cierro los ojos. Veo las nubes viajar por encima de nosotras, en procesión, cambiando, siguiendo adelante. Nos quedamos así un buen rato, no sabría decir cuánto. No es incómodo. Es

como estar sola, solo que sin sentirse sola. Supongo que ella, como yo, deja el tiempo pasar, porque hay días en los que no te apetece nada más, ni siquiera hablar.

Nos interrumpen dos voces que reconocemos.

—Son insoportables.

Cordelia y yo levantamos la mirada cuando Ivy y Kay aparecen en nuestro campo de visión. Las dos dan un respingo al encontrarnos, y sonrío con cierta sorna, incorporándome sobre un codo. Supongo que deben de haber huido de la reunión aprovechando uno de los descansos.

—Parece que la Cumbre va exactamente como se podría esperar —las saludo.

Kay gruñe. Se acerca y se deja caer al suelo con pesadez. Está guapa hasta enfadada, la verdad.

—Los reyes me sacan de quicio —masculla.

—Pues solo acaba de comenzar... —Me fijo en Ivy. Trato de contener las ganas de preguntarle qué sabe que yo no, y los celos que me dicen que mi madre y mi hermano confían más en ella que en mí. No es una sensación lógica, y sé que ella no tiene culpa—. ¿Tú tienes mejor opinión?

Ivy niega con la cabeza, sentándose con más cuidado que Kay, preocupándose por que su vestido no sufra demasiados daños.

—Me temo que Kay tiene razón para molestarse. Empiezo a arrepentirme de haber querido participar.

—¿Ha salido ya la cuestión de las reinas?

—Y la han cortado antes incluso de llegar a la primera votación. —Kay resopla—. Interrumpiéndome, por supuesto.

—¡No puede ser! —exclamo, abriendo mucho los ojos—. ¿Hombres cortando a una mujer porque ellos saben más y mejor sobre lo que hay que hacer? No te creo.

Todas se ríen y yo sonrío un poco al escucharlas.

—Creo que deberíamos hacer que Samira ocupe nuestro lugar en la Cumbre —sugiere Ivy—. Parece capaz de controlarlos a todos.

—Y al que no, lo dejará en calzas y asunto arreglado.

Dejo escapar una risita. Supongo que el incidente con el almirante ha llegado también a oídos de la dahense.

—Fue un poco cruel —suelta Cordelia, pero no lo piensa de verdad, porque hay una pequeña sonrisa en su boca.

—Fue brillante —comenta Ivy, para mi sorpresa—. No había tenido oportunidad de decírtelo, pero ayer nos ayudaste mucho, Samira. Gracias.

—No fue para tanto, solo fue una sucia jugarreta y...

Cordelia me observa con las cejas alzadas, y de nuevo sus palabras resuenan en mi cabeza. Kay se echa un poco hacia delante.

—Ivy tiene razón. Aparte de lo hilarante que fuera, fue ingenioso. Hacer lo mismo de alguna otra manera habría traído problemas. Si te hubieras enfrentado a él directamente o robado el amuleto... Pero, de este modo, ¿qué satisfacción puede exigir sin perder su orgullo? Eres un pequeño genio.

Su mano revuelve mis cabellos y yo me encojo un poco, avergonzada. Para mí no ha sido gran cosa...

Miro a Cordelia de soslayo. No sé si adoro u odio su sonrisa; parece dulce, pero también contiene un «te lo dije».

—Y toda la búsqueda por los pasadizos... Incluso la noche del ataque. —Ivy sacude la cabeza—. No dudaste en entrar ahí. En Dione todavía no tenemos guardias mujeres, pero, si algo de esta Cumbre sale adelante, puedo contratar a la primera. Dudo que alguien fuese a defenderme mejor.

Sé que es una broma, o eso creo. Pero esta conversación, que para ellas quizá no signifique nada, para mí lo significa todo. Porque creo que son sinceras cuando me felicitan. Creo que de verdad piensan que hago algo bien. Que sirvo para algo.

Por primera vez, aunque sea solo un instante, me siento suficiente.

Casi siento ganas de llorar, pero me contengo. Sería ridículo. No lo entenderían; no he compartido con ellas nada de lo que me preocupa. Nada de lo que siento. La única que parece saberlo, la única que por alguna razón me descubrió desde el primer momento, es Cordelia.

Por eso vuelvo a lo que mejor se me da. Les dedico una sonrisa de niña traviesa.

—Tenéis razón, soy brillante. Dejadme una corona y seré *emperatriz* en dos días.

—¿Estás segura de poder soportar a un grupo de posibles pretendientes? —pregunta Kay.

—¡No pueden casarme si ya estoy casada! —Tomo su mano y dejo un beso en sus nudillos—. Te haré gobernante, vente conmigo.

—Lamentablemente, mi corazón está roto. Estuve prometida una vez, pero ahora ella..., ella le sonrío a otro y se va a casar con él.

Todas miramos a Ivy, que da un respingo y enrojece. Parece que va a abrir la boca, pero otro comentario la detiene:

—Bueno, yo diría que hacen algo más que sonreírse...

Kay se endereza de golpe, yo doy un brinco e Ivy se pone de todos los colores. Quizá lo más sorprendente de esas palabras no sea la sugerencia, sino quién la hace. Las tres miramos a Cordelia, que se ruboriza al sentir la atención en ella. Su suposición me deja ojiplática.

—No puede ser —digo, volviendo mi mirada a Ivy—. No os habéis besado, ¿verdad?

Ivy se pone del color de las rosas que tiene detrás.

Y su silencio lo dice todo.

—Era obvio —susurra Cordelia.

—¿¿Obvio?? Eso lo dices porque no conoces a mi hermano. ¡Pero si cuando le dije que había besado a mi primera chica él ya tenía diecisiete años y me dijo que eso de los besos no parecía nada lógico! ¡Que seguro que eran húmedos y desagradables!

—Pues por la cara de Ivy, parece que ha cambiado de opinión —ríe Kay.

—Por todas las estrellas, no me digas cómo besa mi hermano, solo te pido eso.

La princesa de Dahes se lleva un dedo a la barbilla.

—Si Fausto de Granth es tan racional como su hermana sugiere, dudo que fuera él quien diera el primer paso...

—Por supuesto que *no fue él* —apoyo—. De ninguna de las maneras.

Ivy balbucea algo hasta que al final se encoge un poco sobre sí misma.

—Es que él no hacía nada.

—¡Os lo dije! Y te aseguro que él tampoco dará el primer paso en otras cosas.

¿Piensas hacerlo tú?

—¡Samira! —exclama Cordelia, enrojeciendo de golpe—. ¡No están casados todavía!

—Pues eso no les ha impedido ir besándose por ahí ...

Ivy está a punto de explotar también. ¿De verdad soy yo la más joven?

—Nosotros n-no vamos a...

—Solo digo que no sé por qué no podría pasar antes de casaros. Igual que los besos, quizá os apetece...

—¡¡Samira!!

Miro a Cordelia y sonrío con malicia.

—Sí, se ve que tú esperaste a la boda.

—¡Por supuesto que sí! —balbucea. Se acomoda el chal que trae sobre los hombros con un gesto nervioso y avergonzado—. De todos modos, esta conversación se ha vuelto... impropia.

—No te pongas nerviosa. —Me inclino un poco hacia ella, acercándome a su rostro. Cordelia casi da un salto en su sitio—. Ahora que ya estás casada, puedes hacer ese tipo de cosas, ¿no? Si quieres, yo te enseño las que todavía no has hecho.

Contengo la risa cuando Cordelia colapsa por completo. No sé qué se imagina, pero sea lo que sea, puede con ella. Y aunque trata de abrir la boca, no consigue pronunciar ni una sola palabra. Kay también se ríe. Me extraña que Ivy no aproveche la situación para centrarse en un nuevo blanco de burlas; cuando me fijo en ella, la princesa de pronto está seria, casi concentrada. Su ceño se ha fruncido.

—Se supone que debemos esperar a la boda. Que debemos permanecer... intocadas.

Kay y yo nos miramos brevemente.

—Solo es otra forma de intentar controlarnos, Ivy. Te aseguro que cuando querían que yo fuera el príncipe Kaylen de Dahes *nunca* me impusieron nada así.

De hecho, el rey habría estado muy feliz si me hubiera pasado por la cama de al menos una dama.

—Ellos tienen el control sobre sus cuerpos; nosotras, no. En eso se resume todo. —Me encojo de hombros—. Eso cuando directamente no hay quien cree que de verdad nosotras no sentimos deseo o atracción. Creen que nosotras solo podemos tener sexo para tener hijos.

Cordelia reacciona entonces. Sus labios se aprietan un segundo, y creo que dirá algo, pero al final calla.

—No quiero meterte en un lío —le susurra Kay a Ivy, poniéndole un mechón de pelo tras la oreja que se ha escapado de su peinado—. Pero creo que, igual que estás en la Cumbre, igual que estás rompiendo un montón de reglas, solo porque es lo que *quieres* hacer, esto es lo mismo. Se trata de pensar solo en lo que te apetece hacer. Y se aplica también a lo que *no* te apetece hacer. Incluso en la noche de bodas.

—No es como si pudiera negarme a...

—Puedes negarte —decimos Kay y yo a la vez, interrumpiéndola.

—Pero Ivy tiene que dar herederos. Cuanto antes, mejor.

Nos fijamos en Cordelia. Ella nos está mirando, ya sin ánimo de risa ni de vergüenza. Mantiene los labios apretados y los dedos aferrados a su vestido, como si no comprendiese cómo podemos estar diciendo lo contrario a lo que le han enseñado. Siento un pinchazo de pena. Su marido, su hijo, todo lo que la vida de Cordelia es ahora, ¿por qué es, exactamente? ¿Solo porque era lo que una mujer tenía que hacer?

—¿Eso te dijeron, y por eso tú fuiste madre con mi edad?

Cordelia traga saliva y después clava la vista en sus manos.

—Un hijo es una bendición, Samira.

—Seguro —asiento—. Para quien lo quiera y cuando lo quiera.

Se produce un silencio un poco incómodo, sobre todo después de las risas.

Recuerdo lo que le dijo mi madre a Ivy sobre romper los límites que nos ponen.

Suena fácil, pero creo que no lo es en absoluto. Algunas personas aprenden incluso a amar esos límites; así es más sencillo adaptarse a ellos. Ser lo que hace falta.

Y pienso en un montón de pájaros metidos cada uno en una jaula. Todas las jaulas tienen formas diferentes, pero algunos barrotes son idénticos. A algunos de los pájaros esos barrotes les gustan. Otros no los soportan e intentan echarlos abajo como pueden, picoteando y revolviéndose contra ellos. Otros aprenden a vivir entre ellos y fingen que no están ahí, porque así es más sencillo.

—Tenemos que volver —anuncia Kay con un susurro, como si se sintiera mal por romper la repentina quietud—. La conversación será sustancialmente menos interesante, como la compañía, pero... deseádnos suerte.

Ivy y ella se ponen en pie. Yo sonrío. Cordelia también, aunque le cuesta un poco más.

—Buena suerte. No seré emperatriz de Marabilia, pero espero que vosotras sí consigáis ser reinas.

Cuando se alejan, Cordelia y yo nos quedamos solas de nuevo. Abro la boca, pero ella se levanta y se arregla el vestido.

—Será mejor que yo también me vaya.

—Cordelia...

—Tengo algunas tareas pendientes —me corta. Me achanto con el filo de su voz, tan extraño en ella—. ¿Y tú? ¿Qué harás? ¿Alguna increíble aventura o misión de espía?

Suena un poco como si se burlase, como si no significase nada, pero no sé si es lo que pretende. Suena amargo, sobre todo, y yo decido no quedarme con el pequeño daño que me hacen sus palabras.

—No tengo ningún plan —susurro. No me mira, concentrada en su vestido—. Pero podría ayudarte en esas tareas si quisieras.

Se sorprende. Vuelve la vista hacia mí... y se ha desarmado un poco. No sé si es mi ofrecimiento o la voz con la que lo hago, que es casi una súplica para que todo vaya bien.

—No son muy emocionantes, pero si quieres...

Me falta tiempo para ponerme en pie. Ya sabe que se me da especialmente bien hacer que todo parezca una broma, así que le dedico una reverencia exagerada.

—Mi señora, quedo a vuestro servicio.

Cuando la miro, la sonrisa de Cordelia ha vuelto a aparecer. Y eso, de nuevo, es suficiente.



Ivy

—Estamos perdiendo el tiempo. Ya sabemos cómo va a terminar esto, por *tercera vez*.

Kay aprieta los dientes cuando Sirras de Verve habla con su tono monocorde y yo pienso que se lanzará sobre él en cualquier momento. Si al principio la interrumpió antes de que pudiese exponer su caso, ahora parece completamente hastiado. Ni siquiera ha fingido pensarse su voto, como ninguno de los que han mostrado su desacuerdo: según él, tiene que proteger los intereses de Elias, su hijo y actual heredero. Al fin y al cabo, su hermana es mayor por unos minutos, y una nueva ley de sucesión no solo podría enfrentarlos, sino que confundiría al pueblo. Una parte de mí no puede evitar pensar lo paternalista que suena, tanto para sus propios hijos como para sus súbditos, como si no fueran capaces de decidir o tener ideas propias. Y, aunque no la conozco, estoy segura de que la princesa Brianna tendrá sus propias preferencias respecto a llevar la corona o no...

—Seguro que no lo perderíamos tanto si nos ahorrásemos comentarios como ese y nos dedicásemos a votar —apostilla el rey Arthmael, que mira al techo, repantigado en su silla. Es el más joven de los reyes, lo que queda

patente en la forma que tiene de abordar los temas de la Cumbre y de dirigirse a los demás.

Hay que admitir que también es el más progresista, y el que menos miedo parece tenerle a los cambios.

—Verve vota en contra.

Hay ceños fruncidos en un lado de la mesa y sonrisas sentenciadoras en el otro. A mi lado, la princesa no baja la cabeza, pero es obvio que, por muy preparada que estuviese para el rechazo, le ha dolido un poco.

—Bien, supongo que por fin podemos pasar a otro tema —reclama Amir de Rydia. Debe de estar relamiéndose ante la idea de que su hijo se case con la heredera de Dahes y poder echar mano de los beneficios del Taller, aunque solo sea de rebote.

—O bajar a cenar —propone Lowrey de Sienna.

La mano de Fausto, por debajo de la mesa, se coloca sobre mi pierna. Es un gesto distraído, un aviso de que este podría ser el momento, si sé aprovechar la ocasión, y no puedo evitar dar un respingo.

—Me gustaría hacer una propuesta —digo con voz ronca.

Hay un silencio extraño mientras todos se vuelven hacia mí. Me tengo que esforzar por no removerme en mi asiento. Por no bajar la mirada. Nadie me ha enseñado a hablar en público. Nadie me ha pedido que lo haga nunca. Pero llevo todo el día aquí dentro, viendo discutir a estos hombres, y sé que no soy menos que ellos.

—¿Ivy? —Mi padre parece dubitativo cuando dice mi nombre. No sabe lo que está pasando, claro, o qué puedo tener yo que decir. Me doy cuenta, además, de que no tiene muy buena cara. Lleva toda la tarde sumido en un silencio raro en él, en una seriedad que no le corresponde.

—Seguro que podemos dejarlo para mañana, princesa Ivy.

Me vuelvo hacia Geraint de Dahes. Eso es lo que le gustaría a él.

—No. No podemos, porque me gustaría que sus majestades deliberaran sobre ello esta noche. —La boca se me seca mientras mis ojos pasan por encima de cada uno de los hombres a la mesa. Son los más poderosos. Una orden suya puede lanzar ejércitos a la batalla. Hay gente que *moriría* por ellos. A su lado, no tengo nada—. Entiendo que no vamos a llegar a ninguna parte tal y como la princesa Kay ha planteado el asunto. Entiendo que habrá

ciertas... facciones que se nieguen a un cambio tan grande, por intereses familiares o personales o por miedo al cambio. Y entiendo también que cada reino, cada familia real, tendrá sus propias ideas y sus propios comentarios al respecto.

Algunos asienten. Otros parecen hablar entre ellos sin necesidad de palabras.

No sé si sentirme insultada o creer que me ven como una amenaza. La verdad, prefiero ignorarlo.

—Así que ¿no sería lo más lógico eso? Dejarlo como una cuestión autonómica. Que cada quien tome las riendas sobre las leyes de su país. Mi propuesta es que cada cual sea responsable de sus actos, y que aquellos que deseen que las herederas puedan subir al trono sin un rey a su lado puedan hacerlo.

No hay ni un segundo de silencio antes de que los murmullos se levanten, alterados, en la sala.

—¿Abogáis por convertirlo en una decisión de cada rey? —pregunta Sirras de Verve, aunque no espera respuesta, por su tono—. ¿Os dais cuenta de lo que estáis proponiendo? Es fácil dejar sobre la mesa un asunto así, pero está claro que no veis toda la escena: diferenciaría de manera demasiado visible todos los países. Se provocarían protestas notables, a favor y en contra de ambas posturas.

«Y eso, por supuesto, nos da una pista de lo que decidiréis vos».

La respuesta me quema en la punta de la lengua, pero me contengo para no decir más de lo necesario. Sirras de Verve tiene miedo de que, si favorece a su hijo, haya alguna facción dentro de su reino que diga que su *hija* es la que debería ser reina.

Porque nació primero y porque, según lo que se comenta, cae más en gracia que su hermano.

—Ya hay voces que se han hecho eco de sus opiniones en este asunto. A favor y en contra. Y que esperan que se aclare de una vez —dice Fausto. Y no sé si es cierto, pero tampoco creo que debiera afectarnos.

—Desde luego, primo —interviene Amir de Rydia—. Pero una cosa es hablar sobre eso y otra es que haya casos prácticos que den lugar a comparaciones. Y todos sabemos que son odiosas.

—Solo si os preocupa salir perdiendo.

La sonrisa de Fausto es un reto velado a su familiar y él parece dispuesto a aceptarlo, pero yo me apresuro a hablar antes de que se puedan enzarzar en una pelea sin sentido:

—Siempre va a haber gente que proteste —digo, y miro a Sirras de Verve—. Esta misma mañana se hablaba de los Talleres y se han tenido discusiones muy intensas acerca de ellos. En su momento, aunque todos seamos demasiado jóvenes para recordarlo, hubo palabras en contra de las torres de hechicería y sus emplazamientos. Aún a día de hoy, sigue siendo algo sobre lo que protestar, dependiendo de en qué círculos. Los cambios siempre asustan a unos pocos. A los conservadores, pero también a los que están tan cómodos en su lugar que la mera idea de algo diferente les hace temer por sus privilegios. Pero hay que sentar precedentes. No podemos quedarnos siempre atrapados en el mismo punto. A veces parece que nos olvidamos de que el hecho de que algo no se haya hecho antes no significa que no pueda llevarse a cabo. —Sacudo la cabeza—. Solo estoy proponiendo una idea. Si decidís arriesgaros o no, depende por completo de cada uno.

De nuevo, esas miradas que no sé interpretar.

—La princesa de Dione tiene razón —dice Ansel de Idyll, mesándose su pequeña barba—. Los talleres no existían hace diez años. Y, en cambio, nos hemos pasado parte del día discutiendo sobre ellos. Creo que está bien que afrontemos nuevos... desafíos.

—¿Desafíos? —La voz de Geraint de Dahes es un trueno cuando habla—. No es un desafío lo que estamos encarando aquí, sino el futuro de nuestros reinos. Y debería reflexionarse más sobre en manos de quién queremos dejarlos.

Noto a Kay tensarse como la cuerda de un arco a punto de ser disparado.

—Pues preocupaos de preparar a vuestro heredero para que sea un buen rey, no de si lleva pantalones o vestido, o de si creéis que es un hombre o una mujer.

—Razón de más para que no podamos encarar este asunto en este momento —repite Amir—. Vuestra situación es una rareza, princesa. No se ha preparado al resto de princesas de Marabilia para semejante reto y responsabilidad. Por lo tanto, esta discusión no tiene sentido.

—Lo cual es una excusa perfecta para seguir haciendo las cosas como hasta ahora, ¿verdad? —Apunta ella con amargura—. Os escudáis en que ninguna mujer está preparada para mantener la situación igual y negarles una educación, mientras a vuestros hijos les regaláis la corona solo por... ¿Por qué, exactamente? ¿Tradición?

Amir tiene la decencia de no responder a eso, por suerte para él. Creo que Kay está a punto de saltar sobre el siguiente que se atreva a mencionar la tradición y nuestras capacidades.

—Lo cierto, primo, es que dudo que conozcáis lo suficiente a todas las princesas de Marabilia como para saber su nivel de preparación —interviene Fausto, aprovechando el silencio. Está inclinado hacia delante, con las manos entrelazadas sobre la mesa, y parece bastante tranquilo. Es algo que llevo notando todo el día: cómo parece estar en su elemento entre estos hombres—. Estáis insultándolas, tanto a quienes no están como a las presentes. Yo mismo considero que mi prometida sería perfectamente capaz de ocupar su lugar.

Sus ojos se encuentran con los míos y yo trato de enmascarar mi sorpresa por la paz y sinceridad que detecto en los suyos. ¿Se da cuenta de lo que acaba de decir? ¿Se da cuenta de que me está apoyando públicamente, a pesar de que todos en la mesa creen que nos casaremos en unos días? Su propio padre parece haberse quedado sin palabras, incrédulo.

—¿Entiendo entonces que dejaréis que la princesa gobierne en vuestro lugar, alteza? —pregunta Geraint de Dahes con las cejas alzadas.

Fausto se irgue, tranquilo y muy serio. Contemplo fascinada cómo encara al rey, sin vergüenza.

—Lo cierto es que, por culpa de la situación actual, era ella quien iba a tener que permitirme a mí ocupar su lugar, no al revés. No dejaré que gobierne: a mis ojos tiene todo el derecho y las habilidades para hacerlo. Si ella deseara gobernar y Dione pudiera darle ese poder, estaría encantado de asistir a su coronación.

—¿Significa eso que no habrá boda si se acepta esta propuesta? —pregunta de pronto Lowrey de Sienna, con un interés que tiene poco de político.

—No estaba informada de que en la ceremonia de matrimonio tuviese que jurar no llevar corona —digo. Trato de sonar segura. De no titubear—. O no

gobernar, si se me ofreciese la oportunidad. Pero gracias por vuestra preocupación.

Arthmael de Silfos ahoga una risa con un carraspeo. Ansel de Idyll esconde una sonrisa tras su mano.

—Princesa —continúo, volviéndome hacia Kay—, vos, como excepción, ¿confirmáis que sería imposible para una mujer que no estuviera hechizada aprender los entresijos de la política? ¿La geografía? ¿Creéis que yo misma podría aprender a leer y escribir? Sé que son preguntas difíciles. No os precipitéis.

Los ojos ambarinos de mi amiga brillan con diversión, aunque su expresión se mantiene lo más neutra posible. Hace un ademán de quitarle importancia.

—Creo que podría arreglarse. Aún no es tarde. Y ya que los presentes hablan de precedentes, rey Arthmael, ¿no hubo un rey de Silfos que era analfabeto?

El rey se endereza como un soldado llamado a filas.

—Ethelberd el Sin Firma. Por favor, no me lo recordéis —añade como si se sintiera avergonzado—. Es parte de la historia más oscura de Silfos. Tenía un secretario real que lo acompañaba siempre a todas partes. Dicen que la reina no se tomaba muy a bien su presencia dependiendo de dónde...

La conversación se apaga con su voz. Hay un silencio tangible, profundo, que nadie se atreve a romper.

Mi padre se levanta con un movimiento fluido. Sonríe por alguna razón, aunque no me mira.

—Es hora de cerrar la sesión de hoy. Me parece que los más jóvenes nos han dado cosas sobre las que deliberar. Propongo que votemos sobre este asunto mañana a primera hora, cuando hayamos tenido tiempo de hablar con quien creamos oportuno.

Hay chasquidos desaprobadores. Hay susurros cortantes. Alguna risa. Las patas de las pesadas sillas se arrastran sobre el suelo de piedra.

Yo me quedo sentada, a pesar de que a mi alrededor todo se mueve. Observo a los presentes mientras desfilan fuera de la habitación. Para ellos es normal, pero, una vez más, mi futuro está en sus manos. Como ha sido siempre. Como parece que siempre será.

Kay coloca su mano en mi hombro y yo la miro. Me sonrío. Creo que me dice que lo he hecho bien. Que debería sentirme muy orgullosa.

—Ellos tienen la última palabra. —Me escucho la voz extrañamente ahogada, como desde lejos.

—No. Nunca la tienen —me asegura—. Porque, pase lo que pase, seguiremos luchando.



Fausto

Lo primero que deseo hacer cuando la sesión se levanta es tomar a Ivy de la mano, sacarla de ahí y besarla después de decirle mil y una vez lo increíble que ha estado. Porque así ha sido. No creo que sea consciente de hasta qué punto. Si estas semanas con ella me han servido para conocerla al menos un poco, sé que dudará de sí misma. Creerá que debió hablar un poco más alto, insistir algo más, o sonar más dura o quizá más dulce. Pero no tiene por qué albergar ninguna duda. Ha estado perfecta, ni más ni menos. Serena y sin dejar que nadie viera sus miedos. Rebatiendo los insultos con fría ironía, sin perder ni un resquicio de elegancia.

Si me lo pidiera con la expresión y la voz que le ha mostrado a los reyes, yo podría subir hasta las estrellas y saquearlas para bordarle un vestido con ellas.

Pero no puedo decirle nada de eso; en cuanto todos se levantan, una mano cae sobre mi hombro y a mí se me cae la sonrisa que quería regalarle a mi prometida.

Alzo la vista para descubrir a mi padre, que ladea la cabeza. No necesita decir nada más. La sonrisa que le dedico a él es mucho menos sincera, más

orquestrada, pero pacífica. Es mi trabajo convencerlo de que todo esto es una buena idea.

—¿Unas palabras, Fausto, hijo mío?

—Por supuesto, padre.

Me pongo en pie. Mi mirada se encuentra de soslayo con la ansiosa de Ivy, pero yo espero que el hoyuelo en mi mejilla que ella siempre dice que tengo al sonreír —«pero solo cuando sonríes de verdad; si no es una sonrisa sincera, no aparece»— sea suficiente para tranquilizarla. No tiene demasiado tiempo para preocuparse por mí, porque Arthmael de Silfos se acerca para felicitarla. Justo cuando salgo, veo que su padre se aproxima a ella, y creo que en su expresión brilla el orgullo. Supongo que, como yo, ella tendrá que mantener una conversación importante.

Aunque nuestras charlas van a ser muy diferentes.

El camino hacia los aposentos que le han dado a mi padre lo hacemos en completo silencio. La indignación que debe de estar sintiendo no es ninguna sorpresa para mí. Tengo bastante claro cómo va a transcurrir nuestra reunión. Es bastante satisfactorio, en realidad. Me gusta volver a sentir que tengo el control sobre algo, después de tantos hechos imprevisibles por no conocer bien el escenario o a los personajes a mi alrededor.

Pero a Fadir de Granth lo conozco. He tenido veinte años para observarlo. Sé más de él de lo que él mismo imagina.

El rey me permite entrar primero y se gira hacia mí en cuanto cierra la puerta.

Yo estoy esperándolo, quieto en el centro de la estancia, la espalda recta y las manos entrelazadas tras la espalda. Con el porte de un verdadero príncipe, justo lo que espera que sea. Su gesto es serio. No importa. He preparado muy bien las palabras que lo llevarán de nuevo a mi terreno.

—¿Podrías explicarme qué ha sucedido ahí dentro, Fausto?

Un parpadeo. Una expresión de incompreensión.

—¿Os referís a la propuesta, padre? Me ha sorprendido tanto como a vos. La mirada del rey es suspicaz.

—Oh, eso espero. Supongo que, si algo así se estuviera planeando, lo habrías consultado conmigo, como deberías haber hecho antes de hablar como has hablado.

—La propuesta me parece lógica.

—¿Renunciar a la corona de Dione te parece *lógico*?

Ahí estás, bastardo ambicioso. Qué fácil es adivinarte. En comparación con Ivy, qué aburrido resultas.

—Padre —comienzo, como si cuidase mis palabras. Como si me importase de verdad su opinión. Un leve fruncir de labios—. Dione no es mi nación. He sido criado para ser el rey de *Granth*. Vuestro sucesor y heredero. Es todo lo que he anhelado siempre. Que Ivy de Dione se encargue de su territorio me permitirá a mí volcarme por completo en nuestro reino. En *mi hogar*.

—Y te hará rey de un reino, no de dos.

Perdóname, Ivy. Tú sabrías que no pienso de verdad lo que voy a decir, pero él no lo verá:

—Seré tan rey como ella en cuanto nos casemos. Esto no anula el enlace.

Aparentemente le dará el poder, pero... —Una sonrisa. Que parezca condescendiente—. ¿Qué creéis que hará con él *de verdad*? La princesa es una muchacha encantadora, pero estará perdida sin mí. Si necesitamos algo de Dione, la alianza seguirá manteniéndose y será ridículamente sencillo convencerla de que tome los caminos que nos convengan. A todos los efectos, será como si yo estuviera al mando.

Las palabras me queman en el estómago, pero eso él no lo puede saber. Él solo se queda con mi expresión calmada. Me observa y comienza a bajar la guardia. Aparta la vista. Piensa. Se confía.

Lo sigo con la mirada mientras camina por la estancia en un paseo meditativo.

—Entonces, admites que no está preparada. No parecías pensar eso ahí dentro.

Me encojo de hombros.

—Considero que, dentro de lo que cabe, es una joven capaz y puede ser una buena candidata para el icono que comience el progreso. Eso buscamos en *Granth*, ¿no es cierto? Siempre me lo habéis dicho. Además..., ¿habéis pensado en lo ilógico que sería que no apoyáramos una propuesta como esa, que nos da la libertad para mantenerme a mí como heredero, cuando durante

las dos últimas rondas habéis votado que apoyaríais la propuesta de Kay de Dahes?

Quedaríamos como veletas. Como... convenientes. Sería demasiado evidente que votábamos afirmativamente a la primera propuesta solo por las relaciones con Dione y no por convencimiento. ¿Y qué es peor que un reino con valores cambiantes?

Un silencio. Ya está hecho. Y su paseo finaliza. El soberano observa el reino de Dione a sus pies por la ventana. Supongo que se imagina teniendo el poder sobre él, gracias a mí. Eso fue lo que hizo desde el primer momento en el que pactó mi matrimonio, con toda probabilidad.

—Crees que deberíamos votar que sí.

—Creo que es lo adecuado, padre. Lo contrario sería absurdo. Y después de mi defensa... Bien, admito que quizá me precipité, pero supuse que nuestra posición no podía ser otra, considerando todos los factores. Negarnos también nos haría quedar como ambiciosos. Y algunas facciones de Dione ya no consideran positivo a un príncipe extranjero tomando poder, así que no les demos motivos para pensar que venimos a robarles sus tierras.

Su mano se mesa la barba. Lo veo cabecear, pensativo, y después se gira a medias para poder fijarse en mí. No abandono mi posición.

—Te has congraciado con la princesa, conoces las posturas de los súbditos...

Has aprovechado el tiempo aquí, según veo.

Trato de parecer humilde cuando agacho la cabeza.

—Como ordenasteis, padre.

Es la pieza definitiva. Su sonrisa aparece, orgullosa de lo que tiene delante, sin identificar que lo que ve es tan solo una ilusión. *Idris* podría estar creando esto y él ni siquiera se daría cuenta. No me conoce de verdad. Hubo un tiempo en que ese gesto en su boca lo habría significado todo para mí, pero desde hace mucho ya nada que tenga que ver con él significa nada.

—Te he criado bien, hijo. —Sonríe. Sin hoyuelo, como diría Ivy. Pero él no se fijará en eso. Se acerca y pone una mano en mi hombro, apretándolo—. Tus palabras son las de alguien sabio y que sabe lo que hace. Estoy orgulloso.

De nuevo, agacho la cabeza.

—Sin embargo...

No esperaba eso. Estoy a punto de fruncir el ceño, pero contengo el impulso.

Alzo la mirada con interés.

—¿Sí, padre? ¿Algo más que pueda preocuparos?

—Tienes una hermana mayor, muchacho. —Su mano cae. Vuelve a mesarse la barba. Sus ojos se clavan en los míos—. ¿Qué pasará si la propuesta sale adelante y el día de mañana el caso de la princesa Ivy inspira a otras a reclamar sus lugares, incluso en reinos en los que no se apruebe la ley?

Esta vez me cuesta un poco más responder. No porque no sepa cómo contestar, sino porque siento ganas de reír. Siento ganas de decirle que hace bien en preocuparse.

Pero de esa manera lo estropearía todo. Ya habrá tiempo. No puedo esperar a ver su cara entonces, pero antes tiene que aceptar la propuesta.

Por eso sonrío, confiado. Él entiende el gesto como el de un príncipe orgulloso.

—Descuidad, padre. Pase lo que pase, jamás renunciaré a mi derecho de nacimiento.

Y eso, al menos, no es mentira.

Al fin y al cabo, mi *nacimiento* no vino con ningún derecho sobre el trono.



Ivy

—Estoy muy orgulloso de ti.

No sé qué esperaba cuando mi padre me ha llamado a sus habitaciones, pero no que se inclinase y besase mi frente, como está haciendo, lleno de una confianza que no había conocido antes. Aunque mi padre siempre se ha preocupado por mí e incluso me ha consentido, lo cierto es que nunca lo había visto con ese brillo en los ojos. Ahora, sin embargo, me ha abrazado y me ha dicho lo bien que he hablado en la Cumbre, pese a que a mí no me ha parecido gran cosa. Solo quería dejar en buen lugar la proposición de la reina Maryam. Solo quería estar a la altura de esos hombres y quienes han depositados sus expectativas en mí.

—No he hecho nada —digo, algo avergonzada—. La propuesta ni siquiera era mía. —Sé que no debería estar diciéndole esto, pero no me parece bien quedarme con el mérito de algo que no he hecho—. Fue idea de la reina de Granth. Y hablé por ella, ya que no podía estar.

—Has hablado cuando podías hacerlo, Ivy —me dice él con ternura—. Y eso ya es un logro en sí mismo. Sé lo intimidante que puede ser una sala llena de personas que sabes que pueden desestimar tus palabras con un simple gesto. No olvides que yo también tuve una primera Cumbre. Y, créeme, lo

has hecho mejor que muchos. —Baja un poco la voz—. Ansel de Idyll estaba tan nervioso la primera vez que habló ante los demás reyes que casi se desmaya.

No puedo evitar una sonrisa al imaginarme al correcto rey de Idyll temblando de miedo ante sus compañeros. Bajo la vista a nuestras manos unidas y acaricio con el pulgar el dorso de la suya, lleno de manchitas por la edad. Las venas y los huesos se le marcan como si la carne se hubiera consumido.

—Si la ley se aprueba, me gustaría ser reina. Sé que tengo muchas carencias.

Probablemente necesite mucha ayuda, pero...

—Serás una gran reina, Ivy.

Mi padre sonríe. No dice nada más, solo eso, pero es más que suficiente. Es todo el apoyo que necesito.

* * *

La cena se me hace eterna. El día ya ha sido lo bastante largo y lo único que quiero ahora es dejar de forzarme a sonreír y tumbarme en la cama. Pero mientras mi cuerpo quiere descansar, mi cabeza no es capaz de detenerse. Con pensamientos inquietos, atiendo a la conversación animada de Samira y Kay de un lado y, a veces, a la de mi padre con el rey de Silfos. Las posiciones a la mesa están hoy cambiadas y ni siquiera tengo a Fausto a mi lado, a quien observo junto a la reina Maryam, demasiado lejos para mi gusto. Como tampoco he podido hablar con él después de la Cumbre, me encuentro a mí misma, contra todo pronóstico, deseando coger su mano para asegurarme de que todo ha sido real. No quiero hablar, no necesariamente, pero sí sentarme a su lado delante de la chimenea y empaparme de su compañía.

Nuestros ojos se cruzan en algún momento y él me sostiene la mirada. Lo veo sonreír, con el hoyuelo en la mejilla, y se me contagia el gesto sin quererlo. Es tan sencillo como eso. Ni siquiera necesita esforzarse. Y no sé si

eso es bueno o malo. Por un lado, me agrada que sea así. Por otro, me asusta un poco esta costumbre en la que estamos cayendo. Los besos y las noches en mi cuarto y, cuando podemos, las tardes en el suyo. Me asusta la necesidad de que estemos juntos, a solas, y se me encoge el estómago al pensar que no sé qué somos. En qué nos vamos a convertir. Supongo que la boda sigue en pie, pero no sé si porque ya me he hecho a la idea o porque creo que *realmente* estaría bien estar casada con él. Llevamos semanas conviviendo, pero eso no puede ser ni remotamente parecido a pasar toda una vida con él. Tampoco, me doy cuenta, a compartirlo *todo* con él.

Incluso la cama.

—¿Ivy? Pareces un tomate, ¿ocurre algo?

Samira y Kay han interrumpido su conversación (sobre piratas y barcos a cuyos nombres no he prestado atención) para girarse hacia mí, lo cual no ayuda a recuperar mi color original, teniendo en cuenta que recuerdo con demasiada claridad la conversación de esta tarde en el jardín.

—Tengo un poco de calor —digo tras tragar un pedazo de pan que casi se me atraganta—. El ambiente es un poco opresivo.

Dado que la chimenea está apagada y las puertas abiertas, no parece muy buena excusa. Las chicas me miran a mí y después a mi prometido, que en ese instante, como si hubiera sido pillado en falta, aparta la vista hacia su madre, que habla con Rita de Sienna. Sus sonrisas se vuelven maliciosas y yo decido que tal vez sea hora de marcharme.

—De hecho, creo que será mejor que me retire y vaya a... refrescarme.

Samira parece tener una respuesta preparada (probablemente algo que me va a avergonzar todavía más), pero antes de que pueda decirla, me giro hacia mi padre y disculpo mi retirada, que es lo bastante sutil para que nadie se percate.

Me deslizo tras nuestros invitados con pasos silenciosos y salgo al pasillo, con las manos en las mejillas y un leve saludo a los guardias que ahora guardan cada entrada o salida del castillo.

Recorro los pasillos con parsimonia, agradada por el silencio que se instala a medida que me adentro en el palacio y puedo pensar con claridad de nuevo.

Hasta yo tengo que saber lo mal que está pensar en mi relación con Fausto en esos términos, diga lo que diga Kay. Para ella es diferente. Me ha dicho mil veces que no va a casarse, piense lo que piense su padre o el príncipe de Rydia, y eso tampoco parece quitarle el sueño, quizá porque está acostumbrada a un tipo de vida muy diferente a la mía.

Aunque, si la autonomía se aprueba y me convierto en reina, yo tampoco necesitaría un matrimonio...

Entro en mi cuarto y cierro la puerta con un suspiro. *Idris* levanta la cabeza y me saluda con un aleteo, encantada de recibirme. He cogido un poco de pan de la mesa antes de marcharme y ahora me acerco para dárselo, con lo que me gana varias notas de su dulce canción y un picoteo cariñoso en la manga. Le voy ofreciendo pequeños trozos durante los siguientes minutos, en silencio, ensimismada por la sencilla tarea.

—Los nasires debéis de tenerlo muy fácil, ¿verdad? —susurro, acariciando su cabeza—. Ni matrimonios ni reyes ni reinas. —*Idris* me observa con atención, como si le interesasen mis quejas—. Solo dormir y comer y aguantar a la princesa que han puesto a tu cargo. Tan sencillo como eso.

—No sé, la princesa parece especialmente imprevisible. Seguro que le da muchos problemas.

Doy un respingo y me giro, sorprendida. Fausto se apoya en la puerta, que acaba de cerrar con el mayor de los cuidados. Enrojezco y aparto la mirada.

—Teniendo en cuenta cómo es el príncipe con el que normalmente va, creo que considerará que es un verdadero regalo tener una compañera tan encantadora y cariñosa.

—¿Encantadora y cariñosa? —Fausto niega con la cabeza y empieza a caminar hacia mí—. Creo que no hablamos de la misma princesa, entonces. La que yo digo es más bien orgullosa y le encanta tener la última palabra.

—Oh, eso he oído. Y también que te vuelve loco.

Él se para ante mí, con las manos tras la espalda y una sonrisa incrédula pero real en los labios.

—Qué puedo decir. Tengo muchas virtudes, pero quizás el buen gusto no sea una de ellas.

Frunzo el ceño, o lo intento. No me sale muy bien, porque solo tengo ganas de sonreír. De eso y de enredar los dedos en su túnica y atraerlo hacia mí para besarlo. Llevo queriendo hacerlo todo el día. Desde esta mañana, cuando se sentó a explicarme cómo iba a ser la Cumbre. Y después, cuando me sentía tan frustrada tras una mañana que no iba a ninguna parte. Y aun más tarde, cuando el corazón me dio un vuelco porque, según él, puedo ser una gran reina.

Por eso acabo por caer. Sus labios todavía saben al vino de la cena. Contra todo pronóstico, ni se sorprende ni se queda paralizado, sino que acepta de buena gana el contacto de mi boca contra la suya. Cuando sus brazos me rodean la cintura, me estremezco. Su piel caliente como si hubiera guardado un rayo de sol bajo su túnica y no puedo hacer otra cosa que aferrarme con más fuerza. Creo que estos sentimientos, lo que sea que me atrae hacia él, es parte de una locura transitoria. De un hechizo, quizá, que se me ha metido bajo la piel, tan escondido que ni siquiera la luz de la luna llena podrá hacer desaparecer.

—Has estado magnífica en la Cumbre hoy, Ivy.

Sus labios están en mi mejilla y yo disfruto de su caricia al hablar con los ojos cerrados, mientras deja mil besos por mi rostro que me hacen reír, pero que me saben a poco. Su aliento contra mi oreja me desconcentra. Creo que me olvido de respirar.

—No eres el más objetivo —susurro.

Fausto toma mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarlo, y esboza su media sonrisa. Es la sonrisa de hacer y decir travesuras, la del chico que disfruta metiéndose con la princesa. La del que cuenta anécdotas de su infancia como si fueran grandes secretos.

—Soy muy objetivo —me advierte—. Y si no lo fuera, la culpa sería tuya, por hacer que me convierta en tu más fiel servidor por cómo has respondido ante los reyes. Ahora haré y diré cualquier cosa que pueda satisfaceros, mi señora.

Me ruborizo cuando sus besos vuelven a caer como una lluvia por mi rostro, dejándome sin posibilidad de réplica. Pero, como su felicidad es casi contagiosa, lo dejo estar. Le obligo a apartarse un poco y lo arrastro conmigo

hasta delante de la chimenea apagada, donde los cojines ya permanecen de noche en noche. Él me sigue mansamente y se deja caer a mi lado.

—Tú pareces encantado, pero tu padre, no tanto. ¿Ha ido todo bien con él? —pregunto, intentando cambiar el rumbo de la conversación. Aunque el tema sea más desagradable para él, necesito saber si ha pasado algo. No me sentiría bien si defenderme le hubiera traído problemas.

—Controlar a mi padre es tan sencillo como decir lo que quiere escuchar —dice con una sonrisa que rebosa confianza y que me hace recordar que tiene una facilidad sorprendente para calcular los posibles rumbos de una conversación. Pero nada más cerrar la boca, parece titubear—. De hecho —continúa, más bajo—, tuve que hablar de lo manipulable que serías cuando nos casemos... ¡Pero no lo pienso de verdad!

Lo niega con tanta vehemencia que casi me echo a reír. *Casi*. En su lugar, se hace un silencio ensordecedor, en el que él me mira con curiosidad y yo me dedico a bajar la vista. No hemos vuelto a hablar de la boda desde que lo besé por primera vez. Entonces, él me sugirió que, si me coronaban, el matrimonio no sería necesario.

Y que, si no gobernaba sobre Dione ni sobre Granth, se convertiría en solo Fausto.

Lo había olvidado. No recordaba que me dio una pista de quién era realmente en aquel momento y yo no fui capaz de entender lo que me estaba diciendo.

—¿Ivy? —Alzo la vista cuando pronuncia mi nombre. Su expresión se ha transformado sin mi respuesta—. Solo fue una estratagema.

Sacudo la cabeza.

—Deberíamos decidir lo que queremos —murmuro—. Si mañana... se aprueba la ley. Si yo me convierto en reina. Las cosas han cambiado entre nosotros en estas semanas. Creo que ni siquiera podríamos decir que somos los mismos. Nosotros o nuestras situaciones. —Me humedezco los labios—. Fausto, ¿qué quieres hacer?

Mi prometido frunce el ceño, sin saber a qué me refiero, pero ahora que he hablado, yo lo veo más claro que nunca. No quiero casarme con él. No... ahora.

No quiero que nos obliguen a unirnos y nos condenen. No debería funcionar así.

Quiero conocerlo lentamente. Me *gusta* conocerlo. Que me cuente cosas, que nos sentemos en el suelo a hablar durante horas. Quiero tener la certeza de que nos entendemos sin palabras, de que nos compenetramos. No quiero compartir el resto de mi vida con un desconocido. No quiero tampoco que el hecho de casarnos ahora, cuando apenas nos hemos acostumbrado a la compañía del otro, nos sentencie para siempre. No quiero que nos sintamos obligados a nada.

—La boda —murmuro como respuesta a una pregunta que no ha pronunciado—. Y dónde deseas quedarte. ¿Quieres vivir en Dione o volver a Granth?

Su expresión cambia cuando me entiende. Nuestros ojos, que se habían encontrado, se separan cuando aparta la vista.

—Depende de ti también, Ivy. —Aprieta mi mano, entrelazada a la suya. Hay un segundo de duda casi doloroso. Un silencio cargado de significado—. ¿Quieres casarte conmigo?

Trago saliva. Si casarse significa seguir compartiendo lo que compartimos, sí.

Y, a la vez, no. No quiero que suceda bajo estas circunstancias. No debería ser así.

—No es justo. No puedo responder sin condicionar lo que tú harás, ¿verdad?

No quiero que te quedes aquí solo por mí. Y tampoco quiero que te vayas solo para alejarte.

—No tiene por qué funcionar así. No quiero abandonar para siempre Granth y todo lo que tengo allí: a mi pueblo, a mi madre, a mis hermanas. Quiero apoyar a Casilda cuando sea el momento. Voy a volver, nunca dije que no fuese a hacerlo.

Pero... también quiero apoyarte a ti. Con o sin boda. Te juré que te sería leal.

Lo dice como si fuera una promesa inquebrantable. Como si no se planteara faltar a su palabra. Y si bien yo se lo agradezco, también hace que no entienda cómo he de actuar. Mi mente recupera la imagen de él arrodillado

ante mí con el rostro serio. Con una devoción que, desde luego, nadie me había demostrado nunca.

Con una devoción que quizá no me merezca.

—Quiero que estés a mi lado —susurro—. Quiero que me apoyes. Que me aconsejes. Pero... —Bajo los ojos y aprieto los labios. Me encojo sobre mí misma, deseando desaparecer, cuando mi voz queda atrapada en mi garganta—. Pero no puedo casarme contigo. No ahora. Yo... —Callo—. Lo siento.

Sus dedos bajo mi barbilla llegan varios latidos después de que haya hablado para hacerme alzar el rostro. Para mi sorpresa, no hay tristeza en su expresión.

Ni enfado. Ni siquiera decepción. Solo una pequeña sonrisa, como si mi respuesta hubiera sido una de las posibilidades que tenía en mente al hacer su pregunta.

—Yo no lo siento —declara con calma—. Me parece que es lo correcto. Al fin y al cabo, podemos seguir con esto, ¿verdad? Con lo que hemos tenido hasta ahora, mientras nos hemos sentido libres. Eso..., eso es lo que me gustaría conservar.

Un suspiro aliviado se escapa de entre mis labios.

—¿Significa eso que estamos bien?

Su sonrisa contra mis nudillos, entre tierna y divertida.

—Puede que vaya perdiendo un poco más la cordura cada día que no pueda besarte cuando me apetezca —me advierte— o al tener que seguir entrando a hurtadillas en tu cuarto; pero aparte de eso, sí, estamos bien.

Me muerdo el labio, sintiendo el rubor volviendo a mi rostro. A veces no lo reconozco cuando es tan sincero conmigo, pero también consigo mismo. Cuando dice las palabras más inesperadas.

Me gusta.

—Ahora nadie nos está mirando. No tienes que controlarte.

Su hoyuelo aparece en su mejilla y tengo ganas de pasar la punta de mis dedos por él. De besarle el rostro hasta que no pueda sentir nada más que el cosquilleo de mi aliento sobre su piel. De dejar la impronta de mis labios en los suyos y desgastarlos hasta que se vuelvan más finos. Hasta que mi propio sabor impregne por completo su boca.

Y eso es lo que hago.



Samira

Durante la mañana, la tensión por el resultado de la votación de la nueva propuesta ocupa la atención de todo el mundo. Yo paso el tiempo con las damas de compañía de Ivy en un intento de entretenerme, pero incluso ellas hablan de eso. Portia y Valora se preguntan cuántas cosas cambiarían. Si su princesa será reina. Portia hace algún comentario sobre sus dudas de si Ivy está preparada, pero no tengo claro que haya *maldad* en él. Conociendo un poco más a su hermano, lo cierto es que la compadezco. No dejo de pensar en que todo lo que le deben de haber enseñado en su vida es a despreciar y competir con otras mujeres en su búsqueda de un buen marido. Su hermano le parece admirable pese a ser un completo idiota, y supongo que Portia es uno de esos pajarillos que no ven los barrotes que hay a su alrededor.

La propuesta ya ha llegado a los oídos del Consejo. Quizá no a todos sus miembros, porque no han estado por aquí, pero al menos sí a lord Farren.

—Mi padre está indignado porque el rey no haya organizado una consulta al Consejo sobre un asunto de tal magnitud. Ha venido a reclamárselo esta misma mañana. Todos los reyes se han reunido con sus consejeros, después de todo.

—El Consejo sirve al rey. —Valora cruza los brazos sobre el pecho—. No al revés. Tu padre haría bien en recordarlo.

Me sorprende un poco oír a Valora hablar así, pero al fin y al cabo es nieta de la condesa. Sus lealtades, es evidente, están con la familia real. Me alegra poder verlo.

—Valora tiene razón —murmura Cordelia sin apartar la vista de su bordado—. Alden también parecía un poco molesto, pero lo ha comprendido.

—¿De veras? —intervengo.

Cordelia me mira con el ceño un poco fruncido y yo carraspeo, volviendo la vista al taco de madera y al puñal. Cuando me aburro lo suficiente, tallo. Yo no tengo talento para la música ni para la poesía, ni para ninguno de esas artes tan cultas que Casilda y Fausto saben hacer tan bien. Como mucho, sé tallar, y madre siempre me decía de pequeña lo pulidas que eran al final todas las figuras que conseguía completar. Me concentro en el gorrión que trato de terminar.

—El Consejo está preocupado y es normal. Nadie esperaba algo como esto y, si sale adelante, cambiarán muchas cosas. Pero estoy convencida de que todos lo entienden, como lo hace Alden; si el rey apoya la decisión de Ivy, no hay más que hablar.

Hago un ruido de asentimiento. No quiero decirle que no tengo claro que eso vaya a ser así. Quizá lo haría si no estuviéramos delante de Portia y Valora.

En cualquier caso, es cierto que es el rey quien cuenta y, si todo sigue adelante, tendrán que soportarlo. Por mucho que sean el Consejo, ellos no tienen el poder de dictaminar las leyes.

La puerta del cuarto se abre de improviso. Las cuatro alzamos la vista. Hemos pedido que se nos avise con cualquier novedad. Incluso el servicio está atento y espera los rumores como agua para el sediento. El primero que escuche algo tiene algún tipo de obligación moral de empezar a cantar. Y en ese momento, la criada a la que le hemos pedido amablemente que nos informe agacha la cabeza ante nosotras.

—Mis señoras —murmura—. La propuesta se ha rechazado en primera votación.

Hago una mueca y me pongo en pie, nerviosa. Portia se encoge de hombros y sigue leyendo el romance que tiene entre las manos. Valora chasquea la lengua, decepcionada pero no sorprendida. Cordelia, por su lado,

baja la vista, supongo que preocupada por Ivy más que por cualquier otra persona.

—¿Por cuántos votos negativos? —pregunto.

La criada titubea.

—Dos.

—Pero entonces...

—Verve se ha abstenido, alteza.

Hago una mueca. Ya veo, el rey de Verve considerará que su situación es comprometida. Hace un año, en una visita de Estado de la corona de Verve a Granth, conocí a la princesa Brianna. Fue un encuentro interesante. Tenemos la misma edad y le gusta tan poco conformarse con lo que se supone que debería ser como a mí.

Supongo que por eso terminamos en la cama.

Su relación con su hermano, además, tampoco es la mejor. Lo considera un inepto, y tiene un poco de razón. Es poco más que un borracho. Ante mí, incluso entonces, llegó a decir que *ella* llevaría la corona mucho mejor que él. Desde luego, si la moción se aprueba, aunque su padre no instaure la ley en su reino, dudo que se vaya a quedar callada sin intentar nada.

La criada se despide con una reverencia cuando yo asiento. Amoldo mis dedos alrededor del puñal antes de girarme hacia mis compañeras, sobre todo hacia Cordelia.

—Está bien. Es solo la primera votación. Quedan dos más.

* * *

—Más te vale, Lowrey, que cuando vuelvas ahí dentro defiendas a capa y espada la propuesta y ayudes a que no se pueda protestar contra ella, o te juro por todo el té de Sienna que ordenaré que quiten la cama de tus aposentos para que duermas para siempre en el suelo.

Casi tropiezo cuando veo y oigo a Rita de Sienna justo en la esquina que voy a torcer. He salido un rato para dar un paseo y distraerme, pero no

esperaba encontrar algo tan entretenido como esto. La reina tiene los brazos en jarras y su esposo, expresión de hastío.

—¡Si ya lo intento! —le dice.

—¡Pues lo intentas *más*!

Lowrey de Sienna refunfuña y cruza los brazos sobre el pecho como un niño pequeño.

—Juro que, si esto sale adelante, yo dimito y te quedas tú de reina. ¿Eso podría hacerse? Siempre has sido la heredera y te encanta. Estoy más que dispuesto.

—Perfecto, pero para eso tiene que salir adelante. Piensa en lo bien que estarás cuando no tengas que ir a más Cumbres. Que eso te motive. Andando.

Lo despide con las manos, como si airease el pasillo, y su marido resopla y mira al techo pidiendo paciencia. Pero obedece y se marcha, arrastrando un poco los pies.

No puedo evitar que se me escape una risita. Y eso me delata. Rita de Sienna tiene bastante buen oído (así debe de capturar todos los rumores de Marabilia) y gira la cabeza. Creo que se molestará por verme espiando, pero no lo hace. Al contrario, esboza una gran sonrisa.

—¡Samira, niña!

Se acerca a mí y, antes de que pueda entender qué está pasando, toma mi brazo. Rita de Sienna es una mujer más bien bajita, así que no hay mucha diferencia de altura.

—Tiempos interesantes, ¿eh? —me dice con su buen humor habitual—. Y tú los estás viviendo todos de primera mano. Ya me ha contado tu madre sobre tu huida. Muchacha traviesa... Aunque yo habría hecho lo mismo. ¿Quedarme en casa con la promesa de una Cumbre y una boda? Oh, por favor. Ni muerta. No imagino situación más frustrante.

Rita de Sienna siempre parlotea de esa manera. Creo que me agrada por eso, porque nadie consigue ponerle filtros. Todo el mundo sabe cómo es y qué esperar de ella, y eso hace que no se reprima.

—En realidad, la Cumbre no me importaba demasiado —respondo, divertida—. Aunque al final ha resultado ser un poco más interesante de lo que se esperaba.

—¡Ah, muchacha! ¡Las Cumbres *siempre* son interesantes! ¡Solo que no las ves desde el lado adecuado! Ven, yo me encargaré de cambiar eso.

—¿Qué...?

No me deja terminar. Tira con fuerza y seguridad de mi brazo; no sé cómo negarme ni adónde me lleva. Da lo mismo, porque pronto empieza a parlotear preguntándome si en este tiempo aquí me he enterado de algún rumor especialmente sabroso. Sonrío y miento diciendo que todo ha estado muy tranquilo. Si ella supiera...

Está hablando de si vi cómo se miraban Arthmael de Silfos y Lynne el otro día en el baile y de lo interesantísima que sería una relación entre ellos cuando nos paramos ante una puerta custodiada por un par de guardias. Me quedo paralizada, porque creo que ya sé qué está haciendo.

—¿Majestad...?

Los guardias abren la puerta para la mujer, que les sonrío con su gracia habitual. Y yo palidezco, porque cuando me arrastra dentro dos reinas de Marabilia levantan la vista hacia nosotras. Alira de Idyll... y mi madre. Ella alza las cejas y advierto de inmediato que no entiende qué hago aquí. Que piensa que no *merezco* estar aquí.

Bajo la vista hacia el suelo, sintiendo una presión en el pecho.

—He encontrado a una princesa perdida —celebra la reina de Sienna. No sé si se no se da cuenta de mi evidente incomodidad o prefiere ignorarla—. Tu hija está cada día más preciosa, Maryam, querida. Ha salido a ti.

Mi madre pone los ojos en blanco. Sostiene una taza de té y bebe un sorbo con esa elegancia que yo no tengo ni tendré nunca.

—Sabes que Maryam es inmune a tus cortejos, Rita. Deberías dejar de intentarlo. —La voz de Alira de Idyll tiene cierta diversión en su tono. En la habitación huele a pastas y están solo ellas.

—Ah, no lo es tanto como creéis. Dime, Samira, ¿aceptarías nuestra relación...?

Miro a Rita con los ojos muy abiertos.

—¿Q-qué?

—No la escuches, hija. Rita considera es necesario dejar en evidencia a todo el mundo cada segundo de su existencia.

Y entonces, para mi sorpresa..., señala el asiento libre, justo a su lado. Me quedo muy quieta. Al principio pienso que se lo está ofreciendo a Rita, pero no.

Me lo ofrece a mí.

No me está echando. No considera que esté de más.

No reacciono hasta que Rita me suelta para sentarse en otro de los sillones y empieza a servirse té. Entonces, con la espalda muy recta, me acerco al lugar que me ha ofrecido mi madre y me siento, observándola de soslayo. Tengo la boca seca. Ella me mira de reojo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta con un susurro, su ceño algo fruncido.

—No quiero molestar —balbuceo—. Rita me cogió y... Sé que no debería estar aquí. Perdón. Puedo..., puedo marcharme. No me importa. Me iré.

Mi madre alza las cejas hasta que casi tocan la línea de su cabello.

—Pedir perdón por estar en un lugar al que se te ha invitado no tiene ningún sentido, Samira. —Y después de su lección, que viene como todas las demás, inflexible, extiende la mano hacia la mesita que tenemos delante—. ¿Quieres té?

Es su manera de decirme que no tengo que marcharme. De confirmar que no le molesta que esté aquí. Me hago un poco más pequeña. Ni siquiera me sale la voz; solo puedo asentir. Ella misma me lo sirve y, cuando deja la taza entre mis dedos, veo algo más en sus ojos. Me pone el dorso de la mano en la frente.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija? ¿Dónde está tu energía?

¿Seguro que te encuentras bien?

No. O sea, sí. Muy bien. Gracias por preocuparte por mí. Gracias por dejarme estar a tu altura, aunque sea solo por un rato.

Pero no sé decir eso. No podría, y desde luego no aquí. Por eso solo asiento.

Cuando la puerta se abre, todas observamos a Isolda de Verve entrar con calma en la habitación.

—¿Y bien, querida? ¿Cómo ha ido? —sonríe Rita.

Isolda suspira con pesadez, masajeándose la sien.

—Hombres —suspira. Yo parpadeo—. Son orgullosos y tercos como ellos solos. Pero creo que lo he convencido para que haga lo correcto.

—¿Convencerlo? —pregunto a media voz.

La reina Isolda se fija en mí por primera vez y yo siento de nuevo la tentación de salir corriendo. Pero a ella tampoco parece que le importune mi presencia.

—¿Creías, muchacha, que las Cumbres se desarrollan solo entre *ellos*? —se burla Rita—. Quizá lo parezca, porque a nosotras no nos permiten sentarnos a la mesa. Pero eso no hace que vayamos a dejar que únicamente opinen ellos.

Apartarnos no nos hace desaparecer, ni a nosotras ni nuestros deseos.

Entreabro los labios. Sabía, porque escuché a mi madre a escondidas, que ella tenía sus ideas. Sus planes. Pero nunca se me pasó por la cabeza que las otras reinas también pudieran establecer sus juegos, a espaldas de todo el mundo. Que se reuniesen, como es evidente que hacen ahora mismo, para conseguir sus propios objetivos.

—A veces es una condena que nuestro reino esté situado justo en el centro de Marabilia —dice la reina Isolda mientras se sirve té—. Aunque ahora la presión que eso supone es un aliciente.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendida.

—Todos los reinos que rodean Verve, a excepción de Dahes, han votado a favor de la propuesta —me explica mi madre.

—Es un castigo cuando los reinos están mucho más divididos y nos toca a nosotros posicionarnos de un lado u otro, aunque a mi marido le encantan algunas elegantes maneras de intentar inclinar su voto hacia un lado u otro.

Bonita manera de decir que el rey de Verve ha aceptado algún que otro soborno.

—¿Crees que eso bastará? —pregunta la reina Alira, pensativa—. Se ha abstenido en la primera ronda, aunque la situación seguía siendo la misma.

—Porque es un cobarde —declara Isolda con calma—. Consideró que esa sería la manera de contentar a todo el mundo; no tiene sentido. En un caso como este, una abstención es una forma de negación con unas palabras un poco más dulces.

—De modo que has ido a decirle que, si la cuestión va de contentar, mejor contentar a cuatro vecinos que a uno, ¿no es cierto? —Adivina Alira.

La reina de Verve se encoge de hombros con elegancia.

—Eso y que la realidad es que esto no tiene por qué afectar a nuestra querida familia. Es una decisión de cada reino, al fin y al cabo. Si él no desea que en Verve haya ley, que así sea, pero sería *lamentable* quedar como el país que coartó la libertad de otros de tomar sus propias decisiones, cuando la mayoría se inclina hacia un lado.

Veo a mi madre esconder una sonrisa tras su taza. Rita lanza una carcajada.

Yo me limito a observar a las mujeres ante mí. Me recuerdan a la tarde de ayer, cuando Ivy, Kay, Cordelia y yo nos tumbamos en el jardín a hablar como un grupo de amigas. Estas mujeres parecen lo mismo, pero además son *reinas*. Y en sus conversaciones hay mucho más, aunque también risas.

Siento un pinchazo de admiración por lo que tengo delante de mis ojos. De alegría por poder verlo. También un segundo de duda.

—¿No dejaréis a Brianna gobernar si lo reclamara?

Todas se giran hacia mí y yo tengo miedo de haber hecho una pregunta absurda. La sonrisa de Isolda aparece, críptica.

—Eso dependerá de lo mucho que Brianna quiera pelear. —Y por el tono de su voz, parece ser consciente de que no será poco. Se me escapa una sonrisa algo maravillada.

—¿Ves, muchacha? Te dije que mirabas la Cumbre desde el lado equivocado. —Rita me guiña un ojo y me ofrece un plato—. ¿Más pastas?



Ivy

—Verve vota a favor.

Hay una pausa incrédula, como si nadie comprendiese lo que el rey Sirras acaba de decir. Durante un latido se para el tiempo y yo solo puedo pensar que estamos haciendo historia. Que algún día alguien contará los pormenores de este capítulo y todos los presentes habremos formado parte de él.

Y entonces el segundo pasa y todo empieza a moverse de nuevo. Ansel de Idyll le da un par de palmadas a su vecino en la espalda. Arthmael de Silfos sonrío resplandeciente y se gira hacia mi padre, que parece cansado y pálido, aunque ha insistido en quedarse todo el día en la Cumbre, pese a las recomendaciones de Greta. A mi lado, el rostro de Kay brilla cuando se vuelve hacia mí y me planta un inesperado beso en la mejilla, susurrándome que lo hemos conseguido, que lo *he* conseguido, como si fuera más mérito mío que de nadie. A mi derecha, Fausto le dice algo a su padre y luego siento su mano sobre las mías, que tengo entrelazadas sobre el regazo. Cuando me toca es como si me sintiera un poco más aquí. Un poco más en esta sala, en este instante, en la historia que hoy se escribe.

—Felicidades, majestad —susurra para que nadie pueda oírlo.

El efecto es inmediato. Me giro hacia él, con la cara en llamas, y nuestros ojos se encuentran. Advierto diversión en los suyos, junto a una sonrisa sincera que trae el hoyuelo a su mejilla.

—No soy reina aún. Ni siquiera se ha cambiado la ley todavía.

—Creo que tu padre no tardará, teniendo en cuenta que parece emanar orgullo por ti —murmura—. Aunque yo también lo hago.

Trago saliva y me inclino un poco más hacia su oído.

—No he hecho nada. Dejad de creer que he tenido el mérito. Sería un avance imposible sin todos los que estamos aquí.

—Pero no puedo esperar a ver qué harás ahora, Ivy de Dione, porque eso sí será por completo cosa tuya.

Me estremezco. El beso que no le puedo dar en la boca lo dejo sobre su mejilla, mis labios descansando sobre su piel más tiempo del necesario.

—Y estarás aquí para verlas.

Nos sonreímos, cómplices de un secreto solo nuestro, y después miramos alrededor. Creo que la sesión se ha levantado oficialmente y algunos de los reyes se han puesto en pie. Parece que Lowrey de Sienna, sin poder resistir la tentación, se ha asomado fuera y ha dado la noticia a quienes esperan, que no deben de ser pocos: las reinas quieren enterarse de todo, y no solo ellas. Imagino que lo celebrarán, y probablemente mucho más que en esta sala, donde hay un grupo que no está muy contento con la decisión.

—Le reconcome por dentro —murmura Kay con la sonrisa torcida y los brazos cruzados sobre el pecho. Sé que se refiere a su padre—. Y tiene miedo de que lo cuestionen al volver. Y, sobre todo, tiene miedo de que me salgan apoyos, ahora que las cosas han cambiado tanto. En cuanto todos vean que esto es real.

Me mira y envidio esa confianza, incluso cuando sabe que las cosas no han sucedido como ella esperaba.

—No va a dejar que gobiernes mientras viva.

—Entonces no me queda más remedio que presentar batalla.

Kay se pone en pie tras dar un apretón a mi hombro y sale de la sala sin una palabra, probablemente con la intención de contarles lo sucedido a los suyos: al guardia y al hechicero que la acompañan, pero puede que también a la gente que espera en el puerto por ella.

—Ivy. —La voz de mi padre es suave y está llena de cansancio, pero yo me alegro de oírla. Me levanto y cojo sus manos con una sonrisa—. Me alegro de que haya salido adelante. ¿Estás contenta?

Más de lo que me imaginaba. Me hace un gesto y yo camino junto a él. La calurosa sala donde llevamos gran parte del día encerrados deja paso a un corredor frío. El cambio de temperatura nos hace estremecer, pero continuamos hasta un rincón mucho más tranquilo, donde nadie parece escucharnos.

—Voy a convocar al Consejo mañana —dice con la vista fija en un tapiz que adorna la pared del pasillo. Es una representación de la muerte de Elgan I de Dione, también conocido como Elgan el de los Diez Días, probablemente el monarca que más fugazmente pasó por Marabilia—. Quiero que se apruebe la ley cuanto antes. Quiero que el nuestro sea el primer país en pasarla, antes de la boda.

Se me seca la boca y me estremezco, y esta vez no es por el frío. Quiero decírselo cuanto antes, avisarle de que no voy a casarme, pero no me encuentro con fuerzas. No sé qué palabras utilizar.

—Padre...

Él me presta toda su atención, de pronto, y yo me siento abrumada. Pero ¿qué clase de persona sería si esperase a la firma para anunciarle mi decisión? No sería justo. No...

—Ivy, estos días mi salud ha sido complicada. Y Greta insiste en que tengo que descansar más. No quiero dejarte sola al cargo, pero me gustaría que me ayudases en algunas cosas. Y creo que, si te hago heredera en plenos poderes, si el Consejo y los nobles ven que el cambio es real, no te darán tantos problemas.

—Fausto...

—El príncipe nos ayudará también. Puedes aprender mucho de tu prometido. —Su mano en la mía. Me hace enseñarle la palma—. Has tenido mucha suerte, hija. Greta me ha dicho que os lleváis muy bien. Y es obvio que os tenéis cariño.

Voy a responder cuando deja algo sobre mis dedos: un anillo pesado de oro que reconozco perfectamente; su sello. El mismo con el que lacra documentos.

Tiene su escudo de armas grabado, en el cual se muestra una llave sobre un cofre. La misma llave que se ve en el escudo del reino.

—¿Vuestro sello? —pregunto, sin comprender.

—Te haremos uno cuando seas oficialmente la futura reina. Por ahora, me gustaría que llevases el mío. Considéralo... una promesa. Espero que los demás lo vean así. Que tu palabra es, a todos efectos, la mía.

Frunzo el ceño, dándome cuenta de lo que intenta. Quiere que todos sepan que el futuro es ya imparable. Y como la ley tardará unos días en estar preparada y entrar en efecto, pretende que todos recuerden quién soy y seré hasta entonces.

—¿Ha habido problemas con los nobles?

—Lord Farren considera que tiene derecho sobre mis decisiones. Arich, por lo visto, cree que puede insultarme con la opinión de que mis años ya no me dejan pensar con claridad al aceptar esto. Así que creo que no está de más recordarles que me han jurado lealtad y no les debo nada. —Se inclina para besar mi frente—. Nadie ha dicho que fuera a ser sencillo, ¿verdad?

No me muevo; admiro la joya brillante y aún caliente contra mi piel. Sí. Sabía que no sería fácil. Kay también. La reina Maryam. Fausto. Pero todos ellos han decidido seguir luchando. Han aceptado el desafío, a pesar de que el camino es largo y empinado. A pesar de que nadie les ha prometido que llegar al final vaya a suponer una victoria. Aun con todo en su contra, supongo que han decidido que merece la pena.

Yo también quiero caminar a su lado.

Me pongo el anillo.



Samira

Apenas me lo creo cuando Kay nos dice que su tripulación va a celebrar una gran fiesta en su barco para celebrar la victoria de la Cumbre y que estoy invitada. Para ser justos, no me invita solo a mí: también se lo dice a Fausto y a Ivy. Creo que también informa, por alguna razón, a Arthmael de Silfos. Pero lo importante es que *me invita a mí. A su barco. Con su tripulación. Con la que recorre el mundo.*

Creo que podría gritar de la emoción. Por suerte, consigo contenerme y trato de que parezca que no estoy demasiado excitada por la idea de saber en qué barco se esconde Kay de Dahes, así como por conocer a sus compañeros, que tendrán mil historias que contar.

Tardo bastante en elegir qué ponerme. No puedo ir de cualquier manera. Pero tampoco muy llamativa. Y tengo que parecer aventurera para estar a la altura.

Cambio al menos tres veces de vestido hasta que me decido por el más cómodo.

Aesir revolotea por el cuarto, sintiendo mi propia felicidad. Está siendo un día magnífico. La reunión con las reinas y ahora esto. Las personas que me rodean y que cuentan conmigo.

Me siento invencible y más contenta de lo que recuerdo haber estado en mucho tiempo. Contenta de verdad, no solo en apariencia.

Cojo el puñal, el pequeño estoque y la capa. Mi reflejo en el espejo me sonríe.

Miro a mi plumado amigo, que pía con alegría.

—Vámonos de aventuras.

Recorremos los pasillos sin que nadie lo sepa y tomamos la vía más rápida para llegar al puerto. Sin mirar atrás, nos metemos en los pasadizos.



Fausto

Desde que la sesión se levanta, Ivy y yo no podemos estar solos, y así es como descubro que puedes echar de menos a una persona cuando la tienes casi al lado.

Hemos intentado apartarnos del mundo: nos hemos mirado y hemos intentado escapar durante la cena, como anoche, pero entonces mi madre me ha pedido que hablemos y yo, por primera vez, he deseado decirle que no. Pero no lo he hecho. Me he retirado con ella, y eso que lo único que quería era huir a los aposentos de la princesa.

Mi madre solo quería decirme lo orgullosa y feliz que estaba.

«Lo has hecho bien, Fausto».

Pero yo no he hecho mucho. De hecho, no he hecho nada. La idea fue suya. La defensa, de Ivy. Han sido ellas quienes han ganado: yo solo he intentado apoyarlas como he podido. Y aunque siento esto como una victoria, sé que no es mía.

Lo cierto es que me alegra verla satisfecha. Feliz por lo conseguido. Para ella, supongo, esto lo significa todo. Empieza a hablarme de lo que puede empezar a cambiar, no solo para las princesas, y yo no puedo más que escucharla con placer. Casilda también estará feliz, lo sé. Me gustaría ver su

rostro cuando se entere, aunque sé que eso es imposible. Con toda probabilidad, mi madre le ha escrito en el mismo momento en el que se ha aprobado.

Cuando me despide, apunta que debo de estar cansado y yo no la saco de su error, aunque en realidad me siento muy espabilado. La noche ha avanzado a medida que lo hacía nuestra conversación y temo que Ivy se haya quedado dormida esperando. O que crea que la he abandonado. Por eso me apresuro un poco por los pasillos, recorriéndolos desde los aposentos de mi madre hasta el corredor que tan bien conozco.

—¿Alteza?

Me quedo helado un segundo. Levanto la vista cuando los guardias que suelen hacer la ronda por aquí me observan. Walfred y Arrion terminaron acostumbrándose a mi presencia en la ventana las primeras noches de desvelos, antes de que Ivy me invitara a su cuarto. Walfred es mucho más agradable que Arrion, que siempre tiene el rostro serio y resulta parco en palabras. A Walfred le caigo bien y, por suerte, ha sido él quien ha hablado. Le sonrío, algo dubitativo.

¿Cómo he podido distraerme tanto como para no calcular el paso de las rondas y dejar que me vean?

—¿Ha vuelto el insomnio?

—Me temo que ha sido un día demasiado emocionante. Tengo la esperanza de que un paseo me despeje.

Walfred sonrío, alegre.

—Si os ofrecéis, os cambio mi puesto y dais todos los paseos que queráis mientras tomo vuestra cama.

Arrion resopla.

—¿Qué imagen le estás dando al príncipe de nuestra implicación?

—Oh, bueno, pero ya somos conocidos, ¿verdad? —Walfred sonrío de nuevo y se señala—. Sabéis hasta mi nombre.

Espera algo y por fin entiendo lo que está haciendo. De hecho, me doy cuenta de que, pese a la aparente calma, su mano está sobre la empuñadura de su espada. Sonrío.

—Los pasillos se quedarían demasiado desprotegidos sin ti, Walfred.

Además, dudo que a Arrion le apetezca hacer la ronda solo.

Walfred se relaja de manera notable y sonrío más. Yo, por si acaso sigue teniendo dudas de si soy el verdadero Fausto, me toco la oreja donde llevo mi pendiente, como si me picara. Sé que ambos se dan cuenta.

—Supongo que tenéis razón, alteza —declara al final Walfred.

—Continuaremos con nuestro camino —dice Arrion.

Hacen sendas reverencias. Retoman su marcha, avanzando por el corredor y dejando atrás la esquina por la que se llega a las habitaciones de Ivy. Yo espero a que tuerzan la otra esquina... y me apresuro hacia el cuarto.

Mis nudillos contra la madera son un poco urgentes, aunque lo más delicados que puedo.

Ivy abre casi de inmediato. Ya tiene puesta su ropa de dormir y se cubre los brazos con uno de sus chales.

—Comenzaba a pensar que me habías abandonado por la fiesta de Kay...

Quiero disculparme por la tardanza, pero en cuanto doy un paso hacia delante ella toma mi mano y me arrastra dentro, y mis palabras se pierden por completo cuando cierra la puerta y me besa. Protestaría, pero no tengo ganas. Deseaba tanto esto como ella misma demuestra al agarrar mi túnica para acercarme todo lo posible. Mis dedos acarician su rostro y su cintura antes de que piense que quiero tocarla, como si mi cuerpo ya hubiese aprendido a reaccionar a la necesidad de su cercanía. Es un beso un poco más largo, un poco más apasionado que otros. Lleno de alegría y ganas de celebrar. Lleno de todas las emociones que ha estado conteniendo hasta ahora. Me marea. Me... supera, porque no sé identificar todo lo que despierta en mí. Su boca abierta, su pecho contra el mío, su calidez. Me siento un poco abrumado. Creo que es imposible que yo le haga sentir la mitad que ella a mí cuando respondo a sus caricias.

También creo que nos estamos acercando al borde de algún precipicio. A veces, cuando me besa así, siento que el estómago se me encoge mientras me tambaleo en el límite, y nunca tengo claro si quiero saltar o no.

Quizá por eso siempre termino separándome. Tengo miedo de volverme completamente loco por su culpa. Ahora, sin ir más lejos, aparto mis labios de los suyos para recordar lo que es respirar. Mi mano abandona su rostro para buscar la suya. El anillo de su padre está en su pulgar, y no puedo evitar sonreír antes de besar la joya, aunque mis ojos están en los de la princesa.

—Mi reina...

Ella se ruboriza, aunque parece feliz, más de lo que nunca imaginé que la terminaría viendo al ser llamada así.

—Todavía no soy reina de nada —susurra—. Soy tu princesa, de momento.

Finjo resoplar con incredulidad.

—Atrévete a negar que no has estado gobernándome desde que llegué.

La sonrisa de Ivy se burla de mí.

—Oh, pero contigo es tan sencillo...

—No es *sencillo*. Solo... te lo permito. Dejarías de tener poder sobre mí cuando yo quisiera.

Miento. Como un bellaco, de hecho. Pero eso no tiene por qué saberlo.

—No, no es cierto —dice ella, victoriosa—. Porque cuando quisieras, yo haría algo inesperado y volverías a estar a mis pies.

Titubeo, pero decido entrar en su juego. Mis manos la sueltan, y me gusta que parezca casi ofendida por mi atrevimiento. Alzo las cejas, enseñándole las palmas, y retrocedo. Le demuestro que puedo alejarme, aunque no desee más que quedarme tan cerca de ella como dos personas puedan estar.

—No estás haciendo esto...

Da el mismo paso hacia mí que yo he retrocedido, pero entonces yo retrocedo dos. El ceño de la princesa se tuerce un poco.

—Fausto... —me advierte.

—Dime que quieres que no me separe, que me quieres cerca, y pararé. —Sonrío, inocente—. Si no lo oigo, seguiré alejándome. —Y, para demostrarlo, dos pasos más.

Se ruboriza. Es bastante adorable, incluso si es una pequeña tirana. Una pequeña tirana con más orgullo del que cabe en este cuarto y que jamás admitirá que no quiere agrandar el espacio entre nosotros. Porque ella nunca *lo dice*. Lo demuestra, claro. Cuando me busca. Cuando es siempre la primera que besa.

Pero ella solo toma lo que quiere de mí y yo nunca sé negarme. No puedo, aunque tampoco es como si hubiera querido.

—No voy a decir nada semejante.

—Hablaemos de punta a punta del cuarto, pues.

Respira hondo y aprieta los labios. Tengo que contener la sonrisa. Será una reina magnífica, pero ya lo estoy sintiendo por el Consejo. Si se obstina en algo que no les agrada, no encontrarán manera de sacárselo de la cabeza.

—Muy bien. —Cruza los brazos sobre el pecho y se mueve..., pero no hacia mí, sino hacia el sillón en el que suele sentarse. En su respaldo, *Idris* dormita, ajena a nuestra disputa. La princesa se sienta y cruza las piernas con calma. Es casi como si ocupara su trono, y se me seca un poco la boca con el reto de sus ojos—. Haz lo que gustes. Las princesas y las reinas no suplicamos.

Siento que podría ser yo quien suplicase.

Pero es justo lo que no puedo permitirme, así que aparto la vista, algo turbado. Es más, le doy la espalda, pensativo.

—Como quieras. Aunque es una pena...

—Oh, sí que lo es. Al menos no eres tan necio como para no ver todo lo que pierdes por jugar.

—No, no. Lo digo porque, bueno, es lamentable que decidas desperdiciar el tiempo que me queda aquí. Al fin y al cabo, como no habrá boda, seguro que mis padres querrán regresar a Granth en cuanto acabe la Cumbre. Y para eso solo quedan un par de días de asuntos menores...

Me encojo de hombros, como si no hubiera nada que hacerle a algo tan desagradable. Y lo cierto es que, cuando lo pienso, una vez que pronuncio las palabras..., parecen muy reales. No había meditado sobre esto. Lo he dicho solo pensando en lo lógico, en hechos sin más, sin ningún tipo de análisis detrás. Casi como si fuera algo ajeno, algo que no va a pasarnos a nosotros.

Solo que sí va a pasar. No he contado ningún cuento.

Siento que me tambaleo un poco.

—No quiero que te separes. Te quiero cerca.

Doy un respingo y me giro. Ni siquiera puedo sentir la satisfacción de saber que he ganado por primera vez, porque Ivy se ha levantado de su asiento y se ha quedado un poco pálida. La felicidad, que hasta ahora brillaba en su mirada, ha abandonado sus ojos, muy abiertos. Su voz, pese a lo que ha dicho hace solo un par de frases, ha sido una súplica.

Y de pronto cae sobre los dos la seguridad de que nos vamos a separar. De que todo esto está a punto de terminar.

Pero no. No es *terminar*.

Vuelvo a ella todo lo rápido que puedo; Ivy también da un par de pasos torpes hacia mí y nos encontramos a medio camino. Parece, de pronto, muy perdida, y creo que yo me siento igual. Con duda, mis manos toman su rostro y las de ella se agarran a mi túnica. Noto cómo la prenda se retuerce un poco entre sus dedos.

—No importa —le digo en un susurro—. Lo sabes, ¿verdad? Y si me tengo que marchar en unos días, no será para siempre. Volveré aquí. Volveré a tu lado.

No estoy abandonándote.

Ella aprieta los labios. Creo que dirá algo, pero sus manos tiran de mi ropa. El beso llega con más necesidad que nunca y yo no puedo ni pensar en separarme.

Hay algo más allá de desesperación en el gesto que compartimos. Es casi como si estuviéramos demostrándonos que esto ha pasado de verdad entre nosotros.

Que incluso si mañana desapareciéramos, lo que hemos compartido ha sido real.

Si todo el mundo se pusiera en nuestra contra y nos mantuviera separados de todas las maneras posibles, no podrían quitarnos este beso, ni este momento, ni ninguno de los que han venido antes.

El precipicio vuelve, pero yo los saltaría todos si es de su mano.

Ahora que pienso en volver a una vida sin ella, sin nuestras noches ni nuestras bromas, sin su tiranía y mi servidumbre, sin los besos y nuestras manos unidas, me doy cuenta de que me he enamorado como un idiota.

Descubrirlo es más fácil de lo que esperaba. Es casi pacífico, mucho más que las dudas que suele despertar la incertidumbre. Es encontrar la única respuesta posible a un montón de preguntas. A la necesidad de ella. A mis ganas de su sonrisa. A lo ligero que me siento cuando está cerca. A nunca tener suficiente.

Me he enamorado de Ivy de Dione, la prometida con la que no me voy a casar, a la que dejaré en unos días para regresar a mi reino sin un anillo en el dedo y, pese a la separación, pese al vértigo que supone de pronto no saber qué será de nosotros cuando venga la distancia, me alegro de haberlo hecho.

Ivy abandona mis labios, pero no deja de besarme. Mantengo los ojos cerrados mientras siento su boca tocando mis mejillas con besos cortos. La línea de mi mandíbula. Suspiro, sintiendo sus caricias como más palabras comprometidas que nunca va a decir. Me pregunto si me quiere, pero no me atrevo a preguntarlo. Tampoco me atrevo a pronunciar mis propios sentimientos, así que busco su beso de nuevo. Nos besamos mientras me abraza, y yo a ella, hasta que estamos tan cerca que podríamos ser una sola silueta.

Cuando nos esforzamos por despertar y nuestros ojos se encuentran, Ivy tiene los labios hinchados, la mirada desbordada y tan poca respiración como yo.

Trago saliva, acariciando sus cabellos, queriendo encontrar las palabras que nos tranquilicen.

Pero es ella quien las encuentra, sin apartarme ni un segundo la mirada:

—No quiero que te separes —repite—. Te quiero cerca...

Al principio no lo entiendo. Estoy a punto de decirle que ya me he olvidado de ese estúpido juego, que no tiene que pedirlo más, que no voy a marcharme a ningún lado hoy. Ni mañana. Ni ninguno de los días que nos queden, sean los que sean.

Pero entonces vuelve a besarme, con esa necesidad que me deja sin aliento, y entiendo que hay algo más allá de sus palabras.

Una ola de calor me golpea. El estómago se me comprime tanto que creo que siento náuseas. Aunque no puedo evitar corresponder a su beso, me quedo un poco paralizado.

Me tambaleo en el borde del precipicio.

Y doy un paso atrás.

Ivy me observa con un anhelo que hace que me estremezca.

—Ivy... —Soy consciente del tono de advertencia que tiene mi voz. Quizás ella también, y por eso frunce el ceño.

—No —me corta—. No, sé lo que vas a decir. Pero no me importa. Estoy cansada de límites impuestos por otras personas. Si vas a rechazarme, que sea porque no deseas esto, Fausto, pero no por lo que otros esperen.

No sé cómo puedo responder a eso. Claro que la deseo. Aceptarlo, de nuevo, es sencillo, aunque yo mismo estoy sorprendido. Algo como el deseo

nunca había significado nada para mí hasta que ella apareció en mi vida. Sabía de las historias de Logen, de Samira, pero nunca me interesaron lo más mínimo.

Incluso cuando me prometieron, no podía pensar realmente en acostarme con la que iba a ser mi mujer. Suponía que, si había un matrimonio, ella se sentiría obligada, por la descendencia o las expectativas del resto del mundo sobre *papel*, y no quería hacer sentir a nadie como el rey de Granth hizo sentir a su reina.

Pero Ivy no se siente obligada a nada. Y a mí, desde hace unos días, los besos, las caricias, la cercanía..., nunca nada me parece suficiente. Quiero *algo más*.

Lo quiero *todo* con ella. Solo con ella. No podría pensar en este sentimiento con ninguna otra persona.

Trago saliva. Tengo la boca seca, pero Ivy toma mi rostro, acariciando mis mejillas. Volvemos a mirarnos. Se fija en mi boca y yo, como si me llamase, en la suya. Tiene que saber lo que siento sin necesidad de que se lo diga. Lo sabe, o no se acercaría así, susurrando.

—No te separes...

—Dime que no quieres esto solo porque vayamos a alejarnos —digo—. Voy a regresar. Y ya sea en Granth o en Dione, estaré contigo. Nada va a cambiar. No tenemos por qué correr... No quiero que te arrepientas...

Su mirada en la mía, demasiado intensa. Su tacto me quema sobre la piel, pero sus pupilas también arden.

—No es solo por eso. No estoy corriendo. No voy a arrepentirme.

Lo dice tan segura, con sus ojos enganchados a los míos, que es imposible que mienta.

Tiene que ver el momento exacto en el que, una vez más, su ley gana.

No hay palabras. Nos estremecemos cuando nuestras bocas vuelven a encontrarse.



Samira

La fiesta de Kay es la mejor fiesta del mundo.

No sé por qué mi hermano e Ivy han rechazado la invitación, pero no saben lo que se pierden. Para empezar, ¡los descubrimientos! ¡Kay de Dahes viaja siempre en uno de los *Sueños* de Lynne! En el *Sueño de Justicia*, para ser más precisos. ¡Nuestra aparentemente inocente mercader da refugio en uno de sus navíos a la princesa más buscada de Marabilia! ¡Pero es que eso no es todo! El *Sueño de Justicia* no siempre fue un mercante, ¡antes fue un barco pirata! ¡Y los compañeros de Kay son antiguos piratas! He conocido a uno especialmente simpático llamado Collen que cuenta sus aventuras como nadie. Su pareja, un tipo fortachón llamado Rick, ha estado relatando toda la noche distintas anécdotas con detalles divertidos o alguna que otra payasada, sobre todo cuando le daba al ron.

¡He bebido ron con piratas! ¡Soy la mujer más feliz sobre la faz de la tierra!

No solo los amigos de Kay son antiguos piratas, sino que *su pareja* también lo es. ¡El guardia que siempre está velándola en el palacio tiene una relación con ella! Al margen de la envidia que le pueda tener a ese maldito por ser la pareja de Kay de Dahes y por tanto impedirme a mí la oportunidad de conquistarla y ser felices juntas como deberíamos ser, me encanta la ironía

de que un antiguo pirata (Nadim, se llama Nadim) se haga pasar ahora por guardia. ¡De un lado de la ley a otro por una muchacha!

Lo entiendo, yo por algunas chicas también me hubiera convertido en lo que hiciera falta. De hecho, creo que le he gimoteado un poco a Kay para que me deje ser su guardia y luego su mujer, o al revés, en el orden que prefiera.

Bueno, es que creo que estoy un poco borracha.

¡Pero qué importa! Lo único que me preocupa es no estarlo lo bastante como para mañana recordar todo esto. Lo bien que me lo paso, las historias o que Lynne encubre a una princesa ¡y se acuesta con un rey! Bueno, no sé si se acuestan. A ver, por la fama de Arthmael de Silfos, supongo que se acuestan, pero yo no les he visto acostarse. ¡Pero sí he visto cómo Arthmael la sacaba a bailar y cómo se besaban sin miedo! ¡Están juntos! ¡Desde hace años! ¡Y nadie lo sabe!

¿No es Marabilia un lugar maravilloso en el que transcurren historias maravillosas? O quizá debería decir *marabiliosas*.

Sin embargo, la fiesta se acaba. Bueno, para las desgraciadas como yo que no tenemos quien nos dé calorcito esta noche. Soy la única que regresa al castillo.

Arthmael tuvo muy claro que ya llegaría por la mañana antes de desaparecer con Lynne, y Kay ha debido de considerar que le apetecían celebraciones más privadas con su pirata. No me extraña que el otro día le dijera ciertas cosas a Ivy acerca del poder sobre nuestros cuerpos: es obvio que sabe de lo que habla.

Así que al final me quedo sola, y sola es como emprendo el camino de vuelta, paso tras paso, tarareando una de las canciones de taberna que me han enseñado.

Aesir canta conmigo, revoloteando con alegría. Está feliz de verme feliz.

Al pasadizo que sale al puerto se accede por un almacén abandonado. Aparto las cajas que tuve que empujar para salir y después las coloco mientras me adentro en la oscuridad, sin dejar de silbar. Camino con alegría, obligándome a recordar fragmentos de la noche que no quiero que se borren. Kay y yo bailando.

Lynne riéndose de Arthmael de Silfos con bastante más descaro del que demostró en el baile. Adina dejando por los suelos a todos los hombres que la

retaban a ver quién aguantaba más bebiendo. Las palabras de dos nativos de Faesia sobre cómo es su continente...

Y entonces *Aesir* para de cantar y yo tres segundos después, cuando me doy cuenta. Frunzo el ceño, mirándolo, dispuesta a recriminarle que me abandone él también en la fiesta, pero advierto que le presta atención a algo. Se mueve de un lado a otro y yo me llevo una mano a la boca. Los guardias, claro, haciendo su ronda. Me había olvidado por completo de ellos.

Nos quedamos muy quietos. *Aesir* se acerca a la esquina de la bifurcación por la que tenemos que girar y se asoma. Yo sacudo mi orbe de luz para apagarlo.

Entonces oigo los pasos; no son calmados, sino bastante más rápidos que los de un guardia. Me quedo pegada a la pared, conteniendo un poco la respiración, sintiendo que todo da vueltas. Escucho demasiado fuerte mi propio corazón. Mis propios pensamientos. ¿Estoy oyendo los pasos de verdad o es producto del alcohol? Aprieto los párpados, intentando concentrarme. Están ahí. Existen. Se acercan. Están casi aquí.

Quien sea que recorre los pasadizos llega al cruce.

Y entonces sus pasos se alejan por el camino contrario.

Abro los ojos y, con torpeza, me asomo. Una sombra cubierta con una capa y un orbe y unos planos en la mano se aleja. No es un guardia.

Al principio pienso que da igual. Podría ser cualquier persona con ganas de salir de los muros del castillo y celebrar como yo misma he hecho.

Pero lo raro no es alguien caminando por esos pasadizos, sino que ese alguien tenga planos. Ivy me dijo que solo el rey tenía acceso a ellos.

Me quedo paralizada un segundo. Y después me muevo, quizá demasiado rápido.

Hago ruido cuando casi tropiezo. El extraño me descubre. El orbe que lleva en las manos me deslumbra cuando se gira hacia mí.

—¿Quién...?

La luz desaparece cuando la persona echa a correr. Dejo escapar una exclamación y me apresuro tras la figura. El mundo gira a mi alrededor y yo me mareo. El alcohol que baila en mi estómago deja de tener gracia. Siento las ganas de vomitar trepando por mi garganta, pero no me detengo. Solo un poco más rápido. Solo un poco más cerca. Solo un poco más.

Mis dedos agarran su capa. Lo tengo. *Lo tengo.*

Pero el orbe cae al suelo cuando la figura se gira hacia mí para empujarme con las dos manos. Su rostro está embozado y ni siquiera tengo demasiado tiempo de fijarme en él. El sonido de mi cabeza al chocar contra la piedra de la pared no es nada en comparación con el dolor. El mundo se pone del revés. El mareo me lleva, pero me aferro a la realidad de la misma manera que me aferro a mi asaltante, forcejeando con él con la poca habilidad que tengo ahora.

Escucho lejano el cantar de *Aesir*, que deja de ser de colibrí para tornarse en un graznido enfadado de nasir. Aletea, lanza el pico, las garras, y me araña sin querer cuando clava las garras en los brazos de mi asaltante a la par que yo, intentando quitármelo de encima.

Y después, otro empujón. Esta vez, todavía más fuerte. De nuevo, mi cabeza contra la pared.

Ya no hay orbes de luz que me salven de la oscuridad.



Ivy

—Debería irme.

Un beso cae sobre mi espalda desnuda cuando Fausto aparta mis cabellos hacia un lado. La caricia de sus dedos me hace cosquillas y el contacto de sus labios me estremece.

Abro la boca para decirle que me gustaría que se quedase, pero finalmente decido que no merece la pena gastar palabras en imposibles, así que me callo.

No podemos arriesgarnos. Nadie debe descubrirlo. Nadie puede saber que pasamos las noches juntos, y nadie puede saber que hemos estado juntos de *esta* manera. Tengo muy claras las consecuencias si eso sucediera. Durante toda mi vida me las han recordado. Las muchachas buenas, las princesas obedientes no disfrutaban de su cuerpo. No tienen más agencia sobre él que para embellecerlo.

Cada vez que me desnudaba para vestirme o bañarme, había ojos puestos sobre mi piel, recordándome las formas en las que era controlada. En las que se me estudiaba con ojo crítico, como un tapiz en exposición.

Pero esta noche, cuando me he quitado la ropa, Fausto no ha visto mis defectos. Tampoco me ha estudiado con la idea de descubrirlos. Su mirada

estaba teñida de devoción. Y cariño. Así besó cada rincón de mí. Así acarició mi piel, familiarizándose con ella.

Me ruborizo al recordarlo, al recobrar el sentimiento de vergüenza, pero también el deseo, la torpeza, la ternura. No diría que fue como esperaba, porque ha sido un desastre. Estábamos un poco perdidos y nerviosos. Lo que se suponía que teníamos que hacer, los pasos clave, nos ha resultado absurdo e incómodo y hemos preferido emplear más tiempo en reconocer nuestros cuerpos con las manos, sin más, conociéndonos poco a poco. Y eso ha sido mucho mejor.

Sí, ha sido un desastre. Pero ha sido *nuestro* desastre.

La silueta oscura se levanta y observo cómo se cubre. Hasta hace nada yo acariciaba esa piel. Sus manos, que se arreglan la ropa, han llegado a lugares que no sabía que podían reaccionar como han reaccionado a su toque. Vuelve a mirarme, sentado en el borde de la cama. Creo que los dos pensamos en lo mismo, y por eso su boca regresa a la mía y se demora en ella. Hay un suspiro compartido. Ganas de no alejarse.

Al final, lo hacemos. Me visto también y lo acompaño sin palabras hasta la antesala. Nos detenemos ante la puerta y él se inclina para besarme una última vez. Un beso de despedida, largo y profundo. Un abrazo apretado, con las manos en mi cintura y mis dedos acariciando su rostro. Otro suspiro cuando nos separamos. Cuando nos miramos a los ojos y parecemos contener una conversación completa en esos segundos que robamos al propio tiempo.

Acaricio las líneas debajo de sus ojos. Se nota que ha pasado la noche en vela. Que lleva días, semanas enteras, haciéndolo.

—Ve a descansar —lo apremio—. O parecerá que no duermes pensando en mí.

—Si solo te hubiera pensado...

Tengo que sonreír, como él mismo hace, cómplice de su secreto, pero no me siento avergonzada. Acepto un último beso que deja contra la palma de mi mano y luego echa un vistazo al pasillo para asegurarse de que está despejado antes de desaparecer entre las sombras.

Su marcha deja mi habitación vacía, pero su presencia parece mantenerse en el aire, como un olor o una calidez. Una carita de ojillos negros se vuelve hacia mí desde la silla y yo le sonrío.

—Buenas noches, *Idris*.

Hay un aleteo en respuesta antes de que yo desaparezca en mi dormitorio.

Pero en vez de meterme en la cama, me paro un segundo en el espejo. Es ridículo, pero casi espero verme diferente, aunque sé que solo es impresión mía.

Nada ha cambiado. Mi cuerpo es el mismo, mis ideas son las mismas, mi nombre es el mismo. No me siento más o menos mujer. Llevan toda la vida diciéndome que debía esperar al matrimonio para acostarme con un hombre, pero lo cierto es que no pueden saber si lo he hecho o no. Y aunque es cierto que en la cama hay una mancha de sangre, no pueden saber su procedencia; podría tratarse de un adelanto de mi periodo.

Me tumbo entre las mantas; siento el cuerpo pesado. Amanecerá dentro de poco y debo descansar. Alzo la mano para ver la silueta del anillo y sonrío un poco en la penumbra. En unas horas mi padre se reunirá con el Consejo.

Y cuando eso suceda, veremos el amanecer de un nuevo mundo.

* * *

No me despierto con el desfile de damas y criadas en mi habitación. Tampoco con los gritos entusiasmados de tía Dévona. Al principio solo oigo el silencio, y eso es lo más preocupante, hasta que entiendo mi nombre, acompañado de un apretón en mi brazo.

—Ivy.

Giro el rostro para descubrir a Greta al lado de mi lecho, con la expresión más seria que nunca. Su pelo está atado de cualquier manera y parece que se ha vestido a toda prisa con la ropa del día anterior, arrugada.

—¿Gret? ¿Qué ocurre? —Estoy desorientada. No parece que haya amanecido hace mucho y, de hecho, yo siento como si hubiera acabado de cerrar los ojos.

Como no contesta en el acto, aprovecho para frotarme los ojos y sentarme en el colchón. No es hasta entonces que soy consciente del silencio

incómodo. De los deseos de hablar de mi hechicera, que no consigue decir ni una sola palabra.

Pero Greta nunca se queda sin llamada. Greta siempre es directa. Nunca ha tenido ningún problema en contarme lo que piensa.

—Lo siento, Ivy —dice finalmente—. Es tu padre.

La somnolencia se esfuma con esa facilidad.

—¿Vuelve a estar mal? —pregunto. Eso hace que me ponga en pie—. Iré a verlo ahora. Ayúdame a vestirme y...

—Ivy. —Sus dedos en mi muñeca me detienen. Bajan hasta mi mano; está helada, un poco temblorosa—. Ivy, el rey ha muerto durante la noche.

Un golpe. Un empujón. No es algo físico, pero tengo la sensación de que me tambaleo, de que Greta es lo único que me sostiene e impide que me caiga. Trato de enfocarla, de concentrarme en ella. De averiguar si está gastándome una broma cruel. Pero sus hombros caídos no hablan de eso, ni su postura suplicante.

Como si me pidiera perdón. Como si deseara echarse la culpa.

Ninguna de las dos nos movemos. Ni siquiera me atrevo a respirar. No puede ser cierto. Ayer estaba bien. Parecía enfermo, pero ha estado mucho peor. Me dio un beso en la frente. Me sonrió. Me dijo que descansara. Que hoy sería un gran día. Iba a llamar al Consejo. Me iba a hacer su heredera. Iba a delegar trabajo en mí porque estaba cansado y entonces se pondría mejor. Viviría para verme hacer las cosas bien. Para disfrutar del verano y de la siguiente primavera. Tal vez, llegado el momento, para verme casada. Para conocer a sus nietos, si llegaba a haberlos.

Un sollozo se me queda atrapado en la garganta. La sangre empieza a rugirme en los oídos. Sé que tengo que hacer algo. La muerte de mi madre es un borrón en mi memoria y no sé qué pasó entonces. Solo recuerdo haberme encerrado en mi cuarto, incapaz de comer, incapaz de dormir, incapaz de llorar. Hasta que Greta se cansó y entró, pese a que todo el mundo insistía en que debía dejarme en paz. Hasta que me abrazó con tanta fuerza que los sentimientos se desbordaron. Hasta que poco a poco todo volvió a la normalidad y acepté ver a mi padre. A Cordelia. Hasta que volví a mi día a día, intentando ocultar la herida, con la esperanza de que así cicatrizase más rápido. Todo siguió adelante de alguna forma. Sin más menciones al tema.

Sin más. Me había perdido las ceremonias de despedida; a nadie le importó. Una princesa de luto no es nada malo mientras la tristeza no se extienda demasiado. Estaba bien si sufría en silencio. Demostraba sensibilidad. Pero tenía que superarlo, tenía que seguir adelante.

Pero ahora mi padre no está y parece que la herida nunca llegó a cerrarse.

Que la superación solo fue una más de las máscaras que me obligué a ponerme.

Que me obligaron a ponerme.

Greta me coge el rostro y me fuerza a mirarla. Tengo los ojos secos, la garganta seca, el pecho cerrado, como si finalmente mis costillas hubieran sucumbido a la presión de los vestidos a mi alrededor.

—Ivy. —Cada vez que pronuncia mi nombre lo hace con desesperación, como si tuviera miedo a perderme—. Tienes que dar las órdenes. ¿Qué hacemos?

Parpadeo, intentando concentrarme. A alguna gente se le permite sufrir en paz su tristeza, pero Greta no está aquí para darme ese descanso. Si está ante mí es para obligarme a tomar decisiones. Para obligarme a enfrentarme al temporal, aunque solo quiera aguardar a salvo hasta que pase.

—Hay que... —Respira, Ivy. Piensa. Ahora depende de ti—. Hay que avisar al Consejo. A los reyes. Cancelad la Cumbre. Que todo el mundo sepa que el rey ha muerto. Que lo sepa el pueblo también. Y... ayúdame a vestirme. Quiero despedirme de él.



Samira

Cuando despierto, el dolor de cabeza me hace gemir. Me palpitan las sienas y, cuando toco mi frente, descubro sangre seca en ella. Pestañeo. No consigo ubicarme, no consigo ver nada, de modo que busco a tientas mi orbe de luz para sacudirlo y encenderlo. Siento algo pesado encima de mí, pero no sé lo que es hasta que la luz aparece.

Entonces lo veo. *Aesir* está muy cerca de mí, con su plumaje blanco casi brillando en la negrura del pasillo, sus alas extendidas para cubrir mi cuerpo y darme calor. Pero una de ellas se encuentra en una posición extraña. Mantiene los ojos cerrados.

—¿*Aesir*?

Mi voz suena un poco desesperada mientras trato de incorporarme. El miedo me agarra el corazón, pero es solo un segundo antes de que mi amigo responda.

Sus ojillos negros se abren y emite un gemido lastimero y preocupado. Su cabeza se frota contra la mía en un intento de reconocermme y preguntarme si estoy bien. Se me escapa un sollozo y extendiendo los brazos para rodearlo con ellos. Él emite un graznido de dolor. Está herido, como yo. Pero él más que yo: no puede moverse; su pecho se sacude y está manchado de rojo.

—No. No.

Me incorporo con dificultad. Mi amigo vuelve a quejarse y sus párpados se cierran de nuevo. Hay rápidas imágenes en mi cabeza. Él lanzándose encima de la silueta que estaba aquí anoche. Él clavando sus garras en su brazo, haciéndole sangrar. Un puñal, defendiéndose y clavándose en su piel tierna y su plumaje blanco, antes de que la sombra huyese.

Y un montón de imágenes más que no tienen nada que ver con ese momento.

Un bebé abre mucho un par de ojos, en los que se refleja la cabecita de un ave recién nacida, y extiende sus brazos. En otra imagen, ese bebé, entre gorjeos, pronuncia el nombre de *Aesir* por primera vez, de mala manera, sin saber.

Después, una niña aprende a caminar impulsada por un pico en su espalda y un batir de alas tras ella. Juegos, carreras por el palacio, escondites en los rincones, melodías con sonido de pájaro en libertad.

No.

—No, *Aesir*. No. No te estás despidiendo. Te vas a poner bien. Tranquilo. Gracias por protegerme, pero te vas a poner bien.

Otro canto flojo. Apenas una respuesta, mientras las imágenes se mantienen en mi mente. Crezco en sus memorias al mismo tiempo que él. Parece feliz de haber estado a mi lado. De acompañarme todo el tiempo, de no perderse nada.

Pero va a seguir así. No va a perderse nada de mi vida. Vamos a seguir juntos.

Dejo un beso en su testa y me apoyo contra la pared como puedo. Cuando abrazo a mi amigo contra mi cuerpo, vuelve a quejarse, y a mí me suben las lágrimas a los ojos. Otros recuerdos. Todas nuestras conversaciones y las mil veces en las que he pronunciado su nombre. Con alegría. Con preocupación. Con malestar. Con tristeza. Con ilusión. Lo hemos vivido todo juntos. Y me lo está enseñando.

—*Aesir*, por favor.

Es una súplica. La más dolorosa que puedo convocar, porque sé que no servirá de nada.

La cabecilla de mi amigo se mueve con cuidado para apoyarse contra mi mejilla. El canto que emite entonces es solo una ilusión en el fondo de mi

subconsciente. Algo que sé que ya no tiene fuerzas de existir.

Lo último que llena mi cabeza es una imagen de un cielo limpio y lleno de estrellas, y un ave blanca y preciosa que alza el vuelo y se aleja de mí para ir a jugar entre ellas.



Fausto

Siento que acabo de cerrar los ojos cuando Logen me hace abrirlos. Verlo en mi cuarto, despertándome cuando apenas acaba de salir el sol, es suficiente para que sepa que algo ha sucedido. Me incorporo de inmediato. Todo el cansancio de la noche sin dormir desaparece. Puede que él sepa leer las emociones y los pensamientos de la gente, pero yo puedo leer su rostro lleno de una seriedad que no encaja con su carácter.

Al principio tengo miedo por Ivy. Pero nada le ha podido pasar a ella. Hace apenas una hora que abandoné sus aposentos precisamente porque el cielo empezaba a clarear. Además, *Idris* me habría advertido de inmediato si alguien se hubiera atrevido a acercarse...

—Es el rey.

Me quedo en blanco durante un instante, como si eso no tuviera ningún sentido. ¿El rey? ¿Qué rey? Hay muchos en el castillo durante estos días. Y nada puede haberle pasado a ninguno de ellos. Los soberanos están más que protegidos. Están...

Pero, cuando Logen coge aire, ya sé lo que va a decir. A qué rey se refiere. Y qué ha ocurrido.

—Lo siento, Fausto.

Ivy.

Me pongo en pie casi de un salto. Ni siquiera me preocupo en buscar nuevas ropas: tomo las mismas prendas con las que me vestí la noche anterior y me las pongo tan rápido que casi me enredo con ellas.

—Fausto, mantén la calma.

Pero no puedo hacer caso a mi amigo. No puedo mantener la calma ahora. Si es cierto, Ivy estará destrozada. Pero más allá del dolor...

¿Qué va a pasar con ella?

—¿Se ha anunciado ya?

—Se está haciendo. Greta me ha pedido que te informe personalmente: la princesa quería que fueras de los primeros en saberlo. Se encuentra en los aposentos de su majestad, despidiéndose.

Asiento. Mi amigo no dice nada más, no es necesario. Sabe que voy a ir a buscarla, y eso mismo es lo que hago. Salgo de la habitación con tanta precipitación que no es una sorpresa que choque con alguien. Extiendo los brazos para sostener a mi hermana, y toda la ansiedad que está creciendo en mi pecho se queda un segundo quieta para volver con más fuerza cuando me fijo en ella. Sangre seca recorre su sien hasta su mejilla y tiene la ropa manchada. *Aesir* está en su forma original, derrumbado entre sus brazos, muy distinto al colibrí alegre e inquieto de siempre.

—¡Samira! Por todas las estrellas, ¿qué ha ocurrido?

Ella tarda un poco en situarse después del choque. Aprieta con más fuerza a *Aesir* entre los brazos y me observa, los labios fruncidos. Me doy cuenta, entonces, de sus ojos húmedos. De su rostro manchado de llanto, sus pestañas todavía empapadas. Es extraño ver a mi hermana, siempre imparable y con una sonrisa que apenas cabe en su pequeña cara, tan triste y a punto de echarse a llorar.

Vuelvo a entrar en el cuarto, rodeando sus hombros. Nuestro nigromante abre mucho los ojos y, antes de que pueda decir nada, Sami se separa de mí para acercarse a él con desesperación.

—Tienes que hacer algo. Tienes que hacer algo por *Aesir*. Seguro que tú puedes hacer algo.

No entiendo a qué se refiere hasta que Logen se fija en el ave y se queda un poco más pálido.

—Princesa...

—¡No te atrevas a decirme que no puedes hacer nada! —Le exige ella, gritando. El animal entre sus brazos no se mueve. No abre los ojos. No responde. Me tambaleo ligeramente—. ¡Los nigromantes siempre podéis hacer algo! ¡Hay historias que dicen que controláis la muerte! ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Devuélvemelo!

¡¡Devuélvemelo!!

Logen clava los ojos en el suelo para no ver a mi hermana increpándolo. Para no tener que decirle que, cuenten lo que cuenten las historias, la muerte no es algo que la magia pueda solucionar, por muy negra que sea esta. Ni siquiera los nigromantes pueden recuperar aquello que se pierde para siempre.

—Samira...

Mi voz es solo un hilo, suficiente para que mi hermana se rompa. Su llanto retumba en el cuarto, llenándolo todo. Como si ahora solo se mantuviese en pie por un equilibrio muy precario, las piernas le fallan y cae, abrazando a su compañero como si nunca más fuera a separarse de él.

Ni siquiera sé cómo acercarme a ella. Cuando lo hago, también yo siento que caigo. Mis brazos la rodean, tratan de sostener las piezas en las que se resquebraja y mantenerlas juntas. Pero sé que una de esas piezas era fundamental y ya nunca más va a recuperarla. El vínculo entre los nasires y sus compañeros es fuerte. Casi como una extensión más del cuerpo. Por eso soy consciente de que, ante mí, mi hermana se despoja de un pedazo de su ser.

* * *

Cuando Samira deja de llorar, se queda tan vacía como si sus lágrimas fueran lo único que le quedaba en el cuerpo. Logen le ha quitado con cuidado a *Aesir* de los brazos para tratar de sanar su cuerpo en apariencia y dejarlo tan hermoso como siempre fue.

No quiero obligarla a hablar, pero sé que lo que tiene que contarme es

importante. Alguien le ha hecho daño a mi hermana. Debe de haber una razón para que *Aesir* ya no esté entre nosotros.

Y no puedo dejar de pensar que quizás esa razón esté relacionada con la primera noticia que he recibido esta mañana. Al fin y al cabo, la vida de *Aesir* no ha sido la única que se ha perdido en las últimas horas.

—Había alguien en los pasadizos. —Cuando la voz de Samira surge, es casi de ultratumba. Un susurro, no sé si para mí o para sí misma. Un intento de despertar de la tristeza profunda en la que se ha hundido. Mis dedos cesan en las caricias que estaba prodigando a su espalda en un intento de consolarla.

—¿Quién?

No me atrevo a nada más que murmurar. Ella simplemente niega, con los ojos clavados en la alfombra.

—No lo sé, pero no se trataba de un guardia. Era una persona completamente cubierta... Se había tomado bastantes molestias para que no se la pudiese reconocer. En cuanto vio que la seguía... —de nuevo, niega con la cabeza, sin mirarme—, forcejeamos, pero yo no estaba del todo sobria. Entonces me golpeó contra la pared y...

Silencio. Se estremece. Puedo imaginar lo que ocurrió a continuación: fiel como nadie, *Aesir* salió en su defensa. Y esa persona, fuera quien fuese, huyó.

—El rey ha muerto.

Me siento culpable por informarle de algo así justo ahora, pero se lo diga yo o no, va a enterarse tarde o temprano. Pronto el palacio bullirá de actividad y la noticia habrá llegado a cada rincón. Eso es, sin embargo, lo que hace que despierte. Su expresión al principio es de incomprensión. Como yo, supongo que es la última noticia que esperaba hoy. De todas, esa es la que nadie quería ni imaginar.

Tras el primer impacto se advierte horror en su mirada.

—¿Crees que...?

—Podría ser casualidad —atajo—. El rey estaba enfermo. Tú misma lo escuchaste. Podía ocurrir en cualquier momento.

Pero ha pasado justo ahora. Justo la noche antes de que cambien las cosas.

Justo cuando el progreso era imparable. Y ella lo sabe. Piensa en lo mismo que yo, lo veo en su ceño fruncido, en el leve temblor de sus manos.

—¿Qué va a pasar ahora con...?

—No lo sé. —En eso soy sincero. Existen posibilidades en las que no quiero pensar—. Tengo que ir a verla. Pero tú tienes que quedarte aquí, ¿de acuerdo?

Que Logen te cure esa brecha también. Necesitas..., necesitas descansar.

Samira está tan bloqueada que, por un segundo, solo asiente, confundida. La observo, inseguro, acariciando un poco sus cabellos sucios y despeinados.

—¿Estarás bien? Volveré enseguida. No quiero dejarte sola.

Asiente de nuevo, aunque parece un gesto distante y dubitativo, impropio de ella.

—Ve. Ve con ella.

Mi hermana me hace separar las manos de su cuerpo, dándome un apretón antes de soltarme. Dejo un beso en su frente y, aunque vacilo, termino por separarme.

Salgo lo más rápido que puedo en busca de Ivy.



Ivy

¿Qué se siente, padre? ¿Cómo es dormir sin sueños? ¿Cómo es vivir en el más absoluto de los silencios, en la más negra de las oscuridades? ¿Os cuentan las estrellas los secretos del mundo? ¿Os susurra la luna los cuentos que conoce mejor que nadie? ¿Os habéis convertido en luz, en mota de polvo, en canto de arroyo? ¿Habitáis ahora acaso el cuerpo de un ave o sois un soplo de brisa? ¿Os hundís en las profundidades del mar, os escondéis entre las raíces más profundas o vuela vuestro espíritu alto, libre, desatado?

Ahora que no tenéis cáscara, que vuestro cuerpo permanece atado a este lecho, ¿habéis dejado de ser o sois todavía, solo que muy lejos de aquí?

¿Está mal que quiera alcanzaros, que quiera traeros de vuelta, incluso cuando sé que vos querríais que siguiera adelante...?

No quiero perderos, padre. No podéis dejarme. Aún es demasiado pronto.

Quiero que cuidéis de mí. Siempre me habéis tenido por una niña, lo sé.

Entonces, ¿no os da pena dejarme atrás, desamparada? ¿No creéis que es injusto? Aún nos quedaban muchas cosas por compartir. Teníais que enseñarme.

Teníais que convertirme en la primera reina de Marabilia. Teníamos que compartir responsabilidades.

Teníamos que demostrarles a todos que estaban equivocados.

—Ivy.

Durante un momento en el que se me para el corazón, creo que quien ha hablado es mi padre. Que, entre la niebla que me empaña los ojos, puedo ver cómo ha abierto los ojos y me mira, con su sonrisa y la mano temblorosa extendida hacia mí. Tengo la certeza de que me abrazará, con la fuerza de siempre y el mismo cariño, y me hará sentir viva de nuevo y el calor regresará a mi cuerpo. Mi padre siempre ha tenido la magia necesaria para deslumbrar las pesadillas y apartar las sombras antes de que supiera que me estaban acechando.

Puede que no estuviera ahí cuando me despertaba en medio de la noche, tras soñar que estaba encamada, rodeada de los monstruos que el veneno había creado durante las semanas de mi convalecencia, pero cuando el día llegaba y yo me sentaba a su lado, sentía que nada podría ir mal mientras él siguiese ahí, con la corona sobre la cabeza y su expresión amable.

Y pensé que siempre iba a ser así.

Cuando parpadeo, la imagen desaparece. Mi padre yace ante mí, blanco y serio como nunca antes, pétreo, con los párpados cerrados para siempre. Tiene las manos entrelazadas sobre el estómago y el rostro más anciano.

Una mano se posa en mi hombro. Un cuerpo cae a mi lado, arrodillado junto al lecho. Pero sé que no lo viene buscando a él, porque ya nadie más lo buscará.

—Lo siento mucho, Ivy. N-no podía creérmelo, cuando Greta nos lo dijo. Yo...

Cordelia calla y siento sus brazos en mis hombros, en mi espalda. Desprende calidez y yo, que me he estado convirtiendo en hielo por momentos, me rindo a su abrazo y acepto que me apoye contra su cuerpo. Que me apriete entre sus brazos y derrita mi corazón. Me aferro a ella porque me parece, en este instante, lo último que me queda. Su ropa huele a jabón y a agua de rosas. Sus dedos en mi pelo me hacen estremecer.

Quiero llorar, pero mis ojos están tan secos que me arden mientras apoyo la mejilla en el hombro de mi prima y sigo contemplando el rostro plácido y durmiente. No. No durmiente...

No sé si lo recordáis, pero a veces me colaba en las audiencias y observaba a la gente ir y venir. Aunque no era necesario que la princesa estuviera presente, me ponía cerca de madre y observaba, con curiosidad, cómo se arrodillaban ante vos. Algunos reyes piden que todos mantengan la cabeza baja en su presencia, pero vos los obligabais a alzarse y a miraros a los ojos mientras hablaban. No apartabais nunca la mirada, tan limpia, tan azul. No parecía que nada pudiera afectaros y, al mismo tiempo, vuestro rostro siempre mostraba una expresión comprensiva. Adoraba la calma con la que os expresabais, adoraba la justicia con la que decidíais y la bondad con la que os dirigíais a todo el mundo. Creo que eráis muy consciente de que teníais una responsabilidad sobre cada persona que se presentaba ante vos y, de alguna manera, los veíais como a vuestros hijos.

A mí me hubiera gustado ser así. Me hubiera gustado ser la reina justa y buena que vos fuisteis, padre.

Pero ahora...

Me llevo la mano a las mejillas, frías de todas las lágrimas que han empezado a fluir. No sé cuándo ha comenzado mi llanto. Cordelia me mece contra ella en un mudo intento de calmarme.

—No sé qué va a pasar ahora —susurro con una voz que no parece la mía. Si lo que me dijo ayer mi padre es cierto, el Consejo nunca aceptará que sea la reina. ¿Van a casarme con Fausto, entonces? ¿Con el extranjero al que desprecian? ¿O simplemente anularán la boda?—. ¿Qué va a ser de mí?

Sé que el rostro de mi prima se llena de confusión sin necesidad de alzar la vista, porque deja de acariciarme.

—Todo va a seguir como siempre —me dice—. No estás sola. Vamos a cuidar de ti.

Me cuesta tragar saliva. ¿Cuidar de mí? No es eso lo que quiero. Me prometieron libertad. Me prometieron autonomía. Me han dicho ya demasiadas veces que todo iba a ir bien y hay un número limitado de mentiras de las que puedo intentar convencerme. Me negué a ver enemigos en todas partes. Me negué a pensar que pudieran conspirar contra nosotros. Traté de asegurarme a mí misma que no debía tener miedo.

Pero estoy aterrada y las sombras vienen a por mí, y no hay forma de que pueda ya ser salvada. No puedo seguir dependiendo de otros para que me

despierten de esta pesadilla.

Me paso la manga del vestido por los ojos y me separo de Cordelia, que me mira con los labios apretados, claramente preocupada. Triste. Este hombre no solo es mi padre, también es su tío. Nuestro rey. El gobernante de todo Dione.

Era. Era. *Era*. Me duele tener que recordármelo, pero, cuanto antes me acostumbre, mejor, aunque escueza.

«No puedes permitirte ser débil, Ivy. No ahora.

Nadie va a dejarme.

Me pongo en pie, tambaleante tras tanto tiempo arrodillada. Las piernas no parece que vayan a sostenerme, entumecidas, pero finalmente aceptan mi peso.

Observo a mi padre desde arriba. Tengo recuerdos demasiado nítidos de él a lo largo de los años. Del cariño que sentía por mi madre y cuánto pareció envejecer cuando ella nos dejó. De los días en los que llevaba demasiadas horas trabajando y yo entraba en su despacho de puntillas para llevarle té y algo dulce que hubiera mandado preparar en las cocinas. De la forma en la que tenía de observar por la ventana, con preocupación y orgullo, la ciudad a nuestros pies. De sus besos en mi frente, haciéndome sentir su tesoro máspreciado.

Discúlpame, padre. Por todas las veces en las que no di de mí todo lo que pude. Discúlpame por todo el tiempo perdido que debí haber sabido aprovechar.

Disculpa por no ser siempre lo que esperabais de mí, pero espero que os sintáis orgulloso de que esté a punto de convertirme en quien deseo ser.

Me inclino y dejo un beso sobre su frente, tal y como solía hacer él.

Volad alto, padre. Al fin sois libre.

* * *

No quiero ver a nadie por el momento, así que, en vez de volver a mis habitaciones, le pido a Cordelia que nos quedemos unos momentos aquí, en

las estancias de mi padre, sentadas. Ella permanece en silencio, claramente turbada por los sucesos. Yo, por mi parte, estoy muy entumecida, aunque prefiero eso a la tristeza. Mientras no sienta nada, mientras me mantenga vacía, tendré control sobre mí misma.

—Ivy, ¿qué va a pasar con la Cumbre?

Miro a Cordelia. Su mano se desliza dentro de la mía. Su presencia, como siempre, es reconfortante.

—Se cancelará —contesto con una voz llena de espinas—. Los reyes rendirán sus respetos a mi padre y se marcharán.

Y si desearan irse antes, no lo harían. Por respeto. Por tradición. Porque sería un insulto hacia su huérfana y hacia su pueblo de luto.

—¿Y la boda?

Abro la boca, pero no tengo respuesta. Cuando un rey muere y su hija está prometida, la ceremonia es sencilla, sin celebraciones. Cuando un rey muere y su hijo está prometido, la ceremonia se atrasa para que nada enturbie la felicidad del momento. Quizá con las nuevas leyes eso cambie, pero por ahora...

Yo no iba a casarme. Hasta ayer lo tenía muy claro.

—Depende de lo que el Consejo dictamine —digo sin esconder mi amargura.

No me importa que ella sea consciente de lo que siento. Que sepa que, después de toda una vida agachando la cabeza y aceptando que los demás sabían lo que necesitaba mejor que yo, ahora me revuelvo contra la idea con todas mis fuerzas.

Hay un suave toque de nudillos en la puerta. La mano de Cordelia se aprieta contra la mía y ambas alzamos la vista. Un miembro de la guardia, al que se le pidió que vigilara la puerta, entra.

—Alteza, el príncipe de Granth desea veros.

—Hacedlo pasar.

La respuesta sale automáticamente de mis labios y, antes de que sea consciente, un Fausto de respiración agitada se cuela en la habitación. Ha venido a la carrera, aunque intenta disimularlo.

—Ivy.

Mi prima se suelta y se aparta, y él, en cuanto la puerta se cierra a sus espaldas, se apresura a abrazarme con energía. Sus brazos me estrechan contra él, contra su pecho, y yo siento que las lágrimas ahora sí quieren subir a mis ojos.

—He venido en cuanto Logen me lo ha dicho —susurra.

¿Está mal si quiero que me bese? ¿Que me haga olvidar todo lo que ha pasado desde que he abierto los ojos esta mañana? Sé que sí, que esa no es la forma de hacer las cosas, pero solo quiero un descanso.

No digo nada. No me siento con fuerzas, así que me quedo abrazada a él, no sé por cuánto tiempo. Mis ojos se encuentran con los de Cordelia, que intenta fingir que no nos observa ni nos escucha.

—Ivy. —Repite mi nombre con suavidad. Toma mi rostro entre sus manos para que lo mire—. ¿Qué ha dicho Greta? ¿Está segura de que...?

No es lo que dice. Es cómo lo dice. Su cautela. La preocupación en su expresión. Sé, aunque no vaya a pronunciar todas las palabras, que cree que mi padre no ha muerto por causas naturales.

—No me ha dicho nada. —Y yo tampoco he querido pensar de otra manera—. ¿Crees que...?

Veo la duda en su expresión. El deseo de no decir nada. De no cargarme con más preocupaciones de las que puedo soportar. Pero llega demasiado tarde. La duda ya está plantada. Verdaderamente es mucha casualidad que justo hoy, justo cuando iba a hablar con el Consejo, justo cuando iba a cambiar la ley... Dione habría sido el primer reino en hacerlo. Habría sido un hito para los demás. Un ejemplo a seguir.

Y, por supuesto, una decisión peligrosa, a ojos de los más conservadores.

Rydia y Dahes, por ejemplo, aunque el peor enemigo siempre está entre nuestras propias fronteras...

—¿Sabes algo que yo no, Fausto?

Él baja la vista. Parece revolverse dentro de sus ropas.

—Samira tomó anoche los pasadizos para volver al castillo —me explica. Mira también a Cordelia, que da un respingo y se pone pálida, adelantándose, como yo, a lo que nos va a contar el príncipe—. Mientras los recorría, vio a alguien, así que decidió seguirlo y forcejearon y...

»Ella está bien —se apresura añadir al ver nuestras expresiones de horror. Sus ojos, sin embargo, se vuelven tristes—. Pero *Aesir*... Supongo que la defendió y quien fuese se protegió a toda costa.

El corazón me da un vuelco. Cordelia se lleva una mano a los labios y, si ya había tenido la mirada húmeda antes, ahora sus lágrimas afloran de verdad.

Entiendo lo que siente. Sé que ella y Samira se llevan bien, y allá adonde fuera la princesa aparecía *Aesir* también. Resulta difícil imaginarlos separados; es más, resulta imposible imaginar que uno de ellos haya podido irse para siempre.

—¿Se encuentra bien la princesa? —La preocupación de mi prima es real, palpable, y creo que en cualquier momento saldrá corriendo para ir a buscar a la granthiana.

Fausto ni siquiera le miente. Niega suavemente con la cabeza y no es necesario que diga nada más. Claro que no se encuentra bien. No creo que ninguna de nosotras podamos llegar a entender lo que es tener una conexión como la que los príncipes tienen con sus aves.

De pronto, deseo alcanzar la mano de Cordelia y pedirle que nunca me deje.

Un silencio triste, tenso, se hace entre nosotros. Cuando abro la boca, mi voz es apenas un susurro, incapaz de encontrar las fuerzas para nada más:

—Crees que ambos sucesos están relacionados.

—Sí —concede Fausto—, pero no hay manera de que podamos estar seguros a menos que encontremos a la persona que recorría ayer los pasadizos.

—Sería muy conveniente —coincido. La mera idea de que alguien haya podido acabar con dos vidas en una sola noche hace que la cabeza me dé vueltas—. Así se aseguran de que yo no pueda reinar.

—Pero el Consejo... —La protesta de Cordelia no tiene apenas brío, horrorizada como está.

—¿No lo ves, Cordelia? El Consejo podría estar detrás de esto y lo sabes. Si los Farren intentaron en una ocasión atacar a mi padre, ¿quién dice que alguien no lo haya hecho ahora? Estaban descontentos. Arich creía que mi

padre estaba perdiendo la cabeza. Y ahora me tienen en sus manos para hacer conmigo lo que gusten.

Mi prima no replica. No parece encontrar la fe en el Consejo o en los hombres que lo componen para hacerlo. No en este momento.

Fausto aprieta mi hombro, sobre el que ha puesto su mano.

—Tu padre iba a cambiar la ley —me recuerda—. El Consejo lo hará por él y eso será todo. Además, no tienen ninguna forma de cancelar la boda sin insultar a todo Granth.

Solo tú tienes el derecho de decidir, parece decirme. Pero yo sé que, en cuanto anuncie que no quiero casarme, se frotarán las manos con la idea de buscarme a un candidato más de su agrado.

No digo nada. Solo me dejo estar, con la frente apoyada en su pecho. Me gustaría tener la certeza de que todo va a ir mejor a partir de ahora, pero cada vez que lo intento hay una piedra en el camino que me hace tropezar. Que me hace caer, hasta que tengo las rodillas sangrantes y el vestido hecho trizas, y ya no tengo razones para volver a levantarme.

Se oyen dos golpes en la puerta, pero me niego a separarme de Fausto. Nadie puede pedirme que lo haga.

—Alteza, lamentamos la intromisión. —La puerta se ha abierto sin que nadie haya dado la orden y yo enfoco al par de guardias que han entrado—. Seguimos órdenes del Consejo.

Me enderezo, confundida. ¿Quieren verme ya? ¿Ni siquiera me dejarán llorar en paz a mi padre?

—¿Qué...?

Los hombres se acercan, pero no es a mí a quien se dirigen. Cuando desenvainan las espadas, dejo escapar una exclamación, mientras el príncipe, en un acto reflejo, me cubre con su cuerpo para protegerme. Cordelia, tras nosotros, grita.

—Príncipe Fausto de Granth —empieza uno de los soldados con voz autoritaria—, por decreto del Consejo Real de Dione, quedáis detenido como sospechoso de regicidio.



Fausto

—¡Esto es absurdo!

Los guardias me obligan a separarme de Ivy. No se atreven a tocarme, pero sus armas me apuntan, suficiente para que alce las manos y retroceda. Uno de los guardias la cubre con su cuerpo el segundo que tarda en reaccionar.

—¡Mi prometido no ha hecho nada! —clama entonces, tirando de la manga del guardia que parece querer protegerla. *De mí*—. ¡Bajad las armas, os lo exige la princesa!

Los hombres se miran con duda un segundo, pero al final uno de ellos se atreve a agarrarme. Me obliga a poner los brazos tras la espalda y hacerme caminar.

—Es una medida preventiva. El Consejo considera que tienen razones y pruebas para sospechar que la muerte de vuestro padre pueda no ser natural, alteza. Lo sentimos.

Aprieto los dientes. Esas sospechas también las tenemos nosotros. Con respecto al *Consejo*, precisamente. Pienso en revolverme, pero solo serviría para parecer todavía más sospechoso. Está bien. No he hecho nada. Me soltarán. No les quedará más remedio que disculparse una y otra vez si es que

no quieren insultar a todo un reino. Podría ofrecerles mi propia mente si quisieran y...

Me quedo sin aire cuando soy consciente de que, en realidad, no es una opción. Anoche quizá no estuviera matando a un rey, pero tampoco me hallaba en mi dormitorio sin hacer nada que no debería haber hecho.

Trastabillo cuando me empujan un poco hacia delante.

—¡Fausto!

Miro a Ivy, sus ojos suplicantes. ¿Por qué a mí? ¿Qué pretenden acusándome? No pueden incriminarme de verdad. Soy inocente. No estoy dispuesto a desnudar mi mente (al margen de mi noche con Ivy, ¿quién me asegura que no miren más allá? Podrían descubrir que ni siquiera soy príncipe de verdad), y no pueden haberlo averiguado de antemano, ¿verdad? Además, mi inocencia puede demostrarse de otras maneras. Ni siquiera hay pruebas de que el rey haya sido asesinado, y definitivamente no hay pruebas que me señalen, no puede haberlas de ninguna manera. Entonces, ¿por qué...?

¿Qué ocurre?

Otro empujón. Camino, intentando pensar, pero miro a Ivy por encima de mi hombro, a la que prohíben acercarse a mí. Cordelia, tras ella, la abraza, contemplando con incredulidad lo que está sucediendo a su alrededor.

—Tranquila —le pido, aunque yo mismo no pueda estarlo—. Tú eres la heredera. No lo olvides, Ivy.

No consientas que sigan este juego. No permitas que te vuelvan a lanzar al fondo del tablero.

Y dejo que me arresten.



Cordelia

En cuanto la puerta de la estancia se cierra, creo que Ivy se desvanecerá. El último guardia en salir le ha lanzado una mirada apenada, como si lo sintiese, pero ninguno de los dos ha osado cuestionar sus órdenes. ¿Y por qué habrían de hacerlo? El Consejo funciona ahora como regente. Busca lo mejor para el reino.

Lo mejor para su princesa...

¿Verdad?

—Se lo han llevado... —La voz de Ivy es solo un hilo, un susurro incrédulo.

—Han dicho que...

Mi prima se deshace de mi agarre y se separa.

—Sí. Lo han dicho —dice. El hilo se rompe y se convierte en un gruñido. Su expresión cambia por completo: de niña perdida a animal furioso, con los ojos brillantes y los puños apretados—. Una mentira más. Saben que él no lo hizo.

Si lo supieran, ¿por qué iban a intentar hacer algo así? Sacudo la cabeza.

—Pero no tiene sentido. No creo que quieran...

—¡No sabes lo que quieren! —Ivy se gira hacia mí—. ¡El mundo no es como tú crees, Cordelia! ¡La gente no tiene siempre buenas intenciones! Esos hombres desean poder y pasarán por encima de quien haga falta para conseguirlo.

Aprieto los labios. Ivy ha ido alzando la voz con cada nueva frase, de tal manera que ahora la quietud es todavía más terrorífica. Tiene la respiración agitada, como si le costara recordar cómo funcionan sus pulmones, y se le escapa un sollozo. Dudo entre dejarle espacio o abrazarla. Sé que no debo hablar, pero deseo decir algo para defenderme. Para consolarla. Cualquier cosa. Se lleva las manos a la cara y las aprieta contra sus ojos. Luego se inclina hacia delante, en precario equilibrio, como si quisiera plegarse para hacerse más pequeña y desaparecer.

—Dime qué puedo hacer por ti.

Entrelazo mis manos y miro a mis pies, insegura. Espero que sea suficiente para decirle que sigo aquí. Que siempre voy a estar de su parte. Que ella es mi prima, mi amiga, antes que otra cosa. Mi hermana, acaso, si hubiera tenido alguna.

—Déjame sola.

No protesto. No le digo que solo me preocupo por ella. No le digo que yo sí quiero lo mejor para ella. Tiene que saberlo ya. Pero me acerco y trato de tocar su cabeza para acariciarle los cabellos.

Se aparta.

—Necesito estar sola. Por favor.

Aunque me rompa el corazón verla así, no puedo hacer más que ceder.

Aunque nunca haya visto tanto dolor en sus ojos, tantas dudas, tanta furia y no sepa lo que esa mezcla de emociones pueda hacer en ella.

Cierro la puerta a mi espalda al salir justo cuando un sollozo se escapa de sus labios. Mis ojos mismos parecen haberse anegado, aunque no me permito llorar.

Me paso un pañuelo por el rostro y trato de recomponerme. Con paso titubeante, me alejo por el pasillo, dándole el suficiente tiempo a mi prima para que se arrepienta de su decisión. No lo hace, así que decido un rumbo. Aunque lo normal sería que volviese a los aposentos de la princesa, donde

probablemente encontrase la compañía de Valora y Portia, mis pies deciden por mí.

Solo quiero ayudar...

Es el nigromante el que me abre, limpiándose las manos en un paño que ha visto mejores tiempos. También es él el que me permite pasar y el que me lleva con la princesa, que está encogida en una silla, contemplando sus manos en silencio. *Aesir* descansa sobre un cojín en una de las sillas, grotescamente quieto.

Su plumaje blanco brilla con el sol que entra por la ventana, pero no hay notas de su pico para saludarme ni el nervioso aleteo tan característico. Y su dueña, con él, parece haber perdido parte de su vivacidad. No parece ella. No reconozco a la princesa incansable en ese rostro perdido, casi catatónico. Está tan inmóvil como *Aesir*, pequeña, triste e indefensa. Me pregunto si esa paz puede ser solo la antesala de la furia, de la fuerza de una bandada de pájaros de presa.

Cuando me acerco, alza la vista con desgana, con una sombra que ha apagado sus ojos verdes.

—Cordelia.

Cuando pronuncia mi nombre, me doy cuenta de que ha sido un error haber venido hasta aquí. ¿De verdad tengo que darle la noticia ahora? No quiero causarle más sufrimiento. Pero no creo que pueda acudir ante ningún rey o reina.

Solo soy la dama de compañía de la princesa y alguien tiene que ayudar al príncipe.

Aun así, aunque sé qué es lo que tengo que hacer, cuando abro la boca las palabras no salen. Me dejo caer a su lado y, con mucho cuidado, la rodeo con mis brazos. Ella se tensa de inmediato y creo que me va a rechazar, como Ivy, y me va a pedir que me marche. Que va a terminar por dejarme claro que nadie me necesita en este palacio.

Pero no lo hace. En realidad, se encoge más y se acerca a mí.

—Lo siento, Samira —susurro cuando siento que tiembla contra mi cuerpo.

Cuando siento que sus manos se aferran a mi vestido. No puedo ver su rostro para saber si llora, pero el simple pensamiento hace que algo dentro de

mí se revuelva. Samira no ha hecho nada malo. Samira no se merece pasar por esto.

Nadie se merece perder lo más importante de su vida, un trozo de su propia mente, de su ser.

—Es mi culpa —dice con el rostro enterrado en mi hombro.

Tengo ganas de apretarla con más fuerza si cabe, de coger su cara entre mis manos, de decirle que todo irá bien. Que es maravillosa y esto pasará, como pasa casi todo, y que incluso si el dolor permanece, saldrá adelante. Pero mi cuerpo no responde, el momento pasa y me quedo callada, como siempre, incapaz de moverme, incapaz de hacer nada.

—Podría haberlo cogido —continúa—. Si hubiera tenido más cuidado..., podría haber descubierto quién fue y *Aesir* seguiría aquí y... —Su voz se quiebra. Le duele demasiado y, con ella, a mí.

—No sirve de nada culparse por lo que ya no tiene remedio, Samira —suspira el nigromante, que sigue en la habitación—. Solo sirve para atormentarnos.

Creo que es un poco insensible que se lo recuerde, pero tengo que asentir.

Con delicadeza, llevo una mano a los cabellos de la princesa y los acaricio.

—Pero estoy segura de que todavía puedes hacer algo por *Aesir* —murmuro—. Puedes reclamar justicia. ¿No hay nada que recuerdes? ¿Alguna pista para identificar a la persona de los pasadizos? ¿Para hacerle pagar lo ocurrido?

No sé cómo decirle que esa persona podría haber matado a mi tío. Supongo que ya lo sabe. Que si el príncipe Fausto unió las piezas para la sospecha, ella también lo habrá hecho.

—Estaba a oscuras y yo estaba desorientada. Había bebido —dice con la boca pequeña. Parece que eso también le atormenta. Pensará que, si no lo hubiera hecho, quizás ahora todo sería diferente—. No podría decir si fue un hombre o una mujer, aunque creo que no llevaba vestido. Y... era una persona más alta que yo, aunque eso no es muy difícil. Me pareció ver algo en su mano. Unos papeles.

—¿Papeles?

—Me pareció que los consultaba mientras lo seguía. Creo que podrían ser planos de los pasadizos. —Titubea y se aparta de mí lo justo para mirarme. Tiene los ojos rojos, con la consistencia de sus propias lágrimas—. Pero los planos solo debería tenerlos el rey, ¿verdad? Y si esos planos fueran los del rey, probaría que quien sea que estuviera en los pasadizos anoche era alguien cercano al palacio...

Se me acelera el corazón. Nos quedamos calladas un instante. Una idea empieza a formarse en alguna parte de mi mente, quizá porque la escena me resulta familiar.

—Alden y yo nos veíamos en los pasadizos a veces, antes de casarnos. —Tengo ganas de añadir que era algo completamente inocente, pero me lo guardo para mí—. Para guiarme y proponer un lugar de encuentro, yo consultaba los planos que había: solían estar dentro de un libro de la biblioteca al que le faltaban páginas. En su lugar estaban los planos.

Mi confesión se queda en el aire como el olor a flores muertas, desagradable, lleno de recuerdos pero efímero. Nadie me echa en cara haberme aprovechado de los pasadizos para verme a solas con mi prometido, pero Samira me observa con atención. Hay un cambio en su expresión que no sé identificar.

—¿Nada más, Samira?

La princesa aparta la vista de mí para fijarse en el nigromante.

—Sé que... *Aesir* —pronunciar su nombre debe ser una tortura para ella— llegó a hacerle daño. —Nuestro abrazo se pierde y casi me deja temblando sin su calidez. Entonces ella se señala el interior del brazo y me distrae—. Por aquí.

Con sus garras. Sangraba mucho, así que tuvo que haber sido algo serio.

Me llevo por inercia los dedos al brazo, aunque, menos mal, solo siento mi piel fría y suave.

—Si fuera así —murmura el nigromante, frotándose el brazo como si él también hubiera sentido la herida—, probablemente esa persona necesitaría un hechicero o un nigromante para curarse. O tendrá un buen vendaje en el brazo.

Puede que incluso las dos cosas. Hay un límite de magia que alguien pueda usar para sanar antes de que le afecte a sus fuerzas.

Samira no comenta nada al respecto. Su atención va a la figura de *Aesir*, como si sintiera la tentación de cogerlo para sentirlo aún aquí.

—Hay algo más.

Sigo sin perdonarme ser yo quien tenga que dar la noticia, pero, cuando los dos granthianos se giran hacia mí, sé que no hay vuelta atrás:

—El príncipe Fausto ha sido apresado.

Contengo la respiración. Aunque la tristeza había estado por todo el rostro de la princesa, como un velo, sus párpados se entrecierran al escuchar la noticia y el asomo de un enfado aparece.

—¿Qué?

—¿Fausto? —El nigromante parece más incrédulo que molesto—. ¿Bajo qué acusación?

—Regicidio. No nos han dado más explicaciones, pero el guardia que se lo llevó nos aseguró que eran órdenes del Consejo.

Samira intercambia un silencio con el nigromante de su reino cargado de palabras que yo no logro entender y que me hacen sentir súbitamente incómoda.

—Lo siento. No quería decirlo así, pero...

—Y tú ¿qué opinas?

Doy un respingo; no esperaba la tensión en su voz ni la pregunta.

—¿Qué?

—¿Crees que mi hermano es culpable, Cordelia? Si lo dice el Consejo...

Aprieto los labios. ¿Lo creo? Hace una luna no se me habría ocurrido dudar de las decisiones de los hombres que ahora dirigen el destino de Dione. Pero últimamente han ocurrido cosas extrañas. Últimamente no parece que quede lugar alguno a salvo de la calamidad y ellos ni siquiera han estado prestando atención. Se han mostrado, de hecho, abiertamente contrarios a dejar nada en manos de mi prima, como si creyeran que ella va a ser una amenaza a sus privilegios...

—No, no lo creo, aun si los miembros del Consejo lo hacen —digo con toda la seguridad que soy capaz de reunir. Me humedezco los labios—. Y me gustaría ayudarle (ayudarte), si hay algo que pueda hacer.

La princesa me estudia con una seriedad que está de más en ella, pero asiente, conforme con mi decisión.

—Bien. Entonces acude a la biblioteca a comprobar si los planos siguen ahí.

Nos reuniremos ahí.

La princesa me habla a mí y yo solo soy capaz de asentir. En cambio, el nigromante no es tan fácil de convencer.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Yo voy a hablar con mi madre. Alguien tiene que avisarla antes de que mi padre se entere de que han apresado a Fausto. A menos, claro, que queráis que declare la guerra a Dione.



Ivy

Nadie me impide pasar a la sala donde está reunido el Consejo. Al fin y al cabo, sigo siendo la princesa, aunque no tengo claro si eso significa algo para los hombres ante los que me encuentro de pie. Los miro uno a uno, alargando mi silencio, y ellos empiezan a ponerse nerviosos.

—Alteza, lamentamos vuestra pérdida. —Darrow es el único que se atreve a hablar. Parece afectado, y no es para menos: mi padre y él eran amigos desde antes de que Derrick de Dione subiera al trono—. Es un día oscuro para el reino.

Agacho la cabeza en respuesta a su dolor. Y al mío, que me aprieta el corazón.

—Pero en vez de respetar su memoria, la mancilláis haciendo acusaciones que podrían enemistarnos con los reinos con los que mi padre deseaba establecer alianzas. —Alzo la vista de nuevo. Intento controlar mi voz para no gritar. Para no parecer otra cosa que completamente sosegada—. ¿Con qué pruebas encarceláis a mi prometido?

Lord Arich se levanta. Lo hace con una calma que deja mucho que envidiar a la mía. Su mirada es casi paternalista. Las puntas de sus dedos se

apoyan con suavidad sobre la mesa. Este hombre, horas antes de su fallecimiento, le dijo a mi padre que estaba perdiendo la razón.

—Se trata de una medida cautelar, alteza —murmura. Y mientras él no alce la voz, podría insultarme si quisiera y, si yo respondiera, quedaría como una mujer que se deja llevar por sus sentimientos. Que no sabe razonar—. Estoy seguro de que no es nada que deba preocupar al príncipe si no ha hecho nada malo. Pero tenéis que admitir que la muerte de vuestro padre resulta... repentina. Y favorable para vuestro prometido, teniendo en cuenta que vuestro padre deseaba cambiar la ley. De haber sido así, él se habría casado con vos, pero nunca podría haber tocado vuestro reino.

—Dais por hecho que él quiere Dione.

—Sois muy inocente, princesa —ataja Farren con las manos entrelazadas y los codos sobre la mesa—. Ha sido criado para querer poder. Si fuera un asesino, nadie se sorprendería.

Entorno los ojos.

—En tal caso, cualquiera de esta sala podría haberlo hecho.

Los rostros de los hombres se endurecen. El insulto ha sido demasiado directo, pero quiero demostrarles que no tengo miedo de dejar las cosas claras.

—Espero que no estéis insinuando que uno de nosotros ha podido hacer daño al rey —dice Alden con los labios fruncidos. No sabe que uno de los hijos de los presentes, Raleigh Farren, ya intentó atentar contra mi padre una vez. O que el ataque de hace unas semanas, en el que su esposa terminó envuelta, no ha sido el único—. Eso sería traición, alteza. Y todos somos leales a la corona de Dione.

Mientras que vuestro prometido, aunque me duela señalarlo, es solo un sirviente de la corona de Granth.

Me humedezco los labios. Quisiera decir que antes que a su padre, que ni siquiera lo es de verdad, Fausto de Granth debe obediencia a su princesa. Se arrodilló ante mí y me prometió lealtad.

Hago girar el sello de mi padre en mi dedo pulgar. Intento recordar que el poder sigue siendo mío. Que el Consejo solo lo ha tomado prestado por un tiempo.

—Si tanto os preocupa eso, creo que la solución es obvia: dadme los poderes como heredera y Fausto os demostrará que no le importa que yo sea reina.

—No, claro que no le importará: el extranjero se dedicará a dirigiros entre las sombras.

—Estoy segura de que puedo dirigirme yo sola, lord Arich.

—No habéis sido educada para ser reina.

—Tampoco vos. Ni nadie del Consejo, que yo sepa. ¿O vuestros padres consideraron que era una buena idea prepararos por si llegabais a tal posición?

Arich y yo nos medimos con la mirada. Está al borde de su paciencia, con las mejillas rojas a punto de estallar.

—Ivy. —La voz de Alden me deja helada; no por la sorpresa de que vaya a intervenir, sino por la familiaridad con la que se dirige a mí. ¿Tú también vas a jugar a hacerme sentir como una niña, Alden? Si pareces apenado, ¿por qué te unes contra mí? Pese a Cordelia, pese a que desde que os prometisteis siempre te he considerado parte de mi familia—. Estás siendo injusta sacando este tema cuando el cuerpo del rey todavía está caliente. Las decisiones tomadas por el Consejo son solo para tu beneficio y el del reino.

Injusta. Irracional. Sentimental. Aprieto los dientes, consciente de que sus palabras son las que realmente son injustas, porque me hacen quedar como un monstruo. Como si solo estuviera interesada en el poder.

—La guardia vio a vuestro prometido caminar por los pasillos anoche, alteza —dice Darrow con la obvia intención de serenar a los presentes, incluyéndome a mí. Su voz suena apenada—. Han informado esta mañana, en cuanto se preguntó si durante la noche había ocurrido algo reseñable. Pero el príncipe solo ha dicho que paseaba y se ha negado a dejar que un nigromante que no sea el suyo vea en su cabeza.

Ahora es Arich quien sonrío. La sonrisa sibilina de quien lo tiene todo planeado, porque sabía de antemano que un príncipe de Marabilia nunca dejaría su mente al descubierto.

Y si supiera todo lo que él esconde...

Frunzo el ceño, ofuscada. ¿Fue él? ¿Fue Arich el que lo hizo? ¿El hombre en los pasadizos que afirmó haber visto Samira?

—¿Satisfecha, alteza? —me pregunta, aunque sé de sobra que no necesita una respuesta—. Le explicaremos todo a su majestad Fadir de Granth, no tenéis de qué preocuparos. Como decimos, todo es cautelar. Ahora examinarán el cuerpo para asegurarnos de cuáles han sido las causas detrás de la muerte de nuestro rey.

Si todo ha sido natural, pediremos las disculpas que sean necesarias... Esto, desde luego, no es problema vuestro. Ya tenéis suficiente. Os avisaremos para hablar de los pormenores del entierro.

Pero yo no estoy satisfecha en absoluto. No estoy satisfecha con las decisiones que se están tomando en nombre de una inexistente justicia. No estoy satisfecha con que me traten como una ignorante. Con que crean que pueden hacer lo que quieran, controlar mi vida, pasar por encima de mí.

Puede que mi padre esté muerto pero, desde luego, yo no lo estoy.

Doy un paso al frente hasta quedar ante su mesa. Hasta poner las manos sobre la madera. Estoy dispuesta a plantarles cara a estos hombres, pero sobre todo a Arich, que se ha autoproclamado portavoz. Voy a dejarle claro que no va a conseguir amedrentarme.

—No.

—¿No?

—No, lord Arich —repito, haciendo resonar cada sílaba en la habitación—. Escuchadme bien: ayer mi padre me prometió que sería reina. Con o sin esposo de mi brazo. Y eso es lo que voy a hacer. Y dejaréis de tratarme como una niña irracional por ello. También dejareis de llamar asesino a mi prometido, cuando no sabéis, ni siquiera, si la muerte de mi padre ha sido natural. En lugar de buscar fantasmas en los rincones, quizá deberíais empezar por hacer las cosas bien. Pero ¿qué sabré yo? Solo soy la princesa.

Arich frunce el ceño.

—Y es obvio que, aun como princesa, no sabéis vuestro lugar.

—Oh, no. Sé perfectamente cuál es el lugar que vos querríais para mí. Pero, por desgracia para vos, no estoy dispuesta a aceptarlo.

—Queremos pensar —interrumpe Farren— que el dolor os ciega. La muerte de vuestro padre os ha afectado demasiado.

—Más que a este Consejo —concedo—, ya que solo veo a un hombre aquí presente sufriendo por su rey.

Darrow me observa con los labios apretados, como si no estuviese seguro de qué hacer conmigo. De qué parte ponerse en la discusión.

—No seríamos unos dignos regentes si mostrásemos nuestro dolor en vez de ocuparnos del reino, alteza —dice Arich, haciendo grandes esfuerzos por no llevarme él mismo fuera de la habitación—. Ahora debemos pedir que os retiréis y nos dejéis trabajar. Eso es lo que nosotros hacemos, por nuestro reino.

Siempre. Mientras, vos deberíais ocupaos en llorar la muerte de vuestro padre y no la suerte eventual de un extranjero.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras vos dirigís mi reino.

—Entonces, os recomiendo que vayáis a bordar o a atender las peticiones de los pobres. O puede que debáis repasar vuestras lecciones y recordar qué se espera de vos.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me empiezan a doler. Mi lugar no es este, enfrentándome a los hombres que supuestamente quieren lo mejor para mí.

Mi lugar tampoco está en mi dormitorio, languideciendo mientras escucho a Portia leernos con voz monocorde. Mi sitio está en esta sala, discutiendo por el bien de mi corona.

Mi sitio está sentada en el trono.

Pero me niego a discutir más. He intentado razonar y se han negado a hacerlo. Se han negado a escucharme. Bien. Peor para ellos.

Si no quieren tomarme en serio por las buenas, aprenderán a hacerlo por las malas.



Samira

—¿Mi hijo, encerrado? —Mi madre no alza la voz. No como lo haría mi padre.

Como lo hará, seguro, en cuanto las noticias lleguen a sus oídos. De todos modos, la reina de Granth parece más terrible que él con su susurro. Me observa a través del reflejo del espejo frente al que se sienta. Estaba peinando sus cabellos con su tranquilidad de siempre, pero ahora deja el cepillo sobre la mesa con un gesto que, pese a su delicadeza, parece definitivo.

—Consideraré que debíais saberlo, madre. Antes de que os llegue por rumores, porque no creo que el Consejo tenga el valor de anunciar su medida. Considero también que sería un desastre que padre se entere de esta situación por murmullos.

Mi madre respira hondo. Por respeto al rey, hoy su vestido es negro, con pequeños bordados de estrellas que le desean a su majestad una buena ascensión.

En este momento se pasa las manos por la falda de seda y se gira en su banqueta para observarme.

—Has hecho bien, Samira. Yo me encargaré de informar al rey. Un insulto semejante podría tener consecuencias catastróficas si no se enfrenta con la entereza necesaria. Y no hemos venido a Dione a batallar. ¿Hay algún

motivo para sospechar que el rey pueda haber fallecido por motivos no naturales?

Dudo, pero supongo que a ella puedo hablarle con franqueza. No dirá nada.

Se le da mucho mejor esconder secretos que a mí. Y ahora no es momento para esconder nada. No a quienes pueden ser aliados. Por eso le cuento todo. Los ataques a Ivy. Las investigaciones. Lo que los Farren planearon años atrás.

Durante todo ese tiempo, mi madre apenas parpadea, como si no le estuviera contando una historia de intrigas y conspiraciones por los rincones. Se mantiene serena, sus manos entrelazadas sobre la falda y el rostro tan contenido que dudo de que esté entendiendo de verdad lo que le cuento.

Para mi sorpresa, su ceño solo se frunce cuando le hablo de lo que sucedió anoche. Entonces se levanta y, tan rápido que apenas puedo reaccionar, se acerca a mí para tocar mi cabeza.

—¿Te encuentras bien? ¿Y *Aesir*?

Me quedo helada, mirando al suelo mientras siento los dedos de mi madre palpando mi sien. Me ha quedado una pequeña cicatriz, pero está cerrada y apenas se ve por mi pelo. Aun así, mi madre la observa con atención.

—Estoy bien —balbuceo, aunque tengo que apartar la mirada. No puedo responder lo mismo por mi amigo y el corazón se me rompe otra vez con el recuerdo. No quiero mostrarme débil delante de mi madre, no quiero llorar, y tengo que parpadear para evitarlo.

Ella lo ve. Lo entiende. Su rostro deja de ser la expresión contenida de siempre para resquebrajarse un poco. Es extraño verlo. Es como si *Nerys*, desde el alféizar de la ventana, hubiese creado una ilusión sobre ella.

Entonces mi madre hace algo que yo no recordaba cuándo ocurrió por última vez.

Sus brazos, finos pero fuertes, rodean mi cuerpo.

Me quedo muy quieta. Es, de alguna manera, como si no me estuviese abrazando a mí, aunque siento perfectamente la presión alrededor de mis hombros. Aunque mi cabeza queda apoyada en su vestido y no tengo más remedio que aspirar su colonia. Aunque la calidez de su piel es evidente contra la mía.

—Lo siento —susurra—. Lo siento mucho, hija.

Su voz parece un poco afectada y es eso lo que termina de animar a mis lágrimas. Los ojos me queman y tengo que parpadear varias veces, lo que no evita que sienta la humedad alcanzando mis mejillas. Me cuesta levantar las manos para agarrarme a su vestido.

—No pude protegerlo. No pude hacer nada. No tenía que morir por mí. No es justo. No merezco...

—No: *Aesir* no merecía morir. —La voz de mi madre trata de ser inflexible cuando me corrige y me obliga a mirarla—. Pero no porque tú merezcas vivir menos, Samira. Estrellas, si te hubiera pasado algo...

Trago saliva. Tiemblo. Se me escapan las palabras:

—¿Importaría de verdad?

La reina de Granth se queda muy quieta. Me observa con los ojos abiertos, y de pronto aparece una comprensión nueva en su mirada. Una que es casi una bofetada para ella.

Cuando vuelve a abrazarme, lo hace con más fuerza que antes.

—Claro que importaría: eres mi hija. No soportaría que te ocurriese nada. Nadie lo soportaría. Eres importante para nosotros, Samira.

Aunque no tiene sentido, eso provoca que las ganas de llorar vuelvan con renovadas energías. Que mi llanto se descontrole y me desgare la garganta. No debería llorar por esto. Pero ella misma parece a punto de hacerlo, profundamente triste, y yo ya no sé si siento alegría porque le importo o pena porque soy consciente, de repente, de cuánto tiempo llevo sintiéndome muy, muy sola, incluso rodeada de gente.

Ahora, sin *Aesir*, tengo miedo de quedarme completamente abandonada.

—Lo siento, Samira —me dice, tocando mi rostro, acariciando mis cabellos—. Siento si no te he demostrado lo suficiente que te quiero. Solo quería que fueras la joven más libre del mundo. Pero ha sido demasiado, ¿verdad? Mientras intentaba no ponerte jaulas para que volases todo lo alto que quisieras, te he hecho pensar que no tenías ningún lugar al que volver.

Mi sollozo suena alto, claro, demasiado para lo que yo quisiera. Intento alejar todas las emociones que se me echan encima. Todas las veces que quería que alguien esperase algo de mí, tan desesperadamente. Todas las veces en las que no quería estar sola, pero nadie parecía necesitar mi

presencia. Mientras mi madre ponía todo el peso de mil asuntos en los hombros de Fausto y Casilda, a mí tan solo me dejaba estar, en palacio o fuera de él, pasando el día con irrelevancias. Y yo quería, *necesitaba*, sentir que eso no era porque yo no estaba a la altura de los demás.

—Solo quería que contases conmigo.

Los labios de mi madre se presionan contra mi cabeza. Yo me agarro a ella, enredando mis dedos en su vestido.

—Perdóname... No he sabido hacerlo. No era fácil tampoco para mí... No supe...

—¿Por qué? ¿Por qué sí con mis hermanos, pero no conmigo?

No contesta, y su silencio lo llenan mis sollozos. Creo que ella también tiembla. Que en algún momento se romperá, o me romperé yo, de lo fuerte que me estrecha. Hay unos minutos así, hasta que yo trato de respirar de nuevo y ella se separa un poco. Sus manos limpian mis mejillas de lágrimas. Una tormenta se instala en su mirada, esperando a desatarse y regar sus pómulos.

—Quería mantenerte al margen de todo. Quería que jamás conocieras los límites, como los había conocido yo o tu hermana. Tampoco quería cargarte con luchas que no eran tuyas, no porque creyese que no estabas capacitada para luchar, sino porque quería que alguien pudiese vivir en paz, siempre en paz.

Quería..., solo quería que fueras feliz. Que tuvieras poder para decidir cómo querías vivir. Y al mismo tiempo..., era más sencillo para mí. Siempre te he querido, Samira, desde el primer día, pero a la vez..., a la vez, era tan duro al principio...

Eso no lo comprendo. Me paso la mano por los ojos y la observo con el ceño fruncido. ¿Al principio? ¿Cuándo? ¿Cuando nací? ¿Por qué fue duro? Solo era un bebé. Había tenido ya dos antes...

Mi madre duda. Me observa, arreglándose de nuevo el pelo, y creo que es un gesto nervioso que nunca le había visto, además de simple cariño. Mientras nos observamos, algo lucha dentro de ella. Yo recuerdo, entonces, la conversación con Ivy que escuché. Aquella sensación de que había algo que yo no sabía. Lo que Fausto le había contado a la princesa...

—¿Madre?

Maryam de Granth respira hondo. Y toma una decisión que parece que haya meditado durante siglos. Con cuidado, me toma de las manos.

—Hay algo que tienes que saber... del tiempo en que naciste y cómo naciste.

Tienes razón. Tenía que haber contado contigo mucho antes. Vivir al margen de todo no te hará más libre.

Por primera vez, hay una historia que no estoy segura de querer escuchar.



Cordelia

Los planos no están por ninguna parte.

En el suelo, a mi alrededor, como cepos abiertos, han ido cayendo los libros a medida que los revisaba. He pensado que quizá me había equivocado y los había dejado en otra parte, aunque eso no tendría sentido. Al final, cansada de buscar, me dejo caer sobre la alfombra, masajeándome las sienes. Ha sido una mañana larga, pero Samira me pidió que la esperase aquí. ¿No está tardando demasiado?

Apoyo la espalda contra las estanterías y aprieto los labios. ¿Alguien ha cogido de verdad los planos? ¿Para *matar* al rey? ¿Quién cometería traición de esa manera? Mi tío era un buen hombre. Siempre tenía una sonrisa para mí.

Cuando era pequeña, también algún dulce. Se me hace un nudo en la garganta.

No puedo creer que ya no vaya a verlo más...

La puerta se abre con un gemido lastimero de los goznes. La he dejado entreabierta para la princesa. Alzo la vista con anticipación, pero no es

Samira la que entra. En su lugar me encuentro a Alden, para mi sorpresa y la suya.

—¿Cordelia? ¿Qué haces aquí?

Echo un vistazo al desastre de libros y me apresuro a recogerlos, aunque me pongo tan nerviosa se me caen algunos de las manos en el proceso.

—Lo siento, necesitaba distraerme y... —me disculpo—. Ahora lo recojo.

Alden frunce el ceño.

—No me refiero a eso. —Cierra la puerta y se acerca a mí, observándome con una renovada curiosidad, como si pudiera adivinar con solo mirarme qué es lo que se me pasa por la cabeza. ¿Cuántas veces pensé que así era?—. Pensé que estarías con Ivy. ¿Dónde está?

Aprieto las encuadernaciones contra mi pecho.

—¿Ivy? ¿La estás buscando? ¿Qué ha ocurrido?

—Tu prima ha ido a ver al Consejo hace un rato. Como la puerta estaba entreabierta, esperaba que se hallase aquí. Salió disgustada después de la reunión. Quería convencerla de que todos estamos tan dolidos como ella por la muerte de su padre y que precisamente por eso necesitamos estar unidos. Es obvio que ahora no confía en el Consejo...

Mi esposo se detiene frente a mí y coge los tomos de entre mis manos con delicadeza. Empieza a colocarlos en los huecos de las estanterías, atendiendo a su orden, leyendo sus títulos antes de guardarlos.

—¿Ha pasado algo?

—Quizás hemos sido un poco bruscos, y ella no está acostumbrada. Tiene que entender que la política es... un asunto muy serio. No debería meterse.

Qué injusto. Ivy sabe perfectamente cómo es la política. Ha vivido en este castillo toda su vida. Aunque calle, aunque a veces simplemente observe, es obvio que conoce los entresijos. Ha sido educada en parte para ello, incluso si sus mentores no pasaban tanto tiempo con ella como lo habrían hecho con un príncipe.

—Ivy es...

—Ivy debería estar pendiente a sus tareas como princesa —suspira—. Y debería saber que el Consejo tomará las decisiones que crea mejor para ella.

Bajo la vista. Él alarga la mano. Sus dedos recogen un mechón que se ha soltado de mi prieto moño y lo enreda en torno a mi dedo. Es un gesto sutil, delicado, cotidiano entre nosotros.

—El príncipe de Granth no ha hecho nada —murmuro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estuviste con él anoche, vigilando sus movimientos? —Hay un ligero tono de broma en sus preguntas. Por supuesto, estaba entre los brazos de Alden, dormida—. Es obvio que a nuestra princesa le gusta Fausto de Granth. Y quiero creer que él no está relacionado, porque odiaría ver a nuestro país envuelto en algo demasiado grave. Pero la corona de Granth estaría encantada de devorar a la de Dione si se da la oportunidad, Cordelia. Es así como funciona la política. —Se apoya en la estantería y se inclina hacia mí. Roza mi mejilla con ternura, casi con cierta lástima, mientras su otra mano sostiene mis propios dedos—. Sois demasiado inocentes para este mundo. Las dos. Pero yo puedo protegerte de todo mal...

Quiero decirle que eso que ha dicho sobre Ivy no es justo. Que lo que está haciendo el Consejo en el nombre de su protección no lo es. Que el príncipe no es malo, ni lo es la corona de Granth. Que la princesa Samira está llena de dulzura e inseguridades, y que desde que la conozco me ha hecho darme cuenta de que quizá puedo ser más de lo que siempre me he permitido. Pero las palabras no me salen y lo único que sé es que el rostro de Alden se acerca para besarme.

Yo, por primera vez en mucho tiempo, siento pánico al verlo. No quiero sus labios sobre los míos, no me siento cómoda con la idea ahora, pero ¿está bien pensar siquiera en negarme? Es mi esposo. Tiene el derecho a besarme cuando quiera.

Antes de que lo haga, oímos la puerta abrirse y ambos nos volvemos. Samira no ha llamado y, al vernos juntos, parece arrepentida.

—Alteza. —Alden no aparta su mano de la mía, aunque yo desearía zafarme de su contacto. Creo que es solo porque sé que a Samira no le agrada mi esposo, pero la idea de que nos vea juntos no me hace sentir bien del todo—. ¿Puedo ayudaros en algo?

Samira lo mira con tanta fijeza y seriedad que parece que vaya a atravesarlo con los ojos rojos e hinchados. Sé que ha vuelto a llorar. Este día

apenas ha comenzado y ya debe de ser demasiado largo para ella. Demasiado duro.

—Venía a por lectura. —Su voz está ronca, como si todavía tuviera un sollozo alojado en la garganta, aunque parece recomponerse cuando cuadra los hombros—. Para distraerme, ya que está siendo un día complicado. Un rey muerto. —Sus ojos sobre Alden—. Un príncipe injustamente acusado...

Mi esposo baja la cabeza a modo de disculpa. Le da un apretón a mis dedos.

—Me gustaría hacer algo por vuestro hermano —dice como si realmente lo hubiera intentado—, pero me temo que el Consejo funciona por votaciones y nadie me apoyaría. —Se vuelve hacia mí—. Vamos, querida. Busquemos a Ivy.

Él da un paso hacia delante, pero yo me quedo clavada en el sitio. Las palabras de Ivy pidiéndome que la dejara sola todavía resuenan en mi cabeza y, además, quiero decirle a Samira que no he encontrado nada. Y estar a su lado, ofrecerle mi apoyo...

—Me gustaría quedarme con la princesa —pido—, por si necesitase algo. Aunque Alden todavía sigue sonriendo, sus comisuras descienden un poco.

¿Pensará que estoy desafiándolo?

—Pero probablemente *tu* princesa te necesite más, Cordelia —repite él, haciendo hincapié en dónde cree que deberían estar mis lealtades.

Abro la boca para decirle que el hecho de que sea una ciudadana de Dione no me impide apoyar a alguien que no sea de aquí, princesa o no, cuando Samira me interrumpe:

—De hecho, la princesa se encuentra ahora con mi madre, así que no creo que requiera la presencia de Cordelia en este momento: están hablando de asuntos de reinas.

Si Alden había estado sonriendo en algún momento, ahora me parece que ha tenido que ser producto de mi imaginación. Deja de mirarme para fijarse en la granthiana.

—En Dione no tenemos reina, alteza.

Hay un filo en su voz. No me gusta. Igual que no me gusta que siga dándome la mano delante de Samira o quiera arrastrarme fuera de la

habitación.

—No se lo estáis poniendo fácil, es cierto. Pero no os preocupéis: eso provocará reacciones mejores cuando la coronen. No pienso perdermelas.

—Con todos mis respetos, alteza, haríais bien en preocuparos solo de los asuntos que conciernen a vuestro reino y no de los de Dione, sobre los que os recuerdo que no tenéis ninguna potestad.

Su tirón llega tan súbitamente que esta vez no puedo resistirme. Cuando trastabillo y estoy a punto de caer, me recuerdo que Alden no haría esto normalmente. Está frustrado porque Arich le ha convencido de que en Granth las personas solo quieren poder, y eso hace que se tense con la princesa, pero no me desea ningún mal. No se ha dado cuenta de que quiero quedarme.

—E-espera, Alden —le pido antes de volver a clavar los talones en el suelo.

Veo a Samira dar un paso hacia delante cuando mi esposo vuelve a detenerse.

—Os ha dicho que no va a ir con vos.

—Quizá tenga que recordaros que tampoco tenéis potestad sobre mi esposa.

Aunque, bien pensado, quizá quien debería marcharse de aquí seáis vos.

—¿Y qué haréis si no me voy? ¿Sacaréis de aquí a vuestra esposa a rastras?

Sin duda, sois un caballero.

Siento que Samira está demasiado cerca de traspasar una frontera para la que no hay retorno y lo peor es que no sé cómo salvarla. Nadie puede hablarle así a un miembro del Consejo. Ni siquiera a un noble, por muy princesa que sea. Por eso me apresuro a dar un paso hacia delante. Le diré a Alden que me iré con él hasta el mismo centro de Marabilia si con eso consigo que deje que fulminarla con la mirada como lo hace.

—Alden, está bien. No... La princesa no lo ha dicho con maldad. Está alterada. —Un simple apretón en respuesta al agarre de mi mano es suficiente para que él se relaje un poco—. Su hermano, al fin y al cabo...

No hace falta que diga nada más. Lo miro con súplica y él asiente, conforme.

Es un mudo acuerdo, lo sé. Un «hablaremos más tarde».

Cuando se inclina y me roba el beso que iba a darme antes, ni siquiera puedo pensar en rechazarlo.

—Tienes razón, querida —murmura—. Disculpadme, princesa Samira. No me cabe duda de que estáis... nerviosa por la actual situación. Pero no os preocupéis: Cordelia no os dejará sola.

Se aparta de mí. Permite que suelte su mano, con suavidad, y camina hacia Samira. Yo temo el choque, el momento en que sus ojos vuelvan a cruzarse. La princesa se pasa la lengua por los labios, paladeando sus próximas palabras.

Alden, por su parte, me da la espalda y no alcanzo a verlo. Tampoco es necesario: no hace ningún movimiento en falso, pero ella, justo antes de que vaya a salir por la puerta, lo coge del antebrazo sin previo aviso, muy cerca del codo. Es un movimiento tan repentino que hasta yo doy un respingo.

—Volved a tratar así a Cordelia delante de mí y lo próximo que conoceréis de Granth es cómo luchamos allí.

Mi esposo se ha quedado paralizado, pero vuelve a la realidad solo un instante después. Su tirón es tan brusco que temo que vaya a usar el movimiento de su mano para abofetearla, pero él no haría algo así jamás. En su lugar, se arregla la ropa y abre la puerta para salir.

—Un lugar curioso, Granth, donde se instruye a las mujeres en la lucha —sisea—. Supongo que dice mucho que haya una nación donde los hombres no son capaces de proteger a sus mujeres.

Eso es todo. No hay gritos ni discusiones. La puerta se cierra tras él y el silencio cae sobre la biblioteca. La mano de Samira se mantiene en el aire, los dedos abriéndose y cerrándose, como si estuviera intentando recuperar la sensación de su brazo bajo su toque.

Yo me adelanto.

—¡Samira! —la reprendo—. Eso ha sido completamente innecesario.

Ella se gira hacia mí. Me observa con la misma cautela con la que yo trataba a Alden hasta hace unos momentos, pero no dice nada. Tarda un poco en dejar caer el brazo y, cuando me aproximo, ella me está esperando. Coge el mismo mechón de pelo con el que Alden estaba jugando para ponerlo tras mi oreja. Es un gesto distraído, un reflejo para colocarlo todo en su sitio, y

cuando sus nudillos rozan la piel de mi cuello, un estremecimiento me recorre todo el cuerpo.

—No tienes que soportar que te trate así, por mucho que sea tu esposo.

No sé si puedo responder a eso, así que decido centrar toda mi atención en ella. Mis manos acunan su rostro y mis pulgares pasan cerca de sus párpados.

—¿Te encuentras bien? —pregunto entonces.

La princesa parece lo bastante sorprendida (y avergonzada) por mi roce como para olvidar qué estaba diciéndome. Aunque duda, sus manos se alzan y cubren las mías.

—Sí. Mi madre se encargará de manejar a mi padre. Sabe cómo hacerlo. No hay de qué preocuparse.

Aunque sé que miente, que no está bien, no insisto. No hago preguntas. Si no quiere hablar, no la obligaré. En su lugar, aprieto sus manos y las bajo, tendiendo un puente entre las dos que no podemos cruzar. Ella mira nuestras manos unidas durante un segundo. Y creo que se relaja, aunque sigue habiendo una peligrosa tensión en sus hombros. Su mirada después se alza hacia las estanterías.

—¿Qué has descubierto?

—Lo siento —suspiro—. El libro que contenía los planos está ahí, pero no las páginas que recuerdo. Y por mucho que he buscado...

Me aparto e intento no hacer caso al cosquilleo que queda en mis manos. Al calor que se lleva el frío de la habitación. Mis dedos recorren de nuevo los títulos en las baldas mientras rozo cantos y broches. No veo páginas que sobresalgan.

No veo nada fuera de lugar. Me alejo un par de pasos, hasta que todos los estantes parecen iguales.

—Cordelia. —Me giro al escuchar mi nombre y la veo unos pasos más atrás, con los puños apretados y la mirada en sus pies—. Sé que no vas a entender la pregunta que voy a hacerte. No te va a gustar. —Un titubeo—. Pero la noche que se hicieron pasar por ti y anoche, ¿podrías asegurar que Alden estuvo todo el tiempo a tu lado?

Sé qué está insinuando. Entiendo sus palabras, pero eso no impide que el sentido, en conjunto, se me escape. Porque es una locura. Claro que Alden

estaba a mi lado. ¡Dormimos en la misma cama! Cada noche, desde que nos casamos, me abrazo a él y me quedo dormida. Si se levantase, lo sabría. Aquella noche, cuando atacaron a Ivy, estaba junto a mí cuando abrí los ojos. Y esta mañana me ha despertado un beso suyo.

Alden nunca haría algo así. Alden es un buen hombre. Supe que lo era desde el principio, desde la primera vez que me sonrió.

—Estás equivocada.

—¿Estás *absolutamente* segura de eso, Cordelia?

Claro que lo estoy. Aprieto los labios, doy un paso hacia atrás y me golpeo la espalda contra la estantería. Duele, pero más duele la incertidumbre. Si él se hubiera levantado, lo sabría. Me lo repito, intentando encontrarle un sentido a que no pueda simplemente deshacerme de la idea. Si fuera un asesino, lo sabría.

Si hubiera intentado matar a mi prima, a nuestra princesa, lo sabría. Si estuviera compartiendo mi vida con un criminal, lo sabría.

Lo sabría.

A Samira no le gusta, y ahora está dolida por la pérdida de *Aesir* y trata desesperadamente de encontrar un responsable sobre el que liberar su rabia. Pero no puede decir esto de Alden. Es mi esposo. Tengo que estar de su parte. Tengo que creerlo. No. No es eso. Lo creo. Si ahora fuera y le preguntara directamente, sé que me miraría a los ojos y me diría que no ha tenido nada que ver en todo esto. Porque es inocente.

Y si no lo fuera, yo tendría que saberlo.

—Cordelia. —La voz de Samira suena un poco más dura—. Cuando le he cogido el brazo, ahora...

No. No quiero escucharla.

—Basta. —Me llevo las manos a los oídos para cubrirlos y que sus palabras no tengan influencia sobre mí—. No sé qué te ha parecido ver o qué estás pensando, pero te equivocas. Estás buscando en el sitio equivocado —gimo—. Podría haber sido Farren. O Arich. O...

—O el Consejo entero, Cordelia. —Samira se acerca a mí. Su mirada sigue siendo acerada, pero también profundamente triste, y allí, en el fondo, se encuentra la compasión. Sus dedos cogen los míos con una caricia que se

me antoja lejana. Me obliga a apartar las manos de mis orejas—. No podemos descartar sospechosos. No ahora. Tú lo sabes. Quieres ayudar a Ivy, ¿verdad?

Quieres que esto se solucione. Y querías ayudarme a mí. *A Aesir.*

—Ivy no quiere mi ayuda —murmuro—. Probablemente piensa que soy inútil para esto. *Lo soy.* Tampoco puedo ayudarte a ti...

—Ivy necesita toda la ayuda del mundo, Cordelia. Y tú no eres inútil. Has estado a su lado todo el tiempo, desde que erais pequeñas, y la has apoyado, ¿verdad? Nos has apoyado a todos. Incluso a mí, cuando no me conocías de nada. Siempre estás dispuesta a ofrecer tu paciencia y una sonrisa, llena de ganas de que todo el mundo esté bien. —Ella misma intenta sonreír ahora, aunque no le sale muy bien—. Quizá te parezca una ayuda menos visible, pero es el tipo de ayuda más necesaria. No todo el mundo tiene la suerte de saber que hay alguien que, pase lo que pase, estará ahí.

Siento ganas de abrazarla. Quiero decirle que también, pase lo que pase, quiero estar ahí para ella. Sin embargo, solo puedo mirarla, repleta de miedos.

¿Se da cuenta de lo que sugiere? ¿De lo que significaría para mí que Alden tuviera algo que ver en todo esto...?

¿Qué tengo que hacer?

Sus manos se posan en mis mejillas con una dulzura que hace tiempo que nadie me prodiga. Pensé que las yemas de sus dedos se sentirían mucho más ásperas. Su rostro se acerca cuando apoya la frente en la mía.

—Necesitamos descubrir qué está pasando. Y para conseguir eso, Cordelia, tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano. —Un instante de duda. Una disculpa silenciosa—. Hasta investigar a Alden si es necesario. Puedes decidir no hacerlo. Pero yo no voy a quedarme quieta. Lo siento.

Se separa de mí. Me suelta, pero antes de que se aleje de verdad, yo alzo la mano y cojo su brazo.

Yo también necesito llegar al fondo de todo esto. Porque necesito convencer a todo el mundo de que Alden es el hombre más maravilloso que he conocido.

Porque necesito convencerme a mí.



Ivy

Nos encontramos en la sala donde nos hemos reunido los últimos días para la Cumbre, aunque nunca la había visto tan llena. Hoy los reyes no están solos. A la derecha de cada uno se sientan sus reinas (los que las tienen) y, tras ellos, de pie, aguardan sus hechiceros o nigromantes. Greta se encuentra detrás de mí, con las manos sobre la falda y el rostro serio. Aunque los miembros del Consejo se sientan no mucho más allá, ella se ha negado ponerse con ellos, dejando claro dónde está su lealtad.

A pesar de que la estancia rebosa de gente y noto el ambiente cargado, no consigo entrar en calor. Le echo la culpa a que solo he dormido un par de horas.

Un dolor sordo me palpita en la sien izquierda.

Kay, a mi lado, me aprieta la mano con suavidad. Intenta sonreír para mí.

—Todo va a salir bien.

Quiero creerla, pero no me quedan fuerzas. Nunca más voy a volver a creerme esa mentira. Cuando alguien la pronuncia, parece que todo vaya a ir a peor.

Geraint de Dahes es el último en entrar y sentarse, seguido de cerca por su nigromante, Quinn, un hombre que viste a la moda tradicional de los

suyos, con la túnica negra y el amuleto azul brillando sobre su pecho con más fuerza que cualquier estrella. La puerta se cierra tras él y un silencio tenso se hace en la sala.

Sé que esperan, así que no me hago de rogar y me levanto, consciente de que, de pronto, todos los ojos están puestos en mí. Cuando le dije a la reina Maryam que quería reunirlos a todos aquí, ella no se negó. Solo me preguntó si estaba segura y me dejó hacer. Me prometió su apoyo.

Supongo que eso es lo único que busco.

—Sus majestades, probablemente no hay nada que pueda decir que no haya llegado ya a vuestros oídos, pero permitidme, de todas formas, que os cuente la verdad. Esta mañana, mi padre ha sido hallado muerto. —Hago una pausa, tragándome el amargo sabor que deja esa simple palabra. Hay ojos que se apartan, conscientes de mi dolor o sin deseos de enfrentarme. Yo me obligo a coger aire—. Mi padre tenía una salud delicada desde hace varios años, a pesar de que intentaba mostrarse fuerte. Su intención era delegar parte de su trabajo en mí, por lo que había decidido empezar los trámites para cambiar la ley hoy mismo. Sin embargo, el Consejo regente cree que alguien ha asesinado al rey y ha encarcelado al príncipe de Granth, una resolución con la que no estoy de acuerdo. —Mis últimas palabras se pierden en la algarabía que se ha levantado, en las protestas y en los comentarios. No me importa. Eso era lo que pretendía: que nadie se quedara indiferente. Que el Consejo apareciese como es a ojos de todos.

En otra situación, puede que hasta disfrutase de la mirada de rencor de lord Arich. De su mandíbula tensa, apretada, y de la forma en la que sus ojos se entornan. Pero es, después de todo, un hombre que ha dedicado su vida a la política. Y como el mejor de los actores, se levanta y pone las manos sobre la mesa.

—Si hemos encarcelado al príncipe no es porque tengamos nada en contra de él, sino porque se lo vio anoche caminando solo por los pasillos, y tenéis que reconocer que la coincidencia es sospechosa. Pero estamos dispuestos a rectificar, si es necesario, y a soltar al príncipe, al que simplemente hemos retenido en sus habitaciones por su seguridad hasta que todo este terrible asunto esté aclarado.

—¿Terrible asunto...? —Fadir de Granth, al otro extremo de la mesa, hace rechinar sus dientes. Parece a punto de levantarse y creo que si no lo hace es solo porque la reina Maryam, siempre tan comedida, ha dejado su mano sobre su brazo, instándolo a tranquilizarse. Ella tiene el rostro imperturbable; se le da mucho mejor que a su marido ocultar sus sentimientos.

—Se trata de una medida cautelar —continúa Arich, y es obvio que le gusta demasiado el sonido de su propia voz—. Es decir...

—No hay pruebas concluyentes de que el rey haya sido asesinado.

Lo siguiente que escucho es el roce de las prendas de todas las personas de la sala al volverse hacia mí. No, no hacia mí, sino hacia la persona que me guarda.

Greta nunca ha tenido demasiada paciencia, y lo ha dejado claro al interrumpir a lord Arich. Su apatía normal, la que muestra a todo el mundo, ha sido sustituida por una expresión de desafío. Los demás nigromantes y hechiceros bajan la vista. Ella misma me ha dicho al entrar que no han detectado nada. No hay veneno, por lo que parece. No hubo lucha. La muerte de mi padre fue pacífica y eso me consuela un poco, aunque también me ha advertido que no deberíamos descartar que fuera provocada. Porque nosotras sabemos que hubo alguien en los pasadizos y más ataques antes de este, aunque no hace falta informar a los demás monarcas de ello.

—Bien, en ese caso...

—¿Ya está? —Fadir de Granth, ahora sí, entorna los ojos y se pone en pie. La expresión de Maryam se ensombrece—. Habéis insultado a un príncipe de Marabilia, y lo menos que merece es una disculpa.

—Entenderéis que sospechémos, cuando el príncipe caminaba solo de noche por los pasillos, majestad.

—No creía que fuéramos presos, sino invitados. —El tono de Arthmael de Silfos es más duro de lo normal en él—. ¿Vais a culpar a todo el que haya estado fuera de sus habitaciones? Porque, si es así, yo reconozco que anoche estuve en la ciudad. Quizá queráis apresarme por alguna pelea que haya habido en alguna taberna. Tengo más fama de problemático que Fausto de Granth, así que podría entenderlo.

Aunque sé que en el fondo hay una nota de broma, el rey del país vecino no sonríe, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el Consejo. Sé que le tenía aprecio a mi padre. Las relaciones entre nuestros reinos siempre han sido favorables y, cuando Arthmael subió al trono, eso no cambió. Me alegra saberlo de mi parte.

—Lo que no entiendo es cómo hemos llegado a esto. —Geraint de Dahes se alisa una casaca perfectamente lisa ya—.  No hubiera sido más sencillo que el príncipe hubiera pedido demostrar su inocencia mostrándole a un nigromante imparcial sus recuerdos de anoche?

Cojo aire, esperando que nadie se dé cuenta de que me pongo un punto más pálida. No. Claro que no. Aparte de que eso demostrar a que durmió en mi cuarto, hay ciertas cosas (al margen de mí) que el príncipe no está dispuesto a mostrar.

—Es un príncipe, lord Geraint. No pretender is que muestre a cualquiera los secretos de su reino que puedan acompañar a sus pensamientos —alega Rita de Sienna, evidenciando de qué bando está.

—Nadie tuvo ninguna pega hace dos años, cuando me pedisteis que hiciese eso mismo en la Cumbre de urgencia.

A mi lado, Kay se endereza. Aunque creo que dir a algo, finalmente aprieta los labios y calla. Supongo que no quiere complicar la situación del príncipe echándole a su padre en cara que no accedió precisamente porque era un declarado culpable.

—El príncipe ha considerado que prefería el encierro —aclarar Arich, y le dedica a Geraint una mirada de gratitud que no nos pasa desapercibida a ninguno de los presentes. Est n cortados por el mismo patrón—. Lo que no sé cómo interpretar.

El rey de Dahes se relame.

—Si el chico fuera inocente...

—Por favor, si alguien quisiera matar a un rey, no andar a por los pasillos a la vista de todos. —Arthmael de Silfos se vuelve hacia el dahense con disgusto—. A menos, claro, que vos sep ais de asesinatos más que los demás. En ese caso, no añadiré ni una sola palabra.

El dolor de cabeza que me ha atormentado durante un buen rato se intensifica al escuchar a los hombres discutir. Solo quiero salir de esta sala,

pero al mismo tiempo sé que aún me quedan cosas por decir. Por eso alzo la mano, cortando cualquier murmullo.

—Pido al Consejo que se disculpe formalmente con Granth por este insulto. —Mi voz no tiembla. No sé de dónde saco la fuerza para ello, porque el corazón me late tan acelerado que creo que me desmayaré—. Y reclamo que los miembros aquí presentes dimitan de sus cargos. Lo que han hecho, sin pruebas válidas de ninguna clase, cuando al príncipe ni siquiera se lo vio cerca de los aposentos de mi padre, roza la traición.

Hay un silencio lleno de sorpresa. Los miembros del Consejo me miran, anonadados, como si no pudieran comprender cómo hemos llegado a este punto.

Sus caras se ensombrecen al instante. Su odio es tan patente que creo que mi piel se impregnará con él. Dejan muy claro que eso no va a ocurrir. Que creen que mi petición es descabellada y, por supuesto, que no tengo derecho a pedir eso.

Contra todo pronóstico, Darrow se levanta. Lo hace con suavidad pero decidido, apoyándose en la mesa. Me mira con fijeza, con los ojos tristes de quien ha perdido a un buen amigo, y yo sé cuantísimo le duele esta situación.

—Alteza. Mi lealtad está con vos, como lo estuvo en su momento con vuestro padre. No creo que todas las decisiones que ha tomado el Consejo desde esta mañana hayan sido las adecuadas. Ni creo que esté haciendo bien a vuestra causa. Por eso acepto vuestra petición. Dimito de mi puesto.

Tomo aire.

—Gracias, lord Darrow.

El hombre se limita a inclinar la cabeza. Cuando abandona la sala, su dignidad es mayor que la del resto de miembros del Consejo juntos, que se quedan sentados con semblantes serios. No espero que ellos se levanten.

—Si he entendido bien, alteza —murmura Farren—, esperáis que dejemos al país sin regencia. Sin protección. Eso está completamente fuera de cuestión.

Seríamos unos traidores si...

—No. No es eso lo que quiero. —Niego con la cabeza y ellos me miran contrariados.

—Queréis que os coronemos —apunta Alden con tono monocorde.

—Hasta donde estoy informada, las mujeres *todavía* no pueden reinar en Marabilia. Y supongo que no os convenceré de lo contrario, pese a que fuera el expreso deseo de mi padre que esta mañana se cambiaran las leyes en Dione.

Pero sigo prometida. Y el príncipe Fausto podrá ascender al trono cuando nos casemos.

No son ellos los únicos que se sorprenden; los reyes y las reinas también me miran con asombro. Intercambio una mirada con la reina Maryam. Ella sabe lo que me propongo. Puede que el Consejo no cambie las normas, pero Fausto, una vez coronado, no tendrá ningún problema en hacerlo. Han sido muchas las ocasiones en las que me ha dicho que me cedería sus privilegios si yo se lo pidiera; en otras tantas, yo me he negado o he estado insegura al respecto. Pero ahora sé que tendrá que ser así.

—¿Una boda? ¿Cuando el cuerpo del rey todavía está caliente? Eso es del todo...

—¿Inapropiado? —concluyo—. Inapropiado sería una fiesta. Inapropiado sería usurpar su lugar e ir en contra de sus deseos en favor de aferrarse al poder durante todo el tiempo posible. ¿Queréis que hablemos de cosas inapropiadas, lord Farren? ¿Sabéis cómo llamamos aquí a los hombres que intentan llegar alto pasando por encima de los cadáveres de otros? O de la *incapacidad* de otros, debería decir.

Nadie se atreve a hablar. Creo que los presentes incluso contienen su respiración.

—No sé de qué estáis hablando, princesa...

—Traidores —pronuncio con mucho cuidado, mirándolo a los ojos hasta que él tiene que apartar la vista—. Un delito para el que, por si se os olvida, la pena de muerte sigue vigente en nuestro reino. Mi padre no tuvo que condenar nunca a nadie de esa manera, pero eso no significa que no pudiera.

El ambiente es tenso. Farren empieza a sudar. Estoy completamente segura de que se ha dado cuenta de qué estoy hablando, pero no sé si lord Arich y lord Mormont están al tanto de cómo intentó trepar hacia el trono. Supongo que no, ya que haberles confesado eso significaría haber confesado que aspiró a que su hijo gobernara Dione. Por otro lado, ¿de verdad pienso

que puede haber una amistad entre ellos? Estos hombres harán lo que haga falta para lograr el poder.

Llegada a este punto, tengo claro quiénes están conmigo y quiénes, contra mí.

—Espero que no insinuéis que un miembro del Consejo ha actuado deslealmente. Ese es un insulto que...

—Espero que no hayan insinuado, mis señores, que un príncipe de Marabilia fue el causante de la muerte del rey —lo interrumpo—. Se han librado guerras por menos.

Si alguna vez me tomaron a la ligera, espero que ahora lo estén lamentando.

—¿Sabéis vos acaso dónde estaba anoche, alteza?

La pregunta del rey de Dahes es tan impertinente como fuera de lugar.

—Estaba en mis aposentos, majestad. Pero, si mi palabra no os vale, tendré a bien presentar mi mente a vuestro nigromante. No tengo nada que esconder.

Eso es verdad a medias. No estoy dispuesta a revelar mis secretos y los de Fausto, pero espero sonar lo bastante convincente para que nadie se atreva a comprobarlo. Y, de todas formas, mi comentario despierta cuchicheos y, para mi más profunda satisfacción, miradas de incredulidad por parte del Consejo.

—Ahí tenéis a vuestro culpable: un caballero que temía que haber pasado la noche en mis habitaciones me causara problemas entre los míos. —Entorno los ojos—. Pero estoy segura de que el Consejo, que actúa siempre *por mi bien*, no dejaría que el honor de mi familia quedase... mancillado.

Todos los reyes y las reinas observan a lord Farren, Arich y Mormont. La decisión es solo suya, pero saben todo lo que está en juego. Farren parece a punto de vomitar, blanco como la cera; un paso en falso puede llevarlo a la horca. Por su parte, Arich es consciente de mi desafío y Alden, con el rostro inexpresivo, debe de estar pensando que una prima reina es mejor que darle la espalda a Marabilia. Porque, si anulan el compromiso, habrá represalias.

Arich se humedece los labios.

—Creo que podemos negociar esto en privado, alteza.

—Creo que es mejor tener testigos, mis señores. Testigos que se aseguren de que los tratos se cumplen. ¿Y qué personas más adecuadas que los

soberanos de Marabilia, cuya palabra es la ley?

Alden Mormont alza el rostro. Su expresión se ha suavizado y suspira.

—Es obvio, princesa Ivy, que os habíamos infravalorado. —El esposo de mi prima se levanta e inclina la cabeza—. Vuestro padre tenía razón, después de todo: seréis una reina inmejorable.

Me dejo caer en mi sitio, pillada por sorpresa. ¿Está diciendo lo que yo creo?

—¿Significa eso que...?

—Creo, lord Arich, que nuestra princesa bien merece que cambiemos la ley.

El interpelado mira a su compañero como si recibiera una puñalada inesperada. Observa a todos los presentes y al final, a regañadientes, respira hondo.

—La corona de Dione se quedará en Dione —accede—. Parece que no habrá mejor lugar que sobre vuestra cabeza. Pero... —Una larga pausa. Yo frunzo el ceño, sin entender cuál es el hilo que he dejado suelto para que pueda tirar de él—. ¿Para qué necesita nuestra reina un rey? Si vuestro padre decidió casaros fue porque deseaba un heredero, pero ahora tenemos a una *heredera*.

El placer impregnado en la voz del hombre no me deja lugar a dudas: disfruta apartando a Fausto del poder. De hecho, disfruta simplemente con el insulto que está lanzándole al rey Fadir, que entorna los ojos, airado.

—¿Estáis rompiendo el trato que mi reino cerró con Dione?

—Comprendemos, majestad, que os hemos insultado encerrando a vuestro hijo —dice Alden.

No solo se trata de echar a Fausto de aquí porque no les guste como rey. Se trata también de dejarme sola, sin aliados que les dificulten manejar a su antojo.

Los puños de Fadir de Granth se cierran sobre la mesa. No. Esto no tenía que ser así. El tema de la boda sería tratado solo entre Fausto y yo, los únicos con potestad para hablar de ella. Partiríamos en buenos términos. Íbamos a seguir viéndonos. Íbamos a seguir apoyándonos.

—Y seguís insultándonos, atreviéndoos a sugerir la ruptura de una alianza pactada durante meses a días del enlace. Esta unión era más que una corona

—nos recuerda el rey—: era una muestra de colaboración y creación de lazos entre nuestras naciones. Por vuestras palabras, deduzco que ya no estáis tan interesados en las buenas voluntades que sin duda el rey Derrick sí compartía.

—El rey tomó muchas de esas decisiones al margen del Consejo —dice Arich—. Nunca fue nuestra intención que la princesa y el príncipe llegaran a comprometerse.

Fadir aprieta los dientes, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no mostrar su furia. Creo que aquí se acabará todo. Creo que ganarán. Creo que, para cuando el sol se ponga, Fausto será arrastrado lejos de estas tierras por su padre.

Pero entonces la voz de Maryam de Granth suena, serena y firme:

—Vuestro rey tenía todo el derecho del mundo a tomar las decisiones al margen del Consejo. Por eso, mis señores, era rey. Y lo mismo podrá hacer la princesa a la que habéis legitimado. Casarse será decisión de ella. —Me mira—. Estoy convencida de que podremos mantener los buenos términos y condiciones de nuestra alianza en cualquier escenario —me dice, y yo asiento sin pensar. Pretendo que la alianza siga adelante, claro—. Nosotros, como reyes, hablaremos de ello con nuestra igual. Vosotros, lamento recordároslo, solo sois regentes. Y por un tiempo muy limitado.

Admiro la fuerza de la reina. Admiro la forma en la que hace que todo parezca sencillo. En el futuro, me gustaría ser así. Tan calmada, tan lista, tan... entera, pese a las adversidades. Pese a todo lo que sé que ha tenido que vivir. Me humedezco los labios, pero observo al Consejo. A ella no saben cómo insultarla.

No creo, tampoco, que lo consiguieran, quizá porque no me imagino a la reina Maryam anteponiendo un insulto personal a todo lo demás.

—Por supuesto, majestad —murmura Alden Mormont, intentando volver a traer la paz y escapar del bochorno de haber sido regañado por una reina de Marabilia—. Confiamos en que nuestra futura reina tienda puentes entre nuestro reino y los demás. Y estoy seguro de que hablo en nombre de todos los miembros del Consejo cuando digo que estamos deseando apoyarla en todo lo que haga.

Me dedica una sonrisa y yo siento un escalofrío.

Sé que este tema no se ha acabado.



Fausto

Doy la décima vuelta por el cuarto. Al menos han tenido la decencia de no encerrarme en una celda, como a un verdadero criminal, y aunque mis aposentos son grandes, me siento atrapado. Mis pies han pisado la alfombra tantas veces como mi cabeza ha regresado sobre todos los escenarios posibles más allá de esta puerta. He tenido tiempo para pensar con calma en todo lo que ha hecho el Consejo y no tengo ninguna duda de que van a liberarme, de que no pretenden acusarme de verdad de regicidio. Es algo más sencillo: están insultando a mi reino con la simple sospecha, lo suficiente para que nos marchemos de Dione por orgullo. Cancelado el matrimonio, con Ivy sola y sin la nueva ley, ellos se quedarán el poder. Quieren apartarme, pero sobre todo quieren apartar a la princesa de cualquier posibilidad de acceder al trono.

¿Y si les funciona? Fadir de Granth es un hombre orgulloso. Puedo imaginarlo airado, decidiendo que no habrá boda, que sus barcos partirán con la primera marea y nadie de Granth pisará de nuevo este reino.

Pero, si así es, no me marcharé a ningún lado. No pueden obligarme, y yo no pienso dejar a Ivy sola. Si nos separamos, que sea porque nosotros queremos hacerlo, no porque nadie tire de nosotros en direcciones contrarias.

Somos Fausto e Ivy. Nadie puede obligarnos a ser menos ni más entre nosotros.

Cuando la puerta se abre, me convierto en piedra un segundo antes de girarme. Un guardia hace una reverencia profunda. Alzo la barbilla, observándolo, intentando parecer más orgulloso y calmado de lo que en verdad me siento. Quiero que me diga qué ha ocurrido durante estas horas; aunque las preguntas me queman en la lengua, no deseo parecer impaciente.

—Alteza. El Consejo ofrece sus disculpas y ha anunciado que sois libre. No hay pruebas contra vos.

—Por supuesto que no las hay. Y vuestro Consejo debería ofrecer sus disculpas en persona, pero ni siquiera tienen la vergüenza o el honor suficiente para ello.

La voz del rey de Granth suena clara, llenando la estancia. Mi padre entra en la habitación con un mohín de desprecio hacia el soldado de Dione, que lo acepta con entereza y hace una nueva reverencia.

—De nuevo, nuestras disculpas.

No dice nada más. Mi padre sigue con la mirada fría cómo se cierra la puerta cuando se retira. Con precaución, observo a ese hombre, acostumbrado al poder, a que se hagan sus deseos. Tengo que saber en qué punto estamos. Soy libre, sí, pero ¿a qué precio?

—Padre —digo, agachando la cabeza.

—Al parecer, este compromiso ha sido un error desde el principio. Este lugar es un nido de traidores.

Lo dice con desprecio y yo siento el corazón latirme fuerte contra el pecho.

¿Ha caído en la trampa? ¿Se ha dejado llevar por la furia? Cuando se vuelve hacia mí, trato que me vea tranquilo, aunque tengo que apretar los puños. Se acerca y apoya la mano sobre mi hombro y entonces, de repente, toda la tensión desaparece de su rostro cuando sonrío con satisfacción.

—Pero parece que la princesa te es leal. Lo has hecho bien, hijo mío.

Eso me descoloca. Creo que lo ve, que no consigo disimularlo, porque se me escapa un parpadeo. Hay algo en la manera de felicitarme que no me gusta.

—¿Qué ha pasado?

—La princesa ha reunido a todos los reyes y reinas y a su Consejo. Ha estado especialmente elocuente y te ha defendido. Ha puesto en un verdadero apuro a esos desgraciados que se han atrevido a sospechar de ti y nos han insultado a todos con ello. Salió en tu defensa y consiguió que tomaran en serio su posición.

Cojo aire. El orgullo me llena el pecho y no soy capaz de pensar en nada más que Ivy frente a todos los reyes y reinas de Marabilia, enfrentándose a personas que ya han dejado claro que desean el poder. Puedo imaginar su rostro, serio y altanero, su barbilla alzada y su mirada llena de decisión. Ivy de Dione está cansada de que pasen por encima de ella, y hoy lo ha demostrado con más entereza que nunca. Lamento habérmelo perdido.

—¿Será reina? —susurro.

—Oh, eso le ha prometido su Consejo, antes de tratar de romper vuestro compromiso.

El desprecio aparece de nuevo en la voz de mi padre y yo, de pronto, entiendo lo que ocurre. Sé, de inmediato, qué viene a decirme. Lo observo con precaución.

—Por si tu encierro no fuera suficiente insulto, se han atrevido a sugerir la ruptura de todos nuestros tratos con el difunto rey. Me he sentido tentado de aceptar, muchacho, y de clamar que nos iríamos de aquí porque no teníamos razones para aceptar más ofensas. Imagina la humillación. Delante de todos los reyes... Tu madre me paró a tiempo. Consideró que, si la princesa puede ser coronada, también puede decidir sobre su propio matrimonio.

Lo que ni siquiera mi madre sabe es que ya hemos decidido al respecto. Las manos de mi padre aprietan mis hombros con confianza. Yo mantengo mi rostro sereno, pero lo cierto es que tengo ganas de reír. Sé qué va a decir antes de que lo diga y me resulta ridículo.

—Es evidente que la princesa y tú os lleváis bien, muchacho, pero ahora es el momento de que uses eso en tu favor. Dijiste que ella no estaba preparada y que sería fácil de manipular, pero ahí, sentando sus condiciones y enfrentándose sin dudar a quien es evidente que no le desea demasiado bien, no parecía exactamente eso. La decisión del matrimonio depende ahora de ella.

Conquístala. Haz lo que consideres. Ha dicho que anoche estuviste en su cuarto, ¿es eso cierto? ¿Os acostasteis? Eso simplificaría tanto las cosas... Eres un muchacho inteligente. No puede rechazar un matrimonio si...

—No voy a casarme con Ivy de Dione. —Le corto antes de que pueda seguir insultándola. Antes de que pueda sugerir que lo que pueda haber pasado entre Ivy y yo tiene detrás intenciones como las que a él se le pasan por la cabeza. Es vomitivo. Esta vez no disfraczo el asco que siento. Recuerdo la noche con Ivy, las risas, la vergüenza, la dulzura. Nada en nuestra relación obedece a lo que mi padre espera y no voy a permitir ni siquiera que lo insinúe. Nadie va a enturbiar mis recuerdos con ella. Lo que tenemos es nuestro, y no voy a dejar que nos lo quiten ni que lo ensucien.

Mi padre se queda muy callado. Hay un parpadeo y, después, una sonrisa de incredulidad. Yo no le devuelvo el gesto. Creo que nunca he estado tan serio ante él. No le aparto la mirada porque quiero que advierta el desafío en la mía. Quiero que entienda que su poder sobre mí se ha terminado.

—¿Disculpa?

—No voy a casarme con Ivy de Dione —repito—. Dado que ella ha dicho que anoche estuve en sus aposentos, yo no lo negaré, pero lo que pasó entre nosotros o no es solo asunto nuestro. Nadie, y desde luego no yo, utilizará nuestra relación para obligarla a nada. Como ha dicho madre, la decisión es de ella y ya está tomada. Ivy será reina. Sola.

El silencio se extiende durante los largos segundos en los que mis palabras se cuelan en la mente de mi padre. Lo comprende todo mientras su sonrisa mengua en su boca. Mientras sus manos, todavía sobre mis hombros, se aprietan sobre mi cuerpo. Intento que no me cambie la expresión ni siquiera cuando comienza a hacerme daño.

—Si estás bromeando, hijo...

—¿Creéis que esta es la cara de alguien que bromea, padre?

—¿Estás desafiándome?

—Si es lo que significa que entendáis y aceptéis mis palabras, sí, lo estoy haciendo.

La mandíbula del rey de Granth se tensa.

—Aseguraste que esa muchacha sería fácil de manipular. Que estaría perdida sin ti. Que tendríamos el mando de este reino.

—Aquel día me dijisteis que me habíais educado bien. Teníais razón: aprendí del mejor a ser un gran mentiroso.

La rabia no puede ser más evidente en la expresión del soberano. Casi siento miedo del hombre que está ante mí. Creo que me pegará, pero le detiene la incomprensión y eso me da el tiempo suficiente para separarlo con un empujón.

—¿De qué estás hablando, muchacho? ¿Estás olvidando dónde están tus lealtades por una *princesa*? Te casarás cuando yo diga que te cases, nadie te ha pedido opiniones en esto. Soy tu padre y obedecerás mis...

—Vos no sois mi padre. —Mi voz suena tan definitiva porque está cargada de seguridad.

El hombre ante mí no sabe cómo reaccionar. Se queda sin palabras, demasiado sorprendido para dotar de expresión a su rostro. Al final, su ceño se frunce y el enfado regresa.

—Muchacho... —me advierte.

—No es una manera de hablar. Sé que no sois mi padre.

Eso hace que, esta vez sí, se quede pálido. Lo escucho tomar aire y eso me concede el tiempo para sonreír. Para recuperarme del enfado que palpita bajo mis venas y disfrutar del momento. No pensaba hacer esto hasta estar en Granth, pero supongo que podemos adelantar la conversación. Cuadro los hombros. Mis manos se aprietan tras mi espalda. Mis pasos rodean a un rey que se ha quedado demasiado quieto.

—¿Creíais que nunca me enteraría? ¿Lo que ocurrió con madre? ¿Con el bebé que supuestamente era yo..., pero que no era yo? —Escucho a Fadir de Granth respirar hondo, con los puños apretados. Veo sus nudillos tornándose blancos—. Le dijeron a madre que, si volvía a dar a luz, podría perderlo o morir.

Pero a vos no os importó. Tuvisteis que seguir intentándolo, porque necesitabais *un hijo*. Seguro que os alegrasteis cuando la niña nació muerta. La oportunidad perfecta. Todo el mundo había visto a la reina embarazada, y un intercambio sería tan sencillo... Decidme: ¿creéis que hay mucha diferencia entre lo que hizo Geraint de Dahes y lo que hicisteis vos? Él usó a un nigromante para cambiar un cuerpo; vos escondisteis un cadáver y

pagasteis por otro bebé. El resultado es el mismo. Los dos habéis fingido tener hijos que nunca tuvisteis.

Cuando me encuentro de nuevo frente al rey de Granth, él no puede mostrarse más turbado. Veo cierto pánico en sus ojos. No quiere que esto se sepa. Por supuesto que no. Sabe la mala fama que le acarrió a Geraint de Dahes el engaño al que sometió a su hija. Sabe que algunos reinos casi han dado la espalda a la nación, incluso. No quiere lo mismo para Granth. No quiere la vergüenza y los cuchicheos tras de sí.

—Una suerte que se haya aceptado la ley de autonomía. Espero que ponerla en vigor sea lo primero que hagáis al llegar a Granth, majestad: Casilda estará encantada de aceptar su lugar, porque yo no pienso hacerlo. Renuncio al trono.

Ahora sí, el rey de Granth aprieta los dientes. Sus manos se echan sobre mí y, aunque la adrenalina corre por mis venas advirtiéndome del peligro, ni siquiera trato de apartar sus manos de mi ropa, de la que tira. Contengo mi expresión, mi respiración.

—¿De qué hablas?

—No voy a reinar sobre Dione y tampoco reinaré sobre Granth. La cuestión, *padre*, es si queréis que esto se quede aquí, entre nosotros, o si preferís que sea algo de dominio público. —Cuando ladeo la cabeza, trato de parecer inocente—. Creo que lo que hizo Geraint no fue demasiado aplaudido; me pregunto cuántos os aplaudirán a vos...

—¿Me amenazas, acaso?

—Por todas las estrellas, yo *jamás* haría nada semejante. Os advierto. Os doy opciones. Vos decidís cómo se me aparta del trono. Si por la vía elegante, dando un mensaje de igualdad y progreso..., o destapando más de veinte años de una gran mentira. —Otra sonrisa. La diplomática. Siento sus manos retorciendo mi túnica—. En caso de que no deseéis lo segundo, no diréis nada respecto a la boda. Cuando se anuncie que no habrá compromiso, *respetaréis* y os mostraréis de acuerdo con la decisión de la princesa. Nuestras relaciones con Dione seguirán adelante, tan magníficas o más que ahora. ¿Y sabéis por qué lo haréis?

Porque toda la humillación que hayáis creído sentir por culpa del Consejo hoy no será nada en comparación con la que yo puedo provocaros.

Sabe que tengo razón. Sabe que sería muy sencillo revelar toda la verdad.

Tiene que ver que no hay ápice de broma ni de trampa en mis palabras. Sabe que no tendré reparos en hacer lo que sea necesario. Y ni siquiera puede defenderse: mis acusaciones, al fin y al cabo, no son falsas.

Tira más de mi túnica para empujarme después, con fuerza. Aunque trastabillo, consigo mantener el equilibrio. Que dé rienda suelta a su rabia, que sepa que no puede hacer nada, que acaba de perder al heredero que deseó tanto tiempo hace que se me escape una sonrisa de satisfacción.

—Eres un insolente, Fausto, desafiando a quien te lo ha dado todo — declara con desprecio—. Aquella puta te cambió por unas monedas como si fueras un trapo: ahora estarías tan muerto como aquel bebé si yo no te hubiera dado una vida. También eres un necio —escupe—. Podrías tener el mundo.

No permito que sus palabras me perturben.

—Prefiero ver cambiar el mundo a tenerlo en mis manos. Ahora, si no os importa, será mejor que salgáis de aquí.

Fadir de Granth aprieta la mandíbula. Sus ojos llamean y alza la barbilla. Se da la vuelta, airado, dirigiéndose hacia la entrada.

—Ah, *padre*.

Se detiene de espaldas a mí. Solo gira a medias el rostro. Me ha preguntado si lo estaba amenazando, y espero que vea ahora en mi expresión que así es.

—Si se os ocurre solo por un instante tomar represalias contra madre por contarme la verdad, os aseguro que lo sabré. Y si eso sucede, me encargaré de que el resto de Marabilia también lo sepa. Eso y todo lo demás.

De nuevo, el enfado en sus ojos. La frustración, porque sabe que un secreto demasiado grande pende de un hilo demasiado fino. Porque sabe que, con la ley ya aprobada, ahora está en mis manos y en las de mi madre.

Abre la puerta con rabia, pero no puede salir todo lo rápido que le gustaría, porque hay alguien al otro lado. Ivy sostiene la mirada iracunda de mi padre sin un solo parpadeo antes de que él se marche hecho una verdadera furia. La princesa lo sigue con la vista, sus manos entrelazadas sobre la falda.

Después, nuestros ojos se encuentran.

Cuando sonreímos, confiados, somos conscientes de que los dos hemos plantado cara a quienes han estado toda la vida encerrándonos.



Samira

Cordelia y yo bajamos a la ciudad en silencio. Cuando le sugerí visitar su casa, tratar de buscar alguna prueba allí, creí que no accedería, pero lo hizo. Las dos hemos permanecido calladas desde entonces, sumidas en nuestros propios pensamientos. No dejo de darle vueltas a la expresión dolorida y pálida de Mormont cuando he cogido su brazo, justo en el lugar en el que *Aesir* clavó las garras en el intruso. ¿Usé demasiada fuerza y ahora veo fantasmas donde no los hay? ¿Es la rabia la que me está guiando? ¿O realmente era él quien estaba anoche en los pasadizos?

Y si lo es, ¿qué hago?

Miro de soslayo a Cordelia, pero mantiene la vista fija en sus pies, y yo me pregunto cómo soportaría que Alden fuese culpable.

Y si lo es, ¿qué hará?

Aparto la mirada. Quiero estar equivocada. Quiero que Alden Mormont sea inocente y que no tenga nada que ver en los crímenes a la corona ni en la muerte de mi compañero. Cualquier cosa que no le haga daño a la muchacha que camina a mi lado. Cualquier cosa que la saque de ese silencio lleno de miedos e inseguridades.

Quiero sacarla de ese lugar y por eso mi mano, dubitativa, se extiende hacia la suya mientras andamos. Las yemas de mis dedos rozan su dorso y

ella despierta con un respingo. Quiero decirle que siento mis sospechas. Que seguro que al final no pasa nada. Que le pediré disculpas y podrá seguir su vida con Alden si es lo que quiere, aunque, incluso si él no fuera culpable, no creo que le convenga. Pero ¿puedo arrebatarse eso? ¿Puedo sacarla de un entorno que no me parece bueno para ella, si ella no quiere marcharse?

Nos observamos de reojo. Parece tan pequeña, tan pálida y cansada y con tantas ganas de llorar... Sé que yo no estoy tampoco en mi mejor momento. Que estoy repleta de dudas y que necesito dormir muchísimas horas, para haber olvidado al despertar posibles conspiraciones e historias de terror que tienen más años que yo misma. Las palabras de mi madre siguen resonando. Los últimos recuerdos que dejó *Aesir* en mi cabeza todavía me hacen sentir ese bebé que lo miró a los ojos por primera vez.

Tras ese segundo de duda, la mano de Cordelia se gira, agradeciendo mi apoyo. Nuestros dedos juegan antes de entrelazarse.

—¿Te importa si caminamos así? —le pregunto. No me hace gracia soltarla.

Creo que, en cuanto lo haga, tropezará, caerá al suelo y se hará añicos. Y serán tan pequeños que no podré volver a unirlos todos. Quizá yo misma me desharé en cualquier instante.

Su mano se aprieta un poco más alrededor de la mía.

—A mí me gusta.

Y supongo que eso es lo único que importa, así que yo me acerco un paso más a ella mientras afianzo nuestro agarre.

—Te arrepentirás de decir eso. ¡Ahora nunca te soltaré! Será horrible: no podrás volver a usar esta mano porque siempre estaré cogiéndola. Será como si viviéramos pegadas. Vas a tener que aprender a escribir con la zurda. Bueno, y va a ser complicado cambiarnos de ropa, pero seguro que a la larga encontramos soluciones...

Cordelia parpadea y me observa, incrédula. Sus ojos, pequeños y tristes hasta ahora, se abren un poco más. Y después aparece justo lo que quería: su sonrisa, tan ligera, casi soñada.

—Siempre haces esto, ¿verdad?

—¿El qué?

—Las bromas. Tratar de hacer el mundo a tu alrededor... un poco más amable. Un poco más alegre.

Las casas de la zona alta comienzan a rodearnos, con su olor a flores y la ligera inclinación de la calle. Finjo observar el espacio que nos envuelve. El sol anima a los ciudadanos a salir de sus hogares, así que no somos las únicas que pasean.

—Me gusta que la gente sea feliz —reconozco sin darle más importancia.

—¿Y quién se encarga de hacerte feliz a ti, Samira? Porque a veces me pareces una persona con mucha tristeza dentro.

Trastabillo con un adoquín mal colocado. Cordelia se detiene de inmediato y su otra mano sostiene mi brazo, sus dedos todavía entrelazados a los míos. Me estremezco. Estamos rodeadas de gente, pero no me lo parece, aunque ella habla en susurros, como si quisiera proteger un secreto solo nuestro. Como si no quisiera descubrirme al resto del mundo.

—He perdido a mi mejor amigo —musito—. Claro que estoy triste.

—No hablo solo de hoy.

Callo. Como si Cordelia, de pronto, tuviese los mismos miedos que yo antes con ella, me agarra para evitar que caiga. Nuestros dedos se separan para que ella pueda rodear mi brazo con los suyos. Me siento un poco culpable por el brinco que me da el corazón; sé que no está bien pensar en ella de esa manera. A veces me pregunto si no sospecho de Alden o veo cosas que no me gustan en su relación solo porque quizá, en el fondo, me gustaría que ese hombre no existiera.

—Así mejor —susurra, apretando mi brazo.

Seguimos caminando calle abajo. Solo dejo que pase un minuto.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que estás triste?

—Quizá.

—Porque a veces titilas, como una estrella. Cuando crees que nadie se fija en ti, miras alrededor y es como si dudarás de si estás en el lugar al que perteneces.

Trago saliva. Ella me observa con precaución, casi con miedo del efecto de sus palabras. Me doy cuenta de que yo siempre la he comparado con una

estrella, con algo lejano, brillante e inalcanzable, y ella acaba de hacer lo mismo conmigo.

—Los demás también podemos cuidar de ti, ¿sabes? Puedes contarles a otras personas qué te entristece. Podemos intentar alejar de ti la tristeza como tú siempre intentas alejarla de todo el mundo.

Es que no sé cómo hacerlo. A veces creo que quiero, de verdad. Siento que tengo ganas de hablar, de pedir ayuda, de gritar o extender la mano y dejar que alguien la coja. Pero nunca soy capaz. La voz siempre se me enreda y se hace una bola en mi garganta. Mis pensamientos también comienzan a hacerse nudos y solo queda una gran masa que me convence de que mi pena no es lo bastante importante para molestar a nadie.

Cordelia detiene nuestro paseo y da un par de pasos hacia un lado, arrastrándome a un callejón. Estoy a punto de preguntarle qué está haciendo, pero entonces una de sus manos, en cuanto nos apartamos del resto de transeúntes, se extiende hacia mi rostro... y limpia una de mis mejillas. Solo entonces me doy cuenta de que se me ha escapado una lágrima. Me estremezco y me siento mal de inmediato. Necesito dejar de llorar. No puedo seguir así. *Aesir* no se va a vengar con lágrimas, las soluciones no vendrán con llanto, nada se resolverá si solo me dedico a lamentarme.

—Habla conmigo, Samira. Creo que estás ardiendo por dentro, y no quiero que te conviertas en cenizas en mis manos.

Aprieto los labios. Cordelia me observa, su mano todavía en mi mejilla, rozándola con los nudillos. Su caricia es suave.

—Creo que no pertenezco a ningún lado. Creo que quizá sea porque nunca debí nacer, sin más. El mundo no tenía que contar conmigo, pero de pronto existí, rompí sus cuentas, y por eso nunca soy del todo parte de algo. A lo mejor también por eso *Aesir* ha desaparecido. Quizá tenía que haber tenido otra compañera. O ser libre. Y entonces seguiría vivo.

La muchacha hace un mohín. No puede entender de qué hablo. Parpadeo y me paso una mano por el otro ojo. No más lágrimas.

—Mi madre ni siquiera quería tenerme —resumo con cierta amargura. No le cuento todo lo demás. No le cuento que Fausto era una de las pocas cosas que en ocasiones me hacía sentir en casa y que ni siquiera es mi hermano de verdad. Y nunca me lo dijo, aunque lo sabía—. Ella no quería más hijos y

tenerlos la pondría en peligro. Pero el rey sí los quería. Y no paró hasta que se quedó embarazada. De mí. Casi la mato. Siempre he querido que mi madre contase más conmigo, sentir que era un poco más importante para ella, pero ¿cómo iba a hacerlo? A lo mejor tenía que haberme muerto en ese momento, no llegar a abrir los ojos. —Como el otro bebé, como el que fue sustituido—. A lo mejor soy un error de cálculo. O a lo mejor solo estoy aquí para ser un castigo. Un recordatorio de mucho sufrimiento. A veces pienso que el mundo no perdería nada si yo no estuviera, y ahora sé que eso es porque nunca tuve que estar. Nada se desajustaría...

—¡Samira!

Doy un respingo. Las manos de Cordelia atrapan mi rostro, ambas, y me obligan a observarla por encima de la neblina que cubre mis ojos. Parpadeo. Un par de lágrimas se descuelgan de mis pestañas y veo que ella misma está a punto de llorar. ¿Por mí? No quiero entristecerla. No quiero ser motivo de dolor para nadie y, sin embargo, llevo toda una vida siéndolo, incluso sin saberlo. Nunca conseguiré ser nada más.

—Basta. Lo que le pasó a tu madre... es horrible. Pero tú no tienes la culpa y no eres ningún error de cálculo, y tienes sentido y encajas. Sé que no es lo mismo, pero yo..., yo tampoco estaba segura de Bran. Y pasé mucho miedo. Los primeros meses fueron horribles; yo no entendía nada y lloraba cuando él lloraba, y él era tan pequeño, y yo me sentía tan pequeña... Pero tener un hijo era lo que tenía que hacer, ¿no? Lo que tenía que hacer. Puede que tuvieras razón el otro día, cuando dijiste que me quedé embarazada con tu edad porque era lo que me habían dicho que debía hacer. —Es obvio lo que le duele admitirlo, porque agacha la cabeza y se estremece. Me siento mal de inmediato por haber hecho que se diera cuenta de algo tan injusto, pero toma aire y vuelve a mirarme—. Pero, aun así, yo nunca querría que Bran sintiera que es solo un castigo o que no pertenece a ningún lado. Y por lo que he visto de tu madre, no creo que ella lo quiera tampoco para ti. —Con disimulo, se pasa una mano por el ojo—. Perteneces justo al lugar que te has ganado en los corazones de la gente que te quiere, Samira. Y no son pocas personas... Yo siento que apenas he visto nada de ti y ya estás aquí, y no creo que vayas a marcharte. —Se lleva los dedos al pecho, señalando donde deben

de resonar sus latidos. Está tan desesperada por que la crea. Y yo deseo tan desesperadamente creerla...

No sé cómo enfrentar esto. Toda la tristeza, las dudas, las ganas de llorar o la pena en los ojos de Cordelia. Y termino haciendo lo de siempre. Intento sonreír mientras rozo ese mechón que parece obstinado en escapar del apretado moño de mi acompañante.

—¿Me estás diciendo que pertenezco un poco a tu corazón? —Bromear es la única defensa que se me ocurre ante sus palabras.

Pero Cordelia no se ríe. Ni siquiera se ruboriza, como esperaba. Su cabeza se ladea un poco hacia mi caricia, sus ojos tan serios como la noche que me descubrió jugándose a Raleigh Farren.

—Sí. Y no me importa cuántas veces vaya a tener que repetírtelo para que por fin creas que puedes ser importante.

Es como si sintiera un golpe en el pecho. Como si mi corazón, de pronto, se hundiese más en mi cuerpo, se comprimiese, se hiciera diminuto y después se agrandase tanto que creo estallará. Pierdo la sonrisa; no porque no me sienta feliz, sino porque Cordelia casi me mira con desafío y lo único que puedo ver son sus ojos.

Si acercara mi rostro ahora y la besase, ¿me odiaría?

Es solo un pensamiento fugaz. Una posibilidad que elimino antes de que se haya terminado de formar en mi cabeza. Hace que me sienta mal. Culpable por imaginarme cómo sería mi boca sobre la de ella. Dulce, seguro. No como los besos voraces en los que intentas contener a una persona en solo unos segundos.

No quiero besar a Cordelia de esa manera, y eso también me asusta. Me gustaría presionar mis labios contra los de ella, sin más, descubrir a qué saben, y comprobar si es tan tierna en esos gestos como lo es en todo lo demás. Pero Cordelia no piensa en mí así, es evidente; y aunque lo hiciera, no creo que sea el momento de averiguarlo. Y yo no quiero que deje de apreciarme. No quiero que me cierre la puerta a ese pequeño espacio que me ha cedido en su corazón. No quiero quedarme fuera.

Aparto la vista; así es más sencillo. En su lugar, contemplo mi entorno e intento alejar por completo mis pensamientos de ella. No tardo demasiado, porque de pronto me doy cuenta de que reconozco el espacio en el que estoy.

Ya he estado antes en este callejón. Desde aquí vi a Raleigh Farren por primera vez.

Tras aquel edificio sé que está una de las salidas de los pasadizos.

Me despejo de golpe.

—Cordelia —susurro—, ¿estamos cerca de tu casa?

Cuando vuelvo a mirarla, ella está muy confusa; puedo entenderlo. El cambio de tema no ha sido sutil. Como si tuviera que ubicarse, mira alrededor... y asiente.

—A dos manzanas.

Eso no es mucho. Un espacio que podría recorrerse en poco tiempo.

Aprieto los labios, pero no le comento nada a Cordelia.

—Estábamos haciendo algo —le recuerdo—. Será mejor que continuemos.

Cordelia frunce un poco el ceño, pero asiente.

—Por aquí.

No permite que me aleje demasiado. Para guiarme, vuelve a tomar mi brazo y tira de mí.



Cordelia

Cuando era pequeña, Ivy cogió un libro de cuentos de la biblioteca que resultó bastante diferente a lo que habíamos imaginado. Donde nos hubiera gustado encontrar hadas y princesas, dragones y bosques encantados, nos topamos con fantasmas y monstruos que devoran a los niños que se extravían, asesinos y sombras tan oscuras que podrían apagar la luz de la luna.

Mi prima, como la pequeña tirana que podía ser a veces, dijo que debíamos leerlos para demostrar que no éramos unas cobardes, pese a que a mí los dibujos que los acompañaban me daban mucho miedo. Nada, sin embargo, que se pudiera comparar al terror que me causaba cuando me leía en la penumbra de su habitación, a la luz de una vela. Estoy segura de que ella no lo recuerda, pero me pasé dos meses durmiendo mal, siempre acompañada por ella o por mi madre, y con pesadillas. Pero lo cierto es que no recuerdo si lo peor era la historia en sí o lo que creaba en mi cabeza a medida que *anticipaba* lo que iba a suceder, azuzada por la atmósfera del cuento.

Ahora, mientras recorro las habitaciones de mi casa con Samira, algo de ese terror infantil ha vuelto a mí. Como si esperase que al abrir una puerta

fuese a aparecerseme un espíritu o como si bajo los tablones del suelo fuese a descubrir los restos de un cuerpo olvidado hace mucho.

Como si no reconociese mi propia casa ni a los que viven en ella.

—¿Y esta habitación?

Llevamos horas aquí. Ya hemos estado en todos los cuartos de la casa excepto en el despacho de Alden, aunque la simple idea de entrar sin que él esté sentado a su mesa me resulta un poco violenta. No es que tenga el paso prohibido, pero se me hace extraño cuando Samira abre la puerta y se asoma dentro. Los pesados muebles colman la estancia como altos guardianes que protegen los secretos de mi esposo. Hay algunos libros en las estanterías (de comercio, de política, prestados de sus amigos, cuadernos llenos de notas) y armarios y baúles donde guarda papeles privados y algunos objetos que no tienen lugar en cualquier otro sitio de la casa. Recuerdos de viajes o regalos que prefiere no tener a la vista.

Dinero también, por supuesto, y algunas joyas de su familia por las que yo nunca me interesé.

La princesa de Granth da un paso dentro y yo la cojo del brazo sin pensar.

—No sé si debemos... Es el despacho de Alden. No me siento cómoda...

—Si no quieres entrar, está bien; puedo hacerlo yo sola. Pero necesito saber que no hay nada aquí.

Y yo. Quiero que todo vuelva a la normalidad. Que Alden vuelva esta noche a casa y todo sea como siempre. Que su presencia me asegure que todo está encauzado. Quiero que Ivy sonría y deje de preocuparse por los monstruos bajo la cama.

Quiero que mi tío abra los ojos y nos asegure que nada, nunca, va a cambiar.

Pero sé que todos esos deseos los he creado yo, sin querer pensar en si se corresponden con la realidad o no, así que termino por soltar la mano de la princesa. Ella no duda y entra en la estancia mientras yo me quedo bajo el dintel, debatiéndome entre la lealtad por mi esposo y el deseo de ayudar.

Samira se ha arrodillado en el suelo, delante de uno de los arcones, y curioseas su contenido. Ojea mapas, contratos y acuerdos y luego los deja a un lado.

Trabaja rápidamente, de una manera tan eficaz y seria que no puedo más que preguntarme si ha hecho esto antes. Cuando Ivy comentó hace un par de días sobre hacerla parte de su guardia, yo pensé que bromeaba, pero ahora me planteo lo bien que lo haría. O incluso de espía. Estoy segura de que Granth está dejando escapar a un diamante en bruto al no darle un trabajo de tal envergadura.

En el baúl resulta no haber nada. La princesa lo cierra tras volver a meterlo todo dentro, y se aproxima a la mesa. Esto es mucho más fácil para ella, intrépida y enérgica, siempre con ganas de aventura. Siempre en movimiento.

Además, no es su estabilidad la que pende de un hilo. No es su vida la que puede cambiar con tanta rapidez que marea. Y, de nuevo, sin poder hacer nada. Movida por el mundo, pisoteada y golpeada por el exterior, sin posibilidad de decidir.

Porque no tuve opción cuando me comprometieron con Alden. No tuve poder para decidir cuando me quedé embarazada de Bran.

Aunque sí podría decidir ahora...

Samira cierra los cajones y me da la espalda para centrarse en un armario.

Cuando va a abrir la pequeña puerta inferior, esta no cede. Cerrada. Tira sin éxito, y luego lo intenta con las otras tres: esas se abren sin problema, con un crujido de la madera que deja a la vista unos estantes cargados de fajos de cartas y objetos tan dispares como una esfera de luz o cajitas de madera tallada. La muchacha abre algunas, pero en ellas solo descubre cosas de valor que no le interesan.

—¿Has visto alguna vez qué hay aquí dentro? —dice, señalando la puerta sellada.

Niego con la cabeza.

—Normalmente no entro. Y cuando lo he hecho, no recuerdo que estuviese abierta.

Tampoco esperaba que en nuestra casa hubiera algo cerrado con llave. Pensé que no teníamos secretos. Yo, al menos, no los tengo con él. No los *tenía*. Porque lo cierto es que desde que la princesa ha llegado, hay muchas cosas que me callo...

Frunzo los labios, pero echo un rápido vistazo al pasillo vacío (el pequeño servicio del que disponemos estará en la cocina, probablemente) y me decido a entrar en el despacho de Alden, cerrando con mucho cuidado detrás de mí.

—La llave tiene que estar aquí, en alguna parte —susurro mientras ella forjece con algo más de violencia—. ¿No la has visto?

—¿Cómo sabes que no la lleva encima? Si dejas cerrada una puerta, es porque no confías que la gente de tu propia casa no vaya a...

Nuestros ojos se encuentran y ella tiene la prudencia de callarse, pero el mal ya está hecho: Alden no confía en mí. No me sorprende como debería, por lo que el dolor tampoco es tanto. En lugar de eso, sacudo la cabeza y me saco una de las horquillas que uso para sujetarme el pelo. Como el recogido no se deshace, se la tiendo.

—He oído que hay ladronzuelos que fuerzan cerraduras.

Samira parpadea. Me observa, precavida, preguntándome sin palabras si estoy segura, pero yo prefiero no pensarlo mucho. No me equivoco al suponer que ella sabe cómo hacer buen uso de la improvisada herramienta que dejo en su mano. La introduce en la cerradura y yo simplemente observo, incapaz de hacer nada contra el enjambre enfurecido que parece anidar en mi estómago. Los nervios son también un zumbido en mi cabeza, un cúmulo de ideas, de deseos, de terrores.

La cerradura deja escapar un chasquido de rendición. Aunque sabemos que la victoria es nuestra, nadie sonrío. En su lugar, Samira abre la puerta con más brusquedad de la necesaria.

Y yo siento que el mundo se desmorona bajo mis pies y caigo.

Me echo hacia delante con avidez, buscando entre los objetos algo que me diga que estoy equivocada. Que no tengo por qué creer la evidencia. Que hay un error. Es obvio que hay algo mal. Que le han tendido una trampa a Alden. A lo mejor alguien lo ha dejado ahí a propósito, a sabiendas de que alguien investigaría lo sucedido.

Pero ahí aguarda un pequeño frasco con unas gotas, probablemente de algún tipo de líquido que, por la manera en la que desestabiliza Samira al olerla, debe de llevar al borde de la inconsciencia. Pero no es lo único que hay. Mis dedos temblorosos se cierran alrededor de los planos. Los de los pasadizos de palacio.

Los mismos que recuerdo haber cogido de la biblioteca para consultarlos antes de nuestras citas...

Creo que Samira masculla algo, pero yo solo puedo prestar atención a las líneas en el pergamino, hasta que se vuelven borrosas. Hasta que una niebla cae sobre mis ojos y las gotas manchan los dibujos. Pese a que el papel se moja, la tinta, fijada por años y años, no se borra. La traición tampoco.

Trato de decirme que esto no prueba nada. Solo que anoche recorría los pasadizos. Que se encontró con la princesa y, por alguna razón, huyó. Una razón lógica. Habrá una historia detrás. Seguro que ni siquiera quería hacer daño a nadie. No a Samira. No a *Aesir*. Solo fue un accidente. Se asustó, quizá. No sé por qué.

Pero entonces veo que todavía hay más. Samira lo coge. Otro frasco, más pequeño. El líquido amarillento tiene un cabello dentro. El nombre en la etiqueta es claro.

Cordelia.

Cuando nos miramos, ambas sabemos lo que pasará si ella ingiriese el poco contenido que queda. Su cuerpo cambiaría. Ante mí, aparecería un reflejo tan falso de mi cuerpo como el que trató de atacar a mi prima hace semanas.

Me quedo helada, cubierta de escarcha en un segundo descolgado del resto del mundo. Pienso en todo lo bueno, pese a todo lo malo. Pienso en todo lo que sentí, en todo lo que me pareció que él sentía por mí.

Todo queda ahora empañado por las mentiras. Por la traición, que duele más que un puñal certero, abriéndome el corazón en dos mitades sangrantes...

Ambas damos un respingo cuando la puerta se abre con un chasquido. Otro cuando un Alden que no cabe en sí de la sorpresa se topa con nosotras.

Rápido, Samira me cubre con su cuerpo justo al tiempo que la expresión de mi esposo cambia, cuando sus ojos encuentran lo que tenemos entre las manos.

Su gesto se torna serio.

—Alden. —Su nombre se me escapa de los labios y me gustaría que no fuera acompañado de un sollozo—. ¿Por qué...?

Veo un segundo de duda. El titubeo. Sé que va a intentar convencerme, como siempre hace. Que va a hacer que piense como él desea. Que haga lo que él desea. Que sea lo que él desea. De pronto pienso en cuántas veces estaba molesta o simplemente no estaba convencida de algo y él vino a mí con palabras melosas, con su sonrisa, tratando de que pensase en lo ilógica que sonaba o que repensara mis propias seguridades. Como cuando dije que Ivy y Fausto tenían una bonita relación. Como cuando me marché en medio del baile con Samira y después me hizo sentir que lo había abandonado, aunque no veía nada malo en ausentarme un rato.

Como tantas otras veces.

—¿Qué haces, Cordelia? ¿Y por qué está aquí la princesa de Granth?

—¿Te hiciste pasar por mí y atacaste a Ivy?

La sorpresa en su rostro es obvia. Aun así, abre la boca para contestar. Para tratar de excusarse, estoy segura. Da algunos pasos hacia delante que yo detengo en seco con mis preguntas:

—¿Tú te colaste anoche en los pasadizos, Alden? ¿Atacaste a la princesa Samira? ¿Mataste a su nariz?

La princesa lo observa con una fiereza propia de un ave de presa. Creo que saltará sobre él en cuanto pronuncie la palabra equivocada. Su mano ha ido hacia el ligero estoque con el que ha decidido armarse antes de salir, aunque yo lo consideré innecesario para solo una inspección. Por eso, quizás, evito su protección cuando doy un paso incierto hacia mi esposo, que se humedece los labios.

—Arich tenía razón: la gente de Granth no es de fiar. Y te avisé, pero no me escuchaste, y ahora mira cómo han envenenado tu mente. Anoche yo dormía a tu lado, ¿no es cierto?

El frasco con la primera poción. La misma que dejó inconsciente a Greta hace semanas, cuando una falsa yo entró en aquel cuarto.

—Has estado manteniéndome inconsciente para que no me despertara, ¿verdad? Me has manipulado para tus propósitos. Has estado usando el evidente desprecio de lord Arich para fingir que esas ideas no eran tuyas también. Me inculpaste y fingiste estar ofendido y afectado para que de ninguna manera se pudiera sospechar de ti, porque mi inocencia ya había quedado probada.

—La princesa te ha contado cosas muy extrañas y te las has creído. Yo nunca...

Me lanzo sobre él. No es un movimiento racional. Solo trato de alcanzarlo y él no logra apartarse a tiempo porque es lo que menos esperaba que hiciera.

Chocamos con tanta fuerza que me deja sin aliento, y él se golpea la espalda contra un mueble. Se queja, pero para entonces yo ya estoy forcejeando con la manga de su camisa. Al subírsela, descubro las vendas. Y sangre reciente.

Alden me aparta las manos. Sus dedos me rodean los brazos y aprietan mi piel. No me permite separarme.

—Cordelia —me advierte—. No quieres hacer esto. Todo lo que yo haya podido hacer ha sido por nuestro bien: tuyo, mío y de Bran. Siempre.

—Suéltala, bastardo. El único que ha estado envenenando su mente eres tú.

—La voz de Samira es una clara advertencia.

Cuando la miramos, está desenfundando el estoque que cuelga de su cinto y no duda en extenderlo hacia nosotros. Hacia él, en realidad. Sus pupilas llamean.

Las heridas en el brazo de mi esposo son lo último que necesitaba. La última marca que dejó su compañero.

Sus pasos se acercan, calculados pero seguros, sin sonar sobre la alfombra. La mandíbula de mi esposo se tensa. Y no me suelta, sino que vuelve a tirar de mí para que lo observe de frente, cubriéndose con mi propio cuerpo.

—Desde que nos conocemos siempre hemos sido tú y yo, Cordelia. A tu prima no le importas, solo saca partido de tu presencia cuando le conviene.

¿Cuántas veces se ha preocupado *de verdad* por ti, y no solo por ella misma, en los últimos tiempos? ¿Y cuántas me he preocupado yo? ¿No te ha apartado por el príncipe? Por un extranjero. Y ahora su hermana trata de apartarte a ti de mí. Yo soy tu familia, Cordelia. No ellos. ¿A quién debes defender ahora?, ¿a una niña malcriada y a un par de desconocidos o a tu marido?

No. No quiero escuchar. Él no sabe nada. Ivy me quiere. Simplemente tiene más responsabilidades, y en ocasiones no puede prestarles a los demás la atención que desearía. Y no se ha alejado por el príncipe. Nunca me ha dejado de lado por él. No me siento apartada. Que esté con el príncipe, además, no significa que yo vaya a tener que salir de su vida. Hay sitio para los dos.

En cuanto a Samira... Ella se ha preocupado por mí desde el principio. Lo hace ahora, de hecho, de pie en esta habitación, con el arma en una mano. Desde que nos conocemos, aunque no entiendo por qué, la princesa solo ha mirado por mi bienestar. Por hacerme sonreír. ¿Cómo de injusto es que haya sido más feliz y libre con ella en unas semanas de lo que lo he sido con Alden durante lunas enteras...?

—No. —Mi voz está ronca y mis lágrimas amenazan con desbordarse. Intento tirar, desasirme de su agarre, pero él no me deja marchar—. No te atrevas a ponerme en contra de ellas. No otra vez.

Nunca más. No si puedo evitarlo.

Aun así, aunque me lo digo con decisión, la supuesta inocencia en su rostro me desestabiliza. Parece que nunca haya hecho nada malo. ¿Cómo hace para mentir sin remordimientos? Para que yo haya creído durante tanto tiempo que era inofensivo, que todo estaba bien...

—¿Ponerte en contra de ellas? —repite, incrédulo—. ¿Yo? Mi Cordelia... —Su voz es dulce, recordándome todo lo que hemos compartido alguna vez—. ¿No he estado aquí para ti desde siempre? ¿No he velado por tus intereses en todo momento? Todo lo que tienes desde hace unos años, ¿por quién es?

Aprieto los dientes hasta que me duelen. Claro que es todo por él. ¿Qué otra opción tenía? Eso era todo para lo que me han educado: casarme, ser mantenida, tener hijos. Es cierto: sin él, parece que vaya a quedarme sin nada. Lo sabe y no duda en recordármelo.

—¿Es este tu último recurso? —Samira suena furiosa cuando da un paso hacia delante, hacia nosotros, pero se nota que no quiere atacarlo porque podría herirme. Es lo único que la contiene—. ¿Intentas que se sienta ligada a ti ahora que sabes que ya no te quedan alternativas? Mala suerte. No eres lo único que tiene. Cordelia. —Me mira, conteniendo la respiración, solemne—.

Da igual lo que te haya dicho hasta ahora. No es cierto. Es mucha la gente que te quiere y, pase lo que pase, no vamos a dejarte sola.

Siento ganas de llorar. De caminar hacia ella y tomar una mano que no sabía que necesitaba que se me tendiese. Pero Alden me tiene agarrada y la mira con superioridad, como si la princesa no fuera más que una niña que desafía a sus mayores.

—¿De qué creéis que tenéis pruebas, alteza?

—No lo creo: las tenemos. Deja ya de fingir, Mormont, porque hemos encontrado los planos y la poción con la que te transformaste en Cordelia. Ayer estabas en el pasadizo, justo cuando el rey...

—La única persona que me vio en el pasadizo fuisteis vos, princesa. Y podría haber estado allí por mil motivos. Ninguno bastante terrible para acusarme de nada, sobre todo considerando que se ha decidido que las razones por las que murió su majestad son inconcluyentes. Por otro lado, si Cordelia hace lo que debe (darse cuenta de dónde está su vida), solo tendré que ocuparme de silenciar a una persona. Te importa mi esposa, ¿verdad, princesa? Si tanto te preocupas por ella, quizá deberías pensar qué es lo mejor para su futuro... Y si no lo piensas bien, siempre podemos hacer que dejes de piar.

¿La está amenazando? ¿Se atreve a decir algo contra la princesa de Granth?

Ella aprieta los dientes, furiosa, temblando. Creo que perderá la poca calma que le queda y no le importará ni siquiera que yo esté en medio.

Este no es el hombre con el que me casé, al que creía que conocía. Este no es el hombre con el que tuve a mi hijo. Sacudo la cabeza, horrorizada, y entorno los ojos.

—No vas a hacerle daño a Samira. —Me gustaría sonar más alta, más decidida—. No voy a dejar que le pongas un dedo encima.

—No eres consciente de a quién estás desafiando —me responde con un filo en sus palabras que ya no trata de encubrir—. Así que voy a dejar que te vuelvas a pensar tu respuesta. Soy tu esposo. El padre de tu hijo. El dueño de esta casa.

Cállate y todo eso se mantendrá. ¿No estábamos bien antes de que los extranjeros llegasen? —Su voz se suaviza, como si hablara de un sueño. Sus

dedos pierden la fuerza con la que presionaban mi brazo—. ¿No teníamos una vida maravillosa? Dime, ¿qué va a pasar si compartís algunas de vuestras suposiciones? ¿Quieres quedarte sola, Cordelia? ¿Crees que Bran quiere crecer sin un padre? Lo perderías todo. Te quedarás desprotegida.

Trato de hablar. Sé que solo intenta asustarme. Samira lo ha dicho. Hay gente que me quiere y me ayudará. Soy una dama de la princesa. Puedo seguir en mi puesto, trabajando para ella, haciéndole compañía. Puedo quedarme en palacio.

Allí no me faltará de nada: ni amigas ni cuidados ni tareas.

—Tu prima será *reina* —me dice Alden, como si pudiera leer mi mente —, si es que nadie se lo impide, pero eso no mejorará tu situación. Si antes te has sentido apartada, ¿cómo te sentirás entonces? No puedes ayudarla en su reinado.

No eres lo bastante inteligente ni lo bastante capaz. Y en cuanto a la extranjera, terminará marchándose a su isla, por muy intensa que te parezca ahora vuestra inesperada amistad. Y tú te quedarás aquí, con un niño, y pasarás el tiempo en un castillo que tampoco dejará de recordarte a mí, porque sabrás en todo momento que es allí donde se me condenó porque *tú* lo permitiste. Mi fantasma te perseguirá, Cordelia, y los dos sabemos que tu conciencia no está preparada para mi muerte. ¿Es así como quieres vivir?

Me estremezco. No, me aterra que ese pueda ser mi futuro. No es lo que esperaba que ocurriese. Pero ¿es acaso culpa mía? Él solo se ha empujado a esa situación y, al hacerlo, me ha arrastrado con él, enredada por completo en sus mentiras. Pero ahora, por primera vez, entiendo lo que está haciendo. Lo mucho que desea que me ponga de su parte. Lo mucho que me necesita, o ya se habría ido o librado de mí hace mucho. A lo mejor esto significa que no estoy tan falta de poder como creía, incluso si me asusta pensar que las decisiones son ahora mías. Es duro, porque nunca me había rebelado contra él. De hecho, no sabía que pudiera hacerlo. No sabía lo mucho que lo necesitaba.

—Atacaste a mi familia —murmuro—. No son *suposiciones*: es una certeza.

Como que me has estado utilizando. —Trago saliva—. Pues bien, prefiero que mi hijo crezca sin padre a que tenga por uno a alguien como tú.

Y puede que no sea lo suficiente inteligente o lo suficiente capaz, pero ayudaré a mi prima en lo que pueda. Porque, al contrario que tú, ella jamás me haría daño. —Alzar la cabeza, la mirada, es una de las cosas más complicadas que he hecho nunca—. Al contrario que tú, ella me quiere.

Algo en los ojos de Alden cambia. O quizá es lo que quiero creer: que aún queda algo del hombre que conocí en su interior. Que hay un pequeño resquicio de humanidad. Que hay alguna posibilidad de que le pueda causar dolor lo que yo piense. Que pueda sentir remordimientos y desear que no me vaya.

—¿Y crees que entregarme salvará a tu prima? —pregunta. Y entonces sé que esa chispa, ese destello que pensé que podría ser pena, no es más que una rabia feroz—. Apresarme no solucionará nada. Es más, podría iniciar una guerra.

—¿Qué...?

Nos miramos un instante. Una pausa durante la cual nos enfrentamos. Un silencio me corre como sangre en los oídos y lo siguiente que sé, cuando me doy cuenta, es que me empuja. Lo hace con una fuerza innecesaria, para desestabilizarme y conseguir que me caiga al suelo. El golpe resuena en cada hueso de mi interior con tanta fuerza que estoy a punto de deshacerme en mil pedazos.

—¡Cordelia!

Los brazos de Samira no llegan a tiempo para cazarme al vuelo, pero los noto a mi alrededor un segundo después, intentando que los trozos de mi cuerpo permanezcan juntos pese a las grietas. Permitiéndome sentir que aún queda algo de calidez en el mundo.

Quiero decirle que estoy bien, pero el tiempo que dura la confusión de la caída es suficiente para que me dé cuenta de que es justo lo que él quería que pasara: mientras Samira se preocupa de mi bienestar, Alden corre fuera del cuarto y huye.

Todo el amor que creía poder sentir por él se marcha de su mano.



Samira

—¡No!

Apenas lo veo marcharse. Cuando levanto la mirada, él ya no está en el cuarto. Escuchamos lejana la voz de una de las criadas lanzando una exclamación. Yo me pongo en pie de inmediato. No voy a permitir que huya. No voy a permitir que se salga con la suya. No voy a permitir que la muerte de *Aesir* quede impune. Es culpable. Por eso huye, porque sabe que no le quedan más opciones que esa. No sin el apoyo de Cordelia, no sin dejar más cadáveres a su paso. Le hemos descubierto. Un vistazo de un nigromante a su cabeza y sabremos si actuó solo o no. Cómo mató al rey, porque con su huida también es evidente que lo hizo...

Pero entonces oigo el sollozo y me quedo paralizada. Cordelia es, de pronto, una estrella apagada, abandonada en el suelo como si se hubiera caído del firmamento y tuviera la completa certeza de que ya nunca más podrá regresar a su casa. Supongo que es cierto. Desde este momento, la vida de Cordelia jamás será igual. Su hogar acaba de hacerse pedazos.

Cojo aire con dificultad. Miro la puerta, sabiendo que Alden Mormont se aleja un poco más cada segundo que me quedo quieta. Aprieto la empuñadura entre mis dedos. Mató a *Aesir*. *A mi amigo*. Debo ir tras él. Quiero cogerle y

hacerle pagar. Quiero que suplique y pasarle el dolor que tengo asentado en el pecho y que es culpa suya.

Pero, al mismo tiempo, no puedo dejar a Cordelia aquí. No puedo dejarla sola. Precisamente porque tengo el pecho roto de dolor, porque he experimentado lo que es quedarse vacía de pronto, sé cómo se siente. Y la violencia que ahora quiero volcar contra Mormont no me devolverá a mi amigo, no solucionará nada, solo me dará un placer momentáneo.

Pero quizá mi compañía sí sirva de algo para Cordelia.

Me tambaleo antes de que mis rodillas encuentren el suelo de nuevo. Mis manos, dubitativas, rozan sus cabellos. Ella se encoge sobre sí misma, como si cualquier roce fuese a romperla un poco más.

—Cordelia...

Ella sacude la cabeza, haciéndose tan diminuta que creo que se perderá entre los pliegues de su vestido. Sus manos tiemblan e intentan limpiar sus lágrimas.

Pero su llanto no se va a detener tan fácilmente. Su dolor no se va a detener tan fácilmente, como el mío.

—Ve —gime muy bajito—. Ve, Samira. Yo..., yo estoy...

—No, no estás bien —respondo. No lo estamos. La apoyo contra mi cuerpo. Oigo cómo se rompe un poco más cuando lo hago—. Pero lo estarás, Cordelia.

Lo estarás, te lo prometo.

No dice nada. No creo que pueda. Su llanto termina de estallar. Cuando se abraza a mí, yo le ofrezco un refugio entre mis brazos.



Ivy

Cuando entro en mis habitaciones, acompañada de Fausto, y veo a mi prima con los ojos rojos e hinchados, sé que algo terrible ha pasado. Mis pies se mueven entonces sin mi permiso y me apresuro hacia ella para consolarla. Está temblando, envuelta en un chal, con las mejillas desprovistas de color y el cabello despeinado enmarcando su rostro. Es una imagen que hace que se me encoja el corazón. Que desee protegerla como nunca, porque Cordelia ha sido una de las personas más valiosas que he tenido siempre mi lado.

Al abrazarla, esconde la cara contra mi hombro y no dice nada, aceptando en silencio mi cariño. No me atrevo a preguntar qué ha ocurrido, pero tampoco hace falta: Samira nos lo explica todo, desde la desaparición de los planos hasta la huida de Alden. No esperaba que *Alden* fuera un asesino. No esperaba que realmente hubiera intentado matarme, estando tan cerca de mí. Y estando tan cerca de mi prima. Cordelia no se merece esto. Mi padre, que puso su confianza en ese hombre, no merecía esto.

Me siento un poco culpable por no haber sido capaz de verlo antes. Por no haber sido capaz de proteger a mi prima de todo mal.

—Tienes que dar la orden de que lo atrapen, Ivy —susurra Cordelia contra mi cuello, una vez que Samira ha callado—. No permitas que escape.

Sacudo la cabeza, contrariada. Tiene razón, pero no quiero que piense en esto ahora. Mis dedos se enredan en sus cabellos, deslizándose entre los mechones.

—Mandaré a la guardia remover cielo y tierra si hace falta, no te preocupes.

Un sollozo. Su abrazo se hace un poco más fuerte.

—Tendría que haberme dado cuenta antes. Vivía con él, Ivy. Si llega a pasarte algo...

Apoyo los labios contra su cabeza y suelto un suspiro. ¿Acaso no es injusto que esté pensando en mí en estos momentos, en vez de preocuparse por sí misma? Como vivía con él, podría haber sido la víctima. De hecho, ahora que la tengo delante, destrozada, me pregunto hasta qué punto lo fue y yo no lo vi.

Cuántas cosas me pasaron desapercibidas que podrían haberme indicado el peligro, para ella y para mí.

—Deja de culparte, Cordelia. —La voz suplicante que se hace eco de mis pensamientos no es la mía, sino la de Samira, que se ha levantado del asiento donde solo lleva dos minutos sentada y se acerca—. El único culpable es él.

La mano de la princesa roza la mejilla de mi prima, una caricia tan leve como tierna.

—No el único, aparentemente.

Nos giramos hacia Fausto, que ha estado escuchando en un reflexivo silencio.

Él también se siente culpable. Ha maldecido por haber desestimado la culpabilidad cayendo en la distracción que fue inculpar a Cordelia primero.

Ahora se encuentra al lado de la ventana, su figura recortada contra la caída del cielo nocturno.

—¿Crees que de veras ha tenido ayuda?

—Si no fuera así, no tiene sentido que dijera que su detención podría provocar una guerra. —Sus ojos oscuros caen sobre su hermana—. ¿Estás segura de que dijo eso, Samira?

La princesa asiente con la cabeza. Las manos de mi prima se clavan en mis mangas, como si el recuerdo de esa frase le trajese especialmente malos recuerdos.

—Podría ser mentira —concede la princesa de Granth, aunque con duda. Parece sumamente cansada, y supongo que el día ha sido demasiado para ella. Ha perdido mucho, y yo puedo comprenderla—. Intentaba desesperadamente convencer a Cordelia de que callar y seguir su juego era la opción más lógica.

—No parecía mentir —susurra ella—. No tenía razones para hacerlo. Sabía que yo no iba a ayudarle.

Me gustaría llevarle la contraria, pero, después de todo, mi prima lo conoce mejor que yo.

—Pero no tiene sentido. ¿Qué tipo de guerra podría desencadenar él? ¿Civil?

¿Internacional? Si fuera eso, hablaríamos de aliados en otros reinos. Aliados muy poderosos.

Quizás incluso reyes. Amir de Rydia o Geraint de Dahes, si atendemos a aquellos que se negaban a aceptar la ley de que gobernarán las mujeres. O puede que simplemente Alden pensara de verdad que Granth es un peligro para Dione.

Que Fausto intenta manejarme o que el rey Fadir se negará a aceptar la ruptura del compromiso.

Samira se aparta de nosotras y camina por la habitación. Creo que siente la misma inquietud que yo en la boca del estómago.

—Ni siquiera hablaba de la coronación como algo inevitable. —Nuestras miradas se cruzan y ella hace un mohín—. No sé si la guerra de la que hablaba es cierta o no. Si se refería a revueltas civiles o a algo más grande. Pero dijo que alguien todavía podía evitar que fueras reina.

Siento ganas de echarme a reír, aunque sé que se trataría de un sonido amargo, lleno de dudas. Todos los presentes sabemos que me sobran enemigos.

Hay demasiada gente en este momento que podría estar esperando para saltar sobre mí. No les faltan razones: Farren es consciente de que sé que intentó atentar contra mi padre; Arich no está nada contento de que la tradición se altere; Fadir de Granth no soporta la idea de que su heredero no vaya a reinar sobre Dione; Amir de Rydia y Geraint de Dahes no quieren que las leyes cambien...

Hasta donde yo sé, Alden Mormont podría estar hasta conspirando con mis propios guardias para matarme.

—Pero ya es tarde. —O eso quiero pensar—. La ceremonia de coronación se celebrará tan pronto como se pueda. El cambio de la ley es inminente. Toda Marabilia, representada por sus soberanos, ha escuchado las promesas que se me han hecho.

Claro que los mismos hombres estaban presentes cuando se aceptó la autonomía, pero eso no salvó a mi padre.

Fausto me mira. Luego sacude la cabeza y silba bajito, la señal para que *Idris* despliegue sus alas y cambie el respaldo de mi silla por el brazo del príncipe.

—Lo primero es encontrar a Mormont —dice, llamando como siempre a la voz de la razón. Sus dedos acarician el blanco plumaje—. Tienes que dar la orden a tus soldados y nosotros nos encargaremos de ofrecerles un poco de ayuda. —Sus ojos oscuros se vuelven hacia su hermana y mi prima—. Lo encontraremos, y no será necesario pensar más en sus galimatías. Logen entrará en su cabeza, como todos los nigromantes que podamos conseguir, y asunto resuelto. Lo descubriremos todo. Cuánto hizo, cómo, con qué ayuda, si es que la tuvo. Si hallamos a Mormont, lo tenemos.

Hace que suene muy sencillo, pero Alden podría estar en cualquier lado. A estas alturas, podría ocultarse entre estas paredes, incluso, y atacarnos en cuanto nos durmamos.

Creo que Cordelia piensa lo mismo, así que dejo un beso en su frente para apartar los malos pensamientos antes de levantarme. El cuerpo se me queda frío y, por el estremecimiento que noto, a ella también.

—Mandaré a alguien a tu casa —le digo—. Recogerán tus cosas para que no tengas que volver a poner un pie allí.

Ella asiente, pero no dice nada y creo que, en realidad, está muy lejos de aquí, probablemente congelada en el mismo momento en el que Alden se despojó de la máscara.

Un aleteo y un graznido me hacen darme la vuelta a tiempo de ver a *Idris* desaparecer por la ventana. Fausto me mira y se pasa la mano por el pelo, algo nervioso.

—Si tuvo aliados, sabemos quiénes pueden ser. Y también a quién puede intentar pedir ayuda. Deberíamos vigilarlos.

Arich y Farren. Me pregunto hasta qué punto están juntos en esto, porque en el fondo parecen hombres que solo miran por su propio beneficio. ¿Serían capaz de ponerse en peligro por ayudarse mutuamente o son demasiado egoístas? Yo sé que lo haría por aquellas personas que me rodean, pero ¿lo harían ellos?

—Pediré que vigilen sus casas. Si preguntan, les diré que es por su propia seguridad. —Estoy convencida de que no protestarán demasiado si creen que valoro su vida. Aunque me creerán una estúpida por ello—. Y mañana, después del entierro, hablaré con ellos.

Se instala un silencio un poco incómodo, supongo que porque ninguno de los presentes quiere pensar en ese momento. Se me hace un nudo en la garganta nada más decirlo, pero me niego a mostrarme indecisa. No puedo titubear. Y menos en público. Si me derrumbo y caigo y lloro, que sea en privado, donde nadie podrá juzgarme o pensar que soy débil. Como si sentir me fuese a hacer más blanda. Como si me fuese a restar poder o capacidades.

Es Samira la que finalmente habla, con rostro sombrío:

—Ayudaré en la búsqueda. Ese hombre mató a *Aesir*. No me quedaré de brazos cruzados.

Fausto hace un gesto.

—Entiendo cómo tienes que sentirte, pero hay guardias, Samira. Creo que, después de todo lo ocurrido, es mejor que descanses. —También mira a Cordelia—. Descansad ambas.

Samira no parece muy contenta con la sugerencia y clava los ojos en el suelo, molesta. Fausto se acerca a ella para ponerle una mano en la cabeza, probablemente para insistirle en que es lo mejor, pero ella esquiva sus dedos. Se mueve hacia la puerta, ignorando al príncipe. Dirige toda su atención a mi prima.

—Me iré a descansar entonces, pero hacedme llamar si me necesitáis.

Cualquiera.

Cordelia cruza una mirada con ella antes de bajar los ojos. Tiene los dedos rojos de retorcer la tela de la falda. No encuentra las palabras para

responder. Lo sé porque yo misma me he visto en esa situación mil veces, incapaz de hablar, pese a no desear otra cosa...

—Te acompaño.

Samira se tensa al oír la voz del príncipe, pero no hace comentarios.

Solamente cuadra los hombros, como si estuviese armándose de valor, y desfila fuera de la estancia, seguida de cerca por Fausto, que me dedica una mirada cargada de promesas de que nos veremos más tarde. Intento sonreír para él, pero no me sale todo lo bien que querría.

—Yo también me iré.

Cordelia se levanta en cuanto la puerta se cierra, pero no voy a dejar que se marche. Aunque cada segundo que no le doy a la guardia sus órdenes es un instante que perdemos, me vuelvo hacia ella y cazo su mano entre mis dedos.

—Lo siento.

Mi prima da un respingo, sorprendida por la súbita confesión.

—¿Tú? ¿Por qué? No tienes culpa...

—Siento si estos días no he estado tanto tiempo contigo. Siento haberte echado esta mañana del cuarto. Estuvo mal. Tú solo te preocupabas por mí...

—Y tú tenías razón: el Consejo no es de fiar. Y yo, después de todo, no conozco nada del mundo real. Ni siquiera de las personas que me rodean.

Desearía retirar esas palabras. Desearía que se volvieran contra mí de otra manera, demostrándome lo equivocada que estaba. Desearía que Alden nunca le hubiera hecho daño y mi prima me mostrase lo estúpida que he sido por dejarme llevar por mi enfado y mi frustración contra el mundo.

—Me conoces a mí —susurro—. Has estado conmigo desde que tengo memoria. Me conoces mejor que yo misma. Y yo lo conozco todo sobre ti.

Cordelia aparta la mirada, pero no por ello dejo de sentir la tristeza que emana su expresión o la postura de su cuerpo.

—Te quiero —susurra—. Pero en estos años nos han separado muchas cosas.

Y ahora tú serás reina y yo...

—¿Y qué importa eso? Seguiré necesitándote. Queriéndote a mi lado, como siempre. —Doy un paso hacia delante. Le arreglo el pelo, los mechones sueltos que enmarcan su cara—. Para mí, eres indispensable. Lo más valioso.

Ella sacude la cabeza. Tiene los ojos llenos de lágrimas y pocas ganas de creerme.

—¿Por qué? No soy lo bastante inteligente. No soy lo bastante capaz. No soy...

La hago callar. Coloco un par de dedos sobre sus labios y ella se queda muy quieta, en silencio, en tensión.

—Eres todo eso. Y valiente y dulce y amable. Eres desinteresada y haces que los que estamos a tu alrededor nos contagiemos de tu alegría. Y te quiero muchísimo. —Cuando trato de sonreír para ella, me sale un poco mejor—. Y la reina de Dione estará encantada de que te quedes a su lado, velando por sus intereses, si tú estás dispuesta a aceptar.

Aunque las lágrimas siguen en sus ojos, ya no son tanto de tristeza como de cariño. Y me gustaría creer que también de amor por sí misma.

—No deseo otra cosa —murmura.

La abrazo con todas mis fuerzas y beso su mejilla. Tengo la certeza de que, si me rodeo de gente como Cordelia, todo puede ir a mejor.



Fausto

—Samira.

 Mi hermana se detiene en medio del pasillo. Las últimas luces de un día muy largo mueren al otro lado de las ventanas, extendiendo las sombras sobre el corredor. La de la princesa parece demasiado larga para un cuerpo tan pequeño.

 —¿Sí?

 —Dime cómo puedo ayudarte.

 Con una lentitud impropia de ella, se gira a medias hacia mí. Me observa con la expresión vacía, y yo sé que no hay muchas maneras de consolarla. Me mira durante un buen rato y con un semblante extraño antes de sacudir la cabeza.

 —Todo va bien —murmura, mintiéndome. Mintiéndose—. Necesito descansar, Fausto.

 —¿Crees que engañas a alguien?

 —No sé, dímelo tú: se te da mucho mejor que a mí.

 No esperaba eso. Los ojos de Samira, que suelen ser campos abiertos, parecen ahora árido desierto pese a su color verde. ¿Me está acusando de farsante? ¿De engañar...? ¿Por qué?

Y de pronto tengo la certeza de que lo sabe. No sé cómo, o por quién, pero mi hermana me acusa de engaños porque sabe que toda mi vida ha sido uno.

Aprieto los labios. Su mirada brilla con una tormenta contenida. Intenta evitarlo. Lo hace apretando sus puños, sus labios. Reprime toda su expresión.

Pero en el calor abrasador del desierto de mi hermana hay ganas de lluvia.
—Samira...

—No —me corta. No puedo evitar el escalofrío que me provoca su voz, tan exigente, tan diferente a su alegre canto de siempre—. Aquí no.

Echa a andar de nuevo. Yo no soy capaz de seguirla de inmediato. Me siento entumecido, casi mareado. ¿Es esto lo que voy a ser ahora para ella? ¿Un farsante y nada más? El miedo se me agarra al pecho. Ahora que sabe la verdad, ¿considera que ya no soy su hermano?

La sigo con indecisión. Con duda y el corazón palpitando más fuerte de lo que recuerdo. Lo siento en las sienes, como si latiese ahí en lugar de en mi pecho.

Ninguno dice nada más durante el tiempo que tardamos en llegar al pasillo en el que llevamos ya semanas hospedándonos. Elige su cuarto como quien elige un territorio reconocible para una primera batalla. Pero yo no quiero que nuestra relación sea una guerra. Es mi hermana. Aunque no compartamos sangre, lo ha sido para mí, tanto como lo es Casilda o como Maryam es mi madre. Me preocupa. La quiero.

Y de pronto tengo un miedo atroz a que todo lo que nos unía fuera también una fantasía. Una ilusión, como lo soy yo mismo. Después de contarle a Ivy la verdad, perdí un poco esta sensación de irrealidad, pero ahora vuelve con más fuerza que nunca. Temo que nuestra relación vaya a desaparecer ante mis ojos en cuanto intente alzar la mano para recuperarla.

Samira se acerca a la ventana. Hay un silencio largo mientras ella mira hacia fuera. Observa el cielo y yo me pregunto si ahora cada vez que lo contemple se imaginará a un ave batiendo sus alas mientras disfruta del viento en su plumaje.

Su voz parece irreal:

—Entiendo que madre no me dijera nada, ¿sabes? Lo entiendo de verdad.

¿Cómo te enfrentas a tu hija y le dices que es producto de una violación? Que, de haber sido por ella, nunca habrías existido. No me lo ha dicho, pero estoy segura de que en algún momento, durante los nueve meses en los que yo crecía y le recordaba lo que su marido le había hecho, deseó parar. No puedo culparla. Yo lo habría hecho. Habría detenido aquel embarazo, pero supongo que a ella ni siquiera le dieron la opción. Quizá deseó morir, y yo casi hago que se cumpliera ese deseo.

Sus palabras son demasiado duras. No solo en general; también para ella misma.

—No te hagas eso, Samira.

No sé si me escucha. Doy un paso hacia delante. No quiero que se fustigue de esa manera. No es justo. La princesa deja de observar más allá de la ventana y se gira hacia mí. Solo la mitad de su cuerpo.

—Entiendo que madre no me lo contara —repite—. Pero ¿tú, Fausto? ¿Por qué no me lo contaste tú? ¿Desde cuándo lo sabes?

Contengo la respiración. Sus labios están blancos de apretarlos con tanta fuerza. Me quedo paralizado.

—¿Desde cuándo, Fausto?

Aparto la vista. Un silencio.

—Fausto.

—Madre me lo dijo cuando cumplí los doce años.

Eso hace un total de nueve años siendo un farsante a sabiendas. Conteniendo una mentira. Cuando madre me explicó que todos los cuentos sobre príncipes y mendigos que me había contado tenían una base real, yo apenas comenzaba a ser adulto. Me quedaban cuatro años para la mayoría de edad, pero ella no quería esperar tanto. Me lo contó en cuanto creyó que podría entenderlo. En cuanto comenzaba a dejar atrás los juegos. Lo hizo para que yo pudiera ser consciente cuanto antes de cuál debía ser, en adelante, mi papel. Mi posición.

Samira asiente, pensativa. Es extraño ver cómo ni siquiera mueve las manos, ni retuerce su vestido, ni camina, ni hace ninguna de las cosas que habitualmente haría con su carácter nervioso. Solo está ahí inmóvil, tan silenciosa.

—Samira, si no te dije nada...

—Estuviste enfermo. Por aquella temporada, te pusiste enfermo. Me dijeron que fue por comer mucho pastel en tu cumpleaños. Pero no estabas enfermo, ¿no? Te enteraste y te alejaste de todo el mundo. Fue eso, ¿verdad?

Al principio ni siquiera sé de qué habla, pero luego lo recuerdo. Sí, es cierto.

Cuando mi madre me lo dijo, no quise creerlo. Me quedé bloqueado. Y después, durante días, me encerré en mi cuarto. Ni siquiera me acordaba. A aquellos días los cubre una neblina extraña. No sé cuánto tiempo estuve ahí, diciendo que no quería ver a nadie. Porque realmente no quería. Porque estaba seguro de que la próxima vez que alguien me viese, todo el mundo lo sabría, algo me delataría y me echarían a patadas del castillo y perdería toda mi vida y no tendría madre, ni padre, ni hermanas, ni nada. De alguna manera, creía que hasta volvería a ser un bebé, como por algún truco de magia, y moriría abandonado, sin ser nadie, sin formar parte de nada.

Es extraño. Había olvidado cuánto lloré.

—Fue la primera vez que me prohibiste estar a tu lado.

Doy un respingo. Samira también me mira ahora. Intento recordar. Supongo que he ido relegando a un rincón aquellos días. Que cuando salí de aquel cuarto, saben las estrellas después de cuántas jornadas apartado de todo, lo hice decidiendo que tenía una responsabilidad que asumir y un papel que cumplir y que no sería jamás alguien como mi padre. Y eso fue lo único en lo que quise concentrarme, en nada más. Y lo único que he pensado desde entonces.

—Me colé en tu cuarto y tú estabas en tu cama, muy quieto. Muy, muy, muy quieto. Creo que llevabas dos días sin aparecer por ningún lado y, aunque todo el mundo decía que estabas enfermo, que había que dejarte solo, estaba preocupada por ti. Pero, cuando me acerqué a la cama y abrí la boca, tú ni siquiera me miraste. Me dijiste que me marchase. Yo empecé a hablar, como siempre, porque siempre he sido una bocazas. Y me repetiste que me marchase. Pero yo no soy fácil, y seguí allí. Entonces gritaste; yo me asusté, porque nunca te había oído gritar. Había oído a padre. Había oído a Casilda. Incluso había oído, rara vez, a madre. Pero a ti no. A ti nunca. En aquel momento gritaste que me marchase. Lo hice; tú ni siquiera me miraste.

Lo recuerdo. Es cierto. Casilda también intentó lo mismo. Creo que a ella también le grité, pero no me hizo caso. Ella, que sabía la verdad, que lo entendía todo, se acercó a mí y me obligó a mirarla.

«Deja de autocompadecerte, Fausto de Granth —me amonestó—. No harás nada desde la cama; si lo que ocurrió contigo no te gusta, haz algo para que a nadie más le ocurra. Nada cambiará solo con lágrimas».

A la mañana siguiente, salí del cuarto. Pero no pensé en lo que habría pasado en mi ausencia, solo en lo que tenía que hacer en adelante. Solo eso. Solo la persona en la que tenía que convertirme. Solo lo que había que cambiar.

—Lo siento —susurro muy bajito—. Lo siento, Samira.

—Entonces —continúa ella, y se pasa una mano por la mejilla— fue cuando empezaste a alejarte. Yo lo entendí, claro. Porque serías rey. Porque no podías jugar para siempre conmigo. Porque yo no era tan importante como tú, y tenía que vivir con ello y no debía molestarte. Tampoco quería que volvieras a gritarme que me marchase. Así que solo me quedé esperando el tiempo que podíamos pasar juntos. Aunque fuera menos.

Suena tan solitaria que se me hace un nudo en el estómago. En el corazón.

Siento que algo no me deja respirar y reconozco la culpa. Sabía que la muchacha que tengo delante convivía con un montón de inseguridades, día a día. Sabía que se sentía irrelevante a menudo, y que cuando bromea con ello siempre hay, en el fondo, un poso de verdad que la martiriza. Pero siento que yo también soy responsable de esas inseguridades. Que quizá podía haber hecho algo para evitarlas. Quizá, si me hubiera fijado un poco más en los sentimientos de las personas a mi alrededor y no en la lógica, en la política, en los estudios, en...

Cojo aire, dando un paso más hacia delante.

—Samira, no quería...

—¿Fue porque sabías la verdad?

—¿Qué?

—Cuando empezaste a alejarte, ¿fue porque en el fondo nada más te ligaba a mí, y no por todo lo que tenías que hacer? Cuando supiste de dónde

venías, ¿pensaste que ya no era tu hermana? Desde que lo sabes, ¿has estado interpretando un papel también conmigo?

Casi me tambaleo. Samira parece a punto de desbordarse. Sus manos se han cerrado en puños y tiemblan. Toda ella tiembla. A duras penas contiene un sollozo y es entonces cuando reacciono. No puedo quedarme quieto. No ahora, como hace nueve años.

Y acorto la distancia que nos separaba antes de estrecharla entre mis brazos.

Aprieto los párpados en cuanto los ojos comienzan a picarme.

—*Nunca* he tenido que interpretar un papel contigo, Samira. Jamás. Siento si me alejé un poco. Si no me di cuenta de cuándo te sentías sola. Siento..., siento si no he estado para ti todo el tiempo que hubieras necesitado. Lo siento muchísimo, pero te juro que nunca fue mi intención alejarme de ti. Si no te lo conté... fue porque no quería perderte. Ni siquiera sabía cómo. No quería que nada cambiase. No quería que pensaras esto. Que... ya no éramos hermanos.

Familia. —Escondo mi cara en sus cabellos—. Poder ser tu hermano es una de las mejores cosas que me ha dado el papel que me ha tocado interpretar, Samira, y no quería dejar de serlo. No *quiero* dejar de serlo.

Ahora sí, la muchacha entre mis brazos se derrumba. Lo siento porque su sollozo suena contra mi pecho justo antes de que sus manos se agarren a mi ropa.

Su voz, cuando suena, es un hilo tembloroso, casi suplicante:

—Yo también quiero seguir siendo tu hermana.

La abrazo con más fuerza.

Puede que no compartamos sangre, pero compartimos algo mucho más importante. Y eso nadie puede quitárnoslo.



Samira

Los nasires, como Fausto le explicó al rey de Dione cuando llegamos aquí, forman parte de nuestra familia. Por eso, cuando un nasir se marcha, todos nos despedimos de él como lo haríamos de cualquier otro miembro.

La noche ha caído cuando bajamos en silencio hacia una de las playas de Taranis. Solo yo, Fausto, madre y sus nasires. Mi padre no puede estar. Puede que sea el rey, pero nunca entenderá lo que significa nuestro vínculo con las aves de Granth. No tiene una. No tiene derecho. Es *ajeno*. Mi madre debería reclamar su trono antes que Casilda y exiliarlo. Alejarlo del trono que nunca le perteneció, de la familia que no merece. Lejos de ella, a quien hizo tanto daño.

Aesir parece dormido sobre la cesta de mimbre en la que hemos dejado su cuerpo. Sus alas blancas son tan refulgentes como una más de las estrellas que nos observan y brillan reflejadas en las aguas frente a nosotros, como pequeños diamantes desperdigados por el mar. Supongo que mi amigo ya está ahí arriba, surcando los cielos, pero ya que su cuerpo se ha quedado aquí, entre nosotros, nos encargaremos de que esa parte de él los sobrevuele de otra manera.

Los cantos de *Idris* y *Nerys* me hacen comenzar a llorar antes de que pueda depositar la cesta sobre el agua. Pese al hermoso sonido que emiten, no

es complicado descubrir el dolor en sus notas, como un coro de mi propio sufrimiento. Sé que Fausto y mi madre lo entienden. No del todo, todavía no, pero conocen suficiente el vínculo que compartimos con nuestros compañeros como para poder imaginarlo. Es como si de pronto una parte de mi mente se hubiera quedado silenciada para siempre. Como tener una habitación constantemente abarrotada de gente y, de pronto, saber que nadie volverá a entrar ahí.

La mano de Fausto se posa sobre mi hombro. Trato de parpadear para que la neblina que cubre mis ojos desaparezca y poder observar por una última vez a mi amigo. Parece tranquilo, y no sé si eso me alegra o no, porque siempre estaba tan inquieto y nervioso como yo. Pero supongo que está en paz. Que todo está bien.

Que seguiré protegiéndome desde algún otro lugar. No me deja sola, sino que me exige que ahora las ilusiones las haga yo y me lo imagine siempre que pueda a mi alrededor.

Doy un par de pasos hacia delante. Los pies y el bajo de mi vestido se me mojan mientras me adentro en el mar y finjo pasearme entre las estrellas. La cesta se balancea al compás de las olas. Una última caricia a un plumaje por el que he pasado mis dedos demasiadas veces. Con cuidado, casi pidiéndole disculpas, sostengo una de sus plumas. Me la quedo. Solo eso. Al menos, eso.

—Vuela libre, amigo —susurro.

Le dejo marchar con la marea. *Idris* y *Nerys* alzan el vuelo para acompañarle una última vez.

Antes de que pueda sentir que me quedo más sola que nunca, mi madre y Fausto aparecen para resguardarme en un abrazo que no tiene nada de fantasía.

Mi llanto se une al réquiem de los nasires.



Ivy

La mañana del funeral de mi padre amanece soleada, como un insulto a nuestra tristeza. Hace calor, aunque la brisa del mar, impregnada del olor de la primavera, se encarga de refrescarnos y hacer el negro del luto más llevadero. El cortejo fúnebre es una masa de colores oscuros, una ola de tristeza que se desplaza por la ciudad para acompañar a nuestro rey en su último viaje. Desde detrás de mi velo todo parece un poco más gris de lo que es, como si una nube hubiera tapado el sol o me hubiera despertado en otro mundo. Pero sigo anclada al mismo, a mi realidad, en la que tengo que recorrer las calles de Taranis del brazo de mi prima y rodeada de mis damas. Las sedas cubren sus rostros y hacen sus expresiones ilegibles, pero oigo a mi tía, justo detrás de mí, sollozar audiblemente. Desde que vino a despertarnos a mí y a Cordelia esta mañana, ha estado desconsolada y hasta ella se ha hundido en tal silencio que me he sentido impulsada a abrazarla.

¿Has visto, padre? Eras un hombre muy querido. Todos están aquí por ti.

Las reinas llevan velos y vestidos negros. Los reyes, de sus brazos, caminan cabizbajos y en silencio. Los hechiceros y los nigromantes acompañan a sus señores en una quietud casi tenebrosa, pues ni siquiera hacen ruido al pisar los adoquines. He visto a Logen y Greta juntos, hablando

muy bajo: él, con su ropa negra de siempre; ella, sin el mandil que suele llevar, con un sencillo vestido y sin velo. Tampoco Kay lleva velo, aunque se ha cubierto la cabeza con la capucha de su capa y va acompañada de su guardia y su hechicero, que parece más blanco de lo que recordaba, como si los entierros le hiciesen sentir mareado.

Lynne se ha colado entre ellos tras haberse acercado a darme sus condolencias.

Ella conocía bien a mi padre y sé que él la apreciaba. Creo que se admiraban mutuamente. Él le dio su primer barco y los primeros materiales con los que comerciar y, aunque hace ya ocho años de aquello, cada vez que nos visitaba y se reunía con él se mostraba siempre agradecida y deseosa de no decepcionar sus expectativas. Le he prometido, en un susurro, que la relación entre su negocio y la corona no cambiará; por primera vez desde que la conozco, no parecía interesada en negocios, solo profundamente triste.

El rey de Dahes y el de Rydia han empezado a preparar su marcha cuando yo he informado que no habría boda, aunque han tenido la decencia de posponer su viaje hasta la tarde. He anunciado el fin del compromiso durante el desayuno, dejando claro que Granth y Dione seguirán manteniendo su alianza comercial y, espero, una amistad que ni siquiera la distancia podrá debilitar. Cuando lo he dicho, Fausto me ha sonreído, con el hoyuelo en su mejilla, y yo he sabido, al instante, que mis palabras no eran solo compromiso. Que quiero que nuestros reinos prosperen juntos.

Más atrás, entre las filas de los nobles de Dione, caminan Farren y Arich. Ni siquiera han tenido el valor de acercarse a mí, como otros, y darme el pésame.

De ellos no he escuchado palabra alguna de consuelo. De ellos no sé qué esperar, aunque les mandaré un mensaje tras el funeral para citarlos en el despacho de mi padre. En mi despacho, ahora. Tengo que asegurarme de apartarlos del poder.

Tengo que asegurarme también de que no hacen ninguna tontería. Si están compinchados con Alden o saben dónde puede estar, tengo que saberlo. Y, sobre todo, tengo que crear un nuevo Consejo. Uno fiel a mí, dispuesto a decirme la verdad en vez de complacerme o hacer lo que les favorezca más a ellos.

Quiero que las cosas empiecen a cambiar. Quiero que, pese a que esta es una despedida dolorosa para el que fue un gran rey, también sea una forma de despedirnos de todas las costumbres dañinas que llevan demasiado tiempo arraigadas en nuestro país.

* * *

Cuando entro en la estancia, ellos ya están allí, de pie tras el escritorio, observando por la ventana y hablando en voz baja, aunque se giran al oírme.

Puede que los haya hecho esperar un poco más de la cuenta, consciente de que ya habían llegado, pero finjo no haberme percatado. Cuando se inclinan ante mí, Farren parece más pálido y ojeroso que nunca y Arich, más tenso que de costumbre, pero, a pesar de todo, sigue queriendo ser él quien maneje la situación:

—Alteza. ¿Queríais vernos?

Yo doy la vuelta a la mesa y me siento en la silla de mi padre. No les dejo otra alternativa: si desean estudiar mi rostro, tendrán que sentarse frente a mí, al otro lado del escritorio. Así les dejo claro cuáles son nuestras posiciones.

—He intentado que la noticia no salga del conocimiento de unas pocas personas —comento, hojeando unos papeles que parecen dispuestos para mí como cada vez que el rey estaba enfermo. Trabajos menores que no delegaré en nadie por el momento—. Aun así, imagino que os habréis enterado: Alden Mormont es un traidor que no solo intentó matarme, sino que pudo haber hecho lo mismo con mi padre.

Hay un silencio tenso, sin embargo, por la mirada que se lanzan, es obvio que ya estaban al tanto.

—Esas son acusaciones muy...

—Dejen de tratarme como una niña, mis señores —interrumpo a Farren antes de que pueda terminar la frase—. Sé perfectamente lo que digo y tengo pruebas de que, como mínimo, trató de matarme en una ocasión. Y en cuanto un nigromante entre en su cabeza, sabré si lo intentó más veces, como yo sospecho, y si además se le puede aplicar el cargo de regicidio.

Farren se humedece los labios. Le brilla la frente, perlada de sudor, y me planteo que se esté poniendo enfermo. O quizás simplemente teme lo que pueda estar a punto de pasar. Lo que le pueda reclamar. Hablar de traiciones y de los castigos que se aplican no debe de ser fácil para alguien que sabe que su princesa es consciente de sus crímenes.

—¿Y qué queréis que hagamos al respecto?

—Supongo que no sabréis dónde puede ocultarse o si alguien le presta algún tipo de ayuda.

Farren elige ese momento para pasarse el pañuelo por la frente, lo que hace parecer que está aliviado de que, después de todo, esta vaya a ser una conversación sobre Mormont y no sobre él.

—Somos súbditos leales a la corona, alteza —dice Arich—. Vuestra prima es su esposa. Si ella no sabe nada...

—Mi prima es más leal que algunos hombres en esta habitación. Por otra parte, si me decís que sois inocente, no tengo motivos para no creerlos, ¿no es cierto?

De nuevo, se cruzan sus miradas. Supongo que sienten curiosidad y terror al mismo tiempo. Soy consciente de su miedo a dar un paso en falso. A contrariarme. ¿Me tendrán por una mujer caprichosa? Hasta hace unos días solo conocían a la princesa que callaba y agachaba la cabeza. Me consta que todavía no saben cómo encararme, y esa es mi mayor ventaja.

—Todo lo que hemos hecho alguna vez, mi señora, ha sido por la gloria de Dione.

—Y yo jamás me habría planteado dudarlo. Pero ¿cómo voy a fiarme de nadie, cuando parece que no sois lo que decís ser?

—Mi señora...

Alzo la mano, rechazando la intervención de Farren:

—No dudo de vuestra... lealtad. —Mi mirada se cruza con la suya. Todavía no le he desvelado cómo he descubierto su traición y no creo que lo vaya a hacer: es una carta demasiado buena para deshacerme de ella con tanta facilidad—. Pero en estos momentos hasta mis aliados me parecen sombras amenazantes. —Cruzo las manos sobre la mesa—. Al fin y al cabo, Alden Mormont dijo ayer ciertas cosas, antes de huir, que me tienen preocupada.

Esperaba que los hombres se pusieran nerviosos al escuchar eso, que de alguna forma demostraran que pueden ser sus aliados, pero Farren solo se muestra más confuso y Arich, como la mayor parte del tiempo, inexpresivo.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Insinuó que tenía aliados. Aliados lo bastante importantes como para desencadenar una guerra. Y yo me pregunto, si es así, ¿a quiénes se refería y qué podrían estar tramando contra la corona?

—Podría haber mentido, alteza —apunta muy lógicamente Arich.

Asiento, de acuerdo con él. Eso es justo lo que espero.

—Pero ¿puedo arriesgarme? Si el Consejo recibiese mañana una amenaza así, ¿se arriesgarían, mis señores?

Ambos niegan tras un titubeo. Al menos tienen la decencia de decir la verdad en lo que a eso concierne.

—Como comprenderán, yo tampoco deseo hacerlo. Por eso voy a pedirles su colaboración, con la certeza de que, como repiten siempre, todas las decisiones tomadas por el Consejo son por el bien del reino. —Hago la más ligera pausa, consciente de que están a la espera—. Un solo segundo en sus cabezas. Seguro que podemos encontrar a un nigromante que se encargue. Muchos reyes todavía están aquí hasta mañana y con ellos hay personas con ese poder: el de Granth o el de Idyll se encargará. Según tengo entendido, apenas se siente nada. Sobre todo si no se tiene nada que esconder.

Los hombres contienen a duras penas la sorpresa y el enfado.

—¡Eso que pedís es inadmisibile!

—¿Nos estáis poniendo bajo sospecha, alteza?

—¿Qué haréis si nos negamos? ¿Encarcelarnos?

—La guerra será con los nobles, si nos pedís a cada uno que demostremos nuestra lealtad de esa manera.

Alzo las cejas, pero dejo que hablen, que se indignen y exclamen. Al menos lo hacen hasta que se dan cuenta de que yo no les respondo.

—No todos los nobles son miembros del Consejo. Y no, claro que nadie va a ser encarcelado por negarse. Pero... si una mente no tiene nada que esconder, ¿por qué iba a oponerse? —Me pongo mi mejor máscara de inocencia—. No entiendo cuáles son los reparos. Yo no voy a ver en vuestra cabeza. Lo hará un nigromante que guardará a salvo vuestros secretos,

siempre y cuando no tengan nada que ver con delito alguno. ¿O es que habéis cometido algún acto criminal contra la integridad de la familia real?

—Un nigromante podría vender nuestros secretos.

—¿Tenéis alguno del que pueda sacar beneficio, lord Farren? Si eso es lo que os preocupa, no temáis: haremos jurar al nigromante que estos nunca saldrán de sus labios o de sus manos.

—¿Y qué pasará si nos negamos?

Apoyo la barbilla en una mano. Los ojos de Arich están fijos en los míos, pero yo no encuentro razón alguna para apartar la mirada.

—El Consejo —digo con cuidado— ha sido siempre una parte fundamental del gobierno de Dione. Aunque el rey puede hacer y deshacer a su antojo, los distintos monarcas han intentado rodearse de personas en las que pudieran confiar sin restricciones para poder tomar las decisiones que favoreciesen más a la corona y a sus habitantes. —Me echo hacia delante, con cuidado—. Los miembros del Consejo siempre han sido transparentes en sus intenciones y sacrificados, como vos lo habéis sido, lord Arich, durante estos años. Pero, por desgracia, son tiempos peligrosos en los que la traición parece extenderse como una enfermedad. ¿Confiáis vos en el resto de vuestros compañeros, cuando uno de ellos ha resultado ser un vulgar asesino?

Mi interlocutor mira a Farren, que tiene el ceño fruncido.

—Por supuesto —acaba por decir.

—¿Cómo sabéis que no está compinchado con Mormont? Lord Farren, ¿cómo sabéis vos que lord Arich no ha ayudado a escapar al traidor?

—Eso es una locura, princesa. Lord Arich jamás atentaría contra vuestra vida.

Mormont era un hombre lleno de aires de grandeza.

—Y, en cambio, ninguno de los presentes supo reconocerlo. ¿O es que sabíais lo que planeaba?

Arich se pone en pie con una decisión sorprendente. Tiene los labios apretados y los ojos brillantes de esa furia que ya he visto arder en su mirada más veces.

—Dejad de jugar con nosotros. Somos el Consejo. No tenéis más opción que aceptarnos aunque no nos sometamos a esa lectura de mentes. No hay nadie más que pueda hacerse cargo de la regencia si no.

Yo también me levanto. Lo hago con mucha más suavidad, consciente de que la atención de estos hombres está puesta sobre mí.

—En realidad, eso no es del todo cierto.

Paso por su lado y voy hasta la puerta, dejando que me sigan con la vista.

Cuando la abro, él ya está preparado. Darrow viste del luto más estricto y parece haber envejecido al menos diez años sin su sonrisa de siempre, pero hace una inclinación ante mí y se vuelve hacia los otros miembros del Consejo para saludarlos.

—Lord Darrow ya no es uno de los nuestros. Dimitió.

Asiento.

—Pero, si conocéis las normas, su retirada tiene que ser aceptada por el rey.

O por su heredero. Ahora, por su heredera. Y lord Darrow no solo ha demostrado su humildad al aceptar la culpa por las decisiones del Consejo, sino que se ha sometido a la lectura de mente. Y está completamente libre de culpa.

Creo que Arich se lanzará sobre el hombre para zarandearlo y echarle en cara sus decisiones, pero sabe que no puede hacer nada. Que está entre la espada y la pared y que se lo ha buscado él solo. Farren, por su parte, entiende que se trata de una trampa. Que si acepta la lectura de mentes, solo nos confirmará lo que ya sé: su culpabilidad y la de su hijo. Le estoy ofreciendo una salida y, si no la coge ahora, quizá jamás se vuelva a presentar la oportunidad.

—Dejo mi puesto en el Consejo. Mañana tendréis el documento.

Su rendición es una pequeña victoria, pero intento que no se muestre en mi rostro.

—Lamento escuchar eso, lord Farren. Me hubiera encantado recibir consejo de vuestras estrategias para crear un reino mejor. Podéis enviarme vuestra renuncia por Portia, si lo deseáis. Con ella seguiré contando.

Me aparto a un lado y él entiende la indirecta. Mantiene la cabeza alta, o lo intenta, y el resquicio de dignidad que pueda quedarle en el cuerpo tras admitir su derrota. Desfila por la estancia y se marcha. No me giro para verlo, aunque espero al chasquido de la cerradura para avanzar hacia lord Arich.

—¿Mi señor? ¿Habéis tomado una decisión?

No necesito la magia de un nigromante para saber lo que piensa. Los insultos que se calla cuando se muerde la lengua. Sé que para Arich lo peor no es que me haya infravalorado, sino que lo ha retado una mujer y ha salido victoriosa. La misma mujer que será reina sin que él haya podido hacer nada por remediarlo.

Puede que incluso se plantee, de pronto, que el príncipe granthiano en el trono no era tan mala opción.

—No sé qué creéis que hallaréis en mi mente, alteza, pero vais a llevaros una desilusión.

Es imposible que mi sorpresa no se refleje en mi expresión. Realmente esperaba que ocultase algo. Una parte de mí, de hecho, decide que tiene que haber algún truco tras su rendición.

—¿Os someteréis al examen de un nigromante?

—No voy a dejar mi puesto, alteza.

Titubeo. Él da un paso hacia delante; yo no me muevo. Lo encaro pese a mi confusión. No trata de ocultar su desprecio, su enfado, pero sé de antemano que ha ganado: no voy a poder echarlo del Consejo de momento. Quizá sea un hombre horrible y la idea de un extranjero con la corona de Dione o una mujer al mando del país le desagrade profundamente, pero no renunciará a su poder actual por ello. Tampoco creo que vaya a fingir estar a gusto en mi presencia ni que le agradan mis ideas, pero sé que no impedirá la coronación.

—Me alegra oír eso, lord Arich —miento—. Fuisteis un gran consejero para mi padre y espero que lo seáis para mí.

¿Qué puede decir ante eso? Ambos sabemos que no nos llevaremos bien y que sus decisiones están más basadas en su apreciación personal que en algo objetivo, pero estamos dispuestos a fingir. Por eso fuerza algo parecido a una sonrisa y baja la cabeza antes de salir de la estancia.

Suspiro y me dejo caer en una de las sillas delante del escritorio. Me siento agotada, como si no hubiera dormido en días.

A mi espalda oigo pasos. La mano de Darrow cae sobre mi hombro.

—No he tenido la oportunidad de deciros cuánto lo siento, alteza. —Su voz es suave y, cuando miro hacia arriba, hacia su cara, me doy cuenta de que su tristeza ha vuelto a instalarse en su semblante—. Sabéis cuánto significaba

vuestro padre para mí. Y sabéis que lo echaré de menos cada día, como vos misma. Pero quería aseguráros que voy a estar a vuestro lado para lo que necesitéis. Sé que es lo que Derrick quería. Y sé también... que estaría muy orgulloso de vos. Os aseguro que os quería con locura, y veros tan segura de vos misma, tan decidida, lo hubiera llenado de orgullo, aunque ya estaba rebosante de él antes de eso.

Tengo que parpadear para concentrarme en no llorar, a pesar de que llevo todo el día con los ojos secos. Sus palabras son, probablemente, las más sinceras que he escuchado hoy. Por eso solo puedo asentir, bajar los ojos y poner mi mano sobre la de él. De pronto su ausencia es más real que nunca, sobre todo cuando giro la cabeza y observo su silla vacía.

Es como si no hubiera sido consciente de todo hasta ahora. Como si mi mente se hubiera negado a aceptar la situación. Me he intentado concentrar en todo lo que tenía entre manos, pero ahora que las cosas se han calmado, ahora que Darrow me ha recordado que no va a volver, la realidad me pesa sobre los hombros y me oprime en el pecho.

No me doy cuenta de que he empezado a llorar de verdad por él hasta que el mejor amigo de mi padre me abraza en un intento de consolarme.

Y sé, sin lugar a dudas, que lo cambiaría todo por que volviera a estar aquí.



Fausto

—Confieso que me sorprende: habría apostado una mano a que Arich también tenía algo que ver en todo el plan de Alden Mormont. Pensé que jamás accedería a dejar ver en su cabeza y dimitiría, como Farren.

Ivy cabecea, dándome la razón. Ambos contemplamos el fuego, sentados frente a la chimenea de su cuarto. La noche ha caído hace ya un buen rato y yo he vuelto aquí como si estas horas nocturnas acompañándola fuesen mi verdadero hogar. Sé que, cuando me marche, esto será lo que más eche de menos. Hablar con ella, de todo y de nada, en medio de la noche, con nuestras manos unidas. Creo que puedo vivir sin los besos, por más que me gusten sus labios. Sin las caricias, por mejor recuerdo que dejen sus manos sobre mi piel.

Pero no sé cómo voy a vivir con la ausencia de su voz.

En algún momento, Ivy de Dione se ha hecho imprescindible y, aunque yo no me marcharé mañana con mis padres, aunque todavía nos queda tiempo juntos hasta su coronación (porque no pienso perdérmela, porque tampoco se me ocurre dejarla sola hasta que no sea reina con todas las letras), yo empiezo a intuir lo cerca que está la despedida.

—Creo que casi es mejor así —susurra la princesa, apoyando su cabeza en mi hombro—. Mientras que Farren me parece bastante inofensivo, Arich es... demasiado listo. Prefiero tenerlo cerca y saber qué trama en vez de perderlo de vista. ¿Tiene sentido?

Lo tiene, desde luego. Sobre todo después de lo que ha pasado. La pérdida de su padre está demasiado reciente y, con ella, todos los miedos y las ganas de protegerse.

Por otro lado, hay algo en todo lo que ha visto la nigromante de Idyll en la mente del noble (por supuesto, Arich se ha negado tajantemente a que Logen tuviera nada que ver en su registro) que no desaparece del fondo de mi cabeza.

—Ten cuidado con él —susurro—. Aunque no haya cometido estrictamente ningún delito, sabes que no te quiere en el trono y que ha aprovechado todo lo posible la situación según se iba dando.

La nigromante de Idyll ha visto suficientes declaraciones al respecto.

Suficientes *pensamientos* al respecto. Pero no puedes condenar a nadie por pensar. Como mucho, a Arich se le podría culpar por difamación, porque él fue en todo momento consciente de que yo no había matado al rey, hasta cuando se me acusó. Solo quería acabar cuanto antes con el matrimonio.

—¿Qué te preocupa?

Dudo. No es solo Arich. También es con quién ha estado hablando Arich.

Quién parecía apoyarlo en sus ideas de alejarme de Dione, quién le dijo que una reina ahora sería lamentable, quién consideró que la princesa debía encontrar otro prometido.

—Resulta conveniente que Geraint de Dahes le sugiriera a Arich estos días que estaba buscando nueva esposa, tras la reciente muerte de la suya.

Por la expresión de Ivy, creo que no soy el único que ha creído que no encaja en el rey de Dahes airear su vida privada ante un consejero de otro país. No sin intenciones detrás.

—Ya nadie puede obligarme a casarme —asegura—. Y menos con Geraint de Dahes, por mucho que sea del agrado de Arich.

Ivy se abraza a mí y yo rodeo sus hombros con un brazo. Mis labios encuentran su sien en un beso distraído.

—Habría sido magnífico para Dahes si el Consejo hubiera conseguido que las cosas entre Granth y Dione acabaran mal y tú a la espera de un nuevo compromiso en vez de alzándote sola en el trono. Habrían conseguido el territorio que quisieron hace años al prometerte con Kay. Y esta vez lo habría tenido el rey, sin intermediarios.

Hay un silencio. Después, casi asustada, Ivy se separa un poco de mí.

—No piensas que el rey pueda estar relacionado con lo que dijo Alden Mormont, ¿verdad?

No. Qué locura. ¿O sí? No, no puede ser, ¿verdad?

—Si así fuera, ¿por qué no se ha quedado más tiempo? Podría haberlo hecho.

Podría haberse mantenido en Dione para acercarse a ti y tú, por hospitalidad y por no insultar a un rey, no lo podrías haber echado. Podría haber aprovechado para asentar sus relaciones con el Consejo. Podría haber pedido formalmente tu mano, en cuanto se ha anunciado que no habría boda entre nosotros. Pero no. Se ha marchado en cuanto ha podido.

Ha partido con el atardecer. Y aunque ha sido extrañamente cordial con Ivy al hacerlo, dejando un beso en sus nudillos y deseándole la mejor de las suertes, eso ha sido todo.

Ivy duda.

—Tal vez ha cambiado de opinión. Tal vez tenga la decencia... De acuerdo —concede al ver mi expresión de escepticismo—, siendo Geraint de Dahes, no sé si se puede hablar de decencia después de lo que le hizo a Kay. Quizá sencillamente ha asumido que no podía hacer nada y que su popularidad pende de un hilo como para pedir matrimonio a una princesa que acaba de enterrar a su padre.

Hago un sonido de asentimiento. Quizá sea eso, sí. Y sin embargo, hay algo que no me deja tranquilo. No sé lo que es, y eso me frustra todavía más. No me gustan las corazonadas ni los presentimientos, porque no obedecen a algo racional, así que quiero sacarme esta mala sensación de encima. No tiene sentido. Si Geraint de Dahes tuviera algo que ver con todo lo que ha sucedido, aunque fuera de manera circunstancial, podría ser el resorte que haría estallar toda la paz de Marabilia. El engaño con su hija ya fue algo grave, pero una relación de conspiraciones en reinos ajenos sería demasiado.

Sería un abuso de poder. Una declaración de interés de conquista de otros territorios, incluso. Y las conquistas se castigan duramente en Marabilia por ser la máxima expresión de la avaricia. No hay ninguna desde hace doscientos años, cuando Granth volvió a ser libre y autónoma después de haber sido tomada por Rydia durante casi seis siglos. Cualquier intento posterior fracasó, como en el caso de Karlen III de Sienna.

Si Geraint tuviera algo que ver...

Han estallado guerras por menos.

Trato de no pensar en que esa es, exactamente, la palabra que Alden Mormont utilizó para decir que capturarlo solo complicaría las cosas. Guerra.

Hay que encontrar a ese hombre. Es el único que puede esclarecerlo todo. No hay señales de vida de esa sanguijuela, pero todos los soldados le buscan y las salidas del reino están vigiladas. Caerá pronto. Tiene que hacerlo.

—Te oigo pensar en las posibilidades, Fausto.

Despierto. Lo hago con sus palabras, y también con el beso que choca contra mi mejilla. No me he dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que ahora me relajó un poco.

—Perdón.

—No, no pidas perdón. Pero... no quiero posibilidades hoy. No más.

Mañana, quizá. En otro momento. Pero ahora solo quiero descansar.

Asiento. No es difícil advertir el agotamiento en sus iris. La profunda tristeza que no ha tenido tiempo de aceptar hasta que se ha quitado de encima al Consejo. El sentimiento en su mirada es parecido al que ahora gobierna la expresión de mi hermana. Como ella, hay un duelo que tendrá que afrontar.

Puede que Ivy estuviera más preparada para perder a su padre (no en vano sabía que era algo que tarde o temprano podía ocurrir) que Samira para perder a *Aesir*, pero eso no va a hacer más ligera la carga.

Como con Samira, yo solo puedo quedarme a su lado y apoyarla.

—Descansa todo lo que necesites, Ivy —susurro mientras me inclino para besar su frente. Oigo su suspiro antes de sentir su cabeza escondiéndose contra mi cuello—. Si duermes cien años seguidos, me quedaré en vela también ese tiempo para asegurarme de que no ocurre nada.

Escucho su risa, débil pero agradecida. No decimos nada más.

Incluso trato de dejar de pensar.



Cordelia

Durante los días que siguen al entierro de mi tío, el castillo se va quedando vacío y, con él, todo va volviendo a la calma. Regresamos a una rutina extraña en la que parecen faltarme piezas: el rey no está, Alden no está. No vuelvo a la casa que compartía con él, sino que me quedo en palacio, aguardando en tensión, sin saber en qué ocupar mi tiempo mientras espero noticias. Porque eso es lo peor: no saber cuándo alguien entrará por la puerta y dirá que lo han apresado. Quizás nunca lo hagan. Quizá ha huido y nunca más volverá a pisar Dione. Quizá sus aliados, sean quienes sean, le han ofrecido un nuevo hogar.

Claro que aquí todo el mundo sabe lo que ha pasado. No sé de *cuánto* están al corriente, pero como mínimo son conscientes de que mi esposo ha huido y está acusado de traición y yo paso ahora mi tiempo entre estas paredes de piedra.

Pensé que tendría que soportar sus preguntas o que alguien pusiese en duda mi lealtad, pero mis compañeras no han hecho nada de eso. La tía de Ivy me dijo que, si es lo que quiero, seguro que puede encontrar un buen hombre para mí. Lo hizo con mucho cariño, sintiendo de verdad que eso va a

solucionar mis problemas, así que no me he atrevido a decirle que no habrá más esposos para mí. Valora, con su pragmatismo habitual, esperó a que su abuela no la escuchase para decirme que estoy mejor sin él y que no me ha merecido jamás. Creo que Portia está de acuerdo, porque asintió, pero estaba demasiado ocupada haciéndole carantoñas a Bran como para hablar. Nunca lo habría esperado de ella; creía que sus ansias de casarse se basaban solo en conseguir a un hombre rico, pero parece que le encantan los niños.

Los días transcurren en esa falsa calma. Ivy está más ocupada que nunca; pasa sus horas o estudiando (para lo que el príncipe de Granth y la princesa de Dahes parecen estar siendo una gran ayuda), si bien sé que me busca en su tiempo libre para asegurarse de que estoy bien. Por su parte, Samira también pasa tiempo conmigo cuando no está participando en las búsquedas de mi marido con los guardias. Eso hace que se sienta útil y supongo que la tranquiliza, porque para ella el asunto también es personal, tras la pérdida de su compañero alado. Al parecer, Kay de Dahes le ha hecho la tentadora proposición de un viaje a bordo de su barco en cuanto la coronación termine y pasen a recogerla. A veces me da la sensación de que eso es lo que va a hacer cuando deje Dione. Es obvio que su papel en su corte no le gusta y que, si bien ha decidido quedarse para ver a Ivy al cargo («¡No voy a perderme la coronación de la primera reina de Marabilia!»), una parte de ella solo quiere un poco más de tiempo para pensar y para ver cerrada esta situación. Creo también que regresar a casa será doloroso para ella. Los nasires allí están por todos lados, y he visto cómo observa a *Idris* ahora, con una pena infinita.

Para entretenerla, hemos decidido enseñarle a bordar, pero los dedos de Samira podrían ser todos pulgares y no habría ninguna diferencia en su técnica.

Ahora mismo Valora parece a punto de clavarle una aguja en la mano mientras intenta guiarla para que consiga coser algo parecido a una «S», pero de momento son solo trazos inconexos. Mientras, Portia y yo nos afanamos en terminar las decoraciones del velo que Ivy llevará en su coronación, una tela azul que Lynne nos vendió y que estamos adornando con estrellas de hilo dorado. Aunque ella ha insistido en que debería ser coronada con un sencillo vestido negro, ya que está de luto, todas hemos estado de acuerdo en que, en realidad, debería llevar la ropa que hicieron para su boda. Ha protestado, por

supuesto, pero no ha tenido nada que hacer cuando incluso Dévona nos ha dado la razón.

—Toda la corte irá de negro y sin adornos apenas. ¿Realmente crees que hace falta añadir nada más? —Portia se levanta y se estira, con las manos en los costados, para intentar sacudirse el entumecimiento del cuerpo después de tanto sentada.

—Es un regalo, Portia. Tiene que quedar perfecto —digo, extendiendo la tela sobre el banco para ver el resultado—. Además puede que quiera volver a utilizarlo en algún momento...

—En la boda con el príncipe, quieres decir.

—Para ser justas, no sabemos si se va a casar.

Samira deja escapar una exclamación y se lleva el dedo que se ha pinchado a los labios.

—¿Hablas en serio? Seguro que lo hacen. Mi hermano está loco por ella.

Valora le quita la labor y murmura algo sobre desperdiciar tela antes de renunciar a su misión de enseñanza.

—Como si la princesa no lo mirase con ojos de enamorada...

—No entiendo qué hacen perdiendo el tiempo —murmura Portia, y coge una galleta del plato que tenemos sobre la mesa—. Es obvio que ya se han acostado.

—¡Portia!

—Oh, vamos. Pueden decir lo que quieran, pero es *obvio* que han dormido juntos.

Siento las mejillas ardiéndome. Las demás, por supuesto, ya se han percatado de mi azoro y sus sonrisas aparecen para torturarme.

—No deberíamos hablar de Ivy cuando no está aquí —protesto—. Y menos de algo tan... indecoroso. No es conversación para las damas de la futura reina.

Samira abre la boca, probablemente para burlarse un poco de mi decoro, cuando llaman a la puerta. Yo me lo tomo como una señal del destino para dar el pase y levantarme para desentumecerme. Espero que sea la propia Ivy o Dévona para asegurarse de que nos estamos comportando, pero en su lugar aparece Greta, con los bordes de las mangas de su vestido mojadas y su mandil de trabajo. Aunque raramente sonrío ante personas con las que no

tiene confianza, hoy su expresión es poco menos que sombría. Sus ojos azules se posan sobre los míos.

Y antes de que diga nada, sé lo que va a anunciar.

—Cordelia. Lo lamento.

Sacudo la cabeza. Está bien. Supongo que me había preparado para este momento. Al menos ahora espero poder dormir tranquila. Espero que mi prima también pueda hacerlo. Lo condenará (ella o el Consejo, no sé cómo funciona) y él tendrá suerte si la sentencia más benigna es el exilio. De alguna manera, no creo que Ivy sea capaz de condenar a alguien *a muerte*, pero quizá me equivoque.

Me siento de nuevo. Portia aprieta los labios y coge mi mano. Samira, más rápida que el viento, se pone de pie, la sonrisa perdida.

—Está bien —susurro, aunque creo que solo intento convencerme—. Es lo justo. Al menos ahora podremos estar tranquilas.

Miro a Greta, que ha apretado los labios, aunque no sé distinguir lo que ese gesto significa, viniendo de ella.

—Cordelia...

—¿Dónde estaba? ¿Cómo lo han apresado?

La hechicera niega con suavidad.

—Cordelia, escúchame. No..., no lo han apresado. —Yo me quedo atónita y ella aparta la mirada—. Lo han encontrado en la playa esta mañana. Murió ahogado hace un par de días y la marea lo ha traído a tierra. Lo siento.

No lo entiendo. Tiene que haber algún error. Quizá se han equivocado de cuerpo. Quizá se han equivocado de hombre. Abro la boca para preguntar si está segura. No, claro que no lo está. ¿Qué iba a hacer Alden en el agua? Está claro que es una estratagema. Ha vuelto a engañarnos. Ha vuelto a jugar con nosotros.

¿No tiene eso más sentido? Al fin y al cabo, es un traidor. Es lo que hay que esperar de él. No podemos confiarnos. No podemos descansar hasta que el verdadero Alden se halle tras las rejas de una celda. Hasta que se haga justicia.

¿Qué clase de justicia sería que muriese así? Sin que yo haya podido rehacer mi vida, sin que la princesa descubra quién está aliado con él, sin que mi tío pueda descansar en paz con su supuesto asesino legalmente castigado.

Creo que Samira piensa lo mismo, porque parece confusa. Cuando nuestros ojos se encuentran, aprieta los labios, suspira y se deja caer a mi otro lado.

—Todo irá bien. Estamos contigo.

Me rodea con los brazos y yo me encuentro apoyada en ella por pura inercia, parpadeando para no llorar. Noto un roce sobre mis cabellos, un torpe intento de consuelo que solo puede ser de Valora. Portia todavía no ha dejado ir mis dedos y me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

Sí, al menos tengo la certeza de que no estoy sola.

De que nunca más lo voy a estar.



Ivy deja una taza de té caliente en mis manos y me rodea los hombros con los brazos. A pesar de que hay más sillas libres, se acomoda a mi lado, y eso que estamos un poco apretadas. Después besa mi cabeza. Bebo un sorbo, todavía temblando, pero trato de recomponerme para no preocupar a la gente que me mira: Samira se encuentra a mi lado, apoyada en el reposabrazos de la silla de su hermano, mientras que Kay de Dahes se sienta enfrente, con los talones apoyados en el borde de su asiento y las piernas recogidas.

Ivy me pregunta si estoy bien o necesito algo, y yo niego con la cabeza, apoyándola en su hombro. Fausto de Granth parece dudar si hablar o no, pero es obvio que desea hacer una pregunta que le escuece sobre la lengua, así que finalmente se arma de valor:

—Cordelia, siento preguntarte esto, pero ¿crees que Alden podría haber querido suicidarse, dada la situación? —Cojo aire ante lo inesperado de la conversación y él hace una mueca, supongo que dándose cuenta de lo insensible que suena. Ellos acaban de ver el cuerpo, pero yo me he negado a ir. ¿Cómo podría?—. ¿Crees que hay posibilidades de que hubiera elegido la muerte por su mano, temiendo la condena? Sabemos que se ha ahogado, pero no hay signos de violencia. Nada que evidencie que pueda tratarse de asesinato.

No sé qué responder. Hubo un tiempo en el que hubiera dicho, sin duda

alguna, que no, que él no era así. Pero ¿cómo iba a saber cómo era? Ha quedado demostrado que no conocía a Alden Mormont. Ya no estoy segura de nada que tenga que ver con él.

Me pego un poco más a Ivy, que besa mis cabellos para darme ánimos.

—No. O eso creo, al menos.

—¿Sabía nadar?

La pregunta de Kay de Dahes es más fácil y menos comprometida. Asiento.

Es la clase de cosas que yo me preguntaba y me sorprendía, como si me hubiera dicho que había realizado una gran hazaña.

—Pues no sé qué pensar —repite la princesa dahense—. Porque que no haya signos de violencia no quiere decir que no lo hayan dejado inconsciente y luego lo hayan lanzado al agua. Parece más probable que... suponer que eligió suicidarse.

—¿Creéis que alguien lo ha matado? —La pregunta, llena de asombro, sale de los labios de Samira, que se ha levantado y aguarda cerca de nosotras—. ¿Por qué harían algo así? ¿Y quién? Arich no tenía nada que ver con él. ¿Creéis que Farren...? No dejó ver en su cabeza, al fin y al cabo.

Ivy y Fausto niegan a la vez, como si la idea de que el padre de Portia pudiese ser culpable de algo así hubiera sido completamente descartada.

—Farren es demasiado cobarde —dice el príncipe—. Su plan, ocho años atrás, ni siquiera era matar al rey. Creo que no lo hubieran hecho ni aun teniendo la oportunidad. Además, ha estado vigilado. Sabemos lo que ha estado haciendo en todo momento.

—Pero tenemos algunos sospechosos más. Gente que... estuvo aquí para la Cumbre y que se marchó en barco.

Ivy mira a Kay como si quisiera darle alguna información importante sin separar los labios y yo trago saliva, consciente de que me estoy perdiendo algo.

Dejo la taza sobre la mesa y Samira aprovecha mis manos vacías para coger una de ellas y apretarla entre los dedos.

—¿Crees que Alden se metió en uno de esos barcos y...?

Lo descubrieron. Probablemente creyeron que era un polizón.

Lo mataron.

—Creo que alguien lo citó allí, Cordelia.

Pero esos barcos eran de los monarcas...

—No estaréis sugiriendo que alguno de los reinos vecinos ha tenido algo que ver en esto, ¿verdad?

Eso es lo que parece. Y el silencio que sigue a la intervención de Samira no hace más que confirmárnoslo. Creen que el enemigo no está dentro, sino que viene de fuera, de supuestos amigos.

—Cordelia, esta pregunta es importante. —El príncipe de Granth duda un segundo, pero decide continuar tras un asentimiento de mi prima—: ¿Alden Mormont tenía alguna relación con Geraint de Dahes? Por mínima que fuera.

¿Dahes? ¿Creen que el rey Geraint está detrás de todo esto? Miro con cautela a Kay, pero el rostro de la muchacha es indescifrable.

—Lo desconozco. A veces viajaba a Dahes por asuntos de sus terrenos allí, claro, y a reuniones como parte de la nobleza, pero... nunca fui con él.

Ivy apoya la barbilla en mi hombro.

—Ya te mencioné que Dahes podía estar interesado en Dione. Si así fuera, no sería tan extraño que hubieran hecho un trato.

—Y si lo que quería era el trono y no deseaba de verdad que Ivy se casara, quizá la vida de Ivy hubiera corrido peligro también cuando se la prometió con Kay —reflexiona el príncipe—. Pero nada pasó entonces. Ni un solo ataque.

Samira parece un poco abrumada y no puedo más que empatizar con ella.

—¿Recuerdas si te dijo algo de Kay, Cordelia? ¿Hablasteis de ese matrimonio? En privado, ¿le parecía... bien?

Hace más de dos años de eso, así que tengo que hacer memoria. Recuerdo perfectamente la resignación de Ivy, pero ¿las opiniones de Alden?

—Creo que no tuvo tantas reticencias como con Granth —concedo—. Me dijo que el matrimonio ofrecía ventajas y yo di por hecho que se refería a la posibilidad de hacer negocios.

Por supuesto, visto bajo otra luz, su comentario ya no me parece tan inofensivo. ¿Estaba pensando en usar el matrimonio para sus propios fines?

¿Tenía un acuerdo con Geraint de Dahes para que su supuesto hijo encontrase la menor resistencia en el Consejo? Supongo que ahora ya no lo

sabremos. Alden Mormont no dirá ni una palabra más y está claro que el rey de Dahes no desvelará sus secretos.

—Por desgracia, eso no nos asegura que tuvieran relación o que estuvieran teniendo tratos en las últimas lunas —dice mi prima, como si pudiera seguir el hilo de mis pensamientos.

Fausto resopla y continúa paseando por el despacho, como si esa incertidumbre lo pusiese aún más nervioso. Por lo que me ha dicho Ivy, le cuesta un poco aceptar que hay situaciones que se le pueden ir de las manos.

—Pero ¿qué ganaría Dahes con todo esto?

—Poder. —La voz de Kay es súbitamente amarga—. A veces, parece lo único que mueve el mundo.

—Pero ahora ya es tarde, ¿no? Ivy será reina y no necesita un prometido. Si quiere una esposa, tendrá que buscarla en otro lado. Dione está a salvo.

Supongo que el hecho de que Alden haya desaparecido también hace de Dione un reino más seguro.

—Puede que Dione esté a salvo; sin embargo, yo esperaría a la coronación de Ivy para cantar victoria. —La princesa dahense se cruza de brazos—. Es más: que Dione esté a salvo solo no significa que otros reinos vayan a estarlo.

Fausto parece de acuerdo por la forma en la que cabecea.

—Un rey que conspire para conseguir poder fuera de su propio país no es cualquier asunto. Empieza así y se acaba con guerras. Justo lo que prometió Mormont antes de huir. Quizá sabía que, si lo atrapaban, las consecuencias podían ser graves. Quizá por eso está muerto.

¿En qué momento hemos pasado de hablar de suicidio a confirmar que fue un asesinato? La cabeza me da vueltas; no sé qué escenario prefiero. ¿Quiero pensar que mi esposo acabó con su vida o es mejor creer que otros la destruyeron? Y que pudo haberlo hecho el mismo hombre con el que estaba intentando hacer tratos. Un rey, ni más ni menos...

—Esto es absurdo —dice Samira tras un silencio—. No podemos hacer nada ya, ¿verdad? Solo son suposiciones; no tenéis ninguna prueba de lo que habéis dicho. La única relación que los une es ¿qué? ¿Unos terrenos familiares? No podéis acusar a un rey de conspirar por eso. Y yo no sé mucho de política, pero dudo que comenzar enfrentamientos con otro país sea

manera de iniciar un reinado. —Ivy quiere protestar, pero la granthiana niega con la cabeza—. A todos los efectos, Alden Mormont es el único culpable. Y vuestras ideas de conspiración suenan plausibles, sí, pero no más que la idea de que un hombre que pensara que ya no tenía nada que perder decidiera acabar con su vida antes de que lo condenasen al cadalso. Así que lo lamento, pero, si Geraint tuvo algo que ver, ha conseguido salir airoso, porque ahora ya no tenemos manera de saberlo.

A esas palabras les sigue una quietud cargada de intenciones, de sentimientos que puedo leer en sus rostros: la furia callada de Kay de Dahes, que ve una vez más la posibilidad de que su padre se libre de un castigo; la frustración de Fausto de Granth, que está tenso y mantiene la cabeza gacha; la preocupación de mi prima, que aún no es reina pero ya tiene la sombra de una amenaza contra la que luchar. Samira parece llena de rabia, pero supongo que también considera que, al menos, Alden está muerto, y que ese es un pago justo para el daño que le ha hecho.

—Creo que todos necesitamos dar esto por cerrado y descansar. —No sé en qué momento Samira se ha vuelto la voz de la razón, pero así es. Nuestros ojos se cruzan y yo doy un respingo—. Tú la primera, Cordelia.

—Estoy bien...

No es del todo verdad, pero tampoco completamente mentira. Creo que podré vivir con ello. Que después de verlo huir, después de verlo desaparecer, me derrumbé, pero eso también me dio las fuerzas para aceptar ciertas cosas. Pensé que no volvería. Me lo he repetido tantas veces que creo que una parte de mí se ha convencido de que eso era lo que iba a pasar. Es lo mejor, aunque a veces sea duro. Aunque sepa que Bran crecerá sin un padre. Me obligo a recordar que va a crecer entre un montón de gente que lo querrá. Con la reina, con sus damas. Con mujeres fuertes y decididas.

No sé si Samira piensa que estoy fingiendo o solo quiere verme sonreír, pero tira de mí y me obliga a levantarme. Su brazo, cálido, se entrelaza con el mío en cuanto estoy en pie y me hace dar un paso al frente. Y otro. Y otro más. Cuando veo que ella intenta sonreír, pese a todo, me da las fuerzas para hacerlo también.

—Vamos a jugar con Bran —anuncia, como si fuera la acción más lógica en este mundo—. O a ver cómo me deja calva de tantos tirones en el pelo. —

Se vuelve hacia los demás—. Os dejamos con vuestros aburridos asuntos de estado.

Y así, con esa sencillez, me arrastra fuera del despacho, y yo quiero creer, con todas mis fuerzas, que me lleva también lejos de todos mis problemas. De toda la angustia, de toda la incertidumbre. No sé por qué se preocupa tanto por mí y tampoco sé si se es consciente de lo feliz que me hace que así sea. Puede que los últimos días hayan sido duros, pero si algo me ha dado esta situación es conocerla. Y en eso he tenido la mayor de las suertes.

Por ese motivo quizá, cuando se vuelve hacia mí con toda la intención de hablar, me inclino sobre ella y dejo un beso en su mejilla. Se queda muy quieta cuando la abrazo, como si no entendiera qué acaba de pasar, y su reacción es tan pura, tan inocente, que no puedo más que sonreír un poco.

—Gracias.

Ella balbucea una respuesta que no entiendo y luego se frota el pómulo: no en el que acabo de besarla, sino el otro, en una expresión de desconcierto y azoro.

Después, sin embargo, sus brazos me rodean, ofreciéndome abrigo. Suspira, y yo sé que también está cansada, que como yo también quiere huir de algunas cosas todavía.

—No es nada.

No la contradigo, pero en realidad, para mí, es el mundo entero.



Ivy

La luz se cuelga a raudales en la sala del trono, abierta hoy a decenas de ciudadanos: hay nobles y mercaderes, artistas, escribas, soldados, hechiceros.

Hay al menos un representante de cada gremio y de cada escalón social; un príncipe y dos princesas extranjeras, y palabras pronunciadas con acentos que nada se asemejan al de Dione. Algunas coronas han mandado representantes (Rita de Sienna ha considerado que necesita escucharlo todo de primera mano y Arthmael de Silfos ha decidido que le gustan demasiado las leyendas como para perderse esta) y otras, regalos que se acumulan sin abrir en mis habitaciones, porque esta mañana estaba demasiado nerviosa como para pensar en ellos.

Ahora mismo el corazón me va a estallar; lo siento retumbar por todo mi pecho, impaciente, deseando salirse de entre mis costillas. Mis damas me miran, sonrientes, mientras yo cierro la puerta con el mayor de los cuidados y me paso las manos ansiosamente por la falda del vestido. No llevo más joyas que el sello de mi padre, que me he colgado al cuello como recuerdo para dejar mis manos libres para el mío propio. No llevo más adorno que el velo que me han regalado, ligero.

—Lo harás bien. —Cordelia me toquetea la manga por enésima vez y me doy cuenta de que está temblando. Creo que todas lo estamos, como si las hubiese contagiado.

—¿Sabes todo lo que puede ir mal? —pregunto con voz ahogada—. Tengo que hacerlo perfecto, no solo bien. Todo el mundo me estará viendo. —Siento las punzadas de pánico muy intensas—. Soy la primera reina jamás coronada, no puedo hacerlo solo bien.

Greta se acerca. Lleva en la mano una copa y me obliga a aceptarla. Bebo por inercia antes incluso de que me diga algo.

—¿Prefieres que me haga pasar por ti y lo haga yo? —Niego con la cabeza como una niña asustada—. Entonces es que no estás *tan* asustada.

La presión en mi pecho se aligera un poco. Cordelia se abalanza sobre mí en cuanto Greta se aparta y me abraza con todas sus fuerzas.

—Pase lo que pase, recuerda que estás haciendo historia —susurra antes de besar mi mejilla.

Cuando me hace una seña para que respire hondo, no puedo más que seguir sus instrucciones y seguir concentrándome en eso cuando se marchan al salón, junto con Portia y Valora. La próxima vez que les hable seré reina y, no obstante, nada habrá cambiado entre nosotras. Nada cambiará nunca, espero, porque sé que quiero mantenerlas cerca.

—¿Alteza? Es la hora.

Me giro hacia uno de los guardias que me escoltan y cierro los ojos. Trato de olvidarme de la gente que me espera al otro lado, de las expectativas en mí, de las miradas que seguirán mis pasos. Incluso del peso de la capa y de la corona que pronto dejarán sobre mi cabeza. Intento olvidarme de toda mi preparación, de las palabras que tengo que pronunciar, de las largas horas de estudio con Fausto y Kay que, al final, tendían a convertirse en charlas hasta la madrugada.

En su lugar, recuerdo la sensación de las manos de mi padre y de mi madre sobre los hombros, sus voces amables. Trato de imaginarme los dedos de Fausto sobre los míos y el brazo de Cordelia envolviéndome. Trato de pensar en el sentimiento cálido de cuando estoy rodeada de la gente que tanto aprecio.

Asiento para que abran las puertas, con la vista al frente, y alzo la barbilla.

Ante mí se abre un pasillo entre la gente. Algunas personas me observan con escepticismo; otras, con devoción. Algunas esperan que haga grandes cosas, mientras que otras creen que voy a fracasar. Yo misma tengo mis dudas. Las llevo teniendo ya mucho tiempo. Miedo de no ser suficiente, de no estar a la altura, de fallar. A veces, antes de intentarlo. A veces también *negándome* a intentarlo, paralizada por lo que iba a ocurrir.

Y sigo teniendo miedo. Oh, Elementos, estoy aterrada.

Pero he decidido que merece la pena averiguar si ese mundo con el que ha soñado Kay o la reina Maryam es posible.

No. Sé que es posible.

Y yo quiero ser parte de él.



Samira

La celebración por la coronación de la primera reina de Marabilia es más modesta que otras que hemos vivido aquí. Aunque ya han pasado casi cuatro semanas desde la muerte del rey (desde la muerte de *Aesir*), su recuerdo y el luto siguen presentes. Aun así, aunque hay menos viandas, menos música, es una verdadera fiesta, sobre todo a medida que los nobles más disgustados con la decisión de tener una mujer al mando se retiran. Durante el resto de la noche, quedamos quienes estamos felices de verdad por el acontecimiento. Muchas personas hablan del futuro. De lo que hará Ivy de Dione o de si una primera reina es el principio de un gran cambio a todos los niveles. Lynne y Kay son algunas de esas personas. La mercader, por supuesto, no iba a perderse la coronación ni la posibilidad de poner al día a la nueva reina de los tratos comerciales que ya tenía con su padre. Me pregunto cuál será su futuro.

Teniendo una relación con Arthmael de Silfos, ¿puede que pronto haya una corona en su cabeza? No sé si encaja con ella. No sé si me la imagino en un trono en vez de en sus barcos o delante de su puesto...

Es precisamente a sus barcos a donde me invita. Kay ya lo había hecho, pero ella confirmó la invitación.

«Si quieres unirse a alguna de las tripulaciones de los *Sueños*, serás bienvenida. Además, seguro que con esa verborrea y energía podrías ser una

magnífica comerciante».

Reímos. Brindamos. Bailamos.

Pero al final me he alejado. Porque, aunque estaba intentando distraerme, lo cierto es que el futuro me agobia. No me deja respirar, así que he salido a buscar aire a uno de los balcones que dan al jardín. He estado intentando no pensar en que los días en Dione se acaban, pero por tratar de ignorar ese hecho con tantas ganas, ahora el final viene con más fuerza.

Si acepto la invitación de Kay y Lynne, partiremos mañana al ocaso. Si quiero volver a Granth con mi hermano, será en tres días, al alba. Y si no... Si no, ¿qué?

¿Podría quedarme aquí? ¿Me gustaría quedarme aquí?

¿Qué quiero hacer?

Contemplo las estrellas. Ellas miran desde arriba, lejanas como siempre. Me pregunto si *Aesir* está entre ellas, observándome con atención. ¿No me diréis qué tengo que hacer? ¿Cuál es de verdad mi lugar, si es que tengo alguno...?

—¿Samira?

Tras el primer sobresalto, siento ganas de sonreír. Supongo que las estrellas, después de todo, han mandado a una de las suyas detrás de mí, aunque no sé si Cordelia puede darme respuestas a mis preguntas. La observo por encima del hombro. Sus manos están entrelazadas sobre su falda y la redecilla con perlas de su pelo lanza algunos reflejos con la luz que le hacen parecer todavía un poco más un cuerpo celeste venido a iluminarme.

—¿Te encuentras bien? —Se apoya a mi lado, sus manos posándose en la balaustrada.

—Estaba agobiándome un poco ahí dentro. He venido a tomar algo de aire. —Hago un gesto de quitarle importancia—. ¿Estás disfrutando de la celebración?

Cordelia sonríe. Cada día lo hace un poco más pese a todo lo que le ha ocurrido últimamente. Todavía le queda mucho por pasar; la herida que tiene es profunda y aún tiene que cicatrizar. Pero sé que lo conseguirá. Es más fuerte de lo que ella misma se considera. En estas semanas la he visto derrumbarse algunos días, pero después del llanto siempre respira hondo y continúa adelante.

Sé también que los primeros días después de la muerte de Alden tenía pesadillas en las que le parecía que él regresaba y la metía en una gran jaula y ella ya nunca más podía volver a escapar. Pero eso no va a pasar. No hay más encierros para ella.

—Lo cierto es que está siendo una noche interesante. Te estás perdiendo a Portia bebida aprovechando que su padre y su hermano han decidido no quedarse demasiado. Dice que los hombres son todos iguales y que lo que deberían hacer Valora y ella es darle la espalda a todo lo que les han enseñado, casarse la una con la otra y vivir de sus herencias.

Creo que casi se oye mi pestañeo justo antes de que se me escape una carcajada. Cordelia sonrío un poco más.

—Quién lo iba a decir: hasta Portia Farren se replantea su futuro.

—Ah, así que es eso. Tu futuro. —No me imagino cómo le mengua la sonrisa. Cómo me aparta la mirada. Yo, sintiéndome descubierta, también prefiero mirar hacia otro lado—. ¿Ya sabes qué vas a hacer?

—Lynne me ha insistido en que le parece bien que me una a sus barcos.

Supongo que eso me llama más que volver a Granth. Creo que... no me apetece regresar a la isla. No me siento demasiado parte de aquello: allí solo me siento realmente unida a Fausto, y él va a estar yendo y viniendo. Con el tiempo..., bueno, ya sabes: creo que, si su relación con Ivy continúa, se casarán. Y supongo que él se quedará más aquí.

—Entonces tú también podrías quedarte.

Me sorprende la rapidez con la que lo dice. El tono de su voz, que casi parece una petición más que una sugerencia. Nuestras miradas se encuentran cuando ella me mira de reojo y se apresura a apartar la vista de nuevo. Sus manos, entrelazadas sobre la balaustrada, se aprietan un poco.

—Pero entiendo que prefieras las aventuras —susurra.

¿Las prefiero?

—Bueno, no se puede decir que por aquí no haya habido aventuras en el tiempo que he estado... —Y algunas no demasiado felices—. Para ser justas, no creo que Ivy vaya a tener una vida poco ajetreada, al ser la primera reina de Marabilia.

Cordelia sonrío. Menos que antes.

—Supongo, pero no sé si es el tipo de aventura que tú esperas. Hay pocos piratas.

Mi risa llega, aunque suena estrangulada. En realidad, no tengo demasiadas ganas de reír. Solo un montón de preguntas y de miedos que se están apilando y no me dejan respirar. Hay un silencio. Cordelia también se queda muy callada y yo me pregunto qué piensa de todo esto. De esta despedida que no estamos pronunciando, pero tan cercana. Nos está rozando, y yo no sé si eso es lo que quiero. Me gusta. No tengo ganas de despedirme de ella. No después de las últimas semanas; hemos estado juntas a sol y a sombra, a veces solas y hablando mientras yo buscaba cualquier historia que pudiera hacerla sonreír, a veces con otras personas, a veces jugando con Bran. Me siento más parte de algo con ella cerca que de lo que me he sentido en toda mi vida en cualquier otro lado.

Cordelia me da una paz que desconocía.

Me gusta eso. Me gusta la sensación de sentir que hay una persona que me cuida y a la que cuidar. Con Cordelia no siento que tenga que hacer nada para ser importante para ella. Puede que no sea tan importante como a mí me gustaría, pero está bien. Puedo vivir con ello, mientras me siga apoyando y preocupándose por mí y sepa que yo siempre quiero estar cerca para que cuente conmigo.

—A veces creo que no son aventuras lo que quiero en mi vida. —Alzo la vista a las estrellas—. Me gustan. Me entretienen. Pero creo que son... una forma de huir. Quizá por eso me gustan los piratas: porque huyen todo el tiempo.

Porque nadie los espera en ningún lado y a ellos no les importa. Yo quería que no me importase que nadie me esperase. Pero, en realidad, lo que siempre he deseado es precisamente eso. Quiero... un lugar al que regresar, y saber que no ha pasado nada, que nadie me ha olvidado. Un hogar. Eso..., eso es lo que me gustaría de verdad.

Cuando siento el contacto de la mano de Cordelia, no puedo evitar mirarla.

Hay algo de tristeza en sus ojos, supongo que por mí, pero yo no quiero que me tenga pena. Las yemas de sus dedos son tiernas contra mi piel. Su vestido me roza las piernas.

—Sé que lo más probable es que no sientas Dione como un hogar, pero... yo te esperaré, haz lo que hazas.

Lo sé. Es extraño, pero estoy segura de que lo haré. Mi mano se gira para atrapar la suya.

—¿Estás segura de que me querrías de vuelta? Seguro que estarías muy bien sin mi parloteo incesante y sin que te meta en líos de la talla de desnudar a nobles en el jardín...

Intento sonreírle, bromear, pero ella aprieta los labios. Me sorprende la fuerza con la que sus dedos se entrelazan a los míos. Cordelia, lo estás haciendo difícil.

Nunca pensé que querría que alguien no demostrara cuánto le importo.

—Adoro tu parloteo. Y me sometería a tus ridículos planes mil veces si así pudiera tenerte conmigo un poco más.

El corazón pierde un paso. Mi mano libre se alza, dubitativa, pero al final alcanza su mejilla. Es tan pálida, sobre todo en contraste con mi piel. Somos tan distintas, en todo lo que podrían ser distintas dos personas...

Ella toma aire de una manera algo errática. Su rostro se mueve un poco contra mi mano.

—Cuidado, Cordelia —le susurro—, o parecerá que me estás pidiendo que me quede a tu lado, y yo creeré que tengo oportunidades para conquistarte.

Sonrío. Como si bromease, aunque no lo hago. Mis insinuaciones llevan mucho tiempo ya sin ser una broma. Quizá nunca lo fueron.

Cordelia abre la boca, pero fuese lo que fuese que iba a decir se lo calla.

Sacude la cabeza y, tras un segundo, vuelve a hablar, aunque sin mirarme:

—Si te quedas, que no sea solo por mí. No voy a apartarte de la gran aventura de tu vida.

—No estás negando nada. —Con suavidad, moviendo un poco su rostro, hago que volvamos a mirarnos—. ¿Querrías que me quedara contigo, Cordelia?

Por alguna razón, la muchacha frente a mí parece librar una batalla consigo misma.

—Me gustaría muchísimo, Samira —confiesa, y yo tengo que recordarme cómo respirar—. No quiero imaginarte lejos. Quiero tus risas, tus juegos, tu

compañía. Pero, al mismo tiempo, sé que sería muy injusto. Nadie merece que le aten a nadie. Me ha costado mucho trabajo comprenderlo, no quiero hacer eso contigo.

¿Ella? ¿Atarme? Es imposible. Cordelia no podría atar a nadie, es demasiado buena. ¿Cómo no se da cuenta? Jamás será como Alden Mormont. Jamás le haría a nadie lo que él le hizo.

—No hay ataduras si las personas implicadas actúan por deseo propio, Cordelia. A eso se reduce todo. A ser lo bastante libres para tener siempre la opción de elegir.

—Pero yo no puedo elegir que te quedes.

—No, eso es cierto. Eso solo puedo elegirlo yo. —Me acerco para apoyar mi frente contra la de ella. La noto tomar aire; no parece disgustada por mi cercanía—. Pero puedes decir lo que piensas y lo que sientes, y yo tomaré mis decisiones.

Nos miramos durante un rato. Vuelvo a tener ganas de besarla, pero, como siempre, no lo hago. Me quedo en mi espacio, disfrutando de la cercanía que permite, de nuestros dedos entrelazados, de nuestro silencio compartido.

—Siento que mi vida es mejor desde que apareciste en ella, Samira.

Y yo siento que quiero quedarme a su lado.

—Me gustas.

No sé por qué lo digo. Quizá porque no aguanto más. Porque soy una bocazas, después de todo, y llevo demasiadas semanas sabiéndolo y callándome.

Sus ojos se abren mucho por la sorpresa, y yo doy un paso atrás para dejarle su espacio. Aflojo el agarre de mi mano por si quiere separarse, pero no lo hace.

Solo me está mirando, con sus bonitos y finos labios entreabiertos, y yo me obligo a intentar calmar mi corazón.

—Quería que lo supieras. Porque, si me quedo, quiero que sea... siendo completamente sincera contigo. No quiero secretos. No me gustan, quizá por eso siempre estoy intentando descubrirlos todos.

Cordelia respira en lo que me parece el comienzo de un sollozo y yo me tenso. Sus ojos amenazan con llenarse de lágrimas. No, no quiero que se

sienta mal. No necesito una respuesta. Yo ya sé cuál es la respuesta. No importa. No aspiro a nada más. No se trata de eso.

—Lo siento —gime bajito, su mirada huyendo de la mía—. Lo siento, Samira. No quiero hacerte daño..., pero yo... en este momento...

—Eh, eh. —Hago que me mire. Me apresuro a secar una lágrima antes de que pueda descolgarse de sus pestañas—. No importa. No tienes que decir nada. No lo he dicho para presionarte ni esperando algo en respuesta. Ni quiero que te sientas incómoda conmigo o... Por favor, no. Solo..., solo necesitaba que lo supieras. Ya sé que yo no te gusto y está bien, no...

—¡No es eso! —La exclamación de Cordelia me sorprende porque está llena de pesar y un poco de rabia. Un poco de miedo. Se me hunde el corazón. Siento que he hecho algo que no debería haber hecho—. No es eso —repite, intentando calmar un poco más su voz—. Yo... Tú a mí... —Sacude la cabeza, sin saber cómo seguir, y me observa, confusa, muy perdida—. Samira, no es fácil para mí. Todo lo que me dijeron siempre era que me casara con *un hombre* para dar a luz a sus hijos. Nunca pensé... Nunca me planteé... Y ahora tú estás cerca todo el tiempo, y yo quiero que sigas estándolo, y creo que tenerte cerca es la mayor de las suertes. Y pienso si es así como quiero a Valora, o a Portia, o a Ivy, y sé que no, y me doy cuenta de que tenías razón, de que he sido solo quien me han dicho que tenía que ser, y nunca me di oportunidades de más, y he hecho tantas cosas que quizá nunca quise hacer... —La voz se le quiebra, llena de ansiedad.

Yo me quedo muy quieta, sin saber cómo reaccionar. Hasta que mi cuerpo entiende lo que tiene que hacer antes que yo misma y la abraza. Cordelia se agarra a mi vestido y esconde su cara en mi cuello. Yo no tuve que pasar por nada de lo que ella dice. Pero supongo que es porque a mí no me dijeron que yo solo podía ser la madre de los hijos de un hombre. A mí nadie me encerró en esas ideas. Nadie las usó para obligarme a hacer o ser nada que yo no deseara.

Sin embargo, a Cordelia siempre le han marcado qué era lo correcto para una muchacha como ella. Intentar plantearse algo más allá no tiene que ser fácil. No, además, después de que todo lo que le habían dicho que era correcto solo le haya traído dolor.

Siento pena por ella. No es justo. Mis labios se presionan contra sus cabellos.

Cierro los ojos, respirando su perfume, mientras ella se tranquiliza. Cuando siento que se calma, tomo su rostro entre mis manos. Limpio un par de lágrimas que le han manchado las mejillas con los pulgares y ella trata de recuperar la respiración. Otro silencio. No sé qué decir y quizá por eso, como siempre, reacciono de la única manera que sé: intentando bromear.

—Te das cuenta de que te acabas de declarar, ¿verdad?

Pretendía avergonzarla, y funciona, porque se encoge un poco. Aun así, no consigo hacerla sonreír.

—Pero no puedo..., no puedo corresponderte ahora, Samira —musita—. Todo está muy reciente. Lo siento, yo solo... No sé... Después de Alden, sencillamente no puedo...

—No te he pedido nada, Cordelia —susurro, y paso la mano por su rostro de nuevo—. Está bien. No me importa; ni siquiera esperaba que pudieras sentir algo por mí, así que creo que, en vez de sufrir por el daño que crees que me estás provocando, deberías burlarte de mí por lo estúpidamente feliz que me haces.

—Pero...

—Cordelia, tienes todo el derecho del mundo a necesitar tiempo, espacio o..., o lo que sea que necesites. Solo quiero que estés bien. Que seas feliz. Y si podemos ser felices juntas *de esa manera* algún día, pues sería maravilloso. —Ella se ruboriza un poco y yo, en respuesta, siento que me arden las mejillas—. Hasta entonces, a mí me basta con mantenerme cerca de ti. No esperaba nada más. No necesito nada más.

La muchacha frente a mí me observa con los ojos muy abiertos, pero al final respira con alivio. Insegura, baja la vista. Sus dedos siguen en mi vestido. Los míos terminan de limpiar su cara.

—En ocasiones pienso que todo es parte un plan muy elaborado y aparecerá de nuevo y... todo duele demasiado todavía —confiesa.

Asiento. Lo sé. Sé que no es fácil para ella. Sé que le llevará más trabajo que unas pocas semanas. Yo todavía espero escuchar el canto de *Aesir*. A veces siento que en cualquier instante veré sus ilusiones llenando mi cabeza o

sentiré su zumbido inquieto. Ahora solo siento muchísima pena, y supongo que de la misma manera ella, en su caso, solo sentirá muchísimo miedo.

Pero Cordelia saldrá adelante. Las dos lo haremos.

Vuelvo a abrazarla y ella suspira hondamente, escondiéndose contra mi cuello. Creo que está más tranquila, como si dejar salir todos sus miedos, todas sus dudas, la hubieran dejado mucho más liviana. Yo misma me siento un poco así.

—Está bien. Él no va a volver nunca, y yo no voy a marcharme.

Me aferra con un poco más de fuerza.

—¿Y qué hay de tu gran aventura...?

—¿No dijo Ivy que, si algún día era reina, empezaría a contratar mujeres en la guardia? Bueno, enfrentarse a un montón de hombres que verán amenazando su territorio puede ser una buena aventura.

Por fin, Cordelia ríe. Su sonido de canto de gorrión hace que me lata el corazón. Se separa para observarme, precavida, aunque la pequeña sonrisa continúa ahí; eso es lo importante.

—¿Estás segura?

—Los barcos seguirán pasando por Dione. Si en algún momento cambio de opinión, podré embarcarme. Ahora, la verdad..., no me apetece. Ya he encontrado un valioso tesoro, y no quiero dejarlo.

Cordelia se ruboriza, pero se abraza más a mí para disimularlo mientras yo me río.

En este momento, me siento en casa.



Fausto

—¿Estás segura de que no quieres volver conmigo?

Samira sonrío. Lo hace con inocencia pero con seguridad, con su alegría capaz de alumbrar el mundo, en un gesto que me agrada poder volver a ver con toda su intensidad. Sus brazos se echan a mi alrededor en un abrazo fuerte que yo correspondo.

—Dile a madre que no es por ella. Ni por nadie, solo por mí. Iré a visitarlos.

Pero por ahora me quedo.

Sus labios caen sobre mi mejilla con la misma ternura con la que cayeron hace dos meses los de mi madre sobre mi frente, en un día y un escenario muy parecidos a este. Como el día en que me marché de mi isla, el sol ha salido hoy brillante y hay personas que se han reunido en el puerto para ver mi marcha. O más bien, para ver a su reina despedirse de mí.

Samira da un paso atrás para dejar que la soberana de Dione ocupe su lugar.

Nuestras miradas se acarician antes incluso de que nuestras manos lo hagan.

Sabemos que no tardaremos en volver a vernos, pero después de todo el tiempo juntos, me parece que los días sin ella se harán eternos. Sé que ella siente lo mismo. Me lo dijeron anoche sus besos, casi tan desesperados como la noche que nos dimos cuenta de que nos alejaríamos. Me lo dicen sus dedos, entrelazándose con los míos como si ahora, al borde de la pasarela que me llevará a mi barco, se lo hubiera pensado mejor y hubiera decidido que no puede dejarme marchar.

Quiero decirle una infinidad de cosas. Que no me olvide. Que va a estar bien.

Que no tenga miedo. Que estoy orgulloso de ella. Que volveré pronto. Creo que, de alguna manera, en la mirada que compartimos entendemos todo eso y más.

Idris grazna tras de mí, desde algún lugar del barco, como si quisiera arrancarnos las palabras que a nosotros no nos salen o como si quisiera alertarme de que se nos acaba el tiempo. Cuando volvemos a mirarnos, ambos suspiramos.

—Creo que *Idris* te va a echar de menos, pero porque todavía no sabe todas las cartas que va a tener que traerte.

La sonrisa de la reina de Dione es pequeña pero brillante.

—Será extraño no tenerla velándome. La habitación estará muy vacía sin ella. —Una pausa. Sus ojos, demasiado intensos sobre los míos—. Y sin ti.

Aprieto más su mano. Siento unas ganas inmensas de acariciar su rostro. De inclinarme y volver a besarla, aunque, previendo que el pueblo estaría observando mi marcha, nos hemos besado hasta lo indecible en esa habitación que ella menciona. Todavía es como si su boca estuviera apretándose sobre la mía, pero no me parece suficiente. Sin embargo, no quiero exponerla. Si bien todo el mundo murmura y elucubra sobre nuestra relación, no es como si en público mostráramos nada al respecto.

—Aunque no esté aquí, estoy contigo —le prometo—. Siempre.

Ivy toma aire, pero asiente. Nuestros dedos, entonces, aflojan su caricia, escurriéndose por la piel del otro hasta que nuestro agarre es solo entre nuestros meñiques, como la primera vez que nos cogimos de la mano. Doy un paso atrás.

—Te echaré de menos, Ivy.

Solo Ivy. Aunque ahora es reina, soberana por derecho de todo un país..., para mí es solo Ivy. Es esa muchacha, la que descubrí tras el nombre, la que se ha llevado todo de mí, desde mi razón hasta todos y cada uno de mis latidos.

Veo el destello en sus ojos. Veo el fruncir de sus labios, pese a su barbilla alzada.

Pero, como de costumbre, no puedo prever lo que Ivy de Dione va a hacer hasta que lo hace.

Sus dedos dejan de estar sobre los míos cuando se posan sobre mi rostro. Su pie da hacia adelante el paso que yo he retrocedido.

Cuando sus labios cubren mi boca, yo solo puedo rendirme.

Se arma un pequeño alboroto a nuestro alrededor. Hay aplausos, o voces, o comentarios... No lo sé. No me importa, porque solo siento el beso y me pierdo en él. Solo existen sus labios y su rostro, que yo también acuno entre mis manos.

Su respiración, tan cerca de la mía. Lo único que puedo escuchar es mi propio corazón, latiendo demasiado rápido.

Y me doy cuenta, entonces, que nos lo hemos dicho todo, excepto una cosa.

—Te quiero.

Abrimos los ojos a la vez. Nos da tiempo de ver nuestras expresiones sorprendidas por el sonido de nuestras voces unidas, justo antes de echarnos a reír. De volver a besarnos, una última vez, en medio de la carcajada.

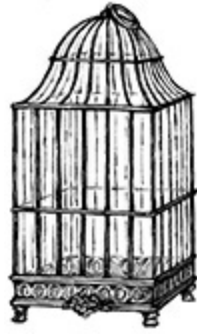
Cuando por fin nos separamos, yo dejo un beso en sus nudillos justo antes de hacer una reverencia ante ella. Que todo el mundo vea, ya que han presenciado nuestro beso, cómo presento mis respetos ante la primera reina de Marabilia.

Cuando levanto la vista para mirarla, ella tiene las mejillas ruborizadas, pero el gesto feliz en su boca no ha desaparecido.

—Hasta pronto, Fausto.

Solo Fausto. Sonrío.

No necesito ser nada más.



Epílogo

En ocasiones, las mejores historias nacen de la necesidad de rebelarse contra el mundo. Del deseo de salirse de los límites marcados por otros. De un sentimiento de resistirse a lo que se supone que debemos hacer o ser o, más bien, a lo que otros *deciden* que debemos hacer o ser.

Los protagonistas de las mejores historias, por su parte, no tienen por qué ser grandes aventureros o enfrentarse sin miedo a dragones o piratas. A veces solo son personas que se han dado cuenta de que no son felices y quieren ponerle remedio. Que quieren deshacerse de los barrotes de una jaula en la que ni siquiera son conscientes de haber estado encerrados.

La primera reina de Marabilia fue una de esas personas. No luchó contra criaturas mágicas. No tuvo en sus manos una espada o partió a recorrer Marabilia en busca de damas en apuros. Si le hacemos caso a la leyenda, Ivy de Dione ni siquiera salió jamás de su reino. Pero eso no le impidió hacer grandes hazañas. Luchó por aquello en lo que creía y convenció a los reyes de los demás países que era justo que las herederas reinasen sin necesidad de un hombre a su lado. Se debatió contra todo lo que alguna vez le habían impuesto y rompió las cadenas que le aprisionaban las alas.

La coronaron en una ceremonia sin demasiada pompa, con sus cortesanas aún vestidas de negro por la muerte de su querido padre. Y gobernó tan bien como cualquier hombre. Quizá mejor. Fue justa y sabia, y el reino prosperó bajo su mandato.

Bajo su amparo, oficios que hasta el momento habían sido solo de varones dejaron de serlo. Al fin y al cabo, si una mujer podía ser reina sola, otras podían serlo todo. Nunca quiso guerras, nunca quiso sangre, aunque no siempre pudo evitarlas. Su palabra fue siempre de concordia y su ánimo, el diálogo y los lazos.

Pero la historia habla de los reyes y reinas como si fueran estatuas de piedra sin sentimientos. Como si su palabra fuera la ley y nunca dudaran ni tuvieran escrúpulos. Como figuras solitarias, sentadas en fríos tronos en salas cavernosas y separadas de su corte por una lámina de cristal.

Ivy de Dione nunca creyó que la suya fuera una tarea solitaria. Se rodeó de amigos, de brillantes sabios y capaces consejeros, de guardias leales y gente que habría matado por ella y por su felicidad. Escuchó a su Consejo y a su gente en cada decisión tomada y a su lado, como una sombra, como un apoyo constante, tuvo a su esposo.

Fausto de Granth iba a ser rey, pero cambió su corona (o eso dicen) por un trono para su hermana y la mano de una reina de Marabilia en la suya. Cuando le ofrecieron la corona de Dione una vez que desposó a su reina, él se negó y se convirtió en el primer consorte que nunca fue llamado rey. Los escribas dicen que todos estaban enterados de su relación con Ivy de Dione, pero aun así no tuvieron una boda especialmente grande. Se sabe el día y que la luna estaba llena aquella noche, pero ningún libro contiene la historia de ese enlace.

—Me han contado, eso sí, que aquella tarde de otoño Ivy de Dione apareció sin corona, vestida con sus prendas más sencillas y su sello en el pulgar como única joya. Dicen que se presentó ante el nigromante que los iba a casar sin amuleto alguno que protegiera su mente y que sus cabellos recogidos los adornaban un velo bordado de estrellas.

Dicen quienes estuvieron allí que nunca habían visto a la reina tan hermosa como en aquel momento, habiendo prescindido de todo lujo y, no obstante, brillando con la fuerza de un sol.

Su prometido la miraba con la adoración con la que rezan en Granth a las estrellas y, cuando sus manos se unieron, pareció que nada, nunca, podría volver a separarlos, porque ya sabían lo que era tener un océano entre los dos. Había pasado año y medio desde que se conocieran y, aunque a veces habían deseado poder abandonarlo todo por el otro, tenían tareas pendientes en sus respectivos reinos y sabían que la espera valdría la pena.

Hicieron sus promesas de amor, de respeto y lealtad, y bajo la luna llena, que apareció incluso cuando el sol todavía manchaba con su estela el horizonte, sellaron su unión con un beso. Recibieron las felicitaciones de los pocos testigos, que los abrazaron con el cariño que solo la familia escogida sabe dar.

Hubo besos y regalos sencillos con los mejores buenos deseos.

Hubo bromas, sobre todo cuando el ramo de la novia cayó en las manos de una mercader que pronto dejaría de ser solo eso.

Hubo burlas al preguntar por cuándo llegarían al mundo los futuros primos y sobrinos.

Hubo risas y recuerdos de años atrás, de citas durante la noche y planes contra la corona que eran ya solamente la sombra de una extraña pesadilla. Se hicieron especulaciones de lo que pasaría al día siguiente, cuando todo el mundo se enterase de que había un nuevo consorte y había tenido lugar, justo bajo sus narices, una boda secreta. Pero los recién casados insistieron en que debía ser así, que su relación debía ser solo suya, como siempre lo había sido.

Como si fueran anónimos. Como si fueran solo un muchacho y una muchacha. El tiempo, todo lo vivido (y todo lo que les quedaba todavía por vivir), les había dado muestras suficientes de que jamás serían solo eso. Pero en aquel instante, aquel día, podían fingir que sí.

Fue un día de celebración, no solo por los prometidos, sino por todo lo que, desde la subida al trono de la reina, se estaba consiguiendo.

Marabilia había empezado a cambiar.



Agradecimientos

Este libro, como habréis visto al principio del mismo, está dedicado a las mujeres. Si habéis llegado aquí tras terminar de leerlo, habréis entendido ya por qué. Entenderéis también, entonces, por qué los agradecimientos deben ser también para *ellas*. Para todas las mujeres que día a día tienen (tenemos) que luchar contra un sistema en el que la desigualdad es la norma, por más que a veces trate de disfrazarse o haya personas que intenten convencernos de que ya está todo conseguido.

El patriarcado nos sigue tocando a todas: a las que somos conscientes de su existencia, a las que creen que ya se ha superado y a las que ni siquiera se han parado a pensar en si ser mujeres condiciona su vida o no lo hace. Desigualdad salarial, mayor dificultad para acceder a puestos de trabajo, sexualización de nuestros cuerpos, invisibilización de figuras femeninas en todos los ámbitos, violencia machista, acoso callejero, abusos y agresiones sexuales (amparadas por la cultura de la violación), feminicidios, etcétera.

Ante todo esto, la única respuesta que nos queda es la protesta y la unión. Por eso nuestros agradecimientos son hacia todas las mujeres que alzan la voz. En manifestaciones, en redes sociales, en situaciones de desigualdad en

las que se encuentran presentes y no dejan pasar. Nuestros agradecimientos son también hacia todas las mujeres que tienden la mano a otras. La batalla por nuestros derechos fundamentales no la podemos ganar separadas. Así que gracias a quienes entendéis que esta lucha no es solitaria, que es transversal e interseccional, y que juntas somos cada día un poco más fuertes.

En conclusión, gracias a todas las mujeres que han inspirado esta historia.

Que nos inspiran día a día. Que nos educan día a día. Gracias a las que, por desesperanzadora que sea la situación, deciden que no van a rendirse.

Si estamos juntas, no habrá jaula lo bastante grande para contenernos a todas.



IRIA GIL PARENTE, nacida en Madrid en 1993, es coautora con Selene M. Pascual de varias novelas de fantasía juvenil.

SELENE MORALES PASCUAL, nacida en Vigo en 1989, es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Vigo y ha realizado un Máster en Documentación en la Universidad Complutense de Madrid, tras haber estado viviendo un año en Inglaterra trabajando como asistente de conversación en un colegio. En 2014, ha sido finalista del II Certamen Literario Divalentis 152 Rosas Blancas.

Es coautora de varias novelas de fantasía juvenil junto con Iria G. Parente.